

ENRIQUE
TOMÁS

LA
ÚLTIMA
HOGUERA

La historia de un héroe olvidado, el último hombre
condenado por la Inquisición.

B

D.J.57

LA ÚLTIMA
HOGUERA

Enrique Tomás



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Quiero dedicar este libro a los correctores, y sobre todo amigos, que, página a página, palabra a palabra, me han ayudado a escribir, y no desistir, en esta novela, en especial a Mariano Moreno, Héctor D

´Alessandro, Fernando Arias, Luis Zaurín y Vicente Marco.

Y también a todos los que me están ayudando en un momento muy difícil de mi vida, a todos los amigos que con su cariño y solidaridad me han acompañado, y me acompañan, en la lucha contra la enfermedad, y en especial a mi hermana María José y a mi compañera Carolina.

Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueses a vivir para siempre.

MAHATMA GANDHI

PRIMERA PARTE

Aquella noche de julio, el hereje aguardaba la ejecución. La Junta de Fe había dictado sentencia y la Sala del Crimen de la Audiencia iba a ejecutarla. Cayetano Ripoll escuchaba el silbido del viento que se colaba a través de los barrotes de su celda. Al amanecer sería llevado a la plaza del mercado, hasta la horca. La víspera del día de autos el viento de poniente había resecaado los huertos. Y Valencia, famosa por sus burdeles y por las sedas de sus telares, se recogía envuelta en sus harapos de piedra. Los nómadas del desierto dicen que el viento enloquece a los hombres, que los convierte en remolinos de arena por donde vagan perdidas las almas. El aire caliente había recorrido aquella jornada las calles y las plazas, escoltado por el hedor a bestia muerta de las acequias. Cuando llegó la noche, cien mil almas bullían dentro de la muralla, revueltas como tropezones de sopa, agitadas e insomnes.

El hombre que iba a ser ejecutado tampoco podía dormir. El tribunal le había otorgado la gracia de no arder vivo en una hoguera; pero, tras ser ahorcado, el cadáver sería puesto en una barrica pintada con rojas llamas, a modo de representación del infierno. Se había dibujado en las duelas la imagen de demonios, culebras y otras bestias malignas, todo ello a modo de piadosa lección para el pueblo.

Durante la eterna vigilia le pareció escuchar el rumor del agua. El Turia sería su tumba, pensó. Se había determinado que sus restos se arrojarían al lecho del río, cerca del antiguo quemadero de la Inquisición, el lugar donde eran inmolados los herejes y las brujas mucho antes de que Fernando VII —ese Borbón blando e indeciso para los defensores de la fe apostólica— aboliera en

1820 el Santo Oficio por culpa de los liberales, y no se atreviese a restaurarlo en 1823 por presión extranjera.

El Turia era esos días un arroyo maloliente, pero en otoño quizá se desbordaría con las lluvias y arrasaría las casas y los campos, como era su costumbre de siglos. Estaba hecho para traer la fertilidad y la destrucción, como las crecidas del Nilo o la maldición de las bíblicas plagas, para obligar a los huertanos, como rústicos Sísifos, a repetir sus trabajos. El río arrastraría sus huesos al mar, pensó estremecido. ¿Por qué tenía que morir? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Dos años atrás, en julio de 1824, despedía a sus alumnos. «Alabado sea el Señor», les decía con una caricia en la nuca en lugar de saludarlos con el tradicional «Ave María Purísima», invocación con la que los maestros católicos abrían y cerraban las clases. Era el último día de curso y las madres le llevaban la asignación mensual de dos cuartos de real, o una cesta con huevos, o fruta para pagar sus servicios. No era poco lo hecho en la escuela levantada por él y por el párroco de San Valero, junto con algunos vecinos de la partida del Perú, el más remoto rincón de Ruzafa. ¿Quién era ese extraño maestro? Enseñar en una escuela perdida no daba apenas para comer. Mejor ser labrador, incluso sin tierra, o como persona instruida trabajar como escribano o como secretario, que dedicarse a semejante oficio. Hacía falta creer en eso de «enseñar al que no sabe» o pretender retirarse a un rincón olvidado, dejado de la mano de Dios. Ripoll, según los vecinos, era, sin duda, un tipo curioso, un extravagante. ¿Se trataba de un fugitivo? Pocos aspiraban a domar a la pillería formada por hijos de jornaleros, esa *canalla*, como decía cariñosamente el catalán, que parecía feliz en su intento de arrancar de la ignorancia a unos desarrapados que no podían ir a una escuela pía de la ciudad.

Además, no parecía el típico maestro ese hombretón de buena planta, de más de seis pies y recios hombros, de cuarenta y seis años bien llevados, según señalaban las vecinas más descaradas. Lucía una melena rubia y canosa, como de león, recogida en coleta, y en sus facciones se adivinaba una mezcla de energía y desengaño a la vez. Algunos decían que tenía el aire de un aventurero, mientras que otros veían en él a una especie de Cristo, con ojos color de oliva y cabellos y barba sin cortar; estampa que se asociaba, en un tiempo de

persecución como aquel, a la de un miembro de la masonería. Por otra parte, su forma de vestir era austera y atrevida a la vez, con camisas de paño sin abotonar, abiertas por el pecho. A veces vestía una levita parda, larga y arrugada, o se colgaba de los hombros una capa negra, algo descolorida, sobre todo en invierno. Algunas mañanas se presentaba en clase con una raída casaca militar, luciendo unos rudos pantalones de pana, tocado de un sombrero de ala ancha, con botas de montar y espuelas cubiertas de barro, tras cabalgar desde el amanecer por las dunas de la dehesa. Decían que el extravagante maestro podía ser un artista, un bohemio perdido en la huerta o también un fugitivo de la justicia. Los niños del arrabal le bautizaron con el mote de *Mestre Polserut* o *el Polsegós*, algo así como el «maestro polvoriento», pues parecía venir de un largo viaje, como recién descendido de su montura, cubierto por el polvo del camino.

Los comentarios sobre su figura los acallaba él con sus lecciones. Comenzaba con la tabla de cuentas y seguía con los diez mandamientos, lo único que enseñaba de la religión, porque según él lo importante era cumplirlos, pues en ellos se contenía la esencia de la recta conducta. No iba a misa ni se arrodillaba ante los santos ni las vírgenes. En cambio, amenizaba las clases con recuerdos de cuando fue soldado, y encandilaba a los niños contándoles aventuras de la Guerra del Francés. A veces, daba la lección en medio del campo o en las veredas, y explicaba cómo crecía el mirto, las cualidades del tomillo o las del aceite de hipérico. Otras llevaba a sus pupilos por el camino de las moreras para recoger sus hojas, alimento de los gusanos de seda que criaban en las *cambras* de sus barracas, y les hablaba de la metamorfosis, esa transformación que convertía al feo gusano en mariposa y después en hilos de preciosa seda, y de cómo su secreto había sido traído de China por unos monjes, que ocultaron los capullos en el hueco de sus bastones. Les contaba las maravillas de ese lugar fantástico, llamado «el extranjero», y les explicaba que en la lejana isla de Inglaterra existían unos extraños carros que no eran tirados por caballos, sino por el fuego del carbón, gusanos de hierro con forma de cañón grande y chimeneas por las que salía un humo negro y espeso. Y les hablaba de las calles de París y

de Londres, iluminadas con farolas de gas, y de un canal más largo que cualquier acequia, el canal du Midi, por donde viajaban barcazas de una parte a otra de Francia.

Lo ayudaba en la escuela Mariana Gabino, madre de Joanet, uno de sus alumnos. Mariana era lavandera y asistenta doméstica del párroco de San Valero. La Gabino vivía en una barraca lindante con la acequia de Na Rovella y le servía muchos días las comidas y algunas cenas: una sencilla mesa formada por un cuenco de arroz y frutos de la huerta, una sopa con legumbres y verduras, y, en contadas ocasiones, conejo o pato de caza. Lo atendía tanto en su casa como en imponer orden a la indisciplinada tropa de sus alumnos.

Era Mariana una mujer de cuerpo voluptuoso, con pelo negro y largo, a la que los golpes de la vida no habían logrado marchitar. Viuda según decía ella, madre soltera según las malas lenguas, era una hembra fuerte y vigorosa que había sacado adelante y en soledad a su único hijo, nacido en tiempos de la ocupación francesa, a quien sus compañeros de clase llamaban con malicia *el Gavatxet*, o sea, «el Francesito», mientras cuidaba también de su padre, don Ramón, un pobre loco apodado en el pueblo *el Il·luminat*, antiguo molinero, ausente de sí mismo desde 1812, cuando los dragones del general Harispe, a las órdenes del mariscal Suchet, asaltaron una noche su casa.

Pulía Mariana el rojo ladrillo del suelo y los azulejos y se ocupaba de los asuntos prácticos del maestro, le lavaba la ropa y paseaba con él por la dehesa, lo que provocaba que las comadres la llevarsen de boca en boca, chismorreando que entre el catalán y ella había algo más que servicios domésticos. Vivían, sin duda, en pecado, y su escandalosa conducta merecería la reprobación del padre Record, mudo ante los amancebados. A Mariana no le importaban las habladurías, acostumbrada como estaba a sufrirlas. El suyo era un espíritu rebelde y libre, y estaba dispuesta a seguir al maestro con los hijos de la huerta. El Polserut había conseguido atrapar la atención de esos muchachos, destinados a cultivar los terrones de sus padres, y que no se escapasen hacia la albufera a pescar anguilas y culebras de agua. Se esforzaba en que aprendiesen a leer, y a

escribir las cartas de sus madres, o las de quienes habían partido a Cuba. Estaba orgulloso de que sus pupilos pudiesen leer el *Diario de Valencia*, libros de gramática y religión, y fábulas e historias con las que volaban con la imaginación, como los *collverts* por el cielo.

En el verano de 1824 reinaba en todo el país el terror absolutista. La mayoría de los liberales había huido al extranjero o estaban presos en las atestadas cárceles. Había perdido a muchos de sus amigos. Mariano Cabrerizo, uno de los que más lo había ayudado a levantar la escuela, estaba encarcelado, y su librería, clausurada. Ya no podría disfrutar de sus libros, ni tampoco de sus consejos. A pesar de la oscuridad impuesta por las autoridades, esa luminosa mañana de julio invitaba a gozar de la vida, a sentir la brisa del mar y a disfrutar de los colores del campo. Después de un desayuno frugal, se puso a lomos de *Apolo*. Al salir a trote del pequeño huerto, *Napoleón*, el diminuto perro ratonero que había rescatado de una acequia, le despidió ladrando y agitando el rabo. Tomó el camino del río y se detuvo poco después en la barraca de Mariana y de su hijo, que enjalbegaban entonces las paredes de un blanco impoluto y, tras tomar una limonada con ellos, se dirigió hacia el poblado del Lazareto,[1] fuera ya de la partida del Perú.[2]

En el caserío marítimo preguntó a un vecino por los marineros ingleses retenidos en el hospital. Le dijo un soldado de guardia que estaba prohibido hablar con ellos. Seguían todos en cuarentena, aislados en la aduana del puerto. Se comentaba entre los pescadores que, en realidad, no había ninguna epidemia que temer. Lo que ocurría era que el gobernador no quería que ningún liberal se pudiera acercar a la fragata, y que pretendiese de esa forma escapar en ella. Después de aquella parada dirigió la grupa de su montura hacia la ermita de Monte Olivete y remontó el río hacia el oeste. Tocaban al mediodía las campanas del ángelus. El tañido lejano del Micalet rivalizaba con el de la iglesia del Carmen, patrona de los marineros, que celebraba su fiesta, y se adivinaba el bullicio de las procesiones.

Se dirigió a las torres de Ruzafa. Los carros, los caballos, los campesinos

entraban en la huerta y salían de ella a la ciudad tras pagar el impuesto de puertas. Se detuvo ante la imponente muralla. Tenía deseos de entrar, pero sintió que le recorría un escalofrío. En el interior se intuía el hierro de la persecución. Tiró entonces de las bridas y tomó el camino de vuelta. No debía acercarse, se lo advertía el corazón. En el camino saludó a unas mujeres que tejían mimbre, y a unos ancianos que liaban tabaco en los porches, balanceándose en sus mecedoras. Se detuvo en un ribazo, ya cerca del Grao. Cuando el sol estaba en lo más alto, desmontó. Sacó unos nísperos de su zurrón y, recostado en un ribazo, se puso a pensar. No iba a cambiar de vida, ni a marcharse. Quería vivir el resto de sus días en paz consigo mismo, en ese rincón del mundo donde había elegido quedarse. La *escoleta*, los niños, Mariana. Ellos eran sus nuevas raíces, su razón de existir.

Después de una breve siesta, cabalgó hasta la Creu de Conca. Ató las riendas de *Apolo* a unas ramas y paseó entre los pinos. En un claro se veía un montículo de arena y de arbustos. Allí se levantó una vez una barraca y se cultivó un huerto. Le gustaba volver cada tarde a ese sitio. Arrancó del suelo flores silvestres. «De las cenizas surgirán las flores de la vida», dijo para sí. Por el camino del Valladar discurría la procesión de la Virgen del Cristo, procedente de la iglesia de La Punta, encabezada por el padre Damián. Se podía escuchar la letanía del rosario murmurado por los fieles que se acercaban.

Se tendió sobre el manto de ramas y de arena y sacó del zurrón un libro. Eran las memorias de un francés, Alexandre Laborde, publicadas por su amigo Cabrerizo. Contaba el libro las impresiones como viajero que recorre y descubre España. La parte que leía le tocaba de cerca: «Valencia es una ciudad agradable, habitada por una nobleza opulenta, por un gran número de comerciantes ricos, un pueblo activo e industrial y un clero morigerado... Son los valencianos afables y muy atentos con los extranjeros, francos y gastadores en demasía en objetos de piedad o de placer; lo cual acarrea grandes perjuicios, singularmente a los artesanos, de los cuales aun los que están atentos a su jornal diario suelen gastar el domingo cuanto ahorraron la semana anterior.» Algo de verdad había

en todo eso, reflexionó. En ocasiones se sentía un extraño entre los vecinos de Ruzafa, y le divertían también las observaciones y los comentarios de un escritor extranjero que le parecían los propios del naturalista que estudia tipos y costumbres familiares para él: «Las mujeres son hermosas: su talle es alto; sus ojos, grandes y rasgados, y su cutis, más blanco que en el resto de España, y tienen un carácter jovial, que hace muy amable su compañía. Este pueblo es extraordinariamente aficionado a fiestas y regocijos públicos, y en ellos muestra un ingenio e invención particulares, singularmente en las iluminaciones de las grandes fachadas. Tienen muchas diversiones ordinarias...»

Le hizo gracia eso último. Desde hacía algún tiempo, la única diversión permitida eran las ceremonias religiosas. La procesión avanzaba mientras él seguía enfrascado en la lectura. Miró de reojo hacia la columna de beatas, encabezada por el joven sacerdote de La Punta, y sonrió condescendiente. Se volvió hacia las páginas entreabiertas, dándole a los devotos la espalda. Recordó una frase oída a Cabrerizo: «Los libros son un viaje en sí mismos, se puede volar con ellos al confín del mundo o descubrir lo que te rodea.» Estaba tan ensimismado que no escuchó la voz de una de las clavarieras que estiraba del brazo a su joven compañera de procesión, una costurera de Pinedo de aspecto inocente.

—Mira, Amparín, ahí está el maestro... —dijo apuntándole con el dedo—. *Ni s'agenolla davant de la mare de Déu! És el mateix diable!*^[3]

Cayetano Ripoll había regresado en 1820. El primer día de ese año, el coronel Rafael del Riego había proclamado en Cabezas de San Juan, ante los soldados a punto de embarcar hacia América, «el derecho a rebelarse contra un rey que debe su trono a cuantos lucharon en la guerra de la Independencia, y que no ha jurado la Constitución».

Fernando VII había derogado en Valencia la Constitución de 1812, y había dejado en la levantisca ciudad al general Elío, su principal apoyo militar, como máxima autoridad. Este austero navarro había gobernado los años siguientes con mano dura, sin piedad, reprimiendo conspiraciones de masones y de liberales, reales o imaginarias, que pretendían restaurar el orden constitucional. Todavía estaba caliente la sangre de los conjurados de 1819, agrupados en torno al malogrado coronel Vidal. Los acusados de la conjura fueron colgados. Y una vez muertos, fusilados en sus horcas.

A principios de marzo, las buenas nuevas recién venidas de Madrid hablaban del victorioso alzamiento constitucional, y la mayoría de los valencianos se unió a la imparable oleada de la revolución. Fernando VII había jurado, con cinismo y con cobardía, la Constitución de Cádiz, la primera liberal de Europa, añadiendo a su vergonzosa defección la famosa frase de «marchemos francamente todos, y yo el primero, por la senda constitucional». Él, que había sido su principal detractor y enemigo, el que había ordenado la persecución a muerte de los partidarios de la Carta Magna, se proclamaba de pronto protector de esta ante los atónitos miembros de la Junta Provisional. Exiliados como Cayetano Ripoll comenzaron a regresar a la liberada patria, no sin cierto recelo y desconfianza. Después de seis años recorrió el país de norte a sur, alistado en una «liga de

emigrados», voluntarios a favor de Riego, hasta alcanzar Valencia. Encontró la ciudad del Turia en plena efervescencia revolucionaria. En la calle de los Caballeros presencié la marcha de grupos de mujeres y hombres, de labradores que alzaban al cielo sus hoces y de antiguos guerrilleros que disparaban al aire sus trabucos. En la plaza de la Seo exigieron todos a una la dimisión del ayuntamiento absolutista, apoyados por sederos y por velluteros, comerciantes, estudiantes y ciudadanos de toda clase y condición. Estaba el pueblo hartado, en 1820, de allanamientos, torturas y ejecuciones arbitrarias.

El grupo de Ripoll se unió al torrente humano que tomó al asalto la cárcel de la Inquisición. Derribarón a empujones la vieja puerta, abrieron los calabozos, rompieron las cadenas y sacaron a la luz a los presos, entre los que se encontraban personajes ilustres en la ciudad, prohombres liberales, como el banquero y comerciante don Vicente Bertrán de Lis, cuyo hijo Félix había sido uno de los ejecutados en 1819; aristócratas liberales, como el mismo don Ildefonso Díaz, conde de Almodóvar, masón del Gran Oriente, y sobre todo gente corriente a la espera de su ejecución. La multitud paseó como trofeos a los rescatados de las mazmorras, todos con el rostro deslumbrado por el sol, aunque para algunos hubiera sido mejor que los llevaran al hospital, dado su lamentable estado. Al poco de ser asaltada la cárcel, se rindieron en el ayuntamiento las autoridades municipales, y se propuso por los revolucionarios al recién liberado conde de Almodóvar como nuevo capitán general de Valencia.

Alertado por el tumulto, el general Elío había reunido desde primera hora en los cuarteles a sus fieles para presentar batalla a la horda liberal. Se encontró el general con que un gran número de oficiales y de subordinados habían desertado y le daban la espalda. Salió de todas formas a la calle, al frente de un menguado escuadrón de caballería, e irrumpió, sable en mano, en la plaza de la Seo, principal foco de reunión de los amotinados. Los más valientes se abalanzaron sobre él y sobre su escolta de coraceros en cuanto pasó bajo el arco que une la basílica de los Desamparados y la fachada de la catedral. A pesar de la altura de los caballos y de las heridas de las estocadas, los jinetes fueron desbordados por

los más bravos, y de no ser por el conde de Almodóvar, que se interpuso entre los exaltados y el descabalgado general Elío, allí mismo habría sido destrozado por la multitud. El nuevo jefe de la ciudad ordenó que se respetase la vida del destituido, y que se lo recluyese en la ciudadela. Derrotado el principal enemigo de la revolución, el hombre fuerte que parecía invencible, comenzó a desatarse la euforia entre los partidarios de Riego. Los más radicales propusieron acabar con todos los absolutistas, en especial con los clérigos, aunque solo se arrojaron piedras a los curas que salían de la catedral. Se repartieron a los milicianos del recién formado ejército popular cintas verdes y encarnadas para adornar armas y sombreros. Se podía leer en ellas el lema de «Constitución o muerte», y se cantó al son del *tabalet* y de las cornetas una nueva marcha militar, la ya conocida como el *Himno de Riego*.

En medio del júbilo general, Cayetano Ripoll reconoció en medio de la plaza de la Seo, recién bautizada como de la Constitución, a Manuel Bertrán de Lis, que llevaba a su hermano apoyado en el hombro. Abrazó a quien había sido años atrás su capitán en la milicia liberal. El destino los había unido también en la guerra de la Independencia.

—¡Qué alegría! —dijo Manuel mientras tendía la mano a su antiguo subordinado—. No puedo creer lo que veo, mi querido Cayetano. Te creía desaparecido en la guerra, prisionero o muerto tras el sitio de Tarragona. ¡Qué emoción verte con nosotros!

—Yo también estoy admirado de veros, mis buenos amigos. Y, como siempre, os encuentro juntos, al pie del cañón. ¿Cómo Vicente se dejó encerrar por el tirano?

—Porque quise salvar a mi hijo. Y ellos no me dejaron, ni hizo nada el mismo rey... —interrumpió quien tenía fama de frío hombre de negocios—. No fui capaz...

—Hoy es un gran día de dicha para la patria y para todos —terció Manuel abrazando a su hermano mayor. Y el tímido Mariano y Cayetano se fundieron en

el abrazo con ellos—. Adiós a la tristeza, celebremos con vino este feliz reencuentro.

Se fueron a una taberna y, sentados a una improvisada mesa, Cayetano puso al corriente a los tres hermanos de sus años de exilio. Él también se sentía emocionado ante ese giro nuevo de la caprichosa rueda de la fortuna, y brindó por ese encuentro casual. Su vida había estado ligada a los Bertrán de Lis mucho tiempo. Compartieron jarras de vino y platos de queso, mientras Manuel contaba a Cayetano cómo su familia, tras los decretos de persecución, había huido a través de Gibraltar hasta las islas Británicas.

Vicente, el rescatado de la cárcel, había regresado a Madrid demasiado pronto, por asuntos de negocios y por su hijo, y así había acabado entre rejas. A pesar de los descalabros, seguían siendo los Bertrán de Lis unos ricos burgueses. El origen de la fortuna familiar procedía del padre, don José, el desaparecido patriarca del clan, que en tiempos de Carlos IV levantó molinos y tahonas, prósperas tiendas de pan, en Valencia y provincia. A su muerte, su hijo Vicente, y en menor medida los demás hermanos, engrandecieron la herencia familiar hasta convertirla en una de las mayores fortunas del reino. Arrimados al poder, cuando no conspirando en su contra, dedicados al comercio, a los telares de seda, a la banca y, según las malas lenguas, al flete de barcos corsarios, estos ambiciosos señoritos venidos de la nada habían alcanzado el poder y lo habían perdido.

Por múltiples caminos habían amasado miles de reales, se habían arruinado y vuelto a recuperar, arrastrados por la pasión de la política. Se decía que financiaron motines y cambios de gobierno en Valencia y en Madrid. «Movían los cuartos para poder mover los hilos», decía con envidia el pueblo llano, afecto al rey absoluto. Y, de hecho, durante años invirtieron millares de reales en todo tipo de conspiraciones y conjuras, desde la de Aranjuez, en 1808, a favor del príncipe Fernando contra su padre, Carlos IV, y contra Godoy, pasando por la organización de una milicia en tiempos de la guerra de la Independencia, un auténtico ejército privado a sus órdenes. En sus vaivenes políticos se decantaron

por el bando liberal, y junto a otras conspiraciones frustradas financiaron el golpe de Riego, el que ese día se celebraba por el pueblo en las calles. La mano secreta del primogénito, Vicente, se había mostrado generosa con los militares constitucionales. Era también una forma de venganza contra el absolutismo por la ejecución de su hijo.

—*El meu fill... No pot estar mort...*

El discurso entrecortado del banquero y comerciante mostraba que la herida seguía abierta, y que sangraba aún. Había saltado desde lo más hondo su fibra sensible, lo más oculto de su alma. No era ese el momento de remover los malos recuerdos, parecía aconsejar la alegría que los rodeaba, pero Vicente lloraba. El hombre de negocios que nunca parecía conmoverse con nada pensaba en medio de la muchedumbre en su hijo Félix. El impasible y calculador comerciante, tras meses de cárcel y de aislamiento, se deshacía por dentro y abrazaba a Manuel, al que quería y rechazaba a la vez. Lo tenía como «el loco de la familia», el revolucionario radical que quería transformarlo todo. Y en el fondo, también era culpable de que su hijo, con solo dieciocho años, se involucrase en la conspiración masónica contra el general Elío, lo que le había costado la vida.

Mariano, el último de los hermanos, siempre se quedaba en un discreto segundo plano, callado y modesto, y era la viva imagen de la paz y de la tranquilidad. El benjamín de los hermanos era el único hermano sin ambición, ni de dinero ni de gloria, pero tenía el mérito de haber sabido, durante el exilio de los demás, conservar la casa de Valencia y parte del patrimonio del clan. Ya no estaban tan unidos como cuando vivían sus padres. Pero ese día se reunían todos juntos y celebraban el triunfo de Riego. Los valencianos que conocían a los tres hermanos les daban la mano. Eran los triunfadores.

—Cuántas cosas tenemos que contarnos —escuchó Manuel a Cayetano entre voces y cantos.

Salieron los cuatro para unirse a la fiesta de las calles. Un grupo de jóvenes agitaba banderas desde el ayuntamiento, tomado ya. «¡Viva la Pepa!», «¡Viva la Constitución!» se coreaba en la plaza. Se cantaba y se bailaba por todos los que

antes habían estado callados. Y Vicente, a veces absorto y como enajenado, otras lúcido y sereno como solía, creyó adivinar el pálido rostro de su hijo entre los jóvenes que cantaban entusiastas el *Himno de Riego*.

—No llores más, hermano mío —le volvió a pedir Manuel—. La muerte de nuestro Félix no quedará impune. El cruel Elío pagará por todos sus crímenes.

Se anunció desde un balcón la caída de los últimos reductos absolutistas. Por primera vez en la historia había triunfado en España un pronunciamiento que defendía la libertad y la fraternidad, reflejadas en la Constitución redactada en Cádiz ocho años atrás, bajo las bombas de los invasores franceses.

Y Valencia entera parecía, bajo la luz intensa de esa mañana de invierno, la viva imagen de la primavera.

La fiesta continuó durante varias jornadas. Cuando llegó el 19 de marzo, día de San José y aniversario de la Constitución, se anunció la inminente llegada a Valencia del caudillo liberal Ascensio Nebot, apodado *el Frare*.

Y así se produjo el acontecimiento de su aparición, triunfal y aparatoso. Se le abrieron de par en par las puertas de Serranos, y desfiló al frente de una columna de milicianos, recorriendo el corazón de la ciudad hasta la plaza del mercado.

El famoso monje, conocido por su fama de guerrero, se pavoneaba por las calles y lucía su arte como jinete, envuelto entre la masa que le aplaudía y vitoreaba. Y es que el monje guerrero lucía a cada paso la fina montura de color blanco inmaculado, una esbelta yegua requisada de un cortijo andaluz, y mostraba a todos los paisanos la habilidad de alzar la montura de manos, remetiéndolo los corvejones y saltando hacia delante. El Frare sujetaba a cada trote las bridas de su montura con una mano, mientras con la otra blandía un sable que dibujaba círculos en el aire.

Y detrás, en desordenada formación, lo seguía una tropa de milicianos feroces, soldados sin uniforme, pero armados hasta los dientes. Parecía la suya una horda de bárbaros, provistos de grandes navajas, pistolas y trabucos, que desfilaba sin disciplina hasta la vasta plaza del mercado, centro de la vida de la ciudad. Pelirrojo y barbudo, el franciscano guerrillero tenía fama de bruto, y de caudillo feroz como el mismo Atila. Ni el mariscal Suchet ni su lugarteniente Mazzuchelli pudieron acabar con él en tiempos de la guerra de la Independencia. Llegó a contar en 1812 con más de cinco mil guerrilleros, y se permitió campar a sus anchas por el Maestrazgo y por la Plana de Castellón. Había arrebatado este nuevo templario a los invasores la plaza fuerte de Morella, la villa de Nules y la

de Villareal, y atacado a los convoyes franceses que venían desde Aragón y Cataluña, a los que diezmó una y otra vez. Nunca lo atraparon los franceses, a diferencia de José Romeu, el guerrillero saguntino que cayó en junio de ese mismo año, y fue colgado en esa misma plaza por donde ese día se pavoneaba el Frare.

Ascensio Nebot era una excepción entre los frailes guerrilleros, porque desde el final de la ocupación francesa se había decantado por la Constitución y combatido al lado de los Bertrán de Lis, con los que había emigrado a Inglaterra. Su última hazaña había sido organizar ese batallón de voluntarios que supuestamente iban a tomar Valencia en nombre de Riego. La operación militar había sido irrelevante, pues la ciudad pertenecía ya a los constitucionales, pero su vanidad lo había llevado a aparecer de forma grandiosa y extravagante. En su figura destacaba la raída levita azul, arrebatada a un general francés, y unos faldones que recordaban los colgados hábitos. Su larga melena roja parecía una llama de sol, en contraste con el bicornio negro, calado hasta la frente. Ofrecía una estampa feroz, que inspiraba también sonrisas, una figura temible y carnavalesca a la vez.

Lo malo fue que, después del glorioso día de San José y de aquella entrada triunfal, se produjeron pillajes y asaltos protagonizados por los milicianos de Nebot, tanto en la ciudad como en las huertas de alrededor. La anarquía de los recién llegados provocó la reacción de los Bertrán de Lis y del conde de Almodóvar, próceres liberales que no querían que la revolución se les escapara de las manos. Pero cualquiera decía algo a Nebot. Unos días después, tras escuchar la crónica de los desmanes cometidos por los milicianos, Manuel Bertrán de Lis comentó en el ayuntamiento la necesidad de disolver las partidas y de organizar un verdadero ejército liberal. Vicente, el juicioso hermano mayor, ya recuperado de las emociones vividas, elegido edil liberal, volvió a representar su papel de hombre moderado y llevó la cuestión a una sesión del pleno del ayuntamiento.

—Los hombres de Nebot campan a sus anchas —expuso ante los

representantes de los ciudadanos—. Saquean el oro de las iglesias y las casas de los realistas, y manchan de esa forma el nombre de los liberales. Nosotros no somos los bandoleros absolutistas de Jaume, *el Barbut*. Luchamos por una causa justa, basada en la razón y en la libertad. Creemos que la libertad es posible, y que no se puede confundir con el libertinaje...

—¡Venganza y muerte para los serviles! —replicó Manuel Bas, edil del bando radical—. Durante años, los absolutistas han cometido tropelías y barbaridades contra nosotros. ¿No recuerda ya la muerte de su hijo Félix? ¡Que sepan que vamos a por ellos!

—¡Nada de eso! —cortó el edil conservador, elevando el tono de voz—. No le permito a usía que mente a mi hijo, que en gloria esté, ni que utilice su memoria de excusa para justificar la anarquía. Lo que hace falta es reinstaurar entre todos el orden constitucional. ¡Regresemos todos juntos al espíritu de Cádiz! Allí se formó un sistema de gobierno representativo y se proclamó la libertad, con lo cual vino a reanimarse el espíritu decaído del país. El orden y la libertad no están reñidos y, aunque la nación se encuentre infestada de absolutismo, es necesario que se sujete a los facciosos mediante el imperio de la ley. Pongamos en práctica nuestra Constitución, que el rey ha jurado, aunque sea para salvarse, y organicemos la milicia nacional.

—¡El Rey Felón, que trague con la Constitución! —se escuchó a coro desde los bancos radicales—. ¡Que la trague! ¡Trágala! ¡Libertad o muerte! ¡Al Frare no se toca!

Vicente Bertrán de Lis se presentaba, a sus cuarenta y cuatro años, como un zorro viejo, ducho en contiendas verbales, desde que se iniciara en política quince años atrás. Propuso una solución salomónica, un punto medio entre facciones liberales: Nebot sería nombrado brigadier de la milicia nacional, aunque subordinado a su hermano Manuel y al conde de Almodóvar. Se le darían grandes poderes en el campo y en la montaña. La propuesta se aprobó no sin discusión en el pleno, con el voto de la mayoría.

Era buena noticia la paz entre liberales. Sobre todo, para Vicente. La

prosperidad económica solo podía llegar de la mano de la estabilidad política. Los negocios necesitaban paz para crecer. Cuando las aguas de Valencia se apaciguaron, el primogénito de los Bertrán de Lis se trasladó a Madrid. Cerca de la Corte se podía mover mejor un hombre astuto como él. Se instaló de esa forma en la capital y consiguió pronto la adjudicación por parte de la Junta Provisional de diversos contratos de suministros a sus nuevas compañías mercantiles, ratificados por el nuevo gobierno en julio de ese mismo año de la revolución. Manuel visitaba con frecuencia a Vicente, al que encontró convertido en banquero del rey. Le sorprendía su obsesión por enriquecerse a toda costa.

—Todo lo hago por la memoria de nuestro Félix. Y por la Constitución.

Pero a Manuel no lo convencía su hermano, ni los negocios que cerraba, ni sus componendas. Lo veía capaz de pactar con el mismo diablo, o con el propio rey, para sus fines, enredado en la telaraña del poder y del dinero. De hecho, el apurado gobierno liberal pidió ayuda económica a don Vicente, que ofreció los fondos que quedaban de su fortuna puesta a salvo en Inglaterra, y con un empréstito de 280.000 reales evitó así la quiebra del reino, operación con la que aumentó su influencia en la Corte. Vicente pasó entonces de liberal perseguido a banquero de la casa real. Manuel creía, en cambio, en la revolución total y en el derecho a gobernarse a sí mismo por parte del pueblo.

La filosofía práctica de Vicente acallaba el idealismo de Manuel. «El mundo lo ha movido y lo moverá siempre el dinero —le dijo una vez más a su hermano cuando fue a visitarlo a Madrid, ofreciéndole una copa de chinchón—. Y la libertad civil es el modo de conseguirlo por todos. Libertad de comercio, sin trabas, sin privilegios feudales, para hacer negocios como sea.» En eso consistía su idea de revolución. Esas ideas habían hecho prosperar a Inglaterra y a la nueva república de Estados Unidos. «¿El gobierno del pueblo para el pueblo? Sí, pero, sobre todo, para quien sabe hacer dinero —le explicaba con desdén a su idealista y soñador hermano—. Si una familia de horneros como la nuestra puede enriquecerse, eso significa que la riqueza se encuentra al alcance de todos.

La felicidad puede conquistarse por ese camino.» Así pensaba el mayor de los Bertrán de Lis.

Vicente se volcó en la alta política, y en Valencia repartió el poder entre el conde de Almodóvar y liberales acaudalados. Mientras los constitucionales intentaban gobernar en las ciudades, los absolutistas comenzaron a organizar partidas armadas en el campo. A Ascensio Nebot se le dio manga ancha para limpiar los montes de Alicante y de Castellón de absolutistas, y a trabucazos envió así al cielo a muchos «feotas», o sea, a los «soldados de la fe», como eran motejados los apostólicos absolutistas por parte de los liberales. En las tabernas y fondas de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, se cantaba el *Trágala* y coplillas contra la Iglesia y el rey: «*Ese narizotas Cara de Pastel / a blancos y a negros / nos quiere joder.*»

Existía en toda la nación una mezcla de euforia y de inquietud. El pueblo no sabía, no había sabido nunca, qué era la libertad. La situación, para el arzobispo de Valencia, como la mayoría de los prelados de España, resultaba intolerable. «El caos y la anarquía despedazan esta católica tierra. Ni a Dios, ni al rey, se respeta ya, ¿qué más afrentas tendrá que sufrir nuestro pobre monarca?», se lamentaba, indignado, en sus pastorales.

La libertad tenía que defenderse con las armas. Y Cayetano Ripoll se alistó, como convencido liberal que era, en la milicia nacional. Manuel Bertrán de Lis partió hacia Madrid, llamado por Vicente, y Mariano, el menor de los hermanos, organizó unas milicias para patrullar por la huerta y por los alrededores de Valencia. Cayetano Ripoll, como tenía probada experiencia militar, fue aceptado entre sus filas y se le dio el mando de un pelotón. La paga era escasa, pero le daba para vivir. Se había instalado por entonces en una habitación del barrio de pescadores, el más pobre de la ciudad, el de las prostitutas y los maleantes, muy cerca del convento de los franciscanos.

En una de las rondas que hacía con los milicianos pasó por La Punta, al sur de Ruzafa, muy cerca del mar. Era un día claro de septiembre, y detuvo a su patrulla al lado de una alquería en ruinas, a la sombra de un olivar. El lugar era conocido como el de «la alquería de los escolapios». Un cura rollizo, que se presentó ante ellos como el párroco de Ruzafa, descansaba de recoger en capazos los cascotes y las piedras de los muros, ayudado por unos vecinos. Se lamentaba del abandono del caserón donde se alzó un día una escuela pía. Lo ayudaba en su tarea un hombre de unos cincuenta años, de nombre Josep, apodado *l'Arrosser*, [4] junto con otros huertanos. Al hacer una pausa para beber agua y para descansar, Josep contó a Ripoll y a sus hombres que él fue guerrillero en la partida de José Romeu, en tiempos de la Guerra del Francés, y también en la de Ascensio Nebot. Y contó que ese curita mofletudo que habían conocido, don Vicente Record, también había combatido en las filas de Nebot. Aunque al párroco de Ruzafa no le gustaba nada hablar de esas cosas. «Que no se entere el obispo», suplicó a los presentes, mientras escuchaba las risas de Josep Vivó y de

los huertanos ante la indiscreción sobre su pasado revolucionario. Ordenó Ripoll a sus hombres que, como parte de sus deberes con el pueblo, ayudasen a recoger las tejas y los cascotes del caserón, que había quedado muy dañado por un reciente temporal de levante. Cuando estaban trabajando codo con codo, les contaron que esa casa había sido utilizada por los franceses como cuartelillo.

—Podría servir de refugio o de silo de arroz —dijo Josep.

—Una escuela para La Punta, eso sí que sería algo grande —escuchó que decía una mujer que acompañaba a aquellos huertanos.

—¿Una escuela? ¡Imposible! —se lamentó en voz alta el sacerdote—. Ni hay dinero ni el arzobispado permitirá una nueva escuela en este rincón alejado de Dios.

—¡El culo de Ruzafa, padrecito! —comentó con sorna l'Arrosser—. La partida del Perú y La Punta son, para los de arriba, el fin del mundo. Y si este sitio no es bueno para los curas, solo valdrá para guardar borregos.

A mediodía apretaba el calor y volvieron todos a descansar. Fueron más mujeres las que les llevaron pan, queso y agua, lo que no pudo evitar las miradas pícaras del grupo de hombres. Cayetano se fijó en la mujer morena que había hecho antes el comentario sobre la escuela. Ella le ofreció vino de un *pitxer* y unos limones. Dijo que se llamaba Mariana, que era lavandera y que su hijo, de doce años, se llamaba Joanet. Vivía al lado de la acequia de Na Rovella y ayudaba en sus tareas domésticas al párroco. «Si se levantase una escuela para los chicos de La Punta, sería algo grande», resonó en su interior. A Cayetano le gustaba esa mujer, que hablaba con desparpajo y que acompañaba sin temor a los hombres. Al caer la tarde había terminado el grupo de civiles y de milicianos de limpiar de escombros y de tejas rotas. Las paredes de la vieja alquería se veían desnudas, agrietadas y con agujeros, pero podía levantarse otra vez un edificio allí. Al anochecer partieron los milicianos, con Ripoll al frente. Antes, pidieron a los vecinos que los avisasen en el caso de ver bandidos absolutistas por La Punta.

Cuando Cayetano se retiró a su solitaria habitación, lo visitaron los recuerdos

de años atrás. Había vivido en aquel rincón de Ruzafa, y allí había vuelto sin querer. Fatigado pero feliz, se durmió en su jergón. Soñó con el mar y con la sonrisa de la mujer que había conocido, y recordó al despertar las palabras que ella había dicho. Pasaron varios días. Tuvo su patrulla algún encuentro armado con *rodgers*, bandidos de la huerta, en el Horno de Alcedo, y cada noche volvió a soñar con el viejo caserón derruido. Se informó de quién era el dueño de la tierra que lindaba con la alquería, que él conocía bien. Sacó de debajo del colchón todos los ahorros que tenía como miliciano, más lo que había traído de cuando vivió en Francia, y pidió algo de dinero a Mariano Bertrán de Lis. Buscó una tarde que tenía libre al agricultor que había conocido en la alquería de los escolapios. Josep Vivó le vendió barato ese terreno yermo, unas fanegadas lindantes con la alquería en ruinas.

Una fuerza irresistible lo impulsaba hacia esas dunas y hacia los matorrales abandonados. Quería vivir allí, en ese lugar, pero también tenía que cumplir con sus deberes castrenses. Hubo entonces un golpe de suerte en su vida. Se asignó el mando de su batallón a un oficial que era conocido porque además era un librero y editor muy importante en Valencia. Su nuevo teniente se llamaba Mariano Cabrerizo. Le contó la idea de instalarse en un rincón de la huerta y de ayudar allí a levantar de sus ruinas una escuela. El librero lo escuchó con atención y le dio permiso para cambiar de residencia. Comenzó así a levantar las paredes de adobe de su barraca. Sacó barro del marjal próximo, lo coció, puso la capa de paja entretejida del techo. Se sentía como una golondrina de las que cada primavera hacían sus nidos con el barro de la albufera. En sus ratos libres, arrancó las malas hierbas y sembró semillas. Era esa una tierra abandonada pero fértil.

El teniente Cabrerizo cogió afecto a su subordinado. Un día le enseñó la tienda de libros que tenía cerca de la iglesia del Patriarca. Él servía a la causa como miliciano, pero ante todo era un hombre que servía a la patria en la paz. La lucha por el progreso de la humanidad se desarrollaba para él en dos frentes, como en la cervantina disputa entre las armas y las letras. La suya era una de las

librerías mejor abastecidas de España. Rebosaban sus anaqueles y estanterías de novelas, poemarios, libros de viajes, manuales de medicina y de botánica, de ciencia y de religión. Cabrerizo vendía libros en su tienda y los imprimía en la trastienda. El duro trabajo y la ilusión que ponía en su tarea le había hecho prosperar, incluso se podía decir que había logrado levantar con el negocio de los libros, algo muy novedoso en esos años de libertad, una pequeña fortuna. Mucha gente podía comprar algo que estaba prohibido en otro tiempo. Un día le enseñó las máquinas y las planchas del taller. Era maravilloso ver cómo sus empleados conseguían unir uno a uno los caracteres puestos al revés, letra a letra, y cómo se construía así cada palabra y cada frase, cada página en negro sobre blanco, impreso en el papel. Era algo mágico presenciar cómo nacían los libros, contemplar cómo se agrupaban y se encuadernaban las páginas, se colocaban las tapas de cuero y se veía el tomo acabado en las estanterías.

Conoció también Ripoll esos días a don Vicente Salvá, un joven catedrático de Griego, competidor de Cabrerizo desde su librería de la calle de San Vicente, al que envió su teniente a «espíar qué obras nuevas había traído de fuera». Las traducciones de obras extranjeras, antes prohibidas, alternaban en las dos librerías con clásicos españoles. Lord Byron compartía el traducido *El corsario* con poemas satíricos de Quevedo y ensayos de Gracián; cuentos infantiles de Grimm con comedias de Moratín y ediciones ilustradas por Gustavo Doré del *Quijote* o de la *Celestina*. Hasta se podía encontrar en sus anaqueles la traducción *Du Contrat Social*, de Rousseau, del argentino Mariano Moreno, obra antes perseguida que, a pesar de ser para lectores sesudos, se agotó a los pocos días de su puesta a la venta. Cabrerizo cuidaba de que en su tienda también hubiera tratados de teología y vidas de santos, como la de san Vicente Ferrer.

Junto a la proliferación de libros, en Valencia se multiplicaron las gacetas y los diarios, amparados por la recién nacida libertad de imprenta. Se abrieron veintiséis diarios en unos pocos meses, que se vendían por unos cuartos en las boticas de la plaza de la Constitución y en los establecimientos de la calle de la Carda. Manuel Bertrán de Lis, que iba y venía de Madrid, fundó en Valencia

varios periódicos. Primero, *El Redactor Constitucional*, al que siguió el satírico *El pobrecito holgazán*, y luego, *El Descamisado*, a los que se oponía el diario reaccionario *El Fernandino* y el conservador *Diario de Valencia*. Jamás había circulado tanta prensa ni se habían leído tantas opiniones impresas. El pueblo quería aprender, y pedía, a los pocos que sabían, que les leyesen los papeles. Fue en una tertulia del Café de Félix, en la calle Zaragoza, organizada por el impresor Orga, en la que se llevaba a cabo una lectura pública de *El Diario de la Ilustración Pública*, donde Cayetano Ripoll se percató de que su misión no podía quedarse en la de miliciano nacional. No se podía doblegar el fanatismo solo con las armas ni con ardorosos discursos de tertulia. El pueblo era ignorante y analfabeto. Los labradores, sus mujeres y sus hijos eran carne de cañón en la guerra y esclavos en tiempos de paz. No habría nunca libertad sin instrucción.

Como decía Cabrerizo, el pueblo no necesitaba una libertad impuesta por los milicianos nacionales, sino que aspiraba a conocer los bienes de la Constitución, inspirada en las ideas ilustradas y en la vocación de progreso. A instancia de él y de Manuel Bertrán de Lis se organizaron tertulias para comentar y difundir las ideas de igualdad entre los hombres y sobre el derecho de los pueblos a gobernarse a sí mismos. Se podía debatir en esos encuentros cualquier opinión, mientras se preparaban las primeras elecciones de diputados a las Cortes y se tomaba una taza de café o un vaso de aguardiente.

Las logias y las sociedades patrióticas, antes secretas, dieron paso a las tertulias y a los debates abiertos en los cafés y en los ateneos. Se fundó en el reconstruido edificio de la universidad por los Bertrán de Lis, junto con Mariano Cabrerizo, la llamada Sociedad Patriótica. Y por las tardes los ciudadanos podían sentarse a tomar una limonada o un vino en lugares públicos, incluso acompañados por mujeres tocadas con sombrero, y reunirse en terrazas soleadas, como la del Café de la Glorieta de la calle del Mar, para escuchar los versos de algún poeta como Juan Nicasio Gallego o Ramón López Soler, o el discurso de un improvisado orador, con quien se podía debatir sobre cualquier tema divino o humano, por extravagante que fuera, a imitación de La Fontana de Oro, el

famoso café de la Puerta del Sol. Después de siglos de terror, el viento de la libertad recorría las calles y las plazas, como el aroma del azahar en abril, junto a las notas del *Himno de Riego*, compuesto por José Melchor Gómez, músico de Onteniente.

En las tertulias, por otra parte, se podía escuchar a toda clase de iluminados. Aquella tarde en la Sociedad Patriótica tomó la palabra un joven de acento italiano; un tal Pechoni, perteneciente a los llamados *carbonari*,^[5] carbonarios desembarcados en Valencia procedentes de Nápoles. Hablaba el apuesto italiano, moreno y de perilla negra, con encendido verbo, del ideal de la revolución y de la venida próxima de una sociedad perfecta. Cayetano recordó que unos minutos antes, cuando desmontaba en la calle de las Comedias, había visto a un niño de unos diez años cargado con un capazo de excrementos de los caballos de la ciudad para venderlos como abono a los agricultores de la huerta. El oficio de *femater* era común entre los niños pobres: les permitía llevar unos cuartos a sus padres. «¿De qué servían esas tertulias?», pensó. Se puso el orador a perorar sobre *Émile ou De l'éducation*, obra poco conocida de Rousseau sobre la educación de los jóvenes. Cayetano recordó sus años en Francia, y a los amigos filántropos masones en cuyas tenidas o reuniones se planteaba otra revolución en Francia, como la de 1789.

—¡Maldita sea! —dijo mientras se levantaba de su asiento, indignado ante el discurso del demagogo que esperaba el aplauso—. Pura palabrería hueca. ¡Vete a enseñar a los niños lo que crees que sabes! Solo la instrucción universal permitirá el sufragio universal del que cacareáis tanto. Esa será la auténtica revolución. ¡Pongámonos manos a la obra!

Cayetano salió del paraninfo de la universidad. Y pensó que era el momento de emprender el sueño de su vida. «¿Por qué demonios no levantar la escuela de primeras letras?» Esa era una de las buenas intenciones de la Constitución de 1812 que no se habían aplicado nunca a lo largo de la breve vigencia. Un artículo suyo hablaba de esas escuelas de primeras letras que, al margen de las de la Iglesia, debían llevar la instrucción a todos los niños. Se detuvo ante las ruinas

de la vieja alquería. Él no tenía hijos, quizá ya no los iba a tener nunca. Pero su destino podía ser el de educar a los hijos de los demás. Sería su granito de arena para liberar a los futuros hombres de la opresión y de la ignorancia.

Al día siguiente se presentó en la iglesia parroquial de Ruzafa. El padre Record pensó al principio que el hombre que conocía como miliciano nacional irrumpía allí para asustarlo. Cayetano, en cambio, le habló de la escuela de la partida del Perú. El cura mostró sus recelos, sabía que a sus superiores no les haría demasiada gracia una *escoleta* no llevada directamente por un prelado de la Iglesia, pero pensó que ese hombre, revolucionario sin duda, tenía un aire noble y sincero, y que podía hacer algo bueno por la comunidad de la partida del Perú. Faltaban maestros en España. El miliciano era un hombre muy leído y podría servir de maestro mientras llegaba otro menos peculiar. Ante la insistencia del miliciano y ante su predisposición a sufragar o a recolectar el dinero que hiciera falta, y la oferta de poner sus brazos en la reconstrucción de la alquería abandonada, el padre Record lo escuchó y a los pocos días se puso manos a la obra en lo que le pedía.

Como se requería la autorización de los escolapios, el padre Record redactó la solicitud al arzobispo y se presentó en el Palacio Episcopal. Fuera aguardaba impaciente el miliciano nacional. Lo recibió un dominico de hábito blanco, el de los miembros del abolido Santo Oficio. Conoció entonces a Miguel Toranzo y Ceballos, antiguo inquisidor de Barcelona, hombre enjuto y seco, de cabeza rasurada y mirada oscura. Le produjo gran inquietud ese hombre distante, que ejercía de secretario del arzobispo y que apenas le dedicó una mirada de desprecio. La propuesta de levantar una escuela nueva en Ruzafa, entre la iglesia de La Punta y Pinedo, apenas fue escuchada por don Veremundo Arias. Ocupado en otros asuntos, despachó rápidamente al párroco, firmando el *nihil obstat* a la *escoleta*, sin leer la solicitud, pues lo que le preocupaba era acabar en la cárcel o en el destierro. ¡Bastante guerra tenía con los liberales! Se estaba debatiendo por las Cortes la abolición de los diezmos eclesiásticos y la desamortización de los conventos con tierras baldías. «¿Cómo mantener en el futuro a la Iglesia? ¿De

qué vivirían los clérigos arrojados de sus conventos?» Después de todo, no pedía un real aquel curita. Cuando salió del palacio, el padre Record entregó a Cayetano la autorización sellada por el arzobispo. Desde una ventana, Miguel Toranzo los observó tras los visillos, intuyendo la amenaza en ese abrazo. El diablo liberal campaba a sus anchas.

Ripoll contó con Josep Vivó, el cual, pasada la cosecha del arroz, se puso con él y con otros voluntarios a reconstruir la vieja alquería de los escolapios. Y contó también con la dispensa de servicios como miliciano, que le otorgó generoso don Mariano Cabrerizo, que no era exigente con alguien tan cercano a sus principios y a sus ideales. Junto al agricultor iban en su tartana dos jóvenes que le llevaban de sus campos el barro sobrante del cultivo de los planteles de arroz[6] y las cañas mezcladas con adobe para los muros. Fueron así ensamblándose el armazón de las vigas y de las costillas de madera, se rehicieron los muros rotos y el tejado volado, y se cubrió con una verde parra el porche.

L'Arrosser tenía la piel tostada y lucía un pañuelo carmesí sobre su cabeza. Había prosperado con la abolición de los señoríos, haciéndose propietario de los campos que cultivaba, aunque siempre vestía un humilde blusón, y en los días de fiesta, el *saragüey*. Era padre, a sus cincuenta y tres años, de dos hijos varones y de una hembra, y abuelo de tres nietos, que iban a ser los primeros alumnos del nuevo maestro, que solo pedía como jornal la voluntad. Había nacido en la pobreza de una familia de trece hermanos, la mayoría de los cuales habían muerto de hambre, cuando no por las fiebres tercianas, y sobrevivido a todos los males, incluido el bayonetazo de un fusilero francés en 1808. Gracias a la desamortización compró unas tierras baldías que había convertido en arrozales. El arroz era el futuro. Sus manos eran su riqueza, el trabajo de sol a sol, con las pantorrillas hundidas en el agua desde la *plantà* en mayo hasta la siega en septiembre, aterrando *tancats* con capazos de tierra del interior. Y luego, cuando acababa la siega, separando la cáscara del grano para llevar después los sacos del arroz descascarillado al mercado de Valencia. Legaría a sus hijos esa tierra, sí,

aunque lo que más quería era que sus nietos acudieran a la escuela para que no fueran tan brutos e ignorantes como él.

Otros vecinos de La Punta y de la partida del Perú ayudaron a enjalbegar las paredes de un blanco que hería los ojos, y un carpintero de Castellar regaló de su taller las sillas y los pupitres. Mariana Gabino, con otras mujeres, barrió el polvo y fregó el suelo rojo, y pulió los azulejos colocados por Cayetano y por Josep. Y vino poco después de la Navidad el padre Record a derramar agua bendita en las paredes de la vieja casona, devastada por el tiempo, convertida con el sudor de unos hombres en la más bella escuela de Ruzafa.

6

El 20 de enero de 1821 se abrió La Escoleta. A la inauguración de la barraca de dos pisos y ocho costillas vino el alcalde liberal, el abogado don Pedro Cabanes. Ruzafa acababa de ser declarada villa independiente, y en el acto estuvo también el médico de la partida del Perú, don Juan Puchades, que lucía la escarapela roja de los moderados. La *escoleta* había sido levantada con ayuda de los vecinos, aunque algunos mostrasen recelos acerca del maestro, un forastero de acento *molt tancat*.^[7] Mariana Gabino repartió limonadas y unos dulces hechos por ella misma, y el padre Record, panecillos, *coquetes* de la tahona de Salvador Roig, cercana a la plaza del mercado. Josep Vivó puso el vino y la música, en forma de dulzaina, y el mayor de sus hijos cantó una rondalla y luego invitó a varias muchachas, parientas de las madres, a bailar una jota valenciana en el porche. La presencia del párroco aportaba al acontecimiento cierta solemnidad. Al padre Record no le iban las ceremonias ni los discursos, aunque sí merendar panecillos y pequeñas fiestas populares como aquella.

Los que no pudieron asistir fueron Vicente y Manuel Bertrán de Lis, ni Mariano Cabrerizo. En la misma fecha se celebraba el aniversario de las ejecuciones del coronel Vidal, de Félix Bertrán de Lis y de Diego Calatrava, junto a otros conspiradores, cuyos restos fueron desenterrados del *barranc* del Carraixet,^[8] el lugar de los ajusticiados, para sepultarlos en el cementerio nuevo, más allá del convento de Jesús, rindiéndoles los honores que merecían unos mártires de la libertad como aquellos. El acontecimiento llenó de emoción a los presentes, y algunos grupos se dirigieron a las puertas de la ciudadela, donde se encontraba preso Elío hacía casi un año, aún sin juzgar, para exigir su cabeza.

El conde de Almodóvar sacó a la calle a los miñones para contener a los exaltados. «¿Querían proteger al tirano?», gritaban los manifestantes mientras arrojaban adoquines contra los uniformados. Los liberales se dividían en dos bandos: los moderados, masones de la «sociedad del anillo», que pretendían cambiar la sociedad mediante leyes, y los exaltados, que se agrupaban en «sociedades de comuneros», inspirados en Padilla, el héroe del siglo XVI contra Carlos I. Los moderados eligieron el lema de «Constitución y orden». Llevaban un pañuelo rojo colgado del cuello. Para los exaltados la revolución implicaba la abolición de todo lo anterior, acabar con los reyes y los nobles, imponer el sufragio universal y la desaparición de los diezmos y de los señoríos feudales. Su símbolo era un pañuelo verde, y su lema, «Constitución o muerte». Un día apareció una pancarta comunera en la torre del Miguelete: *Tan alt i fadrí que sóc / no m'han posat llista verda. / ¿Açò és la Constitució? / ¿O només és una merda?*[9]

Ripoll se propuso hacer la revolución por su cuenta. Quería dedicarse por completo a su escuela. El librero comprendía el empuje de su subordinado. A él le hubiera gustado dimitir también de sus numerosas obligaciones y dedicarse solamente a los libros. Firmó la autorización a Cayetano para licenciarse, pidiéndole que, en caso de emergencia militar, estuviera dispuesto a reincorporarse a la milicia nacional.

A lo largo de las semanas siguientes el librero se presentó en la escuela de Ruzafa, para ver cómo iba el experimento, con las alforjas de su caballo cargadas de libros. Manuales de álgebra y gramática, con las tablas para los verbos y las reglas de sumar y de multiplicar, pero también libros de cuentos. Algunos editados por él, otros importados para ser vendidos. Le regaló una colección de las *Fábulas* y de la *Vida de Esopo*, y de las adaptaciones hechas por La Fontaine, traducidas por Bernardo de Calzada.

—No te lo vas a creer, pero a Calzada —le comentó al maestro sentado en el porche de la escuela—, un capitán del ejército español, hombre leído y además patriota, la Inquisición lo persiguió por estas traducciones hace unos años. Me

gustaría contactar con él, no debe de ser demasiado mayor todavía. Le quiero proponer una nueva publicación...

—Parece mentira —asintió Cayetano— que a hombres ilustrados como el tal Calzada se los haya perseguido y encarcelado en este país.

—¡La historia de España! No sé si por envidia o por mezquindad, en nuestra tierra la inteligencia ha sido siempre sospechosa de alta traición. Por eso tenemos que aprovechar esta época nueva, gracias a la Constitución de Cádiz —dijo mientras su vista se perdía en el mar—. Ahora, se podrá leer y publicar por fin toda clase de libros.

—No sé cómo agradecerle tu regalo..., lo primero será que los chicos aprendan a leer.

—Hasta los más brutos disfrutarán con las *Fábulas literarias* de Tomás de Iriarte y con las de Félix de Samaniego... Aprender puede ser algo divertido. Yo estaba destinado a ser un baturro destripaterrones. En Calatayud mi padre era agricultor, y quería que le ayudase en el campo. La suerte fue que a los once años me dieron ocupación en la librería de un pariente. Leí en un libro de Kant, un filósofo alemán, que el hombre es el fruto de la educación que recibe. Por eso cuentas con mi apoyo...

Cabrerizo estaba entusiasmado de cuanto iba a publicar, y orgulloso de su trayectoria como editor, aunque tenía la espinita de no ser escritor. Conocía a los autores del momento: al duque de Rivas, al poeta Quintana y a Argensola, y a todos los que pugnaban por hacerse oír en tertulias y representar sus obras dramáticas en los teatros de las grandes ciudades. Había avidez por descubrir textos nuevos entre sus lectores y suscriptores, después de tantos siglos de censura. Ya no le hablaba el teniente de la milicia; hablaba el amigo que comprendía y apoyaba sus sueños.

—Además de enseñar a leer, toda fábula tiene una moraleja —comentó Ripoll.

—Sí, aunque no hay que exagerar —le replicó el impresor—. Para algunos filósofos, como Rousseau, las fábulas ensalzan la astucia de la zorra, o la

ferocidad del lobo, y desprecian la inocencia de otros animales, como los corderos y las gallinas.

Pasaron esa tarde y otras muchas hablando de los libros y de las historias que podían servirle al maestro. El librero le habló de un libro de cuentos alemán, *Kinder und Hausmärchen*, que se podría traducir como «Cuentos para la infancia y el hogar», escrito por unos hermanos, los Grimm; un libro único para niños y adultos. Le habló de Hansel y Gretel, dos pequeños perdidos en el bosque. Y de una niña, llamada Caperucita, que casi era devorada por un lobo al que vencía, y de una muchacha llamada Cenicienta... Cabrerizo invitó al maestro a participar en las tertulias de la Sociedad Patriótica. Le presentaría a jóvenes poetas, de los que se llamaban a sí mismos «románticos», que aspiraban a cambiar el mundo. Cayetano le dijo que quizás acudiría, aunque no se consideraba nadie en ese mundillo. Solo aspiraba a enseñar lo poco que sabía a los niños de Ruzafa.

Se extendió en poco tiempo la fama del Polserut. Se comentaba su forma de enseñar, paseando por el camino del Valladar hacia El Saler, enseñando botánica con un ejemplar de Cavanilles sobre las distintas plantas y las hojas de los arbustos, las virtudes del romero y del espliego. La naturaleza era su escuela. Y contaba emocionantes historias sobre las grandes culebras escondidas entre las dunas y los carrizos de la albufera, coto de caza de los reyes. También les contaba a sus alumnos que no se acercasen demasiado a los marjales y a los planteles de arroz, porque según Cavanilles existía relación entre las fiebres tercianas, el agua corrompida y el vapor de las miasmas.

Otras veces les hablaba de la historia de la tierra que pisaban, de los antiguos íberos, de los romanos, y de los árabes, que habían convertido terrenos baldíos en ese vergel de rosales y arrayanes. En una ocasión llevó a los muchachos hasta la plaza del mercado, ante la iglesia de San Valero Obispo y San Vicente Mártir. Muy cerca de allí, les contó, estuvo a punto de morir por la flecha traidora de un cadí el rey Jaime I el Conquistador, y en una cercana alquería árabe se le había rendido Zayyan, el último rey moro de Valencia. El padre Record, que presenciaba la clase al aire libre, los invitó a la iglesia parroquial.

Elevado en el púlpito se puso a referir el párroco la historia de los santos patronos de Ruzafa. No era poca la piedad y el valor demostrado en tiempos de los romanos y de su cruel gobernador Daciano por san Valero, obispo y patrón de Zaragoza y también de Ruzafa, del que se decía que tartamudeaba, lo que le valió la salvación y su mera condena de destierro. En cambio, la elocuencia de su joven diácono, llamado Vicente, que habló a los valencianos sobre la caridad cristiana, le granjeó el cruel martirio y la muerte. Y también la santidad. El nombre del santo, patrón de Valencia, debían guardarlo los escolares como ejemplo de oratoria y de defensa de la fe cristiana en tiempos paganos. Cuando Cayetano comenzó a escuchar la diatriba del padre Record a favor del martirio, abandonó los bancos de la parroquia y, sin santiguarse ni postrarse ante la Virgen ni ante la imagen de san Blas, salió a la plaza del mercado.

Al terminar la explicación a los escolares, el sacerdote advirtió la ausencia del maestro. Le recriminó que no hubiera estado durante su relato de la vida de los patronos de la parroquia. Cayetano se encogió de hombros. Le dijo que comprendía que, como sacerdote, intentase convencerlos sobre las bondades de la palabra y de la predicación, pero no estaba de acuerdo en la glorificación de la muerte y del martirio.

El padre Record se quedó pasmado. ¿Y si fuera, como decían muchos, un pecado aquella *escoleta*? ¿Y si lo que decía el arzobispo fuera verdad?, pensó mientras se alejaba el maestro con sus alumnos por una vereda hacia la partida del Perú.

Mariana se empeñó en aprender a leer. El maestro comía el habitual plato de arroz o una sopa de verduras, en presencia de Joanet. Y al acabar, el muchacho leía el *Diario de Valencia*. Mariana protestaba porque no existiera una *escoleta* para niñas.

—Yo quiero leer. ¡Y ser maestra como usted!

—Pues no estaría mal. ¡Una mujer que enseñase a unas niñas! ¡Cómo me pondrían las comadres si yo metiera a alguna en mi clase!

Lo había dicho encogiéndose de hombros, sin rechazar ni dar alas a la descabellada propuesta. A Cayetano le atraía la idea de fundar una *escoleta* para niñas, a pocas varas de la suya, con la aprobación de los vecinos de la partida, pero ese sueño parecía muy difícil. Los padres de la huerta no dejarían que sus hijas, destinadas a casarse y a tener hijos, o como mucho a trabajar de costureras en un taller de seda, asistieran a sus clases.

Mariana aprendía de Joanet, al que preguntaba por las letras y sus formas, y le hacía repetir las lecciones de Ripoll. Al principio, se hacía un lío con lo poco que sabía de castellano y el valenciano que hablaba normalmente, pero nada ni nadie era capaz de evitar su progreso en la lectura, con tanta velocidad como su hijo. No en vano era una mujer de armas tomar, que había luchado contra todo desde que dejó bruscamente de ser niña. Se esforzaba en descifrar las letras por las tardes por el pequeño huerto, cargada de ropa de los vecinos en un canasto, mientras leía en voz alta páginas arrugadas de los diarios que Cayetano traía y, a lo mejor leía a su padre, el pobre Il·luminat, que apenas balbuceaba unas palabras, salvo las de una oración entre dientes, los titulares sobre los sucesos ocurridos en Valencia hacía ya varios meses, y hasta las sátiras que escribía

Manuel Bertrán de Lis en *El pobrecito holgazán* contra los absolutistas, a las que le replicaba desde las reaccionarias páginas de *El diablo predicador* su director, que no era otro que el abogado y capitán de artillería Anastasio Navas, que atacaba con virulencia a los liberales, acusándolos de sembrar la anarquía en España.

Mariana no solo había aprendido a leer diarios y periódicos, sino que opinaba sobre los asuntos de política que agitaban Valencia, tan próxima de la partida del Perú y a la vez tan lejana. «Mejor no saber demasiado de política», le contestaba con sorna el maestro. Pero ¿era cierto lo que decían los realistas de que había que acabar con la Constitución, que era la causa de todos los males?, insistía ella. «Bastante consentidos se encuentran los enemigos de la Constitución que la critican. Gracias a su generosidad, ellos se pueden expresar con libertad a su amparo.»

Y es que las palabras a veces eran el preámbulo de las manos en las disputas políticas. Se habían producido numerosos incidentes los últimos meses entre artilleros y milicianos, con varias muertes de unos y de otros. El conde de Almodóvar a veces se decantaba por aplicar la ley a favor de los liberales, y otras de los absolutistas, lo que le granjeó la enemistad de todos. Se cocían conspiraciones absolutistas, en especial en el cuartel de artillería de la plaza de las Barcas. Se rumoreaba que los días de la Constitución estaban contados, y que pronto saldría de la ciudadela Elío para reinstaurar a Fernando VII en su «poder pleno», como lo hizo en mayo de 1814.

El 17 de marzo se produjeron enfrentamientos violentos en los que se vio involucrado el propio Mariano Cabrerizo, que había intentado contener a unos exaltados liberales que pedían asaltar la ciudadela y dar muerte al general, cuya sombra seguía amenazando la libertad. Cayetano supo de la noticia por el propio Cabrerizo, que le recordó la promesa hecha por el maestro al editor de reincorporarse a la milicia nacional si la causa liberal se hallaba en peligro, aunque bien sabía que lo que más deseaba él era dedicarse a sus clases. Cayetano

no quería hablar de política, aunque su amiga era demasiado inquieta como para no pedirle que le hablase de lo que ella leía en los diarios.

Entonces aún no eran amantes. Una tarde, a principios de mayo, Joanet cazaba ranas y culebras en Na Rovella con sus amigos, lejos de la barraca, y su madre se había desabotonado la camisa por el fuerte calor, en el lavadero de la parte trasera de su barraca. Llegó Cayetano de cabalgar por la dehesa, y encontró a la lavandera con las muñecas hundidas en la alberca, esparciendo barrillas del jabón de Elda. El maestro llevaba la capa cubierta de barro y la puso al lado de la balsa. Mariana le pidió ayuda para levantar un cesto con ropa de lienzo blanco, paños toscos y enaguas blancas para ponerlos a secar en las ramas de un algarrobo. Se rozaron los cuerpos sin querer. Sintió que la asían por la cintura unas manos fuertes y que le caía el fardo, cercada contra la tapia por unos ojos de oliva.

Se sintió envuelta por el olor a tomillo e hizo un gesto de fingida resistencia, dibujando el ademán de cerrarse la camisa y de ocultar los senos, mientras entreabría los labios. Era inútil luchar contra el deseo. Cayetano era un hombre apasionado, y ella, una mujer ardiente. El cesto entre los dos cayó y ella se le rindió, desarmada. Hacía tiempo que esperaban los dos ese momento. Se hundieron abrazados en el agua, se besaron con avidez. Cayetano la desnudó y le recorrió la piel con la mano mojada en el aceite. Cuando salieron de la alberca rodaron por la hierba hasta el pie del algarrobo del patio. La penetró en el suelo con la fuerza de un toro, contra la tierra, entremezcladas las piernas y los sexos.

De no ser por las campanillas, Joanet los habría pillado *in fraganti*. Los días siguientes, los amantes se buscaron entre las dunas y las madresevas del camino de la Loseta a Pinedo. Ante Joanet intentaban guardar las formas, pero el pillo sonreía, porque era inútil engañar a un niño como él. El impetuoso amor entre el maestro y su madre le resultaba algo desconocido. Había crecido en una casa donde él siempre se había sentido el único hombre. Los ojos de su abuelo, el risueño Il·luminat parecían saberlo todo, y callaban. Su mirada ausente bendecía

ese amor que había surgido en el jardín de la barraca, en especial cuando se adormilaba en su mecedora, y sonreía en silencio.

Mantuvieron la norma de que cada uno seguiría en su casa. Venía la lavandera a ayudarlo en las tareas domésticas y lo acompañaba en horas de clase. Una tarde trajo consigo a unas niñas, hijas de unas costureras. Les había enseñado a escondidas unas nociones de lectura. Mientras las niñas pudientes acudían a una escuela pía, las vírgenes pobres, cercanas a la pubertad, solo valían para ser esposas y madres, o para aprender el oficio de tejedoras de la seda. Cayetano dedicó a las voluntariosas alumnas varias tardes. Eran unas muchachas despiertas, pero no podía hacer mucho más de lo que hacía.

—Algún día tú serás maestra —le dijo en cuanto se marcharon—. Y el padre Record bendecirá la *escoleta* de chicas, pero ¿qué dirá el arzobispo si se entera?

—Nada dirá —replicó su amiga—, lo han desterrado por conspirador.

Era buena la información que ella había leído en los papeles. Hartos de provocaciones y de pastorales encendidas de odio, los regidores lo habían expulsado a Roma, junto con un séquito de clérigos incondicionales, compuesto por los últimos inquisidores que siguieron al prelado en el vía crucis del exilio. Tenía algo de cómico el dibujo de aquellos siniestros pajarracos, publicado por el periódico satírico de Madrid *El Zurriago*. Se podía ver en la ilustración una bandada oscura en vuelo hacia la Santa Sede. Los amantes rieron ante la hoja del diario que mostraba la expulsión de aquellos cuervos, representantes del clero más reaccionario, pero era palpable que la paz era solo un espejismo pasajero.

Unos días después, el 30 de mayo, un amigo de Joanet trajo un mensaje a la escuela de Cabrerizo y de Manuel Bertrán de Lis. Los absolutistas habían tomado la ciudadela. El temido golpe contra la Constitución había comenzado y se lo llamaba a incorporarse a la milicia. Llegó en una hora a las inmediaciones de la glorieta, junto al puente del Real, mientras tronaban desde el baluarte los disparos de cañón y silbaban en el aire las balas. Había muertos y heridos en el seco foso y en las almenas.

La rebelión absolutista había estallado. Como se temía, había surgido la llama del regimiento de artilleros de la plaza de las Barcas. Y habían tomado la ciudadela, con unos civiles, aprovechando un cambio de guardia. Hubo momentos de inquietud a lo largo de ese día de mayo de 1822; pero Valencia, la mayoría de sus habitantes, no había secundado a los conspiradores, y los facciosos, por la tarde, a las pocas horas del levantamiento, sabían que se encontraban solos. No había otro camino para los liberales que sofocar a los absolutistas, ninguna otra opción que la de vencer o morir. Si Elío salía de los muros de la ciudadela, su destino sería el paredón o la horca.

A las doce de la noche, tras una jornada de combate, cesaron los disparos por ambas partes. Ni los asaltantes podían penetrar en la ciudadela, ni estos podían romper el sitio en que ellos mismos se habían encerrado. Pero a las cuatro y media de la madrugada, un miliciano nacional, famoso por su arrojo, apodado *Borrasca*, escaló un muro junto al convento de Santo Domingo, pasó a cuchillo a los centinelas y, aunque herido por una estocada en la espalda, logró en su último aliento bajar la pasarela del puente levadizo, y de esa forma permitió la entrada en tromba de sus compañeros. Entre las luces del amanecer, los artilleros y los milicianos liberales se batieron cuerpo a cuerpo. Los defensores se encontraron aturcidos por la sorpresa del ataque y reaccionaron tarde. Las espadas y las bayonetas liberales atravesaron sus pechos y reventaron a balazos sus cabezas, cayendo la mayoría de los rebeldes muertos o heridos, junto a sus cañones.

—¡Viva la Constitución! ¡Viva la libertad! —gritaban los asaltantes entre el humo amarillo y agrio de la pólvora. Al final, se hizo el silencio. El sol ya estaba en lo alto.

—Estoy orgulloso de todos —dijo Bertrán de Lis a sus soldados. Abrazó uno a uno a los oficiales, entre los que se encontraba Cayetano—. Viniste como un rayo desde tu escuela. Ya ves, no somos unos viejos caducos, ¡como en tiempos de la Guerra del Francés!

Cayetano sonrió agradecido, aunque a la vez sintió la tristeza de esa victoria entre hermanos. Algunos de los milicianos remataban a los heridos. El odio acumulado había estallado. Los asaltantes sacaron a rastras al general Elío, y lo llevaron al borde de los muros, con la intención de atravesarlo con sus bayonetas y arrojarlo al fondo del foso.

Apareció entonces a caballo el conde de Almodóvar, máxima autoridad militar. No había estado presente en el combate, ni arriesgado su pellejo, pero había que respetar su presencia y su autoridad.

—¡Alto en nombre de la Constitución y de la ley!

Manuel ordenó obedecer a sus hombres. La conspiración había sido organizada, según confesó el jefe de los sublevados, el barón de la Llosa, sin que Elío estuviera al corriente. El barón imploraba no por él, pero sí por su jefe y por los supervivientes. Elío, que había permanecido callado, se rebeló contra los que lo asían.

—¡Matadme, escoria liberal! No quiero compasión, ¡quiero morir como un soldado!

Se revolvía como un león. Había soportado con estoicismo su cautiverio, como un servicio más a su rey, y tenía el orgullo intacto. Y pedía morir como mueren los héroes. Pero Bertrán de Lis no quería darle esa satisfacción.

—Llevadlo a su calabozo —ordenó obedeciendo al conde de Almodóvar—. ¡Que cada uno permanezca en su puesto! Respetad a los heridos. —Y al pasar junto al más antiguo prisionero de la ciudadela, le susurró—: Morirás, sí, pero como un criminal.

Cayetano reconoció el odio en los ojos de su capitán. Cabrerizo, que había combatido en la retaguardia, veía con horror los cuerpos ensangrentados de los jóvenes artilleros. Obedecían fieles al absolutismo esos muchachos que nacieron

pobres y no sabían leer ni escribir. Ayudó a los heridos y con los cirujanos les colocó vendas y torniquetes. Se autorizó a un sacerdote a dar la extremaunción a los moribundos. ¿Era ese el precio de la libertad? ¿Tenía que conquistarse a sangre y fuego?, se preguntaba Cabrerizo.

Se celebró la derrota del absolutismo. Desfilaron comparsas de cornetas, se cantó el *Himno de Riego* y se convocaron reuniones y mítines en las cafeterías liberales los días siguientes. Ripoll y Cabrerizo acudieron a una reunión de la Sociedad Patriótica. Manuel Bertrán de Lis honró a los caídos en la gloriosa jornada, y luego, como recién llegado de la Corte, expuso cuál era la situación política en Madrid.

—No es extraño que surjan conspiraciones reaccionarias en todo el país. Desde el pronunciamiento de Riego de hace más de dos años, la revolución se ha visto atacada no solo por los facciosos, sino también por un enemigo que conspira desde dentro, con la complicidad de los moderados. ¿Qué esperar de un gobierno como el de Martínez de la Rosa, un gobierno que lo pacta todo? — lanzó al aire con energía—. En Cataluña se levantan partidas de labradores fanatizados por curas trabucaires, como el Trapense. En Alicante, Jaume, *el Barbut*, siembra el terror. Brutos, ignorantes, sanguinarios.

Hubo un aplauso de los partidarios que animaba a plantar cara al enemigo con las armas.

—Nuestro enemigo se apoya en la ignorancia de la gente sencilla. No se la puede convencer de la noche a la mañana de las bondades de la Constitución, pues pesan siglos de Inquisición, de superstición y de ignorancia, y no queda otra salida que la de vencer al hierro con el hierro. En toda España estalla la guerra civil. Solo derrotaremos a sangre y fuego a los curas de pueblo que organizan partidas, y a los militares serviles, como lo hicimos el otro día aquí, en la ciudadela. Solo entienden los obispos guerrilleros, como los de Orihuela y de Murcia, la ley del ojo por ojo. Las bonitas palabras de nuestro secretario de

Gobierno, don Francisco Martínez de la Rosa, nuestro presidente, que quiere pactar con los absolutistas, no llevan sino a que los facciosos ganen más y más terreno. Sí, tenemos como presidente a «doña Rosita la pastelera». Tomemos el poder los radicales o atengámonos a las consecuencias. No caben flores ni versos cursis y relamidos, como los que escribe Martínez de la Rosa, contra las bayonetas absolutistas.

La exaltación del orador produjo un murmullo de reprobación en un sector.

—En La Fontana de Oro, en los cafés y en los mejores teatros de Madrid se escuchan hermosos discursos vacíos y huecos. Los moderados proponen en las Cortes que el sufragio se reserve a los ricos, a los propietarios, y de esa forma eternizan el poder de los fuertes y niegan al pueblo su voz. Para eso quieren unas Cortes con dos Cámaras, sabedlo bien, para frenar la revolución. Ellos se repartirán así a España. Los nuevos señores...

»¿Qué fue de Riego, nuestro caudillo? —preguntó en voz alta—. Yo os lo diré: la postración, el desprecio y el olvido. Recordad que, aunque encabezó el pronunciamiento, se le premió con dirigir la región militar de Galicia, y después la de Asturias y la de Aragón. Lejos de Madrid, para que ellos puedan hacer y deshacer a sus anchas. ¿No recordáis cuando vino a Valencia que se le llamaba “héroe” y él rechazaba el trato de “libertador”? ¿Acaso ha habido alguien más desinteresado y noble que él en la historia? Pues los pervertidores de la revolución, los moderados, se han aprovechado de su bondad.

En el auditorio, los radicales aplaudieron. Los moderados silbaron y abuchearon.

—Silbad, sí. Pero reconoced, incluso los que no estáis de acuerdo, que, en nuestro sistema, en nuestra débil y asediada democracia, el peor mal no es el Gobierno.

Y se hizo el silencio. Muchos intuían hacia dónde iba dirigida la siguiente saeta.

—La gangrena de nuestro sistema, el cáncer que lo corroe no es otro que el propio rey.

Se extendió un murmullo de consternación en el auditorio.

—Poner en entredicho al monarca —se murmuraba en los corrillos moderados.

—¡Republicano! ¡Comunero! —le espetaron los más conservadores de la audiencia.

Y es que la revolución del bando de los comuneros daba miedo a los burgueses.

—Libertad dentro de los límites, sí. República. Jamás —repetían los moderados.

—En esta partida de ajedrez —prosiguió el segundo de los Bertrán de Lis—, la única jugada ganadora es la de dar jaque al rey. —Sonaron golpes en las tablas—. ¡Sí, arrebatarse la máscara al pérfido Borbón! Pero nadie se atreve a ponerle el cascabel al gato. Su falsedad es increíble; puede darte un abrazo y acto seguido ordenar tu muerte. No ama al pueblo que ha dado la vida por él en la guerra de la Independencia. Él ama el poder... absoluto.

—¿Poder? Su hermano Vicente también es un hombre poderoso. ¡Y muy rico! —le espetó con razón un conservador.

—Ha dicho usted la verdad. Mi hermano es muy poderoso. Y no le importa otra cosa que amasar dinero y poder. Se ha olvidado de los ideales por los que murió su hijo Félix.

Un rumor de estupefacción se extendió por el paraninfo de la universidad. Era algo nuevo el enfrentamiento entre los Bertrán de Lis. La ardiente inclinación del orador por las ideas radicales causaba sorpresa en la Sociedad Patriótica. El precipicio de la revolución daba vértigo, causaba pánico. A los comuneros se habían sumado héroes de la guerra de la Independencia, como el Empecinado. Y el general Espoz y Mina, y antiguos guerrilleros como el Chaleco, Chapalangarra y Ascensio Nebot, *el Frare*. Para los moderados eran todos ellos unos locos. «No se puede quitar de en medio al rey. Su figura resulta inviolable.» No podía venir la república. La política parecía una jaula de grillos. Los insultos entre unos y otros crecían. Los empujones se volvieron puñetazos. Manuel

Bertrán de Lis tuvo que salir escoltado por los suyos. «La guerra civil se acercaba.» Esa era la única verdad de aquel largo discurso.

Cayetano, cabizbajo, salió con los partidarios de Bertrán de Lis.

Pasados unos días, el maestro de Ruzafa visitó al editor Cabrerizo. La conversación no podía evitar el tumulto ocurrido en plena universidad.

—Ya ve, en el que debería ser el templo de la cultura y del saber, acabaron a puñetazos. ¡Y nos llamamos liberales a nosotros mismos! Este país no tiene remedio. Desde los tiempos de Witiza hasta ahora no hemos avanzado nada. Tenemos lo que nos merecemos —le dijo Cabrerizo en su librería—, no estamos preparados para la libertad.

—Harían falta muchos años para cambiar —le dio la razón Cayetano—. Tendrá que llegar una generación nueva, los ahora niños; ellos sí que podrán entender qué significa la tolerancia y la libre expresión. Por eso debo trabajar sobre todo en la escuela y poner mi grano de arena en la revolución de verdad. Después de la toma de la ciudadela, después del odio y de la sangre derramada que he visto, no quiero empuñar otra arma que no tenga cubiertas de cuero y páginas de papel. Le ruego, como mi superior que es, señor Cabrerizo, que acepte mi dimisión como miliciano.

Y dejó sobre el mostrador la espada, sus galones y dos pistolas. Se despidió con un último saludo militar y se dio media vuelta hacia la puerta.

—Déjese de pamplinas, Ripoll. ¡Deténgase inmediatamente!

El maestro miliciano pensó que su superior lo desautorizaba. Se giró cabizbajo.

—¿Qué es eso de retirarse sin portar consigo sus nuevas armas? —Y le señaló las estanterías repletas de libros—. De aquí no se marcha usted sin recoger al menos una mochila de libros. Y aquí quiero verlo venir cada semana para completar la munición que va a necesitar. En este lugar tiene el verdadero arsenal para la guerra de la que no le permito desertar. Es una orden.

Cayetano obedeció y cargó la mochila que portaba con varios volúmenes. Respondió que volvería, sin duda, por libros y por cuadernos, tablas de

gramática y de cuentas. Y dejaría que el librero lo orientase en sus lecturas. Se despidió con media sonrisa, esbozando un saludo marcial. Un maestro necesitaba a un editor y a un librero, como el soldado necesita a un oficial.

Al atardecer de ese día, ya en la partida del Perú, desmontó de *Apolo*, se deshizo de parte de su uniforme y caminó hacia donde solía recogerse en soledad.

Una silueta lo aguardaba, recortada por la luz. Mariana estaba de rodillas sobre la arena. Entrelazaba con las manos un ramito de amapolas silvestres.

—Yo también perdí a mi madre en la Guerra del Francés —le dijo sin levantar la vista.

Cayetano entrecruzó las manos con las de su amante. Dejaron el ramito sobre la arena y los arbustos. El mar gemía detrás de las dunas, con el lamento de su sonata de olas. Al caer la noche, las dos siluetas se fundieron bajo el manto de las estrellas.

A la hora del ángelus, Fernando se derretía en su traje de gala. Recorría la plaza de Oriente rodeado de palafreneros y criados de librea, tras descender de una dorada carroza. Había clausurado con un discurso, dictado por Martínez de la Rosa, la última sesión de las Cortes. Se sentía asfixiado por el tieso cuello, a la vez que experimentaba cierto orgullo tras pasar por la prueba de la ceremonia. Había sobrevivido, como Daniel en el foso de los leones, y sabido aguantar el tipo rodeado de enemigos. Menudo papelón, aplaudir a los diputados, a esos usurpadores, y sancionar la obra de los autoproclamados representantes del pueblo. Los días previos a la ceremonia fueron plácidos, alejado de Madrid. Problemas de salud le habían hecho visitar el balneario de Solán de Cabras y quedarse unas semanas en El Escorial. Había respirado, en el austero monasterio-palacio de Felipe II, la grandeza de un rey de otros tiempos, rodeado de cortesanos, mayordomos y damas de compañía. Allí se había sentido relajado y agasajado a visitas que lo consolaban, como la del embajador de Rusia, su amigo Tastichieff, e incluso recibió a un emisario de su lejano tío, el restaurado Luis XVIII de Francia, y celebrado la noticia de la muerte del odiado Napoleón en una isla perdida.

Los alabarderos de la Guardia Real formaban en su honor en el patio de armas, pero el monarca ni los miró. Llegó jadeando hasta el zaguán y la escalera principal. Atravesó el salón de las Columnas apoyado en un criado y, en la intimidad de la saleta de Carlos III, se desabotonó y reclamó agua. Debido a su glotonería y afición al vino, las convulsiones de su riñón y los cristales de ácido úrico en sus extremidades le producían un agudo dolor de gota. Acudía a tomar las aguas en el balneario de Solán de Cabras y con él viajaba la reina, la

austriaca Josefa Amalia, delicada y rubia, ferviente católica, sumisa hacia su señor, con quien sus padres la habían desposado muy joven. Su beatería y obediencia fiel, conforme a la educación recibida en la severa Corte austriaca, la obligaban a aceptar su papel de esposa —la tercera ya— de un hombre feo, de modales groseros, coronado gañán al que debía dar un heredero; un varón, por cuya feliz concepción rezaba cada noche a la Virgen María, a san Nicolás y a todos los santos, antes de entregarse a su débito conyugal.

Lo recibió arrodillada en el salón Gasparini, al borde del desmayo. Estaban en la recargada y rococó estancia convertida en el rincón de palacio favorito de los esposos, bajo la impresionante lámpara de araña, estilo imperio, que colgaba del techo, encargada por Fernando, en la que había hecho grabar entrelazadas las iniciales de la reina y las del número VII. El monarca ofreció su gruesa mano a la reina, a la vez que arrancaba el pañuelo que portaba en la mano para secar el sudor de su frente. La reina se encontraba triste, pero el rey... ¡El rey estaba indignado! Su corto cuello parecía a punto de explotar, mientras se desabotonaba la camisa manchada por el sudor y maldecía a los impíos liberales, que llevaban más de dos años amargando la vida a la real pareja.

¿Qué querían los Riego?, ¿los Canga Argüelles o el lameculos de Martínez de la Rosa? Lo martirizaban con sus pretensiones, más dolorosas que su gota, y lo pinchaban para sancionar leyes y decretos, exigiéndole «que se atuviera a lo decidido en las Cortes». Pero ¿desde cuándo los reyes obedecían a sus súbditos? Se decía desahogándose antes su enmudecida esposa. «El paraíso liberal es el mundo al revés», pensaba amargado. ¿Quién había negado el poder absoluto a sus antepasados, a su padre, Carlos IV; a su abuelo, Carlos III; a Fernando VI, o a cualquiera de los Austrias? «¡La ley sólo es la voluntad del rey, que lo es por nacimiento, por voluntad de Dios!», exclamó en voz alta en un estallido de rabia. Desde que en 1789 la chusma tomase la Bastilla y los revolucionarios cortasen la cabeza a Luis XVI, los masones del mundo entero se habían subido a las barbas de todos los monarcas e impuesto su presencia en los Parlamentos.

Seguía empeñado en ser un «monarca absolutamente absoluto», según sus

palabras. «Qué desgraciado he sido —recordó mientras bebía una limonada. Desde que fuera príncipe de Asturias había soportado toda clase de humillaciones—. De no ser por mi maestro no hubiera sobrevivido.» Había seguido bien el consejo de su preceptor Escoiquiz, extraído de los clásicos: «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él.» Aprendió a fingir, y así pudo preparar su venganza. Todos los que lo rodeaban estaban en su contra. Ni su madre, amante del arribista Manuel Godoy, según rumor popular, le dio el afecto que merecía. Se avergonzaba de él. Siempre solo, había luchado por sus derechos y tenido que soportar a Godoy, y la ceguera, por no decir la soberana estupidez, de su padre, Carlos, que había consentido que ese guardia de Corps asaltase el sagrado lecho real y se convirtiese en el hombre más poderoso del reino. Más tarde, Napoleón Bonaparte lo destronó a él y a su padre. ¡Poco le duró el reinado, entre marzo y mayo de 1808! Y luego acudió engañado a Bayona para «discutir» con sus padres, con Godoy y con Napoleón el futuro de España. Y devolvió la corona a su padre, que a su vez se la entregó a José Bonaparte. Una jugada como una carambola de billar, su juego favorito.

Por eso, al regresar no dudó en tomar lo que era suyo. Como un niño al que se arranca un juguete recuperó el poder, y borró de un plumazo la Constitución redactada en su exilio. «¿Quién podría dudar de mis derechos?» Recordó el desprecio de Napoleón y el de su madre, que lo había llamado «cobarde marrajo» delante del emperador. Y cuando había vuelto a ser rey, con todos sus derechos, un puñado de militares, en lugar de marchar a América a aplastar a los insurrectos, le había hecho jurar la Constitución en 1812. Pero él había sabido torearlos a todos. «Si no puedes vencer a tus enemigos, únete a ellos.» Se repetía una y otra vez la cita grabada en su mente. ¿De Aristóteles? No, ¡del jesuita Escoiquiz! Gracias a él se había convertido en maestro del disimulo. Pronto derrotaría a sus enemigos. El zar le había transmitido su leal apoyo en unas cartas. Y Morillo, el jefe de la Guardia Real, le había prometido que pronto se le daría una gran alegría.

Una noche de verano, tras una copiosa cena, se retiró a la cámara amarilla con

su casta esposa, la más sosa de las tres que había tenido ya. La noche era demasiado calurosa para el amor. Madrid era un horno y su imponente miembro fracasó en el asalto de la fortaleza cerrada de su esposa. Envuelto entre las sábanas, en medio de la oscuridad, intentó olvidar aquella cotidiana frustración. Unos días antes habían asesinado en el seno de la Guardia Real al teniente Landaburu, un oficial liberal y masón. Según le confesó Morillo, lo habían asesinado sus compañeros para que no se fuera de la lengua. Se avecinaba el día grande de su libertad. Se preparaba un patriótico levantamiento. Sería coser y cantar, no había nada que temer en el otro bando. Los milicianos nacionales eran unos improvisados reclutas, tenderos de la Puerta del Sol, artesanos, escribanos, estudiantes. Tontos con estudios, que se creían el cuento de la Constitución, pero que no sabían disparar un arma.

Lo que no sabía Morillo, ni tampoco el rey, era que, en las tabernas y en los prostíbulos cercanos a la plaza Mayor, guardias de permiso se habían ido de la lengua noches atrás. Las bocas ebrias de los guardias celebraban la inminente victoria entre jarras de vino y aguardiente, y arrumacos de meretrices. Y tampoco sabían que espías de Vicente Bertrán de Lis, repartidos por los bajos fondos, parroquianos de tabernas y milicianos de incógnito habían puesto los oídos bien abiertos. Con esa información, el financiero liberal se fue a ver a José de Calatrava, hombre del Gobierno que lo tomó en serio. Se sabía el día y la hora del golpe gracias a las confidencias sacadas a truhanes y prostitutas. Y se dispuso a armar a la milicia nacional y llevar cañones al centro de Madrid.

Y llegó el 7 de julio de 1822, el esperado día de la verdad. En la madrugada, dos batallones de la Guardia Real salieron de El Pardo hacia palacio, y otros dos hacia el centro de Madrid. Desfilaban con paso triunfal, al son de su banda, seguros de la victoria. En la plaza Mayor, las dos columnas entraron por la puerta de la Amargura y por el arco del Infierno, pero en lugar de encontrarse frente a un grupo de descamisados, milicianos aficionados a la guerra, se toparon con la boca de tres cañones que, cargados con metralla y dirigidos por los artilleros de Evaristo San Miguel, les dieron una bienvenida de fuego y hierro, acallando a los músicos que pensaban tomar Madrid al son de la Marcha Real, a modo de paseo militar. A la lluvia de metralla siguió la descarga de fusiles de los milicianos, mostrando una puntería desconocida aquellos comerciantes, tenderos y voluntarios dispuestos a derrotar a los arrogantes soldados de élite del rey.

En el cuerpo a cuerpo participaron milicianos nacionales y curtidos guerrilleros como Ascensio Nebot. Algunos de los voluntarios iban armados de navajas y trabucos, pero causaron no poca sangre en los bonitos uniformes de los guardias reales. En el ardor de la lucha apareció el propio Riego, empuñando una espada, lo que levantó el ánimo de los que defendían la libertad y la Constitución. A Riego no se le había visto últimamente de militar, sino vestido con levita como diputado. No le faltó, sin embargo, el valor, y la victoria se fue decantando hacia la tropa popular frente a los guardias reales, a los que se hizo retroceder más allá del Palacio de Oriente, huyendo algunos por la Casa de Campo, perseguidos por los milicianos.

Fernando VII no daba señales de vida, oculto tras los visillos, mientras los disparos alcanzaban ya las ventanas del palacio. No se había visto semejante

batalla campal en Madrid desde el levantamiento del 2 de mayo de 1808. ¿Quiénes eran ahora los patriotas y quiénes los invasores? Los milicianos populares empujaban a los sublevados y un grupo se refugió en el patio de armas del palacio. Acorralados los guardias, esperaban con fe que el rey se asomase a arengarlos. No en vano, estaban muriendo por él, lo defendían en sus derechos. La batalla avanzaba hacia la escalera principal. Entonces se asomó por fin el monarca. Los disparos cesaron un momento. Fernando estaba callado, mudo, sopesando la crítica situación. Al final se dirigió hacia el bando de los milicianos.

—¡Traidores! ¡A por ellos! ¡No dejéis a ninguno vivo! ¡Viva la Constitución!

Y con su dedo apuntó hacia los atónitos guardias reales. Cuando cerró las cortinas, suspiró. «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él», repetía en voz baja. Se veía esta vez destronado de verdad. Y con riesgo de su vida. Al rendirse los guardias en palacio, el peligro se alejó, aunque los disparos y los alaridos de los heridos llegaban desde la oscuridad de la Casa de Campo. Un grupo de milicianos y paisanos armados pretendían asaltar el palacio, y golpeaban las puertas. Ascendía la airada multitud por la escalera principal. Los alabarderos contenían como podían a los asaltantes, pero pronto rebasarían el espacio inviolable del camión y llegarían hasta la antecámara de Carlos III. Se oían sus gritos. Pedían la cabeza del rey, mientras este se retiraba hacia las cámaras más apartadas.

En su huida, Fernando se cruzó con su esposa, que venía de orar en la real capilla, dispuesta a sufrir el martirio. Le pidió que recibiese a los revolucionarios. Seguro que ante una frágil mujer los bárbaros se conmoverían y no le harían nada.

—Quédate ahí, sonríeles, ofréceles un té —le rogó mientras corría hacia su habitación.

Pasaron minutos de angustia. Escuchó debajo de la cama cómo se abría la puerta del gabinete de porcelana. Se podía imaginar a la turba revolucionaria saqueando los soberbios jarrones de la Real Fábrica. Sonaron las doce en el

planetario reloj de Atlante. Al oír la puerta se sobresaltó tanto que el orinal cercano a su cabeza se volcó en su rostro.

—¡Majestad, salid de donde estéis!

La voz le era conocida. Rafael del Riego había entrado en la habitación amarilla, en la mismísima cámara del rey, espada en mano, y requería que se mostrase de inmediato. Fernando salió a rastras por la alfombra y se puso ante el héroe de Cabezas de San Juan.

—¡Viva la Constitución! No me matéis, amado Rafael, por amor de Dios...

El hedor a orines provocó que el general se tapase la nariz. «Aquí está el causante de tantos males. El terror de los liberales», pensó. La rechoncha figura del rey parecía la de un cochino a punto de ser sacrificado. Le suplicaba clemencia. Por un instante, en el rostro de Riego se dibujó una dura sonrisa. Al igual que los emperadores Nerón, Calígula o Cómodo, los peores engendros de la tiranía caían bajo la espada de guardias pretorianos, que así no se manchaban de sangre, sino de justicia. La historia lo juzgaría como un libertador. Levantó la espada y trazó un semicírculo en el aire. Luego la puso dentro de su vaina.

—Majestad, no se os hará ningún daño. He ordenado a la milicia que se impida la entrada en los salones privados de palacio. Yo respondo de que nadie tocará a vuestra real persona, ni a la de cualquier otro miembro de la familia real...

Fernando suspiró aliviado. Le besó la mano, le dio infinitas gracias a su protector. Sudaba y se sentía mareado, se caía. Se retiró hacia la habitación donde se encontraba el retrete de caoba maciza, el reservado para el rey. Cerró la puerta y se sentó, vaciándose por completo. Estaba vivo, otra vez. Nada de aquella jornada debía ser recordado.

Finalizada la gloriosa jornada en la que se había sofocado la intentona golpista de los absolutistas, y pasadas las celebraciones, los liberales comprendieron lo cerca que había estado el final de la era constitucional. La información de Vicente Bertrán de Lis había sido vital para abortar la conjura. En agradecimiento, el Gobierno lo designó alcalde constitucional de Madrid. A su

hermano Manuel se le cedió el escaño de un diputado absolutista, huido para unirse a la Regencia de Urgel. Esos honores permitieron a los Bertrán de Lis promover a uno de sus empleados, que se hacía llamar Juan Álvarez de Mendizábal, apellido supuestamente vasco, aunque en realidad era de Cádiz. Los había servido bien en su casa de comercio, y como correo entre células liberales. Pensaron que merecía un ascenso un joven despierto y leal como él, y lo nombraron delegado en el Ministerio de la Guerra. Así garantizaban que los suministros de galletas y pan seguirían contratados por Bertrán de Lis, la familia más influyente del reino.

Surgió días después la necesidad de esclarecer los entresijos de la conjura. Había quedado clara la falta de sinceridad del monarca, que adulaba en público a los liberales, pero se tenía por cierto que él había inspirado la conspiración, aunque nadie se atrevía a tocarlo. ¡Si hubiera otra alternativa! Para los moderados, el único camino era la cohabitación con el rey, no se le podía sustituir por otro miembro de la familia real, como su hermano Carlos, ni dejar paso a una institución tan temida como la república. El pueblo español seguía siendo monárquico. Se decía en las calles que el rey habría sido «seducido» por algún cortesano en la sombra, siendo víctima de una intriga palaciega. Su figura era inviolable; no se le podría procesar según la propia Constitución, y continuaba siendo el Deseado para el pueblo. Los únicos que se atrevían a criticar abiertamente al rey eran periodistas como Mejías, que en el periódico satírico *El Zurriago* le puso el sobrenombre de *Tigrekan*. Fernando ya no era para algunos radicales el Deseado, sino el Detestado. Pero fuera de esos círculos, nadie se atrevía a juzgar al rey. El fiscal encargado de instruir el caso del frustrado golpe archivó de un plumazo la causa. Mientras se le absolvía de toda culpa, el rey continuó escribiendo cartas pidiendo ayuda a sus aliados de Europa.

En agosto, Manuel regresó a Valencia para exigir el procesamiento de Elío. Los jueces dictaron una apresurada sentencia de muerte. Tenía que ser ejecutado el general cuanto antes. Y así fue. No se le concedió la gracia de ser fusilado, como pidió, condenándose al garrote vil. Una mañana de septiembre se lo

llevó por una comitiva de milicianos nacionales hasta las ruinas del antiguo Palacio Real, derribado en tiempos de la guerra de la Independencia. Ante el gentío, el verdugo retorció el hierro y desnucó al que había sido el hombre más poderoso de España, después del rey. Sintió Manuel satisfacción y angustia, mientras sonaba el crujido del cuello. Su sobrino Félix era vengado por fin. Vicente, su hermano, no tuvo ánimos para asistir. Se hallaba presente Cabrerizo, vestido con el uniforme de teniente de cazadores de la milicia nacional. Estuvo a punto de vomitar ante la muerte de su enemigo, pero se contuvo como correspondía a su dignidad.

En el Congreso de Verona, Metternich expuso la situación de España. Según el canciller austriaco, Fernando VII estaba en grave peligro, y el principio de legitimidad monárquica, mancillado. Se ponía en duda el derecho divino de los reyes por los constitucionales, y se desprestigiaba con calumnias al clero, a través de la libertad de imprenta, en la que se caricaturizaba desde el rey hasta los obispos. «Si se tolera el ejemplo español, que contamina a Portugal y a Nápoles, ¿cómo se mantendrá la obediencia de los súbditos a sus reyes? Si la hidra revolucionaria no se corta a tiempo, se extenderá el incendio por toda Europa. Hay que atajar el mal español», pronunció Metternich con energía prusiana.

Se había reunido la Santa Alianza —Austria, Prusia y Rusia, a las que se sumó Francia—, y asistía como invitada Inglaterra. Entre cacerías, paseos por jardines, conciertos de Vivaldi y de Mozart, elegantes bailes y misas solemnes, se planteó por el canciller la necesidad de restaurar a Fernando VII en toda su dignidad, pues era humillado cada día, según decía en sus cartas. Chateaubriand propuso una intervención. Nesselrode, ministro del zar Alejandro I, amigo y aliado del rey español, ofreció aportar tropas. «A Francia corresponde la sagrada misión», opuso el aristócrata y escritor francés. Lord Wellington, en representación del primer ministro George Canning y de George IV, encabezaba la legación británica. El vencedor de Waterloo se mostró en principio en contra de la intervención, pero estaba demasiado encumbrado para ayudar a los españoles. Ni siquiera pensó en lo que le había pedido su antigua mano derecha, el general Miguel de Álava, implicado en la causa liberal, con quien había conquistado Ciudad Rodrigo, vencido en Vitoria y recibido su asistencia en Waterloo. Se

limitó a exigir, en nombre de su graciosa majestad, que no se tocara a Portugal, que la invasión fuera breve y, sobre todo, que no se ayudara a Fernando VII contra los rebeldes de América del Sur. Lo más importante para el Reino Unido era que continuara el proceso de emancipación, iniciado durante la invasión napoleónica. La monarquía británica no tenía aliados, solo intereses. Y las nuevas repúblicas comerciaban ya con el imperio y le abrían sus puertos.

En España se cocía una peligrosa revolución. Se encomendó a Luis XVIII la misión de restablecer al Borbón español, y el 28 de enero pronunció el discurso que decía: «Cien mil franceses están dispuestos a marchar, invocando al Dios de San Luis, para conservar en el trono de España a un nieto de Enrique IV.» Se colocó al frente del ejército a Louis Antoine de Borbón, hijo del duque de Artois, futuro Carlos IX. El vizconde de Chateaubriand se sentía padre de la intervención militar, llamándola *mon guerre d'Espagne*.^[10] Los hijos de Francia atravesarían los Pirineos en nombre de la tradición y de la ley antigua. Los nuevos reclutas podían ser hijos de los invasores de 1808, aunque ahora sus bayonetas estarían bendecidas por el Papa de Roma y por los vencedores de la Restauración, bajo el noble bastón del duque de Angulema.

Mientras se anunciaba la invasión, las partidas absolutistas incrementaron sus ataques. Los facciosos de Rafael Sempere, de Prats y de Chambó descendieron desde el Maestrazgo, y en un pleno del Ayuntamiento de Valencia se dispuso hacerles frente.

Mariano Cabrerizo, ascendido a capitán de cazadores de la milicia nacional, comprendió que tenía que intervenir en esos momentos aciagos por lo que había creído toda su vida. Partió al frente de un batallón de milicianos, cargados con más entusiasmo que armas, hasta Sagunto, y en el castillo intentó organizar la defensa. Dispuso hacer una salida nocturna en busca de comida y de agua. En el empalme entre las carreteras de Aragón y Cataluña se vio cercado por una partida de absolutistas. Un mesonero, con un hijo en las filas absolutistas, los había delatado. En ese momento oscuro comprendió que no pertenecía al mundo de las armas. Un grupo de emboscados les disparó.

—¡Silencio y abajo! —ordenó el comandante Prats.

Boca abajo, con los trabucos puestos en la nuca, los prisioneros se identificaron uno a uno. El odio brillaba en los ojos de los captores, eufóricos por haber pillado aquella noche a varios «peces gordos». Entre los prisioneros se encontraba Antonio Guiral, alcalde constitucional; Damián García, capitán de la compañía de artilleros nacionales, y también el *pardalet*[11] de Mariano Cabrerizo, regidor del ayuntamiento y capitán de cazadores. Repitió Prats los nombres con retintín, exagerando irónico el «don» ante cada nombre. Sus soldados eran campesinos que olían a vino y a humo, y se mostraban dispuestos a vengar brutalmente en ellos los agravios cometidos por los «negros» al rey y a la Iglesia. Prats agarró del cuello a Cabrerizo y lo arrojó al suelo.

—Capitán de cazadores, ¿eh?, ¡hijo de puta, masón!

—¿Los matamos? —preguntó un tipo tuerto y de rostro rajado que tenía su navaja en el cuello del alcalde Guiral—. ¿Los degollamos como a pollos?

Boro, *el Tort*, nacido en Ruzafa, bandolero de Jaume, *el Barbut*, el sacerdote de Orihuela metido a guerrillero de la fe había perdido el ojo en una pelea de taberna y, como el Barbut, era un fanático absolutista. Además de gran borracho, ladrón y pendenciero, asesino de hombres y violador de mujeres. Llevaba colgado del cuello un crucifijo de plata, arrebatado a una monja de un convento de Elche.

—*No, bestia, encara no, ¿és que no saps que aquests porquets valen diners?*
[12]

Un fraile se acercó a dos heridos. Parecía hablarles al oído, cuando extrajo de su hábito una pistola. Reclamaba al primero cuanto llevase. El pobre sacó como pudo una faltriquera. El fraile hizo la señal de la cruz y le descerrajó un tiro en la frente. *Ego te absolvo*. El otro agonizaba. El siervo de Dios registró sus bolsillos vacíos. Levantó una piedra y la estrelló en su cabeza. El ruido provocó espanto entre los demás prisioneros.

—*¡Molt bé, pare Arufat! Aixina es fa. S'ha d'estalviar munició...*[13] —ordenó Prats, a la vez que reía la hazaña del clérigo, hombre de pocas palabras.

—¡Todo sea por restaurar la hacienda de la Iglesia! —declamó el fraile, montaraz, arremangándose el hábito mientras subía de un salto a su caballo—. Amén.

Algunos presos viajaban en una tartana. Se ofreció a los milicianos la posibilidad de unirse al «ejército de Dios», aunque solo unos pocos aceptaron la desertión a cambio de la vida.

Los demás milicianos fueron llevados a una pared. Sonaron disparos de arcabuces y de gritos confusos. Cabrerizo sintió el escalofrío de la noche en su espalda y el traqueteo de las ruedas de la tartana. El capitán García mostraba un porte digno ante la humillante situación. Le venían unas ganas tremendas de llorar, no podía dejar de pensar en su esposa, a la que amaba tiernamente; en sus hijos y en el calor de su hogar. ¡No volvería a verlos! Se encomendó a Dios y a la Virgen de los Desamparados el acusado de libertino y de ateo. Creía en la eterna bondad de Dios y en su misericordia y de los hombres.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó al carretero.

—¡Al infierno! —exclamó el que llevaba las riendas—. ¡Ya te enterarás, sanguijuela negra!

Los prisioneros contemplaron el sol que ascendía por el lado del mar. Sempere se acercó con una sonrisa de desprecio. «Buena caza traéis», escucharon que se decían los captores, mientras soportaban el traqueteo de la tartana. El hambre, la sed y el dolor se entremezclaban. Recitó Cabrerizo un verso de Séneca: «*Crudelius est quam mori semper timere mortem.*» Damián García le preguntó qué había dicho. «Es más cruel tenerle miedo a la muerte que morir», contestó mientras la caravana remontaba el río Palancia.

Los Cien Mil Hijos de San Luis atravesaron la frontera española por el río Bidasoa. El gobierno de Evaristo San Miguel dividió el ejército en cuatro cuerpos. Espoz y Mina, antiguo héroe de la guerra de la Independencia, defendería el frente de Cataluña; al general Ballesteros se le encomendó el frente de Aragón, Navarra y Vascongadas; mientras que Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, asumió la misión de defender la zona de Castilla la Vieja y Madrid. Al

oeste se quedaba Morillo, con el Cuarto Ejército, con la zona de Asturias, Galicia y parte de Castilla la Vieja. Pronto se vio que no existía voluntad de lucha por parte de Ballesteros, que se replegó hacia Zaragoza, y luego hacia Valencia, con el pretexto de auxiliar a la ciudad contra las partidas absolutistas. Lo mismo hizo Morillo, que se retiró hacia Lugo. Y Enrique O'Donnell se cambió de bando antes de entrar en batalla. Mientras tanto, el ejército francés avanzaba por Navarra y la Meseta en un paseo militar. Solo Espoz y Mina demostró una férrea voluntad de resistencia en Cataluña.

El pueblo no se movilizó contra los invasores, como ocurriera en 1808. Los liberales decidieron el traslado de la Corte a Sevilla. El rey alegó estar enfermo, con dolores de gota, para no moverse. Se metió en la cama entre lamentos y compresas suministradas por su esposa. Ante la estrategia para ganar tiempo, el doctor Juan de Aréjula, experto en fiebres, expresó su diagnóstico. «No hay mejor remedio para los males de gota que el ejercicio. Ni mejor clima que el calor del sur para las dolencias de su majestad.» Se emprendió así el viaje de la Corte a Sevilla, a donde se trasladaba la capital.

Las tropas de Angulema se paseaban de norte a sur sin encontrar apenas resistencia. Los bisoños soldados franceses creían que se iban a encontrar con una oposición fiera, como la de 1808, pero apenas tuvieron que disparar un tiro. La debacle era total. Se había prohibido a Riego dejar su escaño y tomar un ejército contra los franceses y se había ninguneado a los mejores generales, como Álava. Ante el retroceso militar, Evaristo de San Miguel dimitió, y fue nombrado José María de Calatrava como jefe del Gobierno. Llegaba tarde este hombre leal a la causa liberal. Se le intentó convencer, por algunos de los consejeros del rey, de que lo mejor era rendirse y dejar libre al monarca. Pero Calatrava se negó a componendas. La noticia de que el 23 de mayo Angulema había entrado en Madrid supuso un mazazo para el núcleo desplazado a Sevilla. Luis Antonio de Borbón había sido recibido como un libertador en la capital. Lo aclamaban chisperos, manolas y pícaros que no entendían de otra política que la de los curas y la de la sopa boba en la puerta de los conventos.

El rey gozaba mientras tanto de la primavera sevillana, en espera de Angulema. Se izó en su honor un globo aerostático, como el día de su primera boda en Barcelona, y paseaba feliz por la orilla del Guadalquivir, entre el olor a azahar de los naranjos. Visitaba la catedral con su esposa y el arzobispo, la Giralda y la torre del Oro. Iba a los toros, se tomaba manzanilla en Triana y disfrutaba del teatro. Un mago extranjero estrenó para él un espectáculo de sombras fantasmagóricas, «la linterna mágica».

Cuando Calatrava y los diputados plantearon un nuevo traslado, el monarca volvió a alegar toda clase de dolores. Retener al rey era una de las últimas cartas de los liberales. El Gobierno acordó la evacuación y Fernando protestó, se lamentó y lloriqueó. En Cádiz había fiebre amarilla. ¿Qué males traería a la patria si el rey enfermase o muriese? ¿Sería un asesinato! El astuto Antonio Alcalá Galiano, hijo del héroe de Trafalgar, propuso en las Cortes una fórmula para hacer que el rey se sometiera, un subterfugio constitucional que superase su negativa. De acuerdo con el artículo 187 de la Carta Magna, se podía incapacitar al rey —«por un delirio temporal»—, pues no tenía sentido que su majestad estuviera en uso de razón si una fuerza extranjera invadía el país y se negaba a alejarse de los invasores. Esta declaración de incapacidad, votada en las Cortes, supuso una afrenta para el rey. Algún día muy cercano, si Dios y los franceses lo permitían, se juró a sí mismo que llegaría la hora de su venganza.

La libertad retrocedía en todos los frentes. El pueblo llano, hundido en la ignorancia, aclamaba a los invasores, los acogía con vítores y flores en cada aldea. Angulema paseaba su aristocrático porte a lo largo de una España miserable, mientras que los mozos locales se unían a partidas absolutistas al grito de «¡Vivan las *caenas!*». Solo un puñado de fieles se mantenía leal a la Constitución. La mayoría de los campesinos, que habían servido siempre a los curas y a los aristócratas, consideraban a los liberales como diablos, peores que los señores de antes, pues cuando esos burgueses compraron campos y los hicieron sus aparceros, les reclamaron las rentas con más severidad que los marqueses o que los abades, a los que recientemente ni pagaban los diezmos. El «señor» era, para esas almas benditas, educadas en el respeto reverencial, un padre protector y justo. Y los prelados de la Iglesia, unos santos varones al servicio de Dios.

Cabrerizo continuó con su vía crucis por Gilet, Navajas y Segorbe hasta volver a Sagunto. Se le confinó en los calabozos de su castillo, llamados «las leoneras». El absolutista Sempere había vencido al coronel Antonio Bazán, y creía que el sitio de Valencia duraría poco. Pronto entraría por la puerta de Serranos, pero al anunciarse la llegada del general Ballesteros, procedente de Navarra, con dieciséis mil soldados, se retiró por el camino de Burjassot. Lo que no sabía Sempere era que su enemigo no tenía intención de luchar. De hecho, Ballesteros no había disparado un tiro contra los franceses.

En su repliegue, los realistas pasaron por las armas en cada aldea a todo liberal, o a quien se acusase de serlo. La ejecución de Cabrerizo y de los otros prohombres parecía inminente. Al final, se le exigió que escribiera una carta a su

esposa para pedirle una importante suma. Era una especie de «multa» de 50.000 duros, destinados a compensar el mal causado por sus actividades. Y algo parecido se exigió a sus compañeros de cautiverio. Los fanáticos no sabían leer ni escribir, pero sabían que el librero era un «hombre de posibles». Podría seguir vivo a cambio de un donativo. «Los libros son cosa del diablo, que el diablo pague por ellos», decía Prats a sus hombres junto a una hoguera.

En Andalucía, el régimen liberal se replegaba. El rey rezongaba por las marismas del Guadalquivir. Se lamentaba —no sin razón— de ser «cautivo de los diputados» y de la «soberanía nacional», mientras los franceses pisaban los talones a la comitiva real en su odisea hacia el sur. La reina suspiraba durante el penoso viaje en carruaje, aferrada al rosario cuyas cuentas recorría una y otra vez —devoción española aprendida de su confesor— mientras maldecía a los diablos que se llevaban a su marido y a ella, entre mosquitos y miasmas, a Cádiz, cuna de la Constitución de sus males, ciudad que la austriaca imaginaba húmeda y sucia, infestada por la enfermedad.

En Valencia, cuando Ballesteros llegó, tenía todos los ases para dar un duro golpe a Sempere y tomar Sagunto, pero se retiró hacia Cartagena. Sin tropas que la defendieran, el general francés Molitor el 13 de junio entró por la puerta de Serranos con dieciocho mil soldados, junto a Rafael Sempere. Ballesteros continuó en su retirada hacia el sur, hasta que se rindió unos meses después en Granada al propio Molitor. Cabrerizo, en su cautiverio, sabía que no tenía otra esperanza que pedir ayuda a sus amigos. Ripoll acompañó a Juan Laris con 15.000 reales de vellón a la ciudadela para «hablar» con Sempere. Los liberales eran detenidos; sus casas, allanadas, y se producían matanzas. Solo la presencia de los franceses evitaba males aún peores. El duque de Angulema celebraba su éxito en Madrid. Se creía su papel de salvador de aquel pobre país a punto de ser sometido por la revolución. Los liberales lo habían motejado como *el Príncipe Tonto*, y eso parecía, sobre todo cuando escuchaba a los aduladores que comparaban su genio militar con el de César o el de Carlomagno, pues estaba

conquistando en seis meses un país al que no había podido someter Napoleón en seis años.

Ripoll paseaba por la desierta calle del Mar, de vuelta de la ciudadela. En los cafés cerrados se había celebrado un día animadas tertulias y debates. Llegó hasta los cristales rotos de la librería del catedrático Salvá, en la calle de San Vicente, y después se dirigió hacia la que fuera la librería de su amigo Cabrerizo, cerca de la iglesia del Patriarca. Enfrente de la fachada ardía una hoguera de libros. Los «defensores de la fe», partidarios de Sempere, entraban de la saqueada tienda y arrojaban los tomos al fuego. Los guiaba en su tarea un hombre de hábito, que le dijeron que era don Miguel Toranzo y Ceballos, antiguo inquisidor. Se unió pronto a la fiesta de purificación el arzobispo Simón López, anciano enjuto y seco, recién regresado de su exilio en Roma, junto a otros prelados, en loor de multitud. Mezclado entre la multitud que contemplaba el espectáculo, Ripoll se puso a llorar. Uno de los presentes lo invitó a participar. «Alégrese. Los adoradores de Satán, y Cabrerizo, que era el peor de los diablos, está al fin a buen recaudo.»

«¡Aquí tendría que estar el *negre ese!* ¡*Cremat* como sus malditos libros!», gritaban los vecinos, mientras el arzobispo tomaba la palabra y bendecía el acto.

—Escuchad todos: *Et appropinquavit regnum Dei*. El reino de Dios está cerca.

Arrasada la librería, había que exorcizar con agua bendita el lugar de encuentro de liberales y masones, cueva del mal en la que había morado la bestia.

—El demonio habita en los libros. —Tomó la palabra el inquisidor Toranzo—. Se instala en las palabras y posee así a las almas ingenuas que los leen y los escuchan. ¡Las legiones de Satán son infinitas! Sus alas inmensas abrazan a los hombres con halagos y bonitas palabras y los condenan al fuego eterno. A través de los libros se inocula la semilla del mal. Leed solo los libros dictados por Dios. ¡Arrepentíos, y creed solo en el Evangelio!

Ripoll comenzó a retirarse. No podía salvar la librería, se sentía frustrado, pero sí alejarse de la triste visión del fuego abrasando los papeles. Se retiraba por

una callejuela hacia la puerta de Ruzafa cuando escuchó a sus espaldas una ronca voz, dirigida hacia él.

—¡Arderéis todos en la caldera de Satán!

Giró la cabeza. Era una vieja que pedía cada día limosna en la puerta del Patriarca. Exhibía sus encías desnudas al resplandor del fuego, envuelta en la nube de cenizas. Sintió que lo señalaba con un dedo. Y eso que decía que era ciega cuando pedía en la puerta.

—¡Mas líbranos del mal! —escuchó que decían los prelados a sus espaldas.

La multitud rezaba de rodillas un padrenuestro y él intentaba escabullirse, cuando un voluntario realista le preguntó si era forastero y qué hacía allí. Mintió diciendo que su nombre era el de Miquel Ros, comerciante de Reus. Tenía prisa porque tenía que salir de la ciudad, antes de que cerrasen las puertas.

—Pues lleve usted cuidado. No se fíe de nadie. ¡Que Dios os guarde!

La vieja, falsa ciega sin duda, lo había seguido hasta el convento de los franciscanos y continuaba señalándolo con el dedo. Algunos vecinos decían conocerlo. Apretó el paso y se escabulló entre las callejuelas hasta arribar, entre jadeos, a la puerta de Ruzafa. La fortuna lo acompañó cuando mostró el pasaporte. Los centinelas trapicheaban con unos soldados franceses. Querían venderles a los hijos de San Luis como valiosas joyas unas baratijas. Sintió clavada en su espalda la espada del arcángel San Miguel. Suspiró aliviado cuando al final salió por el camino de Ruzafa.

Los días siguientes corrieron noticias de los últimos días de gobierno liberal. En Alicante, Chapalangarra defendió la ciudad con valor. Y en Barcelona, Espoz y Mina resistió bravamente. En Cádiz, el 25 de agosto de 1823, coincidiendo con la fiesta de San Luis, los franceses atacaron el fuerte del Trocadero de madrugada, aprovechando la bajamar y la información de un desertor sobre los caballos de friso y las defensas. Tras dura batalla, fue derrotado el comandante José Grases. Cayeron unos cientos de hombres por ambos bandos, aunque la propaganda de la prensa francesa la convirtió en una victoria legendaria, como Austerlitz o Waterloo.

La guerra estaba perdida para los liberales. Sin embargo, Rafael del Riego pidió que se le concediera la oportunidad de combatir por la causa de la libertad. Se le otorgó una división de tres mil hombres, mal pertrechados, y se embarcó en una flotilla desde el castillo de Sancti Pietri para lanzarse a la reconquista de España. Era una aventura imposible, pero él se consideraba el hombre elegido para la causa. Resonaba en sus sienes el himno con su nombre, *La Marsellesa* hispánica, el canto de la libertad. Esas notas guiaban su vida. Se sentía un héroe del pueblo. Una vez tuvo el país a sus pies, pero «¿cómo ocurría ese desastre?». Presentó batalla en el campo de Jaén y cayó herido en un pueblo perdido. Huyó por Sierra Morena y se refugió en un cortijo. Lo delataron, y una partida absolutista lo capturó con tres de sus oficiales. Los llevaron por distintos pueblos, fueron insultados y agredidos, hasta llegar a Córdoba. En Andújar, Riego había desfilado una vez en marcha triunfal. El pueblo pasaba del «hosanna» al «crucificadlo».

En Cádiz la situación se tornó desesperada. Los bombardeos, el hambre y la fiebre amarilla causaban estragos. El presidente Calatrava propuso a los franceses una rendición honrosa, con la entrega del rey a cambio de que este se comprometiese a perdonar a los que limitaron un día su poder. Fernando VII juró que no habría represalias y que solo cambiaría la Constitución en algunos preceptos.

Los chisperos y las manolas abarrotaban la plaza de la Cebada. «¡Que lo descuarticen!, ¡sacadle las tripas!, ¡que le corten los cojones y se los pongan en la boca!» Un sucio pollino arrastraba la canasta mugrienta sobre la que gemía el encogido hombre, cuyo rostro amoratado se ocultaba tras la negra hopa. Parecía un muñeco roto; los brazos y las piernas se agitaban sin gobierno sobre el duro empedrado del suelo. Era un títere maniatado por invisibles alambres, al que escoltaban dos hermanos de la Paz y de la Caridad. Parecía un hombre, aunque gemía como una mujer, o como a un sarasa, como decían los matones que escupían a su paso. No había exhalado el último aliento. Respiraba lo justo para llegar hasta la horca. Los guardias de la prisión le habían administrado buenos palos, hasta llegar el día que iba a rendir cuentas a Dios y al rey.

—¡Muerte a los «negros»! —resonaban a una las voces serviles en su aturdida cabeza.

Lo incorporaron dos antiguos hermanos de la Inquisición y frente a él se situó un sacerdote que le acercó un blanco crucifijo para que lo besase. Ni siquiera podía mantenerse en pie. Tenía que escuchar el documento que un alguacil iba a leer por él.

—«Yo, don Rafael del Riego, preso y estando en la capilla de la Real Cárcel de Corte, hallándome en mi cabal juicio, memoria, entendimiento y voluntad, cual su divina majestad se ha servido darme, creyendo, como firmemente creo todos los misterios de nuestra santa fe, propuestos por nuestra madre la Iglesia, en cuyo seno deseo morir...»

Un clérigo le había ofrecido ese papel tras una sesión de tormento con la promesa de que, si firmaba, el rey lo indultaría. ¡Iluso héroe, el de Cabezas de

San Juan! Hasta el último momento había creído en su rey. Por Fernando VII había luchado en la guerra de la Independencia, sufrido heridas en batalla y cinco años de cautiverio en Francia, de donde escapó para unirse al ejército que luchaba junto a los ingleses...

—«Movido imperiosamente por los avisos de mi conciencia que por espacio de más de quince días han obrado vivamente en mi interior.»

Le dolían las articulaciones, los tendones rotos, los huesos golpeados. Abrió los ojos, privados durante noches de sueño. Tenía que expiar sus pecados, como decían los padres que lo acompañaban.

El Ángel Exterminador lo iba a matar para salvarlo.

—Sangre de Satanás —gritó una vieja desgredada, interrumpiendo la confesión.

El alguacil pidió silencio.

—«Antes de separarme de mis semejantes, quiero manifestar a todas las partes donde haya podido llegar mi memoria que muero resignado en las disposiciones de la soberana Providencia, cuya justicia adoro y venero, pues conozco los delitos que me hacen merecedor de la muerte.»

Matar para salvar, sí. Él pudo acabar con el rey, pero no lo mató. Y le fue leal en Madrid y en Sevilla. Era culpable, sí; había votado con otros diputados la declaración por las Cortes de la «locura transitoria» del rey en Sevilla para forzar el traslado de la Corte a Cádiz ante la cercanía de los franceses. Ese había sido el principal argumento del fiscal que lo acusó de lesa majestad, invocando la Partida VII de Alfonso X. Había pedido que «Del cadáver se desmiembren la cabeza y cuartos, colocándose aquella en Cabezas de San Juan, y uno de los cuartos en la ciudad de Sevilla y otro en la isla del León, otro en la ciudad de Málaga y otro en esta Corte en los parajes acostumbrados». A lo mejor, lo dejaban entero después de matarlo.

Riego contemplaba su muerte. Por un momento, su mirada se aclaró y buscó un rostro amigo. ¿Estaría Teresa? No encontró a su amor, casi una chiquilla, dulce e ingenua. Apenas habían podido gozar del matrimonio, separados los dos

por la guerra y la desdicha. En todas las batallas llevaba su pequeño retrato: un camafeo pintado por Goya. En prisión, el precioso amuleto se lo habían arrancado y hecho mofas con él. ¿Traidor al rey? ¿Atentó acaso contra su vida? Lo había protegido. El monarca era esencial para el nuevo orden constitucional, pilar de la patria, junto a la nación española. El alguacil proseguía la lectura:

—«Asimismo, publico el sentimiento que me asiste por la parte que he tenido en el sistema llamado constitucional, en la revolución y en sus fatales consecuencias; por todo lo cual, así como he pedido y pido perdón a Dios de todos mis crímenes...»

Como un claqué de teatro orquestado para hacer bulla, un grupo lanzó un grito de odio.

—¡Hijo de puta! —gritó también una niña rubia que acompañaba a sus padres para ver cómo moría un hombre malo.

Una piedra le dio en la frente. La sangre sobre los ojos lo hizo reaccionar. ¡Cuánto le dolía! Le volvieron a poner la hopa. Toda su vida había sido recta. Sí, estaba a punto de ser colgado por haber sido un hombre justo. «Marchemos todos juntos, y yo el primero por la senda de la Constitución», recordaba que había jurado su rey. ¿Había firmado ese escrito? No había firmado nada. Había jurado morir por la Constitución.

El duque de Angulema le había pedido a Fernando VII que no hubiera represalias, que fuese magnánimo como un monarca cristiano y justo. El Príncipe Tonto no conocía al Borbón español. Fernando VII nombró a su confesor, el padre Víctor Sáez, ministro universal del Estado. Su primera disposición fue dictar un decreto por el que se declaraban nulos y de ningún valor todos los actos del gobierno llamado constitucional y condenaba a muerte a todos los liberales.

La soledad del cadalso.

El general Chaperón lo arrastró a empujones.

El confesor relevó al alguacil en la lectura.

—«Igualmente, imploro la clemencia de mi santa religión, de mi rey y de

todos los pueblos e individuos de la nación a quienes haya ofendido en vida, honra y hacienda, suplicando, como suplico, a la Iglesia, al Trono y a todos los españoles que no se acuerden tanto de mis excesos como de esta exposición sucinta y verdadera, que por las circunstancias aún no corresponde a mis deseos, con los cuales solicito por último los auxilios de la caridad española para mi alma. *Mea culpa*. —Esa falsa retractación era la peor condena para su nombre—. Esta manifestación que hago de mi libre y espontánea voluntad es mi deseo que, por la superioridad de la sala de señores alcaldes de la Real Casa y Corte de su majestad, se le dé la publicidad necesaria, y al efecto la escribo de mi puño y letra y la firmo ante el presente escribano de su majestad en la Real Cárcel de Corte y capilla de sentenciados, a las ocho de la noche del 6 de noviembre de 1823. Rafael del Riego.»

El verdugo le puso la soga en el cuello. Y Chaperón le arrancó la hopa para que todos le vieran el rostro. Esperaba contemplar un rostro desencajado, suplicante. Pero de pronto se vio la imagen olvidada del héroe. La armonía había regresado a sus facciones. Los moratones y las manchas de sangre habían desaparecido.

Se abrió la trampilla y cayó. Pendía de la horca más alta de Madrid. Se balanceaba cuando brotó del fondo de la plaza una melodía que ascendía hacia el cadalso. «¿Quién se atrevía a entonar el himno?» Chaperón repasó la multitud sin rostro, en busca del culpable. Las manolas se marcharon santiguándose. El jefe de la policía ordenó al verdugo estirar la cuerda para certificar la muerte del reo.

El cielo se oscureció bajo una cortina, como un grabado de Goya, el que un día fuera pintor del rey, muerto en el destierro. Durante las noches siguientes, en las orillas del Manzanares y en la Casa de Campo, se escuchó el ulular de un viento que soplaba del norte y agitaba las copas de los árboles. Un viento que silbaba junto a unas notas que volaban hasta abrir de par en par las ventanas del Palacio de Oriente.

Y el terror descendió sobre la Tierra. En septiembre de 1823, el trienio liberal se borró de los libros. Se dispuso su «desaparición de en medio del tiempo» o, como hacían los romanos respecto de los cónsules y grandes hombres caídos en desgracia, su *damnatio memoriae*.^[14] Se emprendió la persecución contra quien fuera o hubiera sido liberal, masón, comunero, afrancesado, miliciano nacional, periodista, intelectual, lector de libros prohibidos, tertuliano de cafés... Se debía delatar a quien gritara «¡Viva la Constitución!», «¡Viva Riego!» o «¡Viva la libertad!», y detener a quien cantase o entonara alguna vez las notas del *Himno de Riego* o las del *Trágala*. Se dictó pena de muerte para los miembros de cualquier logia o sociedad de las llamadas secretas. En oposición a las disueltas Sociedades Patrióticas de los liberales, los absolutistas fundaron sus propias sociedades, dedicadas al crimen en nombre del rey y de Dios, la más terrible de las cuales fue El Ángel Exterminador, fundada por el obispo de Osma para acabar con todos los impíos y herejes de España.

Los franceses estaban horrorizados ante la saña con que eran perseguidos los liberales españoles, los encarcelamientos abusivos y los asesinatos que se cometían en cada una de las ciudades y pueblos conquistados. Les parecía que ocupaban un país en plena Edad Media. El duque de Angulema regresó a Francia, ufano de su fácil conquista, satisfecho de haber cumplido con su caballerosa misión, dejó cuarenta mil soldados como ejército de ocupación y de salvaguardia del nuevo régimen. Fernando, que decía sentirse por fin un monarca «absolutamente absoluto», rogó a Angulema que se quedasen las tropas francesas el tiempo que hiciera falta. En París, el duque lució su gallardo palmito. Y relató en los bailes de la Corte las peripecias de la campaña, mientras

el vizconde de Chateaubriand, *el Genio del Cristianismo*, le pedía detalles sobre la invasión, el gran acontecimiento político de su vida, una empresa descomunal.

[15] Se disputaban los dos grandes hombres, como dos pavos reales, cuál era el mérito mayor: el del militar o el del político que había propuesto la empresa.

En Valencia muchos se convirtieron en absolutistas, y en delatores de sus vecinos, antes de que hicieran lo mismo con ellos. El Tribunal de Orden Público y las comisiones militares, dirigidas por el comisionado regio don Luis María de Andriani, general cuyo principal mérito había sido la rendición de Sagunto a los franceses en 1811, emprendió una depuración de todos los militares liberales o milicianos nacionales. El Tribunal de Purificación acometió la gloriosa tarea de investigar, detener, procesar, desterrar y en ocasiones ejecutar a los que habían sido funcionarios del ayuntamiento o del gobierno liberal, incluyendo en su tarea de limpieza a profesores y catedráticos de universidad. Se elaboró un meticuloso padrón de todos los valencianos, por orden alfabético. A cada nombre se le adjuntaba una nota: «masón», «comunero», «amigo de liberales», «frecuentador de librerías y cafés», que podía implicar su encarcelamiento durante días o meses, sin derecho a ninguna defensa legal. Las cárceles estaban tan repletas que procedía ejecutar de vez en cuando a unos cuantos presos para meter a otros nuevos. No importaba si eran culpables o inocentes. Bastaba que alguien denunciase.

Cabrerizo estaba preso en las torres de Quart, aislado. Le dolía la separación de su familia, el frío de la celda o dormir sobre paja sucia. En un trozo de papel escribió un poema de despedida para su esposa. De vez en cuando le llegaban voces de la calle, disparos, relinchos, ladridos... No podía volverse loco. «Si pudiera ocupar en algo mi mente», pensaba. Un día de invierno se abrió el portalón de la mazmorra. El comandante Baus, alcaide de la prisión, le dijo, arrogante y despectivo, que se lo iban a llevar a las torres de Serranos para celebrar la vista de su caso. Soltó una carcajada cuando Cabrerizo pidió que lo llevasen en tartana porque le dolían las piernas. Pero solo obtuvo por respuesta: «A pasear, maldito negro.»

En la calle de Quart, y hasta las torres de Serranos, lo esperaba una multitud convocada por el general Saint March para abuchear al librero y edil liberal.

Caminaba escoltado por cuatro miñones, y con tantos grilletes como si fuera un bandido, bajo una lluvia de insultos y pedradas. Le fallaban las fuerzas cuando llegó al cruce del Tros Alt. Pensó que lo iban a ejecutar; se preguntó dónde lo colgarían: si tomaban la calle de Bolsería, sería en la plaza del mercado. «Qué vergüenza.» Allí morían los criminales de peor calaña. Pero el cortejo siguió, arrastrándole hacia las torres de Serranos. Entre sus muros se había ejecutado a muchos reos desde la Edad Media. Conocía bien la historia de la ciudad y de sus edificios, gracias a los libros, lo que era peor en esos momentos. El librero aragonés, que quería tanto a Valencia, su ciudad adoptiva, escuchó los insultos de los vecinos: «¡Cabró!»

Al entrar en la improvisada sala de justicia vio que se habían dispuesto un par de mesas con dos clases de jueces. A la primera se sentaban tres uniformados de la comisión militar, presididos por el propio general Saint March. A la segunda, tres representantes del Tribunal de Purificación, formado por dos civiles y un prelado, que era el gobernador eclesiástico, don José María Despujol, hombre cejijunto que lo miraba de hito en hito. Al encausado se le permitió sentarse en una banqueta, en el centro de todas las miradas. Sintió vergüenza por su estado, sucio y vestido con una levita andrajosa, con dolor en el alma y en el cuerpo tras la humillante travesía entre las dos cárceles.

En medio de las dos mesas se situaba el comisionado regio don Luis María de Andriani, más elevado que los demás, como primera autoridad de la región. Estaban reunidas las más altas dignidades para decidir el futuro de uno de los destacados liberales de la ciudad durante el trienio negro, uno de los *peores criminales* que había traído la Constitución de 1812 y sus seguidores. Al encausado se le pidió su nombre completo, su profesión, que era la de comerciante de libros, su nacimiento y domicilio antes de ser encarcelado. Después, apenas se le tuvo en cuenta. Los del tribunal castrense reclamaban para sí la jurisdicción del encausado, no en vano don Mariano Cabrerizo había sido

un destacado hombre público y también capitán de cazadores de la milicia nacional. Por esa razón, según Andriani, se le debía juzgar y ejecutar según el fuero militar. Frente a estos argumentos, la mesa de los civiles de la Junta de Purificación se oponía y reclamaba su jurisdicción. El señor Cabrerizo, mucho más que militar, había sido edil del Ayuntamiento de Valencia, por lo que procedía su purificación según los procedimientos seguidos con los funcionarios del trienio a lo largo de los últimos meses. El último en intervenir fue el gobernador eclesiástico Despujol.

—Ni civil ni militar. Solo una jurisdicción superior, pues grande es el crimen de publicar los libros prohibidos del *Índice*.

Debía ser juzgado por el Santo Oficio. La pasión de Despujol era contagiosa, pero el comisionado regio insistió en que no procedía la jurisdicción eclesiástica.

—¡Eso es lo que no tiene perdón! ¡Hay que restaurar el Santo Oficio! — exclamó Despujol, al que aplaudieron otros eclesiásticos.

Uno era el nuevo arzobispo, el octogenario Simón López. Junto a él se encontraba el antiguo inquisidor Miguel Toranzo y Ceballos, un dominico espigado, de cabeza rapada y labios finos. Cabrerizo sintió en él su mirada de hielo. Se sentía un invitado de piedra en aquel debate.

Cuando continuaba el debate sobre qué órgano judicial debía procesar al librero, se anunció la llegada del general francés Arbaud Jouques, que se presentó escoltado por una guardia de dragones, acompañado de un español que servía de intérprete. El general francés traía un despacho del general Molitor, que solicitaba noticias del librero y que se respetase su vida. Molitor y Arbaud habían sido contactados por la esposa de Cabrerizo, que les había rogado que intercedieran. Ambos eran conservadores, servían a la monarquía borbónica restaurada en Luis XVIII, pero no eran partidarios de los excesos absolutistas. Además, el encierro de Cabrerizo había llegado a conocimiento de Alexandre Laborde, diplomático y escritor, que le había publicado su libro de viajes por el reino de España y había pedido por él. Se habían quedado boquiabiertos, pero no podían oponerse a los dragones franceses. Su presencia en la sala de justicia era

una intromisión, intolerable para los clérigos, que demostraba cómo el país seguía siendo un país ocupado, y que los realistas debían todo su poder a los invasores extranjeros.

Los franceses exigieron que aflojasen los grilletes del preso y que lo condujesen a las torres de Serranos. La alegría de quien llevaba casi un año sin libertad fue todavía mayor cuando le anunciaron en su nueva celda, mucho más amplia y luminosa que la de las torres de Quart, que iba a recibir una visita. Entraron entonces su esposa y Cayetano Ripoll, que permaneció en un segundo plano mientras el editor abrazaba a María, la mujer que amaba y a la que debía su vida. Se había salvado gracias a su esposa, que había empeñado sus joyas y varios miles de reales de vellón escondidos en un lugar seguro.

—Conseguiremos que seas libre —le dijo el maestro mientras lo abrazaba.

Se sentía feliz de saber que su amigo continuaba vivo y con ganas de luchar. Habían sido muchos meses de incertidumbre. El mundo del librero se había derrumbado, y sus bienes, confiscados. Todo parecía perdido, pero, como el ave fénix, Cabrerizo sería capaz de renacer de sus cenizas.

—¡Mis libros quemados! ¿Y qué ha sido de Vicente Salvá?

—Bueno —explicó Ripoll—. Como era diputado, al invadir los franceses siguió la suerte del gobierno de Cádiz y escapó a Gibraltar y luego a Londres. Allí vive con otros españoles. Hasta dicen que ha fundado una librería española...

—Me alegro por él. ¡Pensar que fuimos rivales! ¡Cómo me gustaría ser un empleado de su librería! ¿Y los Bertrán de Lis?

—Don Vicente y don Manuel están en Londres, después de pasar también por Gibraltar. En Valencia se ha quedado su hermano menor, don Mariano, que vive de forma discreta, ocupándose de salvar lo poco que queda de sus negocios. Con ellos emigró también el fraile Ascensio Nebot, del que no tengo noticias, pero seguro que anda preparando algo contra los franceses. Y el conde de Almodóvar logró huir a Bruselas. Los que se han quedado aquí han sido los que no podían escapar...

—¡Escapa! Estás a tiempo aún. Toma el dinero que necesites y huye...

Ripoll escuchó a su amigo sin replicarle. La inteligencia era perseguida; el fanatismo y la ignorancia campaban a sus anchas, pero él no se sentía con fuerzas para huir. Se había pasado la vida de un sitio a otro. Lamentó la injusta prisión de su amigo y de tantos otros, pero no sentía demasiado miedo por él. Eran malos tiempos, pensar por uno mismo podía juzgarse como delito de lesa majestad. Nadie se sentía seguro, la delación era frecuente. Ya no iba a descubrir libros nuevos, se lamentó. Cuando acabó el encuentro y tomó solitario el camino de Ruzafa, pensó en el consejo de su amigo. Lo más prudente era escapar. Pero se sentía incapaz de coger un real de Cabrerizo o de su esposa. Y después de todo, él vivía retirado en la huerta. Hacía años que no participaba en política, ni siquiera se había mezclado en las luchas del trienio. Los extremismos de los liberales lo habían alejado del activismo político. Su única ilusión era mantener en pie la escuela, enseñar al que no sabe, conseguir que esos niños crecieran con una mente amplia. Su vida era discreta, sencilla, no hacía mal a nadie y los vecinos de La Punta lo querían. Tenía que centrarse en las clases, como apuntaba el padre Record, ser prudente, demostrar piedad y cumplir con su trabajo de maestro. No podía hacer nada por sus antiguos amigos de las tertulias y, en cambio, podía ayudarse a sí mismo.

Cuando salió de Valencia miró atrás. El arzobispo había decretado la prohibición del baile, de la música y del teatro. En la huerta viviría lejos de los fanáticos. Gracias a la benevolente complicidad del párroco de San Valero pasaría desapercibido. Tenía que ser prudente, le había dicho Record. «Lo mejor sería no volver a Valencia por un tiempo», se repetía. Debía pensar en Mariana, en Joanet, en el Il·luminat. Ellos eran toda su familia. En su camino de vuelta se cruzó con Amparín y doña Bernarda, beatas y madres de dos alumnos. Las saludó levantando su sombrero de paja. La más joven iba a saludarlo, pero la Bernarda la pellizcó. Iban a la iglesia de La Punta. Allí las aguardaba el padre Damián. Cuando Amparín se situó al otro lado de la rejilla, el padre le advirtió:

—Hija mía. Ya te he dicho que tienes que contarme todo lo que hace el

maestro ese. Ya sabes que es pecado mortal no denunciar a los impíos...

El arzobispo Simón vestía sus mejores galas. Insensible al calor de agosto, el venerable anciano estiraba sus finos y crueles labios, mientras su aguileña nariz sobresalía como un garfio del enjuto rostro, espolón que arrinconaba los mezquinos ojos negros. Presidía con pompa y boato la llamada «Junta de Fe» ataviado con lujosa túnica y adornado de los ornamentos propios de su dignidad, su cabeza se elevaba coronada por el solideo, con una gran mitra, y de su pecho colgaba una gran cruz con medallón de oro y esmeraldas incrustadas; hábito de la cristiana encomienda, mientras empuñaba el báculo episcopal con su huesuda mano izquierda, moteada por la vejez.

Se lo veía orgulloso en la poltrona. Desde que unos meses atrás fuera elevado a la diócesis de Valencia, procedente de la de Orihuela, la religión católica había comenzado a recuperar el perdido prestigio. ¿Quién podía poner en duda su autoridad? Había comenzado como maestro de escuela y, tras ingresar en la Iglesia y ascender en la curia, había alcanzado a los ochenta años el punto más alto.

Al otro extremo de la larga mesa se sentaba el gobernador eclesiástico José María Despujol, casi tan viejo como el arzobispo, menos enérgico. Gozaba del honor de haber sido el promotor de la constitución de la Junta de Fe en la diócesis de Valencia, la primera de España, para apoyar a la Iglesia y al rey en su poder terrenal.

A la vera derecha del gobernador se sentaba Miguel Toranzo y Ceballos, prelado de prestigio como antiguo inquisidor, hombre implacable y meticulado, sacerdote tenaz, convencido de su causa; mientras que a la izquierda, tratando de emularlo en gestos y palabras, se encontraba Juan Bautista Falcó, prometedor

canónigo nombrado fiscal adjunto de la Junta. Con gesto circunspecto, frente a ellos se encontraba don José Royo, rodeado de legajos, fiel servidor y que ejercía de secretario del tribunal eclesiástico.

El arzobispo, casi siempre de humor áspero, se sentía rejuvenecido tras la victoria de la tradición y de la ortodoxia católica que presenciaba a su avanzada edad. Lo felicitaron los presentes, porque había conseguido de las autoridades civiles la prohibición del teatro y del baile en Valencia. Pensaban que había que combatir costumbres y vicios que incitaran al pecado, y que aquella tierra estaba contaminada por un espíritu demasiado alegre, como solía decir este manchego austero cuando presidía festividades coloridas y sacras como la del Corpus. Decía que tal libertinaje se podía atribuir a la naturaleza voluptuosa de los hijos del Levante, pero también a la nefasta influencia de los extranjeros. Había estado en Cádiz como diputado y aportado su granito de arena reaccionaria a la redacción de la Constitución de 1812, en la que no creía, puesto que disminuía privilegios de la Iglesia, lo cual le horrorizaba tanto como un aquelarre de brujas en danza. Tuvo que resignarse a la aprobación de la Carta Magna y, con el regreso del rey en 1814, a su abolición; ocupó diversos cargos y prelaturas. Seguía siendo, a pesar de su avanzada edad, un ariete fiel a la causa apostólica y romana.

«La maldita Constitución», se decía. Parecía increíble que se hubiera podido redactar una norma que daba la soberanía a la nación, a sus ciudadanos, que dejaban de ser súbditos. Aunque se defendía en ella a la religión católica, como única del Estado, Simón López, como la mayoría del alto clero, odiaba lo redactado en Cádiz y a los constitucionalistas. Se consideraba un mártir de los liberales, los llamados «negros», que, entre 1820 y 1823, lo habían desterrado a Roma. En aquellos nefastos días, muchos monjes fueron obligados a secularizarse; se cerraron conventos, se expropiaron sus bienes y se repartieron sus tierras. Frailes y monjas fueron expulsados y se los obligó a trabajar en oficios bajos e incluso a robar en los caminos. Y eso no tenía perdón de Dios.

El máximo prelado en Valencia recordaba el decreto liberal de 1822 que

obligaba a los párrocos a leer en los púlpitos párrafos de la Constitución. A finales de 1823, Simón en su pastoral decía que los obispos «podían y debían conocer en todas las causas de la fe, como jueces de la Santa Inquisición, con gloria suya y ventajas del Estado». Exigía a los fieles delatar a los constitucionalistas. No en vano, la Iglesia y el rey contaban con el pueblo que gritaba: «¡Vivan las *caenas!*, ¡Viva la Inquisición!»

Miguel Toranzo y Ceballos era, después del arzobispo, el prelado más importante del Tribunal de la Fe, de aquella Inquisición no reconocida por la ley. Todo en él transpiraba sobriedad; desde su figura alta y desgarbada y su rapada cabeza, hasta los estragos de la viruela de su rostro. Resentido con los liberales, los odiaba con toda el alma y oscurecía a quien se hallaba cerca de él. Juan Bautista Falcó parecía un cochinillo en su sillón, como un niño rollizo junto a su progenitor. Falcó, prematuramente calvo a sus treinta y tantos; de aspecto bonachón, recordaba al cuadro de un fraile parsimonioso y glotón. Intentaba labrarse un prestigio entre los prelados, auspiciado por el ala protectora de su mentor, aunque era más inteligente y culto de lo que dejaba ver. Dominaba el latín y el griego, lector y traductor de lenguas clásicas, se trataba de una de esas personas condenadas al papel de eternos segundones, tal vez por su débil personalidad. Todos estos santos varones sentían especial inquina contra la canalla liberal y los hermanos del Gran Oriente y de los comuneros, los que habían derogado la Inquisición en 1820 y subastado sus bienes. El único que no había sufrido a los liberales era el cándido fiscal Falcó.

Se anunció la llegada de Luis María de Andriani, capitán general de Valencia. Con uniforme de gala, había recorrido la pequeña plaza que separaba la capitanía, instalada en el palacio de Villahermosa, y su entrada apenas inmutó a los prelados, impassibles en sus poltronas. Los acontecimientos ocurridos desde septiembre de 1823 habían encumbrado a este militar, conocido por sus derrotas en la guerra de la Independencia, al máximo poder. El comisionado regio, antiguo defensor de Sagunto, mostraba una gran emoción, impresionado por la magnificencia de los eclesiásticos. Entregó a un criado su bicornio y se inclinó a

los pies de sus eminencias. Besó el anillo de su reverendísima autoridad arzobispal. Católico ferviente y admirador de la Junta de Fe, se sentía honrado en tal reunión, destinada a tratar asuntos de interés común.

Andriani se congratuló de que, gracias a la mano dura, se estaba restableciendo el orden absolutista y la fe católica. Los principales enemigos del poder absoluto habían caído. El propio Riego había sido paseado en Madrid por las calles hasta ser ejecutado en la plaza de la Cebada. Las cárceles valencianas rebotaban de «negros». Los Tribunales de Purificación habían expulsado a los servidores públicos de pasado dudoso, destituyéndolos de sus cargos. Muchos constitucionalistas habían optado por el destierro y otros fueron ejecutados. La mala hierba estaba siendo arrancada de raíz.

—Y pensar que en las filas liberales han militado el conde de Almodóvar y frailes como Ascensio Nebot... —Al gobernador le costaba pronunciar los nombres de ciertos enemigos—. ¡Almodóvar y Nebot, grandísima vergüenza para esta tierra católica!

—Nebot, la oveja negra, ¿era franciscano o carmelita? ¿Quién iba a imaginar semejante traición? —El arzobispo, a pesar de su avanzada edad, tenía grabadas ciertas ofensas como fuego—. Aún recuerdo cuando entró en Valencia con su partida de hombres armados, para defender la Constitución. ¿Caerá pronto ante la justicia?

—No lo creo, el muy truhan escapó. Una vez más, ha sabido escabullirse y andará en el extranjero con sus amos constitucionales —comentó con desprecio Andriani—. Y no dejará de conspirar, en París o en Londres. A enemigo que huye, puente de plata.

—No es esa buena noticia —replicó Toranzo—, no se le ha hecho justicia.

—¡Ojalá pudiéramos acabar de un plumazo con todos! —recalcó el gobernador—. Al menos, sabed que sus órganos de libelo han sido clausurados. La libertad de imprenta ha sido abolida, y solo se publica el *Diario de Valencia*.

—Bien, supongo que merced a las confiscaciones a la calaña liberal se habrán

satisfecho las arcas del Estado, ¿no es así? —preguntó con ojos codiciosos el arzobispo. El problema económico seguía siendo muy importante para la Iglesia.

—Sería estupendo, reverendo padre, pero son gente mediana. —Y viendo la decepción en los rostros eclesiásticos, les ofreció cierta esperanza—: Pero sus bienes, además de mejorar la Hacienda real, tal vez reparen a la ofendida Iglesia.

—¿Para cuándo se restablecerá el Santo Oficio? —interpeló el arzobispo.

—Dios quiera que pronto, pero hay grandes obstáculos que vencer. El rey de Francia y su embajador, el señor Boislecomte, nos piden moderación. No ven con buenos ojos la restauración plena del Santo Oficio.

—¡Estos franceses muestran tibieza con los revolucionarios! —protestó Toranzo—. ¡Parece mentira! Con el mal que ellos han sufrido, durante el imperio ateo de Bonaparte, y en los años del terror revolucionario.

—Otros países de la Santa Alianza tampoco nos dan su apoyo —explicó Andriani compartiendo su fastidio—. Creedme, sus eminencias, nuestro rey en su fuero interno, desearía restaurar la Inquisición, pero está rodeado de extranjeros que lo censuran...

—¡Pues tendrá que librarse de ellos y dar el paso necesario! Por eso tenemos que emprender, en cada diócesis del reino, nuestra propia cruzada por la fe y la justicia.

—He de decir que admiro vuestra iniciativa. Quizás algún día se restablezca el Santo Oficio, como recomendaba Escoiquiz, pero el sabio preceptor de su majestad murió ya, y nuestro rey Fernando es demasiado bondadoso y débil...

—¡Y bastante tornadizo! —soltó Toranzo, que necesitaba desahogar su descontento—. No debería permitirse que la Iglesia volviera a quedar desamparada.

—Prosigamos sin descanso con nuestra labor apostólica —afirmó con beata contención el arzobispo—. Confiemos en la comprensión de las autoridades.

—Confiad en el rey y en su ministro de Gracia y Justicia, don Tadeo Calomarde —apostilló la máxima autoridad civil y militar.

—¿Seguro? —Toranzo esperaba algo más que palabras—. Debéis autorizar,

mediante alguna disposición o decreto, la tarea purificadora de la Junta de Fe.

—No lo dudo, estimados prelados; Dios está con nosotros en esta gloriosa cruzada. Nada se hará contra las Juntas de Fe de España y su actividad apostólica. Os doy mi palabra de honor, pero el rey espera mejor ocasión para restaurar el Santo Oficio...

—No sé si esto será así; no entiendo cómo nuestro rey pudo firmar una amnistía para los «negros» hace unos meses. Es como estar vendido a los masones. ¡Es indignante! —exclamó exasperado Toranzo, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Indignante! —apostilló Falcó—. ¡Muy indignante!

—El rey no tenía alternativa —apuntó conciliador Andriani—. De no hacerlo así, Chateaubriand retiraría su apoyo diplomático, y Angulema, a sus tropas.

—¡Eso no pasaría si reinase don Carlos, a quien Dios guarde!

Toranzo no ocultaba sus afinidades. El gobernador pensó que lo mejor sería no hablar del hermano del rey, no se fuera a ir él mismo de la lengua. Había allí muchos partidarios del infante, más próximo a los apostólicos. Fernando era demasiado débil.

—Ponedme al corriente —pidió respetuoso Andriani— de las causas abiertas por la Junta de Fe. Os prometo informar de forma favorable al rey de vuestra obra cristiana.

Toranzo hinchó el pecho, mientras el arzobispo bostezaba.

—Han sido numerosos los procesamientos desde que nuestro gobernador eclesiástico, don José María Despujol, promovió la constitución de esta Junta de Fe. Os podría hablar del caso de un presbítero de Benaguasil, José Frau, culpable de colaborar con el gobierno liberal y de haber socorrido a fugitivos masones en su huida. Nuestra junta lo ha condenado a doce años de prisión...

—¡Que cumplirá en un penal de África! —afirmó rotundo el gobernador—. Os garantizo que la justicia civil ejecutará vuestra sentencia con la máxima dureza.

—También podría hablaros de ciertos procesos iniciados gracias a chismes de

aldea. Una mujer de Fuente la Higuera acusaba a su marido de no creer en el paraíso ni en el infierno y de no confesarse los domingos. Se lo interrogó y reconoció que era un borracho y que engañaba a su mujer. Una vecina de Alfafar fue acusada de adulterio con un esclavo musulmán llamado Mohamed que cultivaba las tierras de su marido. Pequeñeces, pero estos procesos fomentan el temor a Dios. La delación se ha convertido en una sana costumbre: los hijos denuncian a los padres, los padres denuncian a sus hijas cuando no quieren casarse con quien ellos eligen; el yerno, al suegro, y el suegro, al yerno.

—¡Bien! Todas estas causas ayudan a que se imponga la ley de Dios, y la del rey, en todos los rincones —comentó Andriani con satisfacción—. Tenemos que mantener la guardia en las ciudades y en las villas. Contamos con la ayuda de los voluntarios realistas.

—Con estas legiones, el arcángel san Miguel habría hecho estragos en las huestes de Lucifer. —Toranzo se mostraba satisfecho al relatar las hazañas de la Junta de Fe—. ¡Aunque lo mejor está por venir! Nuestra depuración irá cada vez más alto: los liberales y masones encumbrados serán destruidos, como ídolos de barro.

—Por cierto, ¿cómo va el proceso contra el librero Cabrerizo?

—¿El librero? —preguntó Toranzo con desdén—. Se le ha recluido en las torres de Serranos, pero será trasladado a San Narciso. Allí será procesado con las reglas de los procedimientos antiguos y se le aplicará el rigor de la Santa Inquisición.

—¿Ha confesado sus culpas? ¿Qué alega su abogado?

—¿Abogado? —preguntó Toranzo mientras exhibía el *Manual de Inquisidores* de Nicolás Eymerico, libro del siglo XIV reeditado en Montpellier Leyó—: «En punto de herejía se ha de proceder llanamente, sin sutilezas de abogado ni solemnidades en el proceso. *Simpliciter et de plano, sine advocatorum estrepito et figura.*»[16]

—Descuidad, eminencias, se le dará una buena lección al librero —remachó el gobernador—. ¡Y también caerán sus cómplices!

—Tenéis razón. En los libros está la semilla del mal. Hallamos en su inmundosótano varios ejemplares de *El contrato social*, traducido al español.

—¡Un horror! —asintió con voz meliflua Falcó, abrumado por la elocuencia de Toranzo—. He aquí la prueba definitiva de su jacobinismo.

—Confío en sus eminencias —dijo pausado el gobernador—, pero os ruego moderación. No podemos comprometer nuestra relación con la Santa Alianza.

—¿Y desde cuándo debe rendir España pleitesía a los reyes de Europa? —protestó Toranzo con las manos abiertas—. ¿Para eso hicimos la guerra contra Napoleón? Hay que llevar a todos los «negros» al patíbulo. ¡Este rey no tiene lo que hay que tener!

—No digáis eso, eminencia, gracias a Fernando nuestra patria recupera su sitio de honor en la historia —pronunció Andriani con solemnidad—. Pero fuera de España los enemigos de la fe desean tachar nuestros métodos de brutales y anticuados.

—Ya estamos con las medias tintas —saltó de nuevo Toranzo. El arzobispo se adormilaba en su poltrona—, el librero y los suyos no merecen compasión.

—Bueno —contestó pacificador Andriani—. Sería oportuno que Cabrerizo se arrepintiese y delatase a los que han huido. Y si, además, aportase algún donativo... Por cierto, mis informadores han hablado de un maestro sospechoso...

—En este asunto estamos —dijo Falcó con voz temblorosa ante la atenta mirada de su mentor Toranzo—. ¡Un acto de contrición sería ejemplar!

La reunión concluyó con un misterio del rosario. Tras recibir de rodillas la bendición del arzobispo, Andriani besó los anillos de los prelados. Durante el trienio liberal, los apostólicos valencianos se habían organizado en una Sociedad Patriótica, llamada La Eliana en honor al general Elío, brazo de otra mayor: El Ángel Exterminador. En sus reuniones secretas habían entablado una leal amistad y, en honor al mártir realista, se rezó una oración antes de despedirse.

Era una noche cálida. Los prelados se retiraron a las austeras alcobas del palacio. «Cuánto sofoco hacía», pensó el gobernador mientras salía por la puerta, agobiado por su capa, junto a los voluntarios realistas que lo escoltaban. «¿Quién

sería ese maestro?», se preguntó al tiempo que disfrutaba de la brisa nocturna. Se arrodilló al pasar ante la Virgen de los Desamparados y se santiguó. En la plaza de la Seo pensó que era pronto para retirarse y ordenó a los voluntarios de su escolta que lo acompañasen a la casa de Carmen, su joven amante, costurera de oficio, a la que mantenía muy cerca del horno de San Nicolás. Ya tendría tiempo de disfrutar del hogar, con su seca mujer, que a esas horas acostaría a sus hijos. Valencia se le representaba, en esa suave noche de verano, un remanso de paz. La brisa invitaba al paseo. Por fin se vivía según las leyes de Dios.

En la tarde del 8 de octubre, el cielo se apagó y se incendió de repente. Los nubarrones, arrastrados por el mistral, se acercaban a los arrozales. Cayetano sintió una punzada en el corazón. Se le antojó que venían cargados de negros presagios. El otoño irrumpía con la furia de las tormentas, y los aguaceros ahogarían la sed del verano. Si Dios no lo remediaba, el agua azotaría la huerta y arrasaría los campos como el año anterior, aunque no cabría culpar a los liberales de la ira de Dios, pues reinaba ya el poder absoluto. El terror blanco no había cesado, a pesar de que en mayo se había dictado por el Gobierno una limitada amnistía, promovida por los franceses.

Todavía cuarenta mil hijos de San Luis ocupaban el país con el consentimiento del rey, y en el fondo, los liberales agradecían su presencia. Era lo único que podía frenar su exterminio total por los más fanáticos. Ripoll podía considerarse afortunado hasta entonces. Muchos amigos, compañeros y conocidos de las tertulias de la Sociedad Patriótica, habían sido apresados y ejecutados. Los más pudientes habían tomado el camino del exilio hacia Inglaterra, Portugal o la misma Francia. El panorama resultaba desolador en Valencia: el teatro y la música estaban prohibidas. De los veinte periódicos creados durante el trienio liberal, solo se toleró el *Diario de Valencia*, que era una especie de gaceta oficial en la que se incluía el parte meteorológico y astrológico de cada jornada, junto a ofertas de arriendo de casas y campos, compraventas de monturas y herramientas, o criados que ofrecían sus servicios.

El maestro de Ruzafa se había quedado sin nuevos libros. Se cuidaba, por otra parte, de que las lecturas no fueran escandalosas para los niños ni para sus madres, de que nadie pudiera criticarlo, aunque él continuaba sin asistir a misa y

comenzaba las clases con un «Alabado sea el Señor», en lugar de con un «Ave María Purísima». Durante el pasado año, varios de sus pupilos habían muerto de fiebres y, como decía el doctor Puchades, una invasión de miasmas con calenturas tercianas y cuartanas se había cebado con los más pequeños. El hambre ayudaba a que la muerte fuera una vecina más de la partida del Perú, junto con los asaltos de los *roders*, gente entregada al robo y al crimen que no sabía hacer otra cosa que empuñar un trabuco. Cuando pasaba el viático, encabezado por el curita de La Punta en compañía de monaguillos que lo seguían con una cruz, para dar la extremaunción a un moribundo, Ripoll se quitaba el sombrero, pero no se ponía de rodillas. Rezaba para sus adentros, y consolaba con afecto a los familiares.

Aquella tarde, Cayetano —o Antonio, que según algunos ese era su nombre—, tras acabar las clases, paseaba por el camino del Valladar. Su alma se ensanchaba ante el paisaje, se sumergía en la naturaleza, en el olor a tierra mojada. «Un crepúsculo precioso», pensó mirando los lejanos relámpagos. Los rayos parecían alambres blancos que caían sobre los arrozales, mientras los remolinos agitaban las verdes copas de las moreras. La gran lluvia venía, el río causaría las habituales desgracias. La naturaleza era sabia, y a la vez, traicionera. Y algo dentro de él le hizo sentirse pequeño, amenazado también, ante el horizonte encendido de relámpagos. Al pasar junto a la *escoleta* pensó en la semana de clases. Se había agotado a fondo con los chicos, como si la inestabilidad del tiempo los hubiera revuelto también. Había tenido que imponer orden, perder y recuperar el respeto. Era difícil no recurrir al método más simple, el del bofetón y el de la vara, que tanto le criticaban algunos por no usar. ¿Cómo transmitir los misterios de la gramática y de las tablas de multiplicar? A veces se sentía impotente, incapaz de enseñar. Y pensaba que sería mejor luchar contra un batallón de fusileros apuntándole al pecho, como hizo en otro tiempo, que enfrentarse cada día a esa guerrilla de pillastres de cabeza rapada.

Había quedado en la alquería de Vivó con Mariana, que les había prometido un *allipebre*. Como solía ocurrir en esas veladas, en la sobremesa se jugarían

unas manos de naipes; el *pitxer* viajaría de mano en mano y hablarían de cualquier cosa bajo el emparrado del porche. Se anunciaba una agradable velada con los amigos. Josep era un hombre próspero, y no faltaba comida en su casa, aunque los absolutistas lo habían puesto en el punto de mira, pues se le tachaba de haberse beneficiado de las subastas de tierras de los conventos y de ser un descreído, con su irreverente humor que no respetaba a lo más sagrado, especialmente a los curas.

En la partida del Perú se situaba el límite para el cultivo del arroz, según las normas que protegían Valencia del flujo de miasmas del agua estancada, y había pocos agricultores que hubiesen prosperado tanto como Josep. Muchos lo envidiaban en secreto. Circulaban rencorosos chismes, sambenitos y calumnias porque «el hambre y la pobreza nunca tienen nobleza». Por eso, l'Arrosser iba siempre armado de su carabina, cargada con cartuchos, por si alguien tenía *collons* para asaltarlo. Los arrozales daban de comer a su familia, aunque les pesase a algunos, y daban también trabajo a varios jornaleros de Pinedo y de la partida del Perú, cuando llegaba la siembra o la cosecha. Era un tipo rudo, inculto, pero curioso. Respetaba a quien podía enseñar algo a los demás. Estaba orgulloso de sus orígenes humildes y quería que sus hijos y sus nietos creciesen libres y no fueran siervos de nadie. Aquellas cenas en la alquería habían sido bautizadas, por ellos mismos, como «las cenas de los viudos», pues Josep y el maestro lo eran. Las malas lenguas inventaban cuentos sobre el trío de amigos, poniendo verde a Mariana, que en la imaginación calenturienta de las comadres se entregaba en una orgía perpetua al diablo de Josep y a su ayudante, Cayetano. No importaban las habladurías a Mariana, que era una mujer con *collons*, como decía Josep. Criaba a su hijo y cuidaba a su padre, el Il·luminat, que en las cenas disfrutaba también, y hasta les cantaba rondallas. Mientras fuera los criticaban, ellos dentro de la alquería disfrutaban de la vida y de la amistad.

Joanet era hijo de la ocupación de 1812. Las comadres decían que Mariana no era viuda de un soldado español, como ella decía. Las peores lenguas afirmaban que había sido puta de los invasores, la favorita del mariscal Suchet, nombrado

por Napoleón duque de la Albufera. La lavandera replicaba que tendría que lavar el alma negra de muchos, sobre todo de quienes no daban la cara ante ella. Amaba con locura a su hijo, y en su pequeña familia habían aceptado como pariente a Cayetano. El muchacho los puso al corriente de las aventuras de su cuadrilla por la dehesa, sobre trampas para conejos y serpientes, y baños en los estanques y en el lago, como Dios los trajo al mundo, a lo largo del verano. Vivó aprovechó para meterse un poco con él.

—*Tu ves en compte amb les sangoneres; sobre tot si duen sotana. No ensenyas el piu, a la vora de un riu...*[17] —Al final de la cena mostró al maestro su nueva escopeta de caza—. ¿Vendrás a cazar *collverts*?

—No me gusta comer animales, excepto las anguilas que prepara Mariana. Los patos son seres inocentes y bellos; piensa en su viaje cada otoño, desde muy lejos, para que los matemos como a bandidos...

—¡No me extraña que te tirasen de la milicia nacional! —bromeó con malicia Josep—. Pero bien que comerás el pato de hoy cuando esté sin plumas. Sobre todo, si Mariana te lo sirve con arroz y... con amor.

Tras varias horas de conversación, bromas, juego de naipes y rondas de vino, Josep les ofreció su casa, pero los dos amantes se marcharon. El maestro acompañó a Mariana, mientras a Joanet le dieron permiso para ir con sus amigos. Cuando estuvieron solos, los adultos se entregaron a sus juegos de amor en un rincón con paja, intentando que don Ramón no despertase. Desde el ventanuco podían ver la luna grande y brillante, limpia de nubes.

Hablaban de la felicidad de esos momentos, de la costumbre, de lo que amaban y compartían los dos. ¿Qué haría Joanet de mayor? ¿Cómo iba en sus clases?, preguntaba Mariana. El maestro le hablaba de los avances de su hijo, muy listo, a veces revoltoso. No era partidario de la vara. «Si a un muchacho se le trata como a una persona, se hará una persona. Si se le trata como a un animal, se hará un animal. Lo mejor son las buenas palabras.» Sus métodos de enseñanza no eran comprendidos por la gente de la huerta.

—¿Es verdad eso que dicen? —lo interrumpió Mariana—. ¿No enseñas

religión?

—¡Oh! No del todo. No dedico al catecismo tanto tiempo como los escolapios, pero les hablo de Dios, de un ser supremo, creador de todo, y de su amor que inspira el bien en el corazón de los hombres. Dios es amor infinito, y se encuentra en la naturaleza. En el mar, en los árboles, en el viento. No necesitamos ir a un templo para encontrarlo.

—¿Y te entienden de verdad los niños? —le replicó Mariana.

—¡Claro que sí! Los niños pueden ser moldeados, aprender a pensar por sí mismos.

—Cayetano, los niños son niños, no son hombres pequeños. Lo que dices no vale para los pobres. Los pobres no pueden estudiar, ni pensar, solo pueden trabajar toda la vida, deslomarse para no morir de hambre. No pueden aprender más que lo necesario...

—Bueno, no pienses que vivo fuera del mundo —le cortó con una caricia en la frente—, pero prométeme que seguirás aprendiendo a leer. Y también a escribir...

—Has leído tantos libros que te olvidaste de la vida. ¿Tú me quieres de verdad?

—Oh, vamos, claro que te quiero. Me gustas mucho, te admiro y creo en nosotros...

—¿Y está bien lo que hacemos? ¿No crees que tendríamos que casarnos? Estoy harta de los chismes. El padre Record me visitó el otro día, dice que, siendo viudos, o solteros, da igual, no podemos dormir bajo el mismo techo. Ni ir contra todo el pueblo —dijo mientras se sacudía unas briznas de paja de los hombros—. ¡Se nota que no eres mujer!

—El padre Record. ¡Buena pieza! No tengo nada contra el matrimonio, lo que no me gustan son ciertas ceremonias y ritos...

Se había incorporado en la penumbra. Algo atrajo sus ojos. Unos farolillos de aceite ante su casa, y la silueta de varias personas revoloteando como murciélagos. Joanet tocó a la puerta de la barraca.

—*¡Mare! Busquen el mestre, estan buscant el mestre.*[18]

Mariana trató de tranquilizar a su hijo. Habían ido a casa de Josep y ahora estaban en la del maestro. Cayetano permanecía en la puerta.

—No vengáis conmigo —les dijo a Mariana y a su hijo—. No os acerquéis a mi casa...

—¡No vayas, quédate con nosotros! —Lo detuvo en la puerta—. ¡Tienes que escapar!

—No tengo nada que temer, no os preocupéis. Nunca hice nada malo.

Durante unos momentos vaciló. «¿Y si en vez de regresar a casa me voy hacia el puerto?» Pero estaba ya en su barraca. La noche era cerrada y sin luna.

Una cuadrilla de voluntarios realistas, encabezados por Luis Salcedo, apodado *el Llautenent*, joven de pocas luces, pero de ferviente fe, junto a una pequeña guardia de franceses, aburridos de no hacer nada en su cuartel, habían tomado la barraca. Cuando el asombrado maestro se abrió paso, pudo ver a un clérigo en su mesa.

—¿Por qué estáis aquí?

El religioso colocó ante sus ojos un documento con el sello del arzobispado.

—Esta es la razón: la voluntad de Dios.

Cayetano tomó el papel y le echó una ojeada. Pidió que se marchasen todos. Uno de los franceses lo derribó, pero se incorporó y le arrebató el arma, colocándole la bayoneta en el cuello. Se abalanzaron los realistas y la emprendieron a golpes. Se zafó de ellos y llegó al baúl donde guardaba un sable de húsar. Alejó a tres voluntarios, incluido Salcedo. Se le acercaron los franceses por la espalda. Boca abajo sintió el olor a madera del suelo.

—*Plus un geste, vous êtes en état d'arrestation!*[19]

Lo oprimían dos hijos de San Luis. Les habían ordenado que acompañaran a los clérigos y a los voluntarios españoles. Era una forma de apoyar a unos aliados cuyas costumbres resultaban extrañas para la civilizada Francia. Los voluntarios realistas comenzaron a golpearlo. Desde el suelo, Ripoll escuchaba al impasible escribano. Aposentado y con su blanco hábito arremangado, el

secretario de la Junta, don José Royo, levantaba acta de los bienes a confiscar mientras se ajustaba las antiparras a la nariz.

—Una cama de roble y un colchón de plumas de pato; un bastidor y un espejo; una pila y dos platos en la cocina; una azumbre de aceite en la alacena. En el armario, una levita y un sayo, dos calzones y tres camisas. Junto al fogón, un zurrón de caza, una carabina y una caja de cartuchos; un odre de vino y un botijo, un reloj de cadenilla de plata y mil reales en un cofre pequeño, junto a la leña apilada; un hatillo de ropa en un baúl. Quedan requisadas diez velas y tres candiles; un estante y sus libros: cinco escritos en español y otros siete en francés. En el baúl, una pelliza y un viejo sable...

El secretario prosiguió con la relación de los objetos inventariados.

—En el establo, un caballo zaino y una montura completa; en el pajar, dos gallinas ponedoras y una red para anguilas, una cesta de mimbre con dos libras de ajos y de cebollas, una cestilla con huevos recientes y unas cuartas de avena. En el porche, una mecedora, una escupidera de bronce y un ratonero que... No, borre al maldito perro.

Napoleón había abandonado la casa, obedeciendo a Cayetano desde el suelo. Seguramente, el pequeño ratonero contemplaría asustado aquella escena, escondido bajo el fanal de un porche vecino, obediente pero entristecido.

—Es poco el ajuar, pero con la subasta de la casa y del huerto, tal vez alcance para los primeros gastos —dijo cerrando los legajos el señor secretario, ajustándose al mismo tiempo las antiparras al puente de la nariz.

Aquella noche se cerraba la investigación iniciada meses atrás, cuando, el día de la Virgen del Carmen, Amparín, empujada por la Bernarda, informó al padre Damián de la conducta del maestro. El curita había violado el secreto de confesión para comunicar los indicios de herejía a la Junta de Fe. Una vez puesto el detenido a buen recaudo, serían subastadas en almoneda su casa, su huerto y pertenencias con el fin de recaudar cuanto de la incautación resultase. Todo se haría según la tradición del Santo Oficio.

El 27 de octubre continuaba aislado. Fue arrojado a una cárcel secreta, sin comunicarle las causas de su detención. En el proceso inquisitorial todo debía permanecer oculto; el secreto era parte de la pena. Y el preso podía estar encerrado días, meses o años sin recibir explicación de los cargos. Cuando compareció por fin ante el fiscal Falcó, vigilado por la sombra del antiguo inquisidor Toranzo, juró ante la cruz y declaró sobre su nombre, fecha y lugar de nacimiento, y educación religiosa. El secretario levantó acta. Ripoll seguía protestando contra su detención. Ante la insistencia de querer conocer el porqué de su detención, un alguacil lo abofeteó. Al cabo de esas jornadas lo llevaron, sin más explicaciones a San Narciso, antigua cárcel de la Inquisición, ahora atestada de presos. Después de días y noches sin contacto con el exterior, perdida la noción del tiempo, lo condujeron ante el instructor Toranzo.

—¿No lo sabes? ¿Dudas de la culpa que te ha traído aquí? —El rostro de Miguel Toranzo se contraía ante la visión del aturdido hombre—. Deberías recordar el edicto de anatemas. Los fieles deben, bajo pena de excomunión, delatar a sus vecinos, amigos y familiares cuya conducta sea sospechosa de herejía. ¿No sabes el porqué de tu prisión? ¿Acaso no recuerdas tus clases, tu negación de los sacramentos?

Juan Bautista Falcó asentía a Toranzo, antiguo inquisidor general. Ripoll deseaba conocer los detalles y, para mortificarlo, se le insinuó que alguien lo había denunciado, pero su nombre estaba protegido.

—¿Una mujer? —preguntó el detenido con asombro.

—Sí. ¿No fue Eva la causante de la perdición del hombre? —le insinuó el

inquisidor—. Una buena cristiana, madre temerosa de Dios, que había obrado según su conciencia.

Gracias a los consejos de su confesor se conocía su conducta. Sus alumnos no iban hacia el buen camino. No rezaban cada mañana, ni siquiera empezaban sus clases con el «Ave María Purísima», sino que el maestro lo hacía con un «Alabado sea Dios». «¿Esos eran los cargos contra mí?», pensó Ripoll, consternado. No pudo evitar una irónica sonrisa hacia los jueces, lo que propició recibir un nuevo puñetazo del alguacil.

El fiscal Falcó estaba horrorizado ante tanta violencia, a punto de desmayarse. Él no estaba convencido de la culpabilidad de Ripoll, pero tenía que callar. El arzobispo Simón propuso el aislamiento, pero Falcó, como docto dominico que era, no encontraba causa suficiente para la firme acusación de herejía. Quizá se le podría acusar de impío, y creyó que todo podría resolverse con una vista que culminase con el arrepentimiento y con la imposición de una penitencia, pero Miguel Toranzo cortó alas a sus argumentos.

—Por nada del mundo el asunto se resolverá de forma tan rápida.

Después del interrogatorio se devolvió al preso a San Narciso, el penal cercano a la puerta de la Trinidad y el margen del río. El auto firmado por Toranzo y por Falcó, que no podía opinar por su cuenta, iniciaba un proceso formal de herejía.

El antiguo inquisidor se planteó que sería fácil estirar de la lengua al hereje y obtener la autoinculpación. La Junta de Fe se reunió para analizar la terca postura del maestro, contraria a mostrar arrepentimiento. El proceso debía seguir el manual de Eymerico para casos de herejía. Los rasgos de impiedad obedecían a una filosofía herética que ejercía de palabra y de obra. Según los testimonios había menospreciado los dogmas de la Iglesia. Se le había oído hablar de una fe en un dios, sin ritos ni dogmas, indicios de deísmo. Se continuaría con el proceso hasta el final.

La única alegría durante su cautiverio ocurrió una mañana de noviembre, en el patio de San Narciso. Le habían dejado pasear y entremezclarse con otros presos

y entonces se encontró con Cabrerizo. A pesar de su aspecto lamentable, se reconocieron enseguida y se abrazaron. El editor había sido trasladado desde las torres de Serranos unos días antes de la detención de Ripoll. En San Narciso se encontraban toda clase de prisioneros: bandidos, asesinos, violadores, presos políticos. Y unos cuantos por *delitos religiosos*.

—¡Con la Iglesia hemos topado! —comentaron con sorna—. ¡La Providencia!

El humor sobre su triste situación los consolaba. Don Mariano lo puso al corriente de su *itinerario* por las prisiones valencianas. A los dos se los iba a procesar por herejía, algo curioso en el siglo XIX. La Junta de Fe, o sea la vieja Inquisición restaurada, había ganado la batalla en ese conflicto de jurisdicciones.

—¡Tenías que haberte escapado! —Cabrerizo le reprochaba no haberle hecho caso. Le contó que, tras salvarse de la muerte gracias a un general francés, había permanecido en el limbo de las jurisdicciones que se lo disputaban, hasta que la Junta de Fe había vencido en esa polémica. La intención era celebrar una especie de auto de fe con él.

¿Y qué habían hecho los franceses? ¿Por qué lo dejaron en manos de la Junta?

Le explicó que el general Arbaud Jouques había partido con el general Molitor a Francia. En ese lapso, la Junta de Fe se había posesionado de la flaca voluntad de Andriani, el comisionado regio, quien había optado por cederlo a las autoridades eclesiásticas. Tras un breve rayo de esperanza, se le había puesto en manos de los más fanáticos.

—«Mucho puede la casualidad en nuestra vida, porque vivimos por casualidad» —le dijo Cabrerizo a Ripoll citando una sentencia de *El libro de Oro* de Séneca.

—Me lo sé de memoria. Es el único libro que he podido esconder entre mis ropas. Lo llevaba conmigo en Sagunto, orgulloso de mi edición, pensando que serviría algún día para nuestras tertulias. Me ha ayudado mucho. En la soledad, ha sido mi compañero.

Cayetano contempló el librito como si fuera una maravilla.

—La filosofía es el alimento del alma. *Nunquam fortunae terga danda*. Nunca

te rindas a la fortuna. Así es, amigo, ¿ha sobrevivido alguno de mis libros?

Cayetano agachó la cabeza. Algunos ejemplares. Habría quien habría guardado libros, en refugios alejados de los inquisidores. Se le escapó una lágrima a Cabrerizo.

—Escóndelo, viene un alguacil...

El funcionario se llevó al editor hacia su celda. No tenían autorización para hablar tanto. El librito de Séneca, Ripoll lo guardó en una manga. Cabrerizo se volvió hacia él y le pidió con los ojos que lo guardase bien. Era ese, tal vez, su último regalo.

Ya en su celda, leyó: «*Acerbissima crudelitas est quae trahit poenam.*»^[20] Había abierto una página por azar. Era algo mágico, sin duda, ese breviario. «¿Serán eternos estos procesos? ¿Cuándo saldremos?», pensaba en voz alta. Se habían llevado a su amigo antes de que pudiera darle el nombre de un abogado. No volvió a verlo más.

Cayetano reclamó un abogado ante la Junta, como Cabrerizo. Se había allanado su casa y confiscado sus bienes, sin haber cometido delito alguno. ¡Si rigiera la Constitución!

Con ella se habían abolido las detenciones arbitrarias e instaurado el *habeas corpus*.

—¿La Constitución? —interrumpió Toranzo—. Está bien muerta y enterrada.

Un delito contra la religión lo era contra la sociedad. El antiguo inquisidor soñaba con una condena a la hoguera, como en los buenos tiempos. No había habido una purificación total desde que en 1781 fuera quemada en Sevilla una bruja ciega, una falsa beata que presumía de revelaciones, junto a otros tres adivinos y curanderos.

Instruida la primera fase, se ordenó que, *partiendo del principio de culpa*, se lo mantuviese incomunicado *ad infinitum*. Juan Bautista Falcó se atrevió entonces a intervenir a favor del maestro. Invocó la figura de santo Domingo, el gran predicador y fundador de la orden que había suministrado durante siglos los mejores talentos al Santo Oficio. Se debía defender la fe con la predicación y la

fuerza de la palabra. Y añadió que la Madre Iglesia acogía a los que se separaban de ella, pero volvían arrepentidos. Citó la parábola del hijo pródigo como ejemplo. También mencionó a san Vicente Ferrer, el santo famoso por su oratoria, que con su verbo atrajo a moriscos y a judíos a la verdadera fe, salvando sus almas.

—¡Así debemos obrar con nuestro hereje!

Propuso una oportunidad de conversión a Ripoll, con una acción de catequesis.

—¿A un contumaz? —El inquisidor se santiguó. ¿No bastaba lo visto y lo oído?

Falcó insistió: si hacía una pública abjuración, la Iglesia saldría reforzada. Si se le ejecutaba sin darle oportunidad, sería poco instructivo para el pueblo.

«Bueno —reparó el inquisidor—. Ese arrepentimiento sería un bello espectáculo.»

Se propuso por Falcó la convocatoria de unos doctores. Entre ellos se encontraba un escolapio, fray Ramo de San Blas, y el carmelita Félix Guillén de San José, sabios dispuestos a trabajar en el arrepentimiento de Ripoll. El arzobispo Simón apoyó la iniciativa de Falcó, para fastidiar a Toranzo. No tenía que haber un solo gallo en ese gallinero, y el dominico robaba demasiado protagonismo a su autoridad.

«Cayetano se salvará gracias a mi caridad», pensó Falcó con alivio.

El escolapio fray Lorenzo Ramo, hombre acostumbrado a convencer por la palabra, se presentó en la cárcel de San Narciso. Cayetano lo acogió con amabilidad y le contó que había sido alumno de los escolapios en su Solsona natal y que guardaba buen recuerdo de sus preceptores. A partir de aquella entrevista, el escolapio y el carmelita Guillén fueron sus principales contactos con el mundo. Y sostuvieron largas charlas para que revisase su deísmo. Se propusieron, como hace el exorcista con el endemoniado, expulsar a Belcebú por su boca. «Debes revisar las ideas que han penetrado en tu mente, propias de logias masónicas, donde hablan de un “arquitecto del mundo” y juran a la vez

sobre el Corán y la Biblia en altares blasfemos. ¿Por qué no te apartas del sendero torcido?»

Transcurrieron semanas y repetidas reuniones, que se revelaron inútiles actos de catequesis. A pesar de su fracaso, los siervos de Dios reconocían el valor del maestro, franco y directo, sin doblez ni hipocresía. Veían en él al hombre recto, que por malas influencias había caído en el error. El alcaide consiguió más comida para él. ¡No se fuera a morir antes de su conversión!

El prisionero recapacitó tras varias sesiones. Se le ocurrió una idea salvadora: pidió que le diesen pluma, tinta y papel para escribir de su puño y letra la confesión que pedían sus directores espirituales. Estaba dispuesto a transcribir la memoria de sus días. Si al fin y al cabo eso iba a ayudarlo a su arrepentimiento, sería bueno para los prelados conceder esa gracia. Si el suyo había sido un camino de errores, quedarían recogidos en el documento purificador. Sería su examen de conciencia, expresaría su dolor por los pecados y el propósito de enmienda para descargar las culpas de su alma. Lorenzo Ramo acogió la propuesta. El carmelita Félix Guillén, lumbrera local de la Iglesia, la aplaudió sin reservas. Los religiosos, doctos teólogos y fervientes papistas, deseaban el bien a Cayetano, pero tenían que elevar la proposición a superiores instancias.

Un buen día, el alcaide se presentó sonriente en su celda. Los presos como Ripoll no eran conflictivos, comparados con la gentuza habitual. «Lo malo es que es pobre, y un poco tonto. No puede expresarse demasiado este limón.» No tenía cuartos el maestro, como el librero y otros presos, y no podía darle donativos. Presidía el rostro del alcaide un canoso mostacho, propio de un coronel retirado de los húsares del rey. Sebastián Aranda había disfrutado de una juventud licenciosa en Madrid, repleta de calaveradas y bravuconadas. Gracias a las armas, y a su pericia como jinete, había dejado huella de su valor en la guerra, hasta caer herido en la carga de caballería de la batalla de Sagunto. Su antiguo general, el gobernador Andriani, le había otorgado en recompensa esa cárcel. Veía a Cayetano como a un *pardalet*.^[21] «Pero si ahí dentro se

blasfemaba todos los días.» Todos los presos, y él mismo, se cagaban en Dios, en la Virgen y en los santos.

—¡Enhorabuena! —dijo mientras un alguacil colocaba en la celda una mesa carcomida por termitas—. Podrás escribir lo que te salga de los huevos —informó mientras acariciaba la pluma de ave y la colocaba dentro del tintero.

—Da las gracias al padre Ramo y al padre Guillén, y a ti...

—No te apresures en agradecer nada, ni a mí ni a los curitas. Ah, esta pluma, ¡aún huele a la hembra que la trajo!

Le habían colocado lo necesario para su tarea. Los pliegos de papel parecían llamarlo desde las tablas viejas. El olor de la tinta lo transportaba a la vida exterior. Se sintió feliz.

—También he traído ropa limpia. —El alcaide dispuso que se dejase un fardo en la celda—. Tienes buenas amigas. ¡Qué linda tu lavandera! —dijo con un brillo lascivo en los ojos—. Las huertanas son frutas frescas, huelen a azahar y a acequia.

—¿Qué le has hecho a Mariana? —gritó Cayetano con odio—. *Fill de puta*.

—Quieto, maestro, ¡no te alteres! Gracias a tu amiga tendrás ropa limpia.

—¡Canalla! No quiero nada tuyo, ni de ella... nada de nadie.

—Y tendrías que dar las gracias a otra mujer.

El prisionero lo miró incrédulo. ¿De quién hablaba?

El alcaide contemplaba el atónito rostro del prisionero.

—Se trata de una generosa benefactora, una dama cuyo nombre me ha sido ocultado, pero que ha tenido a bien recompensarme con unas onzas de oro para que te trate bien.

—¿Quién era esa dama? No toques a Mariana.

Parecía una fiera, a la par que intentaba librarse de los alguaciles que lo asían. Los pliegos de papel, la tinta, eran fruto de un favor, entonces.

—No sufras por tu lavandera —dijo riendo el alcaide, a la vez que ordenaba a sus esbirros que lo calmasen—. Esa mula no me ha dejado ni que la acaricie. ¡Oh, vamos! No te alteres, tu amiga ha sido puta toda la vida. Quizás algún día

pueda mostrarle mi destreza como jinete del rey... —escuchó aturdido el maestro. «Si tuviera una daga...»

La imagen de aquel hombre voluptuoso, besando a Mariana con sus labios gruesos, restregando su piel con la de ella, se le antojó repugnante entre golpes.

«Ella es honesta, más que ninguna», se repitió a sí mismo mientras se levantaba.

—En fin, mi estimado huésped, me despido. ¿Sabes que apestas? —Y salió con la nariz tapada por un blanco pañuelo—. ¡No seas idiota! Ahora podrás escribir...

«Pobre diablo —pensó el funcionario unas horas después en su despacho, sentado ante un vaso de vino, mientras contaba las monedas recibidas de parte de la condesa. ¿Por qué no les daba lo que pedían? Alzó al aire una copa—. Qué tonto.»

Cayetano arrancó las primeras páginas y las arrojó. Pasó el resto del día sin comer, y la noche también. Al amanecer, con las onzas de pan del desayuno, encontró el cuaderno. Después, fijó los ojos absortos en el tintero y en las cuartillas rescatadas y los colocó sobre la vieja mesa. Se sentó silencioso en el taburete, bajo un haz de luz entre los barrotes, hasta que desapareció de sus ojos la rabia. Tomó la pluma de ave y mojó la aguda punta en el tintero. La tinta no se había secado y se derramó una gota sobre la cuartilla. De pronto le pareció maravilloso ese cáliz sagrado, como un pozo diminuto y oscuro donde se agitaban todas las almas, todavía sin forma, que aspiraban a salir. La tinta era como sangre negra, una savia llena de vida y de recuerdos que pedía derramarse. Sintió angustia al contemplar las primeras palabras, y se sintió libre por primera vez en mucho tiempo. Vio borrones y manchas de sí mismo. Con una mezcla de felicidad y de dolor; trazó los primeros renglones. Tenía que desangrarse y escribirlo todo, aunque eso fuera lo último que hiciera en la Tierra.

SEGUNDA PARTE

El que sufre tiene memoria.

CICERÓN

El recuerdo del gozo ya no es gozo, mientras que el recuerdo del dolor todavía es dolor.

LORD BYRON

Yo nací en el corazón frío de Cataluña. Mi padre se llamaba Miquel Ripoll, y mi madre, Teresa Pla. Me bautizó el padre Josep en la catedral de Solsona, y me dio el nombre de Cayetano, pero también el de Antoni y el de Miquel. Y si fuera por mi madre me habría puesto el santoral entero, porque, según decía ella, los santos protegen a quienes llevan su nombre, y ella era una esclava del Señor, devota del Corazón de Jesús y costurera de oficio, que bordaba manteles de altar y casullas para santos, así como hábitos para los seminaristas de San Ramón, tareas por las que le pagaban solo unos cuartillos, pues era voluntaria de la comunidad. Dicen que nací en un ventoso amanecer de febrero, con una tramontana que cortaba de frío las calles, lo que según afirman algunos augura un temperamento rebelde y viajero, aunque hay otros que sostienen que si Dios sopla el día en que naces es porque avisa de su presencia y llama al niño para hacerlo suyo. Por eso mi madre pensó que yo sería, algún día, un siervo de Dios, y de la Virgen. El día de mi bautismo cayó una de las últimas nevadas, y eso presagió para mi madre la anunciada prosperidad de mi carrera eclesiástica.

Yo era el tercer varón que había parido, un querubín entre los ángeles, según mi madre, que estudiaría en el seminario, haría votos sagrados y sería obispo. A medida que crecí, demostré ser el más estudioso de los hermanos. No faltaba *mare* a misa los domingos y fiestas de guardar, ni dejaba de acudir a la catedral para encender un cirio por nosotros. Se arrodillaba y se confesaba de no sé qué pecados, porque era una santa. Nos obligaba a cantar con devoción el ángelus, puntualmente al mediodía, desde que supimos pronunciar el nombre de los santos. Después de comer recitábamos las cuentas del rosario vespertino, y por las noches pedíamos a la Virgen del Milagro en nuestras oraciones por la salud y

prosperidad de mi padre; porque la tieta Mariela hallara marido, por nosotros, sus hijos, que éramos *angelets de Déu* y por todos nuestros difuntos.

Padre era todo lo contrario que madre. Don Miquel era un hombre recio, alto como un chopo, barbudo como un león. De joven iba para dorador, según la tradición de los Ripoll, pero se metió de aprendiz en el gremio de los *ganiveters*, maestros en el arte de forjar cuchillos y espadas, hoces y hachas, que ya era para entonces el oficio más próspero en nuestra villa, hasta el punto de que venían de toda la comarca y aun de toda España, para servicio de casas nobles y provisión de cuarteles, a comprar nuestros aceros, que competían con los toledanos y otros muy ilustres de Castilla.

Bien sabía mi padre, desde muy joven, luchar por el pan. Le tocó al creador de mis días sufrir las humillaciones de los cuchilleros; verse rechazado una y otra vez en las diabólicas pruebas de pericia, y pasar por un eterno calvario para ejercer primero de aprendiz y años más tarde llegar a oficial, porque no tenía valedor, ni familiar alguno, en aquel gremio. Después de más años de lo habitual, todos los del oficio admitieron su maestría, y mi padre instaló su fragua cerca de la ribera del río, lejos de los talleres y las tiendas del gremio, que no deseaban tenerlo cerca. Mi padre era mejor que los demás cuchilleros, y eso despertó muchos celos y las envidias. Quizá por todo ello, mi padre se tornó un hombre resentido y taciturno. Apenas estaba en casa, salvo para recordarnos lo pobres e inútiles que seríamos si no seguíamos sus pasos y nos dedicábamos a aprender desde pequeños el oficio. Por eso, cuando Miquelet lloró porque se había quemado, le dijo que callase, porque el dolor forjaba al hombre.

Yo estaba reservado a metas más altas, según mi madre, destinado a la gloria de Dios. Fui un niño bueno y aplicado, hice mis primeras letras en los escolapios y me preparé en la oración y en la catequesis. «Quien no hace la comunión va al infierno», me decían. Hacer la comunión era muy importante para los niños, era decir sí a Dios. Mi hábito estaba ajustado, lo había hecho mi madre a medida, aunque había crecido bastante desde que empezó a bordarlo, unos meses atrás. La catedral, humilde y tenebrosa, nos acogía a los niños. Por primera vez íbamos

a recibir el cuerpo de Cristo; a masticar su carne y a beber su sangre, acogiendo al Todopoderoso en cada rincón del alma. Doña Teresa, mi madre, se vistió de negro, de los pies a la cabeza, con el lustroso tocado puesto en la cabeza y el velo a medias sobre el rostro, observándome desde la capilla de *la Mare de Déu del Claustre*.^[22] Me coloqué el primero entre los niños que iban a tomar la comunión, como el más educado y humilde *dels infants de Déu*,^[23] según decía gangoso mosén Lluch, venido de Urgel para el acontecimiento. Dios no se enfada con los niños buenos. «Los niños buenos, antes de la comunión, iban al limbo. Después de la primera comunión, a los malos los manda al infierno y a los buenos al cielo.» Caminaba con el misal en la mano izquierda y el crucifijo en la derecha mientras buscaba a mi padre, pero él no estaba. El órgano sonaba majestuoso y los niños cantaban *Els goigs de la Verge*^[24] como ángeles.

Yo, el más estudioso de los escolapios, me sabía el catecismo en castellano, en catalán y en latín. Y gozaba de complacer a mi madre. Presidía la ceremonia el obispo, vestido con su casulla, para celebrar la comunión con la que los pequeños cristianos se incorporaban al goce de la Santísima Trinidad al alcanzar la edad del uso de razón. Pero padre no estaba, ni tampoco Miquel, ni Pau, ni Ferran, porque habían ido a esquilar el vellón de unas ovejas para un telar. Después vino la fiesta, lo más grande del día. En medio de la plaza del Palau salió un gigante de cartón para jugar con los niños y asustar con su cabeza barbuda a los más chicos, y comenzamos los mayores a bailar con bastones. Mi madre, junto a otras mujeres, repartía dulces y yo jugaba a la cuerda con mis compañeros. Era el día más feliz de mi vida. *Amb la veu ben alta cridem / visca la ciutat de Solsona, / visca la nostra patrona / la Verge Mare de Déu*.^[25] Los niños jugaban en la plaza a alcanzarse. *Qui més correrà? Tu per la costeta i jo pel camí pla. Tra-la-ra. Tra-la-ra-la-la*.^[26]

Quería salir de allí y encontrar a mi padre... pero él era demasiado rebelde para los rezos, no tenía el corazón manso ni beato. Y yo, el más pequeño, siempre iba pegado a las faldas de madre. Para mis hermanos era un monaguillo que meaba agua bendita. A mí lo que de verdad me gustaba era corretear por las

calles, asaltar huertos y buscar *bolets* en el sotobosque. Yo no podía ser un afeminado, ni un flojo, quería ser fuerte como padre.

Dios soplabla helado desde los Pirineos y la catedral temblaba en los rosetones sin luz y en sus columnas frías. *Corpus domini nostri, in nomine patri et filii et Spiritu Sancti...*[27] El sabor de la primera hostia me recordó al pan negro y frío de invierno. Madre me besó y la teta Gloria me apretó entre sus brazos.

—Jesucristo, el hijo del carpintero, el hijo de Dios vivió entre los más pobres, fue uno de ellos y creció como un niño más, aprendiendo el oficio de su padre. El hijo del hombre fue un niño también, obedecía a sus padres y acudía al templo. Pero su destino era el del sacrificio y el de hacer en su carne la voluntad del Padre.

Madre estaba orgullosa, y padre tal vez. Yo quería ser santo, y mártir de Cristo.

Los días de difuntos se unía mi madre a las beatas en la plazuela, bajo el repique de las campanas de la catedral. Desde el rosetón románico descendía la débil luz sobre el cortejo fúnebre hacia la Virgen del Claustro. *Oh, la reina de la gloria / té una imatge molt gentil / que a la nostra cortesia / ens retorna l'un per mil.*[28] Yo tiraba de la mano a mi madre y le preguntaba por qué íbamos a los entierros. Una vez me mostraron el rostro de un viejo que había muerto con el invierno. Lo recordaba cuando estaba vivo, y me quedé asustado ante los rasgos macilentos y la boca muda para siempre.

—*Mare, què és la mort?*[29]

—*La mort, fill meu, és el pas a l'altra vida. Un pas cap a la gloria de Déu.*
[30]

«La muerte es la salvación.» La voz del sacerdote resonaba en el púlpito. La vida y el pecado son la oscuridad. La luz llega con la muerte. Padre no iba a misa.

—*Gaietà* será cazador o pastor, o vendrá conmigo al taller. Basta de revolotear bajo las faldas de los curas. Si no lo apartas de los latinajos nunca se hará un hombre.

En Solsona siempre hacía frío, como la mañana en la que trajeron a un hombre acusado de ser ladrón de ovejas, para ajusticiarlo en la plaza.

—Es un pobre diablo —dijo el padre mientras afilaba un cuchillo, levantando chispas con el pedernal—. Ese mendigo es un chivo expiatorio.

Murió ahorcado, y su cadáver fue desmembrado en cuatro partes, que se dispersaron en los cuatro puntos cardinales. Ese fue el segundo muerto que vi.

El orgullo de mi familia eran las callosas manos de mi padre, el mejor cuchillero de Solsona, maestro en forjar navajas y puñales, hachas, hoces y sierras de talar. Nuestros antepasados fueron sumisos *masovers* —nos recordaba durante las cenas—, aunque mi abuelo comenzó a los siete años como dorador de muebles y de carruajes para ricos. Yo me hice cuchillero. Quería mi padre que sus hijos le relevasen en el oficio de los puñales. Recuerdo lo afilados que estaban y cómo tía Gloria degollaba los pollos, y guardo en mi retina la imagen de un altivo gallo que correteaba sin cabeza por la cocina, manchando de sangre los azulejos. Madre desplumaba luego las aves y nos las troceaba para el puchero, mientras recitaba los misterios del rosario pidiendo un buen caldo a la Virgen del Milagro.

«Solsona, bastión de la católica Cataluña, cuchillo contra los impíos.» Yo correteaba entre las callejuelas con nombres de santos, y admiraba los escudos de los caballeros cristianos. La tramontana invitaba al recogimiento y a la oración, pero yo escapaba por el portal Nou hacia el río Negre con una espada de madera y un crucifijo en cada mano. Soñaba ser digno de padre y de madre; alcanzar el honor de ser nombrado caballero de Cristo, como los templarios que defendieron Solsona frente a la herejía, o como sant Jordi cuando decapitaba al dragón en la batalla de un relieve de piedra.

Cuando cumplí doce años, padre me llevó a cazar por Cardona. Cayó una nevada, las hojas rojas y amarillas de las hayas se mudaron en hielo y el camino desapareció bajo un blanco manto. Al perseguir cuesta arriba a un sarrío herido, sentí tanta sed que me puse a masticar la nieve. Padre se enfadó conmigo. Yo lo veía, desde mi altura de niño, como a un gigante áspero y azul, un titán que

amaba el riesgo y la aventura y sentía envidia de las afiladas hojas de sus cuchillos, únicas en el mundo merecedoras de sus caricias. Recuerdo también la dicha de su rostro con el estampido de su carabina en el bosque. Hundía a cada paso las huellas de sus pies en la nieve, hasta el confín de las polainas con las rodillas, y yo miraba asombrado su negra y tupida barba, como la de los gigantes de las fiestas, contemplándolo como a un oso, o un ogro distante. Nunca fue tierno. Tenía unas manos enormes, nos pegaba fuerte con ellas. Por eso me dio en la nuca aquel día.

—*No menges neu, imbècil, que et farà mal...*

Me enseñó a degollar al animal herido. Cuando volvimos, yo tenía calentura y pasé semanas en cama, con las tripas rotas. Madre me dio unas hierbas estrujadas en el molinillo, mezcladas en una olla con agua bendita y un brebaje con sabor a nuez y a tomillo. Las hierbas se las había dado una bruja que vivía en el bosque.

—Reza conmigo —decía mamá—. Padre nuestro, que estás en los cielos...

Quiso que sirviera de monaguillo. Yo rezaba, pero madre enfermó. Pedí a Cristo, a la Virgen y a todos los santos. Las cuentas del rosario y los misterios corrían entre mis dedos. Se repetían las letanías y los credos en mi mente, resonaban en el yunque de mi cabeza como un martillo sobre el acero. Anduve descalzo y prometí subir de rodillas hasta el *Santuari del Miracle*. Me flagelé y ensangrenté mi espalda con púas; torturé mi cintura con un cilicio; ascendí de rodillas al santuario para que la Virgen quitase el dolor a mi madre y la sanase. No se levantaba del lecho, entre quejidos. El médico le puso unas compresas calientes y le hizo una sangría que acabó por agotarla. Ella tomaba mi mano, sin fuerzas, y yo veía que no mejoraba, a pesar de mis rezos, y que no hacía más que dolerle el cuerpo. Quizá su alma quería irse sin mí. Dudé de Dios. Cuando madre murió, atormentada por los dolores y por los estragos de su cuerpo, a pesar de ser una santa, sentí una punzada en mi alma. Dios no escuchaba el rezo de los niños.

—Es la voluntad del Señor. Tu madre se encuentra en los cielos, en la gloria

de Dios, y desde arriba te vigila y ampara.

Yo miraba hacia el cielo, con la mano cogida de la tía Gloria, y preguntaba a Dios por qué estaba tan sordo. «¿Por qué existe la muerte?», me preguntaba.

«El quinto ángel tocó la trompeta, y diósele la llave del abismo.» Miguel Toranzo cerró el libro del *Apocalipsis*. Se sentía agotado y excitado tras la lectura. Con el horizonte de la revelación de san Juan, resonaba en su mente cada palabra del santo desterrado en Patmos. Su alma estaba impregnada de esas páginas. «La vida podía ser penosa, brutal y corta.» *El libro de las revelaciones y de los siete sellos* iba con él, como si cabalgara a lomos de los cuatro jinetes. El inquisidor era una persona torturada. Su angustia era parecida a la del santo perseguido por Nerón. «Solo podía confiarse en el regreso del ejército de Cristo. La Bestia del Mal estaba ahí, en el número seiscientos sesenta y seis.» Cada letra del alfabeto hebreo era la de un número. «Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada.» La Bestia tenía una herida mortal que sanó y Nerón vivió más allá de la muerte, encarnándose una y otra vez. Salió alterado a la calle. ¿Cuándo iba a regresar Cristo y su cortejo de ángeles? ¿Cuándo cesaría el caos? Las torres de las iglesias lo asombraban. La torre del Miguelete, la torre del arcángel vengador estaba ahí, encerrada entre las callejuelas. «El anticristo vendría para profanar el templo de Dios, y había que darle batalla», pensó.

«Y la Bestia estaba unida a una prostituta, que había fornicado con los reyes de la tierra, la prostituta de Babilonia, vestida de color púrpura, sentada sobre la bestia de siete cabezas, como las siete colinas de Roma, la ciudad de los emperadores impíos. Solo Jesús podrá aniquilar a la prostituta de Roma y al emperador. El mal sería juzgado y Jesús en el valle de Har Meggido derrotaría a la Bestia. Epidemias, plagas y guerras asolarán la Tierra, pero Cristo agrupará a sus huestes. Los cadáveres del ejército de Satanás volverán a teñir los campos de

Armagedón. Los reyes de toda la Tierra, dirigidos por Satanás, se encontrarán en el valle de Jezrael, junto al río Jordán, y las fuerzas del bien, lideradas por Jesús, vencerán a las fuerzas del mal. Satanás será vencido y será arrojado a un lago de fuego. La ira de Dios era infinita y justa.» ¿Hacía falta que sonasen las trompetas de Jericó para abatir los muros de la impiedad, y que Fernando restableciese la Santa Inquisición? ¿Quién sino él podía ser el nuevo Nerón? ¿Quién yace con prostitutas y es el rey de la nueva Babilonia? «Solo los auténticos creyentes vencerán a la Bestia. Aleluya, solo los que vuelvan a nacer ascenderán al cielo. Aleluya, Dios condenará a los pecadores con el fuego eterno. El apocalipsis se acercaba, las señales estaban por todas partes.» Napoleón era el jinete de la guerra. Las epidemias asolaban España. La profecía estaba ahí.

De la lectura obsesiva de *El libro de las revelaciones*, Toranzo descendía a su miseria vital. Había sido injustamente tratado por las jerarquías romanas; su trayectoria había sido brillante, mas sus méritos nunca fueron justamente recompensados. Había dedicado lo mejor de sus cincuenta y cinco años al Santo Oficio; ascendiendo con tesón hasta ser un funcionario ejemplar del tribunal, justo hasta que fue de nuevo abolido por los liberales en 1820. En sus tiempos de funcionario abnegado, había demostrado eficacia y tesón, especialmente en la receptoría de cuentas, por lo que el Consejo de la Suprema lo había nombrado, en el año 1815, inquisidor fiscal de Barcelona. Luego, fue mano derecha del último gran inquisidor de Valencia, el blando Nicolás Rodríguez Laso, y los actos más destacados de aquel tiempo de tolerancia fueron celebraciones folclóricas, como aquella rogativa que se organizó para celebrar, en junio de 1817, «la preñez de la reina Isabel», en la iglesia de los Dominicos, y poco después, en septiembre de ese mismo año, un *Te Deum* por el feliz parto de la reina. Paparruchas. «¿Qué quedaba del viejo esplendor del Santo Oficio? Nadie respetaba a principios del siglo XIX a la Inquisición valenciana.» Habían sido muchas las humillaciones sufridas. Recordaba a menudo cuando aquel mismo año, durante la visita a la diócesis de Valencia del nuncio papal, monseñor

Justiniani, este ni se dignó hacer los honores a los representantes del Santo Oficio.

La ira se le reflejaba en el rostro en el portal de los Judíos mientras pisaba el suelo donde estuvo el cementerio de los hebreos. En ese rincón vivieron los asesinos de Cristo. Resonaban las voces y los silencios de las reuniones de la Junta. No existía la palabra «valor» en esa reunión de ancianos e incapaces. Desde que nació en la pobreza, él había luchado por la fe. Como fiel funcionario, había contemplado a lo largo de su vida cómo la penuria y la falta de respeto habían resquebrajado la Inquisición. «Qué patética la Junta de Fe, sin amparo del rey. Qué triste Simón López, ese viejo caduco, tan seco como el gobernador eclesiástico, José Despujol. Carcamales incapaces de levantar al Santo Oficio.» El mal venía de antes.

Toranzo era un inquisidor de corazón. Pero siempre había tenido por encima a alguien, como Nicolás Laso, hombre lacio, como su nombre indicaba, tolerante con los liberales. Solo cuando se destaparon las conspiraciones de 1817 y 1819, en las que se intentó asesinar al general Elío, el tibio Laso se implicó en la cruzada contra los masones. Él sí que hubiera sido un gran inquisidor. Recordaba los tiempos en los que, en nombre del Santo Oficio, tuvo el privilegio de registrar la librería de Mallén y Salvá. Los libros fueron confiscados, y el librero, apresado. «Qué maravilla de botín, pasto de las llamas.» Las diabólicas obras estuvieron en su poder el tiempo suficiente para valorar su iniquidad. Lo que nadie sabía era que él, el intachable inquisidor, no había quemado todos los ejemplares de *El contrato social* requisados. Escondía un ejemplar, traducido al español por el argentino Mariano Moreno, bajo el colchón de plumas y alguna noche lo leía bajo la luz de un candil. Un peccadillo disculpable, pues debía conocer las artes de Satán para derrotarlo con su verbo. Sin embargo, cuanto más leía aquel libro, con cierto temor supersticioso, más aburrido le parecía. Hablaba de tonterías el filósofo, como la de devolver la religión a los orígenes del cristianismo, algo muy ingenuo. Se detuvo en una callejuela, ensimismado ante el Micalet, la torre dedicada al arcángel Miguel. Las visiones del apocalipsis

rumiaban en él. «¿Iba a permitir el Narizotas la vuelta de la persecución? ¡Si él fuera el gran inquisidor!» Solo gracias a él habían terminado entre rejas Cabrerizo, Manuel Muñoz o Miguel Domingo. Pensó en un libro requisado. *Justine*, del marqués de Sade, repleto de escenas lujuriosas y sacrílegas. «Cuánta perversión.» El inquisidor debe mancharse de sangre, como el cirujano, para llegar al fondo de la herida.

Regresó a su casa, fatigado tras la caminata. Su corazón era un nido de escorpiones, se revolvía aún en la bilis de su resentimiento. Nunca le habían sido reconocidos sus méritos. «Si el Santo Oficio se restaurase, debería ser nombrado gran inquisidor», pensó al cerrar la puerta. Aun así, no las tenía todas consigo. «¿Y si el rey se dejase de nuevo intimidar?» «Juan anunció el fin del mundo», pensó. Solo Carlos, el hermano de Fernando, era digno del trono. Andriani le había dado largas respecto de la restauración del Santo Oficio; el rey estaba atado a los extranjeros, como antes a los liberales. «Los bendecidos vencerán y para los malos solo habrá azufre y rechinar de dientes.» Los buenos cristianos tenían que pasar a la acción. Había llegado el momento de luchar como en tiempos del usurpador José Bonaparte, empuñar el trabuco hasta la muerte por el futuro Carlos V, al hermano del Narizotas. Y también a Miguel de Braganza, que disputaba el trono de Portugal a su hermano, el liberal Pedro, autoproclamado emperador del Brasil.

Al entrar en su casa seguía excitado. La muchacha que le servía apareció ante él, con la cabeza agachada. Dijo a su amo que la cena estaba lista y que, como lo esperaba una hora antes, se la podía recalentar. Se sentó a la mesa. Rechazó la sopa de ajo con gesto abrupto y arrojó el pan duro. Fernandita era hija de dos antiguos familiares de la Inquisición, un matrimonio de huertanos que la habían dejado a su servicio, con catorce años, en parte porque era una buena colocación la de servir en la casa de un reverendo padre, y en parte porque ellos no tenían con qué mantenerla. El religioso pareció regresar desde la altura de sus pensamientos, descendiendo su vista hacia la muchacha. No había mucho en la despensa del venerable padre, y ella le pidió perdón.

—Fernandita, ¿cumpliste bien con tus deberes? ¿Has hecho oración?

—He asistido a misa de ocho y por la tarde he rezado el rosario.

—Bien, hija mía. ¿Y has ido al mercado? ¿No había carne hoy?

—Discúlpeme, su paternidad, pero no había vaca, solo un poco de cochino.

—Ya, ya, espero que de todas formas no me hagas sisas. Acércate un poco, ya sabes que eso estaría muy mal —dijo envolviéndola en los brazos.

—Oh, no, buen padre, se lo juro; he gastado bien los cuatro reales de vellón que su merced me dio —le contestó temblándole la voz la muchacha, mientras el reverendo le ponía la mano en el cabello y lo acariciaba.

—Tienes que ser una buena sierva de Dios y de tu confesor y ser cariñosa con tu padre espiritual —le susurró mientras acariciaba la cabeza de la muchacha, desatando la pequeña cofia. En el rostro de la niña una diminuta lágrima descendía por sus mejillas.

—Yo, padre reverendo, estoy para servir a su santidad en lo que me ordene.

—Así se habla. ¿Te lavaste? Son muy feas las mujeres sucias.

—Sí, padre, como usted dijo que hiciera. He utilizado el agua del barreño y la cuarta de jabón de Elche que su eminencia me regaló.

—Muy bien, así me gusta —dijo mientras sus caricias descendían a lo largo de su espalda hasta las ya desarrolladas formas que ocultaba la falda de la niña —. Has sido buena entonces. Ahora, he de retirarme, pues he de leer y de orar. Déjame meditar un breve tiempo y luego ven a darme las buenas noches.

—Lo que usía mande —dijo Fernandita bajando la mirada.

Miguel Toranzo rezó tres avemarías y pensó de nuevo en la cobardía del rey. Los buenos cristianos debían recordar la noche de San Bartolomé. Gracias a la matanza de hugonotes se atajó en Francia la hidra del protestantismo. Como cada noche, volvió al libro de san Juan, y leyó sus visiones. «Tenían asimismo los ángeles colas parecidas a los escorpiones, y en las colas, aguijones con potestad de hacer daño a los hombres por cinco meses; tenían sobre sí por rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es *Abaddon*; en griego, *Apollyon*, que quiere decir en latín *Exterminans*, el Exterminador.»

El toque de la puerta lo apartó de sus meditaciones. Habría que hacer algo más contra la masonería y la falta de religión. Golpear con discreción y eliminar a los «negros» a través de la red de espías y de católicos armados del Angel Exterminador; esa sociedad patriótica que conspiró en tiempos de Riego y que ahora ejecutaba a impíos.

—Adelante —dijo Toranzo con voz meliflua mientras cerraba el libro—. Entra, hija mía. El buen padre quiere darte su bendición.

La niña lo miró asustada. El dedo del prelado le indicaba cerrar con cerrojo la puerta. En sus ojos brillaba la lujuria. Solo una hembra pecadora le podía sacar los demonios. Ella no comprendía. Le tenía miedo y por eso obedecía esas noches en las que estaba tan excitado, en especial las de luna llena. A su amo le gustaba poseerla, ultrajarla, pero no como hacen los hombres con las mujeres. La ataba a la cama con cuerdas, le arrancaba las enaguas y la desnudaba, exigiendo que ofreciese sus carnes blancas al sacrificio de su miembro, el diablo que se purificaba entrando dentro de su infierno, como había leído en un jocoso libro de los que había requisado a Cabrerizo.[31] Se excitaba él con los insultos y los bofetones, flagelándola, hasta que la sangre roja le manchaba las nalgas y lloraba. A veces la arrastraba por el pelo, como la magdalena pecadora que era, pisoteándola entre sollozos y súplicas, escupiéndola. Cuando creía que iba a matarla, se arrodillaba. En medio de su llanto, le lamía las heridas como un perro, y después le orinaba en la cara.

Gracias a esos servicios y a sus penitencias, el buen padre le daba techo, la protegía de la miseria y del hambre. Su padre, el más bruto del pueblo, le había enseñado a ser complaciente, antes de darla a servir. Los dos hombres la insultaban, la amenazaban con sucias crueldades, pero el cura de Valencia pronunciaba palabras mágicas para ella, voces sagradas, en latín y en hebreo, que jamás entendía.

Si algo puedo anotar a mi favor en estas memorias, que escribo a petición del escolapio Ramo y del carmelita Guillén, empeñados en disuadirme de mis errores y en salvar mi alma, es que tendría quince años recién cumplidos cuando estalló la guerra contra la República Francesa. Diré que fui, a esa edad tan temprana, soldado de Dios y defensor de la fe católica, y que una mañana de abril, del año de gracia de 1793, se presentó en Solsona una comitiva de migueletes junto con una compañía de regulares del rey, y se organizó una fanfarria de tambores y de flautas marciales en la plaza del Palau. Venían a reclutar jóvenes para la causa de la fe y para defender a nuestro rey y a la patria. Yo no quería ser tratado más como un niño. Los niños dejan de correr un buen día detrás de los gatos por las callejuelas, dejan de llorar y empiezan a ser hombres. Deben prepararse para el yunque o la azada, como decía padre. Los niños cuando pierden a sus madres ya no tienen quién los proteja, ni deben tener miedo. Los niños ya son hombres, o casi, y tienen que servir para algo. Y pueden de esa forma ser útiles a Dios y a la patria.

Yo me sentía desasosegado y confuso en esa edad en la que ya no se es niño, ni tampoco hombre; el cuerpo cambia veloz como las estaciones y la cabeza es una jaula de pájaros que cantan todas las sinfonías y acordes a un tiempo. He de decir que la muerte de mi madre, a pesar de la desgracia que supuso, me ayudó a levantar el vuelo y a salir del nido donde me había criado. Me encontraba perdido, víctima del desasosiego, indeciso en medio de una encrucijada. El primero de ellos me llevaba junto a mis hermanos, que pugnaban por ascender en el gremio de los cuchilleros, hasta alcanzar al cabo de los años el grado de

oficial y más tarde el de maestro. El segundo, los consejos de los escolapios de ingresar en el seminario de San Ramón y emprender una carrera eclesiástica.

Había crecido hasta los seis pies de altura, aunque era un tanto desgarrado, tan delgado que parecía una espiga dorada y frágil que pudiera mecerse al capricho del viento. He de reconocer que, al igual que a otros mozos del pueblo, me fascinaron los uniformes del regimiento del rey, con sus vistosos tricornos, los destellos de las charreteras de los oficiales y los botones de plata de sus chalecos. También me encantaban los uniformes de nuestros voluntarios catalanes, con sus casacas y pantalones azules, las camisas blancas y modales austeros. Me llamó la atención el brillo de las bayonetas, caladas en los afilados mosquetes, y los colores vivos de las banderas que ondeaban al viento. En el batallón que venía a reclutar voluntarios, el tamborilero tendría mi edad y, al hablar con él, pensé que el mío iba a ser el camino de las armas, lleno de aventuras y peligros, pero también el de la gloria y de mujeres bonitas.

Aquel camino de servicio al rey y a la Iglesia podría ser una forma de contentar también a mi padre y, a la vez, de honrar la memoria cristiana de mi madre. Se pronunciaron durante ese acontecimiento varios discursos por los capitanes y por los vicarios de la tropa catalana. El 21 de enero de aquel año de Nuestro Señor, los monstruos revolucionarios habían guillotinado al rey francés y a su bella esposa, María Antonieta. También habían perdido la cabeza numerosos sacerdotes y nobles de Francia. Muchos frailes habían sido exclaustrosados por la fuerza de sus conventos, expoliados de sus tesoros y violadas las monjas. Las propiedades de los nobles habían sido confiscadas y usurpadas por la chusma. Ahora, los *sans-culottes* y los jacobinos lucían la bandera tricolor de la blasfema República Francesa en la misma frontera de Cataluña. Y esas noticias calaban hondo. Las gentes de Solsona veíamos a los franceses como demonios. Yo me imaginaba partiendo la crisma a los enemigos.

—Los cristianos, como en las cruzadas, han de tomar la espada en nombre de Dios, de la patria y del rey —había dicho en la catedral el obispo de Gerona, Tomás de Lorenzana—. Esta guerra nos llega en Cuaresma. Y ello es un mensaje

divino que os llama a la gloria. Habrá gloria eterna para los que luchen contra el mal y los malvados, y perdón de los pecados para los que mueran por la fe. ¡Creedme, hijos míos, no debéis temer a la muerte, cuando se combate contra los hijos de Lucifer! Matar revolucionarios no es pecado, no es un homicidio, es solo un «malicidio», bendecido por la Iglesia...

Me preguntaron los alistadores por mi edad, y yo, carraspeando para que sonase más recia mi voz, dije que ya tenía dieciséis años cumplidos. No se molestaron en pedirme la fe de bautismo, aunque me miró con incredulidad el suboficial que vigilaba la recluta. Daba igual en el fondo. Era necesario reforzar el ejército del rey con voluntarios catalanes, luchasen en los regimientos reales o con los cuerpos de los miqueletes, cazadores de montaña reconocidos por su conocimiento de la frontera y de las quebradas de los Pirineos. Nosotros queríamos ser como ellos: gente ruda y valiente, austera, que vivía en la montaña, trepando como cabras y alimentándose de raíces y setas. No había por qué ponerse exigentes. La Revolución francesa se acercaba como una marea de sangre, una peste contagiosa que saltaría los Pirineos y corrompería los cimientos de España.

En los corrillos se apoyaba la guerra santa: ¿Qué podía hacer nuestro buen rey Carlos? Si el cuello de un miembro de su familia había sido cortado, había que prepararse para lo peor. No se podía permitir al pueblo español que siguiera la llamada «moda francesa». La comitiva de soldados y el repique de los tambores prometían gloria y honor para los futuros compañeros de armas, comida caliente y una digna paga para los reclutas. Se nos implicaba a los catalanes, a través de los miqueletes porque, aunque no fuéramos muy borbónicos, somos un pueblo católico. La Iglesia nos instaba a combatir por la fe. Me alegré de luchar por la religión de madre, de dar mi sangre por Cristo crucificado y por la Virgen María. El oficio de cuchillero estaba limitado; incluso siendo hijo de un maestro del gremio. Confiaba alcanzar la gloria por participar en aquella cruzada. Y yo no tenía ganas de tanta monserga ni de tanta *Gloria in excelsis Deo*^[32] como las repetidas en el seminario de San Ramón, ni más clases de teología, a las que

acudía por respeto a mi madre. Estaba harto de rosarios y de cruces, que tanto habían complacido a la autora de mis días, en gloria de Dios, tras el vía crucis de su enfermedad. Me alisté y me despedí de mi padre y de mis hermanos. Sentí que no dejaba nada atrás.

En apenas un mes aprendí a marchar en línea de batalla y en columnas compactas, y a colocar mi mosquete al hombro. Adquirí nociones mínimas para empuñarlo y cargarlo en las paradas, me enseñaron a coger la bolsita de papel con la pólvora de la cartuchera, abrirlo con la boca y empujando la bola de hierro y el polvillo al fondo del cañón, apuntar al bulto de enfrente y dar al gatillo para que la chispa produjese su estampido. Y, sobre todo, a repetir la operación cuanto más rápido, a poner la bayoneta calada y a lanzarme con un grito en carga contra el enemigo. Tras unas semanas, me creía fusilero y crucé la frontera con el general Ricardos para invadir el Rosellón. Allí recibí mi bautismo de fuego, tras corta instrucción militar.

Entonces comprobé la locura de mi decisión. Asistí impávido a la muerte de un hombre. Una bala de cañón le arrancó la cabeza mientras su cuerpo, como el de un gallo decapitado, seguía con el pie acompasado en su línea de combate. También aprendí que las bayonetas se clavaban con facilidad en el vientre de los enemigos, y dejaban un reguero sanguinolento y maloliente de tripas en la tierra. A veces, en medio de una batalla, me echaba a llorar como un niño y llamaba entre sollozos a madre para que me amparara, aunque nadie me podía escuchar en el fragor de la batalla, las balas zumbando en mis oídos y los gritos confusos de los heridos. Al menos, aquellas primeras batallas se contaban como victorias bajo el valeroso general Ricardos. Vencimos a los franceses en Trouillas, en Pont Vendres y en Collioure, y yo, que era el más joven de los migueletes, me fui haciendo hombre a cada combate. El silbido de las balas que rondaba mis sienes o el estampido de los cañonazos se me hicieron familiar, como una canción de cuna. Mascullaba una oración de las aprendidas de madre y me encomendaba a la Virgen del Milagro cuando avanzaba a campo abierto y, tras hacer fuego, debíamos esperar impasibles la respuesta de los fusileros franceses apostados

frente a nosotros. Mi amigo el tamborilero cayó en los alrededores de Perpiñán. La muerte llegaba sin avisar, pero el ángel de la guarda de mi madre me alejó de las balas, o eso creía a pie juntillas.

Todas las penalidades y sufrimientos valían la pena. En Tolón, bajo el mando de mis superiores, participé en la quema de los decretos de la Asamblea francesa y fui uno de los que talaron el árbol de la libertad. Antes de pisotear sus ramas, colgamos a varios revolucionarios. Después llegó el saqueo de las villas de los franceses. Los soldados teníamos bula papal. Todo estaba permitido en la guerra contra los enemigos de la fe, porque esos hombres y mujeres estaban vendidos al diablo; ellos se habían buscado la destrucción, asesinando a su propio rey, destruyendo iglesias y conventos.

Aunque al inicio de la guerra de la Convención todo fueron victorias para las banderas del rey, los avatares de la contienda sufrieron un golpe imprevisto con la muerte del general Ricardos por una pulmonía, y después con la de nuestro nuevo jefe: el conde de la Unión. Nos quedamos huérfanos, sin caudillos para la campaña. Las iniciales conquistas se tornaron reveses militares, y lo que empezó como paseo triunfal y rápida campaña contra un ejército sin disciplina, se convirtió en una guerra larga y sin cuartel. En marzo de 1794, nos batíamos en franca retirada. Los franceses creían en su república y luchaban *pour la défense de la patrie*,^[33] cada vez con mayor eficacia, devolviéndonos cada golpe, incluida la visita a nuestro suelo patrio. Si no fuera porque se trataba de un ejército impío, sus victorias podrían parecer un milagro. ¿Cómo podían esos ateos luchar sin temor a la muerte? El ejército revolucionario tomó Figueras, Seo de Urgel y San Juan de las Abadesas. Hasta cayó en manos de los franceses Solsona. Pensé en desertar en medio de la desbandada. Supe por unos huidos del frente, que, aunque la catedral y el seminario fueron asaltados, los revolucionarios habían respetado a la población. Me sentía angustiado, pero mi deber era seguir en las filas del regimiento y, si fuera posible, matar a unos cuantos enemigos. Los ejércitos de las monarquías europeas se retiraban, batidos por los republicanos.

Mi capitán ordenó custodiar a un grupo de prisioneros, que podría servir para un futuro intercambio. Sentía curiosidad por ver de cerca a esos diablos y me aproximé al cercado donde se apiñaban como un hato de ovejas. Entre los cautivos había un joven rubio de unos veinte años, de Tarbes, con quien me puse a charlar una larga noche que estaba de guardia. Aquel prisionero, que hablaba buen español, no tenía nada extraño en su aspecto, ni cuernos ni rabo. Era un poco mayor que yo. Le ofrecí una onza de tabaco para liar y hablamos de nuestros planes de vida.

—Cuando termine la guerra, seré maestro. Quiero enseñar a leer y a escribir a los niños.

—¿Maestro tú, francés? ¿Para enseñar a mancillar y a ofender la fe cristiana?

—¿La fe cristiana? Oh, no estamos en contra de la religión.

—Pero vosotros habéis destruido la religión en vuestro país.

—*Pas de tout*.^[34] Defendemos el derecho a creer en un dios, o en todos los dioses, o a no creer en ninguno.

—Habéis asesinado a curas y violado a monjas, saqueando sus iglesias y conventos. Decapitasteis a vuestro rey y a vuestra reina.

—Es verdad, amigo, es algo duro, aunque eso lo hicieron algunos exaltados. Yo no estoy de acuerdo con esos bárbaros.

—Pero combates en su mismo partido —le repliqué, intentando que se arrepintiese.

—Toda revolución tiene sus excesos —me explicó—. De todas formas, ¿acaso no han ejecutado los reyes a sus súbditos por cualquier tontería? —Me acordé entonces de la ejecución del mendigo que vi en Solsona—. La justicia del pueblo tiene sus razones.

—Pero matar a vuestro rey es como matar a tu padre.

—No seas ingenuo. Los Borbones vivían en el lujo mientras la gente moría de hambre. «¡Si no tienen pan, que coman bizcochos!», contestó María Antonieta cuando le dijeron que el pueblo pedía justicia y pan. Luchamos porque los hombres sean libres.

—¿Libres e iguales? Dios nos hizo diferentes entre nosotros.

—Pero esas diferencias no deben ser causa de desigualdad. Ya no habrá leyes injustas en la nueva patria de libertad, igualdad y fraternidad que vamos a construir.

—La patria de la revolución y del crimen.

Al día siguiente prosiguió la marcha forzada. El capitán nos dio una última orden: había que ejecutar a los prisioneros. No podía tratarse a esos perros como a soldados de un ejército regular, sino como a bandidos. No tenía sentido alimentarlos más.

—¿Cómo te llamas, francés? —le pregunté con tristeza.

—Me llamo Louis, ¿a que tiene gracia?

—Pues sí, tienes nombre de rey.

Hubo un silencio embarazoso. Entonces, le hablé al oído.

—Te tengo que ejecutar. Lo siento, son las órdenes...

—Pues obedece a tus jefes. No temas. Piensa simplemente que vas a disparar a un hombre libre. Algún día te arrepentirás de haber sido un esclavo.

—¿Y tú? ¿No te arrepientes de tus pecados revolucionarios?

—No me arrepiento de nada. Morir por la libertad es el mayor honor.

—¿De verdad que no quieres rezar, ni que te lea algo del catecismo?

—Las únicas palabras que me gustaría escuchar son estas...

Y me entregó un pliego de la *Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen*.^[35]

—Tómalo sin miedo, es mi regalo de despedida. Donde voy, no dejan leer.

Me entregaba un texto prohibido. Lo guardé en mi zurrón antes de que lo viera el suboficial que dirigía el pelotón. La descarga sonó como un trueno en el claro del bosque, mientras la fila de prisioneros caía en una zanja, entre zarzales y breñas. Habían comenzado a cantar *La Marsellesa* cuando se rompieron las notas de aquel himno. En el desarbolado campamento, la escarcha despejó el rostro de los muertos. Miré por última vez a mi amigo antes de marcharnos hacia el sur. ¿Merecía la pena morir por la *libertad* o por la *igualdad*?

La muerte era lo único que nos hacía iguales a los hombres. A lo largo de varias jornadas se reagruparon nuestras tropas. En un bosque de hayas de Navarra acampamos sin fuerzas. Unos desarrapados centinelas nos guardaban en los flancos. Aproveché para abrir a escondidas el pliego. Tenía forma de texto articulado, como el de los cánones de la Iglesia. Leí con temor supersticioso el primero de sus artículos: *Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits. Les distinctions sociales ne peuvent être fondées que sur l'utilité commune.*[36]

Fernando gozaba de pocas distracciones en palacio. Los asuntos de Estado le aburrían, pero su condición de soberano absoluto lo obligaba a atenderlos. Abolidas las Cortes, su tarea principal ya no consistía en poner al final de cada pliego la rúbrica de «S. M., Rey de España y de las Indias», sino que tenía que adoptar decisiones, algo difícil para él. Había pasado el verano tomando las aguas en Sacedón y en el balneario de Solán de Cabras, pero con la humedad y los primeros fríos de octubre se habían agravado sus males de gota, complicados con un resfriado que le hacía estornudar entre escalofríos y espasmos. Se sonaba la prominente nariz con blancos pañuelos y se limpiaba con las bordadas cortinas, mientras despachaba papelotes junto a su ministro de Gracia y Justicia, don Tadeo Francisco Calomarde.

Yacía el monarca pleno en un sofá del salón de Embajadores o de Besamanos, similar a un *triclinium* de emperador romano, y con los ojos en el fresco de Tiepolo: *La grandeza y poder de la monarquía española*. Y el Nerón del Palacio de Oriente estudiaba las decisiones a tomar, pues como rey elegido por Dios debía decidirlo todo.

—¿Cuándo vendrá mi querido Antonio? —exclamó Fernando, arrojando los papeles que ojeaba, como un niño cansado de seguir con la aburrida clase—. ¡Tenemos pendiente una partida de billar! ¡Es inhumano!

Su aflautada voz resultaba apenas audible a causa de la calentura y la tos. Calomarde recogió los papeles que consideraba muy importantes. No eran sino los Decretos de Purificación con múltiples prohibiciones y censuras, entre ellas la del cierre de las universidades, nidos de liberalismo, cuya aprobación no debía demorarse, y una lista de condenados a muerte formada por un grupo de

sediciosos, capturados en agosto en Utrera, cuando intentaban levantar el país en nombre de la Constitución.

La voz del rey contrastaba con su oronda fisonomía, que se desbordaba sudorosa dentro de un camisón blanco con manchas amarillas. El ministro de Gracia y Justicia había sentido cómo se le revolvían las tripas al inclinarse a recoger los papeles de las condenas, pero se sintió aliviado al verlos tan rápidamente firmados. Tenía que contenerse y sonreír, aunque el mal olor del rey yacente y la mención de Antonio de Ugarte, que se estaba convirtiendo en el valido, favorito del rey, le repugnaba. «Menudo Pazguato —se lamentaba para sus adentros Calomarde, mascullando apenas—. Gran patán ese antiguo mozo de esportilla, ascendido por sus calaveradas a *primus in corte*, ¡bufón ignorante! Escudero del rey para juergas y saraos, paleta incapaz de escribir su nombre en un papel.»

—Lamento abusar de vuestra majestad, pero asuntos graves quedan aún por despachar. Se espera al ministro de Estado francés. El médico de palacio aprueba la visita...

—¡Fernando no es un debilucho! —exclamó—. ¡Desde niño he estado rodeado de enemigos! Atenderé al embajador francés, pero que venga después Antonio...

Se incorporó de su reclinatorio y ordenó a Calomarde entregar los legajos a un secretario. Le concedió el honor de sostener el orinal de porcelana de Sèvres mientras sacaba su gran miembro y miccionaba en él. Una vez finalizado su servicio, le preguntó por la reina.

—¿La reina? ¿Dónde va a estar? En la capilla. Pidiendo quedarse embarazada.

Calomarde conocía la desgraciada historia de sus matrimonios. María Antonia, la napolitana, había sufrido dos abortos antes de morir con veintidós años. ¿Y la pobre Isabel, su segunda esposa? Sí, «pobre, fea y portuguesa, chúpate esa», según la coplilla popular. Generosa de carnes, amplia de caderas, con un cuerpo predispuesto a la maternidad, trajo al mundo una criatura en 1817, que murió en cuatro meses. Durante un segundo embarazo, cercano al anterior,

llegó la tragedia: sufrió un desvanecimiento. Los médicos pensaron que había muerto, o que estaba a punto de morir. Obedeciendo al rey, los cirujanos abrieron el vientre de la reina. Fatal decisión, pues Isabel no había muerto y, al sentir el frío hierro que cortaba sus carnes, despertó de su letargo entre gritos y sangrientos estertores, para morir de verdad, a la vez que moría el hijo varón que llevaba en sus entrañas. Todas esas desgracias engrandecían la leyenda de Fernando. Por el Deseado el pueblo había derramado su sangre los ocho años de guerra de la Independencia. Y quince años después, con la nueva invasión de otros franceses, esta vez bajo el duque de Angulema, los chisperos y las manolas los habían aclamado porque venían llamados por el rey.

Dolían al pueblo las desgracias de Fernando, como si fueran propias, aunque el monarca ignorase el hambre y la necesidad de los que le adoraban. «Es tan campechano, es de los nuestros», se decía en los corrillos de las tabernas. «Yo lo he visto vestido de majo, gastando bromas y tocando palmas.»

Al rey le gustaba el cocido, bailar al son de las bandurrias y piropear a las majas con sus requiebros. «A la tercera esposa va la vencida», repetían los dichos populares. La reina Amalia era portadora de una gran responsabilidad partitoria; con una misión vital para la monarquía, aunque la imagen de aquella muchacha, recatada y vergonzosa, hacía temer que no era la hembra que necesitaba el monarca. De no tener un hijo varón, los enemigos de Fernando, empezando por su hermano Carlos, apoyado por los apostólicos, comenzarían a conspirar. Calomarde, consciente del carácter influenciabile del rey, le insistía en que el peligro provenía solo de los liberales.

—¿Así agradecen los constitucionalistas mi generosidad? ¿Así me traicionan?

Ocultaba el ministro de Gracia y Justicia en su relación de «peligros y conspiraciones» las partidas de guerrilleros apostólicas levantadas en Cataluña y en Navarra, que defendían a la Santa Inquisición y exigían un gobierno formado solo por obispos. Ninguno de los decretos de Calomarde ordenaba la persecución de estos enemigos del rey. Lo importante de sus decretos era reprimir los escasos motines liberales.

—Esos malditos... —Fernando se esforzaba por articular su voz, recuperado de sus dolores de gota—. ¡Siempre conspirando! Malvados francmasones. ¡No tenía que haberme dejado embaucar por Boisilecomte ni firmar ninguna amnistía!

—Vuesa majestad fue muy generoso —lo aduló el consejero—. Y ahí están los motines de Tarifa y de Málaga, provocados por emigrados de Gibraltar. Ya se ve ¡cuán enorme es la ingratitud de los sediciosos que amnistió su majestad!

El austero aragonés, hombre ultraconservador, contrario a todo cuanto fuera nuevo, había entrado en la exclusiva camarilla regia gracias a la servil obediencia a cualquier capricho del rey. Solo tenía por encima al duque de Ofalia, y, por debajo, al menos formalmente, al aborrecido Antonio de Ugarte. Se consoló pensando que había conseguido que el rey firmase, sin mirar apenas, todos los pliegos por él redactados. Por fin se condenaba a la pena de muerte, como reos de lesa majestad, a todos los que se hubiesen declarado o declarasen enemigos de los derechos del rey o partidarios de la Constitución Y a los que escribiesen papeles o pasquines con el mismo objeto y los que promoviesen alborotos dirigidos a cambiar la forma de gobierno. Y se debía ejecutar a los que gritasen ¡Viva la libertad! ¡Mueran los serviles! ¡Viva la Constitución! Lo malo de las leyes de purificación era que no había funcionarios para ejecutar su cumplimiento. El Estado había sido desmontado como una plaza de toros de madera, tras la invasión francesa. El ejército español había quedado reducido a la Guardia Real y a unos pocos regimientos. Para Fernando, el ejército estaba contaminado por la masonería. Se vivía una orgía de terror cotidiano, ejecutado por españoles y tolerado por los franceses. La represión en cada villa la ejecutaban los voluntarios realistas, campesinos analfabetos que tenían por lema: «¡Vivan las *caenas!*»

Y Tadeo Calomarde pretendía que con los decretos la represión se iba a hacer de forma regulada, mediante juicios solemnes y ejecuciones formalmente perfectas. Así aplacaría a los apostólicos. Junto a los decretos penales, Fernando había firmado otros que suprimían la libertad de imprenta y que clausuraban los periódicos, excepto *La Gazeta* y el *Diario*. Toda obra de literatura, teatro o arte

que pudiera contener el más mínimo contenido revolucionario debía ser quemada o destruida de forma expedita. Los Decretos de Purificación expulsaban de sus cátedras a la mayoría de los profesores. Y en la enseñanza primaria la educación quedaba en manos de la Iglesia, de forma exclusiva, debiendo adoctrinárselos mediante la doctrina o prohibiéndose cualquier libro no piadoso. Llegado este punto, el ministro planteó una cuestión esencial.

—Majestad, los obispos reclaman la restauración de la Santa Inquisición. ¿Para qué esa superintendencia de policía, como la de los franceses? El Santo Oficio es mucho mejor que esa policía a la francesa.

—¿Qué harán los franceses si los contrariamos? —chilló Fernando a su consejero, si algo había aprendido desde niño era a ocultar sus pensamientos—. ¡Nos dejarán en la estacada! ¡Y volverán los masones! Hay que disimular, Tadeo. ¿Cómo sobreviví en Valençay durante cinco años, *invitado* por Napoleón? Felicitándolo por sus victorias. ¿Cómo he soportado a Riego y a sus secuaces? Fingiendo ser de los suyos.

—Entonces ¿no se legaliza la Inquisición? Es una pena contrariar a los Padres de la Iglesia que quieren serviros tan bien. Deberíamos complacer a los obispos...

—Quita, hombre, ¿no han formado los obispos Juntas de Fe?

—Es cierto, y son activas. La de Valencia ha iniciado varios procesos de herejía.

—¿Juicios de herejía? ¡Qué cosa más curiosa! Eso tiene gracia, se lo contaré a la reina. A ella le encantan nuestras beaterías y fiestas.

—Su majestad, se han hecho procesos inquisitoriales, pero al no estar restaurado el Santo Oficio, no tienen apoyo legal. Un procesado es maestro de escuela, liberal...

El rey ordenó traer una bandeja con carne de jabalí y de cerdo.

—Así que han encerrado a un maestro.

—Según parece fue soldado y miliciano nacional. Y maestro muerto de hambre.

—¿Soldado? Lo sería del ejército de Riego y de sus revolucionarios. Pues que lo chamusquen. Allá hacen hogueras en San José, ¿no? ¡Pues que arda bien, por masón!

El rey devoraba la carne y se frotaba la boca con sus mangas, mientras recordaba la muerte de Riego y sus secuaces comuneros, y su *Trágala perro, al que le pese, que roa el hueso* que le cantaban insolentes, junto a esos versitos de *Se acabó el tiempo en que se asaba / cual salmonete la carne humana. / Ya no hay vasallos, ya no hay esclavos / sino españoles libres y bravos / Trágala, trágala...*

—¡Que se jodan, con su puta Constitución! Siéntate, y come conmigo. No seas remilgado, que para eso ya tengo a mi santa esposa —añadió con la boca llena. La cámara real adquirió, gracias al aura pantagruélica del monarca, un aire de taberna del barrio del Avapiés.[37]

—¡Que venga Chateaubriand, y todos sus lechuguinos franceses!

El rey absoluto tragaba. Mientras tanto, Calomarde disimulaba en la mesa.

—¡Qué rica la carne de ciervo! Sí, Tadeo. ¡Toca aguantar a los franceses!

—No quisiera importunar —dijo Calomarde, atragantado—, pero reclaman a la corona española veinte millones de francos por los gastos de sus tropas.

Calomarde era poco dado a festines, pero seguía la corriente al monarca. «¿Por qué tanto empeño en los franceses? —pensaba el rey entre bocado y bocado—. ¿No se paseaban a sus anchas por Madrid?» Por Ugarte sabía que los galos eran los mejores clientes de las putas de Madrid. Al revés: los franceses deberían financiar a los voluntarios realistas. Iba a proseguir Calomarde con los problemas del Tesoro. ¡El reino está en quiebra! Se anunció la presencia de Chateaubriand y del embajador Boisilecomte.

—¡Qué fastidio! ¡Ya tenemos aquí a los franceses! Tadeo, sal tú a recibirlos y encárgate de disculparme. Estoy indispuerto. Los dolores me matan.

El criado salió de la antecámara, precediendo a Calomarde, que se inclinó ante el plenipotenciario emisario de Luis XVIII. Explicó que el rey estaba indispuerto. El vizconde de Chateaubriand miró al embajador Boisilecomte.

—*Ces espagnols sont terribles.*[38]

Desde la cámara amarilla se escuchaban los ronquidos del rey.

Aquella guerra terminó sin vencedores ni vencidos. Ver a los franceses atravesar los Pirineos desató la reacción del pueblo, y los migueletes nos empleamos a fondo en defender nuestra tierra. No se trataba ya de una guerra extraña, sino cercana, y ese último esfuerzo hizo que la que se llamaría la Guerra Gran terminase en tablas. Se firmó la paz de San Ildefonso y se retiraron los invasores de Cataluña y de Vascongadas, a cambio de la entrega a Francia de media isla de La Española. Manuel Godoy se convirtió en protagonista de la paz, como antes lo fue de la guerra.

Un tanto confuso por el final de la contienda, estaba orgulloso de regresar a casa, creyéndome un héroe, pero ¿qué había conseguido al fin y al cabo? Nada, realmente, volvía sin pena ni gloria, aunque estaba entero, lo que era una gran fortuna, pues muchos de mis camaradas regresaron sin brazos o piernas, cuando no tajados de espíritu, privados del alma que tuvieron. ¿Y qué se había logrado con esas batallas? Nuestro rey Carlos, a instancias de su esposa, premió a Godoy con el título de príncipe de la Paz, y le concedió más títulos y rentas de las que ya tenía. Las naciones enfrentadas cruelmente, volvieron a ser amigas. Gracias a Godoy, los demonios revolucionarios se transformaron en aliados de los Borbones españoles, para aliarse de nuevo contra Inglaterra, nuestra tradicional enemiga, y en poco tiempo comenzaron las hostilidades marítimas.

Yo no entendía mucho entonces, ni tampoco ahora, de los enredos de los reinos, pero quedó claro con aquella guerra que daba lo mismo si los que mandaban eran los reyes de España o los cónsules de la República Francesa, pues pactaban y negociaban sobre los cadáveres de los súbditos o de los ciudadanos muertos por ellos. Las naciones y los Estados no parecían sino fincas

de sus gobernantes, señoríos poblados por seres sin rostro, y a sus dirigentes se les reservaba el don de decidir sobre su destino. Nuestra disciplina nos obligaba a admitir como soldados aquella paz tan extraña: con el nuevo pacto con Francia, España volvía a los tiempos de los pactos de familia entre los Borbones de un lado y otro de los Pirineos, aunque ahora lo hacía con la Francia republicana. Lo francés ya no era tan temible para la católica España. A la Convención Republicana sucedió el Directorio, de carácter más moderado y cristiano. Las aguas volvían a su cauce.

Tenía ganas de ver a mi padre y a mis hermanos. Al principio se alegraron, pero, poco después, todo fueron lamentaciones. La guerra había dejado el campo devastado. Las cosechas no se habían recogido y el ganado había sido incautado durante la contienda. La salud de mi padre, la savia de aquel hombretón recio como un oso, se había quebrantado en los últimos años y se mostraba cada vez más arisco, dejando en manos de sus hijos los cuchillos. Mis hermanos, Pau y Ferran, me miraban con recelo cuando les reclamé un puesto de aprendiz en el taller, que parecía una sucursal del infierno, pues se pasaba gran calor y el aire era tan escaso como los beneficios. Mis dichosos hermanos siempre habían sentido celos hacia mí, no solo porque yo había sido el preferido de madre, sino también porque me veían como a un renegado de su familia y de su clase. Llegaron a reprocharme que no hubiera aportado capital alguno de la soldada, o de algún sustancioso botín de guerra, para sacar adelante la maltrecha empresa familiar. El taller, como fábrica de armas, había sido requisado por los franceses y ahora volvía a fabricar cuchillos.

Intenté ignorar los sarcasmos de mis hermanos. Me dediqué a afilar cuchillos y bruñir filos de hacha en el yunque familiar. A medida que criaban las escasas ovejas y cabras que sobrevivieron a las requisas, me dediqué un tiempo al comercio de la lana e hice algún encargo en Cardona y otras villas y llevé carros con grano y uvas recién cogidas para las bodegas. En el seminario me dieron, a pesar de mi ausencia de dos años, el grado de bachiller por haber combatido por la fe, e insistieron en seducirme para que continuase con los estudios religiosos.

Por un tiempo, regresaron mis dudas; tenía que elegir entre una vida tranquila, en el taller o en el seminario o, por el contrario, lanzarme a ver mundo. Había muchas puertas cerradas, nadie sale de la pobreza si no lo es por el camino de las armas, de las letras o de servir a la Iglesia. Transcurrieron varios meses y yo seguía metido en mi larga reflexión. Rechacé definitivamente la oferta de ingreso en el seminario de San Ramón. Ante la mirada de las comadres del pueblo, comencé a cortejar, sin mucho interés, a varias muchachas casaderas de la comarca y a participar en actos religiosos, hasta que decidí marcharme de Solsona. Con la experiencia de la guerra, ese mundo austero me parecía pequeño. Amaba y odiaba mi tierra, el lugar de mis raíces, pero ansiaba sentirme vivo, hacer que mi existencia se convirtiese en algo útil, casarme tal vez, fundar una familia. Necesitaba un punto en aquel horizonte. Sentí que ya no pertenecía a ningún sitio.

Después de la segunda Navidad tras mi regreso, pedí a mi padre mi parte en el negocio familiar. Pau, el mayor, alegó ser el titular del mayorazgo, el único *hereu*^[39] y que padre no tenía por qué darme nada. Ferran se burló de mis ínfulas de soldado y de seminarista. Padre intercedió, a pesar de todo. «Vuestro hermano ha luchado y ha sufrido, se ha portado como un hombre.» Con los años parecía que se había vuelto más pequeño, como si fuera un oso viejo. Y no me trataba como el más débil de los hermanos.

—*Gaietà* —me dijo aparte—. Eres el más honesto y valiente de mis hijos, aunque yo te tenía por un niño afeminado y cobarde. Quieres volar, y yo te comprendo. Yo era como tú en mi juventud, y si no hubiera sido por tu madre no me habría quedado aquí.

Yo solo quería una pequeña cantidad para marcharme y buscar mi camino. Padre me dio —a escondidas de mis hermanos— una bolsa con reales de oro que salvó de los franceses y de la codicia de los que le rodeaban. Esa sería mi heredad. Lo abracé, creo que por primera vez de nuestra vida, y me marché de Solsona al amanecer. El mío era un espíritu libre. Años después supe que padre murió unos meses más tarde. No sé si le llegaron mis cartas, pues nunca las

contestó, ni si se las leyeron mis hermanos. Ni si Ferran o Pau supieron, o no quisieron saber, nada más de mí.

Hace poco me fue comunicado que la Junta de Fe de Valencia había pedido de la catedral de Solsona mi partida de bautismo. Resulta necesario aclarar mi verdadero nombre, saber si yo soy Cayetano o Antonio Ripoll, por ejemplo. Si como afirmo soy hijo de Solsona, y si fui bautizado o no en su catedral. Solo puede ser hereje quien es cristiano.

Mariana no se rendía jamás. Llevaba varios días en las misas del padre Record, que al acabar cada oficio desaparecía por el cuarto de los relicarios acompañado de su cohorte de monaguillos. Cuando lo abordaba se escabullía o le decía con buenos modos que andaba entre celestiales prisas. Llevaba toda la tarde arrodillada ante la Virgen y los patronos san Valero Obispo y san Vicente Mártir. Y se había asomado de vez en cuando al mercado para airearse con la algarabía del viejo zoco, corazón del arrabal en tiempo de los moros, cuando la iglesia era mezquita, y su única, torre el minarete.

La mayoría de las devotas, aves negras de procesión perpetua, anidaban cual comadreas tras sus muros y rezaban a las polícromas tallas o encendían velas para rogarles milagros. Las enlutadas miraban por encima del hombro a la Gabino, extrañadas de su presencia, y murmuraban para ponerse al corriente de los nuevos hechos de su mala fama, pasaban las horas con las cuentas del rosario, mientras sus maridos bebían en la taberna o jugaban en el casino a los naipes. Se entregaban ellas a los sermones, y sus hombres al aguardiente o a las peleas de gallos. Estaba la casa de Dios a punto de cerrarse, y solo quedaba Mariana. Boro, *el Tort*, conocido matón, y voluntario realista, ejercía de sacristán merced al arzobispo, para disgusto del párroco, que no entendía qué demonios hacía ese bruto en la iglesia. Hacía de espía, lo observaba bien, como el cíclope de san Valero.

—He de hablar con el padre —le dijo la lavandera y se lo quitó de encima.

—*No t’havia vist mai tant piadosa. De què vols parlar amb el retor?*[40]

—*A tu això no t’importa. Vull parlar amb el pare. Vull confesar-me...*[41]

—*Ah, ja sé. Aixina que tens molts pecats. Sí, això sí que ho sabia jo.*[42]

Le clavaba su ojo en la penumbra y sonreía ante sus femeninas formas, disimuladas bajo el largo traje. La lavandera no le tenía miedo, sabía bien quién era el Tort. Cuando estaba borracho, decía que bajo el parche que tapaba la vacía cuenca de su ojo perdido vivía el mismo diablo. Pero a ella no la asustaban sus bravuconadas, y se libró de él.

—Don Vicente, se lo suplico. Escúcheme en confesión.

El párroco le dijo que era tarde para confesarse. Ella insistió.

—Está bien, ven al confesionario. A nadie se niega el sacramento de la penitencia.

Y con un ademán, indicó que se alejase. Se puso él a dar brillo a san Vicente.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, no he venido a hablar de mis pecados. Usía sabe bien para qué...

—¡Chitón! Más bajo, piensa dónde estás.

—Padre, hablemos de Cayetano. Ayúdenos a sacarlo de la cárcel...

—No seas loca, ¿vienes a armar un escándalo? Háblame solo de tus pecados...

—¿Mis pecados? Son muchos, y la Virgen sabe lo arrepentida que estoy, pero ¡hablemos del maestro! Yo no soy nadie, pero su paternidad... Salve a un inocente.

—¿Inocente? Ah, pecadora; eres de la piel del diablo. ¡El amor carnal nubla tus sentidos! Cayetano es un impío y un hereje. ¡Y yo le he dejado entrar aquí!

—¿Eso dice usía ahora? Un sacerdote no debe mentir.

—¿Cómo te atreves? ¡Desvergonzada! ¿Ofendes así a tu párroco?

—Hablo con el corazón al padre que me bautizó y que bautizó a mi hijo. Un sacerdote es un hombre, aunque lleve sotana, y Dios es testigo de la bondad de Cayetano.

—¡A qué mala hora conocí a ese hereje!

—¿Ahora habla así? ¡Qué pronto olvida a su amigo! No puedo creerlo.

—Dichosa mujer. A ver, ¿quieres acabar mal? Habla quedo, se acerca Boro.

Sí, tus pecados son muchos. En penitencia, reza un rosario entero cada día. ¡Y castiga tu cuerpo todo un mes! Y reza todos los misterios, cada día...

—Padre, tenemos que hacer algo por Cayetano...

—¡Baja la voz! ¿Por qué escucharé yo a esta perdida? Cayetano no es malo, pero no puedo aprobar su vida. ¡Maldita la hora en la que os conocí! Lleva cuidado con lo que dices. —Y pegó la boca a la rejilla—. Estamos todos en peligro. ¡Todos!

—¿En peligro? Lo que pasa a usía es que está asustado.

—¿Asustado yo? Los que estamos en el lado de Dios no tenemos miedo.

—¿Que no tiene miedo? Teme más a ese sacristán que a Dios.

—No seas blasfema. Si aviso a ese rufián te arroja a patadas...

—Pues hágalo ya, padre Record. Pero usía sabe que tengo razón.

—Calla, loca, el Tuerto tiene más oído que una *rata penada*.^[43]

—Usía sabe quiénes son los malos, ¿se acuerda cuando Cayetano le ayudó a reparar el campanario? ¿Y de cómo visitaba en sus casas a los niños enfermos para enseñarles a leer? ¿Qué ha hecho él para que le tengan preso?

—No puedo hacer nada —susurró—. Que la Virgen lo ampare. ¡Si no hubieseis llevado una vida tan escandalosa!

—Padre, usía sabe que el maestro y yo íbamos a casarnos, por la Iglesia, aquí mismo. Cayetano no es un beato, pero es bueno; no es un criminal... Ayúdelo, por amor de Dios, su paternidad puede. —Y comenzó a llorar—. Dios Nuestro Señor, si estás en los cielos, ¿por qué consientes esta injusticia? Padre, le juro por mi hijo que yo, a pesar de las habladurías, soy una mujer honesta. Me pongo de rodillas, acuérdesse de Cristo.

—¿Y crees que no lo he intentado? No me han dejado ni abrir la boca. Vinieron el otro día de la Junta, unos antiguos *familiares de la Inquisición*, en nombre de Miguel Toranzo, para que yo haga una lista de testigos, vecinos de Ruzafa...

—¿Testigos? Dígame, usía, si puedo hablar ante esos señores; que les diga

cómo es Cayetano, que es un buen cristiano y el mejor maestro que ha habido en Ruzafa...

—¡Alma inocente! ¿Crees que buscan a testigos como tú o como yo? Lo que quieren es que yo elija a trece testigos, entre *hombres buenos* del pueblo, para que digan lo que ellos quieren oír. ¡Y quemar a Cayetano en la hoguera!

—¿En la hoguera? *Déu meu*, ¿y por qué? ¿Es eso la justicia de Dios?

—Vivimos tiempos difíciles, Mariana... ¿No sabes que además de ser bueno hay que parecerlo? El maestro no venía a misa, ni siquiera en los domingos ni en fiestas de guardar. A veces se asomaba, rezaba algo y se marchaba.

—Pero usía sabe que se desvivía *amb els xiquets*, que los ayudaba y lo daba todo. Y ahora, desde que está en San Narciso, encerrado a pan y agua, no me han dejado verlo apenas. Le llevé ropa para el invierno, pero dudo de que aún conserve algo. Me lo imagino solo, sin poder hablar con nadie, salvo con esos cuervos.

El padre Record hubiera querido tapar sus oídos. Solo era un *retoret* cincuentón, ajeno a la saña con que se perseguía a los impíos. Eran tiempos revueltos y no se podía hacer nada, salvo rezar. Él no podía cargar con otra cruz que no fuera la suya. El arzobispo se lo había dejado caer; que llevara mucho cuidado con los impíos.

—Hay puntos oscuros en Cayetano —replicó el cura—, muchas cosas por saber.

«Yo puedo sufrir la misma suerte. Estoy en la lista negra», pensó. Se sentía un pobre de espíritu, un cobarde, pero sobreviviría. De corazón sabía que el maestro era inocente, había compartido con él muchas charlas, que ahora procuraba ocultar. Había escuchado sus ideas, sin saber bien por qué eran tan malas. No podía interceder. El arzobispo era un general de la Iglesia, y él solo era un soldado raso. La mujer lo observó con desprecio a través del confesionario.

—*Vosté, pare de manteca, lo que no té són collons!*^[44]

Hizo ademán de levantarse del reclinatorio. El Tort presenciaba la escena, mientras bosquejaba una mueca con su ojo de ave de rapiña. Le pareció divertido

ver a la lavandera airada, levantándose del confesionario. Le habría caído una buena penitencia, sin duda. La muy puta.

—Por la Virgen, quizá se pueda hacer algo. —Y la estiró de la manga.

Mariana se detuvo y se arrodilló de nuevo en el confesionario.

—Ha tenido malas influencias. Sabes que mi corazón está con los perseguidos por la justicia, pero... Son poderosos los enemigos del maestro, y de nosotros...

—Pues dígame qué he de hacer y cómo...

—Escucha, tienes que encontrar a quien pueda ayudarle. Personas que disponen de dinero. Esa es la palabra clave: libras, francos, pesetas, onzas de oro, piezas de plata, reales de vellón, maravedíes... Hacer que pesen tanto como una vida humana. Amiga mía, el becerro de oro reina en el mundo, y también en los palacios de la Iglesia.

—¿Dinero? ¡Si yo lo tuviera! Lo que gano de lavar la ropa... Quizá Josep pueda ayudar. Él tiene más posibles y es amigo de sus amigos...

—El dinero no tiene amigos... Sí, tenéis que reunir cierta cantidad, no solo para tener contentos a los guardianes de la cárcel, sino para que los corazones se hagan de oro.

—¿Y cómo quiere usía que recojamos oro, plata, dinero?

—Búscalo entre los liberales. Hay algunos que todavía tienen dinero... Es la única esperanza. Aparte de los milagros de la Virgen, que la verdad no hace mucho caso a los herejes. Tú sabes que en Ruzafa vivían antes unos masones ricos. ¿Recuerdas a María Tomás, la mujer de don José? Sí, el mayor de sus hijos, Vicente, el más judío de todos. Fue ministro liberal, o alcalde en Madrid, no sé. Gente importante en desgracia, emigrados, que aún deben de tener cuartos...

—Doña María era una señora mayor, una viejecita encantadora...

—Ponte en contacto con sus hijos, con el más rico, se llama Vicente. Podrían ayudar a Cayetano, si quisieran, a través de terceras personas. Parece ser que andan por Londres, según cuentan, organizando maldades. ¿No presumen de generosos los masones? Y ahora, cuidado, viene el Tort... No digas a nadie lo

que te he dicho. Secreto de confesión... *Ego te absolvo, in nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti...*[45]

Mariana se levantó y se santiguó ante el altar mayor. Se le había abierto el cielo. Dio gracias a la Virgen y a los patronos de Ruzafa. No era una beata, pero en ese momento rezaba con fe. En cuanto Cayetano saliera de prisión se casarían en la parroquia y su marido daría con ella las gracias a Dios, puesto que era un pedazo de pan. Tendrían hijos y vivirían felices, lejos de las habladurías de las comadres. Al cabo del tiempo, todo se olvida, o debe olvidarse. Ayudarían a su padre, que cada vez estaba más ido y, sobre todo, a Joanet que tendría al padre que necesitaba. Todos juntos irían a misa todos los domingos, limpios y aseados, para hacer oración. Llevaba un velo negro que ocultaba su hermoso rostro, y sostenía en las manos un misal y un rosario. Al salir de la iglesia tuvo la sensación de que el ojo del sacristán se clavaba en su espalda.

Tomó la senda hacia La Punta, mirando hacia atrás. Nadie la seguía, pero sentía la necesidad de apretar el paso. No era prudente caminar sola a esas horas. Se hablaba de bandoleros en la huerta, ladrones y violadores. Y los voluntarios realistas eran los encargados del orden. No sabía qué era peor: los bandidos o los voluntarios. Si fuera hombre llevaría una escopeta o una faca en su fajín. El chasquido de los cañaverales y el chapoteo del agua de la acequia la alarmaron. Apretó el paso hasta que pudo distinguir la alquería de Josep, *l'Arrosser*. Apenas habían hablado desde que detuvieron a Cayetano. Su hijo, Joanet, dormía allí, al día siguiente el agricultor había acordado acompañarle a un telar de seda del maestro Rafael Catalá para pedirle una plaza de aprendiz. El muchacho era mayor para seguir en la escuela, donde un cura sustituía a Cayetano y daba todo el día catecismo a golpe de vara. Corrió hacia la alquería. De cerca vio que un humo blanco salía de la oscuridad del granero. Pensó en su padre, el mejor de los hombres, el loco del pueblo, el Il·luminat. A él lo había tenido que dejar solo en su barraca.

—La culpa de su locura la tengo yo, yo le quité la razón. Te protegeré siempre
—repetía mientras andaba.

Los voluntarios hacían la ronda por el camino de Na Rovella. Llevaban carabinas en bandolera. Una cruz de San Andrés en el pecho y debajo de ella la divisa «Ley y orden». Algunos eran vecinos conocidos de Ruzafa, orgullosos de defender al rey y a la Iglesia. «Son unos infelices, como el bobo de Luis Salcedo, *el Llautenent*. Unas bestias.»

Escuchó a lo lejos el himno de los voluntarios. Se alejaban borrachos de la alquería de Vivó. Cantaban la *Hermandad de San Fernando*, su himno:

*Al más hermoso sarmiento
que de cepa real nació
al cual otra España no vio
muro de la religión.*

Optó por un rodeo, pero tenía que ir a la alquería. Escuchó alejarse la servil canción:

*Mira al Séptimo Fernando
guía al Consejo de Estado
corra ya por tu cuidado
nuestra patria y religión.
Tu valimiento amoroso
enjuague el amargo llanto.
Que hizo de España el quebranto
y eclipsó la religión.*

Llegó por fin a la que había sido una hermosa casa de campo. Ni el dueño ni los hijos respondieron. Encendió un candil. La cocina estaba revuelta, mientras que la puerta del corral, despensa siempre bien surtida, se veía desvencijada y vacía en su interior. Un gallo salió cojeando. No había gallinas ni huevos, todo estaba arrasado. Su angustia creció al recordar que Joanet, su hijo, tenía que estar allí

—*On estàs, fill meu?* —Nadie respondía—. *Què t’han fet eixos dimonis?*^[46]

En un rincón bajo una mesa encontró al dueño de la casa. Gemía encogido.

Los labios ensangrentados se movían.

—*Fills de puta! Els voluntaris realistas... Ja saps per què anaven tant contents.*[47] —Ladeó la cabeza y levantó apenas la mano—. *No han deixat res. El xic ha fugit... Estarà lluny, molt lluny, ara mateix...*[48]

L'Arrosser trataba de levantarse. Sus huesos parecían astillas. Mariana acarició a su amigo. Sintió pesar por no haber estado con él.

—Lo siento, amigo, tengo que irme a buscar a mi hijo...

Cuando bajé de la tartana, mal llamada diligencia, me dolían todos los huesos, vapuleados por el traqueteo de las ruedas, y me zumbaban los oídos, saturados de las blasfemias y maldiciones del carretero a lo largo del interminable viaje desde Solsona. Me restregué los ojos y vi los muros de Barcelona, que parecían los de una casa a punto de desmoronarse. La brisa del mar me despejó. Estaba por fin en la ciudad soñada. Los alguaciles del portal del Ángel abrieron mi hatillo y me dejaron pasar tras sacarme unas monedas. Vagué por el laberinto de calles estrechas hasta perderme en su laberinto. A la voz de «agua va» escapé de la lluvia de orines, esquivé boñigas de caballo y me abrí paso entre la gente que salía de pisos hacinados, hasta escapar por fin por el portal de Ferrissa de la opresión de las estrechas callejuelas.

Todo cambió ante la luminosa visión de una avenida nueva. Un tendero me indicó que la Rambla era lo más moderno de Barcelona. Aunque parecía limpia, bajo sus adoquines se ocultaba una antigua riera de aguas negras que moría en un estanque apestoso, «el *cagalell*»,^[49] dijo tapándose la nariz. La avenida rebosaba de calesas y de gente variopinta que subía y que bajaba por su paseo, bajo la sombra de los árboles. Nunca había visto una calle tan ancha. Las posadas y las fondas se alternaban. La gente bebía aguardiente y vino en las terrazas de los *cafés de tertulia*, que según me dijo un sirviente, se habían abierto a la moda de Francia. Allí se jugaban a los dados y a los naipes, y los caballeros alzaban su sombrero ante las damas que paseaban bajo las sombrillas que las protegían del sol. En mi vida había visto tantas mujeres hermosas desfilando ante mí. Algunas lucían vestidos de seda y sombreros elegantes. La mayoría

vestía faldones y camisas bastas, y respondían con descaro a los requiebros y piropos de los soldados de permiso, que paseaban ociosos. Me sentía fascinado.

Después de disfrutar de un café italiano, me paseé curioso por el mercado y me detuve en los puestos de cachivaches y lámparas. Los vendedores pregonaban sus mercancías y los reales de vellón volaban de una bolsa a otra. Se veía a muchos agricultores vendiendo frutas y hortalizas. La gente salía de las casas de la muralla y les compraban frutas y verduras. Los carniceros mostraban puercos despellejados, abiertos en canal, sus vísceras y costillas. Mesoneros y criadas regateaban.

Me acerqué a la iglesia del Carmen a rogar a la Virgen que me trajera fortuna. Las beatas y los fieles se mezclaban con una plaga de desocupados que pedían unos cuartillos por amor de Dios. La vida podía ser hermosa, pensé, como se adivinaba en las terrazas de aquellos cafés, que olían a especias de aloja y aurora. Adivinaba un mundo repleto de placeres y de tentaciones. Era joven y estaba lleno de vida. Regresé después a un café y charlé con el botillero, al que me ofrecí en su servicio.

—*Mi dispiace, amico* —me dijo el ventero—, *abbiamo lavoro, ma non abbiamo soldi.*[50]

Encontraría trabajo, me dije a mí mismo. Tenía dinero para vivir un tiempo. Dios diría. Pregunté al italiano dónde alojarme y me habló de posadas y casas con habitaciones. Fui hasta el puerto. Me quedé maravillado ante el mar y su horizonte infinito. Miré las velas blancas de una goleta que zarpaba hacia las Indias y soñé que viajaba en ella. En mi bolsillo guardaba la dirección de la casa de un sargento de mi compañía que me habló una vez de que iba a abrir, tras la guerra, una casa de comercio. No sabía qué hacer con mi vida, pero me sentía feliz allí, donde se respiraba un aire fresco pleno de esperanzas. Me senté cerca de la muralla del mar hasta que empezó a anochecer. En mi zurrón guardaba todo mi equipaje: unos calzones de repuesto, charreteras militares, una camisa abotonada, todo junto a un fajín con la bolsa de monedas, la pequeña herencia de mi padre, y empecé a buscar un sitio para dormir. Me dirigí hacia la dirección

del sargento Rosell. Estaba en un barrio a extramuros, llamado el Raval. Encontré una vieja casona, cerrada a cal y canto. Los vecinos me explicaron que toda la familia se había marchado un mes atrás hacia América.

Estaba fatigado de tantas emociones. Necesitaba descansar. En una esquina, una muchacha morena me preguntó si buscaba dónde dormir. Se ofreció a acompañarme a una casa de huéspedes, cerca del puerto. Yo caminaba girando a cada paso la cabeza. ¡Qué diferente Solsona y su ejército de sotanas y beatas en torno a la catedral! En Barcelona me topaba con muchachas que lucían el cabello suelto, sin pañuelo, y hasta con los hombros descubiertos. La chica abrió la casa y me mostró mi habitación.

—Estarás bien aquí —dijo mientras tomó el hatillo y lo depositó en el suelo. Me abrió la ventana—. Desde aquí verás un pedacito de mar. ¿Cómo te llamas?

Le di mi nombre y grado. Ella dijo que se llamaba Llum Bel. «Luz Bella», me dije mientras los ojos se me iban hacia los delicados pechos que se adivinaban en su escote. Pagué las primeras noches. Se puso muy cerca y respiré su olor a hembra. Sentí sus pechos rozarme. Los ángeles, o quizá los demonios, tocaban dentro de mí sus trompetas. Me ofreció un vino de bienvenida y llenó una copa. Una gota le cayó entre los pechos.

—Bebamos a tu salud, soldado. ¿Sabes que eres muy guapo? —dijo mirándome con una pícaro sonrisa—. Así que veterano de guerra, ¿eh? ¿Te hirieron en algún sitio?

Las yemas de sus dedos me rozaron la entrepierna. Mi corazón latía como un caballo desbocado. Una fuerza invisible condujo mis manos hasta su cintura. La besé en el cuello y ella se dejó. Luego, completamente extasiado, la llevé sobre la cama. Le besé los labios, mojados por el vino aún. Ella me besaba también. Recuerdo el sueño de su cuerpo desnudo y su piel dorada. Yo, entre sus senos, dentro de ella.

Cuando desperté, estaba desnudo y solo. Invoqué a Llum en la habitación vacía. Sentía aún su olor impregnado en mi piel. Alguien llamaba y abría la puerta bruscamente. Vi a dos alguaciles junto a un hombre con aspecto de juez

que se presentó como el «alcalde del crimen». Los alguaciles tenían fuera de su vaina el sable. Me llamaron vagabundo y mugriento. Llegó una vieja. Dijo que era la dueña de la casa. Me acusaba de haberme colado en la casa. Yo me vestí y aterrado comprobé que mi zurrón estaba vacío. Había desaparecido la bolsa con los reales de plata que llevaba. Nadie me escuchaba. Conté el encuentro con Llum, invoqué mi condición de veterano de guerra. ¿Que yo era huésped de la posada? Se echaron a reír. Yo había invadido una casa particular, sin licencia del rey para recibir huéspedes. La anciana era la dueña, una pobre víctima de mi presencia. Me dijeron que me marchase sin oponer resistencia, si no quería acabar con mis huesos en un calabozo del portal del Ángel. Menos mal que el alcalde del crimen no sabía francés. Entre las pocas cosas que no habían robado de mi zurrón se encontraba el pliego del francés, un recuerdo de mi prisionero, los llamados «Derechos del ciudadano».

Salí a patadas a la calle. La alegre ciudad del día anterior se había transformado. Entré en varias fondas y tabernas para pedir comida y posada. En la Fonda de los Tres Reyes me pidieron ocho reales de vellón por adelantado si quería cama y cena calientes. En una taberna de la Barceloneta me sirvieron caldo, pero tuve que escapar cuando la posadera reclamó que le pagara. Pasé la noche en la playa. Al día siguiente vagué por las tabernas, pidiendo por caridad una hogaza de pan. A pesar ello no podía dejar de recordar el olor dulce de Llum. Dios me había castigado por mi lujuria, por no contener mi cuerpo impetuoso. En el pecado estaba la penitencia, recordé que decía mi confesor de San Ramón. Era la primera vez que había gozado de una mujer.

«*Oh, mein Gott! Vater unser im Himmel, gebiligt werde dein Name.*»^[51] La devota esposa masculaba, abiertos sus azules ojos hacia el fresco con la diosa Ceres, un padrenuestro con que se ofrecía en sacrificio, mientras Fernando recogía su camisa y sujetaba las níveas caderas, intentando acoplar su inmenso miembro a la vagina de la reina, sollozante entre lamentos histéricos.

—Vamos, Pepita, deja ya de rezar, ¡que no me concentro!

La reina Josefa Amalia se encomendaba a todos los santos, cada vez que cumplía con su débito conyugal. El porvenir del reino dependía de que ella engendrara un varón y resultaba necesario que el milagro se obrase. La reina recibía en su fina nariz el hediondo aliento del rey, comedor de ajos e incansable fumador de habanos, junto con el del rancio sudor de su cuerpo, rogando que la acometida real terminase pronto, y que no la partiera en dos. Aún guardaba el recuerdo aciago de su noche de bodas, cuando asombrada descubrió el poder viril del monarca absoluto, imagen de un Príapo monstruoso que la perseguía desde el lecho por los pasillos de palacio para devorar su virginidad. Tal fue el horror de la persecución desde la cámara amarilla hasta sus aposentos por el erecto rey, que terminó por orinarse encima de miedo. Fernando lamentaba la gazmoñería de su nueva esposa; joven y rubia, bonita y sensible, sobrina del rey Federico Augusto, pero incapaz de darle un vástago sano y hermoso. Poco había mejorado la vida amorosa del matrimonio desde la tremenda noche de bodas, en 1819. La reina gemía sin poder ser fecundada. *Panem nostrum, cotidianum da nobis hodie.*^[52]

—¡Oh, basta de lloriqueos, no puedo más!

Fernando se levantó, desairado ante la muralla que humillaba las acometidas

de su virilidad, y se retiró al gabinete de porcelana próximo a su cámara privada. Ante un espejo, apoyó sobre un cojín sus atributos masculinos, bajo la imagen de guirnaldas y emparrados que en las paredes y en las vasijas representaban una fiesta dionisiaca y, abarcando con ambas manos su columna de Trajano, comenzó a masturbarse. El rey jadeaba entre bufidos, con la mente en una pupila de Pepa, *la Malagueña*, reina de las putas de Madrid, hembra entre hembras, y súbdita ejemplar, hasta que la real semilla se derramó en un potente chorro salpicando de blanco la entera superficie del azogue.

Tras el enésimo intento de fertilizar a su santísima, regresó enfadado a su habitación, de donde se había retirado ya su esposa, y durmió a pierna suelta entre ronquidos, hasta que el camarero real lo despertó sobre las diez, cuando la tenue luz otoñal atravesaba ya las ventanas recayentes a la plaza de Oriente. No era muy madrugador el monarca, y las rojas brasas de la chimenea habían dejado calentita la alcoba amarilla, invitándole a dejarse abrazar por la seda de las sábanas, en el regazo de Morfeo. Fernando recordó, en su tardío despertar, que ese día despachaba graves asuntos con don Francisco de Cea Bermúdez, el secretario de Estado.

El llamado «rey neto» se levantó con el lamento de ciertos pinchazos del mal de gota en el confín de sus miembros. Terminaba al parecer una tregua de paz de esa incansable guerrilla que lo mortificaba las articulaciones y que le atrofiaba ya hasta los pulgares de los pies y de las manos. Volvían los regios dolores, tras cierta minoración merced a una sangría provocada por los médicos noches atrás, y quizá por el atracón de ajos recomendado por un curandero de palacio. Su confesor, Pedro Martínez Ferro, le había recetado un remedio espiritual: la oración matutina a san Sebastián, el mártir asaeteado, patrón de los que sufrían tales males. Los pinchazos musculares, junto a los remilgos de su esposa le provocaban un cotidiano mal humor matinal, reflejado en los gruñidos que exhaló al aposentarse en su lujoso retrete de caoba maciza. Pensó que Pepita Amalia era dulce y sumisa, pero ¡qué aburrida! Necesitaba salir pronto de correría nocturna con su fiel Ugarte, el único de su camarilla que le consolaba de

las penas, truhan que le alegraba la vida en medio de esa corte de reprimidas esposas, curas y doncellas beatas y gordas, constreñidas dentro de sus corsés.

«No todo es tan malo en mi vida», pensó.

Fuera de palacio había hembras de verdad. Desde los tiempos en que Napoleón, cuando estuvo cautivo en Bayona y luego en Valençay, le proporcionase a través de Talleyrand para solaz y esparcimiento en palacio diversas *mademoiselles*, había descubierto el Borbón los voluptuosos placeres carnales, tan condenados por su preceptor Juan de Escoiquiz, rancio jesuita, maestro en penitencias e intrigas; su privado Richelieu hispánico que le había inculcado odio infinito hacia su madre y hacia su amante, Godoy, y forjado así la doblez de su carácter. Sí, para gozar de la carne eran mejores los franceses que los españoles. Podía sentirse orgulloso de su sangre francesa y de descender de Enrique IV, pensó mientras engullía su desayuno de pan y chocolate en una mesa colocada en la antecámara de Carlos III, presidida por el retrato de su sabio y prudente abuelo, el emperador Aurelio de la monarquía española, protector de las artes y las letras, y también ante la presencia de Hércules y de sus exiliados padres, retratados por Goya y colocados en cada uno de los ángulos. Fernando aspiraba a imitar a sus ilustres antepasados en la gloriosa dirección del reino. Le hubiera gustado, eso sí, antes de enfrascarse en semejantes responsabilidades, dar un paseo por los jardines, pero sus hábitos sedentarios y la gota le invitaban a resguardarse en la antecámara, calentada por el fuego de su chimenea.

Anunciado por el chambelán de la antecámara, entró en el lujoso salón don Francisco de Cea Bermúdez, que anunciaba a su vez otra visita, según el protocolo.

—Su majestad, el vizconde de Chateaubriand, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y el señor Boislecomte, embajador plenipotenciario, solicitan ser recibidos.

El anuncio vino precedido de una servil inclinación de medio cuerpo. Fernando VII hubiera deseado reunirse en cambio con Tadeo Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, antes que con Cea Bermúdez, y le suponía un

latazo tener que recibir al emisario francés acompañado de su secretario de Estado, que no era hombre de su agrado, pues tenía fama de moderado y había sido impuesto por los franceses. A sus aliados franceses, tenía que causarles buena impresión. La recepción se produciría en la misma antecámara, y no en el salón de Embajadores o del trono, para otorgar la máxima atención a los representantes de Carlos X. Se presentó el embajador Monsieur de Boislecomte, y, acto seguido, investido de pompa, apareció el vizconde y ministro Monsieur François René de Chateaubriand, vestido de gala, condecorado con medallas de la invasión de 1823, *mon guerre de l'Espagne*, en la que él no había disparado un solo tiro. El diplomático ofreció al monarca español una gentil reverencia, inclinando también la cabeza ante el secretario del despacho de Estado, envarado junto a Fernando. El rey era enemigo de los protocolos palaciegos y de la etiqueta regia, tan a gusto de la Corte francesa, y contestó al estadista y literato estrujándolo con un abrazo. Debía el Borbón español a Angulema y a Chateaubriand la recuperación de su poder absoluto, el *Genio del Cristianismo* había sido el inspirador de la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, en nombre de la Santa Alianza. Gracias a él, se había podido salvar su monarquía y libertar al monarca del yugo de los liberales y de su Constitución.

Monsieur de Chateaubriand, noble de cuna, superviviente de los excesos de la revolución, había sido también colaborador de Napoleón Bonaparte. Con los nuevos cambios, pensaba que la restauración de los Borbones suponía la salvación de Francia y de la civilización cristiana. Sin embargo, abominaba de los excesos cometidos desde la conquista francesa por los absolutistas españoles. Su modelo de gobierno era, sin duda, el del despotismo ilustrado. El mejor rey debía mostrarse fuerte, pero también justo y sabio, y rodearse de los mejores consejeros, para pensar siempre en el bienestar de su pueblo. «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.» Sin embargo, viendo cara a cara al rey de España, contemplaba la estampa viva de lo que era todo lo contrario: estaba ante la caricatura de un ser incapaz y depravado. A pesar de su educación diplomática, su rostro dibujó un mohín despectivo hacia ese rey grosero, sin distinción ni

clase, que lo recibía con la camisa desabrochada y al que se le escapó un hediondo eructo. Tras la entrega de credenciales, el autor de *René* expuso a Fernando su alegría por el feliz cumplimiento de la sagrada misión de Francia y el deseo de que pronto volviesen a sus casas las tropas francesas, lamentando que todavía quedase mucho por hacer en este castigado país.

—¿Qué país? —interrumpió el rey a Chateaubriand.

El vizconde escudriñó el rostro retratado tantas veces por Francisco de Goya y Vicente López, pintores de palacio que habían retocado en sus lienzos esas toscas facciones. Ese era el beneficiado de la campaña militar instada por él. El éxito de la misión se encontraba ante sus ojos. Buscaba en su expresión un rasgo de grandeza, pero no encontraba en ese «rostro de pastel» sino la estupidez unida a la maldad. Le sorprendía el aire de plebeyo, como de arriero o mozo de cuadra del monarca, la cara redonda y la gran nariz que le tapaba los labios. «El rostro de un bellaco», leyó en una carta de Napoleón en la que le ponía al corriente de lo tratado en Bayona. El secretario acercó la boca al oído del rey.

—Majestad, el vizconde se refiere a España.

—¡Ah! —exclamó Fernando.

Chateaubriand disimulaba su desdén ante ese hombre que suponía la degeneración de los Borbones. Y despreciaba también al pueblo que reinaba, aunque su imaginación de escritor adornase después sus descripciones de España con epítetos exóticos como *pittoresques images*, *jours de séductions*, *d'enchantement et de delire*.^[53] Las pocas veces que había paseado por Madrid, junto con Boislecomte, había sentido náuseas ante el olor de los sofritos de aceite, las sopas con ajo y las calles estrechas y sucias. Él, que había visto a los nativos de América, se horrorizaba ante ese pueblo que se divertía matando toros, bebiendo vino, y cuando se ponía piadoso y cristiano iba en procesión por las calles, con corozas de penitentes, exhibiendo llagas en los pies y latigazos en la espalda, tras una Virgen María o un Cristo crucificado. Comprendía ahora los terribles relatos de los reclutas de la Grand Armée de Napoleón cuando volvían de la *maldita guerra de España* y contaban las brutales torturas de los

guerrilleros, los soldados despellejados y las matanzas para someter a ese pueblo indomable. El duque de Angulema y él habían triunfado en 1823, allá donde Bonaparte fracasó entre 1808 y 1813, seguramente, pensaba, porque los curas españoles dieron su bendición a la guerra y a los invasores. Salvo unas pocas batallas y el sitio pertinaz de alguna plaza, donde los liberales se hicieron fuertes, resultó ser *su guerra* un feliz paseo militar.

Un año después, el resultado empezaba a frustrar a los propios franceses, que mantuvieron los primeros meses el orden a pesar de las masacres a los liberales vencidos. Debieron transcurrir varios meses antes de que se propusieran frenar aquella barbaridad con la aprobación de una amnistía en mayo de ese año, y presionando para colocar a un moderado como Francisco Cea Bermúdez en el Gobierno. Todo iría peor si ellos se retiraban. Las secretas intrigas de Calomarde preparaban *el cocido* para hacerse los apostólicos radicales con el poder.

—España necesita a sus aliados —dijo con solemnidad Cea Bermúdez, con la intención de que los dignatarios presentes comprendiesen la gravedad de la situación—. En el norte se alzan apostólicos, que quieren instaurar un gobierno de obispos y un puñado de liberales sigue oponiéndose en pequeños grupos. Y luego están los bandoleros, que campan a sus anchas por los cuatro puntos cardinales. ¿Han oído sus señorías hablar de los «siete niños de Écija» o de José María, *el Tempranillo*?

—Sí —interrumpió con ansiedad Fernando—. Es preciso que se queden los franceses. Hay muchos conspiradores masónicos.

—Oh, no, *mais ce n'est pas possible*^[54] —rechazó Boislecomte—. No se puede prolongar eternamente la expedición. ¿Con qué dinero se pagará a nuestras tropas?

Cea Bermúdez afirmó que, tras la pérdida de los territorios de Ultramar, la nación estaba privada de recursos para sostener a los cincuenta mil franceses que permanecían en España.

—¡Ya no llegarán más barcos cargados con el oro de América! —exclamaba airado.

Los rebeldes de Bolívar se habían hecho con el poder tras levantarse contra la devastada metrópoli. ¿Cómo podría el desangrado Tesoro sufragar a las tropas extranjeras? Eso era lo que más contrariaba a los ocupantes. No había botín de guerra en un país tan pobre, arruinado como un hidalgo que había perdido su patrimonio.

—Solo la presencia de los franceses ha evitado caer en el desorden completo y el caos —insistía el secretario—. Si los franceses se van, comenzará la guerra civil...

—¿Y *pourquoi* no funciona aún la policía? —inquirió con desgana Chateaubriand, mirando hacia el absorto Fernando, que se hurgaba los calzones para aliviar los picores de su entrepierna—. ¡El *orden* público es cosa de la *police!*

—No lo sé, excelencia, en España estaría mal vista una policía como la francesa —comentó Cea Bermúdez—. El pueblo prefiere que el orden público lo guarden los voluntarios del rey. Y los obispos preferirían la vuelta de la Inquisición.

—¿Inquisición? *Pas de tout. C'est terrible.*^[55] No se puede resucitar una institución medieval. La civilización exige que desaparezca, *tout en nomme du Christ...*

—En realidad, el Santo Oficio no ha sido el ángel de la guarda que ha mantenido alejada España de las ideas peligrosas de los librepensadores. —Cea Bermúdez trataba de suavizar la imagen de la Inquisición y su leyenda negra—. No ha habido apenas ejecuciones ni autos de fe en cuarenta años, y sí un gran celo en proteger a los buenos cristianos de libros perniciosos.

—¿Perniciosos? *Comment peut être* «pernicioso» *par exemple mon Atala?*

Si algo ofendía a la vanidad de Chateaubriand era que uno de sus amados libros estuviera prohibido en España. ¿Cómo se le impedía alcanzar la fama a una de sus obras?

—¿*Atala?* No conozco bien el caso, excelencia, sé que fue publicado y luego... incluido en el *Índice de libros prohibidos*, quizá por confusión. El celo

de los censores religiosos debe de haber sido excesivo. —Su sonrisa intentaba suavizar la indignación del literato y ministro francés—. Pediré información sobre la causa...

—No hace falta —cortó el vizconde. Había salido un tema sensible para su orgullo—. Es increíble que vuestros inquisidores puedan condenar la ejemplar historia de una joven india educada como cristiana. *C'est incroyable!*[56]

A Fernando se le escapaba la conversación. ¿Cómo que una india? ¿Átala o Atila?

—Es un libro *Atala*, el nombre de una princesa india —le susurró el secretario de Estado.

—¡Ah! ¿Una india?

—Vizconde, no tengáis cuidado —afirmó Cea Bermúdez con una sonrisa adulatora—. La gran obra de la que sois autor pronto será leída y admirada en España. No dudéis de que el error se enmendará, y los censores religiosos rectificarán...

—¡Por eso tendría que cambiar España! *Pas d'Inquisition!*[57]

—Tendremos que confiar en nuestros voluntarios. —Cea Bermúdez también había sido diplomático y conocía la forma de sugerir lo contrario de lo que se decía—. Hasta que organicemos el nuevo cuerpo de policía. Lo estudiaremos enseguida.

—Los voluntarios tienen a raya en cada pueblo a los subversivos y a los masones —recalcó Fernando—. No podemos prescindir de ellos.

—Es cierto que los voluntarios son ardorosos y fieles, aunque también que carecen de instrucción y de disciplina. Nos ha llegado la noticia de que se han cometido desmanes en nombre de su majestad. A veces, sus acciones son excesivas... Estoy seguro de que la futura policía cumplirá mejor con su cometido.

—*C'est vrai*, no podemos *permetig* que la causa realista se convierta en un bárbaro espectáculo. *Il faut finir* con las crueldades y las ejecuciones.

Fernando no podía entender las críticas del diplomático. ¿No habían sufrido la

guillotina los aristócratas franceses, incluso los parientes del vizconde, en tiempos de la revolución? ¿Acaso no era fundamental acabar con los revolucionarios? El pueblo español, la gente sencilla, lo apoyaba contra esos canallas que otorgaban la soberanía a la nación y pretendían imponer una democracia. Le vino a la cabeza la gloriosa ejecución de Riego, y sonrió complacido, mientras fingía escuchar a Chateaubriand dándole consejos. Asentía con la cabeza mientras sermoneaba el vizconde. Sabía bien disimular, había que seguir la corriente a esos engreídos franceses. Con ellos o sin ellos, la cadena de depuraciones debía seguir. Si era necesario, los voluntarios suplirían la labor del ejército y del incipiente cuerpo de policía. Los rescoldos liberales debían apagarse por completo.

La audiencia real tocaba a su fin cuando se presentó en la antecámara la propia reina, que, sin pudor alguno por la etiqueta, se postró de rodillas, suplicando entre lágrimas perdón a Fernando, ruborizando a los emisarios franceses.

—¡Soy mala esposa! Tomadme, por favor. Dios me castiga por mis pecados...

—¡Oh, vamos, querida Pepita, levántate ya!

La reina venía de hablar largo rato con su confesor, que le había reprochado su gazmoñería y ordenado que se entregase sin remilgos y con más sumisión a su esposo. Llegaba con un ceñido y escotado traje de maja, prestado por una criada de cámara, una indumentaria típica y castiza para lucir en verbenas y meriendas en la Casa de Campo o en El Retiro, como lo había hecho antes la duquesa de Alba, muerta en el año 1804 en extrañas circunstancias. El popular vestido campestre realzaba su busto, bien contorneado, pero de pechos diminutos, como de eterna adolescente. Y evocaba en Chateaubriand la imagen de Isolda ante el cadáver de Tristán, o a la pobre Ofelia, enamorada de Hamlet, un momento antes de arrojarle a las frías aguas de la muerte. Y le sugería también la postrada imagen de la reina una estampa religiosa de la Virgen María o, por su delicada belleza, a la *Giovanna Tornabuoni* pintada por Ghirdanalaio en el siglo xv, opuesta a otras hembras, abundantes y voluptuosas, como las rollizas de *Tres*

Gracias, pintadas por el maestro Rubens, mujeres que eran de mayor agrado a Fernando VII.

Chateaubriand miraba conmovido a la triste reina, que, al insinuarse como una cualquiera, se degradaba y se humillaba ante los pies del más zafio y patán de los reyes de Europa. «Qué escena tan patética.» Se avergonzó de ser testigo de un espectáculo indigno, aunque la escena encendiera también su imaginación, ávida de emoción y de tragedia. «La entrega a un ser monstruoso es como un sacrificio religioso —reflexionó—, similar al de las ofrendas de vírgenes a dioses crueles que hacían los hurones en Canadá, los aztecas de México o los incas del Perú.» Y recordó a la protagonista de *Atala*, princesa india, convertida al cristianismo, llena de amor. Y evocó la pureza y valor de las heroínas que él había creado, con su corazón de hombre y con su pluma divina; mujeres entregadas a la par a la pasión humana y a la devoción religiosa. Y su espíritu sensible se conmovió. Sintió piedad cristiana hacia esa hermosa y frágil mujer, que era como la princesa triste de un relato infantil. «Podría convertirla en una heroína de cuento, cautiva en el palacio de un feo ogro. Sería una historia magnífica, digna de mi talento», pensó complacido mientras se retiraba del salón del Trono en compañía del embajador de Francia.

Vagué por las calles como un perro apaleado. Me arrojaron a patadas de los cafés, me cerraron las puertas de los hostales y de las fondas. Solo comía cuando acudía al reparto de sopa boba en el convento de los capuchinos. Me había convertido en un *pagès* desplumado; un paleta sin un real que debía mendigar por los aledaños de la catedral. Como sabía oraciones en latín y cánticos religiosos, conseguía emocionar a beatas y a sacristanes y, con sus limosnas, llenaba mi estómago.

Entre la dureza de los adoquines y el frío nocturno de las estrellas, saqué fuerzas de flaqueza y me gané el respeto de los bajos fondos de la ciudad. Al principio robaba fruta en los mercados y hacía pequeños hurtos. Conquisté mi propio territorio tras romper, eso sí, algún que otro hueso. Me hice fama de «guapo», de matón, entre rateros y chisperos del Raval. Me ofrecía como protector a mercaderes y campesinos celosos de sus alforjas, de los que llegaban con sus mulas para vender, a escondidas de los aduaneros, frutas o arrobas de aceite. Me movía alrededor de la muralla y de la Boquería. A cambio de mi protección, algunos tenderos me daban la comisión de unos reales, en especial cuando atraía a algún forastero a sus tenderetes. Así salí del agujero, hasta que en primavera me pude alquilar una habitación en un edificio de varias plantas, dentro de la muralla.

Trabajé como *camàlic*, o sea mozo de carga, y comprendí entonces que cualquier trabajo era mejor que hacer de mula de los demás por honrado que fuera. Comprendí que la ciudad no era un desfile de muchachas en calesas y en landós. Barcelona escondía un lado secreto y feo, como las aguas sucias del

cagalell que brotaban con la lluvia por los aliviaderos de la Rambla, reclamando su camino hacia el mar.

Aprendí las artes de los tahúres, pues el juego era la principal diversión de los barceloneses y de los extranjeros que venían a hacer negocios. Me adiestré en los naipes y en las trampas, y me recuperé en parte del descalabro de mis cuentas. «*Barcelona és bona, si la bossa sona*»,^[58] me dijeron al poco de llegar, y eso lo podía ratificar yo con mi experiencia. Con el tiempo me podía permitir un chocolate en el café de Andrés Caponata y veía los domingos todo tipo de carruajes. Miraba con envidia a los trajeados dueños de telares y a los negociantes que se exhibían con sus cocheros y damas bien vestidas, blancas de cutis y limpias. Yo, como máximo, me permitía alguna partida de billar, con dinero de por medio, y sableaba a algún petimetre o, si se terciaba, me batía con algún primo en los naipes. Comenzaba a prosperar, aunque no era feliz, lo sabía bien.

El recuerdo de la muchacha continuaba hirviendo mi sangre. Una tarde de verano, en un recodo del Pla del Palau, me crucé con Llum. Seguía igual de seductora que el día en que la vi por primera vez. La seguí hasta el café de Dominico, de donde salió del brazo de un viejo pisaverde feo como un demonio, de bigote lustroso y monóculo encajado en el ojo izquierdo. Pasearon como dos tortolitos por la Rambla, y tras detenerse frente a los indianos palacios regresaron hacia Trentaclus. Pensé que me habían descubierto y se escondían de mí. Al doblar la esquina, me topé con el hombre, solo.

—*Arrêtez-vous, monsieur. Je ne veux pas tirer, mais...*^[59]

Estábamos al lado de una casa de «mala fama». Me apuntaba con una pistola y, antes de reaccionar, sonó un disparo. Afortunadamente falló, y yo salté sobre él. Lo vi descalabrarse sobre el barro, entre el polvo y el estiércol de las mulas. Me arrepentí al instante, pero en cuanto me acerqué a ayudarlo, salieron unos tipos que me apalearon.

—*Oh, mon Dieu... Attention votre dos!*^[60] —gritó una mujer.

Entre golpe y golpe distinguí a un pelirrojo, que venía con un garrote del que

me zafé y lo sacudí en el estómago. El segundo me pareció más duro, un mulato de pelo ensortijado, pequeño pero fuerte que se abalanzó con un enorme machete, aunque también fui capaz de propinarle una buena patada en la cara. Cuando creí que los dos tunantes estaban fuera de combate, me volví hacia el señor que antes había derribado.

—Perdone usted, no quería hacerle daño... pero su pistola...

El hombre no podía apenas moverse ni hablar, después de mi tremendo golpe en su cara. Apareció la mujer que me puso en alerta. Era una francesa ajada y vieja.

—Oh, espero que no hayas matado a Monsieur Darcourt —dijo con acento francés y con aspavientos—. ¡Has golpeado al cónsul francés!

Mientras me reprochaba la comisión de semejante incidente diplomático, el pelirrojo se incorporó de un salto a mis espaldas. «*Dennis, arrête!*», escuché que le ordenaba la mujer entre brumas. Me pareció ver su rostro en medio de un torbellino de sombras y recuerdo el sabor ácido de la sangre de las encías. Perdí entonces el conocimiento.

—¿Quién demonios *eges*? ¿De dónde has salido?

Desperté en un extraño paraíso, tras largas horas de sueño. Me hallaba en una cama, con los huesos molidos, dolorido pero caliente. Intentaba hacer algún gesto, pero no podía, me crujían las costillas y me apretaban el pecho unas vendas. Me atendían dos señoras.

De los sucesos que he de referir de aquí en adelante, algunos no serán del agrado del escolapio y el carmelita que me tutelan, pero me salvó de una muerte segura una oveja descarriada, un ángel caído, que no fue otro que la caritativa francesa. La maquillada dama, a la que reconocí por la peluca blanca de mis vagos recuerdos, me escrutaba con acuosos ojos azules. La otra dama, que rondaba los cincuenta también, era española y hablaba con acento aragonés, por más señas. Yo les di de nuevo las gracias.

—¡Estás vivo de milagro! —exclamó la española, que me dijo que la llamase Pilar.

Menos mal que Madame tiene buen corazón. ¿Por qué querías matar al cónsul?

Madame Gabrielle se me presentó como la propietaria de la *maison close*,^[61] la mejor casa de citas de Barcelona. Los que me habían vapuleado eran empleados del burdel, aunque al parecer estaban vendidos al cónsul. Si fuera por Dennis, estaría muerto.

—Yo no quería atacar a ese hombre... —expliqué con voz débil—. ¿Dónde está Llum?

—¿Llum? No tenemos ninguna chica que se llame así. ¿Querías robar al cónsul?

—Oh, no, jamás... Yo solo quería... Y el viejo ese, ¿está vivo?

—*Oh, mon chéri...* ¡Cómo te han dejado Dennis y Gastón! Menos mal que eres fuerte. El cirujano que te atendió dice que te curarás pronto...

—¡El zorro de Darcourt! —me aclaró la maña—. ¡Mala hierba nunca muere!

—¿No sabes por qué no te hemos arrojado al mar, *mon bel ami*?^[62] —explicó la francesa con tono maternal—. ¿Por qué atacaste a Darcourt?

—No tienes pinta de ladrón, y suerte tienes de que al cónsul no le interese denunciarte. No quiere escándalos, el muy truhan.

—Gracias por no dejar que me matasen sus... empleados.

—¿Así que buscas una chica llamada Llum? —preguntó con curiosidad la española.

—¡Llum! —grité a duras penas—. ¡Tiene una deuda conmigo!

—¿Una deuda? —Se sobresaltó la francesa—. *Écoutez-moi*, si buscas recuperar a una de nuestras chicas, olvídate. Si tu *cherches* alguna hermanita descarriada, o a la esposa que te dejó, *il faut que* dejemos a Gastón y a Dennis arrojarte a las aguas del puerto.

—No quería hacerle daño, pero iba a dispararme. Yo iba detrás de Llum...

—No conocemos a ninguna Llum —me cortó la maña—. ¿Qué buscabas en esta casa?

—¡A ella! No me la quito de la cabeza. Me dejó en la calle, se llevó mi

dinero...

—*Ton argent?*[63] ¡Eso tiene gracia! —Se burló la Madame—. ¿Buscas tu *dinego* en esta *maison*? Aquí, los hombres lo que vienen es a vaciar sus bolsas.

—Debo irme... —repliqué tratando de incorporarme—. Quiero salir de aquí...

—*Rien de rien, mon ami*. No tienes dinero, ni casa, lo sabemos bien.

—Pues sí —terció Pilar—. De momento, tendrás que quedarte y disfrutar de nuestra hospitalidad. Olvídate de la tal Llum.

—Les doy las gracias, pero... quiero irme ya...

—No nos des las gracias todavía —me aclaró la aragonesa—. Nos debes un servicio para que estemos en paz. Tú te repondrás, y nos librarás de Darcourt. Ya me entiendes.

No tenía otro remedio que escuchar a las falsas samaritanas, auténticas arpías que me pedían una compensación por su interesada ayuda. Pasaron varios días y la confianza creció entre nosotros. Madame había sido una cortesana de Versalles hasta la revolución; después fue perseguida por Robespierre y por los *sans-culottes* en la época del terror, por lo que huyó de Francia hasta recalar en Barcelona. Gracias a un préstamo del cónsul francés, levantó su *maison close*, pero su deuda con Darcourt se había terminado de pagar hacía tiempo, y este insistía en reclamar intereses y en ser atendido de forma gratuita. Era un chantajista y un embaucador el cónsul, y había que librarse de su tiranía.

—*Nous sommes femmes*, y solas...

—No tendré que matar a nadie, ¿verdad? —pregunté unos días después.

—Bastaría con poner las cosas en su sitio —me tranquilizó Madame Gabrielle.

—Además, el dinero que me prestó Darcourt, se lo robó a la República Francesa. Y el muy canalla se empeña en exigirnos *ses droits d'aduanne*, cada mes, y nos amenaza con denunciarnos al gobernador, ¡como si no gozara su excelencia de *nos services*!

—Pero yo no quiero líos. ¿Y los que me golpearon? ¿No están a sus órdenes?

—Son traidores —explicó Pilar—. Dennis no es de nuestra confianza.

Sabemos que está a sueldo de Darcourt. Gastón no sé... Ya no hay lealtad en los servidores de esta casa.

—¿Y para eso me quieren a mí? ¿Para proteger esta casa de putas?

—No seas tan curita, muchacho —dijo la maña guiñándome un ojo—. He visto cómo mirabas a las niñas cuando te traían paños calientes. Ellas te tratarán bien, si quieres.

—Tú eres fuerte y nosotras necesitamos un protector —añadió la francesa.

—También podríamos dejar que Dennis acabe contigo —añadió la maña—. Ya viste que te tiene ganas. Queremos que nos libres de él y de Darcourt. Luego, tú verás.

—¿Quedarme en este lugar? Las casas de mancebía son nidos de pecado.

—Ah, joven ingrato —replicó la francesa con indignación—. *Les filles d'ici* son unas infelices, niñas abandonadas que hallaron en esta casa un hogar y hacen unos ahorrillos. Y es necesario que alguien de confianza las proteja.

—Bah, mientras haya mujeres honradas, tendrá que haber putas —sentenció la maña—. ¿O cómo protegerían las damiselas su virtud hasta la boda? La virginidad de las doncellas y el recato de las casadas requieren de otras hembras que os ayuden a desahogaros.

—Y además, *ici, elles sont très protégées*. Y cumplimos el reglamento de higiene especial del ayuntamiento. El médico las visita y ninguna es menor de dieciséis años. Dennis es un rufián, un antiguo granadero francés expulsado del ejército. Un borracho bruto, que nos da miedo. De Gastón, el negrito, dudamos ahora también.

—Los negros son fieles por naturaleza —comentó la gala—, pero este es un veleta.

Yo podría alejar a esos matones. Las señoras no sabían nada de sus hijos, quizás encarcelados o muertos en algún lugar remoto. Y yo era como un huérfano para ellas, por lo que empecé a sentirme en mi hogar. No tenía dónde arrumbar mis huesos salvo en una cochambrosa habitación de una casa de alquiler. En cambio, allí me encontraba cómodo. Los días siguientes vinieron

con comida y agua y a curar mis heridas. Podían enredarme y mentirme las dos alcahuetas, pero ¿qué me importaba? Estaba cansado de agujeros infectos y de pasar calamidades. Aquella cama era el mejor lugar para mis huesos, y en el refugio de esa casa no tendría que deslomarme en el puerto.

Continué descansando unas pocas semanas más entre mimos. Algunas noches me agitaba con brotes de fiebre. Me pusieron compresas y cataplasmas. Soñé que entraba una gaviota por la ventana y se colaba entre las sábanas. Reconocí a Llum Bel, que me abrazaba con sus alas. Volví a sentir el tacto de su lengua y de su saliva que descendían hacia mi sexo. En mi delirio la poseía una y otra vez, y ella me pedía perdón por marcharse. Cada mañana despertaba bañado de sudor, con su nombre en los labios.

Cuando Mariana llegó al huerto, encontró a su padre maniatado entre las cuerdas que pendían del brocal del pozo. Se mecía envuelto en el esparto, desnudo, con la mirada perdida en las estrellas y los ojos abiertos como los de un búho insomne, insensible a la humedad y al frío, rezando una letanía monótona entre dientes, sin temor a caer hacia la boca negra y profunda, abierta bajo sus pies. Entró en la barraca y tomó una manta. Los realistas se habían marchado. La despensa estaba desvalijada, las cerámicas y las vasijas rotas por el suelo.

—*Pare, digui'm ja, on està el xiquet?*[64]

Mientras cubría a su padre y lo ayudaba a desasirse de las cuerdas que lo envolvían como una tela de araña, Mariana recordó otra noche de invierno, cuando también tuvo que desatar a su padre. Solo algunos vecinos conocían la causa de la locura del molinero, y el secreto de su hija. Tenía solo catorce años en la Navidad de 1811, y las tropas de Suchet sitiaban Valencia, disponiendo sus trenes de artillería desde el norte hasta el sur, desde Monte Olivete hasta los límites de Ruzafa. El general Blake, el no muy afortunado defensor de la ciudad, una vez derribado el bellísimo Palacio Real no había sabido evitar el cerco de la ciudad en sus murallas, ratonera cruel para veinte mil soldados y cien mil civiles hambrientos. No había escapatoria a finales de diciembre. Este general de apellido irlandés no podía competir con los generales de Napoleón en sus ardides estratégicos. Cetrino, meticuloso y mediocre, carecía del talento del mariscal que venía de arrasar Tarragona y de vencer en Sagunto. El francés había colocado bien sus piezas en el tablero de ajedrez. El pueblo quería luchar, pero los franceses no tenían prisa por abrir brechas, ni por entrar a combatir cuerpo a

cuerpo, casa por casa. Conocían bien la lección. Se podía bombardear una plaza días y noches, y esperar a que el hambre hiciera el trabajo sucio.

Y mientras Valencia moría encerrada, los dragones del general Harispe se desplegaron por la huerta. Una patrulla recorrió a caballo la partida del Perú, hacia Pinedo, para aprovisionar sobre el terreno a sus regimientos. La tropa de Suchet; franceses y mercenarios napolitanos en su mayoría, venían ahítos de sangre tras el exterminio de Tarragona, y no deseaban sino solazarse en la retaguardia, aprovechar esa fresca ribera llena de alquerías con sus verdes huertos, y sus mujeres protegidas por ancianos y niños. Don Ramón quiso defenderlas con una azada, y derribó a los dos imperiales que desnudaban a Amparo, su mujer, pero otros cuatro lo sujetaron y lo molieron a culatazos. Después le hicieron ver, entre risas e insultos, cómo ultrajaban a su mujer y a su hija. Entre carcajadas se llevaron cuanto había en la despensa de la barraca y luego la incendiaron. Lo abandonaron, más muerto que vivo, atado a la noria del molino que cuidaba, tan desvalido y desnudo como Mariana lo halló, esa otra noche de noviembre.

Esa noche había marcado a Mariana, que pasó de adolescente virgen a mujer embarazada. Y allí murió el alma de su padre, que enloqueció para siempre, repitiendo las oraciones con que suplicaba que no les hicieran daño a ellas. Vivió unos meses más, los justos para ver cómo su hija alumbraba al bastardo. Tenía que ahogarlo, por honor, como se hacía con los espurios, en la acequia de Na Rovella. El recién nacido comenzó a llorar, y la abuela miró a esa criatura rubia y de ojos azules, que pedía el pecho de su madre. Sumergió al recién nacido bajo el agua turbia, mientras su marido miraba, hundido él también en el pozo de su locura. A los pocos segundos, sacó al niño, amoratado y frío.

Pero no estaba muerto, y se puso a llorar, reclamando su derecho a la vida. La mujer se sintió incapaz de hundirlo de nuevo, y lo entregó a su hija, que se recuperaba del parto en el pajar. Estuvo ayudándola unos días más y después, sin despedirse, salió una noche por el camino hacia el Lazareto y el Grao. Su cuerpo apareció ahogado en las arenas de las salinas del sur de Pinedo. Mariana, que

estrechaba al niño entre los brazos, le dio de mamar y lo acarició, mientras su padre los contemplaba mudo y obedecía sus órdenes sin rechistar. Como había nacido la víspera de San Juan, lo bautizó como Joanet en San Valero. Y creció con el mote del *Gabacho*.

Mariana Gabino había tenido que trabajar duro en la acequia y criar en soledad a su hijo. Y cuidar de su padre, que se había vuelto un niño también. Una mujer orgullosa, que había emergido del pozo profundo de la desdicha. Algunos hombres la ayudaron y la poseyeron en los tiempos de la guerra y del hambre, pero no se casaron nunca con ella. Vivía acostumbrada a las habladurías y a los chismes. Era también bruja, según las comadres, una engatusadora con cara de niña, que mantenía tratos con el mismo diablo. Los huertanos estaban locos por gozar con ella, soñando infieles encuentros con la lavandera de la acequia, como la llamaban sus celosas esposas.

Cayetano también había sufrido la guerra contra los franceses. No le gustaba hablar de ello, pero una vez le confesó que cerca de allí había perdido lo que más quería. Después llegaba el silencio y la tristeza en sus ojos. Le contó algo de sus peripecias como prisionero y de que no pudo regresar a casa para salvar a los suyos. Había arrebatado la vida a muchos hombres, a soldados franceses y a traidores españoles, no importaba cuántos, hasta entender que el odio es un veneno que mata a quien lo siente. ¿Cómo podían las manos que la acariciaban, pensaba con ternura, haber matado una vez? No podía creer lo que él le decía. Mariana sintió con el maestro soldado un lazo secreto que los unía en sus peores recuerdos. Ella era una palurda, y él, un maestro de primeras letras; el Polserut, del que aprendía porque le hablaba con el corazón.

A pesar del sufrimiento, merecía la pena vivir, decía Cayetano a Mariana. La vida era su religión. No creía en un Dios cruel; gozoso por el castigo de los pecadores, sino en un Dios misericordioso, creador del universo, presente en la naturaleza. Debían abrir los ojos y los oídos, respirar la húmeda raíz de los árboles, escuchar el latido de la tierra, sentir su alma.

—Todos los seres vivos son hermanos y el rumor del agua alimenta nuestras

venas. Somos una parte de un dios, de una fuerza superior y eterna. A pesar de los desastres de la guerra, de los odios y de las envidias, la vida rebosa amor.

Así se habían encontrado ellos; se amaban y se protegían. Y Ruzafa era un lugar hermoso, un rincón de paz, de gente sencilla. El clima era suave, y la tierra, rica. Por todas partes brotaba del suelo el agua como la sangre de la tierra.

El padre Record afirmaba que Cayetano era un filósofo o un sabio. Contaba lo que decían libros sobre esa tierra, sagrada para los moros, de donde se habían marchado con lágrimas, expulsados por los cristianos. Y cómo un príncipe Omeya dio a ese arrabal de Balensiya el mismo nombre que a jardines de Córdoba y de Damasco, porque Russafa era uno de los cien nombres con los que el profeta llama el Edén. El sol la acariciaba casi todos los días. Aquella tierra era un regalo de Allah: su intensa luz resaltaba los naranjos, y de los limoneros, las flores de mil colores y la blancura de las barracas. Mariana recordaba las palabras de Cayetano, cada vez que se sentía sola y desamparada. Y sus palabras le daban fuerzas para seguir luchando.

El rostro de la lavandera se iluminó cuando su hijo surgió en la barraca, y él y su madre se fundieron en un intenso abrazo.

—¡Gracias a Dios! *Angelet meu*.

La noche había sido larga. Joanet conocía las sendas y los bancales, se movía como gato en la noche por los canales de la acequia. Contó a su madre que los realistas irrumpieron en la alquería de Josep y que este le hizo huir por una ventana. Había corrido a la barraca de su madre, pero estaba llena de voluntarios y volvió a esconderse. Borrachos, cantaban y disparaban sus carabinas. Sentía vergüenza por no haber sido capaz de defender al abuelo, para arrojarlos a patadas. Los había visto divertirse a costa del Il·luminat, haciéndolo bailar sobre el fuego para luego atarlo al pozo. Joanet corrió a la parroquia y el padre le dijo que fuera a avisar al médico.

—Vayamos con Josep —le dijo a su hijo con orgullo—. No podemos dejarlo solo.

Dejó a su padre abrigado en su manta y se dirigió a la alquería. Vieron a

l'Arrosser tumbado en el suelo, gimiendo, cubierto de sangre. Había alguien con él, al menos. Reconocieron al doctor Puchades, el médico del pueblo, que le vendaba la frente.

—*Fotuts servils, fills de puta!*[65] —gruñía Josep desde el suelo—. No podrán acabar con un miliciano nacional; ni el rey con toda su guardia...

—Ayúdeme, Mariana, deberíamos llevarlo hasta otro lugar.

La débil voz de Josep se volvió febril y temblorosa.

—¿Y usted? ¿Cómo sabía...? —le inquirió Mariana—. ¿Cómo está aquí?

—El padre Record me avisó. Y yo no iba a dejar al bueno de Josep...

—Lo mejor será que lo llevemos a casa de Adela —dijo Mariana, que comprendía que l'Arrosser necesitaba estar con los suyos—. Su hija vive en Valencia, aunque tendremos que esperar a que abran la muralla. O llevarlo con su hijo, pero a lo mejor anda por Sueca, para vender el arroz...

El médico era un viejo liberal. Había sido edil de Ruzafa en tiempos de Riego y, si no fuera por su ciencia y por su habilidad para salvar la vida de muchos niños durante las pasadas epidemias de fiebre amarilla, habría sido ahorcado por los absolutistas.

—Afortunadamente, Josep es un algarrobo, no tiene nada roto —dijo el galeno mientras le palpaba las extremidades—. Excepto el alma.

—Si hace falta, lo llevaremos a mi propia casa —se ofreció Mariana. Joanet trajo un cubo de agua y dio de beber a l'Arrosser con una alcuza.

La amplia casa estaba desolada tras el paso de los realistas, pero podían aprovecharse las cortinas y las sábanas rasgadas para hacer vendas. Josep vio aquella devastación con los ojos entreabiertos y se echó a llorar. Ni siquiera tenía ya a una esposa para abrazarla y consolarse juntos, pues su Rosa había muerto dos años atrás. Habían degollado un cordero y, con su sangre, escrito en la pared SUCIO MASÓN.

—*Fills de puta...* Vinieron diciéndome que tenía que pagar el diezmo al arzobispo. O si no... devolver lo que robé a la Iglesia. ¿Un diezmo de mi sudor por mis tierras?

L'Arrosser había sufrido las bravuconadas de los realistas, que lo acusaban de haber robado tierras a la Iglesia. Él, que había comprado el terreno baldío en subasta y se había matado a trabajar aterrando marjales entre sanguijuelas.

—¡Les hice frente, con *dos collons!* A mí no me hace pagar el diezmo ni Dios —dijo esforzándose por quedarse erguido, apoyado en la pared—. Más de uno de los serviles se ha llevado alguna costilla rota... ¡Yo no debo nada a nadie, ni a Dios ni al rey!

—Al César lo que es del César... —dijo el doctor mientras vendaba el torso magullado—. Y a Dios lo que es de Dios, por las buenas o por las malas.

Había sobornado hasta entonces a los realistas, pero ¿por qué no habían servido esa noche de reales de vellón? Simón López quería recuperar tierras labradas, a bajo precio. Desde que el obispo fuera diputado en las Cortes de Cádiz había luchado contra los que adquirieron las tierras de los conventos. En 1820 sacaron a subasta tierras muertas y los antiguos señores no podían admitir que jornaleros pobres, como Josep, pudieran ser ahora agricultores prósperos. A él, querían hacerle regalar las tierras de los monjes de Santa Clara y los marjales estériles que había transformado en arrozales.

—¡Se cobraron su tributo de palos! ¡Porque la carabina... se la llevaron!

—¡Menuda proeza la de esos valientes! —exclamó indignado el médico mientras le hacía inhalar láudano de un frasco—. A esos patriotas los conozco. Y me arrepiento de haberles quitado el garrotillo cuando eran niños o de limpiarles la sarna. Antes de voluntarios, muchos fueron de la milicia nacional. Ayer cantaban el *Himno de Riego* y el *Trágala* y ahora son cruzados del arzobispo y siervos del rey. ¡Vámonos de aquí!

—No me saquéis de mi casa —dijo el agricultor, sobreponiéndose—. Me quedo aquí... No temo a esos cobardes. Algunos vinieron a la siega, hace unos días...

—Son los facciosos de siempre —comentó el médico—. No les importa el color de la bandera mientras sea la de los vencedores. Y solo aman el color del oro.

En aquel momento apareció el padre Vicente Record. Venía resoplando desde su casa, con un candil en la mano. Joanet se acercó a recibirlo.

—¡Vaya, hablando del Papa de Roma! —dijo Josep, que no abandonaba su natural socarronería, ni siquiera en las peores circunstancias.

—¿Y a qué viene? —le dijo Mariana—. ¿No será a dar la extremaunción a Josep?

—A cumplir con mi deber de sacerdote, pero, sobre todo, a intentar ayudaros. Quise avisar y traté de venir antes, pero ya sé: he llegado demasiado tarde.

—Oh, vamos. Márchese con sus sermones —insistió Josep, que parecía de pronto recuperado de la paliza—. Sacad de mi casa a esta cucaracha...

El sacerdote, recién recobrado el resuello de su carrera, lo miró con expresión de borrego degollado. Mariana comprendió que el buen cura estaba sufriendo intensamente

—Me gustaría daros el consuelo de Cristo... Si por mí fuera...

—Oh, vamos, vuelve con los tuyos. Di a tu arzobispo que no le regalaré mis tierras, ni al mismo Dios... *Marxa't fora d'açi...*[66]

—Padre —dijo Mariana, que se hallaba entre dos fuegos—. Compréndalo, usía...

—Venga, Josep —dijo el doctor—. Fue él, a través de Joanet, quien me avisó...

—¡Porque no les conviene a ellos que yo esté muerto! Mientras yo vivo les puedo dar más y más. Son unas sanguijuelas los curacos...

—No la tomes contra el padrecito, tiene buena voluntad —dijo Mariana.

—Mirad. —El cura comenzó a hablar—. Si hubiera sabido que venían voluntarios realistas os habría avisado, pero soy el último mono de mi parroquia. No puedo deciros si no que lamento lo que os han hecho. Yo quisiera ayudar...

—¿Y si viene a espiarnos? —dijo l'Arrosser arrojando un escupitajo rojo.

—Escuchadme todos, por favor. El arzobispo quiere que yo elija a trece testigos para declarar contra el maestro, vuestro amigo, pero yo... Yo quiero ayudarle...

Serví con devoción a Madame Gabrielle. Recuperado de mis magulladuras, arrojé a latigazos a Dennis y a sus matones de la casa de citas, como Cristo lo hizo con los mercaderes del templo. Tras varias emboscadas de Darcourt, sus secuaces acabaron mordiendo el polvo en los callejones del Borne, y el cónsul admitió que la deuda de Madame Gabrielle había quedado saldada. Había triunfado conmigo la fuerza sobre la diplomacia, y yo me convertí en guardián de la *maison* de mujeres públicas. El seminarista de San Ramón y soldado de Cristo se convirtió en *el Ganiveter*, o sea, «el cuchillero». ¡Si mi padre me hubiera visto! Me sentía, a mis veintitantos años, el sultán de esa casa y, merced a la prosperidad de semejante negocio, comencé a cuidar mi porte. Me acostumbré a la buena ropa y a los afeites de los pisaverdes, me atusaba el bigote y recogía mi coleta ante el espejo, contemplándome como el gallo de aquel corral. Sabía que el respeto se ganaba a puñetazo limpio y yo era un mocetón de seis pies y anchos hombros que ahuyentaba a borrachos y a malos pagadores. Y poseía el don de saber estar. Me codeé así con lo mejorcito de Barcelona: derrochadores indianos, crápulas herederos y acaudalados comerciantes que pedían discreción para sus travesuras carnales.

La madama presumía de tener la mejor *maison close*^[67] de la ciudad. Su ilustre *château de plaisir* estaba reservado a señoritos y respetables caballeros, hombres maduros, casados con mujeres feas y adineradas, junto a jovenzuelos que buscaban estrenarse en las artes del amor y clérigos licenciosos, que entraban por la puerta trasera y que pecaban con la mente puesta en su futuro acto de contrición. Como decía Pilar, a la que había relegado del puesto de segunda del lupanar, todos los hombres acuden tarde o temprano a una casa de

putas. Y yo, que había pasado mi primera juventud entre rosarios y procesiones, sentía que había hallado un lugar apropiado a mi ardiente naturaleza. Las señoras de la casa se convirtieron en mis madres adoptivas. ¿Tenía reparos de que Madame Gabrielle recordase sus tiempos como cortesana? ¿Remordimientos por mi oficio? A mí me habían pescado de la calle y yo las protegía.

Fuera de aquella casa, Barcelona continuaba igual de inclemente. Sus calles y plazas se inundaban de descamisados venidos de Cataluña y de España entera para acabar dentro del recinto de la muralla, hacinados en cuartos, ofreciendo cada mañana sus manos a los talleres de paños o a los muelles del puerto, infelices que aspiraban al paraíso. En el cuartel de la ciudadela y en el castillo de Montjuic se agolpaban cientos de soldados españoles, napolitanos y suizos, ávidos de mujer, con sus viriles entrepiernas impacientes, mientras por mar arribaban a puerto goletas con marineros, de todos los colores, en busca de placer, aunque tuviesen que vaciar sus faltriqueras y el oro que guardaban para los suyos. Yo me encargaba de desviar a quienes no eran oficiales a otras casas de placer, pues no eran admisibles en la nuestra.

He de reconocer que, aunque mi dedicación al bello sexo fuera tardía y mercenaria, siempre he sido devoto de la fe que todo hombre debe profesar por el sexo femenino. Las amaba como hermanas menores. A todas: francesas sofisticadas, italianas ardientes, catalanas arrojadas por algún desliz de casa de sus padres, andaluzas morunas, de piel de aceituna; castellanas blancas escapadas de los conventos. Como decía la madama, si no fuera por ella estarían ejerciendo el oficio más viejo del mundo en la calle, expuestas a sus peligros, merodeando cafés y *becós* y pasando frío y calor. La suya era una gran casa de acogida para desventuradas. Y gracias a su fiel protector estaban seguras e iban haciéndose con ahorritos, reuniendo más reales que si fueran hilanderas o criaditas de una buena casa. La madama era como una madre, y yo, su lugarteniente, lo que me convertía por primera vez en mi vida, o así lo imaginaba yo, en alguien importante.

Dios estaba lejos de mi corazón turbulento. Sí, mi buen carmelita y mi buen

escolapio, yo era un monstruo. Ahora siento vergüenza de aquel tiempo de pecado, pero ¿qué saben ustedes del amor de las mujeres, aunque sea a cambio de unos reales de plata? He de reconocer que brindaba mi protección a oficiales del rey, asiduos de la casa, que me contaban secretos de la Corte y chascarrillos sobre el generalísimo Manuel Godoy. Se hablaba de la loca pasión de la reina María Luisa, fea como una bruja, por el antiguo guardia de Corps, y del parecido de los infantes más jóvenes con el favorito, mientras algún mercader francés me ponía al corriente de las costumbres amoratorias tras los cambios revolucionarios. Se decía que Robespierre había ordenado a los *sans-culottes* desvirgar a las monjas del país y que, gracias a ello, muchas se habían vuelto revolucionarias. Y aconsejé en sus negocios a comerciantes de Zaragoza o de Valencia, llegados para cargar un bergantín para La Habana, y traté a nobles de Castilla y de Aragón de largos apellidos, junto a simples barones, la infantería rasa de la aristocracia, aunque igual de arrogantes, esclavos todos de los placeres de la carne, convirtiéndome en guardián de sus calaveradas.

En aquella casa había una sala de baños aromáticos y otra de juegos, con ruleta y billar, y una de conversación para contar historias y chismes. Al igual que en las fondas más importantes, como la de los Tres Reyes, en Trentaclus también se hablaba de dinero y de comercio, se cerraban negocios y empresas en Ultramar. Así me convertí en maestro de ceremonias, organizaba tertulias y proponía temas de discusión. No era consciente de lo miserable de mi profesión, rodeado de vino y de aguardiente, envuelto en el humo de los cigarros y las pipas. Cuando recordaba mi pasado de cirios y de incienso, todo aquello se me antojaba como algo remoto.

Me despertaba a media mañana y paseaba por la Rambla vestido como un *gentleman* inglés, aunque algunos me tachasen de petimetre al ver mis pantalones nuevos y mi chaleco granado. Los lunes venía un peluquero italiano a peinarme, y no salía de casa sin probar cada día un perfume diferente. Rondaba las tiendas de Escudellers y miraba los productos para blanquear el cutis de las damas, las pelucas y los afeites, mientras aspiraba el rapé de una cajetilla. Me

dejaba envolver por el bullicio de las botillerías de la Rambla, una torre de Babel de todas las lenguas, el catalán y el castellano entremezclados en una jerigonza mestiza, como en un cocido de lenguas. Los reales de plata y las onzas de oro iban y venían, en la sala de juego y en las habitaciones reservadas, donde la clientela vaciaba sus bolsas Yo estaba pletórico gracias a los lujos más exquisitos y ostentaba en mi juventud pisaverde el cargo de ministro de Gracia y Justicia de aquel reino.

Mi sortija de diamantes deslumbraba, mientras me perdía por las tiendas de quincalla de Escudellers y miraba los productos para el cutis. Mi mesa estaba surtida de manjares y vino, y cuando quería gozaba de las muchachas. Comía el mejor menú en el Becó del Recó, y luego abría mi estuchito y aspiraba rapé, para hacerme de notar. Al llegar la tarde, me asomaba a los soportales del Teatro de la Cruz para ver los carteles de las comedias de Racine, aunque no me gustase demasiado su estilo grandilocuente y pomposo. Terminaba la jornada en los Baños de Limpieza y Sanidad de la calle Nueva de San Francisco. Me preparaba para las fiestas de máscaras en un café de los que antes no podía pisar, como el de Las Cuatro Naciones, donde Antonio Cantalupo, que un día me rechazó, me invitaba a un chocolate con *melindros* y me ponía al día de las noticias de sociedad. Ah, *la dolce vita*... Por las noches jugaba al billar y me liaba algún cigarro...

La vida podía ser fácil y placentera. ¿Vivía mejor el rey de España o Godoy, el favorito de la reina? Me sentía solidario con el advenedizo guardia de Corps. El príncipe de la Paz ejercía de confidente y de ayuda de cámara de la reina, como yo de Madame Gabrielle, a quien tenía que satisfacer de vez en cuando como él a doña María Luisa, la abeja reina. Acariciábamos ambos carnes marchitas y pieles empolvadas, aunque fuera con los ojos cerrados. En los palacios de Aranjuez o de La Granja, como yo en Barcelona, cada cual gozaba a su manera: el rey de la caza del corzo y la reina del servicial Godoy. Yo nunca había visto los palacios de los reyes, pero para mí todos eran como el palacete de la calle de Trentaclus. A pesar del canallesco oficio, me agasajaban los mejores sastres,

relojeros y modistas que, ante la plata de mis reales y el oro de mis escudos, perdían la natural repugnancia que representaba mi indigna profesión. El dinero suponía una venda en los ojos de los vecinos. Falseé mi origen, haciendo correr rumores de que venía de una noble familia o de que era el hijo de un rico comerciante italiano. La vida era un baile de máscaras como los del Teatro de la Cruz; un carnaval en el que todos se disfrazaban.

Transcurrió el último año de aquel siglo. *El diario de Barcelona* noticias de Francia. El 18 de brumario de 1799, el noviembre de la nueva era revolucionaria, un general llamado Napoleón Bonaparte, victorioso en las campañas de Italia y de Egipto, había dado un golpe de Estado y acabado con el directorio, iniciando el consulado. Al margen de aquellas novedades, en la Rambla el dinero corría entre comerciantes y artesanos de la seda y del paño, pues desde hacía casi veinte años en que Carlos III había permitido en Barcelona el comercio con las Indias, iban y venían barcos cargados de riquezas, a pesar de los zarpazos de Inglaterra, la corsaria de los mares. Aunque disfrutaba de prosperidad, comenzaba a sentirme triste. Leía por la noche la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, libro de mis años cristianos, y venían a mi cabeza sentencias del seminario de San Ramón: «Cree el impío que el placer es la felicidad, pero buscando el placer solo encuentra hastío en su alma.» Mi alma estaba agotada; la culpa crecía y el recuerdo de madre me desvelaba. A veces, en medio de una orgía, mis ojos se perdían en el vacío y pensaba que no podía huir de mí mismo. Comencé a buscar la expiación, escuchando a mi conciencia. En Semana Santa y Navidad, el negocio de Madame Gabrielle tenía que respetar a los devotos. En Cuaresma los lupanares se cerraban, y no se jugaba a los naipes o a los dados.

Hacia el fin de año y de siglo, comprendí el vacío en mi vida. «Barcelona, Babilonia —me decía—. ¿Qué diría mi madre si me viera?» No podía escapar de mi deber, como cuando juré servir al rey en mi tercio de migueletes. El placer no era eterno, solo son infinitos el cielo y el infierno. Tenía que reconciliarme conmigo, abandonar tabernas y burdeles. Mi vida se desmoronaba. No iba a ser siempre un joven con músculos de atlante, capaz de romper la cabeza a cualquier

borracho. A los ojos de Dios, mis pecados eran infinitos. La comodidad me ataba al regazo de ese falso paraíso. No veía, fuera de aquel lugar, ningún techo donde refugiarme. Comencé a beber, mientras la ira crecía dentro de mí. Me enfadaba con cualquier excusa. Y también comencé a perder mis modales, a embrutecerme con los clientes que no pagaban lo convenido o que abusaban de las chicas. Defendía mis privilegios como el león lo hace con su territorio, y ponía a raya a los rivales que podían aspirar a mi puesto, mientras me sentía cada vez más miserable. Los pecados capitales se habían hecho fuertes en mi alma. Me sentía esclavo de la ira. Durante la mascarada de fin de año, me tuve que enfrentar a un marinero napolitano que se había colado en la fiesta completamente borracho y que se propasaba con las muchachas. A una le había cortado los pezones. Entonces fue cuando perdí los estribos, lo golpeé con saña mientras lo arrastraba hacia la puerta. Intentó estoquearme, llamándome *figlio di putana*.

—No te metas con mi madre —grité mientras le machacaba la cara tostada de sol y de vino. No sé qué pasó en aquel momento, me convertí en una fiera. Lo golpeé con saña, como si quisiera derribar al mismo diablo.

Madame Gabrielle, escandalizada ante mi brutalidad, me ordenó deshacerme cuanto antes de aquel borracho. No sé si estaría muerto o inconsciente cuando lo arrojé en el agua del muelle. Solo sé que me puse a llorar en medio de la noche. A nadie le importaría aquel pobre diablo; yo había acabado con todos sus viajes y nadie me pediría cuentas, puesto que el alcalde del crimen era uno de los clientes mejor tratados de la casa. Ni los comisarios ni los jueces investigarían sobre aquel marino, quizás un contrabandista más, que flotaría por la mañana en la rada del puerto. Nadie le haría justicia, salvo el mismo Dios. Cuando volví a la *maison close*, aún duraba el jolgorio. Bebí varios vasos de un seco aguardiente con sabor a veneno.

Unos días después saqué de mi cajón uno de mis escondidos libros de salmos. Me puse a leer a la orilla del mar. «Bienaventurados los que proceden sin mancilla, los que caminan según la Ley del Señor. —Mi mente retumbaba con

los versículos que se clavaban como espinas en mi alma—. Porque los que cometen maldad no andan por los caminos del Señor.» Me quité la ropa y los botines de charol. Era enero, pero entré en el mar sin sentir frío dispuesto a dejarme llevar por la corriente hacia cualquier profundidad que reclamase mi cuerpo, lastrado por la culpa. Seguí hasta que el mar me engulló.

Dicen que, al morir, toda tu vida pasa ante tus ojos, como un rayo en el bosque de los recuerdos. Yo supe, mientras vomitaba agua salada, que no había hecho nada bueno, ni nada importante en mi vida. ¿Qué sentido tenían mis días? Ninguno, pero no era dueño de mi cuerpo ni de mi alma, que solo era de Dios. No podía dejar morir mi alma para siempre. Las olas me devolvieron a la orilla y me vi aterido sobre la arena, jadeando como un pez escapado de una red. Un pescador llamó asustado a su mujer. Ambos se santiguaron, mientras que su hija me colocó unos harapos en los hombros y la mujer me dio una manta y unas alpargatas viejas. Les agradecí su caridad y, resoplando arena y sal de los pulmones, entré en la iglesia de Santa María del Mar.

Escuché que el coro recitaba: *De corde exeunt cogitationes malae, homicidia, adulteria, fornicationes, furia, falsa testimonia, blasphemiae...* Del corazón proceden las malas intenciones, los asesinatos, adulterios, fornicaciones, furia, falsos testimonios, blasfemias. Dios me recibía en su casa, llamándome con su voz.

Me puse de rodillas. Me acerqué al confesionario. «Ave María purísima»... Solté entonces de golpe, como borbotones de agua, los pecados de mi vida. El sacerdote se acariciaba la papada mientras escuchaba mi prolongada confesión, tras una tarde de beatas con los pecadillos de siempre. En ese apacible lunes, sin procesiones ni rogativas, no había nada que entretuviese al aburrido sacerdote en su puesto. Al empezar a confesarme, y relatar con detalle mis interminables y escandalosos pecados, el siervo de Dios abrió la mirilla para verme. No podía creer lo que escuchaba de mi lengua, cada vez más atónito ante ese extraño mendigo que venía del mar.

Depravación y lujuria, y complacencia en el pecado. Miguel Toranzo lanzó su sentencia mientras arrojaba al aire el manuscrito de Cayetano. Lorenzo Ramo y Félix Guillén estaban consternados. Los doctos padres esperaban que la primera entrega de las confesiones del hereje ablandase al tenaz inquisidor y a la Junta de Fe. El arzobispo Simón, mientras Toranzo hacía aspavientos, se encogía en su poltrona, amodorrado por ser la hora de la siesta, cubierto por el manto dorado, ribeteado de piedras preciosas, y coronado con la pesada mitra, a punto de caer de su ladeada cabeza. Parecía el arzobispo una momia vieja, enclavada en una hornacina de oro, una estatua de yeso, impasible ante la explosión de ira de su mano derecha: el ortodoxo don Miguel Toranzo.

El fiscal Falcó miraba de reojo a los dos prelados que debían ser mentores de la carrera eclesiástica que él merecía seguir por sus brillantes dotes intelectuales. De aquellos altos dignatarios dependía su futuro. Falcó hubiera deseado también encontrar en esos pliegos el arrepentimiento de Cayetano, leído en voz alta por Lorenzo Ramo, con la imagen del pecador postrado ante la imagen de la Virgen en Santa María del Mar, y suavizar al severo tribunal de Toranzo del que formaba parte. El carmelita y el escolapio se miraban mudos y cabizbajos ante la cólera del inquisidor, como dos colegiales a los que su preceptor dedica una reprimenda. Aquella reunión escondía un juego de poder de los altos prelados de la Iglesia, por el cual los miembros del clero regular, de rango inferior, eran humillados por las altas jerarquías,

—De todos modos, ruego a sus eminencias que aprecien la educación escolapia del procesado y la devoción de su madre... —apuntó Ramo, tras un tenso silencio—. Y la consideración de su temprana voluntad de ingresar en el

seminario de San Ramón, y su condición de soldado de la fe, mucho antes de hacerse maestro.

—¡Yo fui maestro de escuela! —recordó de pronto el anciano arzobispo, saliendo de su sopor—. Yo también tenía mis pupilos... ¡Qué pillos eran!

Y sin venir a cuento comenzó a referir anécdotas anodinas de sus inicios como maestro antes de ordenarse sacerdote, escapándosele alguna que otra risita. Miguel Toranzo escuchó respetuosamente al arzobispo. Si hablaba la máxima autoridad de la diócesis, procedía escuchar en silencio, dijese lo que dijese el anciano. Después, Simón volvió a arrebujarse en el nido de su poltrona, entregándose a los brazos de Morfeo, como demostraba el suave ronquido que brotaba de su nariz aguileña.

—Si esa guerra santa hubiese terminado como debía —prosiguió enardecido el inquisidor—. Si la Europa cristiana no hubiese temblado, ¿cuántos males podrían haberse evitado? No basta con haber empuñado un arma, hace años, en nombre de la fe.

—No obstante —terció Guillén, con un hilo de voz, mientras recogía de rodillas el manuscrito—, sería bueno para nuestra causa proseguir con la catequesis y el apostolado. El maestro no ha expresado su arrepentimiento, pero lo hará. Aún no ha concluido su relato. Os ruego paciencia, por la gracia de Dios...

El carmelita se plegaba mansamente. Su rostro mendicante poseía la cachazuda expresión de un cordero ante el torrente verbal de Toranzo, cuya voz hacía retumbar las paredes del Palacio Arzobispal. El octogenario Simón López, medio sordo y ciego, asentía a cuanto afirmaba el vehemente dominico. La única pasión del anciano arzobispo era la codicia. Nacido en la pobreza, el oro, los diamantes, las esmeraldas incrustadas en el manto de la Virgen o del santo cáliz suponían para él el reflejo del esplendor de Dios. Frente a la enjoyada imagen del arzobispo, Toranzo era la austeridad encarnada. Se completaban. El terror religioso necesitaba del prestigio del anciano y de la ambición del dominico.

Lorenzo Ramo, principal mentor del maestro, pensaba con ingenuidad que

podría vencerse la rigidez de aquellas eminencias apelando a los intereses de la Iglesia. Creía en la virtud de la misericordia, había visto demasiados actos de violencia los últimos años y deseaba que con el maestro de Ruzafa obrase la virtud de la piedad. Si tomaba la senda del arrepentimiento, la victoria de la fe contra la herejía sería notoria y sus superiores comprenderían que un auto de fe, concluido con una humillación pública del pecador, serviría más que las llamas de una hoguera. En los últimos tiempos se había eliminado ya a numerosos enemigos de la fe, en especial gracias a los voluntarios realistas, cuando no mediante sociedades secretas como la de El Martillo o la de El Ángel Exterminador. El proceso inquisitorial estaba en un limbo legal y moral.

—De regreso al pliego que habéis leído aquí. —Toranzo señaló el pliego escrito del maestro—. Vuestro «protegido» es culpable del pecado de lujuria.

El tono irónico de «protegido» buscaba irritar al escolapio.

—Es cierto —admitió Guillén—. Ripoll es esclavo de la carne.

—El orgullo y la lujuria han sido siempre el origen del ateísmo, del deísmo y del materialismo. No he escuchado una palabra de arrepentimiento sincero en este manuscrito, que debería ser pasto de la hoguera, como su autor.

Miguel Toranzo sonreía al ver el rostro contrariado de los defensores del maestro. Solo cuando el procesado abjurase de su herejía podría plantearse una condena distinta de la de la capital. Pero el *mestre* no daba su brazo a torcer. Había que aclarar su oscuro pasado, según el inquisidor. ¿Por qué muchos lo conocen como Antonio, si su nombre verdadero es el de Cayetano? Usar otros nombres es común entre los masones y los carbonarios. ¿Se puede confiar en quien miente sobre su nombre?

—Si os sirve de descargo, he de decir que Cayetano es, dentro de sus errores, un hombre íntegro —apuntó con admiración el escolapio.

—¿Errores? Persistir en el error forma parte de la conducta de un hereje. No se puede esperar nada de un hereje pertinaz —concluyó Toranzo—. ¿Qué piedad merece quien pretendía arrancar a los niños de la educación católica y romana?

—Os ruego que tengáis a su favor que, además de combatir contra los

revolucionarios franceses, fue soldado en la guerra de la Independencia. Su corrupción en la fe católica al parecer procede de su cautiverio en Francia...

—Pues lo que referís suena a lesa traición. Si luchó contra los franceses, peor es que haya terminado abrazando sus ideas. Y, además, ¿qué hacía un hombre de vida tan agitada en la huerta?

—Según parece, buscaba la paz tras una vida tormentosa.

—¿Y su familia? ¿Dónde se encuentran su mujer y sus hijos?

—No tiene familia, su eminencia. La perdió en la guerra. Ahora estaba amancebado con una madre soltera, llamada Mariana...

—Dios los cría, y el diablo los junta.

—Con el debido respeto, él tenía buenas intenciones, quería sembrar el saber.

—Vaya, y en cambio lo que sembró fue la mala hierba.

Ramo y Guillén no se rendían.

—Concedednos más tiempo para cumplir esta misión de apostolado. Su entendimiento rebosa de orgullo satánico y de soberbia, pero tenemos fe en su conversión.

—Demasiada fe. ¿Pensáis que un hereje contumaz se convertirá en un relapso?

—Quizá, con la ayuda de Dios y la Virgen, consigamos rescatar su alma del infierno y acercarlo al arrepentimiento. Lo haremos reflexionar, y podrá salvarse...

—¿Y privar al pueblo de un escarmiento ejemplar en la hoguera?

—¿En la hoguera? ¡Oh, eso no sería bueno! Su alma está sedienta de Dios.

—Si no hay un arrepentimiento público, solo cabe la pena capital. Recordad a Eymerico: «Quemar a un hereje no solo es por su bien, sino más para el provecho y edificación espiritual del pueblo católico.» O bien su contrición tras el tormento...

—¿Tormento? —Lorenzo Ramo se sobresaltó ante el comentario del inquisidor—. El suplicio se ha demostrado inútil, es algo que pertenece al pasado...

—¿Inútil? ¿Dudáis de su efecto purificador? Jesucristo nos trajo la salvación mediante su pasión y muerte, y consagró la vía dolorosa como vía de purificación. Ah, me cansáis con vuestra tibieza. Marchaos de una vez de mi vista...

El inquisidor estaba harto de los frailes. Tenía después una entrevista más provechosa. El arzobispo, antigua espada de fuego contra los impíos, dormía a su lado a pierna suelta.

—Voy a ser magnánimo con el maestro —concluyó el inquisidor—. Os concedo que continúe con su memorial. Puede ser instructivo leer al maligno, conocer sus propias armas para combatirlo mejor. Si pide los sacramentos, se le dará ese consuelo. De lo contrario, yo sabré, gracias al tormento, sacar el diablo de dentro del maestro.

Había concluido la audiencia. Con gesto de desdén, el inquisidor señaló el camino de la puerta. El fiscal Falcó comprendió que debía retirarse también, mientras el arzobispo emergía de los vapores del sueño. «Menudo carcamal», pensó Toranzo al quedarse solos.

Poco después entró Boro con dos secuaces. Toranzo dio un ligero codazo al arzobispo para que no se durmiese, aquella visita merecía la atención de su eminencia. El Tort hizo una torpe reverencia ante los clérigos, a la vez que sus compinches se quedaban atrás. Dejó sobre la mesa, ante los ojos codiciosos, varias bolsas con alhajas.

—¡Aleluya! Parece que ha sido buena la cosecha.

Toranzo rebosaba de gozo. El arzobispo hizo en el aire la señal de la cruz.

—Me di un garbeo por el Júcar, hasta Alcira, monseñor —dijo Boro mientras ofrecía, como a los reyes de Oriente, el botín a sus eminencias—. *¡Els «negres» estan acollonats!*

Miguel Toranzo vació la bolsa repleta sobre el alabastro de una mesa y continuó desanudando varias faltriqueras. Había anillos de oro y de plata, collares de perlas, brazaletes, pulseras, estuches para guardar tabaco y rapé, onzas de oro, reales de a ocho y de vellón, monedas pequeñas y grandes,

ducados y maravedíes. Tomó un reloj de oro, lo abrió del estuche y lo movió como un péndulo con su cadenilla, mirándolo fijamente.

—Espero que, como buen servidor del Ángel Exterminador, no nos hayas sisado demasiado —dijo Toranzo volviéndose hacia el Tort.

—Oh, no, por favor, os lo juro por Dios y por la Virgen...

Los ojillos de Simón López despertaron por completo ante los metales preciosos, iluminado el viejo rostro por la avaricia. Dotado de energía nueva, se levantó como Lázaro del nicho de su poltrona, y se acercó a la mesa, envolviéndola con su manto.

—¡Aleluya! Veo que nos traes de todo, estimado Salvador, nuestro Salvador —exclamó fascinado ante el destello del oro y de la plata—. Muy bien —dijo acariciando, como hacía con su gato, las joyas—, pero dinos también qué hay de los títulos de propiedad. ¿Han firmado estos pecadores la devolución de nuestras propiedades?

—Ah —explicó el Tort—, como usía sabe, yo no entiendo de papeles. Ni sé leer...

—Ya, pero bien que te expresas con tus manos —dijo Toranzo a la vez que revolvió el montoncito de joyas. Se puso entonces el inquisidor los dedos en la nariz. De una faltriquera salía un fétido olor. La abrieron y cayó sobre la mesa un dedo sanguinolento.

El obispo con curiosidad cogió el dedo cortado, del que se desprendió un anillo.

—No quería la muy bruja soltar la joya —explicó con una sonrisa el matón—. No le salía ni a tirones, y gritaba. Decía que era lo que le quedaba del *seu home*. La *seña* se puso a maldecirnos. Es viuda de un diputado de los «negros»... No me pude contener.

Al arzobispo Simón se le escapó una risita como un hipo. Asomaban sus dientes de conejo. Le parecía divertida la expresión de Toranzo, asqueado ante la sangre. ¡Pero si no había nada repudiable en ese acto justiciero, para vengar los robos de la Iglesia!

—Recoge el dedo ese —ordenó Toranzo con desprecio—. Y llévate el anillo, como parte de lo tuyo. Marchaos ya. ¡No os gastéis lo que nos habéis robado en una taberna!

Los matones de Boro se retiraron por la puerta, despidiéndose con una reverencia torpe.

Una vez solos, Miguel Toranzo y Simón López continuaron con el reparto. La cruzada contra los impíos necesitaba de grandes recursos. Simón, a pesar de sus cataratas, tenía buen ojo para valorar cada joya y, como máxima autoridad que era, dirigía el reparto. Merced a aquellas obras de caridad se recuperarían en parte los bienes arrebatados con las exclaustraciones y con las desamortizaciones liberales. Y con la restauración de los diezmos por ley se restauraría el poder terrenal, garante del espiritual, de la Iglesia.

«Qué hermoso es el oro —meditaba absorto el arzobispo contando las monedas y las joyas. Algunas de esas alhajas adornarían el manto de la Virgen o la corona de un santo—. El oro y la plata reflejan el poder de Dios, e inspiran devoción a los sencillos.»

Las riquezas recaudadas no representaban lo mismo para cada prelado. Miguel Toranzo recogía fondos para armar a los apostólicos en su lucha por el poder. Mientras tanto, el arzobispo Simón amaba al noble metal por su propia belleza. El oro era el único valor seguro en el mundo, y su brillo elevaba el corazón del hombre hacia la contemplación de la grandeza de Dios. Y él era eso, el representante de Dios en Valencia.

A la mañana siguiente de mi nueva vida, dejé caballerosamente plantadas a Madame Gabrielle y a sus pupilas. Recogí en un hatillo mis escasas pertenencias, y saqué del colchón de plumas una bolsa de monedas; el ahorro y remuneración por mis servicios de dos años. Me despedí de todas ellas con un beso en la mejilla, entregando una onza de oro a cada una, y a Andrea, que estaba enferma del mal francés, mi sortija de diamantes. La pobrecilla ya no podía ocultar el mal venéreo y pronto saldría de la casa. Me despedí de mi protectora levantando el sombrero, gesto que Madame Gabrielle devolvió a este ingrato hijo de la calle con insultos y maldiciones, mientras abandonaba la mansión de Trentaclus, donde, como gritaba la francesa, había sido tratado como un pachá de la India.

«Mi vida empieza de nuevo», pensé mientras paseaba junto al puerto y miraba el horizonte azul y las velas de las fragatas y los bergantines que atracaban y zarpaban sin cesar. Regresaba a la fe cristiana.

Con mis últimas monedas, alquilé una modesta habitación y me dispuse a buscar un oficio honrado, como el de *camàlic*, o mozo de carga en el puerto. Al cabo de unos meses, me convertí en cofrade de Santa María del Mar y devoto habitual. Acudía a misa las fiestas de guardar y cuando mi alma necesitaba consuelo. Mi trabajo era duro, pero me quedaba el consuelo de que podía presenciar la llegada de impresionantes navíos en los que destripaba el tesoro de sus bodegas, procedente de las Indias o de Oriente. En ocasiones se perdían cargamentos en alta mar por culpa de alguna tormenta y, más frecuentemente, por la piratería inglesa, pero cada vez que atracaba un barco con sus bodegas llenas de especias de Filipinas, de algodón de la Luisiana o de cigarros de La

Habana, había abundantes ganancias para todos. Luego, zarpaban de vuelta arrobas de almendras, barriles de vino del Penedés y tejidos recién cortados en los telares de Barcelona.

A veces, soñaba con embarcarme yo mismo y empezar una nueva vida en aquellos territorios remotos donde, con tesón, parecía posible salir de la pobreza. Me quedaba mirando cómo desaparecía en el horizonte la silueta de una goleta. Yo también podría para alcanzar ese anhelo. Recordaba al francés que tuve que arcabucear en la lejana guerra y sus ideas de «Libertad, igualdad, fraternidad»..., lemas alejados de los de «Dios, patria y rey». Reflexionaba sobre Napoleón Bonaparte, ese general plebeyo que había derrotado a los viejos imperios. Su leyenda se extendía por toda Europa. Mientras los chismorreos de la Corte española viajaban en todas las direcciones y el deshonor nacional llenaba las gacetas y las tertulias de los cafés de Europa, yo sentía una especial fascinación por la figura de Napoleón. Era un advenedizo, pero también la prueba de que con voluntad y con fortuna se podía alterar el destino de los hombres y de los pueblos.

Gracias a mi espíritu trabajador, me gané la confianza de uno de los mercaderes más conocidos del puerto. Se trataba de don Albert Ferrer, un comerciante que acudía con frecuencia a nuestra rada en busca de estibadores para la descarga de fardos y de baúles con destino a sus almacenes. Don Albert vino un día en que le urgía descargar una fragata portuguesa, llegada desde Macao. Lo ayudé a colocar varios baúles y piezas sueltas en sus carros hasta vaciar el flete completo en una de sus atarazanas. Después, me pagó con generosidad para que le transportase uno de esos delicados fardos hasta su propia casa, una sobria mansión ajardinada, en uno de los paseos nuevos de extramuros abiertos hacia el poblado de Gracia.

—Menos mal. Están prácticamente intactas todas las piezas —dijo mirando con atención un precioso jarrón chino que había sacado de su envoltorio y que limpiaba con esmero—. ¿A que es fascinante esta cultura de Oriente? Cuando en Grecia no había surgido el koiné, los chinos ya eran capaces de crear estas obras.

Me invitó a contemplar la porcelana ilustrada con dibujos vivos y armoniosos. La casa, repleta de motivos coloniales y finos candelabros de plata, transmitía alegría. El señor Ferrer poseía una de las casas de comercio de Barcelona con otros socios y familiares. De unos cincuenta años, rostro dominado por el bigote y una perilla canosa, se mostró abierto y sencillo, regalándome una buena propina y una limonada en el porche. Dijo que le parecía un joven de modales educados, y le extrañó mi oficio de simple peón en el puerto. Tras ofrecerme una silla, me preguntó acerca de mi origen y educación.

—Pues yo estaba destinado a seguir los pasos de la Iglesia y ser, como quería mi madre, sacerdote. Estudié teología en el seminario, leí a santo Tomás y a san Agustín, pero no tenía suficiente fe.

—Eso es algo común en estos tiempos, quizá fuera otro tu destino...

—Sí, señor, así lo creo también. Yo fui a la guerra grande.

—¿La guerra contra la Revolución francesa?

—Sí, señor, la guerra de los Pirineos, contra los enemigos de la fe.

—Vaya, ¡qué gran experiencia para tu edad! Y dime, ¿te hirieron en combate?

—No, gracias a Dios y a la Virgen del Milagro no fui herido, pero vi morir a muchos de mis compañeros.

—¿Y qué te pareció la guerra?

—No lo sé, señor. —La pregunta me obligaba a pensar—. Fue algo excitante y horrible a la vez. Una cuestión de honor y de deber.

El comerciante se quedó pensativo.

—Bueno —dijo—. Ya que me has ayudado tan bien, me gustaría contar contigo para un cargamento de té que viene el lunes.

—Estaría encantado de servirle. Soy fuerte y no temo el trabajo.

Me dispuse a marcharme.

—Nos vemos en la Fonda de los Tres Reyes, con permiso de Napoleón, que quiere prohibirnos el comercio con el inglés.

Se trataba de una partida de té de la India, una planta de cualidades medicinales, mercancía clandestina por el bloqueo. Pero el contrabando era

habitual entre todos los estamentos del puerto. El señor Ferrer me contó que le hubiera gustado ser marino y conocer el mundo, pero los años habían pasado. Quizá, su falta de valor juvenil para la aventura había acentuado en él la curiosidad intelectual y así, además de importar productos exóticos y de exportar a las colonias telas de seda y algodón, era coleccionista de mercancías exóticas. Si llegaba un cargamento de especias o de quincallería, era el primero en pujar. Su experiencia le permitía superar barreras y aduanas recurriendo a veces a ciertos sobornos que le permitían comerciar con los objetos más pintorescos. Don Albert pertenecía a la clase de los *ilustrados*, personas leídas y afrancesadas, de espíritu filantrópico. Un hombre curioso ante la ciencia y las artes, ávido de aprender.

Desde que el Reglamento Real de Libre Comercio había permitido a Barcelona comerciar con las colonias, la ciudad había prosperado y de esa prosperidad se había beneficiado España entera. Don Albert había creado una compañía próspera y una pequeña fortuna gracias a la bonanza comercial de los últimos años y a su capacidad para hacer contactos. Su negocio consistía en comprar cuanto fuera vendible para colocarlo en las boyantes industrias en las más elegantes de las casas. Sus clientes eran de toda clase. No frecuentaba a los viejos aristócratas, pero conocía a los industriales que necesitaban de su capital, y de los préstamos que podía conceder, gracias a su saneada economía. Estaba convencido de que el futuro de la humanidad residía en el comercio universal. Comerciar significaba ejercer el don de la palabra, la vieja oratoria de los griegos y el espíritu emprendedor de los fenicios.

—Mira a aquel italiano, Marco Polo, el veneciano, ¿has leído el *Libro de las Maravillas*? Si las naciones se dedicasen a comerciar en vez de a batallar, se podría realizar el sueño de la fraternidad entre los hombres.

Yo le escuchaba con la devoción de un alumno aventajado, aprendía y me empapaba de sus inquietudes sobre el futuro.

—El bloqueo de Napoleón será una amenaza para todos. Francia e Inglaterra

se disputan como chacales el dominio del mundo. Y en medio queda España, que acabará despedazada entre las dos.

Guardaba en sus almacenes toneladas de materias primas, junto a tesoros imposibles de conseguir. Muchas noches los estibadores hacíamos servicios especiales, fuera de los ojos de los aduaneros. Tras una larga jornada nocturna, me senté con él en una mecedora de ratán, fumando una pipa de opio. Entonces apareció su hija, Nuria. Fue la primera vez que la vi. Saludó con un cariñoso beso a su padre. Me incorporé mientras inclinaba la cabeza y me quitaba la gorra de peón, deslumbrado ante sus ojos y su esbelto talle. Pasaron como un destello sus cabellos castaños y su piel color de miel. Avergonzado de mis ropas bastas de mozo de almacén que revelaban la baja condición social, disimulé como pude la turbación. Su padre me presentó como el seminarista miguelete que había descubierto, junto a otros tesoros, escondido en el puerto. Yo encontraba encantador cada gesto de la muchacha; me sentía fascinado. Ella me contó que recibía a domicilio clases de piano y de costura, que leía en francés poemas de Lamartine, que le encantaba un libro llamado *La Nouvelle Héloïse*; libro prohibido, pero inofensivo para su progenitor.

Nuria Ferrer poseía un aire sencillo y virginal. Un ser perfecto a quien adorar, objeto de culto para enterrar la imagen que tenía de cualquier mujer en casa de Madame Gabrielle. Esa muchacha inocente era la hija del próspero comerciante que me daba de comer. Ella, consciente de su capacidad de coquetear, fingía interés por mí y acto seguido se mostraba fría y esquiva. No debía hacerme ilusiones. Intuía que me aguardaba un largo calvario de dolor si me empeñaba en luchar por ese sueño inalcanzable.

Don Albert era un hombre campechano, pero las diferencias entre su hija y yo constituían un foso abismal, infranqueable. Pero deseaba entregarme, sucumbir. Me había podrido por dentro y necesitaba salvar mi espíritu, limpiar mi corazón. Y ese sentimiento también se hallaba inspirado, sin ninguna duda, en el recuerdo de mi madre.

En la Navidad de 1824, Mariana visitó al maestro. Se encontraba en San Narciso en una celda aislada. Le había llevado un abrigo y dos mantas de lana, un cesto con embutidos y queso, vino y aguardiente. Fue con su padre y con Joanet, al que se le adivinaba ya el vello por encima de su labio superior. Habían llegado montados en la tartana de Josep, que no quiso entrar para ver al maestro, porque su encarcelamiento le hervía la sangre. Le prometieron que l'Arrosser le traería dos capazos con frutas y hortalizas, y que habían recogido comida y ropa de los vecinos de Ruzafa que, aunque no se atrevían a decirlo en voz alta, querían a su maestro. Le contaron que Josep se encontraba bien, y que lo esperaba para salir a pescar: por supuesto, le ocultaron la historia de la *razzia* de los voluntarios realistas en su alquería. Josep no había acudido a visitarlo para que no le viera las huellas de los golpes en el rostro ni en las costillas. El padre Record le enviaba un cariñoso mensaje; asegurando que vendría también a verlo.

—Decidle a todos que yo también los recuerdo con mucho cariño, muy dentro de mí.

Mariana sabía que al padre Record, el arzobispo le había encomendado elegir a trece testigos para declarar ante la Junta de Fe. Le hubiera gustado contarle que el párroco, a pesar de callar ante sus superiores y de estar vigilado por los voluntarios realistas, quería ayudar de corazón a Cayetano, y que tenía un plan para conseguir su libertad. Pero lo omitió en aquel momento. El alcaide y uno de sus alguaciles miraban burlescamente la conmovedora escena. El maestro abrazaba a la mujer que amaba y Joanet se dejaba acariciar el rostro y el cabello, cada vez más largo y enmarañado, mientras que don Ramón Gabino, el pobre Il·luminat, se le habían enrojecido los ojos por las lágrimas.

—¡Pero qué flaco estás! —le dijo Mariana besándolo, mientras su hijo exploraba la mazmorra y curioseaba hacia el patio—. Me han dicho que podré venir una vez al mes.

Cayetano preguntaba a su única familia por Ruzafa, por los muchachos que no podía educar, por los colores de la tierra y del cielo, por su barraca. Y por *Napoleón*, el pequeño y peleón perro ratonero, que vivía con Mariana, y quiso saber de *Apolo*, su caballo zaino, que había sido requisado con sus otros bienes y vendido en pública almoneda.

—¡Ojalá su nuevo amo lo trate bien!

El maestro añoraba su mundo. Y disfrutaba de Mariana, y de su hijo y de don Ramón. No lo habían olvidado, como le querían hacer creer los de la Junta. Hasta entonces, no había tenido otra visita que la de los frailes. La soledad era más dura que la prisión.

—El único consuelo que me queda es que me permiten entretenerme escribiendo.

Y les mostró con orgullo la destartalada mesita, la pluma y el pliego de papeles.

—Y, no sé si porque es Navidad, desde hace unos días me permiten también salir al patio unas horas. He conocido a otros desgraciados que, como yo, no tienen otro hogar que estos muros. La mayoría son unos desdichados que...

—¡Se acabó la visita! —interrumpió el alcaide, fatigado ya de aquella larga escena.

El maestro tonto, lo había bautizado el alcaide. Aunque los tenía bien puestos, según reconocía en su interior. «Con semejante hembra esperándolo y no hace lo que le piden los curas.» ¿Qué importaba ser cristiano o mameluco, si se seguía viviendo?

—Ya sabes que puedes venir cuando quieras. —El alcaide hizo que abrieran la puerta a la lavandera como si fuera una dama—. Puedes venir sola.

Mariana ignoró el comentario y subió al pescante de la tartana, mientras que Joanet y su padre se acomodaban en la caja del carro, entre los sacos de arroz y

de patatas. Los caballos doblaron el tiro, dejaron atrás las torres de Serranos, y se dirigieron hacia la plaza del mercado, entre gritos de arrieros y bufidos de bestias.

La iniciativa de ablandar las condiciones de la prisión del *mestre* había sido fruto del escolapio Ramo y del carmelita Guillén, respaldados por el fiscal Falcó. Pero también venía de la blanca mano de una misteriosa mujer que hacía donativos al alcaide. Cayetano ignoraba el origen de esos cambios y disfrutaba de los pequeños placeres que se le concedían. Aquella fría tarde salió a dar su paseo por el patio. Al llegar a uno de los rincones se detuvo ante un preso que tiritaba de frío y le entregó una de las mantas que Mariana le había llevado para el invierno. Era un bandolero de la ribera, llamado Tono.

—*Per què fa això, Gaietà? Açí tots furten, en lloc de donar les seves coses.*

[68]

También compartía con otros presos el tabaco y les daba conversación, sin respetar la distancia que marcaban los presos políticos respecto de los comunes. En la cárcel, todo se vendía o se compraba y él, sin embargo, daba lo poco que tenía. Los criminales lo miraban como a un bicho raro. Aquel maestro de escuela estaba encerrado porque no iba a misa. Podía librarse con una simple retractación. Por otra parte, el alcaide, que odiaba a los masones, parecía tener alguna consideración con él, sobre todo merced a las dádivas que recibía de una señora, una condesa sin nombre. El maestro y el editor Cabrerizo eran poco conflictivos para él, pero procuraba que siguieran separados, pues temía alguna conspiración liberal en su cárcel. «Menudo par de tontos. Uno encarcelado por publicar libros y el otro por leerlos.» También pensaba el alcaide en Mariana. «No he conseguido demasiado, salvo algún manoseo en la sala de espera.» Pequeños favores seguidos de algún bofetón. Se sentía contrariado, pero ¿acaso no era puta la lavandera?, se decía.

Mientras el corrupto funcionario contaba las onzas de oro recibidas, Josep Vivó había llegado a su puesto de la plaza del mercado, donde vendía los sacos de arroz y las libras de hortalizas de sus campos. Tenía allí un modesto tenderete,

cercano a los soportales de la iglesia de los Santos Juanes, bajo la estatuilla del *pardalot*, pequeña veleta de hierro del campanario barroco, sometido a la mirada de las gárgolas de la lonja, estatuas de demonios guardianes de ese templo pagano del comercio. Solo trabajando saldría adelante y recuperaría lo que había perdido en el ataque a su alquería. En el bullicioso mercado latía el corazón de la capital. Se vendían sacos de exuberantes lechugas y de rojos pimientos, capazos de naranjas y limones en invierno, racimos de uva en septiembre, junto a cuerpos de reses abiertas cada día, recién traídas del matadero, colgadas de afilados garfios y gallinas vivas en sus jaulas, puestas a la venta y a la espera de ser desplumadas. Y también en esa plaza atiborrada, medina de olores intensos, se podía ver la horca en la que eran colgados cada día bandidos e infelices varios, espectáculo que, de tan frecuente que era, ni siquiera llamaba la atención de los que venían a comprar comida.

Joanet y su abuelo se reunieron con Josep; mientras, Mariana, al salir de San Narciso, se encaminó por la señorial calle de los Caballeros hacia un palacio para llevar un canasto con ropa limpia. Trabajaba para aquella casa por intercesión del padre Record. Cuando tocó la aldaba del portalón, penetró en el patio de los carros con el ama de llaves.

—Traigo los vestidos de la condesa.

Ascendió por la escalera. Se asomó por los arcos ojivales que daban al patio y, aunque ignorante, quedó fascinada, como le ocurrió otras veces en esa casa, ante el artesonado del techo de roble, tallado como las celdas de una colmena, hasta llegar a la planta noble de los aposentos, donde la esperaba la dama de los donativos.

—Querida Mariana, no te arrodilles. Entra conmigo.

La condesa de Almodóvar le enseñó a hacer un gesto con los dedos. Con él se transmitían mensajes los miembros de una sociedad secreta a la que pertenecía la aristócrata.

—¡Hay espías hasta en los cuadros de las paredes! Nunca hables en voz alta.

Y recibió el fardo de ropa limpia. En su interior, entre vestidos y encajes, iba

escondida una carta. Y en ella se guardaban las esperanzas del hombre al que amaba Mariana.

El comercio era una de las bellas artes y un ejemplo para la civilización, según decía don Albert a sus compañeros de la Junta de Comercio y del Café del Perú. La Paz de Amiens, del 25 de marzo de 1802, entre Inglaterra y Francia, acabó con un siglo de guerras. A España, como aliada de Francia, le beneficiaba esa paz. Los corsarios ingleses hicieron tregua en sus asaltos y requisas en alta mar y quedó garantizado el tráfico de barcos en el Atlántico. La casa de comercio de los Ferrer floreció y alcanzó un capital de más de veinte mil libras catalanas gracias a varias expediciones venturosas de tejidos, vinos y quincalla, transportadas felizmente a Buenos Aires en ese año de paz y de prosperidad.

Yo había pasado, gracias a mi capacidad para las letras y los números, de ser un mozo de carga a secretario personal del señor Ferrer. Me familiaricé con las operaciones y las cuentas, anotaba asientos contables en los libros, gestionaba los registros de navegación, las letras de cambio y los pagarés, y comprendía y analizaba los riesgos y las ventajas de cada uno de los contratos y de los fletes. Don Albert me tomó como fiel consejero, más allá de sus propios socios capitalistas. Yo trabajaba con modestia y discreción en un pequeño despacho en las atarazanas del puerto, y con el pretexto de traer o llevar documentos seguía visitando la casa de los Ferrer. Vivía horrorizado porque algún día mi patrón se enterase de mi turbulento pasado de rufián. Hacía casi tres años que había cambiado de vida, pero eran muchos los que me podían reconocer, antiguos clientes de Madame Gabrielle, habituales del puerto, aunque me había esmerado en mi aspecto. Donde antes había ostentación, ahora vestía trajes grises y levitas. Mis patillas y mi lustroso bigote se habían transformado en un bigote fino, me había cortado el pelo y llevaba unas antiparras de empleado servicial y

cumplidor ante el señor Ferrer, que me trataba casi como a un hijo. Le encantaba verme dedicado al trabajo y las lecturas. Yo lo ayudaba a tomar decisiones en sus contratos y fletes.

Gracias a la creciente familiaridad de mi patrón, que encontró en mí un afín espíritu inquieto, ávido de conocerlo todo, se atrevió una noche de tertulia a descubrirme el más valioso de sus tesoros. No se trataba de cualquier cargamento de especias, ni de un cofre lleno de monedas, o de un baúl repleto de lujosas telas indianas. Se trataba de un tesoro de papel: una gran biblioteca de libros prohibidos, que escondía a salvo de la Inquisición, en el fondo de su sótano. Con un dedo en los labios, para solemnizar aún más la revelación de que me hacía partícipe, abrió un falso tras la despensa y señaló una estrecha escalinata que se adentraba hacia las entrañas de su mansión. Aquel subterráneo había sido una cripta romana, un foso funerario sobre el que se había construido la mansión, según me contaba mientras descendíamos los peldaños hacia el fondo.

A la luz de un candil, quedé fascinado. Bajo la larga bóveda se disponían estanterías repletas de volúmenes, que con la débil luz parecían odres de buenos vinos, madurados en el vientre de una bodega. Allí dentro, don Albert parecía otra persona. Por un lado, su rostro adquirió una expresión misteriosa al alargar hacia mi mano las obras prohibidas más condenadas y perseguidas en España.

—¡Que no se entere ninguno de tus ensotados amigos!

Hojeé entonces las páginas de *Du Contrat Social*, manual de perversión satánica para los pueblos, según recordaba de mis preceptores de San Ramón. Y también las primeras páginas de *L'Émile*, también de Rousseau. Y de los *Principios de la Filosofía*, de Montesquieu; las memorias de Diderot; de *Cándido* y de *Zadig*, de Voltaire.

—¿Conoces la lengua francesa?

Yo asentí con la cabeza. Era cierto, aunque solo en parte, pues desde niño tenía gran facilidad para las lenguas. Me sentía estremecido.

—No tengas miedo de los libros. No muerden, ni te van a quemar si los tocas.

Ellos han abierto nuevos caminos al hombre.

Yo seguía hojeando *Du Contrat Social*.

—A lo mejor este libro es demasiado teórico. Empieza por este otro. —Me dio *Cándido*, traducido al castellano—. Te lo recomiendo, lee este libro y te divertirás. Su autor era un hombre inteligente y valiente. Voltaire, que se llamaba François Arouet en realidad, sufrió persecuciones por su carácter satírico. Su agudo ingenio era como un puñal, y por eso no lo soportaban los poderosos. Léelo y me cuentas.

—Pero, señor Ferrer, los sabios de la Iglesia condenan estas perniciosas lecturas. Según dicen son las culpables de los horrores de la revolución...

—Bah, hablas como el curita que ibas a ser; temeroso de saber y de pensar por ti mismo. Lee *Cándido*, y verás cómo te ríes de tu propia ingenuidad.

—No lo sé, señor, pero hay libros que corrompen el alma, no me atrevo...

—Oh, vamos, no te creas esas majaderías, muchacho. Sacúdete el polvo de la sotana que estuviste a punto de llevar. Ningún libro corrompe realmente a nadie.

—Si usted supiera la sangre que he visto por culpa de los libros impíos...

—¿Y tú crees que estabas en el bando correcto? La grandeza de los hombres y de las naciones depende de su valor para liberarse del fanatismo y de sus yugos.

—Eso mismo me decía un francés que me entregó, antes de morir, un pliego con los derechos del hombre y del ciudadano. La verdad es que lo he leído y no me ha parecido tan peligroso...

—Claro que no, hijo mío. Ese texto es hijo de estos pensadores. Pensar es una facultad humana, la más exclusiva de nuestra especie y, sin duda, la más preciosa. Es siempre un acto de libertad; la mente puede viajar donde quiera y como quiera. El pensamiento del hombre es fruto de su libertad y la libertad es hija del pensamiento.

—No sé —repliqué, confuso—. Hay que tener principios, y limitar el libre albedrío. No todo lo escrito en los libros puede ser bueno. Los hay heréticos e inmorales, que hablan de orgias y de pecados. El hombre tiene bajas inclinaciones...

A pesar de nuestras diferencias se entabló un lazo de entendimiento. Me acordaba de su conversación mientras cuadraba las cuentas de los áridos libros. Empecé a opinar por mí mismo de la mano de esos pensadores. ¿Por qué había oído en tantas homilías su condena? Me encantó la lucidez de Rousseau, y el humor de Voltaire. ¡Qué verdades más grandes se podían decir por medio de la punzante ironía! Yo descubría, página a página, aquel mundo de ideas y de entretenimiento, leyendo por las noches, acurrucado bajo una vela, en la modesta habitación de la fonda en que vivía, ocultando a los ojos de la dueña a mis amigos de papel, a los que cubría con las tapas de viejos libros religiosos que aún conservaba. El señor Ferrer me comentaba los cambios revolucionarios, inspirados en la bondad del hombre natural, corrompido por la sociedad, del que hablaba Rousseau, y estuvimos toda una tertulia comentando las *Cartas persas*, de Montesquieu. En España, José Cadalso había escrito también otro libro en el que se mostraban las costumbres de los españoles desde el punto de vista de un viajero extranjero, las *Cartas marruecas*.

Un día, el señor Albert me llevó al rincón más oculto de su biblioteca y, con tono confidencial, me mostró unos tratados y manuales que hablaban de los rosacruces y de los iluministas, las bases y los principios del Gran Oriente, sus ritos y jerarquías, y un libro que jamás podría volver a olvidar. Se titulaba *Les secrets de la maçonnerie*. Tenía en mis manos una obra maldita escrita, tal vez, por el mismo diablo.



—¿Qué significa ese compás y esa regla?

—Nada temible. ¿No sabes que todo arquitecto necesita de ellos?

—¿Arquitecto? ¿El constructor de qué?

—El arquitecto del mundo. Ese Dios, GOD o GADU. Llámalo como quieras. ¿Y quién dice que los que creen en la libertad no sean de principios? Lee la Declaración de Independencia de esa república nueva, los Estados Unidos de América. La redactó un hombre cabal, Thomas Jefferson, masón por otra parte: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que ofrezca las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad.» Este texto está escrito por masones estadounidenses. ¿Crees que el mensaje de estas líneas va en contra de cualquier dios?

Me quedé en blanco. Después balbuceé una pregunta.

—Don Albert... ¿Acaso es usted...? ¿Un masón?

En enero de 1825, el rey se retorció en su lecho de muerte. Desde hacía días, un furioso ataque de gota lo obligaba a permanecer en la cámara amarilla, entre sábanas sucias por sus excreciones, envuelto de paños y emplastos. Apenas podía reconocerse el rostro desencajado, hinchados los labios a causa de brebajes bebidos durante noches, con la nariz roja e hinchada; sudoroso el grueso cuello, que pugnaba por emerger del camisón; inflamados los brazos y las piernas; asaeteadas sus articulaciones por los cristales del ácido úrico. El monarca parecía un muñeco deforme, encogida su figura rechoncha en las sábanas, dispuesto a emprender el último viaje entre calenturas y emplastos, lienzos de fino encaje francés y pringosas mantas, blasfemando y rezando a la vez. El médico de palacio, charlatán con ínfulas de aristócrata, adulador de oídos cortesanos, lo colmaba de ungüentos y mejunjes, remedios inspirados en la ciencia de los humores, que ni aliviaban el dolor ni curaban al enfermo. Y Fernando agonizaba del mal de emperadores y reyes, grandes comedores de carne y vísceras, con la dignidad rota. ¿Hacía Fernando balance de su vida? ¿Era capaz de aceptar lo nefasto de su reinado?

Calomarde lo animaba desde la cabecera de la cama. Antes parco, el aragonés repetía en tan dramático trance frases hechas sobre la providencia de Dios, y alababa la ciencia del galeno traído por él a la Corte. Pronto curaría a su majestad y se acabarían los dolores, gracias a su arte. Ante el lecho de luto, la devota reina Amalia repasaba las cuentas y desgranaba los misterios de su rosario, aferrándose de rodillas a una estampa de la Virgen a quien rogaba que no se llevase todavía a su esposo, marido infiel y pecador, pero al que debía un hijo. Junto a la devota reina, el infante Carlos María de Isidro de Borbón y Borbón se

erguía atusándose el rubio bigote, fatuo como un pavo real, mientras se tapaba la nariz con un blanco pañuelo. Estaba a punto de desmayarse por la náusea que le causaba la agonía de su hermano, pero se mantenía altivo, como correspondía a su rango, mientras murmuraba con fingida piedad una oración. Al tiempo que oraba, su mente escapaba de la alcoba imaginándose ya, en los albores de ese año de gracia, coronado como Carlos V de España. Dios se llevaba a su taimado hermano sin hijos, castigado por Dios por alejarse de la tradición católica. Era una desgracia que le permitiría salvar a la patria.

Carlos María de Isidro se sentía llamado por Dios. Su mente urdía los pasos a seguir tras la muerte de su hermano. Primero ordenaría un magnífico funeral y una ceremonia de coronación, presidida por el arzobispo de Madrid. Y luego emprendería la misión de devolver a España al esplendor de Felipe II. Restauraría la Inquisición y reconquistaría el perdido imperio de América, acabando con Simón Bolívar y con San Martín. Su mano no temblaría en la defensa de la monarquía. Pocos ministros seguirían con él, salvo Calomarde, y nobles como el duque del Infantado, junto con militares leales y algún obispo, formarían parte de su valiente gobierno.

Un corrompido aire de conspiración palaciega, un hedor a traición y a veneno instilado en copas de plata, servido con cocidos y carnes rojas, se respiraba en la cámara amarilla. No se debían abrir las ventanas, pues según el doctor De la Rosa ese cálido espacio, en torno a la chimenea, preservaba del aire invernal. El confesor del rey, con vitola en sus hombros, leyó la carta de san Pablo a los corintios y recitó un capítulo del Eclesiastés. Y esparció incienso de un pequeño frasco, como si pudiera exorcizar la presencia del maligno, causante de la enfermedad.

—Hay una tierra para los vivos y otra hay para los muertos. ¡Que Dios perdone al rey! Que perdone sus pecados y, sobre todo, que no dejó que la Inquisición volviera por sus plenos fueros.

El confesor acercó la hostia a la boca del rey, que, en un gesto insólito, rechazó de un manotazo la sagrada forma. Aquella profanación sacrílega

provocó la estupefacción de los presentes, que dudaban de si era fruto de su maldad o de los estertores del furioso dolor. Moriría sin confesar aquel rey lascivo, falso y traicionero, al que el Todopoderoso aún podría perdonar sus faltas si se acogiera el moribundo al beneficio de la extremaunción.

—¡Que venga Antonio! Dejad que entre Ugarte...

La boca del monarca, ahogada por la saliva con que se atragantaba y por el espasmo de sus estertores, pronunció con gran esfuerzo el único nombre de los cortesanos de palacio a quien tenía por verdadero amigo. ¡Antonio de Ugarte, su mejor rival en el billar! ¡Su *Cicerone* por los burdeles de Madrid! Pero Antonio no estaba en su lecho de muerte, alejado de palacio por Calomarde, pues se le había encomendado una misión de Estado en Andalucía. Estaría quizás en aquellos momentos solazándose en sus posesiones de Cádiz, sin duda en brazos de una bella andaluza, mientras que el rey Fernando, que tanto lo quería, agonizaba reclamando su entretenida presencia.

Fernando VII moría cuando apareció don Francisco de Cea Bermúdez con el rostro desencajado. No se le había avisado por ningún camarero del rey del empeoramiento repentino, pero sus redes de informadores le habían puesto al corriente, en cuanto vino de Valladolid. Tadeo Calomarde acogió con una disimulada expresión de fastidio la llegada de su rival, que ocupaba un puesto por encima del suyo en el Gobierno. El infante don Carlos abandonó sus elucubraciones y sus sueños para mirar a aquel secretario, que nunca fue de su agrado, pues Cea Bermúdez era un moderado, apoyado por los franceses. El confesor real interrumpió la extremaunción y la reina dejó de rezar, mientras señalaba al galeno de Calomarde el camino de la puerta.

—Le ruego que salga de esta cámara. No necesitamos más de sus servicios.

—Pero, señor, estáis en un error, ¡yo soy el médico del rey!

—Lo habéis sido hasta ahora, pero en este momento se os sustituye.

Entre las competencias del secretario de cámara existía esa facultad de nombrar y destituir al médico del rey. Tadeo Calomarde se interpuso ante su superior.

—He traído a la Corte al mejor médico de España.

Apareció un hombre de unos cuarenta y tantos años, con el rostro castigado por la vida, mal vestido, que portaba un maletín, junto a una mujer, enfermera sin hábito de monja, a la que presentó como persona de su confianza.

—Majestad, os presento al doctor Castelló. Está aquí para salvaros.

El nuevo doctor pidió que se abriesen las ventanas, pues, según dijo, el aire estaba colmado de malos augurios. Desplegó un pequeño arsenal de frascos de cristal y pidió a las damas de servicio calentar nuevos paños y compresas, y que se preparasen infusiones de hierbas con agua de Solán de Cabras.

La augusta comitiva permanecía fuera, aguardando ante la puerta, mirando de refilón el interior de la estancia, donde el aire corría a través de las ventanas abiertas.

—El rey tiene los miembros agarrotados por la gota —informó el doctor—. Todo es fruto también de una mala dieta... Y hay que reducir la inflamación o dejará de respirar...

Acompañado por la mujer a sus órdenes, el doctor Castelló se dispuso a salvar la vida a quien había destrozado la suya, fiel al juramento hipocrático.

—¡Que cambien las sábanas! Abrid puertas y ventanas...

—*Oh, mein gott* —dijo la reina Amalia—. ¿Quién es este doctor?

—No quiero nada sucio en mi presencia; su mal se ha complicado con una infección.

Retirada la ropa sucia, procedió a masajear al enfermo. Los cristales del ácido úrico habían invadido las articulaciones y provocaban dificultades de respiración.

—Bebed varias cucharadas de este jarabe.

El monarca, incapaz de rebelarse, abrió la boca y bebió una cucharada de líquido espeso y sabor repugnante. Don Carlos contemplaba la escena. Se preguntaba quién era el recién llegado. Si su hermano fallecía, podría acusar a Cea Bermúdez de su muerte y destituirlo de forma fulminante. Fuera quien fuera

ese médico, ni él ni la Virgen podrían resucitar a su hermano, que debía poner su alma en manos de Dios.

El nuevo médico parecía el hombre más poderoso del reino, mandaba salir a los más ilustres visitantes de la habitación amarilla. El derrocado galeno se retiró contrariado, con un mohín de desprecio. Transcurrieron largas horas. En el salón Gasparini corrió el rumor de que Bermúdez había sacado al misterioso doctor de una prisión, donde le aguardaba la ejecución o una larga condena por su condición de liberal y de masón. «Y en manos de un enemigo así se pone la vida del rey», se escuchó comentar en los corrillos. Ignorando los cuchicheos, el doctor Castelló extrajo de su maletín jarabes y una pomada que pidió esparcir en las extremidades hinchadas del rey. Por un momento, pensó que su juramento hipocrático le obligaba a traicionar sus ideales. Aquel hombre que estaba en sus manos había ordenado la muerte de familiares, amigos y colegas de la medicina, aplicaba el tormento a los débiles, mientras que él aliviaba su dolor, fruto de la glotonería y del vicio. Era un enfermo difícil y quejica. Recordó las teorías del padre Vitoria, que planteaba la licitud de ejecutar al tirano. ¿No acabaron así Nerón, Calígula o Pedro el Cruel?

Cea Bermúdez había ordenado que se rescatase al doctor Castelló de entre los presos que abarrotaban las cárceles de Madrid. Lo habían encontrado en una mazmorra, hacinado, en espera de su ejecución. El ministro de Estado y secretario del rey lo puso en libertad por unas horas. Le devolvió su dignidad y los instrumentos de su oficio y le exigió que demostrase su fama como médico. Había salvado, según contaban, muchas vidas en la guerra de la Independencia, acompañado en las campañas a los heridos, observado y aprendido de su pelea a brazo partido con la muerte. Como buen patriota, había rechazado las ofertas de colaboración de Murat y de José Bonaparte, y había permanecido fiel al rey Fernando, cautivo en aquellos tiempos, para convertirse luego en partidario de la Constitución. En cambio, ese rey que perseguía a los constitucionales le suplicaba que lo salvase. ¿Habría tenido el rey piedad con él?, se preguntaba.

¿No había cerrado universidades, encarcelado a catedráticos, a parientes de él, acusados de liberales? Ayudaba a salvar al monstruo que le había encarcelado.

A la mañana siguiente, con uniforme de luto, el hermano del rey se presentó en la antecámara de Carlos III y repasó mentalmente las palabras de dolor, y las alabanzas póstumas, que tenía preparadas para la ocasión. Ante los retratos de sus padres, pintados por Goya, el de Carlos IV y el de María Luisa de Parma, se puso de rodillas y se sintió apoyado por ellos. Después de acicalarse ante el espejo central, entró en la cámara amarilla. Fernando dormía. El confesor real se marchó tras administrar la extremaunción.

—*Ego te absolvo peccatis tuis. In nomine patri, et filii, et spiritu sancti...*

Carlos se acercó para observar al que creía convertido en cadáver.

—Que Dios te tenga en su gloria, hermano...

El doctor daba una cabezada en un sillón, tras la larga noche de combate contra la muerte, cuando se levantó como un resorte.

—¡Chitón! ¡No despertéis al rey!

—¿Despertar? Pero si...

—Ha pasado la crisis, y ahora respira bien. Habrá que proseguir con el tratamiento. Aún quedan unos días de convalecencia y de reposo, por lo que solicito que os marchéis. Ya os comunicará mi parte el secretario de despacho...

—Pero ¿qué droga o qué pócima le habéis dado?

El infante don Carlos, el futuro Carlos V, no podía creer lo que veía. El moribundo parecía ahora un niño feliz, arropado entre sábanas limpias. Su nariz resoplaba sin ahogos, su cuerpo descansaba en los brazos de Morfeo. ¿Era ese médico un santo sanador?

—Si queréis el bien de vuestro hermano, dejadlo en mis manos. No quiero que nadie lo importune en los próximos días. El rey va a mejorar, os lo aseguro...

—Espero que así sea... ¡Vuestra cabeza está en juego!

Pedro Castelló Ginesta había salvado al verdugo de los suyos. Había cumplido con su deber hipocrático con infusiones de colchicina, una planta de otoño capaz

de detener el mal agudo de gota. El destino de España no caería en manos de Carlos.

—Y en cuanto se recupere un poco, que pasee por los jardines de palacio.

El infante se peinó ante un espejo de la cámara de Carlos III. Veía su porte de hombre apuesto: alto y rubio, como Godoy, buen amigo de su madre. Lucía bien en la Corte, como caballero de augusta presencia, guapo como un chulapón, pero con distinción y clase, bien plantado y gallardo. Y con tres hijos sanos, futuros herederos del trono. ¿Acaso no sería él el más hermoso de los reyes de España?

El 4 de octubre de 1802, Barcelona se vistió de gala. Mi memoria es tan clara y diáfana como aquel bello día de otoño. La luz de aquel día llega hasta mi celda, me devuelve el fuego de la pasión de aquella edad y yo era joven y fuerte, y planeaba estar cerca de la mujer que amaba. Estaría cerca, aunque ni siquiera había podido rozar nunca su mano con mi mano. El amor, esa ingenua ilusión que vuelve locos a los hombres, invadía mi atolondrado corazón como invadía la ciudad la ilusión de que iba a ser el escenario de la boda de los herederos del trono, la boda del siglo que acababa de empezar. ¡Era tan bobo, entonces! Mientras yo soñaba con Nuria, don Fernando, el príncipe de Asturias, y la infanta María Antonia de Nápoles iban a celebrar su boda en nuestra ciudad por todo lo alto. Pero también tenía aquel enlace un lado de cuento fantástico, de esos que deshacen las ilusiones más grandes de los niños.

La jovencísima dama descendió de la fragata con que había venido desde Italia, junto a su séquito. Los empleados de las casas de comercio y los mozos de carga, liberados de nuestras labores para la ocasión, acudimos a presenciar el navío y el séquito reales, alzando al aire nuestra gorra y nuestro pañuelo para aclamar a los futuros reyes de España. El príncipe la esperaba al final de la pasarela, y la italiana se acercó al que era ya su marido, según la Iglesia. Se habían casado por poderes, hasta que la muerte los separase. Se tambaleó, y de no ser por varias damas se habría caído al agua. Cuando miró de cerca a su príncipe, se desmayó. La abanicaron y la alzaron de la plataforma y volvió a desmayarse. Ante tal recibimiento, se dijo que la princesa venía mareada por la travesía, en especial por el mistral del golfo de León, pero las malas lenguas dijeron que el vahído se debía a la contemplación del príncipe.

Los dos jóvenes, primos hermanos, eran ya marido y mujer, por poderes, meses atrás, y no se habían visto todavía. En aquel enlace se depositaban las esperanzas de los Borbones y del pueblo español. La ciudad estaba engalanada con banderas y guirnaldas. Para la ocasión se habían limpiado las calles y las plazas, expulsado a mendigos y maleantes. El dinero circulaba con alegría, daba gozo ver las fondas animadas y los cafés bulliciosos, gracias a los forasteros llegados para la ocasión. Las casas de los nobles recibían a los de su linaje, las fondas estaban abarrotadas y las casas particulares alquilaban habitaciones a precios desorbitados, dada la importancia del evento real. Los pasquines colocados en las esquinas ofrecían detalles del enlace y floridos versos de bienvenida. Se exaltaba la belleza de la princesa y la caballerosidad del príncipe. Los festejos durarían meses y vendría lo mejorcito de la Corte. Se hablaba del encuentro y circulaban los chismes, de los que todos nos hacíamos eco.

La princesa pertenecía a la familia de los Borbones, como el novio, y había sido precisa dispensa papal para el enlace. Los comentarios iban y venían. ¿De qué si no se iba a hablar en las tabernas? El rostro de la princesa era todo un poema, aunque se cubriera con un abanico y anduviese acompañada de alguna dama de la Corte, que la protegía con una sombrilla. Quienes tuvimos la fortuna de verlos de cerca, comprobamos que el príncipe tenía un aire tosco, de mozo de taberna, y que en su perfil destacaba su gran nariz. La princesa, en cambio, parecía una muñeca de porcelana. Era la jovencísima italiana muy delicada, una rubia grácil, de las que nunca salieron de los algodones de palacio. ¡No sabía ella lo que había de feo en el mundo! Cada vez que se veía a los novios, el rostro de la princesa denotaba gran incomodidad y un mal disimulado desagrado. La madre de la niña la había convencido de que su esposo era un joven apuesto, haciendo una descripción benevolente de él. La única imagen que tenía la princesa venía en un cofrecito. En él se veía a un joven, más feo que guapo, pero no tan horrible como el original. Sí, el del retrato era todo un Adonis en comparación con el real. El embajador en Nápoles la había engañado, describiéndolo como un buen mozo, despierto y amable. No era nada de eso;

más bien era un joven vulgar y grosero, como pudo comprobar desde el primer momento. Era bastante feo, el príncipe, y se lo veía torpe como un pato, aunque para nosotros era tan hermoso y grácil como el mismo Apolo.

La alegría era contagiosa y nos entretenía ver a lo más granado de España. Así distinguimos a su alteza Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, el príncipe de la Paz, y vimos muy de cerca a otras autoridades, como a don Pedro Cevallos, secretario de Estado y consejero y a don Carlos Caracciolo, el embajador del reino de las Dos Sicilias. Y aplaudíamos en su balcón a la «Santísima Trinidad», o sea: al rey Carlos IV, a la reina María Luisa y a don Manuel Godoy. Yo llevé a Nuria hasta el puerto, asegurándonos un mirador privilegiado. Vino ella, como correspondía a las damas de su clase, escoltada por una doncella de su servicio, y acompañados de carabina vitoreamos a los grandes del reino. Hubo un momento, cuando la multitud nos rodeaba, que me atreví a coger la mano de Nuria, aprovechando que la doncella se había perdido entre la gente.

Sentí cómo mi amada dejaba que le rozase la palma y los dedos con los míos, aunque al reaparecer Marieta, la fiel criada, disimulase apartándome la mano. Saltábamos de alegría celebrando al rey y al príncipe de Asturias. La familia real, bajo sus pelucas, nos sonrió con una expresión un tanto bobalicona. Nada sabíamos del heredero ni, por supuesto, de sus escasas luces para las ciencias y las letras, o de que era incapaz de aprender nada sobre geografía, matemáticas o francés. Ignorábamos sus costumbres sedentarias y que renegaba de cualquier ejercicio. Con todo, veíamos en él a un ángel, víctima de las conspiraciones palaciegas de Godoy, que lo había alejado de su madre, que lo despreciaba. Ignorábamos que el príncipe, por soledad o por una desconfianza innata, había desarrollado un carácter rencoroso. Sentíamos deseos de que reinase cuanto antes. Vimos también a su preceptor, al canónigo Juan de Escoiquiz, pero no sabíamos cómo este personaje retorcido había pervertido a nuestro príncipe, casi tanto como su madre. ¡Ah, perversa Mesalina que engañaba a su esposo!

Nuria y yo seguimos a los príncipes y disfrutamos de las alegres verbenas. «¡Viva el príncipe! ¡Muera el Choricero!», oímos a algún exaltado, cerca de

nosotros. Fernando restauraría el honor de la monarquía, según creíamos, aunque a la princesa italiana se la veía triste bajo el velo del protocolo, como si estuviese a punto de estallar en lágrimas en medio de los actos públicos junto a su esposo. Ahora comprendo que la princesa intuyera el patético porvenir de su vida, atada a aquel hombre de aspecto rudo y cruel. Nosotros estábamos ciegos, lo considerábamos víctima de una familia perversa, según los chismorreos del reino. Ya no existía respeto por los padres del rey.

Se conocía bien la promiscuidad de la reina María Luisa, esa mala madre, fea como un pecado, avejentada, con aire de bruja, que aborrecía a su primogénito, mientras mimaba a sus últimos hijos, rubios y bellos como Godoy. Y Fernando odiaba al advenedizo valido y tramaba su venganza. Por eso el valido buscaba apoyarse en una potencia extranjera para mantenerse en el poder. Napoleón Bonaparte era una estrella ascendente, y el favorito de los reyes quería tener de aliado al vencedor de los mejores ejércitos de Europa. Se sentía solo en la Corte; lo odiaban los aristócratas y el pueblo a partes iguales, y quería contar con el apoyo de Francia y del hombre más poderoso del mundo. Lo que no sabía era que Napoleón no contaba para nada con él.

Las celebraciones fueron felices y abundantes, y duraron como las bodas de Canaán. Las campanas repicaban en todas las iglesias. Y Nuria y yo paseamos por las nuevas alamedas, con sus jardines y fuentes, y nos escabullimos de la criada del señor Ferrer. En la pila nueva del Pla de les Comedies, le dije que mirase las flores de piedra y la figura de un sátiro que la coronaba.

—¡Se parece a Godoy!

Nuria rio; mientras, por encima de nuestros ojos se elevó un gran globo aerostático. Era el ingenio volador del capitán Lunardi, que hacía un maravilloso vuelo, a más de doscientas toesas de altura, con asombro de todos, en honor a los príncipes. Cuando los ojos de mi amada se perdieron en el globo, y su boca quedó entreabierta, le rocé los labios con los míos.

—No sabes cuánto te amo —le dije en voz baja.

Ella me miró sin contestarme. Pero yo sentí que, en el silencio de sus labios,

sonaba de fondo un coro de ángeles que quería hablarme.

Los trece testigos serían hombres buenos. El padre Record estaba obligado a colaborar con la Junta para seleccionarlos y hablaba con labradores que no sabían leer ni escribir y que lo único que podían decir del maestro era lo contado por sus mujeres o por sus hijos, junto a anécdotas personales con el Polserut en las veredas de la huerta o en el mercado de Ruzafa. También recordaban cómo le habían echado una mano para construir la barraca donde daba sus clases, la primera escuela de la partida del Perú, costeadada por todos. Decían que el *mestre* les insistía para que sus hijos no abandonasen la instrucción, aprendieran a leer y a escribir y a llevar las elementales cuentas.

Los padres no aportaban gran cosa sobre la impiedad del maestro y preferían delegar en las mujeres y en los hijos, aunque carecieran de capacidad legal para comparecer ante la Junta. Los muchachos hablaban de las clases y del maestro, de su trato paternal y de que venía a sus casas cuando no habían podido ellos ir a clase, porque habían ido a ayudar a sus padres en el campo o estaban enfermos. Las madres sentían terror a comparecer ante los clérigos. El párroco apenas encontró personas dispuestas a defender la piedad cristiana de Ripoll, aunque algunos prometieran hablar de las virtudes humanas del acusado. «*Està més perdut qu'un porc en Sant Martí.*»[69]

Los vecinos que más podían ayudar al maestro estaban censurados por Toranzo. ¿Qué podía hacer por él? Recordaba las palabras del arzobispo. El mal se propaga como el fuego. El rollizo párroco iba de un lado a otro a lomos de su mula por la huerta, la viva estampa de Sancho Panza, como pescador de *hombres buenos*, aunque más bien fuera una quijotada intentar salvar al tachado de hereje. No era un héroe, aunque en su juventud... No podía jugarse, a sus cincuenta

años, esa existencia tranquila en San Valero, gracias a donativos, invitaciones a comer arroz los domingos, música de dulzaina y *tabalet* en los alegres bautizos y bodas, invitado a disfrutar de buena mesa y buen vino.

¿Y tenía que echarlo a perder por ese loco? Lejos quedaban sus tiempos de la guerrilla de Ascensio Nebot, y cuando luchó con él en la toma de Morella. Remota le parecía la época en la que se involucró con los pobres y en la protección de los indefensos, en dar limosna y sopa boba a los mendigos. Recordó cuando años atrás había escuchado a ese miliciano nacional que le había propuesto levantar una *escoleta* en la partida del Perú. Ripoll sí que era ese estúpido Quijote, un loco generoso y utópico y a él lo había convertido en su escudero, comprometido en esa lucha desigual contra los gigantes de la ignorancia. ¡Ah, si no fuera porque el catalán huía de los rezos y las rogativas, y no estuviera contaminado de ideas raras! Demasiado peligro representaba para él y para la comunidad. Y ahora tenía que buscar los testigos que quería la Junta. Bonita misión la suya, buscar la leña de su hoguera. Desde que fuera ordenado sacerdote y hecho el voto de obediencia, se había alejado de los líos y las turbulencias de la política. Se sentía incapaz de rebelarse, había envejecido; quería vivir tranquilo. ¿Cómo ayudar al dichoso maestro?

De regreso a su parroquia encontró en la plaza del mercado de Ruzafa, a las puertas de la taberna más concurrida, un tumulto de borrachos que bailaban a los sonos de una flauta y de unos campanillos. Se burlaban de un hombre, que andaba a cuatro patas con una capucha en la cabeza. Podía haberse encogido de hombros y meterse directo en la iglesia; pero, guiado por la curiosidad y por su deber de sacerdote, reconoció entre los burlones a su sacristán, Boro, *el Tort*, que se subía a los lomos del infeliz, vestido con un sambenito, al que golpeaba con una fusta.

—*Vinga, hereje cabró, arre que arre; que m'has d'arar el camp amb els collons.*[70]

Reconoció, al quitarle la capucha, al infeliz que servía de diversión. No era otro que el Il·luminat. El Tort y sus amigotes lo habían emborrachado de

aguardiente y organizado ese número a la puerta de la taberna. Le habían puesto un saco y una capucha de penitente y, para jolgorio general, hacían la parodia de un auto de fe.

—¡Animales! ¿Es que no tenéis humanidad? ¡Dejadlo en paz!

Don Vicente levantó del brazo al pobre loco para protegerlo de los burlones. Boro lo empujó entonces, sin respetar sus hábitos, intentando arrancar al Il·luminat de su regazo. No se dejó entonces amedrentar el padre Record, que, completamente alterado, pareció crecer dentro de los hábitos y, encarándose con el matón, le dio una sonora bofetada en medio de la plaza. Algunos de los presentes no pudieron aguantar la risa. Los que fueron testigos de la hazaña juraron que nunca habían visto así a su párroco. En el fondo, se alegraban de que el vicario colocara a Boro en el sitio que le correspondía. El sacristán se quedó paralizado, acariciándose las humilladas mejillas.

—¡Esta me la paga, padrecito! ¡Dios no está de su parte! —le dijo mientras el párroco y el pobre loco le daban la espalda.

Alguno de sus amigotes avanzó hacia don Vicente, pero este no se detuvo y los miró desafiante, hasta que le abrieron su camino hacia la iglesia, con el Il·luminat apoyado en su hombro. El pobre estaba a punto de caerse. Se había metido en la boca del lobo, pero se sentía orgulloso. Algo quedaba del antiguo guerrillero. Lo habían maldecido, pero se sentía en paz. No era tan cobarde, como él mismo pensaba, después de todo. Tras adecentarlo, se encaminó hacia la barraca de la lavandera.

Mariana Gabino enfureció al ver a su padre. Surgió la hembra guerrera que llevaba dentro.

—¡Yo los mato! ¡Cobardes!

Lo acostó en un camastro. ¿Otra vez la habían tomado contra él? ¿Hasta cuándo aterrorizarían a la gente buena? ¡No había justicia de Dios!, pensó mientras lo tapaba.

El padre Record asentía. Propuso a Mariana que le diera una infusión de hierbas y que le pusiera una compresa húmeda en la frente.

—Sí, *filla meua, uns fills de puta*. —Y tras una pausa en la que pareció convencerse de que lo mejor era olvidar, añadió—: ¿Entregaste la carta que te di a la condesa?

—Así lo hice.

—¿Y estás dispuesta a seguir hasta el final?

Don Ramón temblaba en la manta, sentado en la mecedora.

—Sí, padre, con todas sus consecuencias.

TERCERA PARTE

En la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca.

NAPOLEÓN BONAPARTE

Eppure si muove («y, sin embargo, se mueve»)

GALILEO GALILEI
(tras abjurar de la visión heliocéntrica
del mundo ante el Tribunal de
la Santa Inquisición)

El 2 de diciembre de 1804, Napoleón se coronó emperador. La nueva recorrió los cuatro puntos cardinales de Europa gracias a los diarios y al de boca en boca de los cafés. El corso hizo salir al Papa de Roma y lo llevó hasta la Corte de París. La ceremonia se celebró con gran pompa, el propio Napoleón se puso una corona de laurel y la abeja de oro de Carlomagno. Y, como los conquistadores de la Antigüedad, el nuevo César se propuso de inmediato engrandecer su imperio. Yo intuía que los grandes hechos que se comentaban iban a ser pronto parte de la pequeña historia de cada uno de nosotros, los infelices que vivimos nuestra vida en la Tierra, los seres insignificantes que ponemos la sangre y la carne con la que se hace la tinta de los libros de historia.

Aquella noticia anunciaba vientos de guerra, la principal enemiga del comercio. El señor Ferrer se había asociado comercialmente con los Puig, poderosos fabricantes de paños de algodón, y yo era el encargado en el puerto de organizar y almacenar los envíos procedentes de las plantaciones del Caribe. Las balas de algodón se destinaban a los talleres de los Puig, y los excedentes, a las fábricas entre Barcelona y Mataró, en las que confeccionaban las «telas indianas», que parecían prendas del Índico, retocadas y listas para vestir o decorar y que se vendían de vuelta en los mercados de América del Sur y el Caribe. Gracias a las exportaciones de la casa de comercio de Ferrer y a las manufacturas de los Puig en el Raval se obtenían grandes beneficios. Albert Ferrer y Domingo Puig se enriquecieron aún más, y llegaron a botar, de su propio peculio, una goleta para emprender varias travesías a La Habana con paños, y acopiar café y azúcar.

Además de la teneduría de cuentas, yo redactaba cartas comerciales,

albaranes, contratos y cédulas para mis patronos. Ellos contribuían con su dinero; yo, con el ingenio. Había aprendido rápido a modificar documentos sobre fletes y cargas. Cuando era preciso, lograba que la carga proveniente de un país neutral, con bandera de Nápoles o de Parma, por ejemplo, burlase el control de las autoridades y, por arte de magia, la carga de Inglaterra se convirtiese en procedente de Marsella o de Estambul para esquivar el ruinoso bloqueo impuesto por Napoleón a los puertos de Europa. Sí. Esa era la norma entre los comerciantes: sacar a flote la compañía e idear todos los trucos para obtener beneficios. Algún escrupuloso tachaba nuestras prácticas de *contrabando*.

A pesar de mi elegante y abotonada levita, y de las calzas de algodón que vestía como contable del señor Ferrer, me seguía mostrando retraído y huidizo cuando visitaba la mansión de mi patrono para tomar un té. Me quedaba desencajado y estúpido ante Nuria, con quien mantenía un silencioso duelo amoroso. Entre nosotros existían gestos, miradas cómplices e incluso mensajes en forma de misivas en pequeños billetes entregados por mí a escondidas. Sin embargo, desfilaban multitud de pretendientes y de advenedizos por aquella casa. Petimetres de toda condición, recibidos para tomar café en su salón y escuchar junto a la doncella una pieza de música interpretada por la casadera anfitriona.

Me hubiera gustado arrojar al mar a los rivales que rondaban a mi amada, destrozarse a machetazos a los vástagos de las mejores familias de Barcelona. Aristócratas arruinados, dispuestos a comerciar con sus títulos para saldar las deudas. Era el matrimonio una suerte de comercio: se ofrecía un título y un escudo de largo abolengo, se ofrecía a cambio de una plebeya fortuna, mejor si venía de la mano de una hermosa mujer. Y yo me preguntaba si el comerciante, de quien conocía sus ideas, caería en una de esas ofertas.

Y, sobre todo, me hacía una pregunta insistentemente: «¿Qué piensa Nuria de ese carnaval?» Me veía consumido ante la perspectiva de que mis ilusiones fueran un engaño. ¿Estaría volviéndome loco por una mujer coqueta y frívola? Se notaba por el lenguaje de sus mensajes que Nuria leía novelas sentimentales,

llenas de enredos y de desmayos, y que para ella yo representaba la imagen del enamorado sin esperanza. Odiaba con toda mi alma a esos señoritos, pandilla de rentistas y de hacendados, cuervos que merodeaban la casa. Pero yo no era nadie, tan solo un espectador de ese sainete. Un eficaz empleado de su padre, nada más. Ella jugaba conmigo, me sonreía y tentaba con ojos traviosos y, a veces, contestaba mis misivas, para alimentar mis ilusiones. Como me temía, el enigma se despejó. Adiviné la fatal noticia antes de que se hiciera pública, como algo previsible, que no deseaba admitir. Nuria se comprometió con el hijo de un industrial. Los padres cerraron el trato con un abrazo y la entrega de arras. Se casaba con Víctor Puig, el hijo mayor, *hereu* de varios talleres de paños indianos. Un botarate, depravado y libertino, que frecuentaba billares y burdeles, cuyo mayor mérito era que había vivido en La Habana, donde se había dedicado, junto a figurar a la cabeza de los negocios paternos, al tráfico de esclavos. No podía creer que mi patrón hubiera elegido a semejante canalla.

Nuria, tras la noticia del compromiso, siguió jugando conmigo. Un día me regaló, a escondidas de su padre, *Las desventuras del joven Werther* en una edición francesa. Leí aquel libro con emoción desesperada. Sí, yo estaba dispuesto también a volarme los sesos, como lo había hecho Werther ante el convencional matrimonio de Clotilde, su amada inalcanzable. Ese libro representaba mi tormento. A pesar de la frustración y del desengaño, me sentía amado por Nuria. Quería creer, en la comunión de nuestras almas; conservaba la fe en su pasión, me negaba a aceptar mi derrota. Yo era digno de esa mujer, pero ¿cómo podría un *pagès*, soldado de una guerra perdida, un simple peón elevado a secretario al servicio de su padre, romper aquel maleficio que me privaba de Nuria?

Entendía que si don Albert había tomado esa decisión había sido por razones lejanas a una imposible afinidad con su yerno. La guerra con Inglaterra había traído incertidumbre para sus sueños de prosperidad. Los barcos españoles volvían a ser interceptados por navíos británicos, bien de la *Navy* o por corsarios que actuaban con la impunidad otorgada por su graciosa majestad, y sus bodegas

eran descargadas en remotas islas del Caribe, cuando no en Plymouth o en Bristol. Recuerdo el día en que llegó la noticia de que dos de los navíos fletados por su compañía, con algodón de Florida, habían sido capturados cerca de Trinidad y el gran alboroto que supuso aquel duro golpe. Los acontecimientos dirigían el negocio hacia un mar de zozobras. El comercio con América decaía y esa realidad lo había llevado a echarse en los brazos de los Puig, porque si algo temía don Albert era la sombra de la ruina y la quiebra. Como yo conocía sus cuentas, supe que había pagado por anticipado cargamentos que no llegarían a puerto. La sociedad con los Puig le daba un respiro, aunque, ante la flaqueza del comercio, el dinero y la solvencia industrial imponían sus condiciones. Los nuevos socios acabarían comiéndoselo. La producción de telas indianas tenía futuro, en cambio el comercio por mar podía venirse a pique en cualquier momento.

La presencia de Víctor Puig, una vez publicado el compromiso, se hizo habitual en la oficina y en la casa del señor Ferrer. Yo odiaba a ese mequetrefe y empezaba a odiar a la persona que más había admirado hasta entonces.

Y lo que más me dolía era que Nuria no se rebelaba ante semejante monstruosidad. Desde un punto de vista mercantil, aquella unión tenía su razón de ser. La industria de paños de los Puig se aliaba con la experiencia mercantil de la casa de comercio de los Ferrer, y el enlace era como una «boda de Estado» para sellar ese pacto.

Víctor Puig venía cada día en una calesa distinta con dos esclavos negros de las Antillas, a los que obligaba a llevar una ridícula peluca blanca, además de vestir, en invierno o en verano, vistosas libreas rojas y blancas, con empuñaduras de encaje, lo que les daba un aire de pajes de carnaval o de feria.

—Son mis hombres de chocolate. Vigorosos y estúpidos, como buenos ejemplares de su especie, a los que he domesticado con la fusta, como a dos caballos tintos.

Los exhibía ante sus amigotes del Café del Perú, donde solía pasar la mayor parte del tiempo, mientras que su padre se desvivía por los talleres, a los que

había traído de contrabando, desde Inglaterra y gracias al señor Ferrer, dos máquinas Mule-Jenny, con las que se logró incrementar la producción de paños y telas indianas.

Lo que más me enervaba de «don Víctor», cuya ociosa presencia en la oficina se producía hacia el mediodía, eran sus fanfarronadas. Pretendía impresionarnos con sus hazañas marítimas, zafándose de corsarios y tempestades, y que nos rindiésemos ante las ínfulas de su pretendida distinción como *gentleman*. El señorito Puig intuía mi hostilidad y pretendía humillarme con toda clase de menosprecios. Yo sabía que, como secretario de su suegro, podía sobrevivir por mi utilidad en aquel puesto, al menos hasta que supiera qué hacer con mi vida, pero estaba a punto de estallar. El infame pretendía tratarme como a uno de sus esclavos.

—¿No nos hemos visto en otro sitio? —me preguntó una vez con tono burlón, mientras me clavaba sus fríos ojos azules.

«Claro que sí, canalla», dije para mis adentros. Había sido cliente de Madame Gabrielle, aunque con los años mi aspecto había cambiado lo suficiente para evitar que me reconociese.

—No lo creo —le contesté con una media sonrisa—, salvo que el señorito sirviera en la Guerra Gran bajo las banderas del rey.

—¿En la guerra? Oh, no, allí iban solo los pobretones. Quizá tu cara me suene de haberte visto por el puerto, o sirviendo aguardiente en alguna taberna.

Y luego apartó con desdén su mirada para recordarme mis obligaciones.

—Espero que tengas listo el flete de paños y que no haya un real fuera de control.

—Descuide, señorito Puig. El único peligro que nos amenaza son los piratas.

Nuestra rivalidad resultaba evidente. Tarde o temprano, en cuanto su padre y su suegro se lo permitieran, me pondría en la calle. Me trataba como al chico de los recados. No me gustaba demasiado ir de inspección al taller de paños, cerca de *les drassanes*, aunque reconozco que me fascinaba presenciar el milagroso proceso de confección de las telas. El barato algodón recogido por esclavos en el

Caribe llegaba desde el puerto al taller. Allí se desbastaban las balizas. El algodón se convertía en paño, en el que se estampaban colores y grabados exóticos, para de vuelta a América vender las telas indianas en los mercados de La Habana o de Buenos Aires.

Cuando por encargo del señor Ferrer llevaba algún pedido desde el puerto a la fábrica, me sentía horrorizado al descubrir que el infierno poseía una colonia en el taller de los Puig. Hacinadas en la larga casa sin ventanas, sin otra luz que la de gas por las noches, contemplaba a esas mujeres con sus hijos, entremezclados con las ruedas, husos y carretes, envueltos en el tufo caliente de un aire infectado por la peste de los tintes y el sudor concentrado. La mayoría de los jornaleros eran mujeres y niños entre los seis y doce años. Los hombres ocupaban puestos de «mayordomo», con el cometido de exigir el máximo rendimiento a los demás. Las devanadoras y las hilanderas enrollaban el hilo; las tejedoras los entrelazaban y, finalmente, las telas blancas las manufacturaban los grabadores y los pintadores.

Había que obtener grandes producciones en verano, para no gastar luz de gas. Los pedidos aumentaban, y aunque fuera por arte de magia las masas informes de balizas de algodón blanco se tenían que convertir en hermosos paños de colores. Trabajaban de sol a sol, de lunes a sábado. Una vez tuve que recoger un pedido de paños que fletar rumbo a América. Había que acelerar la producción y el acabado de las telas estampadas en veinticuatro horas, fuera como fuese.

Los trabajadores comían en los banquillos y permanecían en la fábrica más de quince horas cada día, mientras que los libros de salarios me mostraban que los Puig les pagaban como jornal unos pocos reales, la mitad a los niños. Aquellas humildes familias debían a sus patronos un infinito agradecimiento, pues los Puig los habían sacado de la miseria y del hambre en tiempos difíciles. Me hervía la sangre cuando volvía a la oficina. Don Albert se estaba viniendo abajo, y su casa de comercio, como muchos de los fletes atrapados por los piratas, temblaba. Solo había sobrevivido su negocio gracias a la asociación con las

manufacturas de paños. Quizá, si un día llegaba la paz a los mares sus exportaciones resucitarían.

El rey Carlos, instigado por Godoy, y este por Napoleón, comenzaba a componer una armada para luchar junto a los franceses contra la tiranía marítima de los británicos. Para reunir fondos, se habían incrementado los impuestos y las tasas del comercio.

—Señor Ferrer, lo encuentro abrumado. Y me parece que no solo anda así por la inseguridad de nuestros cargamentos. —Mi patrón no era la sombra de quien fue. Tenía el rostro compungido, a pesar de la alegría que se le debía suponer por la inminente boda de su hija—. Yo le quiero hablar con el corazón...

—Hablas con el corazón. Y los negocios no tienen corazón.

—¡Su hija no es un negocio!

Me miró apesadumbrado.

—Me pongo de rodillas ante usted. La boda... no es buena idea...

—No me digas lo que es una buena idea —dijo evitando mi mirada—. Llevo toda la vida trabajando. Mi casa de comercio se tambalea, y los usureros que me prestaron dinero para fletar van a clavarme sus garras. Si no fuera por los Puig, tendría que venderlo todo. Me gustaría llegar a la vejez con dignidad.

—Quiero que sepa, señor Ferrer, que estoy dispuesto a trabajar a cambio de un plato de comida, o por nada. Ante todo, quisiera transmitirle el afecto que siento hacia su persona y hacia su hija... ¡Estaría dispuesto a dar mi vida por ustedes!

El comerciante conocía mi desesperado discurso. En otras circunstancias, yo podría haber sido su yerno, pero él solo pensaba en salvar a su hija.

—No sigas. Sé adónde quieres llegar, pero no puedo pensar, ni por un momento, en darte la mano de Nuria.

—Pero, don Albert, con el debido respeto, es un error tremendo...

—¿Error? El matrimonio es una convención de la que no podemos librarnos, ni siquiera los que creemos en el progreso. ¿Tú crees que no me gustaría ser tan rico que mi hija pudiera elegir marido o permanecer soltera si quisiera? Tú no

podrías alimentarla. Quizás algún día triunfe tu talento y tu capacidad, pero no en este país de necios.

—Entonces... Yo no puedo vivir sin la esperanza de que su hija me ame... — Me había acercado a él, sollozando. Estaba a punto de zarandear sus hombros.

—Creo que no puedes quedarte aquí —me dijo con los ojos mirando el suelo de aquel despacho—. Tal vez deberías volver a tu casa, a Solsona, con los tuyos.

Cerré los últimos libros de cuentas y me fui sin recoger mis cosas, ni mi chaqueta ni mi sombrero nuevo. El matrimonio entre Nuria y el primogénito de los Puig se había fijado para Navidad, según unos pasquines y avisos que anunciaban el enlace en el *Diario de Barcelona*. Mis ilusiones de ser un hombre honrado, junto a la mujer que amaba, se habían desvanecido. De nuevo, no tenía adónde ir.

Cuando en la fonda acababa de preparar un baúl con mis cosas, pensé que no podía marcharme de cualquier manera. ¿De qué me había servido cambiar de vida, por el trabajo honesto y la vida ordenada? Me dolía ese fracaso más que todos los de antes. Yo no era de los que se dejaban humillar. Los bandoleros se tomaban la justicia por su mano.

Esa tarde, las criadas de los Ferrer libraban. Me vestí con un traje de burgués y no de jornalero. Me asperjé un perfume francés de los que recibía don Albert. En la casa, salté la valla por un hueco, y en la fachada del edificio trepé por la enredadera hasta su balcón.

La encontré vestida con un camisón que dejaba entrever sus pequeños senos, blancos ante el espejo de sus cabellos. Se sobresaltó. La estreché entre los brazos, y con un beso le sellé los labios. Me esperaba hacía tiempo, lo adiviné en sus ojos, y se rindió totalmente. Yo no sería más su juguete de niña mimada. Fingió sentir vergüenza cuando la desnudaba, pero se dejó llevar por mis caricias. Yo había aprendido bien las artes amatorias en la escuela de Madame Gabrielle, y conocía bien los rincones más sensibles de una mujer. Me arranqué la ridícula máscara de chico bueno y ella se dejó tomar por mis brazos.

Olvidados quedaban los gestos comedidos, las miradas furtivas, los disimulos

en conversaciones formales sobre el estreno de la última comedia de Moratín o sobre las *Noches lúgubres*, de Cadalso. Mis besos acabaron de golpe con remilgos y mojigaterías. La vida podía terminar en ese instante. Nuria se estremecía y descubría conmigo la fuerza de sus instintos. En cuanto a mí... al fin me entregaba en cuerpo y alma a una mujer. Se dejó desvestir. Su camisón cayó al suelo. Las yemas de mis dedos ascendieron por su cintura. La besé una y otra vez. Parecía aún sorprendida por aquel ataque intempestivo.

Tras las primeras escaramuzas, me había hundido entre sus piernas, rasgando con suaves embestidas el velo de su himen, como una tela roja y blanca. Desprendía un perfume de albahaca, su piel sabía a un viaje por mar. Nuestros cuerpos se fundieron. Con su primera sangre de vida, firmamos un pacto de unión que no podríamos olvidar el resto de nuestra vida. Tras el amor, nos abandonamos al sueño. Su padre había ido a Vilanova para tratar de negocios. Nada nos perturbaba, y perdimos la noción del tiempo.

Cuando despertamos, volví a hacerla mía. La busqué entre las sábanas y la secuestré de su sueño. Después de la tormenta de placer, llegó la calma. Nos hablamos al oído entre caricias, y juramos luchar por vivir el resto de la vida tan unidos como esa noche. La boda podría anularse, su padre aceptaría el error de entregar su hija a un mequetrefe como Víctor Puig. Los matrimonios de conveniencia formaban parte del pasado; una costumbre caduca, una reliquia enmohecida de nobles y de reyes. El ruido de la puerta de la casa nos sobresaltó entonces. Buscamos nuestras ropas en la penumbra.

—¡Un desastre! ¡Una catástrofe! —Se oía desde la escalera.

La voz irrumpió como un portazo de aire matinal. Tenía el rostro desencajado.

—¡Los barcos de la armada, casi todos a pique!

Abrió la ventana a la luz del día. Aunque su silueta se recortaba al trasluz, sentí que en sus atónitos ojos temblaban lejanas velas y focos desarbolados.

—En cabo Trafalgar... ¡Malditos ingleses! ¡Se acabó el comercio!

Llevaba en la mano un *Diario de Barcelona*. Hablaba y gesticulaba como un autómatas; como si no viera que delante de sus ojos nosotros sentíamos la

vergüenza de nuestra desnudez, confundidos nuestro cuerpo entre los encajes blancos de las sábanas, como velámenes rotos, ciego ante la mancha del honor de su hija.

—¡Todo se ha hundido! ¡Es el fin del mundo!

En junio de 1825, la Junta de Fe se dispuso a juzgar a Cabrerizo. Se lo acusaba por el tribunal eclesiástico, con el apoyo de la comisión militar, de una larga lista de ofensas a la fe católica y de crímenes contra el rey. Ante el arzobispo resonó la voz de Falcó con gravedad, que cedió la palabra al inquisidor Toranzo y Ceballos. En el calendario de 1822, editado en su imprenta, no aparecían las cruces de los días festivos. Una de las pruebas de su falta de religiosidad, aunque solo uno de sus horrendos delitos. Y también se lo consideraba responsable de haber participado, junto a las autoridades liberales, en la expatriación a Roma del arzobispo Veremundo Arias. Y de haber participado en incidentes como el apedreamiento de unos frailes en la plaza de la Seo. Como oficial de la milicia nacional era culpable de la muerte de realistas y buenos católicos, mártires de los constitucionalistas. Junto a la primera carga de acusaciones, la comisión militar aportó testimonios sobre su pertenencia a sociedades vinculadas a la masonería. Toranzo destacó el peor de los delitos, relacionado con su oficio de editor: publicar libros de «autores prohibidos»: Rousseau, Voltaire, Diderot, y a otros cuyos nombres no deseaba ni siquiera reproducir.

—Uno de los mayores criminales de España. Y solo cabe una pena proporcional a sus delitos: la pena de muerte.

Merced a la intercesión del general Jouques, se le había concedido el derecho excepcional a tener abogado. El francés había dado la promesa a doña María Micaela, esposa de Cabrerizo, de proteger a su marido. Se encontraba el general destinado en Cartagena como comandante superior de la plaza, y los viajes y las súplicas de aquella mujer, acompañados de numerosos donativos a la Iglesia y a

la comisión militar, habían conseguido ablandar las normas de un singular proceso que, dado su carácter mixto, religioso y militar, podía sustraerse de las estrictas normas inquisitoriales que proponía la Junta. La familia de Cabrerizo enajenaba su patrimonio. Manuel Laris había vendido unos bonos del tesoro francés, con los que se había conseguido cierta liquidez. No importaba perderlo todo, si se salvaba merced a la ruina su marido, pensaba doña Micaela.

El letrado Casanova sabía que, con su defendido, se perseguía a todos los constitucionalistas. Uno de sus hijos había sido ejecutado por Sempere, y el otro, por esas extrañas circunstancias que ocurrían en las familias, militaba, sin embargo, en las filas de los absolutistas. El abogado guardaba en un falso mueble de su biblioteca muchos de los libros que había editado Cabrerizo. Apasionado, como su cliente, de la historia y de la literatura, hombre ilustrado, cercano a los Bertrán de Lis, miembro discreto de la Sociedad Patriótica, vivía también bajo la constante amenaza de la persecución. La muerte de su hijo le daba valor en aquellos momentos. Y, sobre todo, una pasión por la justicia lo llevaba a defender causas imposibles. Habitual de la prisión de San Narciso, había visto cómo en los primeros tiempos de esta se habían realizado innumerables ejecuciones sumarias. Había movido cielo y tierra en cada procesamiento para defender, cuando se lo permitieron los verdugos, a los encausados por las comisiones militares y por los Tribunales de Purificación. Logró esconder un ejemplar de las *Sátiras* de Juvenal, regalado por Cabrerizo, en el que se criticaban las costumbres de Roma, la corrupción y el despotismo de los tiranos, que habían transformado la capital del imperio en una inmensa cárcel. Como en el libro de Juvenal, el mérito y la honradez de los ciudadanos habían sido vilipendiados. Y hombres viles, y oscuros aventureros, se habían adueñado de la ciudad opulenta de Roma, como ocurría en Madrid, en Barcelona o en Valencia.

Cuando se le dio la oportunidad, Casanova recordó al tribunal que su defendido había sido siempre un leal súbdito. En tiempos de la guerra, Cabrerizo aportó fondos para defender la ciudad contra los invasores. Como demostraba un

documento, había financiado con tres mil reales una empresa para liberar al rey de Valençay. Los reales de su defendido siempre habían estado para ayudar a la monarquía. Respecto de otros cargos, como el de haber sido editado el calendario de 1822 sin poner en las fiestas religiosas una cruz, el letrado defendió que por aquel entonces todos los calendarios de España eran encargados por el observatorio astronómico, y que no se podía, según la real orden dictada al efecto, añadir nada a estos. ¿Era por ello un mal cristiano don Mariano Cabrerizo?

—Conocida es su asistencia a misa, su caridad cristiana y su generosidad —dijo añadiendo un tono cómplice a esta última virtud—. Este es el hecho que hay que poner en el contrapeso de la balanza de la justicia de Dios y de los hombres, señores prelados. ¿Y aun así se lo acusa de ser tenido por antirreligioso y anticristiano?

Desmintió además los falsos testimonios que acusaban a su defendido de haber participado en una algarada contra los siervos de la Iglesia en la plaza de la Seo. Así como que su nombre figurara en la orden de expulsión de fray Veremundo Arias. Todas esas torpísimas calumnias carecían de fundamento y de prueba alguna. Don Mariano había sido y era un fiel devoto de la Virgen de los Desamparados y contribuyente de los conventos de la ciudad, a los que había dado siempre limosnas y *donativos*. Sobre la posibilidad de que su defendido hubiera pertenecido o no en otro tiempo a alguna «sociedad secreta», bien a la masonería o a la de los comuneros, el letrado remarcó el hecho de que no existía documento alguno que pudiera probar la pertenencia de su defendido a ellas. Además, «cuando dichas sociedades se transformaron en sociedades legales, patrióticas y de carácter cultural, fueron sancionadas por el mismo rey, tal y como consta en las cédulas oportunas».

Respecto del más nefando delito de Cabrerizo, el de «haber publicado libros prohibidos», admitió el elocuente letrado que su defendido vendió libros ahora prohibidos, aunque no lo estuvieron cuando se publicaron, según firma y sello del propio rey. El editor no era responsable del contenido de los libros, y jamás

pudo pensar que pudiera haber en ellos nada inmoral ni antirreligioso, ni tampoco participó en actos de divulgación de ideas que contravinieran la fe cristiana, que siempre tuvo en su vida laboriosa. Sobre las virtudes cristianas de su defendido, añadió su aportación a la bibliografía hagiográfica de títulos sobre la vida de santos valencianos: ¡Acaso no habían sido en sus prensas publicadas obras piadosas! Comenzó a enumerar el abogado las ediciones que habían sido publicadas y vendidas en sus tiendas acerca de teología, vida de santos y libros *edificativos y piadosos* que todavía podían encontrarse en las estanterías del propio arzobispado. En cambio, los ejemplares de obras que podían atacar a la religión, o corromper a los jóvenes, ninguno de ellos era conocido, ni siquiera se podían ver ejemplares de ellos, al parecer habían sido pasto de las llamas, desvanecido en el humo de las calumnias.

Recalcó que la profesión de editor podía ser muy útil para los fines de la Iglesia. ¿Acaso no se podían hacer ediciones de obras pías en el futuro? Era una forma de lanzar un guiño de complicidad a la vanidad de los inquisidores. Conocida era la belleza de las estampas ilustradas, de los misales y libros piadosos que podrían editarse merced al laborioso trabajo de don Mariano, que con placer enmendaría sus errores mediante la dedicación a partir de entonces a la exaltación de la fe católica. Tal como quisieran los miembros de la Junta de Fe, a cuyo servicio ponía el ingenio y la experiencia de su defendido, de cuya generosidad y entrega no cabían dudas. Si se mataba al editor, se mataba a la gallina de los huevos de oro, como en uno de los cuentos publicados por él.

El arzobispo Simón despertó con un suspiro del letargo matinal y sonrió ante la discreta insinuación del defensor. Se podía imaginar su nombre, con letras mayúsculas, estampado junto a su retrato, en la cubierta de un lujoso libro sobre su vida y bondades.

En el amor y en la guerra, todo vale. Había actuado de forma consecuente, me decía a mí mismo. No había cometido una traición, como exclamaba el señor Ferrer mientras me apuntaba con una pistola que extrajo del cajón de la cómoda. Su mano tembló con el primer disparo, que acertó en un angelito del techo. Tomó otra pistola del juego de armas que guardaba. Afortunadamente, no había combatido en la guerra, ni en desafíos o duelos. Le pedí perdón. Estaba dispuesto a reparar mi afrenta.

—¡No te saldrás con la tuya! —gritó mientras seguía disparando...

¿Cómo explicarle que yo cumplía, a pequeña escala, la justicia universal? Tomaba lo que era mío por amor. Volvió a disparar muy cerca. Nuria saltó bajo la cama.

—Máteme si quiere, pero no haga nada contra su hija. Yo la quiero como esposa.

Y le ofrecí mi pecho descubierto para que hiciese blanco.

—No, no lo hagas padre. No lo mates, por favor...

La voz de Nuria sonaba distinta cuando se parapetó entre el cañón humeante de la pistola y mi pecho desnudo.

—¡Infame! —gritó mientras empujaba a su hija al suelo—. Has abusado de mi confianza y de mi generosidad. Tenía que haber hecho caso a los que me hablaban de ti y de tu pasado de rufián. ¿O es que crees que no me había enterado antes?

—Señor Ferrer, estoy decidido a reparar esta deshonra en la parte que a mí me toca. Le juro que quiero a su hija de corazón... ¡Y ella me quiere también!

—Papá, por favor —dijo Nuria acercándose aún más a su padre—. No

dispares, si matas a Cayetano, me matas también a mí.

—¿Cómo quieres, pícaro de puerto, que entregue la mano de mi hija a un muerto de hambre como tú? Hija mía, no puedo tolerar que algún día acabes en la miseria. No sería digno —dijo entre sollozos.

Y después de un silencio, se dio la vuelta con los ojos cerrados, para no ver nuestra desnudez culpable, mientras trataba de cargar la vieja pistola.

—¡Fuera de mi casa o te mato! Sé quién eres, y lo que quieres...

Ni los lamentos de su hija ni mis súplicas servían de nada. El señor Albert hizo un disparo que volvió a rozar mis sienes.

—Señor Ferrer —pronuncié con lágrimas en los ojos, esperando otro disparo—. ¡Usted sabe quién soy! Es verdad que en otro tiempo fui un rufián; me obligó la necesidad, la locura juvenil, pero he cambiado. Amo trabajar con usted y lo respeto. Los amo a los dos, ustedes son mi única familia. Estoy solo y sé que he encontrado aquí el amor de verdad. Créame, con el corazón en la mano, que quiero casarme con Nuria.

—¡Fuera!

—Juro que la haré feliz y que nunca le faltará nada...

—*Fora d'aquesta casa! No tornes mai per aquí...*[71] —me ordenó.

Recogí mi ropa y mis zapatos, intentando conservar cierta dignidad. Nuria volvió a suplicar a su padre. Se agarró a él en una última súplica, pero cada vez parecía más fuera de sí.

Pasé varios días paralizado en la posada. Por los comentarios de alguna de las doncellas que servían en su casa, supe que se había dispuesto en torno a la villa de los Ferrer una legión de criados, armados con palos y pistolas, con la orden de alejar a cualquier intruso. Intenté llevar a Nuria varias misivas de mi puño y letra, escritas con la tinta roja de mi amor; busqué la complicidad de confidentes y de criadas para proponerle una fuga, como las de las novelitas que ella leía, pero tras varios días y varias noches de angustia, no obtuve respuesta alguna de mi amada. Quizás interceptaba mis cartas su padre o tal vez ella misma no quería contrariarle.

En el *Diario de Barcelona* apareció una mañana de diciembre la reseña de la boda entre el primogénito de los Puig y la hija del ilustre comerciante Albert Ferrer, y la esperada fusión de fortunas que con ese enlace se preveía. La ceremonia nupcial entre Nuria Ferrer y Víctor Puig tuvo cierto relumbrón en la selecta sociedad de Barcelona; pero, según me contaron, el rostro de la novia durante la ceremonia en Santa María del Mar parecía la viva imagen de la tristeza. Desde el principio, circularon rumores acerca de las desavenencias de la pareja, aunque, por supuesto, nada se decía sobre nuestra clandestina relación. El mundo seguía girando sin mí. Mi infelicidad no importaba.

Víctor Puig seguía aplicando la tiránica disciplina en sus talleres. Las hilanderas y los tejedores trabajaban día y noche por un sueldo de miseria. ¡Y gracias le tenían que dar esos haraganes! Él les recordaba que podría haber traído de Cuba a unos cuantos negros mucho más fuertes, que trabajarían mejor y más barato que ellos.

La noche de bodas, según me contó Marieta, la criada que antes se entrometía en nuestra relación, y que ahora se arrepentía, había sido un auténtico infierno para Nuria. Víctor Puig no era tonto, y sabía que su virtuosa esposa no había llegado virgen al matrimonio. Nuria recibió la primera bofetada esa primera noche de matrimonio, junto a una lluvia de insultos y de amenazas. ¡Bueno era el antiguo traficante de esclavos para dejarse engañar! Le juró que se iba a enterar ella de quién era Víctor Puig. Y a los siete meses de la boda, mientras Víctor se solazaba en un burdel, Nuria dio a luz a un niño.

Yo volvía a ser pobre, sin trabajo; y a estar solo y sin esperanza, desterrado del paraíso, para volver a vagar por el puerto, pidiendo ser cogido como mozo de descarga. Pensaba mucho, encerrado en mi triste fonda. Se me pasó por la cabeza quitarme la vida, arrojarme a los pies de algún carro o saltarme los sesos con una pistola. Y aún hoy me pregunto por qué no lo hice. Debía cambiar de aires, enrolarme quizás en un bergantín, pero con la guerra apenas se fletaban expediciones ni cargamentos a las Indias. Me ofrecí también como sirviente en las tabernas, pero la ciudad estaba cerrada para mí. No había trabajo alguno. La

culpa de la falta de bergantines con carga la tenía Napoleón, que, incapaz de batir a la Royal Navy, intentaba aislar a su gran enemiga mediante el bloqueo de todos los puertos europeos a los productos de Inglaterra. Eso para Barcelona significaba la ruina segura. Los ingleses campaban a sus anchas en los mares después de Trafalgar. Llegó la noticia de que hasta habían tomado y saqueado Buenos Aires, aunque luego habían sido expulsados por los soldados españoles y los leales bonaerenses.

En el reino entero crecía el odio hacia Godoy, a quien se consideraba culpable de todos los males. Mientras, el príncipe de Asturias había quedado viudo de la princesa María Antonia, las malas lenguas decían que la joven napolitana no había muerto de tuberculosis, sino envenenada por la madre del príncipe, en connivencia con el valido, el Choricero. Se habló de conspiraciones del príncipe de Asturias contra el príncipe de la Paz, de panfletos y grabados obscenos que circulaban en la villa en los que se caricaturizaba a Godoy y a la reina. A finales de 1807, Fernando, espoleado por Escoiquiz, organizó una burda conspiración para derrocar a Carlos y envenenar a la reina. Al ser descubierto, el príncipe se puso de rodillas ante Godoy y ante su padre, se arrastró y pidió perdón a su madre y declaró haber sido engañado por su camarilla, a los que denunció para quedar exculpado. Vivíamos en un reino carcomido por las intrigas.

No me quedaba otra salida que retornar a la soldadesca. Después de atravesar meses de miseria, me presenté en la ciudadela, invocando mi experiencia como miguelete y mi intachable cartilla militar en la guerra del Rosellón. Tras una breve entrevista con un teniente analfabeto, se aceptó mi alistamiento. Volvía a estar metido en la milicia, ahora como fusilero del rey, aunque solo se me concedió el grado de cabo. A mis veintinueve años me había hecho mayor para reemprender la carrera con las armas, aunque me sentía con ganas de servir a la patria. Quizás así volvería a ser alguien; para los pobres la carrera militar suponía una posibilidad de salir de la miseria y alcanzar una honrosa posición.

En el interior de la ciudadela se hablaba de la inminente guerra, de la invasión de Portugal, campaña en la que había sido embarcada España por Napoleón, con

vagas promesas de reparto del pastel portugués, entre la desheredada reina de Etruria, hija de Carlos IV, la Francia imperial, y el propio Godoy, futuro rey de los Algarves. Después de Trafalgar, el emperador se había desquitado con victorias en tierra contra rusos y austriacos en Jena, Eylau y Friedland. Era increíble la facilidad con que derrotaba a los ejércitos de emperadores y reyes que no soportaban su presencia, y que se aliaban contra él en sucesivas coaliciones. Las batidas potencias europeas firmaron la paz de Tilsit, aunque poco después se reorganizaban en una cuarta coalición para frenar al «pequeño corso». Napoleón había puesto sus ojos de ave rapaz en la península Ibérica, dejando en manos del mariscal Junot la conquista de Portugal, que emprendió en noviembre de 1807.

En nuestro cuartel, el tiempo parecía detenido bajo la rutina militar, que asumí como parte de mi vacío personal. Limpiaba la herrumbre de mi mosquete y revisaba el filo de mi bayoneta, tan apagada y mustia como mi propia vida. Gastábamos la paga y el abundante tiempo libre en tabernas, prostitutas baratas y vino. Mi vida se agotaba en la inacción, sin cargas de caballería ni cañonazos sobre las líneas enemigas. Deseaba luchar y morir en combate, cuanto antes mejor. Jugábamos a los dados y se aguardaban órdenes superiores, quizá para participar en la conquista de Portugal junto con nuestros aliados franceses, aunque nada glorioso pasaba en el interior de los muros de aquel recinto. Hice amistad con otros suboficiales y con soldados rasos, muchos de ellos extranjeros, sobre todo napolitanos y sicilianos. La guerra parecía algo irreal y remoto en la vida tediosa e inútil de la ciudadela. Soldados valones y españoles confraternizaban en sus juergas por la Barceloneta y el Borne. Yo trataba de mantenerme al margen de aquel ruido de tabernas y burdeles que conocía bien. Mi soledad me convertía en la estampa de un extraño.

Solo me importaba Nuria. Mis contactos con la servidumbre de los Puig-Ferrer me dijeron que la pareja había bautizado a su hijo con el nombre de Miquel. Me enteré de que el patriarca de los Puig, don Bautista, había muerto repentinamente y había dejado sus talleres y fábricas en manos de su heredero.

Víctor Puig, al hacerse con la propiedad absoluta, incrementó el régimen de mano de hierro con sus operarios y familias, que dormían en los talleres, someténdolos a un trato mucho más duro que el de la disciplina militar que regía en la ciudadela. Se contaban historias terribles: fustigaba a hombres, mujeres y niños para rendir como esclavos en sus telares de Trentaclus y de Mataró, y en su *prado*, o fábrica, a orillas del río Besós. Gracias a sus influencias se le adjudicó la manufactura de uniformes del ejército. Era uno de los hombres más ricos de Barcelona.

A Nuria la veía pasear, de lejos, los domingos por la Rambla, junto a una dama de compañía, como un alma en pena, mitigada su melancolía gracias al amor que sentía por su hijo. Supe que Víctor Puig se volvió asiduo del lupanar de Madame Gabrielle, donde practicaba, a golpe de oro, sus «desviadas aficiones». Muchas chicas se habían quejado de sus inclinaciones perversas y, en una ocasión, el sucesor en mi puesto de guardián del prostíbulo había tenido que intervenir para salvar de una muerte segura a alguna chica que había sido azotada con un látigo de púas de hierro por aquel señorito. Lola, la aragonesa, mi antigua amiga y confidente, me contó cómo se temía siempre la llegada del señor Puig a casa de su señora, y que ella trataba de alejarlo, con el pretexto de que sus pupilas eran demasiado jóvenes e inexpertas para los gustos del señorito. A ella no le agradaba, pero el manto de dinero que Puig derramaba en la mesa de la alcahueta francesa hacía que le cediera siempre alguna chica para sus caprichos.

Respecto del señor Ferrer, a los pocos meses de asociarse con los Puig, las deudas contraídas para emprender fletes que no llegaron a puerto lo convirtieron de socio de su yerno en algo parecido a un empleado. Desaparecido el comercio con América, apenas se cerraban pequeñas operaciones de cabotaje y le tuvo que vender las participaciones en la compañía. Lejos quedaban sus cargamentos de vajillas y de objetos de arte de Oriente. Convertido en viajante de telas indianas, se lo veía recorrer Valencia o Zaragoza, humillado pero consolado de ejercer sus artes de comerciante, hundido por su papel en la nueva mercantil, en la que pintaba tan poco como el rey Carlos IV en el Palacio Real. Con todo, no me

sentía feliz por la desgracia de esas personas, causantes de mi soledad, a las que, sin embargo, alojaba en mi corazón, pues seguían siendo mi única familia.

Un día supimos en la ciudadela que una división, a las órdenes del general Dupont, había atravesado la frontera y se encontraba cerca de Burgos. Todo cuanto acontecía en España parecía una serenata de movimientos extraños. Otro ejército francés atravesó los Pirineos, en enero de 1808, al mando del mariscal Moncey y ocupó sin resistencia Castilla. Carlos IV pedía a los españoles que acogiesen con cariño y hospitalidad a nuestros aliados franceses. Una división de tropas italianas y francesas cruzó en febrero los Pirineos Orientales y tomó Figueras. Los generales españoles ordenaron que se quedasen quietos, pero aquello olía mal para muchos. Si la campaña de Portugal estaba concluida, ¿para qué venían tantos franceses?

El embozado llevaba gorro de majo, calado hasta las orejas. Su compañero daba aldabonazos. Titilaba la luz de los fanales, que iluminaban, apenas, la estrecha callejuela cercana a la plaza Mayor. Las sigilosas siluetas se derretían en sus capas con el calor de agosto. El portalón continuaba indiferente a los golpes.

—Antonio, ¿dónde estás? ¿Y la entrada?

Algún vecino insomne se sobresaltó, como un gato, con la aflautada voz. Madrid rezumaba un hedor rancio en sus esquinas, un intenso olor a cocido pasado y a alcantarilla sedienta, que ascendía del suelo hacia las copas de los árboles secos y las buhardillas.

—Majestad, os ruego paciencia. Ahora mismo nos abren la puerta...

Ugarte insistió con más aldabonazos que resonaron en el silencio de la noche. El celestino real guiaba al monarca en aquellas cacerías nocturnas por los barrios populares de la villa y Corte. Como buen criado, antiguo mozo de sportilla y profesor de baile de salón, conocía bien los bajos fondos de Madrid, y llevaba a su señor a las mejores tabernas y a las mejor servidas casas de tolerancia. No era la primera vez que visitaban los dos amigos la casa de Pepa, *la Malagueña*. Aquella tórrida noche de verano, Ugarte había organizado para su rey una gran fiesta en su honor, para celebrar su buena salud y aliviar el largo hastío del verano. Pero en aquel momento de la noche, nada, ni siquiera los huidizos gatos, parecía aventurar la inminente jarana. Si no fuera porque el ascendido a consejero real era de las pocas personas que, a lo largo de su vida, había ganado su confianza, Fernando VII habría podido pensar que aquel encuentro, en una solitaria callejuela, escondía alguna celada de los liberales o de los apostólicos. El rey estornudó por el sudor, y sacó un pañuelo blanco que relució a la luz de la

luna. Se sonó la prominente nariz, asustando a un blanquinegro felino que se puso en fuga ante semejante estruendo.

—¡Al cuerno con todo! Abrid de una vez, ¡me estoy cociendo! —dijo el orondo Borbón, a la vez que se libraba del plebeyo y agobiante atuendo de la capa.

Los vecinos del barrio, acostumbrados a las alegrías ruidosas y a las parrandas de aquel tugurio, no querían abrir los ojos ni tener oídos, por si las moscas, pero sabían bien que aquella casa de mala fama, célebre lupanar, era lugar de visita y de solaz de personas del más alto rango, aunque llegaran de noche, disfrazadas de majos y de manolos. Junto al rey y su fiel consejero se podía distinguir la silueta de otros hombres altos como árboles, bien plantados y fuertes que se apostaban marciales en cada recodo bajo sus capas.

A pesar del sigilo y del disfraz, aquellas correrías eran el secreto peor guardado del reino. Al rey campechano, gran comedor y bebedor, fornicador absoluto, le gustaba más el fandango que el palaciego minué; comer cocido más que la insípida *crème fraîche* de la *cuisine française*. Y gustaba más de gozar hembras rotundas que de remilgadas como la reina. Las casas de placer de la capital hervían de leyendas sobre el Deseado. Algunas eran historias fantásticas, caracoleadas por la exageración y la imaginación populares. Muchas majas presumían de haber hecho feliz en la cama al monarca. Casi todas eran mujeronas de pechos generosos y de amplias caderas, gozosas y exuberantes, a gusto del rey. Una mujer de carne abundante abrió la puerta y lo recibió con una reverencia que exhibía el generoso canal de su escote. Era Pepa, la dueña, la madama castiza, que rendía honores al monarca y a su leal consejero Ugarte.

—Disculpen usías, esperábamos más tarde a su *majestá*. Los músicos estaban en el sótano, afinando las guitarras y no escuché... Mil perdones...

El dulce acento andaluz de la mejor alcahueta de Madrid provocó en Antonio de Ugarte una sonrisa de complicidad. ¡Qué mujer morisca más zalamera y seductora! La señora de la casa repetía sus reverencias, que, aunque poco refinadas, tenían para Antoñito Ugarte la natural gracia y salero del sur. El ama

de la casa de citas, a la que acompañaron de inmediato varias doncellas de su voluptuosa corte, se deshacía en elogios y agradecimientos hacia el ilustre invitado, repitiéndole lo muy honrada que estaba con su nueva visita, mientras lo invitaba a una limonada para refrescarse. El rey ofreció a cambio a la ilustre meretriz el sello de su anillo para que lo besara, y ella se puso de rodillas.

En el verano de 1825, gracias al doctor Castelló, el monarca había recuperado agilidad, gozaba de buen humor y su aspecto resultaba saludable, podía caminar sin ayuda de muletas. ¡La maldita gota le había concedido una tregua! ¡Y hasta podía bailar! En recompensa, Fernando le había ofrecido todo el oro que pidiese, pero el doctor Castelló le pidió, como única recompensa por sus servicios, que liberase de prisión y de la condena a muerte a una lista de familiares y amigos. Algunos de ellos colegas de la ciencia de la medicina, otros profesores de la Universidad de Alcalá, clausurada por Fernando VII, aconsejado para ello por Tadeo Calomarde, por ser un nido de posibles conspiradores.

El rey gozaba de buena salud, había recuperado energía y estaba feliz de recobrar su ímpetu viril. Había intentado, como esperaba impaciente todo el reino, fecundar a su señora la reina. Le gustaba su esposa así como casi todas las mujeres, una lánguida mujer germana, bella y espiritual. Sentía por ella especial ternura, pero por mucho rezo y por mucho rosario, la naturaleza fría de la austriaca había favorecido poco el éxito de la unión carnal entre los dos esposos. Fernando no podía penetrar a la reina, y sus dolores y jaquecas acababan por enervarlo. ¿Qué podía hacer él para desahogar su viril poderío?

Antonio de Ugarte lo entretenía. Jugaba el consejero con el rey largas partidas de billar. Y lo llevaba a explorar los secretos ocultos bajo los tejados del castizo Madrid, cual diablo cojuelo. Allí, el Borbón dejaba de ser rey y se convertía en el posadero o en el rufián que llevaba dentro. Ugarte se había convertido, de jarana en jarana, en el hombre más influyente de la Corte por su amistad con el desconfiado rey, y se dejaba querer por las dos corrientes que se disputaban el poder en palacio: la del moderado don Francisco Cea Bermúdez, que quería evitar más persecuciones y ejecuciones arbitrarias, y la del reaccionario

Calomarde, caballo de Troya de los apostólicos, para los que toda la sangre de los liberales no era suficiente para saciar su sed. Ugarte hacía sus negocios. Las dádivas del rey eran parte de sus ganancias, el monarca premiaba con generosidad sus servicios. Ni el duque de Alagón ni el aguador Chamorro podían desplazarlo ya de su favor. Años atrás, había convencido al rey de que comprase a los rusos unos barcos de la escuadra del zar para reconquistar América. Ni siquiera cuando aquellos cascajos se hundieron, unos en el mar y otros en Cádiz, Fernando sospechó que su consejero estaba a sueldo de Tatischeff, el embajador ruso, y que había obtenido una buena mordida con aquella operación ruinosa. Fernando, en contradicción con su naturaleza desconfiada, se entendía con su favorito. Antonio era un pícaro simpático, no como los conspiradores que lo rodeaban. Al menos, no se sentía un cuarentón grueso y gotoso, volvía a disfrutar de la carne de caza, aderezada con una fuerte salsa que doña Pepa había mandado preparar en su cocina y hecho servir, a la vez que unos músicos de su Málaga natal rasgaban guitarras, y una gitana bailaba un fandango, al son de las castañuelas. Se aventuraba una larga noche de juerga. Fernando no disfrutaba de la ópera, le parecía aburridísimo el bel canto, no era aficionado al violín ni al piano o a la música de cámara. En cambio, en aquel lugar, con una buena mesa y regado cada plato con buen vino, escoltado de bellas y complacientes rameras y con su amigo Ugarte por compañero de mesa, se sentía feliz.

Los senos realzados por corsés, junto a la alegría de los cantaores y los chascarrillos entre canción y canción, contribuían a que el rostro del monarca se mostrara sonrosado y sonriente. Se levantó de un salto y acompañó a la bailarina en varias vueltas de fandango, con las manos arriba, girando como una barrigona peonza alrededor de la carne morisca, chasqueando los dedos, abriendo y cerrando una invisible castañuela, y mirando fijamente los pechos de aquella hembra que parecía invitarlo en cada vuelta. ¡Ah, si ahora le pusieran a firmar un decreto de amnistía o una pena de muerte! Se sentía por un momento generoso, caritativo, humano, lleno de dicha. Allí se encontraba gozando de la vida. Por todo eso amaba tanto las tabernas, los mesones y los burdeles, lugares en los que

el pueblo reía y fornicaba. Y allí estaba él en su salsa. El rey campechano, amado por el pueblo. Hasta sus nobles eructos eran bienvenidos por los presentes. Por esa identidad con sus súbditos, pensaba entre copa y copa, había recuperado el poder absoluto y abolido esa Constitución que le hurtaba la soberanía y se la daba a la «nación». Tenía derecho a ser el único señor del país, y de sus gentes. Ebrio, despatarrado en su silla, con la cintura de una rolliza meretriz entre las manos, volvió hacia su consejero su rostro de pastel.

—Y bien, Antoñito, ¿cuál es la sorpresa de esta noche?

Los ojillos del rey brillaban aún con el baile de los escotes y de las caderas. Hasta se sentía excitado por el maduro, pero generoso y todavía firme, busto de la Pepa.

—¡Viva la Pepa! —dijo brindando al cielo, en un alarde de ingenio, para burla del sobrenombre que daban los liberales a su querida Constitución aprobada un 19 de marzo.

En aquel momento de felicidad etílica, el consejero Ugarte pensó que sería fácil conseguir cualquier cosa de su señor. Quizá la promesa de un título nobiliario, blasón que acallaría a los estirados de la camarilla que querían arrinconarlo por sus orígenes plebeyos. Pero no era ese el momento de abusar de su confianza. A Fernando había que tratarlo con sumo cuidado. Un día te abrazaba y al día siguiente te enviaba a la horca. Había que torearlo.

—Sí, mi señor. Nuestra querida amiga, Pepa, *la Malagueña*, y yo mismo hemos preparado para su majestad un regalo muy especial.

Fernando se hurgó en la gran nariz, a la vez que encendió otro cigarro puro.

—¿Un regalo?

Los efluvios del alcohol, mezclados con el humo del tabaco, lo transportaban. Se sabía infeliz. No lo había querido ni su madre, la reina, amancebada con el advenedizo Godoy, que lo veía como un monstruo. Ni tampoco su padre, el cornudo rey Carlos, demasiado aficionado a la caza y a los relojes como para advertir la traición en su lecho nupcial. El dramaturgo Jovellanos, al que había liberado Fernando de su prisión injusta tras la caída de Godoy, después del motín

de Aranjuez, le había dicho una vez que lamentaba su situación en la Corte, como un príncipe destronado, o un Hamlet hispánico.

Pepa, *la Malagueña*, lo sacó del ensimismamiento oscuro de sus recuerdos. Fernando parecía de pronto un niño desvalido, a punto de llorar.

—Su *majestá*, hoy tengo *pa* usía una perla *mu* especial —dijo con gracejo andaluz—. Un tesoro de las Indias, de los que ya no vienen a Cádiz.

Antonio de Ugarte ayudó a Fernando a levantarse.

—Hoy no se os ofrece cualquier cosa, sino un postre de primera —le repitió Pepa.

—Me impaciento, pues, señora Josefina de España —dijo Fernando restregándose los blancos calzones, que empezaban a abultarse con el pene a punto de estallar.

Trajeron entonces ante él a una muchacha de unos quince años. Una bella india de largos y negros cabellos, importada desde Perú por un soldado regresado de la tropa realista, derrotada por los rebeldes criollos en Ayacucho. En Cádiz, donde había sido adoptada por unos comerciantes liberalotes, Antonio de Ugarte la había descubierto casualmente. Había logrado llevarla a Madrid, virgen e intacta, prohibiendo que nadie la tocara para entregársela al rey, como hacían sus antepasados incas a los dioses.

—¡Lástima que sea puta! —exclamó gangoso el rey, mientras la muchacha subía cabizbaja hacia la habitación por una escalera, obedeciendo a doña Pepa.

—¡Oh, no, mi señor, en absoluto! No es una puta. Es una princesita inca —dijo persuasivo Ugarte—. Y ahora tiene que entregar su virtud al rey de España.

La chica abrió los ojos como platos. Dios no había otorgado a Fernando grandes dones ni gracias. Ni poseía inteligencia, ni un rostro hermoso, ni un cuerpo atlético, pero le había concedido el cetro de la virilidad. El rey era un portento de la naturaleza. Ni el sátiro más dotado, ni Príapo en su mejor momento, ni un Titán de Eros podían compararse con el Borbón. Ninguno de aquellos seres mitológicos sabía lo que podía ser semejante trofeo, monstruo viril erguido en su entrepierna. Su esposa Amalia también había quedado

horrorizada cuando inocente, en su lecho conyugal, había contemplado el miembro excitado de su esposo. No había hembra, en todas las Españas, que no quedase boquiabierta ante semejante visión. Largo esquife de proa o cañón de nueve libras; verga inmensa, como la de un caballo percherón, o un cañón de combate, trompa elefantina.

La muchacha retrocedió unos pasos y salió por donde había entrado, presa del pánico. El rey, armado de su tremendo cetro, envuelto en paños menores, la siguió intentando cerrarle el paso con su miembro. Los gritos de una, y los intentos de asirla del otro, dieron con los dos rodando hasta el principio de la escalera que subía a la habitación.

—¡Antonio! ¡Pepa! ¡Socorro al rey!

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué desastre!

¿Habría muerto el rey? Ugarte sintió pánico ante la visión de su señor inconsciente, en el suelo. ¿Qué dirán de él, si el rey muere aquí? ¿Qué sería del propio rey?, pensó mientras se revolvía por la habitación. Fernando parecía no respirar, pero al fin su pecho resopló un bufido profundo, en el que se confundía el humo de los cigarros con el aliento del vino. Le pareció el mejor aire que podía soplar en ese momento.

—Que vengan los de fuera. ¡Pedid ayuda a los guardias!

Unas horas después, el doctor Castelló salía de la cámara real. El rey había desobedecido las normas. El golpe tan solo le había magullado la cadera y una rodilla. La reina quería permanecer con su esposo. Fernando estaba tendido en la cama con la pierna derecha levantada, y las caderas doloridas, recostado sobre una almohada de plumas.

—¡No, mi querida Amalia, déjame solo! ¡Que venga Antonio!

Doña Amalia salió de la cámara real con un crucifijo en la mano. El rostro de Fernando se iluminó cuando entró, jovial como siempre, don Antonio de Ugarte.

—¡Antoñito, cuéntame algo divertido! Estoy fatal aquí. Esto es muy aburrido...

—¿Divertido? Ah, sí, tengo para su majestad una buena noticia. Ayer se

ejecutó al maldito Juan Martín, *el Empecinado*, en Roa del Duero. Lo tenía bien cogido el alcalde Gregorio González, fiel realista, encerrado como fiera en una jaula, para burla y jolgorio del populacho, desde hacía casi un año. Así se le bajaron los humos al hombre que se creía el más valiente del reino, con todas sus hazañas en la guerra de la Independencia.

—¡Hermoso espectáculo debió de ser! —celebró Fernando con una sonrisa perversa y bobalicona a la vez—. ¡Qué pena no haber podido asistir a la ejecución!

—Sí que lo fue. Piense su majestad que, en cuanto lo sacaron de la jaula, rompió como un oso herido sus esposas de hierro y se abalanzó contra los guardias que lo atravesaron a bayonetazos. Antes de ser ahorcado, ¡acabó cosido a bayonetazos!

—¡Como un puerco! —Sonrió el Borbón imaginando al rebelde ensangrentado.

—Y luego lo colgaron, para escarmiento público.

Se acercó cojeando al ventanal de la plaza de Oriente y escuchó de Ugarte los detalles de la tortura y muerte del feroz guerrillero. «¡El bravo hijo de pueblo! Mira que declararse fiel a la Constitución, maldito idiota.» Era mediodía. El aire caliente se colaba por los quicios de los ventanales y agitaba las cortinas. Se quedó pasmado ante los tejados de la villa, envueltos por la calima, candentes como tizones rojos bajo el sol de agosto.

El 13 de febrero de 1808, las tropas de Duhesme entraron en Barcelona. La Grande Armée desfiló bajo el emblema del águila imperial, y tomaron posiciones estratégicas en las calles y junto a la muralla del mar. Habían llegado como aliados para conquistar Portugal, aunque al parecer se habían equivocado de camino. Los imperiales agitaban banderas tricolores al son de tambores y de cornetas. Eran hermosos los azules y blancos uniformes de los fusileros, en honor de los colores del imperio, y los chalecos y las charreteras de los granaderos, con chacós de piel de oso, mientras brillaba el pulido bronce de los cañones y deslumbraban las corazas de los coraceros, y el viento ondulaba los penachos de los dragones y las crines de los caballos.

El pueblo recibió con honores al mejor ejército del mundo, y en los cafés y en las botillerías corrió el vino y el aguardiente. Se les ofreció alojamiento a muchos de ellos, en especial a oficiales y mandos, dadas las órdenes de hospitalidad y de bienvenida que el propio rey de España había dado a las capitanías generales y a sus súbditos. Pronto se hicieron odiosos aquellos arrogantes guerreros que se paseaban a sus anchas por la Rambla, y se marchaban sin pagar de las botillerías, y se lucían como pavos reales en los teatros, apartando a patadas a los pacíficos ciudadanos y propasándose con frecuencia con las mujeres hermosas. La irritación popular iba aumentando de día en día, en especial cuando se pidió por el gobernador de la ciudad que se hicieran «derramas económicas entre todos» para sufragar los gastos de la tropa invasora. Los soldados franceses se habían adueñado de las principales calles, y Duhesme ordenó que se instalasen y apostasen sus campamentos junto al castillo de Montjuïc, con sus cañones apuntando desde la ciudadela y la muralla del mar.

¿Hasta cuándo se iban a quedar? Desde luego que en Barcelona no se divisaba la frontera de Portugal, ni tampoco había portugueses.

El 28 de febrero, los imperiales iniciaron una nueva maniobra extraña. Anunciaron que iban a abandonar Barcelona, pero procedía antes de la partida pasar revista de las tropas españolas, que formaron en la explanada de la ciudadela. Aprovechando dicha concentración, Duhesme dispuso un batallón de vélites italianos y otro de sus granaderos en el puente levadizo para facilitar la entrada en la fortaleza de otros cuatro batallones. Se situaron en los principales puntos y en los bastiones, haciéndose en minutos con el control de la fortaleza. Santilly, nuestro comandante, comprendió entonces la maniobra. Aquello olía a traición, a ocupación por sorpresa, y ofreció su sable en señal de rendición, como prisionero de guerra. «¿Prisioneros de guerra? Oh, no, pero si nosotros somos vuestros aliados», dijo el general Lecchi con cinismo, mientras ordenaba la salida de la mayoría de las tropas españolas de la ciudadela.

Muchos de nuestros soldados y de la guardia valona que estaban de permiso, no pudieron tampoco regresar a sus puestos. La jugada había sido maestra. No creo que, desde la historia del caballo de Troya, una ciudad o una fortaleza fuera tomada con mayor audacia. De pronto, solo quedábamos unos pocos soldados españoles en la ciudadela. Los franceses jugaban a los naipes y nos estaban ganando la mano.

Contemplé la humillante situación. ¿A qué esperaban los oficiales para luchar contra el astuto invasor? En teoría no había guerra, ni enemigos. Poco después, la fortaleza de Montjüic, al mando de Mariano Álvarez, cerraba su puente levadizo ante el general Florenti, pero este trajo a las puertas de la fortaleza al conde de Ezpeleta, que, en nombre del rey y de Godoy, pidió que abriera la plaza a los franceses. Con aquellas batallas incruentas se habían entregado los principales baluartes de la ciudad sin disparar un tiro. Todo cuanto ocurría resultaba un ejercicio de malas artes por parte de los franceses y por parte de los mandos españoles, que obedecían órdenes incomprensibles de Madrid.

Murat avanzaba hacia Madrid con su ejército. Por otra parte, el 17 de marzo

los aristócratas del partido fernandista alentaban el motín *popular* de Aranjuez contra Manuel Godoy, el todopoderoso valido que había hecho y deshecho a su antojo en la corona española, y provocaban la abdicación de Carlos IV en favor del príncipe de Asturias, proclamado Fernando VII. Aquel golpe de mano provocó el entusiasmo del pueblo; Godoy estuvo a punto de ser linchado, pero se salvó al esconderse en un armario, de donde salió al cabo de dos días para pedir agua. Fernando era rey, pero los franceses controlaban la península. En la campaña de Portugal habían sido derrotados los ingleses y expulsados los reyes portugueses, que habían huido a Brasil. Nadie había declarado la guerra contra Francia, pero Bonaparte en realidad no contaba con sus aliados de España.

No se podía hablar de derrota ante una situación normal para los gobernantes, como una necesaria concesión al aliado francés. Madrid se había sometido también a los franceses, que habían entrado de forma triunfal, como amigos, desfilando por sus calles como antes lo hicieran por Barcelona. La gente creía que Napoleón llegaba para apoyar al recién inaugurado rey. Entró también Fernando de forma triunfal en la Corte, montado en un caballo blanco, el día 24 de marzo de 1808, agasajado por el pueblo. Seguía siendo la esperanza tras tanta indignidad.

Napoleón se frotaba las manos. Nunca había sido tan fácil una conquista. Llamó al depuesto Carlos y a su esposa, María Luisa, para celebrar una reunión en Bayona, donde se discutiría el futuro de España. La reina María Luisa pidió que acudiese Manuel Godoy, preso por la Junta provisional en Madrid, salvado de las iras de la chusma en el motín de Aranjuez. Napoleón ordenó a Murat que exigiese la entrega de Godoy a las autoridades españolas y su acompañamiento hasta Bayona. Ese hombre podría serle útil dada su enorme influencia sobre los reyes. A Fernando, por otra parte, no le costó demasiado convencerlo para que acudiese a Bayona. Acompañado por la guardia imperial francesa, se fue acercando a Francia, por Burgos y Vitoria. Pensaba encontrarse con el emperador, con quien aspiraba emparentar casándose con alguna de sus sobrinas.

Los peces iban acercándose hacia la red. Bonaparte había leído a Nicolás Maquiavelo.

Barcelona se sentía engañada. Se multiplicaban los altercados, las reyertas en las tabernas y en los cafés, aplacados con dureza por los invasores. Pasaron días de incertidumbre; ¿qué papel desempeñaban los soldados españoles? Una parte de la guarnición permanecimos en la ciudadela, vigilados por los franceses, que tutelaban nuestras entradas y salidas. Fuera, la población civil intuía que algo iba a ocurrir. Los franceses nos desarmaron y restringieron nuestros permisos. En abril, con la Semana Santa, los ricos de Barcelona se fueron hacia sus quintas de recreo con la intención de no volver hasta que se aclarase la situación. Algunos se decidieron a ayudar. Giacomo Cardullo, un cabo italiano de nuestra guarnición, me avisó de que un *signore molto generoso* por la noche facilitaba a los soldados descolgarse de los muros y, una vez fuera, les curaba las llagas de las manos y les daba ropa de civil, junto con cuatro reales de vellón para escapar. Los desertores emprendían la huida hacia las montañas o hacia Valencia.

Así fue como salí de la ciudadela y, acompañado de Giacomo, acudí a la Fonda de los Tres Reyes. Entonces me encontré con el hombre generoso que ayudaba a los que querían desertar. El señor Ferrer me abrazó con ojos llorosos.

—Hijo mío, no tengo derecho a que me perdones —dijo cariacontecido—. Creía saber de la vida y de los hombres, pero he sido un estúpido de los pies a la cabeza. ¡No sabes cómo lamento no haberte escuchado! Quise dar lo mejor a mi hija, asegurarle el bienestar, pero la puse en manos de un monstruo. Yo siempre he creído que los hombres se miden por su valía y, sin embargo, vendí mi hija como lo haría el sultán de Turquía.

—Dígame, señor Ferrer, ¿es verdad lo que me han contado?

—Lo que te hayan contado es poco. Ese *malparit* de Puig...

—Maldito canalla, yo lo haré arrepentirse de haber nacido.

—Los franceses no te lo permitirán. Sus telares se han convertido en la embajada de Francia. Allí se fabrican y reparan los uniformes de la tropa. Los oficiales vienen a encargarse de sus trajes de gala, al igual que los granaderos y los

soldaditos de infantería de línea a remendar sus trajes de campaña. A mí me tiene por socio, pero arrinconado como a uno de los aprendices de siete años de su fábrica o uno de los negros que lo escoltan. Piensa que soy un viejo inútil y que pronto se libraré de mí, pero ya veremos.

—Tiene que dejarme ver a Nuria, y también al pequeño, que...

—Que es hijo tuyo... Nunca lo he dudado, y yo me siento orgulloso de que mi nieto no lleve la envenenada sangre de Víctor Puig.

—¿Cómo se llama? —exclamé con emoción, abrazando al señor Ferrer.

—Miquel, como tu padre. Fue idea mía, yo convencí al párroco de que le pusieran el nombre de Miquel. Mi encantador yerno no estaba presente, por supuesto, el día del bautizo. Andaría en alguna de sus calaveradas...

—Dígame dónde están. No quiero que pase un día más sin verlos. Lléveme junto a ellos —le dije mirando hacia el infinito.

—No te impacientes, lo he dispuesto todo. Esta noche la pasarás en el sótano de esta fonda, donde tengo confianza, y antes del amanecer yo te traeré a Nuria y a Miguelito para que embarquéis en una goleta que zarpa mañana hacia Valencia.

La espera se me hizo interminable en el fondo de aquel sótano, junto a los toneles de vino y las provisiones de la despensa. ¿Y si alguna patrulla francesa los sorprendía? El toque de queda de los gabachos era difícil de sortear.

Al final se produjo el esperado encuentro. El largo abrazo y el beso que di a Nuria tras casi tres años de alejamiento.

—Mira el príncipe del que te he hablado, el que nos iba a llevar a su reino —dijo Nuria—. Fue la primera vez que vi a Miguelito.

El señor Ferrer nos llevó con la aurora hasta el muelle, donde estaba atracada la goleta, un barco destartalado que llevaba y traía telas desde Barcelona hasta Cádiz. Nos presentó a los marineros y a otras familias que también habían pagado un abusivo pasaje para huir de la ciudad cautiva.

—Cuando lleguéis a Valencia, os recibirán unos amigos. Os tratarán como si fueseis de su familia.

—¿Por qué no viene usted con nosotros? —Yo no concebía mi familia sin él —. Venga a disfrutar de su nieto.

—No puedo, de verdad. Vosotros sois las personas que más estimo en el mundo, pero mi puesto está aquí. —Y volvió a reflejarse en su rostro el gesto del hombre emprendedor que había fundado la mejor casa de comercio de Barcelona —. No voy a consentir que el mequetrefe de Víctor Puig haga todas las tropelías que le nacen de su alma perversa. Yo me encargaré de vigilarlo, y algún día juro que recibirá su merecido. No permitiré que se quede con mi negocio ni que acabe con todo lo que su padre y yo construimos con sacrificio y con trabajo honrado.

Estaba a punto de llorar y su hija lo abrazó.

—Tomad. —Y sacó de su bolsillo un pequeño saquito de monedas—. No es mucho; me hubiera gustado daros más, pero me queda ya poco. De todas formas, con vosotros sé que hago la mejor inversión de mi vida.

La voz del capitán ordenó levar anclas y zarpar. No sería nada extraño que alguna patrulla se presentase aún y desvalijase, con la excusa de un registro rutinario, el barco y a sus viajeros. Los vientos eran favorables y, al desplegarse por las velas, la brisa agitó el cabello de Nuria, mientras Miquel señalaba con su dedito la silueta de la ciudad y de las montañas que se hacían cada vez más pequeñas en la lejanía.

Mister Cartwright presidía la tertulia del British Coffee House, en Somers Town.[72] El anciano escocés pronunció el discurso introductorio, salpicado de alusiones en español y en inglés, a sus amigos. En la mesa central se encontraba alguno de los valientes caudillos de la guerra de la Independencia y de la causa liberal. Presidía el acto el navarro Francisco Espoz y Mina, el bravo guerrillero ascendido a general por méritos propios. Junto a él se sentaba el teniente general Miguel de Álava, ayudante de campo de Wellington, que leyó una nota del duque con la que expresaba su apoyo a aquel homenaje y excusaba su ausencia.

En representación de los civiles se sentaba don Antonio Alcalá Galiano, hombre feo y desgarbado a quien embellecía el don de la palabra. Hijo de don Dionisio Alcalá Galiano, teniente de navío muerto en Trafalgar, seguía siendo un orador elocuente, como demostró con sus palabras de agradecimiento en nombre de la colonia española. Todos guardaban en su memoria los brillantes discursos en el Café de la Fontana de Oro y como diputado de las Cortes, en especial aquel con el que había logrado que se inhabilitase al propio rey unos meses antes de la caída del régimen.

Cartwright había expresado la solidaridad de Gran Bretaña con los emigrados, con un castellano aprendido en sus años viajeros, con marcado acento céltico. Levantó los ojos hacia el cielo y rogó a Dios por el alma de los caídos en la defensa de la libertad, tanto los inmolados en los campos de Grecia en lucha contra los turcos, como los que perecieron en España. En el público se entremezclaban rostros pálidos y rubicundos con otros de tez oscura y negras patillas. Veteranos ingleses y españoles alzaban sus copas de güisqui o de jerez,

como en otros tiempos levantaron sus espadas en la *Peninsular War*,^[73] unidos contra los ejércitos de Napoleón.

Finalizado su introito, Cartwright cedió la palabra a Alcalá Galiano. Pidió a los presentes que, puestos en pie, guardasen unos minutos de silencio. Un niño de unos diez años, hijo de una de las víctimas, se acercó y leyó los nombres de algunos de los caídos.

—Y no solo son ellos —dijo retomando la palabra el orador tras el último de los nombres—. La mayoría son víctimas sin rostro, hombres y mujeres cuyo único delito ha sido defender el derecho a vivir según su conciencia. Miles de ciudadanos anónimos viven aterrorizados por los voluntarios realistas, los policías de Calomarde, por los curas fanáticos y los miembros de esa sociedad secreta, El Ángel Exterminador.

—¡Muerte a los facciosos! ¡Muerte al tirano!

La voz procedía del fondo y recibió un gran aplauso.

—¡Los héroes nunca mueren! —concluyó Alcalá Galiano—. ¡Sus espíritus siempre estarán con nosotros! Y su sangre, vertida injustamente, contribuye a que un día florezca el árbol de la libertad. Por cada héroe que muere, nacen diez dispuestos a tomar su bandera. Hermanos, gritad conmigo: ¡Viva la nación! ¡Libertad o muerte!

—¡Libertad o muerte!

—*Freedom for Spain!*

Sentía Alcalá al mismo tiempo gratitud y rechazo hacia sus anfitriones. Gran Bretaña los acogía, pero ¿cómo era posible que su Gobierno hubiera consentido la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis? Su padre había muerto en Trafalgar y él debía la vida a los antiguos enemigos de España. El café de Sommers Town, el distrito de los españoles, estaba abarrotado. Eran terribles las últimas noticias: los decretos de Tadeo Calomarde determinaban que era un crimen de lesa majestad gritar, incluso embriagados, ¡Viva la Constitución! o ¡Viva la libertad! Las comisiones militares detenían y ejecutaban sin tregua. La delación, el tormento y las ejecuciones eran habituales.

En aquella reunión del comité anglo-español, se pretendía recaudar fondos para los emigrados, que vivían con grandes dificultades. Algún día se reconquistaría la patria, aunque fueran precisos grandes sacrificios. Entre el humo del tabaco enrollado y de las pipas, los vasos llenos de aguardiente, las botellas medio vacías de vino de Sherry y de güisqui irlandés, el rostro de los héroes se achispaba y desaparecía el velo de tristeza que los acompañaba en su exilio. Inglaterra era una isla en una Europa sin libertad. Proliferaban los periódicos, como *The Times* y el *Herald*, y gracias al espacio y los recursos que algunos altruistas habían destinado a los españoles, estos habían podido sacar sus modestos periódicos, como *El Emigrado Observador*. Los españoles habían llegado a aquel punto de encuentro embozados en sus típicas capas, lo que proporcionaba, en medio de la niebla, una arrogante y exótica figura a los ojos de los londinenses.

Tomó la palabra Chapalangarra, otro de los héroes de la guerra de la Independencia, caídos en desgracia. Quiso recordar a dos camaradas. Mencionó primero a Rafael del Riego, el caudillo que hizo jurar la Constitución al rey, y pidió a su hermano Miguel, que malvivía en Seymour Street como librero de saldo, que se levantase para recibir el aplauso de todos. Invocó también a Teresa, la joven viuda muerta de pena tras conocer la cruel ejecución de su marido. Dedicó después unas emocionadas palabras a Juan Martín, *el Empecinado*, el hombre del pueblo, defensor de los débiles, cuyo tormento y alevosa muerte había dejado consternada a la comunidad de emigrados. Una orquestina de veteranos británicos comenzó a tocar las notas el *Himno de Riego*. Se levantaron todos:

*Serenos alegres, valientes,
osados cantemos, soldados,
el himno a la lid.
Y a nuestros acentos el orbe se admire y en nosotros mire
los hijos del Cid.
Soldados: la patria nos llama a la lid,*

¡juremos por ella vencer o morir!

Como si los caídos quisieran demostrar que estaban allí, se abrió una de las ventanas y los cristales se agitaron con estrépito. Venía esa ráfaga de las húmedas orillas del Támesis y batía de par en par las puertas del café británico. Se agitaron las largas melenas de los más jóvenes y las levitas de los mayores. Los moderados abrazaron, tras el himno, a los exaltados; los masones, a los comuneros, y hasta los radicales carbonarios parecían dar por zanjadas sus diferencias con los pactistas, a los que acusaban de ser cómplices de los absolutistas. Había también emigrados portugueses, napolitanos y piamonteses, todos compartían la dureza del destierro. La mayoría vivía en la pobreza, en casas semiderruidas de Sommers Town, pero aquella noche la hermandad podía más que las penalidades de aquellos parias. Habían compartido las penurias de la necesidad y dejado atrás padres, mujeres e hijos, pero en aquel momento se sentían felices y unidos como una gran familia.

Los británicos, poco acostumbrados a las demostraciones espontáneas y a las manifestaciones de júbilo, se dejaron arrastrar por el entusiasmo de los hombres del sur. Algunos veteranos lucían las casacas rojas de los ejércitos de Wellington, confundidos entre londinenses convocados por el comité anglo-español. Sus donativos permitirían que muchos emigrados pudieran sobrevivir, al menos por unas semanas, dada la corta paga que el Gobierno británico les asignaba. También estaban presentes miembros de la Gran Logia de Londres, y periodistas del *Chronicle* y del *Times*. Francisco de Espoz y Mina pronunció una arenga, antes de servirse la cena.

—¡Volveremos y venceremos! ¡Viva la libertad!

Cuando se sentaron a las mesas quedaron patentes las afinidades y simpatías de los distintos grupos. Mientras la mayoría de los hombres de armas se sentaron en torno a su caudillo, Alcalá Galiano lo hizo con hombres de letras y del comercio. A su vera, don Ángel de Saavedra, duque de Rivas, aristócrata implicado en la causa liberal, había sido condenado a muerte por sus ideas. En

España, antes de acabar en el destierro, había publicado numerosos versos y algún drama de cierto éxito, como *Ataúlfo* o *Lanuza*. Estaba a punto de partir hacia Malta y aquel acto servía para que pudiera despedirse de sus compañeros. Frente a Alcalá Galiano se sentaba José María Blanco Crespo, el más veterano de los exiliados españoles. Llevaba viviendo este sevillano de cincuenta años en las islas desde 1810. Se hacía llamar con el sobrenombre de *Blanco White*, pues se sentía español y británico a un tiempo. Escribía en las dos lenguas con similar soltura. Había publicado años atrás las *Letters from Spain*,^[74] y colaborado con la *Encyclopaedia Britannica*. Por su vasta cultura conocía a los clásicos españoles y había escrito ensayos sobre la *Celestina* y *El conde Lucanor*, lo que hacía las delicias de Alcalá Galiano, ávido de ampliar sus conocimientos con la conversación. Blanco White, de ferviente católico había pasado a convertirse en pastor de la Iglesia anglicana, mostrándose muy crítico con el fanatismo católico de su patria de nacimiento, alabando la libertad religiosa y de culto que se podía disfrutar en su patria de acogida.

Servía Blanco White de puente entre las dos culturas y de enlace entre los emigrados y la sociedad británica. Junto a él se encontraba Henry Richard Fox, conocido como lord Holland, aristócrata, escritor y viajero, gran amante de España, país que conocía desde 1802, cuando, junto con su esposa, Lady Holland, y un nutrido séquito de criados y caleseros, descubrió sus paisajes agrestes. Amor que se incrementó en un nuevo viaje, entre 1808 y 1809, en plena guerra contra Napoleón, cuando conoció la bravura y la nobleza de sus gentes. Su afición por la cultura hispánica lo había llevado a estudiar la historia y la literatura española, y a contactar con ilustrados como Jovellanos. Lord Holland había escrito en 1806 un estudio sobre Lope de Vega, y había traducido a Calderón, fascinado por el sentido sangriento de la honra de los españoles; sentía gran admiración por Cervantes, por su humor y por su humanidad. Su inclinación hacia España y los españoles le hacía sentir un profundo dolor ante las terribles noticias sobre la tiranía que sufría ese país querido y trágico.

La lucha de España era una causa que sentía como propia. Apoyaba a los

emigrados, entre los que tenía muchos amigos, ofreciéndoles las puertas abiertas de la Holland's House, punto de encuentro de españoles e ingleses que, como él, se declaraban españolados, como decía en su lengua, con cierto toque de ironía británica. Era su casa, además, un prestigioso centro de reunión de políticos, militares y estadistas como Talleyrand, Wellington o Metternich, y escritores de toda condición y pelaje. A Lady Holland le gustaba alternar con gente inteligente y creativa como Canning, Ugo Foscolo o Tocqueville, poetas junto a políticos como el conde Gray, *leader* del partido Whig, el partido liberal de los ingleses. Blanco White había sido secretario de lord Holland, y le estaba agradecido por cuanto lo había ayudado desde que comenzara su exilio. Se sentaba muy cerca Vicente Salvá, librero en Valencia y diputado durante el trienio, rival en otros tiempos de Mariano Cabrerizo, principal difusor de Montesquieu, de Voltaire y de Rousseau, que abrieron tantas mentes obtusas. Después de emigrar a Londres en 1823 subsistía del comercio de libros antiguos y raros para coleccionistas. En Regent Street había instalado su Librería Clásica y Española, lugar de encuentro entre bibliófilos británicos y los emigrados en las islas Británicas.

En la misma mesa comparecían otros amigos de Salvá: los hermanos Bertrán de Lis y Tomás. Los antes poderosos hermanos, caídos de nuevo en desgracia, sobrevivían merced a la perspicacia de Vicente, que había salvado parte de los ahorros familiares invirtiendo en fondos ingleses. El sentido práctico del mayor y el idealismo de Manuel parecían menos opuestos, gracias a la amargura común del exilio. La adversidad volvía a unirlos, acostumbrados a los vaivenes de la diosa Fortuna. Vicente seguía siendo ambicioso y calculador, pero el ambiente del café británico lo había emocionado. La memoria de su hijo Félix, su principal tributo en el altar de la revolución, volvió a su mente al escuchar las elegías en honor de los héroes y de los mártires. Era una herida no cerrada aún. Tal vez no había hecho lo suficiente, podía haber comprado a los verdugos de Elío y haberlo salvado. Manuel, el agitador y aventurero, miró los ojos llorosos de su hermano y comprendió su dolor, le agarraba por el antebrazo, para que

supiera que él también tenía presente a su sobrino, muerto con diecinueve años por la causa que los reunía en ese café.

En Inglaterra la libertad era algo tan normal que asombraba a los emigrados. ¡Cuánto tenía que aprender España! En su patria de acogida descubrían las maravillas de la ciencia y del progreso. Desde las lámparas de gas, que iluminaban Londres, que dejaban en ridículo los pobres fanales de aceite de Madrid o de Barcelona, hasta las máquinas de vapor, que en las fábricas multiplicaban la fuerza de los hombres. ¡Y aquel gusano de hierro, que algunos habían visto atravesar la campiña bajo una nube de vapor! ¿Se creerían sus compatriotas tales prodigios cuando volvieresen a casa? Los emigrados expresaban admiración a los ingleses, lamentando no poder ofrecer otro relato de su país que el de las procesiones y las plegarias para pedir lluvia a la Virgen. Para los ingleses, sin embargo, lo atractivo era esa tierra cálida. España estaba de moda entre los artistas y los poetas ingleses. Las historias sobre ese reino de abruptos paisajes y de hermosas ciudades que conservaban el misterio de Oriente, habían inspirado a poetas como lord Byron, que despreciaban la frialdad de sus compatriotas. Pensar en la península Ibérica, descubierta en la guerra de la Independencia por sus soldados, después viajeros, significaba evocar un mundo exótico, con mujeres de ojos negros, insinuantes tras murallas medievales, guitarras bajo la luna y bandoleros dispuestos a morir por pasión. ¡Qué contraste con la frialdad británica! Sin duda que el mutuo interés entre pueblos tan diferentes era un ejemplo de que los polos opuestos se atraen.

El poeta Richard Ford pidió a Ángel de Saavedra que leyese su poema «El destierro»:

*¡Oh, patria! ¡Ingrata patria!... Tú me arrojas
con furor espantoso de tu seno,
premiando así mi amor. Yo con mi sangre
torné las mieses de tus campos rojas,
y salpiqué con ella tu terreno,
tu independencia y gloria sustentando.*

*Yo combatí constante contra el bando
del fanatismo bárbaro y sañudo;
y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
tu libertad preciosa defendiendo,
hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un día
torne a brillar en que tu oprobio veas,
y libre y grande y venturosa seas,
mientras yo errante tu ignominia lloro,
y huyendo ¡ay Dios! de tú, tu nombre adoro.
No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
donde solo hay opresos y opresores.
¡España! España fue... ¡recuerdo triste!
Huyó, desapareció; queda el terreno
de tiranos poblado y de invasores,
y de esclavos indignos de memoria,
que el yugo vil merecen,
y el rigor y la afrenta que padecen.
Vivan, gócese pues: su trono asienten
en medio de los hombres degradados,
que viles los aplauden y consienten,
y su furor redoblen los malvados.
Redóblenlo, y los galos invasores
hagan de los traidores,
que sus falanges pérfidas llamaron,
infames siervos. Triplíquense horrores y delitos
en ese suelo de terror y espanto,
y del cielo maldito
sus habitantes sean todos.*

La emocionada declamación vino seguida de un aplauso. Acto seguido, un joven pálido y de melena negra, incorporado unas semanas atrás a la comunidad de emigrados, se levantó para leer versos del «Don Juan» de Byron, su ídolo muerto en Grecia en defensa de la libertad. Y después, tomó la palabra Richard Ford, para leer la *Oda a la Libertad* que Percy Shelley, también muerto en plena juventud, había dedicado a los españoles:

A glorious people vibrated again.

*The lightning of the nations: Liberty.
From heart to heart,
From tower to tower, over Spain.
Scattering contagious fire into the sky.[75]*

El joven poeta se llamaba José de Espronceda, un recién llegado entre los emigrados.

*La Santa Libertad: se ha desplomado:
Se estremeció la tierra; y espantado
volvió a ver su fiereza
todo hombre; pero ved que ya no es nada su estatua inmensa en polvo disipada.
Vieron más los mortales:
El cetro que arrancado al rey había
la Libertad, lo dio a la nación mía,
Acabad vuestros males:
¡Resistid al tirano!
Dijo la diosa, con acento humano.*

La ovación de ingleses y españoles resonó en la meca de los emigrados. Se comentó en las mesas que el joven era hijo de un militar relegado y que había escapado de la policía de Calomarde. Se contaba que de adolescente había organizado una improvisada logia, llamada Los Numantinos y una conspiración para vengar la muerte de Riego. Vicente Bertrán de Lis, tan frío en otro tiempo, sintió que se le erizaba el vello al contemplar al apasionado joven, viva imagen de su desaparecido hijo Félix.

Resonaban los aplausos cuando irrumpió en el café británico un hombre de aspecto tosco, vestido con un viejo hábito de franciscano.

—*Who is that rude man?*[76] —preguntó uno de los ingleses, sorprendido ante la aparición.

—Es uno de los nuestros —le explicaron al *gentleman* que se había tapado la nariz ante la arrolladora presencia de Ascensio Nebot.

El fraile guerrillero, barbado y grandullón, se encaminó hacia la mesa de

Alcalá Galiano y de los Bertrán de Lis. Tomó asiento sin saludar a nadie, se descorchó una botella de güisqui escocés y, mientras se la bebía de un trago, pareció atender por un momento los versos de un refinado poeta que había tomado la palabra mientras servían el postre.

—Dejaos ya de poemitas y de mariconadas —exclamó con su gran vozarrón tras cesar de pronto los aplausos—. Los serviles se reirían a gusto si os oyeran. Y de seguro que os pondrían una buena sogá en el cuello para que dejaseis de recitar cursilerías.

Sacó un papel de su raído hábito. Se trataba de una carta que le había llegado a través de un marinero de Plymouth. La había escrito un párroco de Valencia, antiguo camarada de su partida, remitida en una valija consular por Peter Tupper, lacrada en cera, con el sello de la condesa de Almodóvar.

—¡Escuchadme todos, y moved el culo de una vez! El Ángel Exterminador y la Santa Inquisición van a matar a un inocente, si nadie lo remedia.

Mister Crabb abrió de pronto sus oídos de periodista ante la sorprendente noticia. *The Inquisition. That's typical Spanish!*^[77] Los Bertrán de Lis preguntaron al temperamental fraile de qué hombre hablaba.

—Lo conocéis bien, es maestro en Ruzafa, antes miliciano de Cabrerizo. ¡Y amigo vuestro, qué demonios! ¡Hay que evitar que lo achicharren en una hoguera!

La goleta atracó en el puerto de Grao. Abril de 1808. El viento de gregal empujó la embarcación de cabotaje, e hicimos casi todo el viaje en cubierta, asomados a barlovento, hasta divisar la lengua de arena de costa, antes del puerto. Nuria, Miquel y yo nos sentíamos unidos, como las velas parejas de los tres mástiles. Yo, el hijo de un *ganiveter*, un hombre sin raíces, tenía una esposa y un hijo a los que amar. Ya no era un vagabundo, ni un pícaro sin hogar. Había encontrado algo grande en ese pequeño ser que me pedía que lo tomase en mis brazos y que jugase con él. Descubrí que un gran temor acompañaba mi nueva condición de padre. Mi amor era tan inmenso que me asustaba. Una comitiva de los Bertrán de Lis nos recibió. Mariano vino con Félix, su sobrino de ocho años, hijo de Vicente, el mayor de los hermanos, que no pudo venir a causa de las obligaciones en sus tahonas. Nos preguntaron por don Albert, y se lamentaron de que no hubiera venido a Valencia. Les explicamos que se había querido quedar al pie del cañón de sus negocios, amenazados por la invasión. El señor Ferrer era un hombre apreciado por los Bertrán de Lis. Además de haber comerciado en Cataluña con su harina, compartía con ellos las nuevas ideas del siglo y la lectura de libros clandestinos.

Mariano Bertrán de Lis vino con su esposa, Melchora, y con su sobrino Félix, un niño de unos ocho años, entregó a Nuria un ramo de bienvenida. Se puso a jugar después con nuestro equipaje, que pretendía cargar en la calesa que nos aguardaba en el muelle y con la que emprendimos viaje montados en su elegante cabina. Sabíamos por don Albert que los Bertrán de Lis eran una familia unida y acomodada de Valencia, cuya fortuna había surgido a partir del negocio de horneros. Habían abierto en Valencia, en la plaza de la Pelota, una de las mejores

tahonas y, unos años después, gracias a la perseverancia y el trabajo, habían abierto otras, acumulado dinero y también poder. Al señor Ferrer le habían comprado mantones de Manila, muebles de la India y cerámicas de China. Según el padre de Nuria, les gustaba lucir su riqueza, algo que chocaba con la austeridad catalana. Don Albert conocía bien al patriarca del clan, don José, y al mayor de sus hijos, el más listo de todos, llamado Vicente. Y junto a negocios compartía con ellos el secreto de pertenecer a una secreta logia masónica, según supimos después. En el camino del Grao nos sorprendió por primera vez la visión de la inmensa huerta, salpicada de barracas blancas y repleta de historias que Mariano nos contaba y que Félix repetía. Todo el mundo parecía tener su mote en El Cabañal, y cada uno de los huertanos, su pequeña historia.

A la altura de un puente apareció un grupo de hombres armados. Mariano nos dijo que no nos inquietásemos. Al frente de la patrulla venía Manuel Bertrán de Lis, el segundo de los hermanos, con miembros de la milicia que habían organizado y nos hacía de escolta. Después de cruzar el puente, llamado del Mar, nos encaminamos hacia el sur. La arena detuvo varias veces la calesa, carruaje demasiado fino para semejantes caminos. Mariano nos explicó que íbamos en dirección hacia un caserío de nombre Pinedo, en las playas de Ruzafa, un arrabal de Valencia.

La familia tenía allí una alquería y nosotros nos podíamos instalar muy cerca. Respirábamos el aroma de las flores hasta que alcanzamos la alquería de la familia, tras una senda flanqueada de moreras. Manuel Bertrán de Lis, el capitán de la milicia que nos había escoltado, descabalgó entonces y se acercó. Abrió la puerta de la calesa, ayudando a Nuria, a doña Melchora y a Miquel a descender besando las manos de las damas y estrechando la mía. Tenía más o menos mi edad, rubio y de buena planta, y lucía orgulloso un uniforme de caballería, parecido al de los húsares.

La alquería de los Beltrán de Lis era una de las más grandes y lujosas de la zona. Se alzaba sobre una loma con vistas al mar, rodeada de jardín, y desde la cubierta del amplio porche se divisaban las dispersas barracas blancas y los

huertos adornados de rosales y buganvillas rojas. Hacia el sur nos explicaron que la lejana cordillera azul que teníamos delante era la sierra de Corbera y el puerto de Cullera. Nos esperaba sentado en una mecedora el anciano patriarca del clan. Don José nos ofreció una limonada y frutos secos, mientras la esposa de Mariano nos presentó a su hija pequeña, de nombre Magdalena, de la misma edad que Miquel. Vinieron unas criadas que se encargaron de nuestro modesto equipaje y nos prometieron que después del almuerzo nos llevarían a nuestra nueva casa.

Estaba a punto de servirse él cuando llegó Vicente, el hermano mayor, al que se acercó su hijo Félix y saltando en sus brazos lo besó en las mejillas. El primogénito venía de atender los negocios de la familia, las tahonas y los talleres de seda, y ya en la mesa nos preguntó sobre los acontecimientos de Barcelona, la invasión francesa y sobre la salud de don Albert Ferrer. ¿Y cómo él no había venido también? *I això del seny català?* Corrían malos tiempos para permanecer en Barcelona. Lo mejor era venirse con nosotros a Valencia. Creo que a Nuria le hizo daño aquel comentario. Se sentía culpable por no haber insistido más a su padre. Lo pusimos entonces al corriente de las tirantes relaciones que tenía el señor Ferrer con los Puig, sus socios mercantiles. Don José, el abuelo, había sido un hombre muy trabajador, aunque desde la muerte de su mujer se dedicaba sobre todo a la tranquilidad del jardín y del huerto, según nos contaba Vicente. Nadie había regalado nada a los Bertrán de Lis. Nos habló de que tenían su origen en Játiva, de la tradición familiar, y del modo en que, con grandes sacrificios, había abierto molinos de harina y tahonas, la más importante en la plaza de la Pelota de Valencia. Nos contó que, además del trabajo y el ahorro, había conseguido él, gracias a contactos hechos en la Corte, el contrato de suministro de pan para el ejército español, una fuente de ingresos segura.

—Pero usted, señor Ripoll, no ha venido para hacer de panadero.

Manuel interrumpió a su hermano Vicente. Se presentó ante mí como un ardiente patriota, defensor de los derechos de Fernando VII, enemigo de Godoy, al que acusaba de haber vendido España a los franceses.

—Cuento con usted. Sabemos que tiene experiencia como soldado en la

guerra del Rosellón. Necesito que me ayude a disciplinar a mi tropa. Son huertanos y, aunque no les falta valor, no saben demasiado de instrucción ni de disciplina militar.

Yo, sin dudarlo, asentí con la cabeza. ¡Qué diferente eran los dos hermanos! Mientras el mayor hablaba solo de sus negocios, el segundo hablaba ya de las futuras batallas. Mariano, el menor, ejercía en cambio el papel de protector del hogar, por su carácter apacible y tranquilo. Me contó que había reclutado ya a unos quinientos hombres, a los que pagaba ocho reales de vellón por día de servicio, un lujo hasta para la fortuna de los Bertrán de Lis. Hablaba con vehemencia, y me preguntaba detalles sobre las cargas de caballería y las batallas donde había participado.

Tras la feliz comida, nos acompañaron hasta una barraca que su familia poseía cerca de la alquería. Cuando nos acomodamos en nuestro hogar, comprobé que tendría que reponer la paja del techo, arrastrada por un reciente vendaval. Cualquier trabajo me parecía insignificante, dada la ilusión que tenía, de poseer casa propia, junto a mi familia. Sentí que en ese rincón de cañas y barro íbamos a ser felices los tres.

Manuel me recogió y me entregó mis armas. Me presentó a sus soldados y me dijo que tenía mucho trabajo por delante con esos labradores a los que tenía que adoctrinar en mosquetes y bayonetas. Mientras yo me acostumbraba a dar órdenes, Nuria cuidaba en el recién estrenado hogar a nuestro querido Miquel, al que veía feliz en la huerta, jugando con los perros ratoneros. Manuel partió a finales de abril con unos pocos hombres de su milicia a Madrid. Murat había tomado la capital en nombre de Napoleón y la familia real había sido enviada a Francia. Había que saber qué era lo que pasaba en la capital del reino. Pasaron varios días sin recibirse noticias.

El 7 de mayo se vio llegar por el camino de moreras de la alquería a un jinete herido, montado en una yegua sucia que cojeaba. Se trataba de Manuel, quien con la frente vendada nos contó lo que había visto en Madrid.

—Los más pobres han plantado cara al invasor con navajas y pinchos, han

derribado de sus caballos a los coraceros y a los mamelucos. La batalla fue calle a calle... la Puerta del Sol... —Y cogió aire—. Los lanceros mataban a la gente. Solo un puñado de nuestros soldados se unió... Los artilleros Daoiz y Velarde... muertos.

Su relato era una mezcla de emocionadas escenas y de insultos contra los cobardes del Consejo de Castilla y los militares que habían permanecido en sus cuarteles, negando las armas a los patriotas que morían por la independencia y por su rey.

—Y la noche siguiente se formaron cuerdas de presos hacia El Retiro y Príncipe Pío... Se los fusiló sin piedad. ¡Así se porta el maricón de Murat con los españoles! Le gustaría matarnos a todos, mientras se peina sus largos rizos.

La chispa había prendido, y los franceses la sofocaban a sangre y fuego. Los recién venidos traían noticias terribles del 2 y del 3 de mayo en Madrid. El rey seguía en Bayona, junto a su padre, Carlos, y su madre, María Luisa. Tiempo después supimos que se habían enzarzado ante Napoleón en una bronca discusión sobre quién era el rey verdadero. Los reyes padres reprochaban a Fernando los incidentes de Madrid, en los que habían muerto tantos franceses. Y este se disculpaba por los actos de la chusma en su nombre, y adulaba al emperador para que lo apoyase. Aquella ópera bufa concluyó cuando Carlos reclamó la corona a su primogénito. Fernando renunció en favor de su padre, que claudicó en favor de José Bonaparte. El pequeño corso se comía de un bocado un reino y el mayor imperio de Ultramar conocido. Y lo hacía por el bien de los españoles, a los que libraba de una dinastía caduca y decadente, compuesta por una pandilla de imbéciles.

No veía apenas a los testigos. Se le colocó en un rincón, atado a una silla, amordazado, vestido con un sambenito y con una coroza en la cabeza con diminutos agujeros para los ojos, y para la nariz y la boca. Resoplaba sin protestar a través del áspero trapo. Se le presentaba como a un monigote despreciable, metido en un saco maloliente. Cuando cada noche volvía a su celda, se le arrojaba un cubo de agua para limpiarlo. Dentro del sambenito se le oía lamentarse. Toranzo dispuso la exposición del reo, en contra del *Manual de Inquisidores*. Así mostraba a qué conduce la rebelión contra la fe. A mediodía le daban gachas de pan y agua. Se derretía de calor dentro del saco. Un anticipo del infierno que esperaba a los impíos. Según el capítulo segundo del manual: «Los testimonios de los testigos valen contra el acusado y nunca a su favor... Toranzo interpretaba a su manera los viejos procedimientos, que preservaban la identidad secreta de los testigos; los llamados a declarar pasaban uno a uno. El reo escuchaba sin poder defenderse. Los hombres venían con sus mujeres de negro ante el secretario de la Junta. Este cumplimentaba los legajos procesales, indiferente a las vacilaciones de voz de los testigos, así como a los cercanos sollozos del procesado. A casi nadie le hacía gracia ese trámite, salvo al propio Miguel Toranzo y Ceballos que, aunque ocupaba un asiento en un humilde rincón de la sala, disfrutaba con el proceso inquisitorial.

El padre había intentado colocar testigos favorables, pero el listado final había sido depurado por Toranzo. Se los amonestó por tres veces a decir la verdad, según los viejos cánones. Algunos eran voluntarios realistas, como Luis Salcedo, el jefe local que dirigió la detención de Ripoll. Se trataba de un momento importante para él, ya era un personaje relevante en su pueblo. Los únicos que

podían declarar eran hombres, aunque cedían la palabra a sus esposas e hijos, seres incapaces legalmente según las normas de la Inquisición. Temblaban ante el secretario. El arzobispo se levantaba de la poltrona para exponerse ante los testigos, que se arrodillaban y besaban su anillo. La dirección de escena correspondía a Miguel Toranzo, mientras que Falcó ejercía de fiscal formalmente. El secretario pidió a cada testigo su nombre completo, lugar de bautismo, oficio, lugar de residencia e hijos. Después, uno a uno, tuvieron que contestar a:

Si conocían al maestro Cayetano Ripoll.

Desde hacía cuánto tiempo y cómo.

Si sus hijos habían sido alumnos del maestro.

Si lo habían visto santiguarse alguna vez.

Si lo habían visto acudir a los oficios religiosos.

Si lo habían oído alguna blasfemia o alguna invocación al diablo.

Si sus hijos les habían contado que empezaba sus clases con «Alabado sea el Señor» y no con un «Ave María Purísima».

Si sus hijos habían aprendido catecismo o solo los diez mandamientos.

Si lo habían visto arrodillarse al paso del viático.

Falcó sentía repugnancia por esos métodos. Toranzo era más inquisidor que todos los inquisidores de antes. Según las reglas del Santo Oficio, el acusado carecía de cualquier defensa y del derecho a declarar, y el interrogatorio de los testigos debía hacerse lejos del acusado. Sin embargo, Toranzo pretendía que Ripoll escuchase los testimonios en su contra. No vería apenas los rostros, pero sabía que nadie lo iba a defender. La única salvación era confesar y suplicar el perdón. Se autorizó a hablar a una mujer.

—El meu fill era castigat si no pronunciava blasfèmies contra la mare de Déu. A més, el mestre escupia als sants, i tenia a sa casa un altar dedicat al diable...[78]

Hablaba la Bernarda, la mujer más basta de Ruzafa, que a grito pelado vendía *pebrots*[79] en el mercado. Su voz destacaba, como su cuerpo grande y

sonrosado. Era la mujer de Pascualón, un arriero matón, voluntario realista de Salcedo, y amigote de Boro, *el Tort*. Toranzo se saltó a Eymerico y se acercó al amordazado.

—¿Escuchas bien, hereje? Mira lo que dicen tus vecinos.

La verdulera se desenvolvía con soltura.

—Prosiga, por favor...

—*A mi no em va agradar mai el mestre. Sempre parlava als xiquets de coses estranyes. Volia que no anaren a missa ni els diumenges i que anaren les xiquetes a la escola. Tots junts, xiquets i xiquetes. Quina immoralitat!*[80]

Cayetano escuchó sollozar a una mujer asustada. Las recordó cuando sacudían la ropa en el lavadero y vigilaban a sus pequeños, parloteando como ocas. Las conocía bien, casadas a los quince años, preñadas a los dieciséis, educadas para ser hembras sumisas, en procesión con un cirio en la mano y de espaldas al cura, cantando las glorias de la Virgen en andas. Sintió tristeza por ellas. Si hubiera podido hablar, les habría pedido que no temieran. Estaba ya condenado y no pensaba renegar de su vida.

Creyó reconocer a Adelita, la muchacha que una vez fue a la escuela con una gallina. «*Es molt ponedora* —le dijo esa madre de diecisiete años—. *Li donarà ous grans.*»[81]

Venía con su padre, labrador de apellido Llombart. Toranzo intervino:

—¿Y a qué hora ocurrió eso?

—*A la nit.*

Lo que había sido un casto encuentro parecía la cita con un lascivo diablo. La muchacha acabó liándose con el verbo retorcido del acusador y asintió que había sido víctima de todas las perversiones. «*¿Per ver qué?*», había preguntado...

El procesado apenas podía respirar por la coraza. Siglos de inquisición eran poca cosa para Toranzo. Las mujeres de Ruzafa sentían en el fondo compasión por el maniatado y se les escapaban las lágrimas. Querían parecer mujeres de capital, y hablaban en su burdo castellano. Bernarda disfrutaba de ser ella la que guiaba el testimonio de las demás.

Los testigos se santiguaban. La mirada de Toranzo las hacía bajar la cabeza.

—No enseñaba catecismo, ni corregía a los niños con la vara —declaraba una voz entrecortada que no pudo reconocer—. Teníamos miedo de él. ¡Era un enviado de Satán!

—El *mestre* va con una perdida —añadió la Bernarda—. Una mujer de mala vida.

Los maridos ratificaban a sus mujeres. Alguno protestó. Cayetano era respetuoso, no había hecho daño a nadie.

—*És un bon home amb bon cor.*

—Solo es bueno el buen cristiano —recalcaba Toranzo.

Cuando acabaron de declarar, sus maridos firmaron, casi todos con una cruz.

—El maestro Ripoll se ha demostrado un grandísimo impío y un deísta.

Era la conclusión leída por Falcó, dictada por Toranzo. No habría contemplaciones con Ripoll. El editor Cabrerizo, el otro hereje, aprovechando que le habían permitido visitar a su familia, había escapado hacia Francia, apoyado por unos conspiradores. Pero el maestro no iba a escapar. Además, no tenía dinero ni influencias para ello.

Las tres sesiones fueron interminables. El último día se rio bajo la coraza cuando escuchó a uno de sus pupilos.

—*Què vol dir això de dedista, pare?*^[82]

—*No sé, fill meu. Que té dos dits molt grans! Adorador del diable. Això crec.*

^[83]

Los vientos de guerra llegaron pronto. Aquella mañana de mayo se iba a leer en público la *Gazeta*, como solía hacerse al llegar con la diligencia de Madrid, y los corrillos se agrupaban en la plazoleta de les Panses. Huertanos y gente de ciudad, artesanos y tenderos, esperaban la lectura del diario oficial. Los milicianos de Bertrán de Lis estábamos allí a primera hora, a las órdenes de nuestro capitán, todavía con la frente vendada, acariciando bajo los fajines y los chalecos nuestras facas y pistolas.

Desde la escalinata de la iglesia de la Compañía, Vicente Rausell, uno de los nuestros, leyó en voz alta el diario. Nadie podía creer las «abdicaciones de Bayona». Se nos informó de la «devolución» del trono de Fernando a su padre. Luego, escuchamos las palabras de Carlos IV, que retengo en la memoria: la última «prueba de mi paternal amor» y las «extraordinarias circunstancias en que se me ha puesto y que debo dejar a la posteridad, en el último acto de mi soberanía...». No sé cuántas veces se escuchó esa especie de disculpa, mientras añadía: «Por un tratado he cedido a mi aliado y caro amigo el emperador de los franceses todos mis derechos sobre España e Indias.» El anciano rey se entregaba a Napoleón a cambio de su promesa de conservar la fe católica, y demandaba fidelidad al rey José Bonaparte y amor «a mi amigo el emperador para conservar la paz, amistad y unión entre Francia y España, evitando desórdenes y movimientos populares, cuyos efectos son siempre el estrago y la ruina de todos».

—*Quina vergonya!* —gritó una voz anónima desde el fondo de la plazoleta.

Napoleón tenía secuestrada a la familia real, y todo era por el bien del pueblo, pero desde hacía días recorría, como un reguero de pólvora, la noticia del 2 de

mayo en Madrid. El *Diario de Valencia* hablaba de una revuelta apoyada por Inglaterra.

—¡Viva el rey Fernando! —gritamos a una, mientras los milicianos desplegábamos un estandarte de la corona y rasgábamos las hojas de la *Gazeta*.

Una marea humana recorrió entonces la plaza del mercado y sus puestos. Se invitaba a los tenderos a que cerrasen y a que se sumaran a la revuelta. Nuestra milicia cargó los trabucos y se lanzaron disparos al aire; las voces exaltadas arremecían en todas las esquinas a favor de Fernando, y nos encaminamos por las callejuelas como un solo hombre hacia el palacio de la Audiencia. Desde la plaza de la Seo reclamamos que saliera al balcón el pomposo «conde de la Conquista», don Rafael Vasco. Le exigimos que declarase la guerra, pero solo salió un miembro del Real Acuerdo para pedirnos calma.

—Confiad en las autoridades y dispersaos pacíficamente.

Pero los nobles no estaban al lado del pueblo que pedía armas. La riada humana se encaminó al palacio del conde de Cervelló, y cuando estaban a punto de asaltarlo apareció la figura de un fraile franciscano que se ofreció a dialogar con las autoridades. «¿Quién era ese curita entrometido?» El padre Rico se asomaba a la multitud. Vimos un hombre pequeño y enjuto, de barba afilada, que rondaba la treintena, y que de inmediato demostró poseer gran elocuencia, pues contuvo a golpe de palabra a una multitud deseosa de declarar la guerra. El desconocido se convirtió, por mérito propio, en el «representante del pueblo». Manuel Bertrán nos ordenó a los milicianos que siguiéramos a aquel clérigo, para conocer si era capaz de hacer lo que queríamos. Cuando llegamos a la puerta de la Audiencia bajó hasta nosotros el conde de la Conquista, con uniforme de capitán general, y recibió al padre Rico y a una pequeña comitiva de los alborotadores. Se le notaba incómodo en compañía de Ugarte, gobernador de la Sala del Crimen, del regente Cano y del corregidor Aspiroz. Nos miraban con desprecio esos grandes nobles.

—No estamos dispuestos a aceptar presiones del populacho —proclamó con altivez el máximo responsable del Real Acuerdo—. ¡Esto es una revolución!

No le faltaba razón: el pueblo llamaba por primera vez a las puertas de las autoridades para ser escuchado. Manuel iba a hablar con su habitual exaltación, cuando intervino el franciscano. Fuera, arreciaban los gritos de guerra.

—No es una revolución. —El padre Rico habló en tono pausado, pero firme—. El pueblo muestra su lealtad al rey. Su resolución es fuerte, pero serena, y me transmite la demanda de que se declare la guerra al usurpador y se ordene el alistamiento de todo varón en el ejército. Os ruego que dispongáis un bando en estos términos...

—¿Un bando? ¿De verdad piensa que nos amedrentaremos ante la violencia?

—No es violencia la justa indignación del pueblo. —La firmeza del pequeño fraile aumentaba—. La nación no quiere a Napoleón ni a su hermano. Solo quiere a su rey.

—Pues a un rey tendremos que obedecer, sea Fernando o José, ¿no es así?

El cinismo del conde de la Conquista nos dejó enmudecidos. Manuel explotó.

—¡Traidores! ¿Os referís al rey Bonaparte? Guerra y solo guerra.

Con un gesto de su mano, el padre Rico detuvo a mi capitán, que parecía a punto de lanzarse sobre todo el Real Acuerdo en pleno.

—No temáis ningún desorden ni nada contra vuestras señorías. Pero el pueblo no admitirá a un advenedizo como rey que tan indignamente ha abusado de la lealtad y de la alianza con nuestra patria. El clamor de fuera es la nación entera, que pide empuñar las armas por la libertad, pues prefiere la muerte a la esclavitud —apostilló el fraile.

—Nadie puede emprender una guerra —replicó don Rafael Vasco con arrogancia— ni formar un ejército que no esté dirigido por su jefe natural, que ha de ser un noble.

—No queremos obrar en contra de la monarquía ni contra los nobles. Propongo que el conde de Cervelló comande el ejército. Iremos todos juntos a la guerra.

—¿Guerra? —preguntó con alarma el máximo representante del rey—. No podemos proceder con ligereza sin incurrir en una temeridad funesta para la

ciudad y el reino. Carecemos de dinero para uniformar una tropa, de recursos para enfrentarnos a Napoleón y no conocemos qué partido han tomado los demás pueblos de España.

—¿Qué partido? —volvió a interrumpir Bertrán de Lis—. ¡Oh, vamos, la nación arde en llamas contra los invasores! Solo los traidores permanecen mudos.

Los gritos que llegaban de la cercana plaza de la Seo apoyaban sus palabras. Al final, los miembros del Real Acuerdo aceptaron retirarse a deliberar. En una hora, salió Azpiroz con un papel con una resolución. Juan Rico la leyó y, acto seguido, se dirigió al pueblo.

—Escuchadme todos, el excelentísimo capitán general y el Real Acuerdo ordenan que todos los vecinos se tranquilicen y que se retiren a sus casas. En la medida de nuestras responsabilidades procuraremos satisfacer sus deseos e intenciones, para que surta efecto el alistamiento de los mozos por los alcaldes de barrio y por los distintos cuarteles de la ciudad.

No se trataba de una declaración de guerra, pero apaciguó a la multitud. Cerca de la plaza del mercado, un hombre que vendía *palletes* se rompió el fajín rojo de su cintura y, poniendo un jirón sobre un palo, junto a una estampa de la Virgen de los Desamparados y otra del rey, lo alzó al cielo como si enarbolase una bandera.

—*Escolteu-me tots. Jo, Vicent Doménech, un pobre palleter, li declara la guerra a Napoleó y als francesos.*^[84]

¿Estábamos ya en guerra? Alojado el padre Rico en el Temple, nos contó al día siguiente que el arzobispo le había ofrecido dinero para que abandonase la revuelta.

—No es propio de un religioso meterse en estos tumultos y sediciones —le había dicho el prelado en tono paternal—. Dejad que las autoridades cumplan con su deber.

Por supuesto que Juan Rico había rechazado la oferta. No abandonaría al

pueblo por todo el oro del mundo. El capitán de la ciudadela González Moreno le ofreció el apoyo incondicional de la milicia.

—Y también con nuestra milicia —añadió Manuel—. Quinientos hombres dispuestos a luchar por la independencia de la patria.

Rico se sintió aliviado. Confesó que necesitaba esa ayuda. Tras un frugal desayuno, preguntó a los militares:

—Caballeros. Espero que cuenten con el apoyo de sus superiores, ¿no es así?

El capitán González Moreno hizo un gesto con el que pareció insinuar que él y unos pocos oficiales actuaban al margen del alto mando.

—¡Vaya! Esto también ocurrió en Madrid —comentó Manuel Bertrán de Li—. Solo dos oficiales se levantaron el dos de mayo junto al pueblo.

—¡Pues, aunque estemos solos, seguiremos adelante, como Daoíz y Velarde en Madrid!

El capitán González Moreno tenía claro cuál era el bando de los patriotas. Entonces, nos puso al corriente de lo que había ocurrido esa noche.

—Cuatro carros de la Audiencia se disponían a partir de madrugada, sigilosamente, por la puerta de Quart hacia Madrid, pero una partida de voluntarios y de soldados interceptó el cargamento. ¿Qué se llevaban? Dinero y provisiones para Madrid.

—¿Se llevaban el dinero a Madrid? —preguntó el franciscano.

—No solo transportaban dinero, encontramos en los cofres una carta lacrada para Joaquim Murat. ¿Sabéis lo que decía? «El conde de la Conquista os informa de la revuelta y solicita que se traigan aquí a diez mil soldados franceses para sofocar la rebelión.»

—¡No puedo creer que haya tanta traición ni tanta doblez! Estamos vendidos...

Mi capitán desenvainó la espada, como si tuviera delante al mismo Rafael Vasco.

—No solo eso —añadió Moreno—. Tenemos una orden de prenderlo.

—Hemos de ser prudentes. El pueblo no puede saber el contenido de la carta

o... Aunque no podemos confiar en el Real Acuerdo —comentó con tristeza el padre Rico acariciando el crucifijo de madera que le colgaba del cuello—. ¿Qué harán ustedes, entonces?

—Ignorar esa orden y declarar la guerra, por supuesto. Contamos con el apoyo de numerosos patriotas.

Llegó al convento del Temple Vicente Bertrán de Lis acompañado del alguacil mayor, don Antonio González. El comerciante parecía dispuesto a poner toda su fortuna al servicio de la causa patriótica.

—Padre, estamos con usted y con la patria. Haremos que regrese el rey Fernando.

Manuel abrazó a su hermano. No había dudas de que en lo esencial estaban unidos.

—No quisiera que estos sucesos fueran causa de la muerte de nadie... Ni siquiera de los miembros de la Real Audiencia. Ellos creen obedecer al rey en su abdicación... —dijo con tristeza el franciscano—. Vislumbro un baño de sangre por culpa de un extranjero, un usurpador que tiene secuestrada a la familia real...

—Intentaremos que no haya derramamiento de sangre —dijo Manuel.

—Si voy a continuar como verdadero «representante del pueblo», y no como vuestro títere —Rico se levantó de su asiento—, quisiera que las cosas se hicieran a mi manera. Ya dije que no deseo muertes. Quiero salvar la mayor parte de vidas, incluidas la de Rafael Vasco y la de los aliados de los franceses. Están equivocados, aunque no lo saben.

Todos asentimos. No había sido equivocada la elección por el pueblo del padre Rico. Yo comprendí que los Bertrán de Lis, que tanto afán y tanto dinero habían puesto en financiar la milicia patriótica, sentían una pequeña punzada en su orgullo al secundar al valiente franciscano. Eran evidentes las rivalidades, pero nuestra milicia guardaría el orden, seríamos como la guardia pretoriana del padre Rico. Y junto a nosotros formaban también los militares patriotas. Lo que no sabía nadie era si se podría aplacar todavía la impaciencia y la ira del pueblo. Habíamos cruzado el río Rubicón. Ya no podíamos dar marcha atrás. Nos

encaminamos unas horas después hasta los muros de la ciudadela, cerca del palacio de Cervelló. ¿Nos entregarían sin combatir los militares las armas? Los sublevados estábamos dispuestos a todo y los soldados tenían la orden de disparar contra quien pretendiera penetrar en sus muros. Formamos un cordón para evitar que se asaltase la fortaleza. Los soldados habían cargado los cañones y levantado el puente levadizo.

—¡En nombre del rey Fernando! —exclamó Manuel Bertrán de Lis desde el otro lado del foso—. ¡Entregad la ciudadela y sus armas!

—Nuestras armas son escasas y además están destinadas a los soldados del rey —respondió el gobernador de la fortaleza.

—¿Los soldados del rey o los del francés? —preguntó nuestro comandante—. ¡Dejad entrar a una comisión para ver lo que decís!

El gobernador vaciló.

—¡Que entre el fraile y siete hombres, todos desarmados!

—¡Bajad el puente! —exigió el padre Rico con firmeza.

Antes de que el barón de Rus diera la orden, sus soldados habían bajado el levadizo sin disparar. El gobernador abrazó a Rico en cuanto penetró en la fortaleza.

—¡Qué demonios! ¡Que viva el rey Fernando, y que viva España!

El jefe de la ciudadela se decantó por nuestro bando. «¡Viva la independencia!», gritaban los que entraban, abrazándose los soldados y los paisanos. Yo, que venía de ver las humillaciones de la toma de Barcelona por los franceses, me sentí feliz al ver que el pueblo había reaccionado y nuestras armas al fin se unían. Los hombres de la milicia se pasearon por las almenas y los torreones como por una plaza tomada al enemigo. Bajamos hasta el depósito para comprobar las armas. La verdad es que era escaso el arsenal, apenas unos mosquetes, y faltaba metralla y plomo para los cañones.

Unas horas después circuló por las calles el rumor de que un barco francés había atracado en el Grao y que llevaba en sus bodegas cuatro mil quintales de plomo. También estaba atracado un navío inglés. ¡Cómo había cambiado todo en

unas horas! Nuestros enemigos se habían convertido en nuestros amigos, y viceversa. Se rindieron honores a los «corsarios ingleses», y el joven Peter Charles Tupper, cónsul discreto que hasta entonces había ocupado un discreto segundo plano en la ciudad, fue sacado a hombros de su casa y paseado por la plaza de Santo Domingo como si fuera un famoso torero.

El 25 de mayo de 1808 se formó una nueva Junta Suprema. Recuerdo ese día de primavera como uno de los más intensos de mi vida. Gracias a la moderación del padre Rico, se respetó la vida del conde de la Conquista, que, de mala gana, declaró la guerra. La proclama exaltaba como «único soberano a nuestro rey Fernando VII», y determinaba «la movilización y el alistamiento de todo varón entre los dieciséis y los cuarenta años para luchar contra los franceses». En la Junta Suprema se integró por primera vez a militares de alto y bajo rango: al arzobispo de la catedral junto a sencillos frailes, como Juan Rico, a nobles hacendados junto a menestrales y artesanos, como Vicente Bertrán. Y la exaltación patriótica, a favor de la independencia de España frente a Napoleón, se paseó durante los luminosos días siguientes por las calles de la ciudad, envuelta en la alegría del pronunciamiento. ¡Y todo sin derramar una gota de sangre! Era, sin duda, el triunfo del pueblo contra unas tibias autoridades, que solo querían perpetuarse en sus cargos. La primera vez que se le escuchaba. Una auténtica revolución.

Don Vicente era una pieza fundamental para la causa. Y negó, como san Pedro, su relación con el maestro, al que había apoyado en la *escoleta*.

—¿Y cómo consintió, un pastor de la Iglesia, padre Record, que el lobo cuidara de las ovejas?

Toranzo lo sabía todo ya: el maestro era un militar retirado, miliciano de Bertrán de Lis y de Cabrerizo. Sin duda formaba parte de una sociedad secreta de masones.

—¿Conocía y aplicaba su paternidad el edicto de anatemas de 1823? ¿Por qué no denunció a Ripoll?

Contestó el cura, con voz temblorosa, que pensaba que el nuevo maestro «venía solo a ayudar». Lo había conocido durante la sequía del año veintidós, dando pan a los hambrientos.

—Como hombre culto, viajado, se ofreció a dar clases a los niños de La Punta...

Los fruncidos ceños de los interrogadores y su silencio lo atemorizaban.

—El maestro no era un beato —dijo balbuceando—, y sí caritativo con los pobres. Si bien no lo hacía en nombre de Dios, sino, según decía, por los principios universales de la humanidad...

Don Vicente podría haber añadido que lo había ayudado a reparar la ermita de Monte Olivete y que habían paseado juntos por el camino de las moreras, charlando de lo divino y de lo humano. Negó que fueran amigos. Nunca. Él estaba en San Valero, y el maestro...

—Aunque pudiera ser un hereje —se atrevió a sugerir—, decía que creía en

un ser supremo, al que se dirigía con el pensamiento, sin plegarias ni rezos. Supongo que se refería a nuestro único Dios...

Ocultó que habían ido a veces a pescar a la albufera, y que se veían con frecuencia en casa de Josep Vivó, en encuentros fraternales. Recordó una conversación en su alquería en una velada. El maestro le había mostrado un libro de Rousseau, el *Emilio*, un manual útil para enseñar. Y le había escuchado explicaciones de botánica y de ciencias naturales. Se aprendía mucho con sus charlas. Pero no podía decir nada de eso. Los ojos rapaces de Toranzo se clavaban en sus labios, escrutándolo. No podía resistir tanta tensión.

—Oh, no —recuperó su ahogada voz con un atropellado balbuceo—, ¡ese hombre es muy malo! ¡Es cierto! ¡Un liberalote «negro»! No se confesaba nunca, no era devoto de la Virgen. Aunque... no despreciaba del todo la fe, ni las peregrinaciones marianas...

—¡Los caminos del Señor son inescrutables! —exclamó irónico Toranzo—. ¿De verdad que el maestro respetaba el culto sagrado a nuestra Virgen?

Reconoció el asustado párroco que, según decían los niños a sus madres, el maestro jamás comenzaba sus clases con el «Ave María Purísima». Pero él le dijo una vez que era respetuoso con la fe mariana, pues, según Ripoll, inspiraba buenos sentimientos de amor a los sencillos. Se sentía diminuto ante las eminencias que lo miraban cada vez con más desdén. Sí, para ellos él era un insecto, un curita regordete y cincuentón, un *retoret* de la huerta, sin apenas teologías ni latines, alguien que nunca ocuparía en la curia una poltrona.

—Decidnos, padre Record, ¿no es cierto que no se santiguaba al paso del viático?

—Sí, cuando había un moribundo, y pasábamos hacia su casa... —dijo sin levantar la vista—. No se arrodillaba ante el viático. ¡Maldito liberalote, sí que lo era! El *mestre* decía que no era necesario postrarse de rodillas, o santiguarse, ante las imágenes sagradas. Pero, en cambio... —hizo un esfuerzo sobrehumano para decir algo bueno de su amigo—, afirmaba que lo importante era el amor al prójimo, el lenguaje del corazón, la caridad...

Las preguntas de Toranzo lo aturdían.

«No lo matarán, no. —Se repetía para sí—. No serán capaces, harán la vista gorda, como con Cabrerizo. —Y sonreía humildemente ante los miembros de la Junta—. Y aunque yo lo acuse también, a él no le pasará nada por repetirles lo que ya saben, lo que quieren oír. ¿Y si me acusan a mí? Me degradarán, me tacharán de indigno de mi ministerio, me expulsarán de la Iglesia.» «Preso, o en la clausura de un convento», así lo dispondría la Junta de Fe. Recordaba otro juicio, el de José Frau, el párroco de Benaguasil, unos meses atrás. O acabaría en San Narciso. No sería el primer sacerdote procesado. Y podrían ejecutarlo. Y se angustió pensando en sus charlas sobre Dios. «Señor, aparta de mí este cáliz», pensó en un receso. No quería actuar como Pilatos, pero «¿cuántos más pueden ser perseguidos? Yo, sin duda».

—Entonces —prosiguió Toranzo—, es cierto que comenzaba sus clases con un «Alabado sea el Señor», como hacen los protestantes. ¿Qué os pasa, padre? ¿Se os ha comido la lengua el gato? Decidnos, ¿educaba católicamente a sus pupilos?

—Bueno, según contaban las madres, a sus hijos les leía los mandamientos. Los instruía sobre no robar, ni matar ni mentir... principios universales, humanitarios...

Hubo una larga pausa. Toranzo lo miraba fijamente y el párroco agachó la cabeza.

—¿Principios humanitarios? —Miguel Toranzo había encontrado su favorita línea de argumentación—. ¡Escuchad, magistrados de la Junta de Fe! Hablamos de «principios relativistas», no divinos. Si un hombre invoca a la humanidad y la coloca por encima de Dios, antepone el hombre a Dios. Por sumisión al *hombre*, concepto banal en sí, se inicia la negación de Dios. Y esa es la razón última por la que nuestro maestro no educaba en los dogmas cristianos, porque no los consideraba importantes. Y así introducía en las inocentes almas el germen de la duda y los desarraigaba de Dios. Tenemos que salvar a nuestros niños de este diablo y arrancar la mala hierba de raíz.

El fiscal asintió. El párroco se sentía cómplice de herejía.

—¿Jura su paternidad que no fue amigo del maestro?

—No, nunca. O, en cierto modo, no, pero algo sí...

—¿Juráis o no, por la Virgen?

—Juro por la Virgen de los Desamparados, que no...

—Decidnos, buen sacerdote, ¿cómo definiríais al maestro?

—Bueno, no sé... Creo que Cayetano, en realidad, es un hombre especial... recto. Me trataba con amabilidad. Hablaba de la humanidad, de los valores de la filantropía...

El tono suave del párroco había encendido a Toranzo.

—Claro está, padre Record, ¡la filantropía! ¡Un sustituto de la caridad! Ese es el discurso de los masones y de los filósofos del libertinaje. La sombra de Belcebú.

—Os pido que me perdonéis, señorías —dijo desplomándose de rodillas—. No sé nada, que la Virgen de los Desamparados me socorra, ¡no sé si Ripoll practicaba la fe! No lo veía mucho en la iglesia. Era tibio como cristiano, pero no hizo proselitismo...

—¿Que no hizo proselitismo! ¿No eran proselitismo las clases del maestro?

—Su eminencia, con todo respeto, tengo entendido que daba lecciones sobre la naturaleza y las ciencias. Decía que a Dios... se podía llegar por sus maravillas...

—¿A Dios a través de sus maravillas? ¿Aprueba el párroco su escaso interés por los dogmas de la fe? ¿Está de acuerdo con su libre pensamiento?

—¿Libre pensamiento? ¿Qué es eso? ¡Yo solo soy un ignorante!

—¿Ignorante? Tal vez sí, pero, sobre todo, ¡qué ingenuo! ¿No le avergüenza a sus años? Vemos que consideráis leves las faltas del procesado. ¿No recuerda que fue el diácono de La Punta, el padre Damián, quien elevó la denuncia a esta junta? ¿Acaso no era también su paternidad el confesor de la devota que puso en conocimiento del tribunal esta horrible conducta?

El párroco balbuceaba, quería salir de allí cuanto antes, regresar a sus misas, a

preparar bautismos y bodas, a los banquetes y a la música del órgano.

—¡Hablad ya! Nos tenéis intrigado —exclamó Toranzo.

—Sí, desde el principio me pareció un hereje. ¡No tenía en cuenta mis consejos! No daba a los niños catecismo, ni los instruía en la fe. —Los ojos de Toranzo se le clavaban en los labios—. Me parecía un «*negre*».

—Sí, claro —terció el inquisidor, cada vez más satisfecho. ¿Y no tendría el pastor nada más que añadir?—. ¿No le gustaban al maestro los niños?

—No sé, sus eminencias, ¿en qué sentido?

—Oh, vamos, ¡cuánta inocencia en un siervo de Dios! ¿No sabe usted, señor párroco, nada acerca de su rebaño? ¿No estará ocultando, o justificando tal vez, la conducta de un pervertidor, el desvarío de alguien inclinado al pecado innombrable?

—No sé, señorías. ¡Oh, no! ¡Eso sería horrible! Yo creo que...

La mirada gélida de Toranzo, secundado por el fiscal Falcó, se clavó en los ojos bovinos del párroco.

—No crea usted nada. ¡Diga lo que sabe de su conducta!

Don Vicente tragó saliva. Estaba casi paralizado.

—¿Su conducta? No sé, su eminencia. Yo creo que el maestro era con los niños un poco blando, es verdad... No les pegaba con la vara, les dejaba crecer a sus anchas.

—¿Y qué más, señor párroco? ¿Qué más hacía, a solas, con los niños? No dude su paternidad en revelar, ante este tribunal, los pecados nefandos del maestro.

—¿Pecados nefandos? ¿Os referís acaso a...? No lo creo, en verdad que...

—Vamos por buen camino. ¿No vio mosén cometer monstruosidades al maestro con sus pupilos? Diga cuanto sea preciso. ¡Dígalo ya!

—Los dejaba, es cierto... —exclamó entre sollozos—, portarse mal.

Cuando salió libre, se sentía más culpable que Judas. No fue capaz de ir a su parroquia, y se encaminó a la barraca de Mariana. Se quedó en la puerta bajo las

estrellas. Cuando la lavandera se levantó, lo halló tiritando. Y el padre lloró en su regazo, como un niño.

Habíamos vivido jornadas gloriosas. Pero lo que comenzó como una fiesta patriótica se convirtió en una orgía de sangre. Los franceses de Valencia, ciudadanos pacíficos, comenzaron a sufrir violentos ataques. Se los acosaba por las calles, se los insultaba, y algunos fueron asesinados. La Junta Suprema estaba dividida al poco de constituirse. Allí se mezclaban aristócratas como el conde de la Conquista, junto a comerciantes como los Bertrán de Lis; altos prelados de la Iglesia con frailes como Juan Rico; militares nobles, como el conde de Cervelló, con capitanes jóvenes como González Moreno. Hasta formaba parte de la Junta un extranjero, nada menos que el cónsul inglés Peter Tupper, unos días antes considerado agente de la pérfida Albión y ahora convertido en un ídolo del pueblo. Casi cuarenta vocales de los distintos estamentos formaban el nuevo gobierno. Para los aristócratas como Rafael Vasco, esa especie de asamblea era un peligro. Así comenzó la Revolución francesa. No importaba tanto que reinase Fernando, o José Bonaparte, sino que nada cambiase, y que los alborotadores nunca gobernaran. La chusma en pie de guerra olía a revolución. La guerra era una locura, y los franceses vendrían a imponer el orden. No había nada que hacer contra el mejor ejército del mundo.

El barón de Albalat, uno de los nobles sospechosos de estar de acuerdo con los franceses, fue atacado cuando entró a caballo por la puerta de Quart. Tuvo la mala suerte de que llegó al mismo tiempo que lo hacía la posta de Madrid, con cartas de Murat, en las que se exigía la rendición de Valencia. Los guardias de la entrada abrieron esas cartas, y la multitud pensó que el barón era un traidor, no se sabe bien si con razón o sin ella. Fue perseguido como un criminal por las calles, y cuando trató de refugiarse en el palacio del conde de Cervelló este se

negó a darle ayuda. Un grupo de huertanos armados de hoces y de navajas lo acuchilló y después lo decapitó, exhibiendo el trofeo de su cabeza en una pica por la plaza de Santo Domingo. Nadie, como pensaba el conde de la Conquista, por sangre azul que tuviera, podía considerarse a salvo. Nuestra milicia era incapaz de mantener el orden ante las continuas algaradas; no teníamos apenas hombres, y tampoco el ejército podía evitar los ataques. La Junta acordó conducir a los franceses y a sus familias al interior de la ciudadela, hasta que se calmasen los ánimos.

De los sucesos de los días siguientes, he de decir que guardo en mi memoria la profunda huella del horror. El 1 de junio de 1808, comenzó a predicar en la plaza del mercado un jesuita de nombre Baltasar Calvo, natural de Jérica, canónigo de San Isidro de Madrid. Se presentaba como un héroe del 2 de mayo, aunque nadie lo recordaba en la lucha o en el lugar de los fusilamientos.

—Los mamelucos, mercenarios de Napoleón, moros de fe musulmana, han estado violando y matando durante meses a mujeres y a niños españoles...

El exaltado verbo del predicador y sus hábitos parecían concederle el derecho a hablar en nombre de Dios. Los que lo escuchaban creían a pie juntillas al monje.

—Los franceses que ocupan Madrid se mofan de la fe católica —continuó Calvo—, vituperan nuestras costumbres y pisotean con sus botas el sagrado suelo de las iglesias. No hay nada que los detenga. Roban los cálices de oro de los altares, asaltan los conventos y deshonoran a las monjas. Son ellos los responsables de la revolución más atroz y sanguinaria de la historia. Y eso mismo va a suceder en Valencia, donde la Junta Suprema los protege en la ciudadela, y los defiende con sus soldados... ¡En la Junta abundan los traidores!

También comenzó a difundir el rumor de que los franceses preparaban un golpe de mano desde la ciudadela, y que con sus cañones bombardearían la ciudad. El infundio prendió entre los más ignorantes, que daban por cierto cuanto dijera un fraile. La sed de sangre fue creciendo y, aprovechando que la noche del 5 de junio la mayoría de los soldados de la ciudadela habían sido

enviados a Castellón, el padre Calvo asaltó la fortaleza con un grupo de labriegos armados, con la excusa de evitar la huida de los franceses. Los sacaron a empujones al patio. Ancianos, hombres, mujeres y niños.

—¡Son hijos del diablo! —exclamaba con un crucifijo en una mano y con una espada en la otra—. ¡Degollad a los extranjeros! ¡No dejéis a ninguno con vida!

Yo me encontraba en la huerta, con mi compañía de milicianos, cuando uno de los nuestros nos avisó de la matanza. No pudimos entrar en la ciudadela. El puente estaba izado; las puertas, cerradas; pero hasta nosotros llegaban los gritos de horror. El padre Rico y unos franciscanos intentaron en vano convencer a Baltasar Calvo de que detuviera la masacre. Desde una de las almenas vimos su negra silueta, recortada entre la luz de las antorchas. Sujetaba entre las manos a un niño, de la edad de mi hijo, y una mujer le suplicaba de rodillas.

—*Pitié! Épargnez mon enfant! Ma vie...*[85]

El niño fue arrojado al foso, y los cuchillos de los fanáticos acallaron los gritos de la madre. Supimos después que un grupo de franceses había sido sacado de la ciudadela, con la falsa promesa de que iban a ser liberados. Salimos de la muralla y les dimos alcance a la altura de la puerta de Ruzafa. Solo pudimos salvar a un puñado de esos desdichados de las garras de sus asesinos. El espectáculo me paralizó.

Al amanecer, tras la larga noche de sangre, el canónigo permitió a unos franciscanos recoger los cadáveres de cuatrocientas víctimas, amontonadas en el patio y en las almenas. El olor a muerte llegaba hasta nosotros. Y el jesuita apuntaba a la ciudad con sus cañones.

Nadie iba a detener la mano de Dios, proclamaba Calvo.

El padre Rico lamentaba que ni siquiera se había dado la extremaunción a los moribundos. Unas horas después, el jesuita envió unos emisarios a la Junta. Les exigió todo el poder, y que se le proclamase dictador de la ciudad. Ni Rico ni los Bertrán de Lis sabían qué hacer ante tal desafío. Vicente nos pidió por la tarde que nos retirásemos a nuestras casas, y que confiáramos en él. Al regresar hacia

Ruzafa con Manuel, cabizbajos y tristes los dos, nos juramentamos que desde entonces lucharíamos sin tregua contra el fanatismo.

Al día siguiente, Vicente Bertrán propuso a Rico y a la Junta Suprema un plan para derrocar al tirano. Se redactó un documento, encabezado con el membrete de la Junta, según el cual el gobierno de la ciudad se plegaba sin condiciones a sus exigencias de poder absoluto, otorgando a Baltasar Calvo todo cuanto pedía. Vicente Bertrán de Lis se ofreció para llevárselo en mano, con la escolta de su hermano Manuel y de unos pocos milicianos que lo seguíamos a todas partes. Estábamos ya dentro de la fortaleza, rodeados de huertanos que nos desarmaron al entrar. Nos metíamos dentro de la boca del lobo.

—La Junta Suprema ruega a su excelencia que se digne venir al Palacio Real para prestar juramento, y tomar así posesión como jefe supremo de Valencia.

El jesuita se sentía henchido ante aquel triunfo de su voluntad. Había logrado, con un audaz golpe de mano, acabar con los franceses y, de paso, conseguir que la ciudad estuviera a sus pies. Estaba tan confiado que solo se llevó una pequeña guardia de sus partidarios. Le dijimos que, antes de jurar, los miembros de la Audiencia querían rendirle honores. Dentro del edificio nos abalanzamos sobre él, y desarmamos a sus secuaces.

Esa misma noche se embarcó a Calvo en un navío, rumbo a Palma de Mallorca. Los que estaban en la ciudadela, al conocer la prisión de su general, depusieron las armas. Manuel Bertrán admitió que la astucia de Vicente había sido decisiva. Él se sentía hijo de Aquiles, el guerrero, mientras su hermano lo era de Ulises. Y la astucia conquistó Troya. Calvo estuvo encerrado en el castillo de Bellver. Regresó a Valencia un mes después. Se lo ejecutó con garrote vil el 4 de julio de 1808. Su cuerpo se expuso en la plaza de Santo Domingo, cerca de donde comenzó su locura asesina.

El arzobispo le ofreció besar estampitas de santos. Miró el preso las imágenes de los mártires, escuálidos ascetas que se retorcían bajo un haz divino. Cayetano las dejó caer en el suelo y comenzó a reírse como un loco. El anciano arzobispo parecía una estampa más, un eremita de manto dorado y rostro avinagrado. *Exorcisamus te, omnis inmundus spiritus, omnis satanica potestas.* ¿Tendría que besarlo a él? El demacrado maestro recordó que Simón López había prohibido el teatro. *Omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabólica...* Aquella era la mejor representación que había visto en su vida. Un alguacil vino y lo abofeteó.

—¿Así tratas a tu misericordioso arzobispo que te ofrece a los santos?

Le redujeron la ración de pan. No podría venir Mariana, con ropa limpia y comida, para tristeza del alcaide y de su bolsa. Toranzo necesitaba el duelo dialéctico con aquel hombre, capaz de estar encerrado un año y medio sin retractarse.

—Te veo tranquilo, como si el demonio te diera una tregua.

Cayetano siguió en silencio. Se arrebujaba en su manta.

Tenía en su poder el manuscrito que escribía en su cautiverio.

—A ver si me aclaro... —dijo Toranzo a la vez que dejaba caer el manuscrito—. Has estado inspirado. Quizá no haga falta que nos cuentes tu vida. ¿A quién le importa?

Cayetano se revolvió hacia el inquisidor, que cogió el manuscrito del suelo.

—¿Qué crimen he cometido? ¿Por qué me hacéis daño?

—La vida es una perpetua lucha contra los pecados. La penitencia, su expiación.

—No creo en la expiación a través del dolor. El dolor no cura. Vive y deja vivir.

—Vive y deja vivir. ¿Crees tú acaso que vas a vivir?

—Viviría si alguien me defendiese en un juicio justo, como a Cabrerizo...

—¿Cabrerizo? Hace tiempo que voló ese pájaro... Bueno, alguien lo dejó escapar, por cinco mil reales. Pero tú sigues caminando hacia la muerte. Salvo que rectifiques...

—No necesito rectificar nada, ni merezco este trato.

—Bueno, has tenido defensores. ¿Cómo se llama el escolapio? Sí, el padre Ramo. Y el carmelita Guillén. Dicen que eres una oveja descarriada, y que podrías volver al redil. Déjame que te ayude a retomar tu camino y a regresar a la verdad.

—¿Por qué soy tan importante para vosotros? Yo respeto vuestra fe, respetad mi libertad. *Alteri ne feceris quod tibi fieri non vis*. Lo aprendí con los escolapios, donde fui alumno. «No hagas al otro lo que no quieras que te hagan a ti.» Soy tolerante...

—Ya sé que te crees tolerante, ¿recuerdas tu formación teológica?

—Sí, mucho catecismo y teología. Lo importante para mí fue descubrir, en un momento de mi vida, que podía pensar por mí mismo.

—Un momento de arrepentimiento bastaría para salvarte, recuerda al buen ladrón que murió junto a Nuestro Señor y alcanzó la salvación eterna.

¿Qué ocultaba esa cucaracha?, pensó Cayetano. El inquisidor tramaba algo. Y el preso solicitó que se llamase a Ramo y a Félix Guillén, sus únicos amigos allí.

—Oh, bueno, ellos dicen que eres inofensivo, pero terco. Podríamos llegar a una especie de acuerdo. Si escribes y firmas una carta de arrepentimiento, pasarás unos meses en un convento, y luego se te expulsará de España. Háblame sobre la Santísima Trinidad. ¿No sientes que tu corazón te llama a creer que Dios es uno y trino: ¿Padre, Hijo y Espíritu Santo?

— ¿Y qué más da que sea uno, dos o tres en uno? ¿Es más importante un

dogma que la bondad de Dios, el ser supremo, creador de todo, sea cual sea su forma?

—Para la Iglesia, los dogmas son la fe. Y la salvación se alcanza con ella.

—¿La Santísima Trinidad? No la encontré en la Biblia. ¿Quién creó ese dogma?

—El Concilio de Nicea, ¡ignorante! El Espíritu Santo, Jesucristo y el Padre son tres personas distintas, y una sola a un tiempo. Sagrado dogma de fe y de la Iglesia.

—¡Dogmas! Yo he leído sobre la idea de Dios. Platón hablaba de Dios como del bien absoluto. Del *logos*, o razón universal, y del *anima mundi*, alma universal que anima y gobierna el mundo. Dios sería un ser infinito que se encuentra en todas las cosas.

—Querido Cayetano, qué necia es tu filosofía —le replicó en tono paternal—. Analicemos ahora tus obras. Tu conducta en Ruzafa ha sido depravada, según todos.

—¿Depravada? ¿Cuál ha sido mi depravación?

—Por ejemplo, tu conducta lasciva con una mujer mala, según todos los testigos.

—¿Mujer mala? ¿Mariana? Ella tiene un corazón más limpio que vosotros.

—No seas irreverente. Tú nunca te integraste en la comunidad religiosa.

—Pretendía abrir la mente de mis alumnos y me dediqué con amor a mi tarea, aunque también pequé de demasiado manso.

—¡Manso como un cordero! ¡Así penetra el lobo en el redil!

—¡Resulta que soy lobo, cordero y espía a la vez!

—Escondes secretos, ¿cuál fue tu actividad en los años constitucionales? ¿Por qué viniste a Ruzafa? ¿Por qué no educabas a los niños en el temor de Dios?

—Hablabas a los niños de Dios y de sus mandamientos.

—Reconoce que les inculcabas las doctrinas prohibidas. Mira lo que has conseguido. Has perdido esa libertad que amas tanto.

—Soy más libre que vosotros, incluso en esta prisión.

—¿De qué te servirá ser libre cuando estés muerto? Nadie te apoya.

—Jamás renunciaré a mi libertad. Detesto vuestros ritos huecos.

—¡Tu terquedad te lleva al cadalso!

—Entonces se hará la voluntad de Dios.

Como Adán y Eva, los primeros herejes, había probado el fruto prohibido.

—¡Mi paciencia se agota! —se indignó el inquisidor rasgándose el hábito—.

Llevamos casi veinte meses contigo. ¡Te estoy tendiendo la mano!

—¿La mano? ¿Para empujarme a la hoguera?

—Deja de hablar como si fueras dueño de tu vida. ¡Firma este papel y serás libre!

—No quiero que me salvéis.

—¿No quieres salvarte de las llamas? ¿De verdad quieres morir?

—Quisiera ser un hombre que vive y que muere de forma coherente.

—Pues solo serás un hombre que muere. Ni siquiera un mártir.

—Nunca he deseado ser un mártir.

—¿Solo crees en la religión natural, sin Dios? Con tu actitud te revelas deísta.

—¿Deísta? «Pienso, luego existo», dijo un filósofo francés llamado Descartes. *Cogito, ergo sum*. Solo dudo de mis pensamientos.

—No pretendas burlarte de mí con latines. Eres un apóstol de la incredulidad.

—¡El saber nace de la curiosidad! Y la curiosidad nace de las dudas.

—Y no admites las verdades de la fe.

—Tengo fe en la verdad. La verdad os hará libres, lo dijo Jesucristo. Y Rousseau.

—¿Rousseau? ¿Admites que ese francés te hizo renegar de la religión católica?

—No creo —le replicó el maestro—. Por cierto, Rousseau no era francés, sino ginebrino. Decía que la religión debía limitarse al culto interior, sin altares ni ritos. Y volver a los Evangelios. Si Dios nos dio la razón, no podía imponernos una revelación...

—Eres un insolente. ¿Crees que tus filósofos sabihondos pueden competir con

la Escolástica, con san Agustín o con santo Tomás?

—A lo mejor Rousseau era un tomista, como el propio santo Tomás.

—Los nombres de los santos no deben pronunciarse por quien no cree en Dios.

—¡No he dicho que no crea en Dios! Aún me queda algo...

—¿Qué se hizo de tu fe? ¿No deseabas ser sacerdote en tu juventud?

—¡Era muy joven! Estuve a punto de hacerme seminarista...

—¿Y qué te apartó del buen camino?

—Quizá no tenía vocación. Y soy de origen humilde.

—O sea, que el servicio a Dios te parecía poca cosa.

—Yo no era suficientemente bueno para ello.

—¿Y qué tienen que ver tus humildes orígenes con la carrera eclesiástica?

—Bueno, yo quería salir de la pobre condición de los míos. Y para optar a la prelatura se requería pertenecer a una familia noble.

—¿Insinúas que los miembros de la curia carecen de mérito?

—Oh, no, por supuesto. La Iglesia está llena de hombres virtuosos.

—Entonces, buscabas el oro y la gloria a través de la Iglesia.

—Más bien no, yo renuncié a ser párroco de una pequeña comunidad. Y lo hice por mi propia flaqueza; amaba los placeres de la vida y la aventura. Por eso me hice soldado de su majestad. Nunca busqué el poder ni la riqueza.

—¿Los prelados no viven en el voto de pobreza?

—Oh, no, eso sería acusar a vuestras eminencias de simonía.

—Soldado de Cristo, pero al final te hiciste soldado de Satanás. Vives amancebado con una mujer que parió un hijo de padre desconocido. ¡Y mirabas lascivo a los niños!

—¿Lascivo yo? —se exaltó Cayetano y miró a Toranzo a los ojos—. Soy tan casto como vos. Jamás miré a un niño de esa forma.

—Te repito, ¿crees en el infierno o en el purgatorio?

—El infierno es eterno, y Dios no puede ser más cruel que los hombres.

—¡Deísta contumaz! ¡La garrucha te enseñará lo que es el infierno!

El 27 de junio de 1808 se podía divisar a los imperiales. El padre Rico y Manuel Bertrán de Lis dieron cuenta a la Junta Suprema de los últimos desastres militares. Nuestros soldados habían sido barridos del campo de batalla. En el río Cabriel, cerca de Contreras, los infantes de la división Musnier y los jinetes de la brigada Whatier no habían podido contener a los franceses. Rico, como vicario castrense, había estado en Siete Aguas y había sido testigo de la batalla del paso de las Cabrillas. Los invasores tomaron entonces Buñol, saquearon la ciudad, mataron a los hombres y violaron a las mujeres. La suma de tantas derrotas nos conducía al abatimiento. No estábamos preparados para la guerra, como decían los traidores. Los franceses poseían la experiencia y la disciplina del mejor ejército del mundo. ¿Qué hacer? ¿Rendirse antes de que fuera tarde? Los valencianos se agitaban en la calle y cundía la desmoralización. El padre Rico se asomó al balcón de la Audiencia, y trató de tranquilizar a la multitud. Valencia se tenía que defender desde dentro de sus muros. Si nos rendíamos, quedaríamos a merced de sus crueldades. «Llegarán dispuestos a vengar la conocida matanza de la ciudadela.» Cuando los uniformes azules y blancos enemigos se divisaban desde las torres de Quart, el brigadier Saint March, belga de la Guardia Valona, salió con una división de soldados y milicianos para hostigar las columnas enemigas. Ante la ordenada formación se imponía la táctica de la guerrilla y la del acoso. El capitán José Caro dispersó sus cazadores entre los olivos y atacó a la vanguardia enemiga en la ermita de San Onofre.

Los debates en el seno de la Junta proseguían sin tregua, al margen de los cañonazos. Los partidarios de la rendición se veían crecidos ante los hechos que se iban conociendo.

—Los franceses cometen atrocidades, sí. —El conde de la Conquista adoptó un tono teatral—. Pero las matanzas y las violaciones son solo un aviso de lo que puede pasar. No harán lo mismo con Valencia, si la ciudad se rinde. ¡Os reclamo sensatez!

—Tenéis razón, los franceses siembran el terror con ese propósito —replicó el padre Rico—. Creen que así seremos presa fácil y nos someterán sin disparar un tiro. Pretenden asustarnos, pero el pueblo no se dejará intimidar. ¡Resistiremos!

—Vaya, ¿y por cuánto tiempo podremos oponernos? ¿Es que no habéis visto lo que ocurrió en las Cabrillas? ¿No dicen que nuestros reclutas salieron corriendo?

El noble había transformado en burlón su tono de alarma.

—Es el momento de reflexionar. Recordad la matanza de franceses en nuestra ciudad. Moncey puede decir que no actuamos a tiempo para evitarla. —Don Rafael Vasco había puesto el dedo en la llaga—. ¡Os dimos el poder a la Junta Suprema y he aquí el resultado! La locura de esta rebelión nos lleva a una masacre, peor que la de Madrid. Lo mejor sería negociar, tal vez aún se podría aplacar la ira de los franceses.

»Moncey es un caballero generoso —prosiguió el atildado aristócrata, representante de su clase en la ciudad— que será comprensivo si sabemos recibirlo... —Se le podía ver satisfecho del impacto de sus palabras, reflejado en los rostros sombríos.

—¡Nada de eso! —Manuel Bertrán de Lis se levantó de su asiento—. Jamás nos rendiremos ante el invasor. ¡Sería una traición al rey Fernando!

Se anunció entonces la llegada de un mensajero que venía del frente. No era otro que el coronel Solano. Había sido apresado y traía una misiva de Moncey, cuyo campamento se encontraba a pocas leguas de Valencia. Venía el oficial herido en un hombro y cojeaba ligeramente. Rafael Vasco le pidió que leyese las palabras del francés.

—El general Moncey promete que será generoso si la ciudad capitula. Pero si no entrará a sangre y fuego, y no dejará piedra sobre piedra. Nos comunica que

tiene suficientes granadas incendiarias para arrasar Valencia. —Y concluyó el corto manuscrito del mariscal que finalizaba—: ¡Todo será amor y beneficencia si se me recibe como amigo!

La oferta de rendición recordaba las palabras del conde de la Conquista. Un murmullo de inquietud recorrió la Junta y se propuso aceptar las capitulaciones. Los corrillos se fueron apagando cuando llegó el rumor de la multitud.

—¡Escuchad al pueblo! —Bertrán de Lis se acercó a una de las ventanas.

Por la escalinata ascendió una delegación encabezada por el padre Rico.

—En nombre del rey Fernando, el pueblo nos encomienda una misión —dijo el fraile sacando de su hábito un papel—: ¡Valencia prefiere la muerte a la rendición!

Los Bertrán de Lis comenzaron a aplaudir. Los partidarios de resistir se levantaron, mientras la sala se inundaba de ciudadanos con armas.

—¡Guerra contra el invasor! ¡Victoria o muerte!

—¡Locos! —dijo Rafael Vasco mientras se retiraba—. ¡Estúpidos locos!

Habían dado un paso sin retorno. Los miembros de la Junta Suprema comprendieron que la muerte era inminente si osaban enfrentarse al pueblo levantisco. La reunión cesó poco después con un unánime «¡Viva el rey Fernando!» que exclamó Manuel Bertrán de Lis, e hizo un ademán a sus milicianos para que se retirasen.

—¡Basta de palabras! —ordenó Manuel—. Tenemos que organizar la defensa.

Los franceses se encontraban ya a las puertas de Valencia. El padre Rico y los Bertrán de Lis descendieron a las abarrotadas calles para impartir órdenes para la defensa contra el enemigo. La muralla presentaba brechas. Los vecinos sacaron de sus casas muebles para formar barricadas y cubrir esos huecos. Brigadas mixtas de soldados y paisanos, durante toda la tarde y parte de la noche cavaron zanjas y fosos, llevaron cañones de la ciudadela a las almenas de Quart, por donde se esperaba la acometida principal, mientras se fortificaba la torre de Santa Catalina en parte en ruinas y que se ubicaba junto al río. A lo largo de la explanada extramuros se cavaron trincheras, se colocaron sacos terreros y un

caballo de frisa, con sus maderas atravesadas de largas púas de hierro, para defenderse del ataque de la caballería. En todas las puertas se situaron cañones, y en las zonas sin terraplén, plataformas de madera y sacos para la defensa.

Cuando amaneció el 28 de junio de 1808, se divisaban los franceses en el camino de Quart. Las almenas estaban erizadas de trabucos y de mosquetes.

—¡Preparad las armas! —ordenó el capitán González Moreno al grupo de civiles y militares que se agrupaba junto a la puerta de Quart—. Quien tenga caballos, que los lleve al llano de la Zaidía. Que todos carguen, y que no se dispare aún.

La espera era cada vez más tensa. Hacia las diez de la mañana, los franceses estaban a tiro, se podía escuchar a los tambores de su avanzadilla y nos cegaba el resplandor de las corazas de los dragones bajo el sol. Con un catalejo, Manuel y yo pudimos distinguir al mariscal Moncey, que cabalgaba al frente, sable en mano, señalando la posición donde colocar sus baterías. Sentíamos miedo y fascinación ante la visión de los conquistadores de Europa. Situados cerca de la puerta de Quart, aferrándonos a nuestros crucifijos y medallas de la Virgen, esperábamos con impaciencia al enemigo. En las calles cercanas a los muros, las mujeres llenaban tinajas de agua y cestas de pan para los nuestros. Incluso había ancianos que querían luchar, y niños que descubrían que la guerra era algo más que un juego. Ellos servían de recaderos y de mensajeros a lo largo de la línea de defensa. Hasta Mister Tupper, el cónsul inglés, se ofreció a participar en el combate, armado con sus pistolas, pero el capitán González Moreno le encomendó dirigirse a la torre del Miguelete para otear los movimientos enemigos.

—¡Que nadie dispare! —ordenaron los oficiales.

Los enemigos lanzaron andanadas desde las baterías dispuestas en el jardín botánico, y provocaron el derrumbe de algunas almenas, también las primeras bajas entre los nuestros, que cayeron entre gritos de dolor y de pánico. Confiados los imperiales, tras su marcha triunfal, del botín que los esperaba, Moncey ordenó el avance en dos columnas paralelas. La primera hacia la puerta de Quart,

y la segunda hacia la batería de Santa Catalina. «*Vive l'empereur!*», se escuchó desde las filas francesas.

Junto a los himnos y a los tambores de la tropa imperial, el pueblo gritaba como un solo hombre. Frente a la algarabía de los muros, se podían adivinar las sonrisas de los franceses, la división Musnier, bajo sus curtidos mostachos. ¡Pronto harían callar ellos a esos paletos! ¡Cuánto oro habría en las iglesias cuyos campanarios sobresalían sobre las almenas! ¡Cuántas mujeres esperaban rendirse a los conquistadores de Europa! Los tambores retumbaban ante los muros.

El estruendo de los cañones acalló los tambores. Las baterías de Santa Catalina, bajo el mando del capitán Ruiz de Alcalá, rugieron contra la columna que se les acercaba. El fuego graneado diezmó infantes y dragones que hasta entonces parecían impertérritos soldados de plomo. La columna que venía por las torres de Quart fue cañoneada, y una lluvia de certeras balas partió de las almenas. Los imperiales comprobaron que esos lugareños sabían disparar bien desde las troneras. La puerta de Quart se abría y se cerraba, y se asomaba Joan Batiste Moreno, un paisano apodado *el Torero*, que disparaba sin parar un gran cañón. Desde el cielo de lo alto de las torres, y desde los merlones, los paisanos, acostumbrados a cazar patos, demostraban tener buena puntería. Las columnas atacantes se rompieron en retirada, dejando atrás montañas de cadáveres y charcos de sangre. Moncey estaba sorprendido, indignado. ¿Así agradecían sus ofertas de paz?

El primer embate obligó a los atacantes a retirarse hasta la alquería de Horta de Chuliá, desde la que el mariscal vio cómo sus hombres morían como moscas contra el muro de la ciudad rebelde. Entonces, su retaguardia fue acometida por la espalda por un importante grupo de soldados y de guerrilleros. Eran los hombres de Saint March y de José Caro, que venían de la huerta de Campanar, cortándoles la retirada. *Merde! Ce n'est pas possible!*

El paseo militar se había convertido en un desastre absoluto.

Las andanadas venían de todas partes y Moncey ordenó replegarse hacia

Mislata. ¡Qué bochorno! El mariscal era uno de los más veteranos del ejército de Napoleón. Su origen aristocrático y sus modales paternos parecían desarbolados ante aquel inesperado revés. Él, que había dado tantas victorias al emperador, retrocedía ante ese ejército de paisanos. Ordenó que sus morteros, colocados en el jardín botánico, cubrieran su retirada, haciendo fuego sobre los defensores, que ahora eran atacantes.

Yo recorría de arriba abajo la muralla, e intentaba poner orden entre milicianos y civiles que disparaban con precipitación. Los mosquetes se cargaban con rapidez; la mayoría de los campesinos conocía el arte de colocar el saquito de pólvora, con la bola de plomo en los mosquetes y encender la chispa del pedernal. Cada tirador debía apuntar bien; no se podía desperdiciar la munición ni dejar que se aproximasen. Eran buenos cazadores, los huertanos, y estaban haciendo retroceder a los fusileros, a los expertos *voltigeurs* y a los dragones de a pie.

Esperaba Moncey cambiar de suerte. Ordenó un segundo ataque por la puerta de San Vicente, más débil que la de Quart. El regimiento de cazadores de Valencia salió en guerrilla por la puerta de San José y atacó por la espalda a los franceses. Miquel García, un mesonero de San Vicente, era un hábil jinete que hizo varias salidas, acabó en cada una con varios franceses, y regresó a la puerta de San Vicente. El padre Rico socorría en retaguardia a los heridos y daba la extremaunción a los moribundos; mientras que Bertrán de Lis y José Caro organizaban la línea de defensa de la muralla. El fuego de Santa Catalina prosiguió hasta que se acabó la metralla. Corrió la voz de que había que traer cualquier cosa de metal para los cañones. Los vecinos organizaron una recogida de hierro y se arrancaron rejas y puertas de las casas, y se rompieron herramientas y faroles que se metieron en saquillos cosidos por las mujeres.

Moncey abroncaba al general Casal, a quien acusaba de haber sido incapaz de planificar un adecuado sitio, ni haber minado antes las fortificaciones.

—*Vous êtes un incompetent! Je ne peux pas croire que...*[86]

En ese instante, una bala de cañón impactó en las piernas del general Casal.

—*Terrible, c'est terrible!* —gritaba enajenado Moncey, mientras ordenaba el repliegue. Por la tarde comenzaría la batalla final.

El vencedor de los austriacos en 1801, no podía ser batido ante esa provinciana ciudad. Pero carecía de un tren de artillería apropiado para un largo asedio. Sus heridos se amontonaban en el improvisado hospital de campaña. «Una retirada a tiempo es una victoria», pensó con resignación. Lo más prudente era volver a Madrid, aunque su prestigio y su honor militares quedasen por los suelos. No podía creer que le pasase eso a él.

Dispuso un último ataque contra la puerta de Santa Lucía, más pequeña que la de Quart, pero la respuesta de los capitanes Francisco Caro y Luis Almela hizo que sus artilleros callasen. Durante una tregua en el ataque, un húsar arribó con un despacho de Barcelona. El mariscal supo entonces que no llegarían los refuerzos que esperaba. Las tropas de Chabrán habían sido derrotadas en el paso del Bruch por unos guerrilleros, eso era lo que le comunicaban. Otro correo, que procedía del sur, le informó de que una columna de fuerzas españolas avanzaba a marchas forzadas desde Cartagena hacia Valencia.

A las ocho cesó el fuego. Peter Tupper, desde el Miguelete, anunció que los franceses se retiraban en dirección al interior, hacia Cuenca. El peligro se alejaba por el este. Hombres y mujeres se abrazaron, y las campanas repicaron. En medio de la felicidad, me acordé de los míos. No sabía bien dónde estarían Nuria y Miquel. Pedí permiso a mi capitán, entré por la puerta de Santa Lucía y la encontré atendiendo a unos heridos en el hospital de pobres y desamparados. Me tranquilizó diciendo que Miquel se había quedado en la tahona de los Bertrán de Lis. Llorábamos de alegría, porque la ciudad había resistido y porque seguíamos vivos. Nos creíamos felices e inmortales.

Los días siguientes, la alegría se hizo mayor cuando se supo que, unos días después, Zaragoza había rechazado con coraje al general Lefebvre, y que los levantamientos se extendían por todas partes. Lérida y Tarragona se habían pronunciado, así como Manresa e Igualada, de donde partieron los *somatens* que en el paso del Bruch habían derrotado al general Schwartz y luego al general

Chabrán, que intentaban dirigirse al oeste y al sur para aplacar las rebeliones de Lérida y de Valencia. El mariscal Duhesme quedó aislado en Barcelona. Unos días después llegó la noticia de que el general Castaños había derrotado al mariscal Dupont en Bailén. Los franceses se marchaban por donde habían venido. *Adieu!*

—¿Por qué lloras, Nuria? —le pregunté una tarde de julio, sin caer en la cuenta de su pena, en medio de las celebraciones.

Lloraba por su padre.

—Los franceses se marcharán de Barcelona —le dije intentando creer en mis palabras—. ¡Y tu padre se reunirá con nosotros!

—¿Los franceses se marcharán? —Nuria parecía ausente mientras preguntaba—. Unos se marchan ahora, pero vendrán muchos más.

Tenía razón, la guerra acababa de empezar. Napoleón no podría tolerar las derrotas de España, ni permitir que un ratón mordiese a un león. David venció a Goliat, una vez, pero eso ocurrió en un tiempo remoto. ¿Qué quería ese pueblo ignorante, dominado por curas y fanáticos?, pensaría allá lejos, en el Palacio de las Tullerías. ¿Acaso no había dado a los españoles una Constitución, y les ofrecía al buenazo de su hermano?

La polea izaba al hombre desde el suelo. Las muñecas atadas por la espalda enrojecían, y las articulaciones se descoyuntaban por el peso del tronco, que colgaba de la cuerda como el cubo de un pozo. Cuanto más se estiraba la sogá, más larga resultaba cada pulgada de ascenso. Y el dolor era infinito, como el tormento anunciado para los siglos de los siglos.

—Nos, por la gracia de Dios, Miguel Toranzo y Ceballos, en nombre de la Junta de Fe, vista la causa contra Cayetano Ripoll, mandamos que sea puesto en tormento.

Los lamentos estremecían la sala, junto al chirrido de la garrucha entre los latines: «*Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*» Bailaba en la cuerda floja, como decían los verdugos expertos en su jerga. «*Beati qui mites, quoniam possidebunt terram.*»^[87] Los esfínteres, ya sin control, se vaciaban por los muslos hasta los tobillos. El tronco, tras ser izado, era descolgado bruscamente hasta las losas. ¿Dónde y cuándo se hizo deísta? ¿Quién lo había arrastrado a la impiedad? ¿Era miembro de una sociedad secreta? ¿Cuándo había sido iniciado en la masonería? ¿A qué logia pertenecía? ¿Perteneía al rito escocés? ¿Cuáles eran sus contactos en Valencia? ¿Conocía a los comuneros? El tormento del cuerpo sacaba la herejía del alma, la purificaba. Como hacían las Juntas de Purificación con los «negros» de España.

Se creía capaz de soportarlo todo. «El dolor es parte de la naturaleza, un trance de la vida. Puedo vencer. El único mal eterno es el fuego del infierno, que no existe.» Sintió agua fría en la cara. El médico de la Junta medía a intervalos el dolor. «No sangra, pero las articulaciones están a punto de romperse», escuchó.

El verdugo llevaba una capucha con dos agujeros para los ojos, como un

penitente. Conocía los métodos de la Inquisición, el viejo arte. Había ejecutado a muchos liberales en la plaza del mercado, y a algunos absolutistas, en tiempos del trienio. Era uno de los empleados más atareados del reino. Toranzo, tras un receso, se acercó al reo.

—Lo hacemos por tu bien, por salvar tu alma.

Recordó la imagen de Cristo, en una nave oscura, ¿en la catedral de Solsona? Una misa en el seminario, y a Tomás de Kempis. «Oh, cuán y graves tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, todos los que quisieron seguir las huellas de Jesucristo, los que aborrecieron sus vidas para poseer sus ánimas en la vida perdurable.» Se sabía de memoria la *Imitación de Cristo*: «Ponte primero a ti en paz, y después podrás apaciguar a los otros.» ¿Tenía él paz? ¿Sufría la ira de Dios? El éxtasis místico eleva hacia Dios. Pero el tormento solo ablanda la voluntad con el dolor.

—Traigo una carta del nuncio. ¡Cesad el martirio! ¿No habéis leído la última encíclica del Papa? Hay que suprimir los tormentos de purificación.

Miguel Toranzo miró a Ramo de San Blas con desprecio.

—El reo aún no ha confesado. Ni ha dado nombres de sus hermanos masones, ni tiene conciencia de haber perdido su alma.

—¿Y de qué sirve todo esto? ¿Qué valor tendría su confesión en este estado?

—¡Muchísimo! Solo los inocentes no confiesan. A ellos se los deja libres.

—Es indigno el tormento en los tiempos modernos, no es caritativo.

—¿Caritativo? Parece mentira que digáis algo así. ¿Fueron caritativos los jansenistas que expulsaron a los jesuitas o a los jacobinos? ¿Caritativos los liberales?

—Este hombre es justo. Dejad que se defienda según las normas canónicas.

Toranzo esbozó una sonrisa metálica.

—Cuando el hereje no cede al tormento, puede ser inocente, según el *Manual de Inquisidores*. ¡Lo dejo en vuestras manos!

La sesión estaba a punto de concluir cuando apareció Ramo. Pidió llevárselo a la celda. Lo arrastraron hasta el jergón y le pusieron compresas y emplastos. El

alcaide los dejó curarlo y luego exigió que se fueran. Cayetano, una vez solo, comenzó a temblar. La soledad era el mayor tormento. Escuchó la voz de Toranzo, a Ramo y a Guillén dando vueltas en su cabeza.

—Mefistófeles sedujo a Fausto prometiéndole la eterna juventud y el amor de Margarita. Pero perdió su alma y se quedó solo con los libros y su vano saber. Hacia eso vas. ¿No ves el estado lamentable en que te encuentras? ¿No ves cómo la semilla del mal se sembró en tu corazón? ¿Por qué invocas a Dios en nombre del hombre?

La celda parecía invadida por el resplandor del hábito dominico.

—¿Cómo te dejaste engañar por las ideas de la Constitución?

—No eran ilusión. La Constitución abolió el tormento. Os concedía como religión única en España la católica, y prohibía las demás. ¿No os bastaba con eso?

—Los revolucionarios siempre sois una chusma asesina. Todas esas promesas de libertad y de justicia son pretextos para hacer añicos la religión y sus dogmas. Mefistófeles ofreció a Fausto la luz del saber y la eterna juventud. Quería abarcar toda la sabiduría. Y seducir a Margarita. Escucha: el que lo quiere todo, lo pierde todo.

Cerró los ojos. La fe mueve montañas, consuela a los que van a morir, a los que pierden a los suyos y a los desesperados. «Pero no puedo creer.» Escuchó su voz en la celda y la sintió sin sentido. Mascullaba una oración entre dientes: «¿Por qué no firmo lo que sea?» De pronto se puso a rezar el padrenuestro, la más vieja oración que guardaba en la memoria. No podía seguir rezando. Si al menos sintiera que Dios vivía dentro de él...

¿Creía realmente en algo? Había un creador del universo, y el alma era inmortal. Pero las religiones y sus iglesias eran una suma de mentiras, el invento de unos hombres para someter a otros hombres. «Dios no creó al hombre. El hombre creó a Dios.» El mejor invento, «el más necesario para afrontar la inexorable muerte, el dolor y la enfermedad», pensaba. Pero no todo había sido miedo, superstición y dominación. La religión podía mejorar a los hombres,

inspiraba muchas ideas elevadas. «Pero las sectas y sus sacerdotes son impostores. Aspiran a engañar a los incautos, vivir a su costa, y utilizarlos de carne de cañón.» Hacía tiempo que había perdido la inocencia. Ya no podía creer. Por eso estaba ahí, aguardando la muerte, por no creer. Su conciencia lo confundía. Su ser supremo no colgaba de una cruz ni exhibía heridas o llagas para la salvación de los hombres. Y lo había abandonado. Sus captores le ofrecían una última oportunidad para regresar a la fe.

A los pocos días regresó Toranzo con el médico de la Junta. Podía resistir más...

—Continuaremos otra sesión con la garrucha. —El inquisidor se despedía con tono paternal—. Todo sea por el bien de tu alma.

CUARTA PARTE

La guerra es una masacre entre gentes que no se conocen, para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran.

PAUL VALÉRY

La guerra es el arte de destruir a los hombres, la política es el arte de engañarlos.

PARMÉNIDES DE ELEA

Prefiero la libertad con peligro, que la paz con esclavitud.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

A pesar de la guerra, yo era un hombre feliz. En verano de 1808, el estruendo de las batallas parecía remoto en Ruzafa. Ajeno a la destrucción, veía a mi hijo crecer entre cañaverales y dunas, jugábamos al escondite en los caminos de la huerta, y pescábamos en las charcas algún renacuajo, que luego Miquel criaba en un cubo, hasta verlo convertido en una señora rana. Cultivábamos nuestro pequeño terreno, y los días libres para la milicia paseábamos por la playa de Pinedo, en cuya orilla Nuria y yo soñábamos que nuestro hijo sería capitán de un bergantín, o llegaría a ser un comerciante como su abuelo, y aprendería las artes del oficio con Vicente Bertrán de Lis. Nuestra vida era entonces plácida, el deber de cada día alternaba con los placeres sencillos. Nuestros anfitriones nos invitaban en ocasiones a comer con el cónsul inglés Peter Tupper, que había adquirido una mansión junto a su casa de los Santos Juanes, y con el que tenían una estrecha amistad. No parecía que viviéramos esos días en un país en guerra.

La Junta Suprema enviaba pertrechos a Aragón y a Cataluña, y cartas lacradas a Austria e Inglaterra, mientras el pueblo vivía inmerso en su orgullo patriótico. José Bonaparte había huido tras la derrota de Bailén, y muchos creyeron que su hermano admitiría la independencia de España. Pero ¡bueno era Napoleón! Enfurecido por el fracaso de sus generales, al frente de lo más granado de la Grande Armée atravesó él mismo los Pirineos en noviembre. Se ordenó por la Junta Suprema que la milicia de los Bertrán de Lis se integrase en el regimiento del Turia, al mando del brigadier González Moreno y de Felipe de Saint March, héroes del sitio del 28 de junio. Los acontecimientos se sucedían sin descanso. Yo seguía en Valencia, pero en noviembre se organizó un regimiento que acudió a unirse al general Castaños, el vencedor de Bailén, que se enfrentaba al mariscal

Lannes, que venía con su caballería de lanceros polacos. Los pocos que regresaron contaron detalles terribles. Frente a la disciplina francesa, el general Palafox y el mariscal Lapeña desobedecieron las órdenes de Castaños y atacaron cada uno por su cuenta. Lannes atacó por el centro y se produjo la desbandada de nuestras tropas. Los lanceros polacos y los húsares de Mathieu lancearon a los españoles, que huyeron por la orilla del Ebro. Solo la Providencia evitó que Castaños cayera prisionero. En diciembre, Napoleón tomó Madrid, y su hermano José volvía a ser el rey José I.

A finales de 1808, las victorias francesas nos encogían el ánimo. Las que abogaron por plegarse a los invasores se crecieron. Rafael Vasco, a quien los Bertrán de Lis y el padre Rico habían permitido seguir en la Junta Suprema para contar con el apoyo de la rancia aristocracia, urdió una conspiración. Se alió con el brigadier José Caro y, con sus armas, ordenó la reclusión de los tres hermanos, de Juan Rico, del brigadier González Moreno y del abogado Manuel Cortés. Se trataba de expurgar a los que habían desafiado a las autoridades. A principios de 1809, con la prisión de mis protectores, mi situación se tornó muy comprometida. Me convertí en soldado de José Caro, al que las autoridades nombraron general segundo de la ciudad. Los ingleses, en el otro extremo, habían sido expulsados por los franceses en La Coruña. Después, desembarcaron en Portugal, pero eran incapaces de penetrar en la península. Wellesley, el futuro lord Wellington, esperaba prudente a que Napoleón se debilitase. Le tenía demasiado respeto al francés.

Los tres hermanos Bertrán de Lis —Manuel, Vicente y Mariano— fueron trasladados a Mallorca bajo burdas acusaciones de traición, urdidas por Rafael Vasco, el conde de la Conquista. La vida seguía, sin embargo, en nuestro rincón de Ruzafa, en plena retaguardia. Al menos, yo tenía unida a mi familia, lo que me hacía muy feliz. Besaba cada noche a mi mujer y a mi hijo, gozábamos de los días libres. Fue, sin duda, la mejor época de mi vida. Era un soldado disciplinado. Y no podía hacer nada, sino intentar no ser señalado como uno de

los milicianos de la ya disuelta milicia de los Bertrán de Lis. Con mi unidad participaba en la construcción de fortificaciones, pero dormía en mi barraca.

A Nuria la entristecía el recuerdo de su padre, al que habíamos dejado en Barcelona, y del que no teníamos, ni podíamos tener, noticia alguna. La guerra que se libraba a cientos de kilómetros todavía resultaba remota en nuestro tranquilo huerto junto al mar. En marzo de 1810, Suchet se acercaba por el norte. José Caro se aventuró a planear un contraataque para ayudar a Tortosa, pero fue derrotado por su impericia y porque era solamente un militar sin talento que tenía el apoyo de las autoridades. Su huida del campo de batalla resultó grotesca, pues huyó disfrazado de fraile, hasta embarcar en Tarragona hacia Mallorca.

Su sucesor al frente de las tropas de Valencia, el general Luis de Bassecourt, decidió organizar una nueva contraofensiva. Valencia ya no estaba tan alejada de los frentes. Me movilizaron para el nuevo contraataque. El día de la partida, dejé a mi mujer y a mi hijo al cuidado de unos familiares de Bertrán de Lis, vecinos nuestros. Les dije que regresaría pronto, y los abracé con todo el amor y la ternura del mundo. Intenté contener mis lágrimas. Aún recuerdo el último beso de Nuria y el calor de mi hijo pegado a mi uniforme. Eso me dio fuerza en los días de marcha, y también en los de batalla.

El 3 de febrero de 1826, Ruzafa celebraba la fiesta de San Blas. San Vicente y san Valero cedían ese día el protagonismo al «santo protector de las gargantas» y el párroco y los feligreses le ofrecían su culto. «Poderoso san Blas, abogado contra los males de garganta, alcánzame la gracia que necesito, si es voluntad de Dios, y haz que pueda darte gracias por el bien recibido.»

El padre Record bendecía *panets*, y los fieles llevaban a sus familias las dulces galletas sanadoras. «*Pater Noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum...*»[88]

En la homilía, el *retor* les había resumido la vida de aquel padre de Armenia, obispo en tiempos de la Iglesia primigenia, como san Valero, y mártir como san Vicente, patronos de Ruzafa. A don Vicente le gustaba encandilar a los fieles con esas historias. Les contaba detalles de la vida de san Blas, alejado de toda codicia en el retiro de una cueva, orando y haciendo el bien. Y cómo había logrado la salvación de un niño pequeño, atragantado con una espina de pescado, por eso se le rezaba para curar *tot mal de la gola*, a la que se unía su condición de mártir de la Iglesia. Aislado en la naturaleza, el que antes fuera obispo de su congregación se entregó con amor a proteger las fieras del bosque, que comían de su mano. Los romanos lo prendieron para que renegase de su fe, lo martirizaron y lo echaron a un lago, aunque no se hundió en sus aguas. Al final, le cortaron la cabeza y la exhibieron ante el pueblo de Cristo que, lejos de volver al paganismo, se aferró a su fe. «*Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris...*»[89]

Cuando al mediodía el sol dominaba en lo alto del cielo, Pau, *el Dolçainer*, demostró ser el mejor de la huerta con aquel instrumento, mientras una colla de

mozos danzaba y alguno se arrancaba con una copla dedicada al santo sanador, en gratitud por la curación de los suyos. Tras comer en la plaza del mercado de un enorme caldero un estupendo arroz con rata de la albufera, y tras descansar la hora de la siesta, se puso en marcha la procesión de San Blas, por las enfangadas calles, precedidos por un monaguillo que abría el paso con una campanilla.

El párroco encabezaba el pasacalle, como pastor con su rebaño, escoltado por seis penitentes que portaban a hombros la venerada imagen del santo mártir, bajo la batuta de Luis Salcedo, *el Llautenent*, que tenía el honor de ser el cofrade mayor de la hermandad del santo. Vestía el voluntario realista con orgullo su uniforme blanquiazul, que imitaba en su hechura al de los altivos granaderos del rey, si bien se veía a la legua que no lo llevaba ceñido a su talle un esbelto y atlético militar, sino un civil barrigón de los que el rey había incorporado, por su fidelidad perruna a la causa del absolutismo, al menguado ejército español. Desfilaba al frente de un pelotón de voluntarios realistas, el Llautenent. Portaba una de las banderas entregadas por la reina Amalia en un acto solemne en Madrid. Soltero y célibe, antiguo monaguillo, redondo de cuerpo y rostro, con barba recortada y calva incipiente, tenía fama de ser un hombre bueno, aunque un tanto simple, entre sus vecinos. Un *bon xic* que había heredado un pequeño huerto de sus padres y que había sido designado por las autoridades y por el obispado como máximo jefe de los voluntarios, al que se lo veía encantado dentro de su prieto uniforme de jefe local de la milicia realista, aunque en la práctica nadie obedecía sus órdenes. No mandaba sino Boro, *el Tort*, el sacristán de la parroquia. Pero a Luis le gustaba creerse alguien en su pueblo, mientras el siniestro sacristán aprovechaba la jornada festiva para ir de barraca en barraca y pedir donaciones para los siervos del rey y de la Iglesia. Luis Salcedo, sin muchas luces, poseía buena memoria y entonaba los ripios escritos por la reina:

*Tratad siempre con grande reverencia,
a todos los ministros del Señor,
en vuestro cuerpo a toda preferencia
el capellán es el más acreedor.*

*Si él os dirige y sirve de consuelo,
vosotros respetad su autoridad.
Pensad que a voz baja Dios del Cielo,
¿qué rey iguala a tanta dignidad?/
Huid entre vosotros de porfías
que alteren la amistad que ha de reinar
entre los buenos que en amargos días
unió el amor al Trono y al Altar.*

La comitiva discurrió entre cañaverales y moreras, y saludó con campanillas y tambores a los vecinos que se asomaban fuera de sus barracas. Las clavarieras cerraban la procesión, tocadas con mantillas negras, cada una con su cirio detrás del santo. Procedía hacer paradas de consuelo y alivio ante las casas con un enfermo. Eran muchos los caídos por la fiebre amarilla, el tifus, o un resfriado, y sufrían muchos del *mal de la gola*. Entraba también el doctor Puchades, con jarabes para paliar los males de los enfermos. «Buena es la fe, pero mejor las medicinas», pensaba el doctor, al que las procesiones le parecían inútiles. El padre fingió ignorar a Mariana y a Joanet, aquejado de tos, y los bendijo con frialdad. El Il·luminat besó el manto del santo. El párroco imponía manos. «Todos son hijos de Dios. Los pecadores igual de buenos o malos que los piadosos. *Et ne nos inducas in tentationem.*»^[90]

A la vez que acariciaba frentes y los dejaba acercarse, el *retor* reflexionó sobre los mártires de la Iglesia primitiva, como san Blas. Ahora no eran los impíos los que llevaban a los cristianos al cadalso, sino al revés. ¿Y si pedía el traslado de Ruzafa? ¿Y si escapaba de la sombra del arzobispo?

Cuando terminó la fiesta se marchó a su casa. Sacó un libro que ocultaba bajo la cerámica del suelo: *Poligrafía o el arte de escribir en cifra*. Según las instrucciones del taquígrafo Martí, utilizando la «tinta simpática o invisible», formada por agalla fina de pescado disuelta en agua y ácido gálico, se podía escribir una carta secreta. Comenzó a trazar las letras que al poco tiempo desaparecían en el papel. A la mañana siguiente, el Il·luminat fue a su casa para recoger los *panets* para Mariana y su nieto. Y también una cesta que era para la

condesa de Almodóvar. Debajo iba escondida su primera carta. Quizás en un mes, en la brumosa Inglaterra, alguien leería el mensaje cifrado, utilizando unas gotas de vitriolo. Aquella tinta podía salvar la vida de un inocente. Tenía que hacerlo.

El 26 de noviembre de 1810, mi regimiento se arrojó contra los franceses. Llegamos una noche a Ulldecona, a marchas forzadas, y al amanecer el general Bassecourt ordenó una carga a bayoneta calada, sin cobertura de artillería ni haber explorado antes el cerro a tomar. Nos lanzamos hacia unos invisibles enemigos que nos disparaban, y nuestra columna chocó tres veces contra su ordenada línea de fuego. A nuestro flanco izquierdo, la columna del coronel Melchor Álvarez se había parado, a medio camino hacia la muerte. Y a nuestra derecha, la columna de don Antonio Porta ni siquiera apareció en la línea de combate. Mientras mis compañeros se doblaban como juncos, yo me preguntaba por dónde paraban los nuestros. Estaba seguro de que iba a morir. De rodillas intentaba cargar mi mosquete, cuando unos granaderos me dieron un culatazo en el rostro. Me llevaron a rastras. Me pareció ver al general Suchet con su catalejo, contemplando nuestro desastre. Sus tropas celebraban la muerte de tantos manolos, como nos llamaban ellos, todos de golpe. Recordé que Napoleón había dicho una vez que el ejército español era el peor del mundo. Frente al curtido ejército imperial, con generales encumbrados, no como en España, por méritos de guerra, aquel sarcasmo parecía cierto. Nuestra tropa estaba comandada por ineptos.

Junto a lo que quedaba del regimiento, remonté al día siguiente la orilla del Ebro. Se nos llevaba de camino hacia Francia. Venía conmigo un subteniente gallego, don Felipe Constanela, que había luchado en el frente de Portugal, y el coronel de caballería, don José Velarde. Caminábamos tristes, con las botas gastadas y los uniformes deshilachados. Nos conducían soldados muy jóvenes, los más bisoños de su tropa, encargados de esa misión de retaguardia. No

podíamos detenernos, esas eran las órdenes, hasta llegar a Zaragoza. Si parábamos, la muerte estaba garantizada. En la segunda jornada de marcha, cayó un tremendo aguacero sobre la aterida columna que hizo que nuestros guardianes se protegieran el rostro con su capa.

La desgracia de unos favorece la fortuna de otros. Hubo un intento de fuga donde estábamos agrupados, y mientras los franceses ejecutaban a uno de los nuestros, en medio de la confusión, el subteniente Constanela me hizo un gesto y escapé con él. Nos arrojamos de cabeza al agua del río. No sé cuál fue la suerte de mi compañero, no volví a saber nada más de él. Solo recuerdo el frío del agua. Y el zumbido de una bala en mi oído. Nadé sin detenerme, y a cada brazada me hundía y volvía al aire a respirar. Luché sin tregua contra ramas y carrizales que bajaban conmigo, como brazos cortados de árboles. Entre los torbellinos y los golpes contra las piedras, recordé los besos de Nuria y el olor de la piel de mi hijo. Tenía que sobrevivir en medio de ese fango. El agua se remansó y me llevó a un recodo del río. El sol me acariciaba la cara. Cuando me incorporé, me sabía a cieno la boca. Me arrastré hasta una chopera. No sé cuánto tiempo permanecí allí, solo recuerdo el rumor del agua...

—*Està mort?*[91]

Me rozaba el frío cañón de un trabuco.

—*Les botes son meves. Queda't amb les polaines tu, si les vols.*[92]

Un tirón en los pies me hizo revolverme. Me golpearon entonces los dos hombres. —*Fills de puta*[93] —grité sin poder hacer nada contra esos bandidos.

—*És un desertor... Clava-li la faca.*[94]

—No soy un desertor. —No podía ni reconocer mi propia voz, que sonaba estrepajosa—. Soy un soldado del rey.

Me sujetaron por detrás, y una navaja se puso en mi garganta. Sonó un disparo.

—*Ja n'hi ha prou! No és un desertor. Els desertors són uns covards.*[95]

Era de nuevo prisionero, pero ahora de unos guerrilleros catalanes. ¿Serían de los nuestros? Podían ser mercenarios de la *brivalla* a sueldo de los franceses,

famosos por su crueldad y sus excesos. Surgieron del bosque como una jauría de perros salvajes. Venían armados y algunos llevaban uniformes descoloridos, aunque la mayoría iba vestido de *pagès*, con sus fajines en la cintura y sus barretinas rojas en la cabeza. Me llevaron a un olivar donde tenían su campamento. Había dos húsares franceses colgados cabeza abajo de un algarrobo, como dos jamones. Eso demostraba que no eran *caragirats*, o sea renegados, mercenarios a sueldo de los franceses. Me llevaron ante su jefe. Se presentó ante mí Josep Manso, inmenso y barbudo como era. Me hallaba ante el más famoso de los partisanos, apodado *el Senyor del Baix Llobregat*. Me preguntó por mi nombre, mi grado y mi regimiento. Le resumí mi vida militar en pocas palabras. Le hablé de cuando estaba en la ciudadela de Barcelona y presencié la toma con engaños de Lechi y de Duhesme. Y de cómo escapé a Valencia, donde vivía desde hacía tres años.

—Así que, de Solsona, ¿eh? ¡De la que te has librado! ¿No sabes nada? —me preguntó al tiempo que soltaba una carcajada tremenda—. ¡Ah, en este país no saben los del sur nada de los del norte, ni tampoco al revés! Pues sí, escucha, hace unos meses, los gabachos la saquearon casa por casa, como también los talleres, las iglesias y los conventos. Antes de incendiarla, claro. ¡Y no dejaron un copón de oro en la catedral, ni una monja entera en ningún convento!

Sentí un nudo en la garganta al conocer la suerte de Solsona. ¿Qué habría sido de mis hermanos y de mis vecinos? Después de aquel interrogatorio, y de jurar obediencia al jefe de la partida, fui aceptado en sus filas. Me acostumbré en las semanas siguientes a la vida de esos hombres salvajes y libres que habían elegido echarse al monte para hacer la guerra. Las cuevas y los riscos eran su itinerante casa, y también su cuartel. Podían ser valientes patriotas por la mañana, y bandidos terribles por la noche. Comían de lo que cazaban y de lo que pescaban, y también de los frutos del campo. Si necesitaban algo, lo pedían en los pueblos, y si no se lo daban, lo tomaban por la fuerza. Se contaban cosas terribles de sus correrías. Atacaban por sorpresa a los convoyes franceses, exterminaban batallones rezagados, degollaban a los dragones y a los granaderos

que caían heridos y, con suerte, a los soldados rasos los fusilaban por la vía rápida. El botín consistía siempre en cargamentos de comida y de municiones. Y a veces, información militar muy valiosa para el ejército español o para el inglés de Wellington. Huían como el viento tras cada emboscada. Los continuos golpes de las guerrillas hacían la vida imposible a los invasores en toda España. Cortaban en Cataluña las líneas de suministro desde Aragón, interceptaban correos y aterrorizaban a los franceses con su sangrienta leyenda. La mayoría de los hombres de Josep Manso habían sido campesinos a los que los imperiales arrebataron cuanto tenían, incluidas sus mujeres o sus hijas. Y se tomaban la justicia por su mano.

Permanecí casi un mes en el campamento del Ebro. En los pueblos vecinos había *caragirats*, chivatos y traidores a los que ejecutar. Oía por la noche los lamentos de los enemigos, españoles o franceses, quemados a fuego lento, castrados, descuartizados o despellejados. El general Mathieu, lugarteniente de McDonald, el sucesor del mariscal Duhesme en Cataluña, recorría los pueblos en nombre del emperador exigiendo la entrega de grandes sumas de dinero. Los que no daban cuanto tenían eran traidores a Francia y a su nuevo departamento de Catatonia, región desgajada por orden de Napoleón del resto de España y del poder de José I, considerado un rey blando por su hermano pequeño, que tomaba así directamente las riendas de una parte del territorio ocupado.

A pesar de las pequeñas victorias de las partidas, la guerra de la Independencia iba mal para nuestras banderas. Josep Manso volvió una tarde anunciando que los franceses habían tomado Tortosa. Mal empezaba el año de 1811. Ante aquel desastroso panorama cundió la inquietud y la desconfianza entre los que aún seguíamos del lado de Fernando VII, nuestro derrocado rey.

—La culpa es del ejército español.

A Manso no le cuadraba su apellido. Estaba indignado porque sus partidas habían estado hostigando a las tropas de Suchet con el objeto de cortar las comunicaciones y los suministros, pero el desastre de nuestro ejército de Valencia había precipitado la caída de la ciudad.

—*Ningú té collons!*

Me convertí en el blanco de su ira, como representante del maltrecho honor militar y soldado de Bassencourt.

—¡Encima tiene apellido francés tu general!

Me callé. Los generales españoles no eran capaces de derrotar a los de Napoleón, ni sabían reaccionar a sus estratégicos cambios de posición en el ajedrez de cualquier batalla.

Pasaron jornadas de incertidumbre. Se rumoreaba que debíamos retroceder a Valencia o escapar a las montañas. Un día llegó un correo de Tarragona. El mariscal Campoverde pedía ayuda a los guerrilleros. Esa tarde, Josep Manso me convocó.

—*Tu, vine aquí, soldat del rei! Tinc una missió per a tu.*[96]

El campamento se iba a levantar. El señor había decidido refugiar la tropa en las cuevas del Montsant. Antes de la retirada, había recibido la orden de infiltrar parte de sus hombres en la retaguardia francesa. Se me comunicaron los términos de mi misión. Tenía que ir a Barcelona y transmitir allí un mensaje a los resistentes.

—¿Y cómo voy a atravesar las líneas enemigas?

Sin mediar palabra, trajo ante mí a un joven húsar francés que había sido capturado en Amposta. El infortunado jinete era un correo de Suchet con una misiva dirigida al mariscal McDonald. Y yo tenía que suplantarlo. El pobre había cantado de plano, según se reflejaba en los moratones de su rostro. Había dado detalles sobre el cuartel general de los franceses. Según Manso, todo sería muy sencillo para mí, que además sabía hablar francés y conocía bien la disciplina militar. Una vez entregado en Barcelona el mensaje del húsar me pondría en contacto con unos patriotas. Mejor sería que no supiese cuál era el contenido de las cartas que tenía que transmitir a los miembros de la resistencia. De caer prisionero, debía volarme los sesos antes de que los franceses empezasen a torturarme. Hasta el cura del campamento bendijo aquella impía orden de mi jefe.

Desnudado el húsar, de cuya suerte no quise saber más detalles, aunque podía imaginármelos, monté en su caballo y volé raudo hacia Barcelona. El viento de la costa hizo que la pelliza y el colbac estuvieran a punto de caérseme varias veces del hombro y de la cabeza. Lucía aquellos días un largo mostacho, y yo me llegué a creer, a lo largo de mi alocado viaje, que formaba parte de esa aristocracia de la caballería ligera, jinetes legendarios vestidos a la húngara, temidos en toda Europa. Y, sobre todo, rezaba porque no tuviera que sacar, en mi viaje de sol y de arena, el curvado sable que llevaba colgado del cinto. El sable con el que ese joven, al que había visto humillado y desnudo, habría dado muerte a muchos de los nuestros.

Me sentí libre en mi camino al lado del mar, mientras cabalgaba quizás hacia mi propia muerte. Mi silueta representaba un blanco perfecto para cualquier patriota que viese mi uniforme. Aunque ser descubierto en mi engaño por los franceses podía resultar mucho peor. Mi nombre nuevo era el del sargento François Boudier, del Cuarto Ejército. Sabía de carrerilla la información que le habían sacado en el campamento. Era de Burdeos, y había servido con honor al mariscal Antoine Lasalle en Medina de Rioseco. Vivía en la piel de un francés que a esas horas ya no existía. Quizás a Boudier no lo llorase nadie. Pero tendría madre, o esposa, o un hijo. Lasalle dijo que el húsar que viviese más de treinta años era un canalla. Y Boudier había cumplido con su deber, muerto joven por la guerrilla, aunque sin pena ni gloria. Vestía la ropa de un muerto. Yo quería sobrevivir.

Tras varias jornadas en las que vivaquéé bajo las estrellas, llegué a las puertas de Barcelona. Entregué a los centinelas mi salvoconducto y pregunté dónde se alojaba el mariscal McDonald, para el que llevaba un mensaje de Suchet. Avancé por calles desoladas, en las que corrían animales famélicos o muertos, entre casas cerradas a cal y canto, con sus habitantes huidos. Iba en dirección hacia la aldea de Gracia, y me encontré con la casona donde vivía don Albert, convertida en residencia del alto mando de los invasores. Dejé mi caballo en la cuadra y, tras identificarme, subí de nuevo, tres años después, los escalones de mármol de

aquella querida casa. Los tapices de China y de la India habían desaparecido. Algunos cuadros seguían en su sitio, aunque no los de más valor. Las estatuas del jardín habían sido arrancadas de sus pedestales «¿Dónde estará mi suegro?», pensé mientras llegaba al primer piso, al despacho del mariscal. Me pareció ver entonces la sombra de un hombre que caminaba por un pasillo con una mujer.

Mi turbación creció cuando me cuadré ante el general McDonald. Vi el poder reflejado en aquel hombre rubio y grande, enfundado en su uniforme de mariscal de Francia, envuelto en sus charreteras. Le hice entrega de los mensajes lacrados con los que había sido capturado al infeliz sargento Boudier. Además de su escolta de granaderos, se presentaron en ese momento dos civiles que hablaban entre ellos en catalán. Se trataba de Ramón de Casanova y de Tomás Puig, dos eminentes afrancesados que disfrutaban de los privilegios de la ocupación. Casanova era el siniestro jefe de la policía. Yo tenía noticias de él gracias a los hombres de Manso huidos de Barcelona. Se trataba de un antiguo abogado sin escrúpulos que se había dedicado antes de la guerra al contrabando, sin demasiada fortuna, pero que gracias a los invasores dirigía la *Gendarmerie* de Napoleón en Barcelona. En teoría debía de luchar contra el crimen, pero él era el crimen en persona. Tipo taciturno y reservado, de figura enjuta, rostro chupado y ojos negros, aterrorizaba la ciudad, como me habían advertido en el campamento de la guerrilla. Una rata astuta, mascota de los franceses, caracterizada por su avaricia y su corrupción sin límites. Ordenaba el allanamiento de cualquier casa con el pretexto de albergar sediciosos, y confiscaba lo que le parecía para su servicio y de las autoridades.

Junto a Casanova estaba un hombre de finos modales y elegante levita, Tomás Puig, el abogado que era pariente cercano de Víctor Puig, el esposo de Nuria. La casa del señor Ferrer era territorio conquistado. Guardaba aún las formas marciales, con el colbac apoyado en el antebrazo izquierdo, pero sentía unos deseos terribles de cometer una locura. Yo era un mensajero insignificante en aquel despacho; un soldado al que los gerifaltes apenas dedicaban una mínima atención. Abrieron el rollo de papel envuelto en un cordel, con el sello del

ejército imperial y el mensaje de Suchet sobre la toma de Tortosa. Todos me ignoraban. Nadie me daba ninguna orden. Una suerte, dadas las circunstancias. Sudaba bajo mi pelliza de húsar.

Tomás Puig se desenvolvía como un hombre amable, exquisito, admirador de Francia. Después de la invasión, había sido corregidor de la Gerona ocupada tras el asedio de 1809 y ocupaba el cargo de presidente de la Audiencia, *cour d'appel* para el ilustre jurisconsulto. Cataluña disfrutaba del código civil de Napoleón, convertido en norma positiva del territorio anexionado al imperio. Cuando estaba a punto de retirarme apareció Víctor Puig, que ni siquiera reparó en mí. Al cabo de un rato, sentí que ponía en mí sus ojos, con una mirada escrutadora. El mariscal McDonald me despidió con un saludo, ordenándome que me instalase en la ciudadela, o mejor tomase una habitación en una fonda de la Rambla regentada por una dama francesa, hospitalaria y leal a nuestra causa.

Tenía que salir de allí cuanto antes. Me dirigí hacia el pasillo, sintiendo en mi espalda los ojos fijos de Víctor Puig, como dos estiletos clavados en la nuca. Su primo Tomás cerró la puerta, y eso me permitió bajar la escalera con cierto alivio. Tendrían mucho de que hablar los traidores. Uno acerca de las maravillas legislativas de los franceses, y el otro del negocio de sus talleres textiles, dedicados a proporcionar a los ocupantes los hermosos uniformes con que lucían su palmito. Cuando llegué al patio interior en el que antes aparcaban las calesas, me encaramé por una enredadera que daba a la habitación del señor Ferrer. Yo conocía bien la hermosa casa, ahora cuartel general del francés. Encontré al señor Albert en una mecedora, cubierto con una manta, con los ojos en la nada. Me quité la pelliza y el sobretodo, y me puse ante él.

—*Gaietà, no pot ser. Ets tu realment?*^[97]

Aquel hombre se deshizo en lágrimas. Apenas sin fuerzas, me devolvía el abrazo. Apareció la joven que lo cuidaba.

—Es Joaquina, mi único consuelo en la vida. Ella me cuida y me ampara.

Saludé a la mujer de bellos ojos que hacía de cuidadora y de enfermera. Realmente el señor Ferrer no era tan viejo, aunque se le habían echado encima

los años. Le hablé de Nuria y de Miquel, de Ruzafa y de nuestro pequeño huerto, poniéndolo al corriente de nuestra vida. Y de cómo se acordaba su hija de él, que quería que viniese conmigo.

—¿A Valencia? Demasiado lejos, demasiado tarde. Tengo los días contados...

Miré a Joaquina y comprendí. No solo la falta de alimentos o la crueldad de Puig lo habían consumido. Las epidemias que asolaban la ciudad se cebaban en los más débiles. La tuberculosis había penetrado en su pecho, y hablaba con dificultad.

—Pero tiene que ver a su nieto, que pregunta por el yayo.

—Oh, vamos, déjalo. Soy el prisionero mejor guardado de Barcelona. ¿No has visto que mi casa es un nido de franceses? Aquí, eso sí, se encuentra la *crème de la crème*. Estoy enfermo y sería un estorbo. —Se quedó mirando al vacío—. Mi nieto, ¡qué bonito lo recuerdo aún! Nuria lo cuidará bien, estoy seguro. Es una madre estupenda, ¿a que sí? Me gustaría tanto abrazarlo... —Miró hacia la ventana—. Quizás, algún día, cuando termine esta guerra...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Fuera, los uniformes de la soldadesca se paseaban por el jardín de su casa.

—Quizá todo termine pronto —dije. Aunque sabía que se trataba de una quimera, no se me ocurrió nada mejor que decir—. Los franceses no son invencibles. Wellington ataca desde Portugal, aunque avanza lentamente. La guerrilla controla los caminos y asalta los convoyes. Nunca los había vuelto locos de esta forma un pueblo conquistado. Aquí, sé de buena tinta que se prepara algo grande...

—¿Qué me vas a contar? No soy de los quietos estos años...

Me dijo que había participado en varias conspiraciones. El anterior gobierno del mariscal Duhesme y de Lechi, caracterizado por la rapacidad, había provocado que muchos ciudadanos se uniesen a diversas tramas. El señor Ferrer había formado parte del complot de *la ascensión*, en mayo de 1809. Gracias a sus contactos en el puerto había pactado con unos contrabandistas que llevaran armas inglesas en un barco italiano. Se planeó por la junta insurreccional un

levantamiento de la población, apoyada por barcos ingleses. Somatenes y migueletes entrarían de noche en la ciudad. Pero la traición del capitán Provana, que había recibido dinero de las dos partes, y que optó por delatarlo todo ante Ramón de Casanova, frustró la conspiración y llevó a la horca a los cabecillas. Las influencias de los Puig hicieron que el señor Ferrer se librara de la muerte, porque aún podía servirles vivo. Duhesme y Lechi fueron relevados por McDonald y por su lugarteniente Mathieu. Gobernaban con mano dura en la capital condal, a la vez que trataban de ganarse a sus habitantes, prometiéndoles que serían franceses privilegiados.

—Al menos, los de ahora tienen mejores modales —ironizó mi suegro—. Me conservan como a una reliquia de otros tiempos. Les gusta lucir sus trofeos, y McDonald tiene el detalle de invitarme de vez en cuando a tomar un café. Me dejan pasear por mi casa, y me saludan como a un fantasma.

Pensé en los intentos de rebelión de la ciudad, y tomé conciencia de la locura de mi misión. Portaba un mensaje oculto en el colbac. Esa era la razón de mi viaje a la boca del lobo. El plan trazado en Tarragona por el general Campoverde era más ingenuo que todos los anteriores. Esperaba conquistar el castillo de Montjüic infiltrando a un grupo de guerrilleros por la noche, gracias a la complicidad de un policía afrancesado, llamado Las Casas, a quien se había sobornado con promesas de gloria. Quizás el señor Albert me podría ayudar a encontrar al jefe de los resistentes.

—La tienes delante de tus narices.

En mi rostro se leía, sin duda, la incredulidad, aunque al final comprendí. La hermosa y recatada enfermera guardó con picardía el papel en una de sus enaguas.

—A Campoverde y a su junta les parece todo muy fácil desde Tarragona. —La comandanta de los partisanos me pareció entonces una auténtica tigresa—. Lo mejor sería envenenar a la guarnición. No se puede volver a caer en una trampa como la del traidor Provana. Se coloca un poco de arsénico en el vino

que se regala a los franceses del castillo y todos al infierno. Así nos ahorramos vidas y municiones.

Joaquina era la viuda de un guerrillero caído en combate. Los franceses no podían imaginarse que esa mujer de aire modesto, que salía a la calle enlutada, intentando ocultar su belleza con un mantón negro, fuera la persona clave. Entró en casa de don Albert con el oído atento a las conversaciones. Ni siquiera Casanova sospechaba nada de ella.

De pronto se abrió la puerta. Apareció Víctor Puig empuñando una pistola.

—¡Lo sabía! El uniforme ese tenía demasiados remiendos. Nunca olvido una obra de mi propio taller, ni al suboficial para el que tejimos la pelliza a su medida.

El señor Ferrer se levantó ante su yerno, interponiéndose entre nosotros.

—¿Quién te manda entrar de ese modo en mi cuarto? ¿No te bastaba con meter en mi casa a todos tus franceses? ¡Sal de aquí, inmediatamente!

—¡Suegro mío! Lamento que mi presencia haya estropeado este feliz reencuentro familiar. Nuestro húsar habla francés con mucho acento, y tiene el aire de un empleadillo. Se le da mejor robar esposas que hacer de espía. ¡Traición!

—¡Tú sí que eres un traidor! *Malparit!*

Don Albert se abalanzó contra Víctor Puig. Para cuando desenvainé el sable, ya había sonado el disparo fatal. Aunque el filo estaba gastado, pude hundir en el pecho de aquel canalla hasta la empuñadura. El señor Ferrer respiraba todavía cuando lo abracé.

—*Fill meu, perdona'm per tot.*

Joaquina tiró de mí para que me levantase. Sonaban las botas de los granaderos en la escalera. Había una trampilla escondida debajo de la alfombra y, tras levantarla, descendimos por una escalera cubierta de telarañas. Deslizándonos en la oscuridad, alcanzamos el sótano. Muy cerca se escondían los libros de la biblioteca secreta del señor Ferrer. Poco después, salimos a un estrecho callejón.

Lloré entonces, justo en el momento de ver la luz del sol.

A la gloria de G.A.D.U., el Gran Arquitecto del Universo. En nombre del ser supremo, y con los auspicios del consejo, ábranse las puertas de esta respetable logia a los trabajos del maestro que desea conocer nuestros misterios. ¡Acojamos al aspirante, venerables hermanos, con el signo sublime! ¡Aquí estamos todos, con las baterías y con la aclamación misteriosa!

Las palabras del Muy Respetable resonaron en la estancia. El aspirante al grado de maestro, vestido de negro, con los ojos vendados y portando guantes blancos, avanzó ante la mirada de las cuencas vacías de las calaveras y bajo el abrazo de las tibias entrecruzadas. La Cámara del Medio estaba en silencio, mientras el aspirante Leunam caminaba con paso firme y sereno hacia el altar pagano. Grabado en la pared, iluminado por tenues velas, lo aguardaba el círculo con la espada flamígera, la escuadra y el compás.



—Escúchame, hermano. Si buscas la virtud y deseas proseguir como un masón en tu camino, si quieres dar un paso más, pronuncia ya el santo y la seña.

El aspirante se detuvo y pronunció con voz ronca la palabra «Mahabone», mientras alzaba la mano derecha con el índice y el meñique levantados. El primer vigilante dijo que el santo y la seña estaban bien. El Muy Respetable preguntó entonces al aspirante si conocía bien los secretos del primer y del segundo grado masónico. El aspirante dijo que sí.

—He sido ya aprendiz y compañero.

—¿Lo juras?

—Sí, lo juro —dijo el iniciado, con voz grave, mientras colocaba la mano sobre una Biblia y un Corán, abiertos sobre una mesa, y se acercaba al ataúd.

—¡Hermanos introductores! —dijo el Muy Respetable mientras surgían de las sombras los tres asesinos—. ¡Haced volver al compañero hacia el Oriente!

Tres compañeros salidos de detrás de las columnas, armadas sus manos con cuchillos y con el mazo de Thor, símbolos tenebrosos de la avaricia, de la pereza y de la ignorancia, arremetieron contra el aspirante como los rufianes lo hicieron en la antigüedad para matar a Hiram Abiff, el arquitecto que construyó el Templo de Salomón. Ellos querían que Hiram, el primero de los masones, sabio entre los sabios, les revelase sus secretos, pero él se negó. El aspirante a maestro se tambaleó en la penumbra tras recibir duros golpes, aunque no llegó a caer. Era un hombre fuerte, sin duda, aunque al fin lo empujaron múltiples brazos, surgidos como espectros de la oscuridad, que lo arrastraron con porfía al ataúd. Una calavera sonreía siniestra contemplando aquella escena desde el altar.

—¡Mira bien a la calavera! —le dijo el Muy Respetable mientras el aspirante se dejaba colocar por sus asesinos en la caja abierta del ataúd—. ¿Has cultivado la virtud en tu vida? ¡He aquí un ejemplo elocuente de lo que has sido y ya no eres! ¡Mira la muerte cara a cara! Tú y todos nosotros seremos algún día engullidos por ella.

El aspirante seguía encajado en el estrecho féretro.

—¡Uno de nuestros hermanos ha muerto! ¡Creyó que era mucha la sabiduría adquirida a lo largo de sus años de aprendiz y de compañero, pero miradlo bien! ¡Está muerto y bien muerto!

Resonaron desde el fondo de la estancia las solemnes notas del *Réquiem* de Mozart. Los violines y las flautas provenían de la profundidad de las paredes enlutadas. *Réquiem æternam*. Dale el descanso eterno, Señor. Señor, ten piedad. *Kyrie eleison*.

El maestro de ceremonias y uno de los expertos colocaron sobre el rostro del

aspirante, la imagen de Hiram asesinado, un paño funerario, teñido en sangre. Cuando cesó la música masónica, el Muy Respetable exclamó emocionado:

—¡Hermanos! ¡Los asesinos han sido compañeros masones! No quieren que ascienda al grado superior, ni que sepa los símbolos prohibidos.

—¡Oh, no es así! —contestó el coro de voces que ocupaba la penumbra de la sala—. Los verdaderos masones no prohíben el saber.

Y entonces, el Muy Respetable exclamó:

—¡Hermano! —clamó hacia el aspirante, que yacía en el ataúd, tras su muerte simbólica—. Repite estas palabras: «¡He sido y ya no soy! ¡He practicado la virtud y, sin embargo, ya no soy!»

—¡He sido, y ya no soy! ¡He practicado la virtud y, sin embargo, ya no soy!

—Ya veis, compañeros, el motivo de nuestro luto.. —dijo el Muy Respetable a los miembros de la logia que contemplaban desde las tinieblas—. ¡Uno de nuestros hermanos ha muerto a manos de unos infames! La masonería había concebido un gran templo en honor al Gran Arquitecto del Universo, y nuestro Gran Maestro Hiram Abin, o Adon Hiram, había trazado los planos sobre el pergamino, y dirigido a los obreros en la edificación del mayor santuario de todos los tiempos, el Templo de Salomón. Los tres asesinos, Jubelas, Jubelos y Jubelum, envidiosos y codiciosos sin duda, querían conocer sus secretos. Cada uno se colocó en una de las puertas: Jubelas en la puerta del Sur; Jubelos en la del Oeste, y Jubelum en el Oriente. ¡Vana ilusión! Hiram no se rindió a sus asesinos, ni les reveló sus secretos, a pesar de sus golpes e intimidaciones...

Leunam seguía en su ataúd, mudo y paralizado, sin pestañear bajo el paño funerario, durante aquella ceremonia en la que él representaba al maestro Hiram.

—¡Desde el momento en que nos privaron de nuestro Gran Maestro, el mundo está en las tinieblas! Rindamos honras fúnebres a su cadáver. ¿Cómo recobrar la luz?

La voz del Muy Respetable resonó en la Cámara del Medio. Avanzaron hacia el ataúd tres vigilantes de la logia, rodeándolo.

—La ciencia reposa en manos de la acacia —dijo el primer vigilante—. Y

viajando hacia el este hemos descubierto que la acacia daba sombra a la tumba de nuestro respetado Hiram. Nos hemos quedado los tres para velar su sepulcro.

—Llebadme hasta el sepulcro de Él —reclamó el Muy Respetable acercándose a los tres vigilantes que, tras dar varias vueltas a la sala, se aproximaron al ataúd—. En verdad, es Él nuestro maestro —pronunció levantando el paño del rostro del muerto— y respira aún. Llevémoslo al recinto de los trabajos para darle una honrosa sepultura...

En aquel momento, la sala se iluminó. El segundo vigilante se inclinó hacia el ataúd, tomando el dedo índice de la mano derecha del aspirante, tirando de él como para levantar el cadáver, diciendo la palabra «Bohas». El primer vigilante repitió la misma ceremonia y dijo: «Jakin.» Luego, el tercer vigilante, exclamó: «¡Mac-Benac!» Y el Muy Respetable cogió la mano derecha de Leunam y alzó al aspirante de su ataúd, besándolo, diciendo en voz baja: «Mahabone.» Y en voz alta exclamó: «¡Alabado el ser supremo sea! ¡Hemos hallado al maestro!»

Después de culminar los ritos de muerte y resurrección, Leunam se levantó del ataúd y caminó entre sus compañeros. Cuando se colocó ante el Muy Respetable, este pronunció las palabras de condena contra los enemigos de la masonería.

—¡Escuchadme bien, hermanos! En todas partes veréis ignorancia, fanatismo y ambiciones viles, que parecen gobernarlo todo. Destruid ese imperio para hacer reinar en su lugar la verdad, que es la misma ciencia; defendedla contra los enemigos que quieren proscribirla. ¡Esa es la prueba impuesta a los masones! Desde el momento en que nos privaron de nuestro maestro Hiram, el mundo está en las más espesas tinieblas. El hombre de virtudes ha sucumbido. ¿Quién se atreverá a sucederlo? Después de haber llorado a nuestro maestro, rindamos las honras fúnebres a su cadáver. ¡Quizás hallemos la ciencia y la luz! Buscad, hermanos, la tumba de nuestro padre.

Tres maestros, armados con espadas, se colocaron en torno al ataúd. El primer maestro exclamó:

—Viajando hacia el este hemos percibido, a la claridad del crepúsculo, una

acacia que daba sombra a una tumba, junto a una escuadra y un compás. Tres de nuestros hermanos se han quedado para velar el ataúd. He aquí la acacia.

El Muy Respetable se acercó al lado derecho del ataúd.

—¡Oh, cielos, es Él! —exclamó separando el paño mortuario del rostro del aspirante—. ¡Parece que respira todavía! Su rostro expresa la calma de la conciencia y la paz. Las huellas de la virtud se ven en sus facciones. ¡Llevemos al recinto estos restos!

El segundo maestro tomó el índice de la mano del aspirante y exclamó: «¡Bohaz! ¡Mac-Benac!» El primer maestro cogió el dedo corazón de la misma mano y exclamó: «¡Jakin! ¡Mac-Benac!»

—¡No es así! —replicó con voz tonante el Muy Respetable—. ¿Cómo queréis de esta forma levantar a nuestro maestro? ¿No recordáis acaso que la unidad hace la fuerza?

Mientras hacía sus reproches, el Muy Respetable colocó la mano izquierda en la nuca del aspirante, inclinándose hacia él, y pidió ayuda a los dos vigilantes que, uniendo sus fuerzas a los maestros, ayudaron a izar el cuerpo del aspirante de su ataúd.

—¡Hermanos míos! ¡Unámonos para celebrar la vuelta de la luz y de la verdad!

El Muy Respetable cogió entonces al aspirante, símbolo en aquel acto de la resurrección de Hiram, y se lo llevó ante el altar de los Juramentos.

—Acabáis, hermano nuestro, de representar al más venerado de los masones, al arquitecto del templo de Salomón, Hiram, su muerte y resurrección. Leed la historia de los pasados siglos —declamó al aspirante, que había vuelto a la vida tras su muerte ignominiosa—. Veréis el talento despreciado, la ciencia desconocida, perseguida la virtud. La ignorancia, el fanatismo y la ambición han gobernado el mundo. El maestro ha de redoblar sus esfuerzos por instruirse, con el fin de poder instruir a los demás. Debe abrirse al conocimiento humano y debe luchar por su propagación. ¡Destruid ese imperio de superstición para que reine

la Verdad, que es la misma Ciencia! ¡Destruid el yugo de la ignorancia y de la esclavitud! ¿Estáis dispuesto a realizar vuestro juramento?

Tras ladear afirmativamente la cabeza, el aspirante a maestro se arrodilló ante el altar profano, extendiendo la mano derecha sobre la espada flamígera, la escuadra y el compás. Comenzó entonces a pronunciar en voz alta y clara su juramento, repitiendo las sentencias que le decía en voz baja el Muy Respetable:

—Yo, por libre voluntad, en presencia de los maestros reunidos y a la faz de mis hermanos masones, juro y prometo por mi honor cumplir fielmente y con celo las obligaciones impuestas en el grado de maestro, que va a serme conferido. Prometo amistad y amor a todos mis hermanos y mi obligación de socorrerlos, en todas sus necesidades. Si faltase a alguna de estas promesas, que sea deshonrado para siempre.

Hablaba el ya maestro, nacido Manuel, rebautizado Leunam ante los libros sagrados: una Biblia, un Corán y un ejemplar de las reglas de la logia, mientras se deslizaba la arena de un reloj, símbolo de que el tiempo era testigo del acontecimiento.

—Hermano secretario. Tomad nota de este juramento. —El Muy Respetable puso su espada sobre la cabeza del aspirante Leunam—. A la gloria del Gran Arquitecto del Universo, en nombre y bajo los auspicios del Consejo Supremo, en virtud de los poderes que me son concedidos como venerable maestro de nuestra logia, hermano Leunam, antes compañero, yo te recibo y constituyo como masón del tercer grado, con poder de mandar sobre los aprendices y los compañeros. Y te consagro a la causa de la libertad y el bien de la humanidad, para que tú, maestro, accedas a nuevos secretos de nuestra hermandad y, armado con los principios morales que rigen la francmasonería, dediques el resto de tus días a la lucha por la justicia, como hizo nuestro padre Hiram, mano derecha del sabio rey Salomón.

—¡Así será! Lo juro por mi honor.

Manuel Bertrán de Lis se levantó, tras serle impuesta la espada sobre la cabeza.

—¡Hermano, ya estás investido del carácter de maestro! ¡Tenéis el título, y los derechos! Y ahora, yo te haré partícipe de los secretos de tu nuevo grado. Sirva esta alegoría simbólica para ilustrar cómo en todas partes y en toda la historia, los sabios y los héroes son golpeados por el genio del mal. Sirva esta leyenda para ilustrar la lucha de los masones por la luz, frente al reino de las tinieblas.

El Muy Respetable le dio un beso fraternal. Tras sus palabras, y las del venerable orador, que dijo que la palabra «logia» procedía del sánscrito *loga*, que significa «mundo», repasó la gloria de la masonería como sociedad que desde tiempos remotos había luchado por el bien y por la justicia, se dio por concluida la tenida concelebrada entre masones españoles e ingleses, en un sótano de Regent Street, en el corazón de la City. Con esta ceremonia había sido ascendido de grado don Manuel Bertrán de Lis, de acuerdo con el rito escocés, tras largos años de servicios, en realidad la mayor parte de su vida, dedicados a la lucha por los principios y valores masónicos.

El más impetuoso de los Bertrán de Lis, miembro de varias logias de Valencia y de Madrid, asiduo de la Fontana de Oro, antes simpatizante de los comuneros, compartía con sus compañeros el afecto por aquel ascenso, junto al cáliz amargo del destierro. Los masones de España, perseguidos con saña por la superintendencia de la policía y por los voluntarios realistas, acusados por la Iglesia de prácticas heréticas y satánicas, en Inglaterra podían celebrar con libertad sus ritos y sus reuniones, gracias a la solidaridad de sus hermanos británicos, esperaban poder regresar a su patria para liberarla de la tiranía. Encendidos los quinqués, la belleza del salón masónico apareció en su plenitud, despojado ya de los vestidos fúnebres de la ceremonia, con su suelo con baldosas blancas y negras, a modo de tablero de ajedrez, las dos columnas alineadas y en el centro de la pared principal, el ojo que todo lo ve dentro del triángulo.

Los hermanos de la Gran Logia Unida de Inglaterra, junto con los españoles del Gran Oriente, hicieron los honores al nuevo maestro, abrazándolo mientras se demostraba mediante signos de fraternidad su vinculación y su grado, y pasaron seguidamente, a puerta cerrada, al banquete o cena masónica. Allí

compartían mesa, junto a los ingleses, masones de prestigio, como su hermano Vicente y don Antonio Alcalá Galiano, y comuneros, radicales en tiempos del trienio liberal. Incluso un joven, un ardiente liberal llamado Namor, le recordó que no bastaba con hacer ceremonias para cumplir de verdad con la causa de la libertad.

—He estado recientemente en Valencia —dijo el llamado Namor—. Tenemos que hacer algo juntos, francmasones y carbonarios. Hay que levantar el pueblo, como en 1820, y libertar la patria y acabar con El Ángel Exterminador.

A lo largo de la cena se pronunciaron discursos y se levantaron copas de vino y *sherry* por el venerable de la logia, que quería demostrar la infinita hospitalidad de la Secret Brotherhood con sus hermanos españoles. Manuel Bertrán de Lis daba vueltas al comentario del joven carbonario, al que buscó entre los comensales sin encontrarlo. A lo mejor el joven se había sentido extraño en la logia, que, celosa de guardar los secretos de sus ritos, le habría hecho el vacío. Hacía años que los carbonarios eran vistos como demasiado revolucionarios para los masones, tachados por aquellos como moderados y pactistas. Pensó Leunam que, en todo caso, aquel joven de melena larga y perilla negra se parecía a él mismo cuando fue un joven idealista y ardiente. Llevaban demasiado tiempo los emigrados sin hacer nada por la causa de la libertad. ¡Tanta ceremonia y tanto ritual, mientras que en España los facciosos campaban a sus anchas! Se sintió de pronto asqueado por su elevación al grado de maestro. Todo le parecía hueco y sin sentido. Escuchó a su hermano Vicente, sentado junto a los hermanos Juan y Antonio Bazán, soldados del gobierno liberal.

—¡Tenemos que actuar ya! —le dijo de pronto—. ¿Tienes listos los fondos?

—¿Los fondos? ¿Te refieres a tu locura de expedición?

—Sí, no podemos quedarnos cruzados de brazos mientras mueren los nuestros en España. ¡La libertad solo se conquistará luchando!

Antonio Bazán había escuchado a los Bertrán de Lis.

—Nosotros estamos dispuestos. Mi hermano y yo hemos reclutado un puñado

de patriotas y nos esperan otros en Gibraltar. Y si desembarcamos en Alicante, se nos unirán muchos hermanos.

Vicente asintió con la cabeza. No podía negarse a financiar la expedición. Sí, se lamentó, una vez más, él iba a comprometer su fortuna en una nueva chaladura de su hermano, a quien la edad no parecía moderarlo. El venerable levantó su copa sin que el nuevo maestro estuviera atento al brindis. Leunam bullía en el fuego de la futura conspiración, propuesta por los hermanos Bazán.

Manuel se levantó de su asiento, ante la mirada de los comensales.

—Masones españoles, repitamos juntos: ¡libertad o muerte!

El lupanar estaba cerca del de Madame Gabrielle. La vida es un círculo de azares, de casualidades. Volvía a la calle Trentaclaus de la mano de Joaquina Safont, que me ofrecía el cobijo de una casa de putas que conocía bien. Habíamos recorrido las calles de Barcelona procurando no llamar la atención de los franceses. Mi uniforme me protegía, y seguramente los dragones borrachos con los que nos cruzábamos encontraron normal que un húsar escoltase a una bella española por la noche. El frente quedaba lejos. Fuera de Barcelona solo había guerra y emboscadas. Si se podía disfrutar, lo mejor era gastarse la paga en una mujer de la vida.

Los soldados de McDonald debían de seguir buscando el pasadizo, asombrados por el hallazgo de los cadáveres. Joaquina me metió en el burdel por una puerta trasera y me condujo hasta la bodega.

—Este es el mejor escondite. Justo bajo sus narices.

Se podía escuchar cómo arriba cantaban en francés y se movían los muebles sobre nuestra cabeza. No quise pensar. Estaba tan cansado que lo único que deseaba era tumbarme en el camastro y quitarme el maldito uniforme. Caí en el sueño, y dormí tanto que al despertar me pareció que me encontraba de vuelta en casa y que olía el azahar de los naranjos y escuchaba la risa de mi hijo. Me desperté al sentir que una mano me tocaba la frente. En realidad, se trataba del filo de una navaja en mi cuello. Intenté revolverme.

—¿Así agradeces mi hospitalidad?

—Perdona... Creí que me atacaban.

—No vuelvas a levantarme la mano. ¡Ni cuando duermas!

Y cerró la navaja, que se puso en el canalillo entre los senos.

—Y ahora me contarás qué mensaje te trajo hasta aquí. Aún no estoy segura de que no seas un espía de los franceses.

—Llevo un mensaje de Josep Manso... En mi colbac...

—¿No me digas? Pero si Josep es analfabeto —dijo mientras agitaba en el aire un papel—. Todavía tengo dudas contigo... Ya la hemos leído, tranquilo. Te estoy tomando el pelo. La firma del marqués de Campoverde es auténtica.

—Quiero salir. He cumplido mi misión. Tengo que regresar...

—¿Regresar adónde? Tendrás que esperar. Por cierto, parecías un húsar de verdad. Conserva el bonito uniforme.

Escuché la llave en el cerrojo. Pasé varios días enjaulado en esa bodega. Solamente me visitaba una vieja con la comida y con el agua. Al menos, bebía vino de los toneles y tenía comida. Reía en la penumbra y lloraba. ¿Hasta cuándo iba a seguir allí? Estuve a punto de romper la puerta a golpes, pero me contuve. Era un soldado y debía obedecer órdenes. Una noche escuché cómo entraba una mujer desconocida. Me acerqué a esa aparición. Bajo la luz del candil, la reconocí. Todavía era embriagadora y la apreté a mi cintura. Recordé la gata negra del Borne. Esa mujer anunciaba desgracias.

—Te busqué durante años... Ahora no te escaparás, Llum...

Poseído por la fiebre, la retenía entre los brazos.

—Chis... ¡Quieto ahí! —me dijo Joaquina, y me empujó.

—¡Te busco hace años! —grité—. ¡Maldita bruja!

—¡Bueno estás! Pero aquí mando yo.

Llum Bel sonrió, tan bella como cuando la vi en el Borne.

—¡Me gustas tanto! ¡Pero llevas el mal en tus ojos!

Cuando iba a abrazarla se esfumó. Yo estaba cada vez más desesperado. Joaquina vino para decirme que pronto saldría, pero que tenía que seguir escondido.

—Yo te cuidaré. Todavía no puedes volar de este nido.

No volví a ver a Llum, y empecé a pensar que el encuentro era fruto de un sueño. Le pregunté a Joaquina sobre las mujeres de allí. Incluso si sabía algo de

Madame Gabrielle. Me contó que la francesa había acumulado una gran fortuna gracias a la ocupación, y que su *maison close* era el más próspero de la ciudad. La prostitución era el negocio que mejor funcionaba. Ramón de Casanova, el afrancesado, protegía esa casa de la que era cliente. La mejor guarida. Miré a Joaquina, ¿era ella Llum? Desvariaba en ese agujero, solo podía comunicarme con ella y, a veces, con la anciana de la comida.

—No me juzgues mal —me dijo, mirándome fijamente—, no soy una puta. La guerra es así. Las mujeres no tenemos otra opción en estos tiempos. Nos violan, nos someten a todo tipo de humillaciones. Somos parte del botín. Y hay que sobrevivir.

Me contó que había nacido en Manresa y que su marido había muerto torturado por los gabachos. Había jurado venganza. No importaba si tenía que acostarse con un oficial de dragones o con un coracero polaco. Había envenenado a muchos. Gracias a que fue amante de Mathieu, la mano derecha de McDonald, había entrado en casa de don Albert. Así logró información para la guerrilla. La miré con una mezcla de admiración y repugnancia. Una noche me despertó.

—¡Figueras ha caído! ¡Rovira tomó la plaza a los franceses!

Estaba excitada por la noticia. Me apretó contra su pecho, y sentí el pulso de sus latidos, mientras me describía la caída de la fortaleza en manos de la guerrilla.

—¡Como cerdos degollados! ¡Y en las narices de Francia!

Un buen recado para Napoleón. No habría paz para los conquistadores de Europa. Después de ese golpe, cabía la esperanza, era posible ganar la guerra. McDonald había intentado atraer a los catalanes a su causa, pero no había podido consolidar su poder. Se acercaba un nuevo y más audaz golpe que la toma de Figueras. ¡Arrojar a los franchutes de Barcelona! Ahora podía contarme algún detalle de esos planes y adelantarme algo de mi papel. Los patriotas habían conseguido colar intramuros, camufladas bajo las faldas de las mujeres y las sotanas de los curas, hasta dentro de imágenes de la Virgen de la Mercè, armas y

municiones. También se infiltraron somatenes ocultos en los dobles fondos de los carros. Me abrazó con fuerza. Su boca se entreabrió ante la mía.

Me condujo a los odres de vino y los frascos con olivas y almendras. Caímos con estruendo. Cuando desperté, se había esfumado. No la volví a ver hasta una tarde que llegó con unos somatenes. Me anunció que era la hora de entrar en acción. Sabía que yo había sido soldado de la ciudadela. Me puso ante las narices un plano de la fortaleza y me pidió que le dijese por dónde atacaría yo si tuviera que dirigir el asalto.

—¿Por dónde atacaría? Por ninguna parte, es inexpugnable.

—¡También era inexpugnable el castillo de San Fernando!

—Si la ciudadela estuviera en un sitio aislado... pero a diferencia del castillo de Figueras, está en plena ciudad. Lo mejor sería tomarla por medio de un ardid, como hizo Lechi en 1808. Nadie se puede acercar a la ciudadela sin despertar sospechas. Y menos un grupo de somatenes armados con trabucos y barretinas rojas.

—Pues entonces no hay problema. Tenemos a un policía llamado Las Casas que está con nosotros. Nos va a llevar a una entrada secreta de la ciudadela.

Joaquina me habló con soberbia del plan que se había estado tramando durante meses. Muchos de los somatenes habían estado en Figueras. Se sentían orgullosos.

—*Qui és aquest pardal? Té cara de ser de la brivalla!*[98]

Uno de los oficiales dijo llamarse Milans del Bosch. Sentí una punzada de celos ante el que se presentó como teniente. No era un guerrillero, sino un atildado militar que destacaba entre el grupo de descuidados guerrilleros. Estaban reunidos porque los franceses habían evacuado a la mayor parte de sus tropas hacia Figueras para intentar reconquistar la plaza. Era el momento de atacar el castillo de la ciudadela. Salían ahora batallones de los escondites para sorprender a las guarniciones que habían quedado aisladas. Cuando McDonald volviera, se encontraría la capital tomada por los patriotas.

Por fin podía ver la luz del sol. Se presentó un grupo de migueletes a las

órdenes de Joan Pinós. Se repartieron armas y se me dio la misión de guiar la compañía por la ciudadela. Me enteré de que estábamos en abril. No recordaba el tiempo escondido en la bodega. Los guerrilleros se deslizaron como gatos arimados a las fachadas de las casas del Borne. A la altura de la muralla, entramos por un apestoso túnel, bajo cuya bóveda corría el arroyo negro de las inmundicias, de camino hacia el mar. Salimos a escasos metros de la puerta sur de la fortaleza. Allí nos aguardaba Las Casas.

Joaquina parecía otra mujer, bajo la luz del sol, al lado de sus hombres y del agente de la policía bonapartista. La idea de asaltar las fortalezas de Barcelona provenía de la Junta Suprema de Cataluña y del propio mariscal Campoverde, que había puesto los fondos para sobornar a Las Casas. Aquel tipo de levita y tocado con sombrero de copa, ese policía de aire frío y distante me dio mala espina. ¿Por qué Joaquina no me quería escuchar? ¿Por qué no había compartido conmigo sus planes de ataque? Joaquina parecía distanciarse de mí, como si nada hubiera ocurrido en la bodega. Sentí celos hacia el teniente de miguelotes Milans del Bosch, más gallardo y apuesto que yo. Y hasta del somatén Pinós. Yo no era nadie para Joaquina.

Cuando Las Casas nos llevó a un foso bajo el baluarte sur, comprendí que nos metíamos en la boca del lobo. Lo adiviné en los ojos del traidor, pero no me atreví a decir nada. Al final del túnel, salimos al patio central. Los guerrilleros catalanes lanzaron el grito de «¡Viva el rey Fernando!» y «¡Viva la religión!». Y dieron muerte a unos fusileros franceses. Pero cuando estábamos en el centro del patio, se asomaron desde las almenas y las garitas los cañones de cientos de fusiles que comenzaron a dispararnos. No tuvimos tiempo de escapar. Me pareció entrever a Las Casas en uno de los baluartes, confundido entre el humo de las granadas. Caían los somatenes y los miguelotes. El teniente Pinós se batió contra unos dragones que se atrevieron a descender hasta el patio. Lo rodearon junto al pozo del centro y fue atravesado por un enjambre de bayonetas.

Y vi a Joaquina batirse después con su navaja y cómo la hundió en el vientre de un enemigo. Una bala de un fusilero la alcanzó por la espalda. Me abrí paso

bajo el granizo de los disparos hasta llegar junto a ella. Logré arrastrarla hasta uno de los soportales. Me miró con sus ojos azules, muy abiertos. Volvía a ser el ángel caído de antes de la guerra; la muchacha que regresaba a su casa de Manresa con los suyos.

—Te sacaré de aquí... No te mueras, mi amor.

Me sonrió, a pesar de que la agonía la inmovilizaba.

—En la guerra no hay amor, en la guerra solo hay...

—No temas, te sacaré de aquí, escaparemos juntos...

—Márchate, mi húsar bonito, yo no quería que te fueras...

Su cabeza se desplomó, y sus ojos se abrieron al cielo.

—¡Llum Bel!

Me alejé de los disparos. Abrí la trampa secreta y me arrastré por las entrañas de la fortaleza. No he olvidado nunca a Joaquina, ni el dulce sabor de sus labios.

Como un fantasma errante, Fernando vagaba por palacio. Cansado de contemplar a la diosa Juno en su carro tirado por unos pavos hacia el reino del sueño, se había levantado y paseaba de una cámara a otra, escuchando el tictac del reloj del pastor, esperando a las figuritas que se asomaban puntuales cada hora. Todo el palacio recordaba a su abuelo Carlos III, el más ilustrado de los reyes. Sentado en su retrete de caoba, alivió su vientre. Su ayuda de cámara retiraba las reales inmundicias y, al llegar el amanecer, lo ayudó a vestirse. Era bueno que la etiqueta se restableciese, como le decían sus cortesanos, en un tiempo en el que todo parecía patas arriba. Bovino y melancólico, dirigió su mirada hacia los tejados de la plaza de Oriente, mientras reclamaba, con voz lastimera, la presencia de su secretario. El Deseado intentó recordar lo que había promulgado o abolido el día anterior.

¿Dónde estarían aquella mañana los miembros del Consejo de Estado? Unos meses atrás había ordenado la constitución de una Real Junta Consultiva de Gobierno, presidida por el general Castaños, con presencia de tres obispos y del superior de los franciscanos. Pero la Junta ya no existía. López Ballesteros, como encargado de Hacienda, había propuesto medidas urgentes de reforma, pero los obispos y los militares insistían en que los problemas de España venían de los masones y de los revolucionarios —realmente invisibles— y que lo más urgente era seguir con las depuraciones. Instigado por Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, Fernando se había deshecho de Cea Bermúdez de un plumazo, en octubre de 1825, y lo había enviado de embajador a Sajonia y, después, aún más lejos, a la brumosa Inglaterra, con la encomienda de proseguir allá con la persecución de los emigrados, esos malditos liberales que no cejaban en

conspirar contra la patria y contra la Iglesia. Fernando se preguntó si él era el verdadero rey de aquel reino. ¿Había firmado algún decreto nuevo? ¿Alguno de los que ponía ante su desconfiada nariz don Francisco Tadeo Calomarde? ¿Cuántas ejecuciones harían falta aún para la paz? ¿Cuántas conspiraciones, reales o no, debían ser abortadas aquel nuevo día?

Ante la montaña de papeles revueltos, el rey neto extendió las hinchadas piernas sobre un taburete, y desplegó las blandas nalgas sobre los cojines del sillón rococó, diseñado por Dugourt, mientras se desabrochaba el botín esmaltado. El suntuoso mobiliario estaba pendiente de pago. Debía la Casa Real a los artistas con los que pretendía renovar la decoración, pero carecía de liquidez, pensó mientras su trasero aplastaba unos legajos olvidados, un memorial enviado por un tal Javier de Burgos desde Francia. Los tomó y comenzó a hojearlos. Pretendía el tal Burgos, un conocido moderado, darle consejos sobre cómo aliviar los males de la Hacienda real. Menudo aguafiestas ese afrancesado, hablando de la bancarrota y del inminente naufragio del reino. Proponía abrir un empréstito de trescientos millones de reales, con la garantía de los bienes del clero, para paliar las carencias del tesoro público y, a la vez, una reorganización de la administración civil. Bueno, y además una «reconciliación nacional», con una amnistía para todos los perseguidos. ¿Empréstito con garantía de los bienes de la Iglesia? Aquello era tan gracioso como un chiste de Ugarte. ¡Buenos eran los obispos! No se les podía tocar, no se le fueran a levantar, con excomunión incluida. Los temía más a que a todas las sectas de masones juntas. El reino estaba enfermo; como el delicado rey, dolorido por la gota que hacía chirriar sus articulaciones, como las deudas a la Hacienda. Ni siquiera se había podido pagar, meses antes, a los artesanos del Buen Retiro que habían decorado su alcoba, y hasta le debía los frescos del techo a su pintor favorito, Vicente López. Se alivió con una sonora ventosidad que surgió de las entrañas de sus pesares. Al menos, su cuerpo podía liberarse a sus anchas y, con los vientos de la digestión de las habas con chorizo de su desayuno, pudo sentir, recostado en el diván de la antecámara de Carlos III, su poder absoluto. Tras una breve

cabezada, el rey acabó, por encima y entre bostezos, el informe de Javier de Burgos. Sí, la hidra liberal y reformista era pertinaz, pensó dejando caer el folleto en el suelo. Pretendía aquel consejero emigrado, que no se atrevía a presentarse ante él, que procediese de acuerdo con sus reformas. Por un momento dudó el monarca. ¡Qué se podía hacer, sin el oro de América!

Hacia media mañana se le anunció en la sala de Besamanos la presencia de los consejeros del reino. ¿Y si en lugar del duque del Infantado colocase a Cea Bermúdez? ¿Había hecho bien en desterrarlo a la embajada de Londres? No, Calomarde tendría razón. Cea era un infiltrado de los masones. Había que mantenerse firme a la monarquía católica, sin caer en apaños liberales. Ah, ¡si la diosa Fortuna le hubiera sido favorable, en lugar de tan esquiva! ¿Y si viniera esa mañana, como un cobrador, el embajador francés? Boisilecomte solía presentarse en palacio como el propietario del país, para pedir al rey su renta y ponerlo al corriente de sus deudas. ¡Pero si no podía ni pagar a los cocineros de palacio! El rey más amado era el más pobre de los reyes de Europa. Se lo debía todo a Francia, a su amiga y enemiga, a la nación de los Borbones, eterna madre y madrastra a la que debía todo. Quizás el embajador le vendría a pedir hasta el último de los luises invertidos en restablecer su poder. Y que pagase ya los muebles, los platos de Sèvres que había comprado el rey de España al de Francia. ¿Podría entregar algún territorio? Ya no le quedaba patrimonio. Tal vez podía solucionar su deuda con los franceses entregándoles medio Santo Domingo o la isla de Cuba. Si no se le otorgaba un nuevo empréstito, los franceses se irían, dejándolo abandonado a su suerte. Francia se había vuelto muy exigente con España. No cabían demoras para sus infinitas deudas.

El rey de las Españas era un paria entre los reyes y emperadores del mundo. El imperio de Ultramar, su herencia, el legado de sus antepasados, se había perdido. Y, además, la bancarrota. Su real hacienda y su honra desbaratadas para siempre. Simón Bolívar, San Martín y otros caudillos, masones y liberales, hijos renegados de España, criollos oportunistas, capitanes que gracias a sus fáciles victorias se convirtieron en generales, y luego en presidentes, traidores

venturosos por la desventura de la madre patria, financiados por la pérfida Inglaterra,  vida de vender all  sus telas y expoliar sus riquezas, habían levantado en Ultramar veinte insolentes nuevas repúblicas, aprovechando la invasión napoleónica y las guerras civiles de los liberales en España.

— Y el doctor Castelló? —se lamentó el monarca y record  los consejos de Calomarde: «Guárdese su majestad de todos los “negros”. Incluso de los que parecen buenos.» «Malditos charlatanes», pens  con amargura el solitario rey, que aullaba de dolor cada noche de invierno, privado del mejor médico del reino. Por un momento, se encendió una débil luz en su mente.  Y si mandase volver a Cea Bermúdez? Podría ser un blando con los liberales, pero sabía resolver. Lo imagin  en Londres, donde tenía la orden de tejer en torno a la embajada una red de espías con la misión de infiltrarse entre los emigrados.

Ahora su jefe de Gobierno era el duque del Infantado. Record  al embajador inglés que le había transmitido la inquietud del propio primer ministro Canning sobre los excesos absolutistas de España de que la opinión pública inglesa se había hecho eco.  Opini n pública?  Qu  era eso? En España solo opinaba el rey. Absorto estaba cuando el ayuda de cámara le anunció a Calomarde. Estaba pendiente la aprobación del reglamento de la policía. La puerta del salón de Besamanos se abrió y junto a Calomarde entraron tres siluetas negras. El obispo de Tarazona, monseñor Jerónimo de Castrillón, último inquisidor general de España, junto al arzobispo de Toledo, monseñor Iguanzo, y el obispo de Valencia, monseñor Simón López, seco como una momia. Por un momento, el gran salón se impregnó de un olor rancio, como de incienso, que impulsó al rey a abrir con sus propias manos una de las ventanas. El frío de Madrid parecía limpio y el viento de la sierra era un regalo del cielo. Con servil sonrisa, monseñor Castrillón expresó sus disculpas por la falta de presencia del padre Cirilo, superior de la orden de los franciscanos. Aquella reunión, orquestada por Tadeo Calomarde y por el duque del Infantado, tenía como misión la de promulgar de una vez el decreto que restaurase de forma clara y plena la Santa Inquisición, y legalizase las Juntas de Fe que se habían formado en cada una de

las diócesis del reino para sustituir al Santo Oficio. Había recibido una esmerada educación religiosa, aunque seguía inclinado a los pecados capitales. Ante sí se mostraba el poder apostólico. Sintió una mezcla de terror y de animadversión dentro de su redingote. Disculpó su distracción alegando dolores de rodilla y de manos que lo indisponían en aquel momento. Lamentó entonces no tener a mano su estuche de rapé para aspirar aquel polvillo y descongestionar sus narices con un estruendoso estornudo, o disponer de un puro habano o, mejor aún, de una larga pipa, rellena con hojas de opio, para escapar, entre aros de humo de aquella pesadilla. Aplazó una vez más la respuesta a aquellos santos prelados, apóstoles del siniestro Ángel Exterminador.

Don Carlos penetró en el despacho, como si hubiera estado escuchando tras la puerta. El ayuda de cámara abanicaba al rey, recostado en el sofá rococó, cuyo tapizado seguía pendiente de pago.

—Disculpen sus excelencias, pero pronto tendrán una respuesta.

Cuando Fernando entreabrió los ojos, vio a su rubio hermano y contempló el gesto de compasión y de desprecio que se le dibujaba en el gallardo rostro. Y Carlos pensaba que ojalá su degenerado y estúpido hermano dejase el mundo de los vivos y el palacio donde reinaba de forma indigna. Fernando le tomó el brazo y le preguntó si lo quería. Si lo quería alguien a él. Y Carlos le dijo que ese era su problema. Que siempre había favorecido a los malos, en lugar de a los buenos. Y Fernando, que no podía comprender nada, se quedó pensativo y triste, mirando hacia ninguna parte.

Entré en Tarragona con unos refugiados. Yo era un soldado sin uniforme, que había escapado de Barcelona gracias a mi buena estrella, disfrazado de mujer, escondido en una carreta de prostitutas rumbo a un campamento de dragones hambrientos. Los franceses habían abortado nuestra conspiración y, tanto en la ciudadela como en el castillo de Montjuïc, se había exterminado a los asaltantes, merced a la delación de algunos traidores. Quizá, como decía la vieja de la taberna, lo mejor hubiera sido envenenar a los invasores con arsénico para ratas, en lugar de intentar la conquista a pecho descubierto de las fortalezas, como se había hecho en Figueras.

Había atravesado los montes del Garraf y los viñedos del Penedés por la noche. Comí frutos y raíces, y llené mi cantimplora con las aguas del Llobregat y de las fuentes que no estaban tomadas por los enemigos o envenenadas por los resistentes. Durante el día permanecí oculto en los bosques, a salvo de las patrullas francesas y de las partidas de la *brivalla*, los catalanes afrancesados que McDonald había convertido en soldados del emperador para combatir la guerrilla, bandidos con patente de corso para entrar a saco en cualquier pueblo, violar a las mujeres y degollar a cuantos se opusieran a sus robos y atropellos. Después de una semana viviendo como un jabalí salvaje, divisé Altafulla y, tras descansar una noche en Tamarit, en la pequeña playa de su castillo, llegué hasta las puertas de la muralla romana. Penetré por el portal del Rosario, cojeando y sucio. Los centinelas se echaron a reír en mis narices. Dos civiles de la milicia de vigilancia me pidieron el salvoconducto, y al no tener papeles me dijeron que debía unirme a los prisioneros que cavaban fosos al sur de la ciudad, bajo amenaza de fusilamiento.

—¡A trabajar, perro! No pienses que te vas a librar de cavar para la patria.

—Eso, jodido mendigo, aunque sea para tu propia fosa.

Les intentaba decir que venía de Barcelona de una misión de guerra, y que tenía que presentarme ante el marqués de Campoverde.

—Soy un oficial. Mi nombre es Ripoll, teniente Ripoll.

—*I una merda!* —gritaron empujándome al suelo—. Tú tienes pinta de desertor de la *brivalla*, o de extranjero, tal vez. ¡Te vamos a matar, rata traidora!

—¡Si al menos tuvieras dinero! —exclamó uno de ellos, sonriendo mientras registraba bruscamente mi pantalón—. El gobernador ha ordenado que se expulse o que se mate a los extranjeros, exceptuando a los ingleses y a los otomanos...

No hubo manera. Insistían con el dinero y comenzaron a darme puñetazos aquellos improvisados policías, nombrados entre la peor calaña. Me amenazaron de muy malos modos y me habrían matado de no ser por la repentina aparición de Manuel Bertrán de Lis.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Dejad en paz a este hombre!

—Capitán —dije con asombro—, soy yo. ¡Es un milagro!

—Cayetano, qué alegría verte por aquí. Te dábamos por prisionero en Valencia, de camino hacia Francia, o quizá muerto. ¡Y de verdad pareces un fantasma! —exclamó a la vez que sacudía mis ropas—. Menos mal que tengo buena memoria y nunca olvido el rostro de un soldado. ¡Si pareces un guiñapo!

—Vengo de Barcelona, señor, y tengo que dar cuenta de lo ocurrido a nuestros somatenes... ¡Tengo que ver al marqués de Campoverde!

—¿A Campoverde? Necesitas entonces un nuevo uniforme, si no quieres que te envíen a cavar letrinas, junto a los prisioneros. ¡Bienvenido al infierno!

Me apoyé en su hombro y comenzamos a caminar. Dijo que el pueblo de Tarragona bullía de patriotismo, a pesar de que el cerco francés ahogaba cada vez más a la ciudad. A pocas millas de la costa se divisaba la escuadra inglesa, al mando del comodoro Carrington. Le insistí entonces en que debía ver al capitán general de Cataluña para informarle de lo acontecido en Barcelona. La idea de

infiltrar a milicianos en Montjüic y en la ciudadela había sido un fracaso, a causa de la delación de un traidor.

—Un traidor... Me temo que hay tantos en nuestras filas que uno más no importa, aunque lo peor no son los traidores, ni los cobardes; son los inútiles que gobiernan. A Campoverde le importará un maravedí lo que le cuenten de Barcelona, como tampoco le preocupa cuanto pase en Tarragona.

—¡Pero es nuestro capitán general! Le debemos obediencia...

—¿Obediencia? Claro que sí. Yo te llevaré ante él, pero no te hagas ilusiones. —Manuel Bertrán de Lis me dio unas galletas y me ofreció agua de su cantimplora, a la vez que me ponía al corriente de lo sucedido en la Cataluña no ocupada. Cruzamos frente a un edificio que ocupaban oficiales en la plaza de la Font—. Hemos venido de toda España para reforzar la defensa y darles su merecido a los gabachos, pero pasan cosas muy extrañas. ¡Si estuviera al mando Enrique O'Donnell! Pero desde que cayó herido en La Bisbal, todo han sido desgracias para nosotros.

En la calle Mayor encontramos al propio marqués de Campoverde. Venía al frente de una comitiva cívico militar, ataviado con uniforme de gala y peluca blanca, el bicornio en la mano izquierda, mientras con la derecha se tapaba la altiva nariz con un pañuelo, lo que dificultaba ver el disgusto que le crispaba el rostro, abrumado quizá por los olores ásperos de la ciudad sitiada. Encabezaba la columna de militares, paisanos y clérigos, el arzobispo. Una cuadrilla de tiradores de Tarragona portaba la imagen de santa Tecla y tras ellos venían los artesanos de los gremios, con carabinas al hombro, escoltados por enlutadas mujeres y pequeños en los brazos. Ascendieron la escalera hasta la explanada de la catedral y se arrodillaron para recibir la bendición del arzobispo, que elevó una rogativa en latín para que la santa patrona condujese a los catalanes a la victoria. Entonces tomó la palabra Joaquín Fábregas y Caputto, ayudante mayor de la milicia urbana, vestido con casaca, pantalón turqués, chaleco blanco y charreteras de general.

—Ciudadanos de Tarragona, soldados y milicianos, repitamos el lema de

nuestra ciudad: «Antes morir que rendir.»

La muchedumbre de fieles en la escalinata y en la explanada coreó el lema y los más devotos se santiguaron. Iba a cerrarse el acto y los de la milicia urbana apuntaban con sus fusiles al cielo dispuestos a lanzar una salva en honor de la santa, cuando sonó un cañonazo que hizo temblar a los apóstoles de la puerta de la catedral. Era la tarjeta de visita de Suchet, que, desde las posiciones alcanzadas las últimas semanas, se presentaba, dispuesto a dar al traste con la pía ceremonia y nos saludaba así desde su cuartel general en Constantí, divertido con nuestro pánico. Se repitieron los cañonazos y creció el caos, se incendiaron varias casas de la calle Mayor, a unas pocas varas, lo que provocó que la comitiva se disolviera entre gritos y empujones.

Manuel y yo nos abrimos paso hasta el marqués, escondido bajo la imagen de santa Tecla. En medio del estruendo le dije quién era, mi grado militar y que había venido de las líneas enemigas para informarle de los somatenes de Barcelona y de los movimientos de tropas enemigas. Manuel se tapaba los oídos y me miraba con ironía.

—Demonios —exclamó el marqués reponiéndose de la caída—. ¡Qué asco!

El marqués se levantó gracias al apoyo de un soldado y se abrió paso entre los heridos y entre los que intentaban poner orden, hasta perderse de nuestra vista. No podía creerlo. Manuel Bertrán de Lis parecía reírse de mi cara de sorpresa.

—Te lo advertí —dijo con sorna.

Tardé varios minutos en recomponerme. Llevamos a varios heridos al hospital que se había improvisado en el claustro de la catedral, y de allí acudimos a la fonda de los oficiales de su regimiento, cerca de la plaza de la Font. Las callejuelas hervían de gente de todos los rincones. Los niños jugaban con los cascotes del último bombardeo. Había hambre ya, y aunque se habían acopiado víveres los meses anteriores, en pocos días iban a agotarse. Sobraban bocas que alimentar. Manuel me dijo que la población de Tarragona había ascendido desde el comienzo de la guerra de diez mil a cuarenta mil vecinos. El precio de los alquileres, así como la libra de pan, se habían disparado y pronto el tifus y el

cólera evitarían el trabajo de exterminio masivo de Suchet. Las explicaciones de Bertrán de Lis no eran demasiado halagüeñas, aunque en aquella fonda se podía beber un trago de aguardiente, liar un cigarro de contrabando y jugar a los naipes. Un lugar de descanso para los que cada día se jugaban la vida en desesperadas salidas de la muralla para matar gabachos que, como termitas, cavaban con tesón zanjas y colocaban sobre las lomas próximas sus trenes de artillería. Manuel seguía indignado esa noche.

—Don Luis González Torres de Navarra, marqués de Campoverde, es un figurón, Cayetano, solo quería acaparar gloria y honores cuando tomó el poder en febrero y ahora no tiene cojones para defender esta plaza. Se hizo con el control de la Junta de Cataluña gracias a una conspiración urdida por el padre Coris, el presbítero de San Felipe Neri, imponiéndose los dos por las armas y por el miedo.

—Todo eso me suena, es típico de España. ¿Y los ingleses? ¿No están anclados en la playa de la Rebasada? ¿Por qué no desembarcan de una vez y nos socorren?

—Bueno, el comodoro Carrington divisa la situación al frente de su escuadra y de vez en cuando nos echa una mano con sus cañones, despejando de franceses la costa, en especial cuando estos intentan abrir una brecha por el fuerte del Toro o por el del Francolí. Aparte de eso, me lo imagino tomándose plácidamente un té en la cubierta del navío *Blake* esperando a ver qué pasa. Yo no me fiaría de su ayuda.

Bertrán de Lis había venido a Tarragona como capitán de caballería de la Maestranza de Valencia, un cuerpo de jinetes que se había destacado unos meses atrás en la derrota a los franceses en Figuerola, junto con los húsares de Granada y con el regimiento de Ultonia, al mando del general Pedro de Sarsfield.

—Podríamos haber terminado con McDonald en Valls. Sarsfield pidió ayuda a Campoverde, que andaba paseándose a unas millas de allí con ocho mil hombres, pero nuestro gran héroe se retiró hacia Tarragona sin presentar batalla.

—¡Vaya con el aristócrata! —exclamé con indignación—. Me recuerda a

Valencia en mayo de 1808, cuando el pueblo azuzaba al duque de la Conquista para declarar la guerra por la que no tenía gran interés. Solo el pueblo fue capaz de hacerlo.

—¡Dices bien! No hay otra explicación para este desaguisado, pero el pueblo es obediente a los nobles. Adora al rey Fernando y rinde pleitesía a los aristócratas, sobre todo si los curas le dicen que son sus señores por derecho divino.

Después de esa tumultuosa jornada transcurrieron otras en las que me sumergí en aquel caos en el que, sin embargo, reinaba la hermandad entre soldados y civiles sitiados. Por las noches se encendían hogueras y los soldados bailaban al son de sus guitarras con mujeres y con otras más niñas. Las había de toda condición: esposas y viudas, hermanas y madres, algunas mujeres «de partido», junto a monjas que ayudaban a curar a los heridos en los conventos o las que trabajaban de hilanderas o de costureras, incluso de artilleras fabricando cartuchos, señoritas de la alta sociedad al lado de mujeronas como Rosa Venas de Lloberas, Rosa, *la Calesera*, que había participado en varias batallas. Todas estaban convencidas de que los franceses no entrarían nunca en Tarragona, no, clamaban al cielo las bravas catalanas, porque santa Tecla iba a ahuyentar definitivamente a esos hijos de Satanás que atacaban su tierra.

Conocí a soldados extranjeros, valones del regimiento de Saboya e ingleses, junto a veteranos de anteriores sitios, como los voluntarios de Aragón y los de Gerona, ambos con la aureola del heroísmo y del sacrificio demostrado en la defensa de sus ciudades. En todos regía el espíritu de resistencia y la moral más alta. Danzaban por las noches al ritmo de la sardana asidos por las manos con los milicianos de la ciudad, a los que se unían los húsares de Granada, los cazadores de Almería, los tiradores de Almansa y del llamado de Iberia, que estaba formado sobre todo por andaluces. La Junta de Cádiz había decidido que Tarragona era un punto clave para parar a los franceses en sus avances. Los barcos de la Royal Navy se habían comprometido a defender las costas y garantizaban que los suministros por mar estarían asegurados. Aquella podía ser

una nueva Zaragoza o una nueva Gerona, una piedra de fuego en el camino de los invasores, con la ventaja de que en lugar del Ebro y de la inmensa llanura estaba allí el Mediterráneo, donde los dueños eran los ingleses.

Manuel Bertrán de Lis me entregó un uniforme de cazador del regimiento de Valencia y botas nuevas, a la vez que me impuso pasar por una bañera. Me llevó una tarde a un lupanar donde unas bellas damas, de nombre Montserrat y Raquel, habían estado llenando de agua y sales la tina para remojarne, e incluso enjabonarme.

—¡Quién sabe si será el último de tu vida! —me dijo Bertrán de Lis poco antes de que me adormeciera por la calidez de las aguas y las manos de aquellos ángeles.

Ni siquiera el estruendo de las baterías de Suchet, dispuestas a amargarnos desde los arrabales, nos hizo olvidar nuestra pasajera felicidad. Fue entonces cuando le pedí a Manuel todas las nuevas que hubiera de los míos. No podía consentirme ser feliz mientras en Valencia sufrían Nuria y Miquel. Me contó lo que sabía, no mucho tal vez, salvo que los míos seguían refugiados en aquel rincón de Ruzafa, viviendo en una barraca vecina de la alquería de su familia, cerca de las dunas y del mar.

—¿Cuándo volveremos a Valencia? Quiero abrazarlos...

Me levanté. El recuerdo de mi familia tornaba inmerecido aquel bienestar. Bertrán de Lis encendió un cigarro y dibujó con sus labios aros de humo que flotaban en la caliente atmósfera de aquella sala. Se sentía feliz en brazos de la muchacha que lo masajeaba y le ofrecía una copa de vino.

—Oh, vamos, no seas aguafiestas. Pronto verás a tu mujercita y a tu retoño, pero trata de saborear los breves momentos de diversión que te ofrece la milicia.

Le insistí en mi deseo de saber de mi familia, y él me contó algunos detalles sobre lo que había acontecido en Ruzafa desde que salí con mi regimiento. Mi hijo había crecido mucho y jugaba a portar rifles de juguete en los hombros, rifles hechos con las cañas que él mismo cortaba de las acequias. Me contó Bertrán que su madre, doña Manuela Tomás, le tenía un gran cariño a mi hijo y

que pronto lo podría ver, porque en cuanto venciéramos a los franceses, regresaríamos a Valencia.

—Cayetano, no te falta el *seny*, ese sentido común tan propio de los catalanes, así que mejor te alejes de toda carnal tentación. Te aconsejo que no mires demasiado a las mujeres de aquí —dijo Bertrán abrazando a la muchacha que lo había enjabonado—. ¡Son más guerreras que los hombres! Y te pueden cortar la coleta...

—Cuéntame de Nuria, ¿no sabes lo que la echo de menos!

—Tendrás que volver, o te arriesgas a que algún lechuguino de los de retaguardia te la quite mientras nosotros luchamos por el rey. Ah, sí, Nuria, está cada día más guapa. No para la muy bendita: colabora en las tareas que la junta, encomienda a las mujeres, teje uniformes para nuestros soldados, fabrica municiones y acude al mercado para llevar lo mejor de la huerta a casa de mi madre y a la suya. Al menos, en Valencia te puedo asegurar que no hay hambre... ¡Y eso que iba para señorita de la alta sociedad! Por cierto, ¿qué fue del señor Albert? ¿Lo sacaste de Barcelona?

Manuel adivinó las malas noticias y luego le expliqué.

—Murió con dignidad. Y Víctor Puig, como una rata miserable. Cada uno como había vivido.

—Siento lo de don Albert. Nuestra familia lo trató en tiempos de paz. Algún día, personas como él gobernarán este país, los más preparados y justos. ¿Sabes que en Cádiz mi hermano y otros diputados redactan una constitución que proclama la soberanía a la nación, reconoce la libertad de imprenta y prohíbe el tormento y las persecuciones religiosas o políticas? Algún día disfrutaremos de la libertad. Y respecto de la muerte de Víctor Puig, no puedo decir que lo sienta demasiado. Al menos Nuria y tú estáis ahora libres para casaros, ¡como debe ser! Me gustaría ser el padrino de vuestra boda, que será en la catedral de Valencia. Cuando llegue la paz...

—¿La paz? ¡Qué sueño más lejano!

—¡La paz también está aquí! —dijo mientras jugaba a sumergirme la cabeza

en el agua de la tina—. Eres un soldado filósofo, amigo Ripoll, déjate ya de discursos y prepárate a recibir a los franchutes. ¡Que se vayan al infierno con su emperador!

Aquella tarde fue la última en la que pudimos relajarnos. A los pocos días, los franceses cortaron el agua del principal acueducto. Muchos de los molinos dejaron de suministrar pan a los hornos y los conventos solo repartían mendrugos a los soldados, que formaban largas colas junto a los heridos. A pesar de la escasez de alimentos y de que las enfermedades comenzaban a campar por la ciudad como jinetes del apocalipsis, la moral en la plaza seguía siendo alta. Todos confiaban en la victoria final y en que los imperiales acabarían retrocediendo, como había ocurrido otras veces, como en Valencia cuando se logró detener a la división de Moncey.

La tarde del 27 de mayo, Bertrán de Lis y yo, junto a fusileros de Valencia y tiradores de Tarragona, estábamos parapetados en la puerta de San Juan cuando se nos comunicó la orden de dirigirnos a El Olivo. El general Salme había emprendido un furioso ataque con más de dos mil soldados, entre dragones, granaderos y fusileros. Una granada de los nuestros le había volado la cabeza, lo cual era una buena noticia, pero, sin embargo, las cosas se habían puesto más duras desde entonces. La muerte de su jefe había enardecido a los franceses y a los italianos de su regimiento, de tal forma que habían emprendido una gran ofensiva. El Olivo era la joya de la corona de nuestros bastiones: bien artillado, con más de doscientas cincuenta piezas y una guarnición importante, pero según los ingenieros el enemigo podía aprovechar sus puntos flacos. Y nuestros compañeros de la guarnición, los voluntarios de Zaragoza y de Gerona, y el regimiento Iberia, estaban agotados.

Casi sin percibirlo nos encontramos en medio del fuego. Atravesamos las líneas enemigas, abriéndonos paso en sus trincheras, cuerpo a cuerpo, degollando a los sitiadores de la retaguardia. Con la llegada de la noche, nos arrastramos por el suelo con el rostro pegado a la tierra, escuchando los gritos en la oscuridad de atacantes y de defensores. Los franceses, enardecidos con la furia

de querer vengar a su general. Teníamos que avanzar más rápido. Entre la confusión y las sombras alcanzamos los muros. Se combatía a la bayoneta calada, tanto en lo alto de las almenas como en los fosos. Los franceses habían penetrado por un hueco del acueducto que suministraba el agua, o quizá con algún ardid, y luchaban por levantar en lo alto de sus torres su águila imperial. Fue la noche más terrible de mi vida. Disparaba dentro del estrecho foso, en donde caímos en medio de una oscuridad salpicada por los fogonazos de los cañonazos y entre los gemidos de los heridos y de los moribundos. Parecía una orgía de sangre; nuestros gritos se confundían con los disparos y yo repartía a ciegas estocadas a difusos bultos. Sentí que Bertrán de Lis caía herido a mis espaldas. Reconocí el resplandor de una bayoneta que iba a rematarlo y a un granadero francés, con su gorro de piel de oso. Me abalancé contra él. Bertrán apenas se movía, aunque la bayoneta le había pinchado antes en un costado y mi mano sangraba. Tras la primera embestida, el gigantesco granadero replicó contra mí. «*Merde, tu ets mort.*»

Me cogió de la garganta y comenzó a asfixiarme. Y lo habría conseguido de no ser porque en un último estertor conseguí arrebatarse el *briquet* y clavárselo debajo de las costillas. Cuando pude escapar de su peso muerto, escuché la tos de Manuel, que aún respiraba, y haciendo un esfuerzo imposible lo levanté del suelo. Sangrábamos los dos, pero estábamos vivos. Sonó un tambor con orden de retreta. Caían los cascotes del fuerte, a punto de estallar desde dentro.

—¿Qué pasa, soldado? —Mi pregunta se dirigió hacia uno de los nuestros que surgía entre el polvo y el humo—. ¿Por qué nos bombardean desde Tarragona?

—¡Hay que retirarse! El fuerte está perdido, y hay que destruirlo con los franceses dentro. Nuestras baterías lo están barriendo.

Salimos confundidos entre muertos y vivos que vagaban sin rumbo. No sé cómo alcanzamos la puerta del Rosario, tras dejar atrás El Olivo y el estrépito de sus muros al caer. El fuerte se había perdido y la mayoría de sus soldados, incluido el oficial que lo gobernaba, el coronel don José María Gómez, estaban malheridos o muertos. El Olivo se derrumbó al amanecer y con sus restos

humeantes cayó parte de nuestro ánimo. Los franceses habían arrasado el más importante de los bastiones defensivos, pero no estaba escrita la última página de aquella tragedia.

Al amanecer del 19 de febrero, la fragata *Thunder* avistó Guardamar. Arrendada por Vicente Bertrán de Lis a unos corsarios británicos, retirados del negocio de asaltar mercantes en nombre de su graciosa majestad, el cascarón de dieciocho cañones de veinticuatro libras, desechado por la Navy tras Trafalgar, había zarpado de Londres en pleno invierno. Casi desarbolada por los vientos del Canal, la vieja fragata conservaba la rapidez de sus mejores tiempos y se había acercado y alejado de las costas de Galicia y de Portugal para atracar, tras intensos vómitos y escalofríos de los expedicionarios, a la sombra del imponente peñón de los Ingleses. En las ensenadas de la roca se enrolaron unos cuantos voluntarios, fieles al general Espoz y Mina, el militar de más prestigio exiliado en Londres, instruidos por su rival, el general Torrijos. Todos eran hombres de acción, anclados en Gibraltar como fantasmas, que aspiraban zarpar hacia las nuevas repúblicas de América o hacia cualquier lugar donde hubiera una revolución. Aventureros sin fortuna, jóvenes y viejos, emigrados y apátridas iluminados por la libertad, masones y carbonarios perseguidos por toda la policía del mundo, dispuestos a luchar por la causa más perdida de Europa.

Mandaba la expedición el coronel Antonio Fernández Bazán, junto a su hermano menor, Juan, y el teniente coronel José Téllez. Viajaba con ellos Manuel Bertrán de Lis y otros oficiales y soldados que habían combatido contra el francés, y habían sido expulsados del ejército tras las depuraciones absolutistas de Fernando VII, que no quería militares liberales y masones en sus filas. Contaban con la discreta aprobación de Espoz y Mina, e incluso la de Torrijos, que se había desplazado a Gibraltar para ayudar a los Bazán en los preparativos de aquella invasión, punta de lanza del que iba a ser un

pronunciamiento como el de Riego en 1820. Pero aquella trama había sido tejida con un hilo muy endeble, con más corazón y entusiasmo que sentido común, porque los furibundos eran muy poderosos entonces y dominaban el reino de norte a sur, y lo más prudente habría sido esperar para aquella empresa.

Después de costear Málaga y Almería, el mayor de los Bazán dispuso que Alicante sería la cabeza de puente de la reconquista liberal. Hubiera preferido alcanzar Vinaroz, pues fue gobernador de Castellón en tiempos del trienio, pero no era aconsejable prolongar la travesía. Había muchos liberales en Alicante, donde Chapalangarra había resistido durante meses a los Cien Mil Hijos de San Luis. La expedición era muy arriesgada, pero para don Antonio la vida era un juego de naipes en el que a veces tocaba apostar todo a una carta. ¿No había triunfado con menos medios Riego en Cabezas de San Juan? ¿No había liberado el país con unos batallones? ¿No conquistó Pizarro el Perú con una docena de soldados? Tras la odisea marítima llegaba la hora de la verdad. Cuando el barco arrió velas, don Antonio pidió a Manuel Bertrán de Lis que hiciera la proclama para alentar a aquellos voluntarios, formados en desorden sobre la cubierta. La exigua tropa se componía de un grupo de maduros veteranos y otro de jóvenes bisoños, inexpertos estos en el arte de la guerra.

—¡Camaradas! ¡Hermanos masones! ¡Patriotas todos!

Manuel era mejor orador que soldado, pensó don Antonio desde el castillo de popa. Las palabras podían ser como espadas. Desde que el mediano Bertrán de Lis fuera nombrado maestro de la masonería, se creía su papel y pronunciaba brillantes discursos. Se había unido a la expedición y, aunque los años empezaban ya a pesarle, había que reconocer en su rubicundo rostro el ademán del hombre ávido de lances y de batallas. Sin embargo, Bazán dudaba de su capacidad. No había hecho gran carrera con las armas, quizá por su indisciplina en tiempos de la guerra de la Independencia en batallas como la de Tudela o la de Tarragona en las que cayó herido sin honor. Mientras que otros alcanzaron el grado de general, él seguía siendo un capitán liberal. ¿Sería alguien sin su hermano? Se sentía frustrado, adivinaba el coronel. Pasados los cuarenta, no

podía presumir de medallas, pero era un orador capaz de encender a los voluntarios.

«Poderoso caballero es don dinero», reflexionó Bazán.

El dinero de los Bertrán era eficaz. Con sus libras de oro se podría comprar a algún realista dispuesto a mudar su fe en el Papa por un ¡Viva la Pepa! El coronel se atusaba el gris bigote y se acariciaba la cicatriz de la mejilla izquierda, sajada en 1823 mientras reflexionaba. Si Bertrán de Lis llegaba a Valencia, financiaría a las secretas logias. Y golpearían al Ángel Exterminador.

—¡Hoy es un día grande para la libertad! —La voz de Manuel carraspeaba a causa del viento marino—. Hoy empieza el fin del despotismo de Fernando, ese hombre cruel que ha llevado al país a la ruina; ese rey felón por quien derramamos nuestra sangre en una ocasión, que un día juró la Constitución y luego la perjuró.

El coronel Bazán miró de reojo a su tropa, con uniformes raídos. En muchos rostros se adivinaba el desvarío de las tabernas y los vaivenes de la travesía en aquel cascarón mientras trataban de ponerse firmes, como el agua y el aceite, los soldados viejos y los jóvenes exaltados, ansiosos por saltar a tierra. ¡Eran tan pocos sus soldados que los conocía a casi todos! Algunos eran cincuentones con canas y barriga; uno tuerto, otro manco, o con el rostro cruzado de cicatrices, como el loco Antonio Caro, alias *Jaramalla*. Tenían huevos, eso sí, los muy hijos de puta. ¡Eso era lo importante! Parecían piratas más que soldados liberales, corsarios enrolados en aquel barco. Los jovenzuelos parecían lechuguinos, pura carne de cañón, pues apenas sabrían cargar la pólvora de los fusiles; ni sus madres los velarían cuando muriesen. De seguro que algún cura los convencería de que sus hijos habían pecado contra la religión.

—Ahora gobierna España un rebaño de fanáticos, pero ha llegado la hora de la revolución. Vosotros vais a derribar la monarquía corrupta de los Borbones.

—*Vivi la reppublica!* —gritó un ardiente italiano—. *Lunga vita alla Spagna liberata dalla tirannia!*

Y otros carbonarios, italianos venidos de la revolución perdida en Nápoles,

lanzaron al aire su apasionado apoyo.

—*Vivi Napoli! La morte ai Borboni!*

El barco orzó a babor; se arriaron las velas y se echó el ancla sobre el fondo arenoso. Los marineros ingleses, ajenos al momento histórico, contemplaban la escena desde los aparejos del navío. La mayoría estaba allí por la paga, impaciente por desembarcar a aquellos locos y regresar a Gibraltar y a sus tabernas.

—El partido servil está dividido entre los fernandistas y los apostólicos del infante don Carlos, las dos caras del mismo fanatismo, y se han revuelto contra ellas mismas, como fieras cainitas. Ahora es el momento de la libertad.

El sol de invierno acariciaba los rostros y el viento agitaba las melenas de los jóvenes revolucionarios. Alzaron los brazos lanzando al aire su unánime grito.

—¡Libertad o muerte!

Se bajaron botes y chalupas, se descargaron los pertrechos y unos pocos caballos que venían asustados desde Gibraltar. Un bello alazán cayó de una de las falúas y se hundió entre las olas con sus alforjas. Manuel Bertrán de Lis se subió a la chalupa de Juan Bazán. Los acompañaba Bartolomé Arques Garrica, liberal de pura cepa, alicantino de cuarenta y un años, con experiencia en pronunciamientos, antiguo orfebre, corajudo, pequeño y sanguíneo, sargento de la milicia nacional. Él podía servir de guía local.

—Somos pocos —dijo Manuel a Juan—. ¡Pero los mejores!

—¿Qué fue de aquel joven? —preguntó el coronel Bazán haciéndose oír entre el vaivén de la barcaza y el relincho de los caballos—. ¿Qué fue del carbonario de la tenida de Londres? ¿Cómo demonio se llamaba, Manuel?

—¡Ah, sí! —dijo Juan, que parecía conocerlo mejor—. Ahora recuerdo, su nombre en la logia era el de Namor. O algo parecido.

—Enfermó en Gibraltar —recordó entonces Manuel Bertrán de Lis—. Vino desde Londres, con gran entusiasmo por unirse a nuestros planes, pero la fiebre amarilla lo detuvo en el lazareto del Peñón. O quizás algún amor...

—¿Fiebre amarilla? ¡Mieditis diría yo! —apuntó don Antonio con

escepticismo—. Siempre pasa lo mismo a los revolucionarios de boquilla; los que hablan mucho, pero actúan poco. Ya se sabe, ¡perro ladrador, poco mordedor!

El mar estaba cada más encrespado. Otra de las barcas zozobró, y cayeron cajas de municiones. Guardamar del Segura era una dársena sin refugio contra las corrientes y los vientos. En el rostro de Juan Bazán se dibujó un gesto de preocupación.

—Hermano, nuestra madre quería que uno de nosotros fuera sacerdote. — Antonio sabía que no era tan duro como él—. Según ella estábamos destinados a servir a Dios. ¡Le salimos revolucionarios! Algún día este país será liberado del fanatismo.

En cuanto desembarcaron se distribuyeron en pequeños grupos. A lo lejos se divisaba el cerro con la ciudad amurallada y la torre del castillo que lo dominaba todo, desde la orilla como una fortaleza inexpugnable. Los expedicionarios se abrazaron emocionados al pisar la arena de España. El coronel Bazán dio sus primeras órdenes. Pasó una rápida revista a los milicianos y al material de guerra. Se vaciaron los pequeños barriles de pólvora en los saquitos para los mosquetes y se calaron las bayonetas, con disparos al aire. Era una forma de probarlos y de paso anunciar la llegada a tierra de los libertadores. La fragata con las velas desplegadas se alejaba en la línea del horizonte.

—Nos tenían que haber desembarcado en un puerto —comentó Jaramalla—, en Torrevieja, o en Denia. ¡Y ahora se marchan, sin cubrirnos con sus cañones! ¿Y si nos tuviéramos que retirar?

—No pueden los del barco echar anclas y esperar a la Armada. Tenemos fuerzas de sobra para empezar. —Manuel Bertrán de Lis era un optimista nato—. El levantamiento prenderá en todo el país como la pólvora. ¡Todo será como en 1820!

—¡Es verdad! ¿Cómo nos podríamos retirar? —repitió Juan con voz temblorosa. Las velas eran ya un punto diminuto y blanco en el horizonte.

—¡No hay ninguna retirada! ¡No queda otro camino que el de la victoria! —

censuró con energía el coronel a sus subordinados—. Querido hermano, nosotros somos soldados, no plañideras. Y, además, la fortuna favorece a los audaces. Nadie debe sembrar la duda, no cabe la vacilación ante este proyecto. ¡Más disciplina! Y yo os digo que con los traidores y con los gallinas no tendré piedad. Al menor conato de desertión, se fusilará a quien abra la boca. ¡Y esto va por todos!

Avanzó don Antonio unos pasos y, arrodillado sobre la arena, la besó con emoción. Algunos veteranos hicieron lo mismo. ¡Llevaban tanto tiempo lejos de la patria! Siempre tristes, entre las brumas de Inglaterra. Para los más jóvenes de los expedicionarios aquel gesto no tenía el mismo significado, pero guardaron silencio.

—¿Listo todo el mundo? ¡En marcha!

Se montaron piezas de artillería sobre los pequeños montículos de arena y secos matorrales. Los caballos recién desembarcados relinchaban, mientras los escasos jinetes trataban de sujetarlos por las bridas, les colocaban la silla en el lomo y les acariciaban los belfos. Se asignó a cada veterano una patrulla de seis hombres, jóvenes voluntarios sobre los que cada uno mandaba con el grado de sargento. Los ocho franceses del grupo se ordenaron bajo el mando de un cabo que había sido soldado de Napoleón y que conocía bien la dura tierra de España. El viento de poniente arreciaba, y la luz favorecía que la pequeña guarnición del castillo hubiese divisado el desembarco. La respuesta llegó desde el muro de levante con los primeros cañonazos, aunque con muy mala puntería.

—¡Los realistas nos dan la bienvenida! —gritó con entusiasmo el coronel Bazán—. Ya me parecía extraño que no nos hubieran visto desde su nido de águilas.

Los expedicionarios subían cuesta arriba la escasa legua que los separaba de la villa de Guardamar, avanzando en descubierta. Sus botas se hundían en la trampa de los arenales; las dunas parecían auténticas montañas para los caballos y los hombres, así como para las escasas mulas cargadas con los morteros. Los cañonazos arrojados desde el castillo resonaron en el aire, mientras los

expedicionarios remontaban la senda hacia el arrabal, bajo las parábolas de aquellos imprecisos obuses que solo causaban estragos entre los *collverts* de los marjales, espantados con el estruendo. ¿Acaso no sabían esos novatos apuntar hacia la playa? Para el coronel Bazán aquello suponía una prueba más de que el ejército español, bajo la ocupación de los franceses, era una sombra de lo que había sido.

—¡A por ellos! ¡Terminemos con todos los serviles!

El enardecido grito de combate provenía de Manuel Bertrán de Lis, que, como capitán de caballería, galopaba cuesta arriba por la vereda del arrabal sobre un hermoso ejemplar blanco. Parecía un guerrero épico, con su sable desenfundado apuntando al cielo. Don Antonio sonrió con ironía.

—No es un buen terreno para la caballería —pensó en voz alta el coronel, atusándose el canoso mostacho, resignado a no discutir con uno de los Bertrán de Lis.

El jinete espoleó indiferente su montura para forzar el ascenso de aquel monte del calvario. «El que paga, manda», pensó encogiéndose de hombros el coronel. Si Vicente, el banquero poseedor de la fortuna familiar, no fuera tan rata, no estarían desembarcando sin apenas pertrechos ni armas. Que haga lo que quiera Manuel y que se cubra de gloria. Lo importante era que luchaban en tierra española.

—¡En formación, todos! Avanzad sin ofrecerles líneas para sus obuses ni para sus fusileros. ¡Que nadie se detenga! —La arena era traicionera como la del desierto; vasta e inmensa, fina y paralizante—. ¡Venga ya! Colocad los morteros. Hay que hacer que se metan sus cañones de ocho libras por el culo.

Los artilleros de los Bazán eran hombres expertos en batallas, con buena mano y buen ojo para elegir con precisión y con rapidez la inclinación del tubo de los morteros en el suelo y hacer que, calculadas las toesas de distancia del blanco, las granadas trazaran en el cielo una parábola exacta y cayesen en el centro del patio de armas, como así lo hicieron, rompiendo otros proyectiles parte de las almenas.

—¡Bravo! —celebró el coronel al comprobar con el catalejo los daños causados en la muralla de mampostería y el humo que salía, entre alaridos y voces, desde el interior de la fortaleza—. ¡Adelante todos! Hay que tomar el castillo.

A pesar de las dificultades, la partida alcanzó la cima del cerro. Parapetados los milicianos en los tejados del arrabal, disparaban sin tregua contra la muralla. Aún era preciso romper el muro norte para penetrar con la infantería y con los caballos. Los que ejercían de zapadores colocaron minas en los aledaños de la torre del polvorín, el más recio de los baluartes. Retumbó luego el cañón de doce libras que los expedicionarios habían logrado subir con gran esfuerzo, mientras la coordinada explosión de las minas derrumbó la base de la muralla. Tembló el cerro entero, como uno de los terremotos que asolaba periódicamente aquella tierra. Manuel Bertrán de Lis penetró sable en mano por la brecha abierta, a lomos de su caballo blanco, abriéndose paso entre el polvo y el humo, derribando a varios fusileros realistas. Los guerrilleros liberales siguieron a su ardoroso capitán, avanzando a la bayoneta calada por la calle Mayor, haciendo retroceder a los absolutistas hasta el castillo.

Hubo fuego cruzado y cayeron tiradores de ambos bandos. Como en un asedio medieval, los más valientes rebasaron con cuerdas las almenas de los últimos muros del castillo y acallaron con sus bayonetas a los defensores. Después de una hora de combate, los supervivientes izaron la bandera blanca desde la torre del Homenaje. Salió entonces una hilera de muchachos imberbes por la entrada principal del castillo, con las manos alzadas, dejando sus armas junto a la ermita de Santa Lucía. No eran muchos, pero Bazán pensó que ellos podían haber resistido más tiempo dentro de aquella sólida fortaleza. Aprovechando la confusión de los que se rendían por el lado de la ermita, salió un pequeño grupo de jinetes, lo más granado de aquella olvidada guarnición de la costa, atravesando a galope tendido las callejuelas de la muralla de tramontana. Ponían a salvo las monturas para evitar que cayese aquel precioso botín en manos de los atacantes, incapaces de dominar el territorio conquistado.

En las blancas calles del arrabal ladraban los perros como posesos dentro de los patios y en los corrales, enloquecidos por los cañonazos. La villa y las pobres casas que ardían dentro de la muralla se les presentó como una desierta plaza. Bazán desconfiaba de las conquistas fáciles. ¿No sería todo aquello un ardid?

—¡Viva la Constitución! —gritaron algunos de los milicianos al llegar a la plaza del ayuntamiento, mientras disparaban sus fusiles al cielo. Era la primera fortaleza conquistada en aquella campaña de liberación, gracias a un audaz golpe de mano. Una mujer enlutada los miró desde su ventana, bajo una hornacina adornada con la imagen de la Virgen del Carmen. Se santiguó y se escondió, como si el grupo de extravagantes hombres armados, que saltaba de alegría y que cantaba el *Himno de Riego*, no fuera sino un diurno aquelarre de brujas y de diablos que danzaba y se contorsionaba en la hoguera de la calle Mayor. Bajo un soportal, un viejo sentado, indiferente al combate, deshacía la madeja de una red de pesca, ajeno al estruendo que lo rodeaba. Musitaba entre dientes un viejo refrán de la costa.

—*Amb el vent de llevant, sempre arriba un gran mal.*[99]

—Venga, venimos a libertar España. Beba un trago de vino.

Los milicianos parecían borrachos con aquella victoria. El anciano era un pescador del arrabal, ciego y seco como un pedazo de bacalao, con la cabeza tocada con un pañuelo blanco. Parecía apalancado en aquel rincón de piedra desde tiempos de los fenicios, como si todo le diera igual y estuviera desde hacía siglos desanudando las eternas redes, cual una Penélope senil y caduca. Los miembros de la milicia comenzaron a registrar los fosos y a peinar los baluartes, con la bayoneta calada, para desalojar a cualquier resistente y prevenir celadas. Cuando se cercioraron de que todos los soldados de la guarnición que se habían rendido estaban fuera del castillo, se felicitaron que aquella importante plaza militar hubiera sido arrebatada a la tiranía con unos pocos cañonazos y con un pequeño tributo de derramamiento de sangre.

—Quedan pocas municiones. Y provisiones para un día.

Al coronel Bazán no le sorprendió aquel parte, pues demostraba que la

guarnición no esperaba un ataque o que no estaba preparada para resistirlo. Las gaviotas graznaban tras el alboroto de la batalla, sustituyendo al estruendo de los morteros, como si con su algarabía protestasen de haber visto alterada su plácida existencia de marineras aves de rapiña. Los guerrilleros llamaron con fuerza, golpeando con sus culatas las puertas de las casas, invitando a la gente a salir y a unirse a los libertadores. ¿Dónde se escondían los vecinos del pueblo? Nadie salía a ofrecerles un lecho de flores a su paso. ¿Dónde estaban los niños, las mujeres jóvenes o las viejas enlutadas que vivían escondidas en los blancos pueblos de la costa? Quizá debajo de sus colchones, pues aún permanecía vivo el recuerdo de las *razzias* de los piratas berberiscos que llegaban a aquellas costas por la noche, saqueaban, violaban y después se marchaban por donde habían venido.

Don Antonio Fernández Bazán se presentó ante los escasos habitantes de la villa como coronel del ejército constitucional, autoridad legítima que venía a restablecer la ley y el orden usurpado por los absolutistas. Declaró tomada la ciudad y, aunque dudó un momento, afirmó que lo hacía en nombre del rey Fernando y por el bien de la patria. Pidió a los soldados vencidos que se presentase ante él el militar de mayor grado de la guarnición. Ante él llegó cojeando, apoyado sobre una endeble muleta, un teniente que venía herido y maltrecho, de unos veinticinco años.

—Espero escuchar su rendición. Es usted mi prisionero.

El oficial balbuceó su nombre y grado. Tenía un bigote fino que delataba su juventud. Agachó la cabeza y la levantó, esforzándose por mantenerla alta. Arrastraba la pierna izquierda con una herida cuya sangre enrojecía el pantalón de su uniforme.

—Lo siento, teniente. —Y se dirigió al cirujano del pueblo—. Hágale un torniquete.

El oficial del rey Fernando cayó de bruces. Su voz era lenta y agónica cuando le acercaron un cuenco de agua. Estaban los Bazán a punto de atarle una venda para detener la hemorragia del muslo cuando expiró. «Pobre muchacho, al

menos, ha muerto con honor», pensaron los hombres de Bazán... De cerca, más que un soldado parecía un chiquillo imberbe. ¿Serían así todos los oficiales del nuevo ejército de Fernando? ¿Por qué dejaban los serviles al mando de una fortaleza tan estratégica a un joven oficial, al parecer inexperto? Después de revisar a los heridos en el baluarte destinado a hospital y de llevar a los muertos junto a la ermita de Santa Lucía, los guerrilleros se tomaron un breve descanso y se reunieron a los pies del campanario de San Jaime. Circulaban en medio del relajo los botijos de agua y las botas de vino. Se trajeron algunas cestas con queso de cabra y pescado asado por pescadores que parecían haber perdido, por fin, algo de su recelo hacia ellos. La euforia era patente entre los bravos conquistadores.

—¡En dos días tomaremos Alicante! ¡Y después, Valencia!

—¡Viva la Pepa! ¡Muerte a los facciosos!

El corneta volvió a entonar los sones del *Himno de Riego*, acompañado por el tamborilero del grupo. El coronel Bazán ordenó que se cuidase bien a los heridos enemigos y que se diese agua y comida a la treintena de prisioneros. El plan era ganarse a la población civil de todas las villas conquistadas y también a los soldados y a los voluntarios realistas, pobres ignorantes influenciados por los curas y por los fanáticos del absolutismo. Solo así se podría levantar una verdadera legión libertadora. El país estaba descontento y pobre. El paisaje de terror y de hambre que reinaba desde hacía tres años en las tierras de España debía servir de acicate para hacer la revolución. Se tendería la mano a cuantos quisieran unirse a la causa de la libertad. ¿Cómo podía el pueblo gritar aquello tan despreciable de ¡Vivan las *caenas!*, antes que el generoso viva la libertad? Se dispuso que el teniente realista fuera enterrado con honores. Los oficiales desplegaron un mapa del terreno y el coronel preguntó a Bartolomé Arqués, natural del país, por dónde podrían llegar hasta Alicante.

—Lo mejor será evitar la costa. A estas alturas, deben de estar muy avisados los voluntarios realistas. En mi opinión, señor, se debería hacer una tenaza y

bordear Alicante por el interior, para atacar desde el norte el castillo de Santa Bárbara.

—¿Por El Campello? Me parece bien, pero no es posible atacar Alicante como Guardamar. Somos muy pocos y quizás haya que entrar sigilosamente en ella por el puerto. Nuestros partidarios esperan impacientes la llegada de los agentes que les anunciarán el inicio de la revuelta. El caso es que debemos proseguir cuanto antes y no podemos dejar a nadie atrás; ni en Guardamar ni en ningún sitio.

—Yo saldré a Valencia, con unos pocos hombres, en cuanto estemos cerca de Alicante. Bastará saber que hay un pronunciamiento en marcha para que se levanten los nuestros en Játiva y en la Ribera.

Manuel Bertrán de Lis quería su merecida parte de gloria en aquella aventura. Si la conquista de Alicante era ilusoria, la de Valencia suponía una quimera más propia de una novela de caballerías, aunque nadie de los presentes parecía dispuesto a aceptarlo. Tenía Bertrán importantes planes para Valencia. Una de las primeras acciones tras la conquista de la ciudad sería abrir de par en par las cárceles, en especial la de San Narciso. Una delegación del infierno para los liberales reclusos. No era la primera vez que se romperían de forma simbólica las cadenas. En su memoria permanecían escritas las imágenes de cuando en 1820 el pueblo valenciano asaltó y destruyó la cárcel de la Inquisición, en la que estaba prisionero el conde de Almodóvar, que fue nombrado capitán general de Valencia durante el trienio liberal.

Esta vez se derribaría San Narciso. Así lo quería Manuel. Entre sus rejas, Elío había encerrado en 1817 a su sobrino Félix, antes de ser ejecutado, acusado de participar en la conspiración del coronel Vidal. Ahora estaba allí Cayetano Ripoll, compañero de armas en la guerra. Sin duda, su liberación sería el golpe de gracia contra la Inquisición. Cuando triunfase el pronunciamiento, Fernando temblaría y volvería a jurar la Constitución. Pero los liberales ofrecerían la corona a su hermano menor, el infante don Francisco de Paula, o se proclamaría la República Española, pues los Borbones eran una estirpe caduca.

Para celebrar el fin de la escaramuza, ordenó el coronel que se recogiese el

vestuario, armamento y municiones de los voluntarios realistas. Al alcalde le mandó que convocase al pueblo en la explanada del arrabal. Leyó una breve proclama en la que instaba a todos a unirse contra la tiranía y a favor de la Constitución, ofreciendo a los jóvenes de la villa unirse a sus filas. El alcalde sonreía ante los conquistadores de una villa fiel a la causa absolutista, aunque trataba de disimular. Había dado la orden a un muchacho que partiese hacia Rojas para avisar a los voluntarios de allí de que los liberales habían llegado. Don José García estaba impaciente porque se fueran los invasores de su pueblo y que no se llevasen nada de él, salvo alguna bala por la espalda. Al cabo de unos minutos, se presentó uno que dijo llamarse Joaquín Ruiz, hijo del maestro del pueblo fusilado por los voluntarios realistas en 1824, acusado de liberal.

El joven dijo a los revolucionarios que los voluntarios realistas sabían que iban a desembarcar en Guardamar, o tal vez en Torrevieja; que la guarnición estaba formada por un puñado de novatos, porque querían que pasase lo que estaba pasando. Y que debían buscar refugio lejos, cuanto antes, porque se trataba de una trampa. Entonces el alcalde, zafándose de los que lo rodeaban, gritó hacia sus conciudadanos:

—Viva el altar y el trono —se escuchó. Y después, un disparo desde el campanario.

Nadie había subido a la atalaya cercana al polvorín. El muchacho cayó herido sobre el coronel Bazán, que solo pudo sostenerlo con sus brazos.

—¡Vengad a mi padre! Por favor...

El coronel sacó su pistola y disparó hacia el solitario asesino.

—¡Traición! ¡Acabad con el tirador!

Cayeron heridos dos milicianos a los que se les borró, con el rictus del dolor, la reciente sonrisa de la victoria. Jaramalla sacó su navaja, se la colocó entre los dientes y trepó como un gato hasta lo más alto de la torre, mientras las campanas tocaban a rebato, salpicadas por el metálico rebote de los disparos, invocando a la comarca para que los vecinos de todos los pueblos acudieran a luchar contra los invasores. Duró su repique hasta que cesó con un grito. Cayó una sombra

negra, como un cuervo sin alas. Jaramalla era certero y rápido degollando con su faca.

Se acercaron los milicianos. Los del pueblo dijeron que era el padre Crispín, el párroco que les predicaba cada día contra los enemigos de la fe y de la Iglesia. Las mujeres enlutadas lloraron y maldijeron a los invasores que habían matado a su confesor. Jaramalla trajo a un muchacho joven. Era el monaguillo que había estado tañendo las campanas, mientras cazaba liberales el cura trabucaire.

—¡Hijo de puta!

Estaba a los pies del coronel, y se protegía la cabeza con las manos. Don Antonio ordenó que no lo matasen. Un miliciano gritó desde la vigía del campanario:

—¡Vienen jinetes por el sur! ¡Son cientos!

Por el camino de Rojales se aproximaba un escuadrón de caballería. Llegaban por el camino de Elche, encabezados por el corregidor de Orihuela y los seguía una tropa de infantes, voluntarios realistas de su ciudad y los de El Raspeig.

—¡Todos a sus puestos! —gritó el teniente coronel Téllez, al ver que Bazán se había quedado paralizado. Manuel Bertrán de Lis se montó de nuevo sobre su caballo y agrupó a sus dos docenas de jinetes para preparar una carga.

—¡Alto! —exclamó Bazán—. ¡Son demasiados! ¡Alto ahí!

Sujetaba las bridas de aquel caballo blanco y apuntaba su pistola contra Manuel.

—¡Es inútil! Deja en paz a los caballos.

El silencio se hizo sobre el cerro y el arrabal de Guardamar. Se podían escuchar los cascos de los caballos que revolvían la orilla del río. Cuando estaban ya cuesta arriba, Juan Fernández Bazán, el hermano menor, que parecía un apocado capitán, ordenó una primera andanada de metralla, mientras que su hermano mayor parecía una estatua de sal ante el fuego de Sodoma. El cañón de doce libras, colocado sobre su cureña y cargado con rejas de las casas y todo tipo de metralla, vomitó su fuego contra los jinetes del corregidor, lluvia de metal candente que abrió la panza de los caballos e hizo rodar a muchos hasta el lecho

del río. La segunda andanada hizo aún más estragos, y obligó a retroceder a los supervivientes.

—¡Ahora! ¡Por la libertad! —Bertrán de Lis surgió tras los fusileros y al frente de su modesto escuadrón emprendió la carga contra los de Rojales y los de Orihuela.

Los defensores se armaron de valor. De jinete a jinete, los liberales se abrieron paso a estocadas entre los absolutistas. A los pocos minutos, los atacantes habían sido destrozados y flotaban sus cadáveres en la desembocadura del Segura, como cuando caían fuertes las lluvias. Los supervivientes huyeron, los rezagados cayeron bajo las balas de su retaguardia, que los confundió con atacantes. Los soldados de la fe, los llamados «feotes» por los liberales, habían recibido una buena lección; no se atrevían a volver por sus heridos ni por sus caballos. Los realistas pensaron que habían sido derrotados por un ejército de demonios. Belcebú los ayudaba.

La retirada supuso un suspiro para los guerrilleros, aunque habían sufrido bajas. Y lo peor era que no podrían llevarse a sus heridos. No había la retirada por mar y los realistas regresarían. Había que calcular las posibilidades. Todas pasaban por salir de aquel infierno. Antonio Fernández Bazán había recuperado el mando tras su inexplicable ausencia. Su hermano Juan se había portado como un soldado de verdad. Al caer la noche sobre el arrabal, se hizo el silencio. A la lumbre de las hogueras, los heridos más graves fueron separados y se hicieron parihuelas para llevar a los que no podían andar por sí solos. Remedios primitivos. El cirujano amputó la pierna de un miliciano. Muchos sabían que ese sería su fin y decían a sus compañeros que se marchasen y que los dejaran solos. La pírrica dejaba el regusto salado del agua del mar. Comieron unas sardinas al fuego y trataron de descansar en sus mantones. Habían muerto doce guerrilleros y otros quince estaban gravemente heridos. Solo quedaba un puñado de expedicionarios ilesos y aptos para el combate que se esperaba el día siguiente. Pero había que seguir hasta el final.

El mar, sereno, parecía una laguna. El coronel contemplaba el paisaje

nocturno, bajo la luna llena, recostado en una duna. A sus espaldas, la sierra de Crevillente semejaba una frontera remota, poblada de gigantes. Hasta allí tendrían que llegar para encontrar refugio, entre sus cimas casi calvas. ¿Cuántas leguas habría que remontar río arriba? ¿Cuántos enemigos esperaban? Se revelaba una locura todo aquello. Sin duda, estaban condenados a morir. Pensó en su pobre hermano Juan, al que había metido en ese lío. Y también en Espoz y Mina, que estaría esa noche en Inglaterra, en alguna tertulia de Sommers Town, cenando con alguna dama de la alta sociedad. Pensó en Torrijos, el mentor de la campaña, que luego la había criticado sin embarcarse en ella. Pensó en su mujer, y en sus dos hijas. Se acercó Manuel Bertrán de Lis ofreciéndole su pipa.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó el capitán al coronel mirando vagamente hacia la sierra oscura de Crevillente, recortada en el horizonte.

—¿Que qué demonios haremos mañana? Pues lo que hemos venido a hacer en España. ¡La gloriosa revolución! Mañana comenzaremos a darle su merecido al narizotas de Fernando y a todos sus esbirros de mierda.

SIENDO INDISPENSABLE MI AUSENCIA DE LA PLAZA POR UNOS DÍAS, A FIN DE ACTIVAR LOS SOCORROS EXTERIORES, HE DISPUESTO QUE QUEDE CON EL MANDO ÍNTERIN EL GENERAL DON LUIS SENENT DE CONTRERAS, A QUIEN DIOS GUARDE.

La proclama, clavada en la puerta del ayuntamiento y en la de la catedral, fue leída por pregoneros para conocimiento de los analfabetos. El día 30 de mayo de 1811, dos días después de la destrucción de El Olivo, don Luis González Torres de Navarra, marqués de Campoverde, había resuelto que el general Contreras, recién llegado de Cádiz, debía ocuparse de la defensa de Tarragona, mientras él preparaba con urgencia su salida de la ciudad sitiada, junto a una comitiva formada por el exgobernador don Juan Caro, el padre Coris, la gente más pudiente y principal, con la promesa de que volvería «en seis u ocho días».

El marqués decidió llevarse a ocho mil soldados, a modo de escolta, además de armamento, vendas y provisiones para alimentar y curar a los heridos que iban a salir con él. La mayor parte de las mujeres y niños no estaban incluidos entre los civiles a evacuar y sí las familias de los principales, junto a las esposas, barraganas y queridas de conocidos nobles y clérigos de la ciudad. Entre los que habían recibido la orden de acompañar al marqués en la evacuación se encontraba el propio Manuel Bertrán de Lis, que estaba comenzando a restablecerse de sus heridas en el convento de Santa Clara.

Cuando fui a visitarlo estaba de mal humor, quejándose de los ungüentos de las monjas, con una venda en el costado herido y a punto de ser trasladado por dos soldados, en cuanto me presenté vestido con el uniforme de voluntarios de Tarragona, y le tendí mi mano derecha también vendada. Pregunté al cirujano

que le había atendido. Sus heridas cicatrizaban, pero había perdido mucha sangre.

—¡Vaya, querido Cayetano! —me dijo intentando sonreír. Estaba bastante demacrado—. Me alegro de verte, amigo.

—Veo que has cambiado de uniforme, pero no de corazón. ¡Y te han ascendido! Te mereces bien la charretera de teniente, amigo.

—No hace falta que te diga que yo me quedo aquí.

—Claro, lo comprendo. Nadie te juzgará por desertor, eso sí que tendría gracia. Yo, en cambio, salgo con los heridos y con las putas del marqués. ¡Menuda vergüenza!

—A lo mejor es cierto que Campoverde prepara un ataque a los franceses por su retaguardia, o que va a buscar más ayuda de los ingleses o de Valencia.

—¡Oh, vamos, me temo que el marqués tiene otros planes! —Bertrán de Lise se interrumpió con un gesto de dolor—. ¡No me hagas reír, me duele el costado! Ayer llegó en barcos ingleses una división de cuatro mil soldados frescos de Valencia, al mando de don José Miranda y ¿qué ha hecho el marqués? Incluirlos en su ejército de soldaditos nuevos, en lugar de dejarlos aquí para reforzar la maltrecha defensa de la ciudad.

—¿Y no crees que si los que vais con él lo obligáis por la fuerza, cumplirá con su deber? ¿Por qué no lo derribáis de una vez?

—Porque este ejército es una mierda. Todos obedecen como borregos, siempre que los mande un noble. Ah, en cambio, ¿no has visto a los franceses? Sus generales son hombres de coraje, inteligentes, hombres que vienen del pueblo, de valía probada en el combate. Mira Sault, mira Ney, hasta el fantoche de Murat demostró ser un valiente jinete que salvó a los suyos en Eylau.

—Pero tú también te has hecho militar, aunque al principio organizaste una milicia armada de voluntarios..., como la de Tarragona.

—Siempre tenemos por encima a un aristócrata con más charreteras y más galones. Tú sabes bien que esta guerra la están perdiendo los militares en todos los frentes y la está ganando el pueblo español, levantándose tras cada derrota,

armado en guerrillas. A estas alturas de la invasión, caudillos como el Empecinado en Salamanca o Espoz y Mina en Navarra son los que están batiendo a los franceses en todos los frentes. Otros, como el bravo Chapalangarra, les hacen el trabajo sucio a los ingleses de Wellington, despejándoles el terreno, para que luego pueda el milord desplegar sus divisiones y sus *Greenjackets*. Nuestros guerrilleros atacan sin descanso a los franceses; no los dejan moverse, ni avanzar ni retroceder, ni atacar ni defenderse, ni comer ni beber, ni siquiera dormir. Y no se rinden jamás. Es un ejército de hombres y mujeres armados, de gente de paz convertida en milicia, en feroces vengadores de los suyos y de su honor perdido. Se combate por las mujeres violadas, por los niños decapitados y por todos nuestros muertos. El pueblo armado es el único que devolverá la libertad a nuestro rey, el único que devolverá la libertad a la nación expulsando a los generales de Napoleón. Por eso se merece un destino mejor, y cuando Fernando vuelva a España tendrá que gobernar con la nación que ha luchado por él.

Una monja escuchaba involuntariamente la ardiente diatriba del herido, que, agotado, acabó hundido en su camilla dejada en el suelo por los soldados que iban a trasladarlo. Estaba tiritando, y balbuceaba palabras inconexas.

—Sin duda que tiene fiebres. Márchese, por favor, las heridas del capitán son recientes y no puede excitarse en absoluto. Quizás estén infectadas... —dijo la religiosa. Ella se había acercado a la camilla para atenderlo y yo para animarlo.

—Al menos el nuevo, el general Contreras, parece que es diferente. Tiene fama de soldado valeroso y de hombre cabal...

Manuel permaneció quieto en su camilla y no me contestó durante unos segundos. La monja le pasaba una compresa mojada por la cabeza mientras continuaba temblando. Insistió la solícita religiosa en que me retirase, pues el herido debía reposar varias horas antes de ser colocado en un carro junto a otros que iban a evacuar aquella noche. A punto de retirarme, escuché a mi amigo despedirse con voz ahogada pero firme.

—¡Me has salvado la vida! —dijo entre lamentos—. ¡No lo olvidaré jamás!

—No te preocupes, amigo, descansa ahora. Hice lo que tenía que hacer. Seguro que algún día nos volvemos a encontrar. Y no me debes nada, salvo, eso sí, darle un abrazo a Nuria y a Miquel. Si yo no los veo antes. O no los vuelvo a ver...

La monja que cuidaba del ala del convento me cerró la puerta en las narices. Cuando salí, encontré las calles más tranquilas que en las jornadas anteriores, ajenas al bullicio y al hacinamiento. ¿Por qué había dicho aquello al despedirme? Yo iba con seguridad a volver a Valencia, vivo y entero. De esa todos íbamos a salir, con gloria y con honor. No había nada que temer de la batalla final; el general Contreras, militar con fama de valiente, tan diferente de Campoverde, había prometido organizar la defensa con todos los medios a su disposición, que eran muchos.

Al día siguiente, el 1 de junio de 1811, cuando ya habían salido de madrugada las tropas y los civiles que acompañaban a Campoverde, el toledano general Contreras, de cincuenta años, de carácter noble y templado, con fama de persona culta y sensible, colocó en todas las calles su primera proclama pidiendo serenidad y obediencia al pueblo de Tarragona.

—Tened confianza en vuestro general, que, aunque recién llegado no os abandonará —nos dijo—. Creed en vuestro jefe, que tiene el honor de dirigir y proteger a sus habitantes. Creed que el marqués de Campoverde cumplirá con su palabra y regresará pronto, con refuerzos y socorros del exterior.

Todos sabíamos, sin embargo, que la plaza se había quedado con la mitad de los efectivos militares, y que los franceses contaban fuera con cuatro divisiones, con veinte mil soldados acechándonos.

El primer gesto del general Contreras fue visitar los conventos y los hospitales donde se hallaban los heridos, a los que consoló con gestos y frases de agradecimiento por la sangre que habían derramado por la patria. A diferencia de su predecesor, se mezcló con las mujeres, que en el edificio del Pallol confeccionaban los vendajes, y en el beaterio de Santo Domingo con las que hacían hilas y otros menesteres. Después, revisó el estado de las fortificaciones

y, como experimentado estratega, lamentó que el marqués de Campoverde se hubiera llevado consigo a tantos soldados. En la residencia de la calle de los Descalzos, se reunió con los jefes de la Junta de Vigilancia y con los voluntarios de Tarragona.

—Señores, yo soy aquí un recién llegado —les dijo el castellano a aquellos tarraconenses que llevaban meses resistiendo y que se sentían abandonados por las tropas españolas—. Se me ha encomendado una misión de la que me siento orgulloso y, a la vez, mi deber me llena de preocupación. No soy natural de vuestra tierra, pero desde que he desembarcado he advertido en los soldados y en los habitantes de toda clase un entusiasmo capaz de doblegar los peligros. Como militar, sin embargo, no puedo ocultar las enormes dificultades que he apreciado. Nos cercan el doble de enemigos y la plaza se encuentra al límite; los muros que protegen el arrabal de la rambla están muy deteriorados por los continuos ataques enemigos; el agua escasea, al haber destruido los franceses los acueductos; la carne es ya una quimera, ni siquiera quedan gatos ni perros que echarse a la boca, y solo se puede garantizar un poco de pan negro y de pescado que nos llega del puerto. En esta extrema situación, mi honor castrense me impone el deber de continuar la defensa, en tanto llegan los refuerzos que ha prometido el marqués de Campoverde, aunque como hombre deseo preguntaros a los que sois de esta ciudad y de estas tierras si estáis dispuestos a porfiar hasta el final en su defensa, en nombre del rey de España y de la Junta Superior de Cataluña, aun a costa de los grandes sacrificios que se avecinan.

Se hizo el silencio entre los representantes de Tarragona. La exposición del general castellano era la propia de un hombre honesto, ajeno a las vanidades de su predecesor, dispuesto a cumplir con su deber, pero con un gran sentido de la responsabilidad hacia los hombres y mujeres de la plaza sitiada. Al cabo de unos instantes, Joaquín Fábregas se levantó de su asiento y dijo en voz alta:

—*No tingui vosté cap dubte*, [100] general, los hijos y las hijas de Tarragona han resistido mucho para no dejar que los franceses entren en nuestra ciudad y no están dispuestos a dejarse conquistar por los invasores. Lo hacemos por

nuestro legítimo rey Fernando, pero sobre todo por nuestro honor y por el orgullo de los que prefieren morir a rendirse. *No ens rendirem mai al francès. Visca Tarragona!*^[101]

Unimos nuestras voces a la del ayudante mayor de la milicia urbana. Algunos miembros de la Junta de Defensa y de los ciudadanos que habían acudido permanecían mudos. Lo habían perdido casi todo en aquel largo sitio y la posibilidad de rendirse en condiciones honrosas se le había pasado más de una vez por la cabeza. Sería tal vez la única forma de salvar sus vidas y las de sus familias, y a lo mejor sus menguadas propiedades. Pero el grito de guerra de Fábregas fue secundado por la mayoría de los ciudadanos y por los voluntarios presentes, puestos en pie.

—Es todo un honor. ¡Viva el rey Fernando!

Contreras dio por terminada la reunión y agradeció los vítores. Comenzó a despachar órdenes a oficiales y paisanos. Lo primero fue la revisión de las murallas en sus puntos más débiles, en el baluarte de Orleans, la medialuna del Rey y la luneta del Príncipe, situados al sur. Al día siguiente del esfuerzo titánico de esas obras, dispuso un contraataque contra las zanjas ocupadas por los franceses, y se lanzó a dos batallones de trescientos hombres. Las osadas operaciones se desarrollaron con éxito, y los sitiadores se limitaron durante varias jornadas a bombardearnos con sus baterías. Para que la población estuviera preparada ante el ataque final, el general ordenó que todos los habitantes permanecieran en sus casas, armados con cuchillos y con los trabucos cargados. Ordenó también que cuando hubiera bombardeo, tocara la campana de la catedral —la llamada *capona*— una vez si el fuego era de granada, o dos si se trataba de una bomba, y que todos permaneciesen a cubierto.

El 7 de junio de 1811 amanecimos con un intenso fuego de baterías francesas de grueso calibre, al que siguió un ataque de infantería contra el fuerte del Francolí, cerca del mar. Por la tarde, tras haber muerto la mayoría de los artilleros y caído más de doscientos defensores, los franceses penetraron por una brecha y Contreras ordenó la retirada. Durante la noche, avisados de que dos

columnas enemigas atacaban por la luneta del Príncipe, acudimos los que estábamos de guardia en apoyo del segundo regimiento de Almansa, al mando del teniente coronel Miguel Subirats y logramos bloquear el ataque. Los galos cavaron zanjas desde sus posiciones. Habían sufrido grandes pérdidas, pero estaban más cerca, y situaron piezas de artillería. La noche del 11 de junio comenzaron a batir el baluarte de Orleans. Se produjeron sacrificios heroicos para frenar aquel brutal ataque y se organizaron salidas contra los enemigos. Descolgándose con cuerdas por debajo del foso, el teniente Barbaza, con ocho de sus artilleros, tomó dos cañones que habían quedado sin ángulo para embocar a los enemigos. Montaron los tubos sobre las cureñas y con metralla barrieron a los *voltigeurs* franceses que habían logrado penetrar por la brecha. Cuando llegamos allí, los cuerpos de los heridos y de los artilleros muertos se amontonaban sobre los fragmentos de muralla en el entresijo de los hierros candentes de los tubos y las cureñas de madera que humeaban entre los cascotes y los miembros ensangrentados de los que habían sido, antes de morir despedazados, hombres como nosotros.

En la retaguardia de las calles y en las plazas que no estaban junto a la muralla, se rumoreaba que el marqués de Campoverde iba a regresar, o que sorprendería a Suchet por la espalda, y que iban a desembarcar pronto los casacas rojas británicos para apoyar a los fatigados soldados y salvar a las mujeres y a los niños que lloraban en las trastiendas de las casas. Pero a esas alturas el marqués de Campoverde acampaba en las afueras de Montblanch, sin mover un pelo de su lustrosa casaca, junto con sus diez mil infantes y sus mil doscientos caballos, que seguían sin disparar un tiro. Los franceses habían dejado salir de los muros de Tarragona ese cuerpo de ejército sin atacarlo en ningún momento. «A enemigo que huye, puente de plata», pensaría Suchet en su cuartel general de Constantí. Se trataba de un espectáculo sin precedentes en la historia de la guerra. Los capitanes y los coroneles españoles estaban sorprendidos por la larga espera de su mariscal para emprender el rescate de la ciudad sitiada. Había ya voces que hablaban de falta de coraje, e incluso de

traición. Para tranquilizar a los subordinados que le pedían entrar en acción, Campoverde libró varios oficios destinados al general Juan Senent de Contreras:

Montblanch, a 19 de junio

Mi estimado amigo:

Esté Vuesa Merced seguro que a la mayor brevedad voy a auxiliar a V. M., y así mantenerse firme. Lo que se ha hecho desde mi salida solo los que lo han visto pueden creerlo, pues no teníamos nada por ocurrencias que el enemigo trame nuestra desunión. Si fuese posible que Roten saliese para mandar una división, sería muy útil, pero esto es si hubiese uno que llenase ahí su hueco, pero sí que sea a la mayor brevedad. Consérvese bueno y disponga de su atento y seguro amigo, que besa sus manos.

CAMPOVERDE

—¿Alguien ha entendido este billete? —El general Contreras leyó a sus oficiales la respuesta a sus demandas—. ¿Ha dicho el marqués que viene, o que no?

Pasaron los días y el marqués continuaba sin entrar en combate, salvo en alguna escaramuza de la que pronto se había retirado con sus efectivos. Junto a los bombardeos, arreciaba el sol, y la sequía hizo urgente el entierro de los cadáveres, en especial de ancianos y niños, tarea ingrata de la que nadie podía sustraerse. Los víveres escaseaban y cuando la fragata inglesa *Cambrion* atracó en el puerto, se organizó una pequeña celebración en todos los mercados. Las mujeres hicieron largas colas en el muelle para recoger en sus cestas de mimbre el bacalao, la harina y el trigo que aquel barco nos traía en sus bodegas como el maná que Dios derramó sobre el pueblo de Israel desde el cielo.

Había miembros de la Junta de Vigilancia que, aprovechándose de sus prebendas, repartían los víveres y se quedaban con parte para el estraperlo. Yo estaba en el puerto para recoger con otros voluntarios los víveres de mi batallón cuando vi a una muchacha que se zafaba de las largas manos de un vigilante que pedía algo más que monedas por una arroba de harina.

—¿Algún problema? —le dije mientras me interponía entre él y la muchacha,

que recogía una cesta de harina.

Tras una breve mirada y un falso ademán de llevarse la mano a su pistola, el vigilante continuó su camino mientras yo ayudaba a la joven a levantarse. Me contó entonces que se llamaba Roser y que tenía que alimentar varias bocas en su casa, entre ellas la de sus ancianos padres y la de su hijo de pecho, pues era viuda de un miguelete caído unos meses atrás en la defensa de Tortosa que no había podido conocer a su vástago.

Después de cargar nuestras provisiones en uno de los carros, comenzaron a cañonear los franceses y la gente agolpada en el puerto y en la playa del Miracle se dispersó en todas las direcciones. Me ofrecí a acompañar a la joven hasta su casa en uno de los callejones del castigado arrabal de San Juan, muy cerca de la puerta del mismo nombre, uno de los puntos más flacos de la muralla.

Roser me presentó a su madre y a su bebé, que dormía en su cuna, después de muchas noches de desvelos provocados por los bombardeos. Acarició a la criatura sin despertarla, mientras me presentaba a su anciano padre, postrado en la cama, por lo visto a causa del hambre, quien se incorporó con gran esfuerzo y me estrechó la mano. Los ojos de sus padres se iluminaron cuando la muchacha derramó sobre la mesa la ración de bacalao y de arenque, el frasco de aceite y media arroba de pan negro. El hijo de Roser era diminuto; una criatura canija y hambrienta, de dos meses de vida, nacida bajo las bombas, que solo conocía esas cuatro paredes y sus escasos muebles, pidiendo teta bajo la luz del candil de aceite.

Le hablé a Roser de mi familia y de que tenía grandes deseos de volver, y de que rezaba todos los días pensando en mi hijo, y de que soñaba con abrazarlo también, cuando acabase todo. La muchacha me contó cómo ella también colaboraba con el ejército y con los somatenes, acudiendo todos los días a los conventos para ayudar a las monjas que cuidaban de los heridos, a la vez que cosía remiendos de uniformes, ejercía la caridad entre los más necesitados de su parroquia. Miré fijamente sus grandes ojos negros y sentí que esa muchacha no debía estar allí, encerrada en aquella ciudad sitiada, tan joven, tan niña y que

debería vivir en el campo, cuidando de su hijo, trabajando al aire libre, protegida por un hombre que la quisiera. La guerra no era la forma natural de vivir, de ver crecer a tus hijos, pensé. La madre me pidió que me quedase a comer, y empezó a partir un pan, pero tenía que volver con mi batallón. Prometí que trataría de ayudarlos con lo que sobrase de mi rancho, que si bien escaso, como soldado era mayor que el de los civiles. Al salir, la muchacha me dio una estampita con el brazo de Santa Tecla, reliquia venerada en la catedral, diciéndome que me protegería contra la metralla enemiga.

Cuando salí del callejón, me dirigí a la puerta de San Juan. Había un grupo de jóvenes artilleros, a las órdenes de un sargento manco, único superviviente de los defensores de ese puesto. Por una disparatada comunión de ideas, pensé en la imagen de la santa y en el sargento, y de forma irreverente me vino a la cabeza que el brazo de aquella podría servirle al tullido de la puerta de San Juan. «Cosas del hambre, o del calor, quizá», pensé. Le hice el saludo militar y pregunté por sus soldados y la batería.

—¡Menudos querubines! —me dijo con su boca desdentada—. Algunos ni tienen bigote, pero han aprendido a cargar los cañones.

Se presentó el teniente, un joven de La Habana que había cruzado el charco para acabar él solito con la guerra. Me dijo llamarse José Ramón Dolz del Castellar. La guerra hace fáciles amigos y camaradas y yo, que podía ser su hermano mayor, simpatiqué con él, a la vez que le prometí traer soldados para reforzar la puerta y para que durante las noches pudiesen descansar. La moral de los defensores, según comprobé en mi ronda a lo largo de la *muralleta*, seguía intacta a pesar de que el asedio se había convertido en una pesadilla de verano. Los franceses, apoyados en su creciente superioridad numérica y de armamento, podían seguir atacando sin tregua, aunque cada vara de terreno que fuera conquistada por ellos lo sería a costa de muchas bajas. Comencé a sentir entonces que vivíamos envueltos en la irrealidad. Creíamos en los milagros, en la intercesión de santa Tecla y de la Virgen María, en que el cielo nos socorrería porque Dios, sin duda, estaba de nuestro lado. Cuando me reuní con mi superior,

el mayor Joaquín Fábregas y Caputo, de la milicia de Tarragona, comprobé que se trataba de un hombre dotado de grandes virtudes, entre ellas la del valor, aunque carecía de la más mínima prudencia.

—¡Que intenten entrar! ¡Les daremos una paliza!

Ignorábamos la magnitud de nuestra soledad los que seguíamos dentro de las murallas. El marqués de Campoverde se paseaba mientras tanto por el interior de la provincia sin molestar a nuestros sitiadores, desplazando sus tropas de un lado a otro, hasta apostarse al norte, cerca del Vendrell, a la vez que a unas pocas millas se estrechaba el cerco de la plaza. Manuel Bertrán de Lis, según supe después, pidió a su jefe que no fuera otro sino el general Caro, que hiciese algo. Desobedeciendo al pasivo mariscal, se atacó por parte del escuadrón de caballería de Valencia a los franceses en Torredembarra, y se les causó más de doscientas bajas, y el general José Miranda atacó por la parte de Pallaresos, volviendo tras un breve intercambio de disparos hacia el campamento del Vendrell por orden del marqués. Estaba en su tienda de campaña jugando una partida de ajedrez con José Miranda cuando llegó un mensajero con un despacho del general Contreras en el que le pedía que se coordinase con él para levantar el sitio. Si acometían una ofensiva conjunta, Suchet tendría que retroceder o rendirse, al hallarse entre dos fuegos. El marqués no apartó la mirada del tablero.

—Le como un alfil, y amenazo su rey —dijo a su oponente.

El general Miranda apenas seguía la partida mientras lo miraba estupefacto. Esperaba que el jefe supremo del ejército español en Cataluña interrumpiese la partida, dada la importancia del curso de la batalla y del comunicado de Contreras.

—Chis. Atienda a la partida, es una orden —dijo el marqués poniéndose el índice en los labios—. Vamos, no sea perezoso, mueva sus piezas.

Miranda miró el tablero con atención. La torre del marqués amenazaba al rey, pero estaba desprotegida, pensó. Avanzó entonces su alfil y acabó con la pieza y con la inminente amenaza de su rey.

—Bueno, no está mal —dijo el marqués acariciándose la barbilla—. ¿Sabe

usted lo que es un gambito? Sí, claro que lo sabe. Es sacrificar una pieza para obtener otra mayor, o quizá ganar la partida. Perder una batalla para ganar la guerra.

Movió el marqués ignorando la pérdida de aquella torre, e hizo jaque mate con su reina, que había esperado a que el alfil blanco despejase su línea de ataque.

—Ya ve, mi querido general. La reina son los ingleses. Ellos han pedido tal vez que se sacrifique una torre para que se pueda al final ganar la partida.

Acto seguido, se levantó de su asiento y ordenó a su escribano que tomase nota de su contestación, dada a viva voz, al general Contreras

—«Vendrell, veinticinco de junio. Sr. D. Juan Senent de Contreras: Ayer di la orden al mariscal de campo D. José Miranda que atacase el campamento de los Pallaresos y enseguida los demás situados en la cordillera que dirige al Olivo, aunque este último no se verificó por algunos inconvenientes que al parecer tuvo. En esta atención he dispuesto pasar a este punto para dar de comer a las tropas y variar el movimiento que indiqué ayer al enemigo, el que ejecutaré mañana a la noche, para que, pasado mañana, entre seis y siete de la misma, pueda atacar por esa parte, poner todos los medios posibles para lograr un feliz éxito, que no puedo asegurar por la calidad de las tropas que componen estas divisiones. Yo no quiero, ante todo, que la guarnición de Tarragona quede prisionera, mi misión es sobre todo la de ganar tiempo para ello. Por lo tanto, debe V. S. embarcar a bordo de los buques españoles e ingleses cuantos pertrechos, pólvora, cartuchería y plomo se pueda, y sea necesario para el servicio, pues aun cuando en lo sucesivo se necesitase, se tendrá siempre quedando en depósito en esta rada. Dios guarde a V. S. muchos años. Campoverde.»

Cuando recibió la respuesta del marqués, Contreras dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldito cobarde! Lo que no quiere es exponerse. ¿Embarcar? Dejar que los franceses entren aquí a sus anchas. ¡Jamás!

Se acercó el hermano menor de Campoverde, llamado Juan, al que se parecía

enormemente. Sabía el menor que estaba en juego el honor de su apellido y no estaba dispuesto a mancharlo más con tanta deshonra. Él había decidido quedarse en la plaza sitiada cuando su hermano le ofreció escapar con él el 30 de mayo.

—Señor, estoy con usted. Nuestro honor nos impide retirarnos.

Joaquín Fábregas añadió que la ciudad estaba preparada para el asalto final, con ayuda exterior o sin ella. Don Valentín Segura, vocal de la Junta Superior, pidió que se organizase la evacuación de las mujeres y de los niños en los barcos. De esa misma opinión se expresaron los clérigos. Al cabo de unas horas se recibió la respuesta de los ingleses. Tenían orden de recibir los pertrechos militares y de embarcar las tropas útiles que no fueran necesarias, pero no a los civiles. Los galos emprendieron nuevos ataques a lo largo de la *muralleta*, abriendo brechas y túneles sus zapadores, a través de los que penetraron sus tropas de asalto. Entre combate y combate, el teniente Dolz y yo visitábamos a la familia de Roser. La criatura que la joven amamantaba no cesaba de llorar. Le sugerí que subieran a la parte alta, pero los padres de Roser no querían salir de esas cuatro paredes. Dolz miraba con ternura a la viuda y a su familia.

—¿No te estarás enamorando? —le dije medio en broma al cubano, que me respondió con una mirada pícara, reconociendo que sus galanterías y sus desvelos eran correspondidos con tímidas visitas de Roser a la puerta de San Juan. Llevaba la muchacha un botijo de agua para los artilleros, junto al pan de su menguada despensa. La guerra podía matar hombres y mujeres, pero no sus sentimientos.

El 28 de junio de 1811, los franceses se agruparon ante la *muralleta*. Los de Suchet, en columnas, esperaban la orden de asalto. Casi conocíamos a nuestros enemigos, de tanto combatir contra ellos. Desde la puerta de San Juan hasta la del Toro, se desplegaron las columnas del coronel Paul. Oteábamos a los mercenarios italianos de Felici, y a los del coronel Ordioni, que estaban desplegados ante la puerta del Rosario. Y al frente, ante la de San Juan, las columnas de Ficatier y del general Montmarie, tal vez tan orgullosos y asustados

como nosotros, con la mente en la gloria y en la muerte y con sus últimos deseos en sus sienes. Antes de comenzar la batalla, Suchet ordenó a una comitiva de soldados que, con la bandera blanca, se acercase a nuestra puerta para ofrecer a los sitiados la rendición sin condiciones. Cuando estaban a cien varas, el general Contreras ordenó una carga de aviso.

—Se me da mal el francés. ¡Que escuchen mi respuesta!

La ráfaga de los fusileros y los primeros cañonazos dio paso al punto final. Eran las cinco de la tarde. Sonó el grito de *Vive l'empereur!* junto a las trompetas y los tambores de asalto. Luego llegó el estruendo de las baterías, como una tormenta. El suelo temblaba y los artilleros cargaban los tubos de los cañones y encendían los botafuegos. Los paisanos con sus trabucos y sus carabinas se mezclaban con los soldados del regimiento de Almansa y con la milicia urbana en las almenas, abatiendo a cientos de fusileros y de dragones a caballo que avanzaban con la primera oleada.

Las bombas enemigas, con cañones de veinticuatro libras, comenzaron a resquebrajar la muralla. Avanzaron hacia las brechas abiertas con la orden de tomar esa maldita ciudad que tanta sangre les había causado. En la puerta de San Juan vi al teniente Dolz batirse con un italiano que se había colado dentro por una brecha de la muralla. La oleada de enemigos no se detuvo, hasta que los refuerzos del general Fricatier nos hicieron retroceder. Yo llevaba del hombro al teniente Dolz, cuando este, al llegar a la calle de Roser, me pidió que lo dejase acudir en su ayuda.

—Iremos a casa de Roser; los dos o ninguno —le dije mientras lo apoyaba sobre una de las pocas paredes que seguían en pie.

El camino se convirtió en una trampa mortal. Al final llegamos a su puerta, que había sido forzada. El padre de Roser yacía en su cama, muerto sin duda, mientras un soldado italiano degollaba a su madre, delante de nuestros ojos. Roser estaba en el suelo, con la falda levantada y otro soldado estaba encima de ella. Tuve el tiempo justo de atravesar al asesino de la madre con la espada y de degollar al que violaba a nuestra amiga. Ella estaba como ausente y solo volvió

en sí cuando le pusimos entre los brazos a su retoño. Le tapé los ojos con mi mano para que no viera los cuerpos de sus padres y salimos, entre los escombros de las callejuelas próximas en las que se combatía casa a casa, hasta alcanzar la cuesta de la calle Mayor.

Se habían formado barricadas que suponían pequeños diques de contención para los atacantes. Se disparaba desde los tejados y desde las improvisadas aspilleras de las ventanas y desde los muros rotos por las granadas. Junto a nosotros, huían familias enteras, madres con los hijos que remontaban la calle en busca de la catedral.

En la explanada se formó la última barricada. El general Contreras ordenó resistir antes de que una bayoneta le atravesara la espalda. Joaquín Fábregas y Caputo combatía rodeado de franceses y de granaderos italianos. La suerte lo libró de una muerte segura. Mientras un fusilero le apuntaba a quemarropa, levantó el sable hacia atrás matando a otro que estaba a punto de acuchillarlo por la espalda. A nuestro alrededor, se luchaba cuerpo a cuerpo contra varios enemigos a la vez. Empujados hacia la puerta de la catedral, los últimos resistentes intentaban hacerse fuertes, protegiendo a los suyos. Eran tantos los muertos, que la sangre formó una catarata roja sobre las escalinatas. Los clérigos habían refugiado desde hacía meses a las mujeres, ancianos y niños dentro de la catedral y en el claustro, pues confiaban en que, al tratarse de un lugar sagrado, los franceses no se atreverían a entrar. Se hizo una pequeña tregua y el propio Suchet, que no quería perderse la visión de la victoriosa tragedia, que parecía una nueva Troya devastada, se acercó hacia el general Contreras, que estaba malherido entre los prisioneros.

—Debió de rendir a tiempo la plaza. No habrá compasión.

—Respetad a los civiles. Respetad a los inocentes...

—Son las leyes de la guerra, general Contreras. Es culpa suya. Mis hombres tienen derecho al saqueo. ¡Habéis matado a muchos de los nuestros! *A dégouler!*

Iriberry estaba furioso y la emprendió contra Orellana. Don Pedro Fermín, vascongado corpulento y bigotudo, comandante general y corregidor de Alicante, arrojó al suelo a don Antonio, gobernador de Orihuela, y lo alzó por la casaca. Ordenó doblar las campanas.

—Que vengan los alcaldes. A buena hora iba a pasar esto en Bilbao.

En la tarde del 20 de febrero, ya estaba movilizado un regimiento en Orihuela, con mil hombres, y dos escuadrones a caballo de voluntarios de Elche, a los que se unieron pequeños grupos de Monforte, de Aspe, de Novelda, de Biar y de San Vicente del Raspeig. Los voluntarios realistas estrenaban uniforme oficial, el otorgado según el reglamento publicado en la *Gaceta*, y había paisanos de civil, por lo que disparaban sus carabinas y sus trabucos entre ellos, hasta que se escuchaba el grito único de «Por Dios, por el altar y por el trono», y comprendían su error.

Iriberry estaba en Guardamar, paseándose por el reconquistado castillo, antiguo cuartel de caballería, mientras miraba desde la altura el puente de la Segura y se preguntaba cómo podía haberse escabullido un grupo de guerrilleros sin que nadie supiese por dónde. La cacería de liberales acababa de empezar. No tenían escapatoria, aunque esos diablos se habían esfumado como fantasmas.

Y es que la partida de revolucionarios había remontado bajo las estrellas la ribera del Segura siguiendo a Bartolomé Arqués, conecedor de su tierra, deteniéndose en Rojales por una hora, hasta que despuntó el sol en el rico pueblo de la vega, adentrándose unos pocos por sus calles mientras la mayoría de la columna descansaba bajo su viejo puente. Los mozos de Rojales, o habían salido a unirse con los voluntarios de Elche, o estaban escondidos tras las puertas. Allí

se respiraba aún más hostilidad que en Guardamar y de dentro de las casas cerradas a cal y canto se oyeron gritos de «¡Viva el altar y el trono!», y hasta sonó un perdido trabucazo desde una ventana que no acertó a ninguno de los expedicionarios. El coronel Bazán ordenó que nadie se durmiese y que continuase la marcha. Se requisaron de los corrales próximos unos huevos, y hasta una gallina viva, y de las huertas junto al río tomaron lo que pudieron, tan solo unas arrobos de naranjas y limones. En el camino hacia Alicante debían evitar la costa. Lo aconsejable sería avanzar por El Campello. Y alejarse de Elche, dominada por los realistas. La columna de los Bazán salió de la línea del río y se ordenó para eludir el combate a campo abierto con el enemigo. Se abandonó el cañón de doce libras, después de desmontarlo. Seguirían con la táctica de la emboscada. Los sargentos dieron orden de caminar sin descanso, alejándose hacia el interior, sin detenerse apenas en las afueras de las villas de Dolores, de Catral y de Albaterra. A su paso las campanas de todas las iglesias llamando a rebato, convocando a los vecinos contra los invasores.

A la altura del paraje llamado El Fondo se entabló una escaramuza con doscientos voluntarios a caballo procedentes de Novelda. Lanceros que con sus picas dieron muerte a varios expedicionarios. El teniente coronel Téllez improvisó un valeroso ataque con la misión de permitir a sus compañeros ganar tiempo en su camino hacia la sierra. Con los escasos caballos contuvo a los atacantes, antes de caer derribado. Bertrán de Lis, que vio morir a su corcel blanco tras el choque con dos jinetes, escapó a campo través. Desde una loma observó aterrado cómo los voluntarios lucían la cabeza de Téllez en una pica.

No podían ni honrar a las últimas bajas. Las cantimploras estaban llenas de agua del Segura, y les quedaban provisiones para continuar vagando por aquellas montañas durante jornadas, pero ¿hacia dónde? Estuvieron recorriendo los áridos senderos de aquella sierra agreste que se suponía más segura que el llano. No había rastro de caza, salvo algún conejo huidizo, y no había lugar donde cobijarse entre aquellas encrespadas rocas, sin apenas árboles para protegerse del sol o de la lluvia. Una vez estaban descendiendo hacia el pueblo de Agost, se

encontraron con unas casas deshabitadas, al parecer de pastores, junto a un nevero abandonado. Descansaron en aquel apartado lugar un día entero. Había que recuperar fuerzas y aclarar el rumbo a seguir.

El coronel Bazán envió ojeadores a los pueblos cercanos. Todos volvieron con la misma historia: nadie parecía dispuesto a unirse a los guerrilleros. Llegaban más y más voluntarios realistas, incluso de Valencia. En la costa, patrullas impedían cualquier intento de embarcarse. Los oficiales se reunieron en una de las casas semiderruidas en torno a una débil hoguera y un puchero.

—No llegaremos a Alicante, pero no nos cogerán. ¡Venderemos cara nuestra piel!

Cenaron en silencio. Habían burlado la muerte y disfrutaban del momento. Sentían el calor del fuego dentro de la casucha. El vino sabía mejor si era el último de la vida. Hasta la sopa parecía deliciosa.

—¡Bebamos y vivamos! —dijo Bertrán, un poco achispado.

—Brindemos en honor del hijo de puta del rey. ¡Mataremos a los «feotas»! — Jaramalla era de los más valientes de la partida, aunque su comentario parecía el de un loco.

Antes de retirarse a su rincón se ofreció como voluntario para ir en busca de ayuda a Alicante. El coronel Bazán sonrió con afecto a aquel hombre de escasas luces, pero siempre dispuesto a asumir las empresas más arrojadas. Junto a él, en la misma caseta, se recostaba en su manta uno de los más jóvenes expedicionarios. Bajo la débil luz de una vela leía un libro en inglés. Era un revolucionario italiano, Pietro di Luca, de los que se habían embarcado desde el principio en aquella aventura, urdida en una logia de Londres. El coronel preguntó qué leía.

—Poemas de lord Byron. Poemas de amor y de muerte.

—Es una buena idea, hijo mío —dijo abriendo aquel tomo traído de Inglaterra—. ¿Lord Byron? Sí, George era todo un don Juan, un seductor empedernido, y también un gran artista. Tuve la suerte de conocerlo en persona, en un recital

benéfico en Sommers Town. Era un canalla maravilloso que sentía un gran afecto por nuestra causa.

—Amaba la libertad, sin duda, casi tanto como a las mujeres o al mismo amor. La libertad de todos los pueblos era también para él la de todos los individuos. Por eso murió en Grecia, hace solo dos años, luchando contra los turcos, por la libertad.

—Léenos algo, es lo mejor para esta noche.

El italiano se incorporó hacia la hoguera y se acercaron también otros revolucionarios. Algunos heridos se arrastraron hasta aquel recodo de paz. Se hizo el silencio cuando el italiano comenzó a recitar bajo las estrellas en inglés, traduciendo a un tiempo al español. Los revolucionarios se cogieron de las manos, iluminados los rostros por el resplandor de la hoguera.

Darkness (oscuridad)

I had a dream, which was not all a dream.

Tuve un sueño, que no era del todo un sueño.

The bright sun was extinguished, and the stars

El brillante sol se apagaba, y los astros

did wander darkling in the eternal space.

vagaban apagándose por el espacio eterno.

Rayless, and pathless, and the icy earth

swung blind and blackening in the moonless air.

Sin rayos, sin rutas, y la helada tierra

oscilaba ciega y oscureciéndose en el aire sin luna.

Morn came and went-and came and brought no day.

And men forgot their passions in the tread

Of this desolation; and all hearts

Were chill'd into the selfish for light.

Y los hombres olvidaron sus pasiones ante el terror

de esta desolación; y todos los corazones

se congelaron en una plegaria egoísta por luz;

And they did live by watch fires-and the thrones

y vivieron junto a las hogueras y los tronos.

The palaces of crowned kings-the huts

Los palacios de los reyes coronados las chozas.

The habitations of all things which dwell

Las viviendas de todas las cosas que habitaban
Were burnt for beacons; cities were consumed.
fueron quemadas en los fogones, las ciudades se consumieron,
And men were gathered round their blazing homes.
Y los hombres estaban reunidos alrededor de sus hogares en llamas.
To look once more into each other's face.
Para mirar una vez más a la cara del otro.

Los versos del inglés, recitados con acento italiano, transmitieron sosiego a aquellos hombres fatigados que escucharon las visionarias palabras. Merecía la pena vivir, y morir también, por lo que significaban. Estaban orgullosos de encontrarse allí, unidos. En aquel momento supieron con certeza que iban a morir y un sentimiento de fraternidad ante el destino los hizo mirarse los unos a los otros con la cabeza bien alta, con la serenidad dibujada en el rostro. Don Antonio no podía dormir arrebujado en su manta; se levantó y encendió una pipa mientras contemplaba las estrellas desde lo alto de una solitaria roca. Al día siguiente habría más escaramuzas y más muertes. Bertrán de Lis tosió en la oscuridad, tiritando de frío.

—Hemos caído. Lo siento por ustedes, y por los jóvenes que se han embarcado en esta locura. El fin de mis días no estaba lejos; yo soy viejo, y la vida no podía sorprenderme ya. Mi tiempo estaba casi consumido... Pienso en mi hermano pequeño, y en estos idealistas que nos acompañan. Quizá si nos entregamos los cabecillas, haya perdón para los que nos siguieron sin saber lo que hacían.

—¿Entregarse los cabecillas? Oh, no, aquí no hay nadie que se vaya a entregar. Estamos todos en el mismo barco, lo dijimos desde el principio, sería inútil e indigno rendirse, sería como incumplir con nuestro contrato masónico...

—Escúcheme, Bertrán, la culpa es mía. Solo he pensado en lo que me convenía a mí. ¿Acaso no ve lo solos que estamos? Nadie nos apoya. Nadie cree en la libertad. Viene demasiado grande su idea, a causa de la superstición

cultivada por la Iglesia y por los reyes. El pueblo español se merece lo que tiene, un tirano como rey.

—El pueblo español es víctima de siglos de ignorancia y de incultura. Son muchas las generaciones educadas en la sumisión, en la fe ciega en dogmas y en supersticiones.

—¿Víctima? En todos los pueblos gritan los gañanes «¡Vivan las cadenas y muerte a los herejes!»; seguimos como en tiempos de Torquemada, en pleno siglo diecinueve como en el siglo quince. No tenemos remedio, somos un pueblo fanático, ingobernable y brutal, que se divierte torturando a bestias y a personas a las que se señala con el dedo, se las expone en la plaza vistiéndolas con el Saco Bendito y se las quema luego en la hoguera. ¿Cree que podrá salvar al maestro ese de Ruzafa?

—Estoy seguro de que estamos a tiempo de salvarlo. Hay muchos que creen que el Tribunal de la Santa Inquisición puede resucitar con este proceso, si no lo detenemos, y que ahora es el momento de acabar con ese vestigio del pasado...

—¡Bah, palabras y más palabras! La libertad necesita guerreros y no poetas. Y dinero, que es lo que mueve al mundo. Poco podemos contra la dichosa Inquisición, salvo que las libras de oro de vuestro hermano Vicente puedan financiar regimientos. Dinero, eso es lo que buscan algunos en nombre de la libertad, ¿acaso no se benefició vuestra familia de prebendas y privilegios con el gobierno liberal? ¡Mercaderes!

—En mi familia hemos entregado el tributo de la sangre de los nuestros a la causa de la libertad... Retirad vuestras injuriosas palabras, por mi honor que...

Don Antonio odiaba a los que se habían beneficiado con las leyes liberales o de la expropiación de tierras a los monjes, y los que perseguían el poder con sus contratos y sus negocios, pensando en su provecho. Los aborrecía tanto como a los absolutistas que querían conservar sus privilegios.

—¡Bueno! ¡Qué más da ya! Guarde los discursos junto con las monedas de su faltriquera. Mañana estaremos todos muertos, o quizá pasado mañana. Y sin honra alguna. Todos estos ilusos morirán por culpa del traidor que nos ha

delatado, pero sobre todo morirán por mi causa. ¡Bastantes muertos tengo sobre mi conciencia!

—Morir por la sagrada libertad es el fin más honroso.

—Nadie se acordará de nosotros, nadie sabrá de nuestro sacrificio. La traición ha sido muy grande, quizá de alguno de los nuestros; estábamos vendidos desde el principio y pronto estaremos muertos o juzgados por la misma Inquisición, que antes nos descoyuntará en un potro de tortura. Retírese ahora a dormir, usted tiene que salvarse. Mañana tomaremos caminos diferentes.

—¿Diferentes? Yo iré con los demás, no puedo obedecer esa orden —dijo Bertrán de Lis a Bazán—. Coronel, pido permiso...

—No doy mi permiso. Mañana saldrá usted camino hacia Valencia, sin rechistar. Desarmado y sin nada que pueda identificarlo como uno de los nuestros...

—¡Pero es injusto! Yo quiero luchar... No puedo aceptarlo...

—¡Cállese! Esto es una orden de un superior. Usted tiene que llegar a su destino y si puede ser con todo el dinero que trajo desde Inglaterra. Así podrá invertirlo como es debido. A lo mejor hasta será capaz de salvar a su amigo, el maestro hereje ese.

—¡Señor! Me niego... Yo quiero combatir con ustedes.

—¡Usted hará lo que yo ordene! Siempre ha sido un arrogante que se cree por encima de los demás. Aquí es un soldado más. Mañana escapará con el único caballo sano que nos queda. ¡Y no se hable más!

Al amanecer, tras un frugal desayuno, el coronel Bazán ordenó que se dividiera la partida en tres grupos. No podían continuar eternamente en la montaña y las oportunidades de sobrevivir eran mayores si se dispersaban. Manuel Bertrán de Lis cargó las alforjas del caballo con las libras de oro y marchó hacia Villena y Onteniente, rumbo hacia Valencia. Había una posibilidad de que escapase, y con ella de que pudieran financiarse conspiraciones futuras. Ese era su destino: huir siempre para seguir luchando. Los fantasmas de su memoria lo acompañaban en su camino.

—Queda poca comida, y el agua se termina —se lamentó el coronel Bazán—. Cada grupo debe procurar salvarse por su cuenta; cada patrulla irá por un camino, y se reunirán todas en Alicante.

El coronel se colocó sobre un promontorio, a la vista de todos.

—¡Soldados de la revolución, milicianos nacionales, voluntarios de la libertad, españoles, franceses, italianos, patriotas de la causa universal! Las cadenas se pueden cortar, aunque pesen demasiado aún. Suerte, compañeros. ¡Ha sido un honor combatir con ustedes! ¡Hasta siempre! ¡Viva la Constitución y la libertad!

El 23 de febrero, Bartolomé Arqués se dirigió hacia la aldea de Agost, donde se separaron. Los suyos permanecieron ocultos por la noche, para acercarse al amanecer a la Cañada del Fenollar. Uno de los milicianos quiso acercarse hasta la ermita de San Jaime para rezar al apóstol Santiago. Bartolomé no quería que nadie se expusiera a un encuentro; conocía bien la comarca y tenía planeado permanecer ocultos en alguno de los barrancos, como la Rambla del Roig, al menos hasta que se calmasen los ánimos y pudieran dispersarse. El capellán de la ermita adivinó enseguida que aquel muchacho asustado era un forastero de la partida de fugitivos y mandó a un monaguillo que avisase a los voluntarios realistas de Monforte y del regimiento de Bujalance. Llegaron al atardecer y los cercaron en aquella casa. Estuvieron contestando a sus disparos durante varias horas hasta que el fuego cesó, sin que los atacantes se atrevieran a asaltar los muros semiderruidos. Aprovechando la oscuridad de la noche, Arqués salió por la parte trasera de la casa, junto a cinco de sus compañeros, dio muerte a varios realistas antes de caer acribillados por los voluntarios que los superaban de uno a diez. Los que fueron hechos prisioneros, una docena de hombres heridos y maltrechos, fueron llevados a Alicante, donde Iriberry ordenó que fueran inmediatamente fusilados, junto a las tapias del baluarte de San Carlos, en un rincón de la muralla.

Los ocho franceses y los dos italianos fueron abatidos junto al mar por los voluntarios realistas que los mataron a machetazos. Los franceses entonaron *La*

Marsellesa antes de caer uno tras otro, y los napolitanos, un himno de los carbonarios. Unos días después, el hijo de un pescador halló un libro de poemas en inglés, semienterrado en la arena. Lo guardó bajo su camastro. Como no sabía leer, una mañana, diez años después, se lo llevó a un galés que había ido a vivir a aquel rincón del Mediterráneo y le leyó unos poemas del bardo más insolente de todos los tiempos. Aquella noche soñó que navegaba hacia las costas de Grecia.

Los hombres que iban con el coronel don Antonio Bazán y con su hermano Juan se batieron en el pueblo de Agost, donde habían logrado convencer a unos pocos lugareños para unirse a su causa. Recorrieron como lobos acosados la sierra de Crevillente y aún mataron a muchos enemigos antes de caer heridos los dos hermanos. Habían perdido ya a todos los hombres que lucharon con ellos hasta el final, y habían decidido que se daría muerte el uno al otro antes de caer prisioneros. Cerca de Aigües de Busot, tras llenar las cantimploras con agua del balneario, subieron sobre dos caballos arrebatados a sus enemigos hasta un promontorio. Se podía divisar en un día claro la silueta de la isla de Tabarca.

Antonio le dijo a su hermano Juan que deberían jugarse quién tendría el privilegio de disparar primero. Los realistas se acercaban delatados por la polvareda que se levantaba a lo largo de la loma. Un bello lugar para morir aquel, rodeados de hermosos pinos, con el hermoso mar azul al fondo.

—Bah, ¿y si te curas con las aguas del balneario? Te aburrirás demasiado sin mí —dijo sonriendo Antonio mientras sus ojos se iban hacia la herida con gangrena de la pierna derecha de su hermano.

—¿Crees en la otra vida? —Juan preguntó a Antonio si pensaba en sus padres, en si sentía que estarían allí arriba esperándolos—. ¡Si madre supiera la que hemos armado en tan poco tiempo! —Se echaron a reír tras el chascarrillo de Antonio. Juan tosió, ahogándose.

—¿Y si no fuéramos hermanos? —bromeó Antonio—. Somos la noche y el día.

—Vamos, mamá se enfadará si te escucha desde allá arriba.

Antonio dijo que él debía ser el primero en disparar, porque era el mayor. Juan

estaba más herido y estaba sufriendo desde hacía días. No estaba bien aquello. Y, además, ¡qué cojones!, él era el militar y debía obedecerle su hermano pequeño. Disparó su arma hacia la cabeza de Juan, pero su pistola, que tenía la culata de madera rota y el cañón amartillado, se encasquilló.

—¡Mierda! Creo que tendremos que seguir huyendo, hermano. No nos dejan ni morir en paz, los jodidos «feotas».

Cuando estaban a punto de subirse a los caballos robados en Muchamiel, llegó una avanzadilla de jinetes al promontorio.

—¿Quiénes sois? —les preguntó un muchacho imberbe, que los apuntaba con su carabina.

—¿Que quiénes somos? Escuchad bien: ¡somos la libertad!

Y sin prestarles atención, ayudó a subir a Juan en su montura, mientras hacía lo mismo en la suya. Los dos ojeadores dijeron llamarse realistas Alemán y Brotons.

—¡Son ellos! —gritaron a los demás de su batallón.

No sabían qué hacer ante aquellos dos hombres de aspecto digno y altivo que emprendieron galope ante sus narices. Se rumoreaba que, caída casi toda la partida, los que cazasen a los Bazán iban a recibir una recompensa, pero esos voluntarios eran tan inexpertos que habían dejado escapar a los peces más gordos sin saber pescarlos. No se habrían detenido de no ser porque Juan cayó en una curva del sendero, aturdido por el dolor de sus heridas. Su hermano lo abrazó y le pidió perdón por no haberlo salvado, ni haberle dado muerte a tiempo. Llegó Boro, *el Tort*, con los voluntarios realistas. Que nadie disparase. Era él quien había capturado a los dos hermanos, y era importante entregarlos vivos. Trajeron unas parihuelas para transportar a los dos heridos como dos piezas de caza mayor, atravesando en triunfal comitiva los pueblos hasta la capital de la provincia. El brigadier don Pedro Fermín de Iriberry estaba exultante cuando vio llegar aquella procesión al castillo de Santa Bárbara de Alicante. Era muy importante que siguieran vivos y coleando. Habían llegado órdenes de Madrid de que no se fusilase a los hermanos hasta que contaran lo

que sabían; las órdenes eran explícitas. Llevaban varios días fusilando masones y aún no se había podido averiguar nada acerca de la organización ni de los apoyos de los conspiradores ocultos en Alicante o en la provincia.

La victoria absolutista fue total. Se magnificó la fuerza de los expedicionarios y las supuestas atrocidades cometidas: iglesias saqueadas, monjas violadas. Estaba bien que se pusiera un poco de leyenda a la gesta de los realistas. No en vano eran una milicia armada que, hasta unos meses atrás, carecía del carácter de tropa regular y de reglamento. Los voluntarios realistas eran el embrión del nuevo ejército del rey que debía constituirse tras la disolución del anterior, contaminado por los liberales.

Las torturas empezaron con Antonio, el más fuerte, al que se negó hasta el agua, en tanto no empezase a cantar sobre la conspiración y los conspiradores. El propio Iriberry dirigía los interrogatorios, visitando a sus prisioneros cada tarde, auténticas piezas de caza mayor, en su calabozo. Antonio Fernández Bazán repetía que él era militar condecorado en la Guerra del Francés, antiguo gobernador militar de Castellón y que se le debía tratar como prisionero de guerra. Iriberry sintió que no podía hacer bien ese trabajo de verdugo, que era una deshonra estar sometiendo a tortura a un coronel, aunque fuera de los liberales, y que ese trabajo era demasiado sucio para mancharse las manos. Le dijo que, si se avenía a colaborar, podría salvar la vida de algunos prisioneros, a los que todavía no se les había fusilado en Elche ni en Orihuela. Mandó que los médicos le curasen las heridas y las de su hermano Juan, al que por otra parte ya era inútil esforzarse en sanarlo.

—¡Que te den por el culo! ¡Rata servil! —gritó Antonio Bazán desde su parihuela.

—Que los fusilen a todos —fue la respuesta del general.

Entró en acción el Tort, el mejor matarife realista. Hundió su navaja en la herida gangrenada de Juan, que se deshacía en lamentos. Antonio pidió a su hermano que pensase en la infancia y muriese como un hombre.

—¿Quiénes forman la conspiración? ¿Quién os ha financiado?, ¿Fernández

Golfín?

Juan se desmayó. Lo sacaron con una parihuela e hicieron la farsa de fusilarlo. A Antonio lo izaron también en su parihuela. Se rio del sacerdote que le ofrecía la paz de Dios.

—No me veréis pedir perdón —murmuraba en la pared de Santa Bárbara—. Disparad, hijos de puta —fue su última orden.

Antonio Caro, *Jaramalla*, fue el último ejecutado en Murcia. Salió de la cárcel el 6 de marzo de 1826, blasfemando como un poseso, cagándose en los curas que lo acompañaban.

—¡Viva la secta masónica! —fueron sus últimas palabras antes de ser colgado en la horca.

QUINTA PARTE

Que le diable m'emporte si je sais au fond ce que je suis.

DIDEROT
Le neveu de Rameau

Mientras pensaba que estaba aprendiendo cómo vivir, he estado aprendiendo cómo morir.

LEONARDO DA VINCI

Nos arrastraron bajo el sol de la humillación. En julio de 1811, parecíamos un ejército de fantasmas que desfilaba a duras penas por la vía augusta; unos cojeando, otros sobre el hombro de compañeros, todos con el corazón encogido. Aun cuando era grande el dolor de las heridas, apenas podía compararse con la memoria de las atrocidades que dejábamos atrás. Formábamos una columna de soldados rotos que caminaba día y noche con rumbo fijo hacia la estrella del norte, con los uniformes tan desarrapados como nuestra alma. Llevábamos impresos en los ojos la imagen de nuestros paisanos atravesados por las bayonetas o degollados, los cuerpos de mujeres y niños apilados en la explanada de la catedral, y la sangre que fluía por la escalinata como un torrente rojo hacia la calle Mayor. Hasta las monjas muertas fueron ultrajadas, y en los tres días de fuego y de sangre no se respetó ni el sagrado de las iglesias ni el refugio de los conventos, y de los relicarios se extrajeron los cálices y los copones de plata, mientras que los diamantes y los rubíes se arrancaron de las cruces como granadas rojas, para acabar en las mochilas de los imperiales. Las urnas de cristal y las imágenes sacras se quebraron, del mismo modo que nuestra fe en los milagros, y las sagradas reliquias se profanaron y se perdieron, como el incorrupto brazo de santa Tecla.

Esa pesadilla hacía que los vivos sintiéramos como una verdadera desgracia la fortuna de haber sobrevivido a la caída de Tarragona en manos de los franceses y de los italianos. Esa horda de bárbaros se había cebado con los más débiles, como una bestia sanguinaria. ¡Fueron tantas las mujeres y las niñas violadas y abiertas en canal! ¡Y cuántos sus hijos atravesados por las bayonetas, junto a ancianos pisoteados por los cascos de los caballos! Tantas atrocidades habían

cometido esos soldados, que ahora nos empujaban a culatazos, que no podíamos creer que perteneciesen al género humano. ¿Dónde estuvo Dios en los días del saqueo? ¿Cómo había abandonado Él a los justos? Si el Señor era incapaz de detener con su mano la ofensa a sus leyes, no existía la justicia divina. ¿O es que el Creador era indiferente a lo que ocurría en la Tierra?

El mariscal Suchet deseaba ascender ante Napoleón y, tras los dos meses de sangriento sitio, la conquista de Tarragona lo había hecho merecedor de la estima y del respeto del emperador. Algunos de los nuestros pensaban ingenuamente que aún iba a aparecer en algún recodo del camino el ejército de Campoverde para liberarnos, pero la mayoría sabíamos que no existía otro futuro que el de caminar o morir. Nuestro único consuelo se limitaba a que en la cuerda en la que íbamos atados compartíamos nuestra suerte con amigos como los tenientes Dolz y Fábregas. También transportaron herido en un carro al general Contreras, que con tanto honor había defendido la ciudad. La marcha a través de los campos de Cataluña duró largas jornadas, espoleados por las bayonetas de nuestros guardianes, sin otra comida que mendrugos negros ni otra bebida que el agua de los abrevaderos de los pueblos junto a los caballos y las bestias de carga. Muchos se volvieron locos y se arrojaron contra las bayonetas, buscando la libertad de la muerte. No había piedad para los exhaustos, ni para los que intentaban escapar, y la debilidad y el cansancio de seis leguas de marcha diarias eran la fuerza de nuestros enemigos.

Se unieron a nuestra columna prisioneros de Aragón y de otras batallas. Figueras había sido recuperada por los franceses, y solo lo que nos contaban prisioneros del frente de Extremadura y de Portugal nos ayudaba a mantenernos en pie. Un navarro nos contó que Espoz y Mina había cortado un convoy del general Marmont en su retirada hacia Francia con los tesoros de Salamanca, en fuga de los ingleses de Wellington, que avanzaba por Castilla con tropas portuguesas y españolas. Cuando llegó nuestra columna a Perpiñán, el general Monthion habló:

—¡Prisioneros españoles! —tradujo un renegado de Vitoria que servía de

intérprete—. ¡Tenéis que dar gracias al rey José Bonaparte! Merced a su generosidad seguís vivos, pues podríais ser tratados como traidores, y no como prisioneros de guerra.

—¡Pepe Botella! ¡Padre del vino y de la mistela!

La voz había surgido de unos andaluces y se escuchó entre carcajadas. El grupo de soldados parecía tan divertido como si estuviéramos ante una ópera bufa.

—*Cochons espagnols!*[103]

Rabió el general al no poder escucharse a sí mismo, entre los vítores al rey Fernando, y se retiró por la puerta del Castellet. Convencidos de no tener nada que hacer con nosotros, se nos alojó al primer grupo en la catedral de San Juan Bautista, donde al menos no se sufría el calor insufrible del verano. Otros fueron destinados a pajares y conventos abandonados. Cada día había nuevos muertos. Tras unos días de descanso, se nos llevó a Narbona. Allí se nos distribuyó en *dépôts*, o «depósitos».[104] Los campos, los caminos, los puentes necesitaban de manos para trabajar, desde que la mayoría de los franceses jóvenes y enteros, cada vez menos, luchaban en la conquista de Europa.

A nuestros heridos más graves los llevaron a los cementerios y los fusilaron. A los demás, los dejaron en improvisados hospitales de campaña. Exhaustos y famélicos, quemados por el sol o enfriados por las noches húmedas, muchos murieron aferrados a las estampitas de sus santos y a las cruces que llevaban de España.

A principios del otoño quedaban menos bocas que alimentar para los franceses. Se organizaron batallones de obreros para reparar obras públicas. En los depósitos dormíamos en barracones fríos, vigilados por veteranos, tullidos la mayoría. Sus órdenes de *allez, venez, sortez, déjà, arrêtez, vite*, [105] venían acompañados de golpes y culatazos. Yo fui asignado a un grupo de prisioneros que tenía que reparar el canal du Midi, dañado por las lluvias de octubre. Mientras trabajaba, no sentía ya ni el frío ni el hambre. Me parecía un privilegio hacer algo, aunque fuera cavar una zanja, tras haber vagado tanto tiempo. En

nuestro camino hacia el oeste nos cruzamos con casacas rojas, soldados ingleses que habían corrido la misma suerte que nosotros, a los que se los alejaba del Atlántico, conduciéndolos hacia los Alpes, cercanos a Suiza.

La gente de los pueblos nos traía mantas, queso de cabra y panecillos con miel que nos hacían olvidar las penalidades de nuestra vida y comprobamos que los enemigos eran gente como nosotros, con las mismas necesidades y los mismos sentimientos. Nuestro trabajo era vital para ellos. Gracias al canal se recibían mantas y paños, así como carne y grano para los molinos. Junto a otros cautivos levanté taludes y reforcé los diques y las compuertas, sin que me molestase el frío del agua, que a otros provocaba toses sanguinolentas y dolores en las piernas.

Se dispuso por el alto mando que cada grupo cambiase con frecuencia de depósito y de tajo, para evitar que nos pudiéramos asociar y urdir complots de fuga. Pero como sucede hasta en el mejor ejército del mundo, las órdenes se fueron relajando y tuve la fortuna de compartir el mismo barracón con el teniente Dolz durante semanas. Me explicó una noche el cubano su plan de fuga. Se trataba de alcanzar la villa de Pau, donde contábamos con un grupo de antibonapartistas, y tras atravesar las montañas unirnos a la guerrilla de Espoz o a los ingleses de Wellington. Supe que Suchet estaba ante Valencia. Desde luego que quería participar en la fuga.

—Muchos morirán. Otros serán capturados, y su suerte será aún peor...

Me importaban poco los peligros. Yo estaba muerto sin los míos, me sentía un prisionero sin raíces, alguien que no valía nada, y los riesgos que podía conllevar el plan me parecieron banales al lado de la esperanza de volver a casa. Y la ocasión se presentó cuando nos trasladaron a Toulouse a finales de octubre. Se nos organizó en batallones para limpiar los montes cercanos y traer leña. Durante siete días talamos árboles y arbustos, cargamos carretas con la madera necesaria para prevenir el frío que estaba a punto de llegar. Agrupados por la noche en la plaza del Capitole, en torno a una hoguera, empezamos a confraternizar con nuestros guardianes. El vino corría de mano en mano. Lo que no sabían los

franceses era que entre nosotros había un boticario que había recogido junto a la leña unas plantas narcóticas al molerlas y mezclarlas con el vino. A medianoche, la mayoría de nuestros guardianes dormían en la gran plaza.

Bajo las estrellas nos liberamos de las cadenas y, según el plan previsto, resolvimos dividirnos en pequeños grupos. Se trataba de dispersarse, que resultase imposible seguir a todos los grupos y que alguno alcanzase los Pirineos. «Que Dios reparta suerte», dijimos al separarnos. Junto al grupo de Dolz, me encaminé hacia occidente, hacia Pau, donde estaba Contreras, para liberarlo y refugiarnos en Bayona. Caminamos toda la noche y un día entero a campo traviesa. Pero al amanecer de la segunda jornada nos vimos sorprendidos por una patrulla de dragones, cerca de Tarbes. Los disparos alcanzaron a dos compañeros, mientras que Dolz y yo pudimos escapar vadeando un arroyo e internándonos en un bosque de robles. El deseo de huir me daba alas, pero una bala me alcanzó en el hombro. En un claro nos detuvimos.

—Me estoy desangrando... Soy una carga... —dije a mi amigo mientras me colocaba una venda con un jirón de su camisa—. Prométeme que irás a Valencia...

—De eso ni hablar. Tú vendrás conmigo, y verás a tu familia.

Estaba boca abajo, sobre un lecho de hojas de roble, tan débil como para no mover un dedo mientras él me izaba y me cargaba sobre sus hombros como un saco.

Veía el suelo amarillo y rojo al compás de sus pasos; escuché el chasquido de las hojas y el jadeo de su respiración, y sentí el golpe de las ramas en el rostro. Apenas podía abrazarme a mi compañero, cuando me traía agua en las palmas de las manos. Las nubes se esfumaron, y creí que las hojas volaban en torbellino dentro de mi cabeza. Recuerdo la voz de mi amigo, y la fiebre, cuando me revolví con el cosquilleo de la paja. Respiré el aliento de una bestia y el olor intenso del estiércol. Una gallina me picoteaba la nuca a la vez que un mozo de cuadra me mostraba a su señor.

—*Ah, c'est un fugitive espagnol!*^[106] —A contraluz, se adivinaban las canas

de un hombre alto y delgado, y el verde de su pelliza de caza. Llevaba colgada una escopeta.

«Ahora sí que voy a morir. Se acabó», pensé en los míos y me puse a rezar.

—*Emmené-le dehors. Laisse-moi! Je m'occupe de lui.*[107]

Escuché órdenes dirigidas a los criados. Esperaba resignado el disparo de gracia, pero me llevaron fuera de la cuadra. Luego, sentí el desnivel de unos escalones por los que descendía y que se me ponía encima de una mesa de madera. Podía ver a un ciervo colgado de un gancho y su carne sanguinolenta. Estaba en una cocina, sentía el calor de los fogones. Reapareció el hombre canoso que ya no vestía traje de montar. Me acercó un cuchillo a los ojos. Estaba incandescente. Me dieron la vuelta y me sujetaron a la tabla.

—Quédese quieto y será más rápido. ¡No tenemos láudano para el dolor!

Hablaba un castellano casi perfecto. Grité y pataleé al sentir el contacto del acero. Crujió entre mis huesos, y salió por fin la ensangrentada bola de plomo que llevaba dentro. El dolor era insoportable y me desmayé. Al despertar, reposaba en un camastro, en la misma cocina donde me habían curado. Quise pensar en algo bueno. ¿Se acordaría Dolz de lo prometido junto al Garona? Llegaría a Valencia, sí, y protegería a Nuria, y a Miquel, hasta que yo pudiese volver. Imaginé a mi mujer leyendo la carta en la barraca de la Loseta. Sí, esa ilusión me compensaba del dolor y me alejaba de la fiebre. El cocinero y su mujer me cuidaron varios días. Me traían sobras de comida, y hasta me daban conversación. A medida que me recuperaba, pensaba que la vida se regía por la Providencia, por el azar escrito para cada ser humano. ¿Era la mano de Dios la que salvaba mi vida? Podía estar muerto otra vez. No comprendía la causa de mi salvación. Yo era un prisionero en fuga, y en las semanas siguientes ninguno de mis cuidadores me delató.

El barón de Châtelier, el señor del *château* donde me encontraba, se presentó ante mí una tarde. Le di las gracias por haberme salvado. Pero ¿por qué lo había hecho?

—*Pourquoi? Parce que je n'aime pas à Napoléon.*[108]

Descubrí que estaba en casa de un aristócrata antibonapartista. No sabía aún si eso era algo demasiado bueno. De todas formas, seguía vivo.

—Y porque necesito criados. La mayoría está en el frente. Seguramente muertos.

Me terminaron de curar las criadas y el cocinero, que había sido enfermero en la campaña de Italia. También conocí a la hija de Châtelier, de nombre Caroline, mujer bella y de modales dulces, casada con un coronel de húsares de la guarnición de Tarbes, llamado Gastón. Madame Lafitte venía a visitarme alguna tarde, y me traía algún dulce. Me convertí en una especie de secreto entre Châtelier y su hija en el fondo de aquella cocina. Descubrí que el barón sentía animadversión hacia su yerno y quizás eso facilitó mi salvación y mi acogida, a pesar de ser un prisionero fugado.

Gastón era un militar fanfarrón, como la mayoría de los oficiales de ese cuerpo de caballería, y a Châtelier le irritaba recordar que había entregado la mano de su hija a semejante patán. Solo le consolaba un hecho: que del infeliz matrimonio había nacido el pequeño Philippe, un hermoso nieto de cuatro añitos. De estos enredos me fui enterando gracias a Pauline, la hija del cocinero, que me puso al corriente.

Una vez recuperado, se me incluyó en el servicio. Primero fui mozo de cuadra; luego, jardinero, y más tarde, ayudante de caza. Cuando el anciano mayordomo de la casa enfermó, se me permitió servir en el interior de ella. Debía permanecer en silencio frente a los extraños, no delatarme por mi acento y asentir en todo con la cabeza. Ante cualquier visita, sería un vasco de Biarritz, parco en palabras. Al cabo de unos meses me convertí en discreto camarero que cumplía sus deberes sin rechistar.

El Ángel Exterminador descendió con su espada de fuego. Tras la intentona de Guardamar, arreció la persecución. Cada noche, una legión de encapuchados, siniestros escuadrones de la muerte bajo negras capas y con una cruz de plata en sus túnicas, allanaba las casas sospechosas, registraba los arcones y los baúles en busca de armas, libros prohibidos o símbolos masónicos. Y así arramblaba con las vajillas y con las copas de plata y vaciaban los corrales de los campesinos que habían comprado tierras expropiadas a los conventos. Solo aquellos que entregaban a los asaltantes sus joyas, u otras riquezas, se podían librar. Cuando los perseguidos pretendían el amparo de la policía, el nuevo cuerpo nacional contra el crimen, sus funcionarios se sentían atados de pies y manos. No se podía hacer nada contra los voluntarios realistas. Saber leer y escribir podía ser motivo de persecución. La mayoría de los acusados se retractaban de sus reales o supuestas simpatías constitucionales, se arrodillaban y suplicaban por su vida, aseguraban pertenecer a una cofradía y cumplir con los preceptos de la Iglesia.

En la taberna, Boro, *el Tort*, invitaba a vino y aguardiente a los parroquianos. Relataba sus hazañas en Guardamar y presumía de haber dado muerte él mismo a los cabecillas liberales. Lo rodeaban varios mocetones que aspiraban a incorporarse a sus filas. Entre los más frustrados por no haber participado en la gloriosa acción militar se encontraba Luis Salcedo, el Llautenent, el jefe de los voluntarios de Ruzafa, que sufría acodado en la barra de las chanzas e ironías del Tort. El sacristán se burlaba de los que no habían participado en la batalla, y el rostro de este agricultor, conocido por su simpleza, se enrojecía por las alusiones del guerrillero sobre la falta de valor de los que se habían quedado en casa, cuidando gallinas, en lugar defender la religión y el trono contra los enemigos de

la fe. Aunque no mencionaba expresamente a Salcedo, todos sabían que el buey castrado al que aludía en sus burlas no era otro que el jefe de los voluntarios de Ruzafa, que no había disparado un solo tiro.

Para Salcedo aquellos comentarios significaban no ser respetado por los «guapos» del pueblo, jóvenes con ganas de pelea, brutos labriegos tostados por el sol que despuntaban en las cacerías de patos y en las fiestas de *corre bous*. La estrella del Llautenent palidecía frente a los que se rendían ante la dureza del Tort y lo rodeaban junto a la barra de la taberna, pidiendo al más famoso bravucón de la huerta que les contase detalles sobre cómo había degollado a los masones que habían desembarcado en Alicante. En medio del relato salió el Tort de la taberna con su navaja abierta, describiendo cómo se debía tajar el gazzate de un revolucionario mientras giraba la hoja en el aire, y la forma de despanzurrar a los «negros», como hacía un matarife, igual que con los cerdos en San Martín, dejando que se desangrasen hasta la última gota. Entonces, el párroco pasó al lado de la taberna, cercana a la iglesia de San Valero.

—Padre Record, espere, ¡bendiga mi arma! Ha matado a muchos masones.

«*Cave canem*», pensó el padre Record. «Cuidado con el perro.» Estaba solo, rodeado por un grupo de voluntarios realistas. Se había levantado enérgico esa mañana, apoyado en su fe. O tal vez porque estaba harto de oír historias de matanzas y de crueldades. «Perro, can, canalla, se repitió en su interior, mientras trataba de eludir el encuentro, cuando Boro se interpuso en su camino, al frente de otros de sus matones, que estaban casi tan borrachos como él, riéndose del azorado *mosén* que recogía su sotana para no pisar el barro y el estiércol de la calle. «Y se creen buenos católicos.»

—*Pare, la meua faca és sagrada. Done-li la benedicció, en nom de Déu.*[109]

El padre Record sintió que se había levantado con la gracia de Dios, que no era otra que la luz de la fuerza. Nunca se había sentido con tanto valor desde hacía años, desde que fuera guerrillero de la partida de Ascensio Nebot. *Tempus fugit, verba volant*. «El tiempo escapa, las palabras vuelan.» ¿Tenía sentido estar

en silencio ante ese canalla? Se recogió la sotana y miró el rostro cruzado de cicatrices de su sacristán.

—¡Borracho! ¡Apártate de mi camino!

Por un momento se produjo el silencio entre los parroquianos de la taberna que asistían a aquella escena. El Llautenent había salido también y se quitó respetuoso de la cabeza el chacó de sargento de los voluntarios realistas. Aunque don Vicente tuviera fama de tibio en la lucha contra los enemigos de la fe, la sotana y el hecho de tratarse de un párroco merecía respeto entre los voluntarios. El vicario de Cristo se detuvo lo justo para ordenar a su ayudante que se apartase. No iba a bendecir su navaja, y le recriminó en público su comportamiento, indigno de un sacristán, hasta el punto de que cuando aquel burlón se puso de rodillas y le insistió con gesto teatral en recibir su bendición, se le acercó, le arrebató la navaja y la arrojó hacia el mercado. Cuando el Tort intentó levantarse, don Vicente lo empujó al suelo.

—¡Sacrílego! ¡Cómo profanas el nombre del Señor!

La energía del párroco provocó la sorpresa entre los mocetones y entre los vendedores y las señoras del mercado, que formaron un corrillo en torno a la insólita escena. Nadie recordaba al párroco tan bravo, acostumbrado como estaban a verlo como un buey sumiso, sometido al terror de su sacristán. Habían cambiado las tornas. El fanfarrón del pueblo estaba postrado ante el cura, desarmado, privado de su querida navaja manchada de sangre. Los que unos instantes antes lo miraban como a un héroe, lo veían ahora como a un ídolo caído. El que disfrutaba más ante la afrenta sufrida por el matón de Ruzafa no era otro que Luis Salcedo, *el Llautenent*. Se había vengado por él el cura del pueblo, que le daba las espaldas como un torero al sacristán caído y desarmado, y continuaba su camino hacia la iglesia parroquial. El Tort se levantó del embarrado suelo y buscó en vano la navaja, que algún gracioso se la habría guardado. Empujó a cuantos pudo, hurgó en fajines, pero nada. Estaba siendo burlado. Para disimular, como aparentar que no había pasado nada, lanzó una sonora carcajada.

Entró de nuevo en la taberna del tío Pitxer y pidió aguardiente. Quería seguir erguido, pero en las mesas se hablaba más del párroco que de él, y alguien recordó su fama de guerrillero de Nebot, *el Frare*. Uno de aquellos cachorros de «guapo» se atrevió a brindar burlescamente hacia Boro cuando este se acercó hasta su mesa.

—*Per la navalla sagrada del Tort, que mata «negres» com si foran porcs!* — Y cuando estaba mirando hacia sus compañeros de mesa añadió—: *Però no mata frares perquè els té molta por!*^[110]

Celebró su gracia el chusco. Como tenía tanta rabia, Boro arrojó al insolente una avalancha de patadas y golpes. En el suelo, se puso a horcajadas sobre el pecho del joven, hermano menor de un voluntario, y le puso una botella rota en el cuello. El hermano mayor y sus compañeros lo retuvieron, y le pidieron que perdonase al *nano*. Había sido una broma tonta.

Aquella misma tarde ofició misa sin el derrocado sacristán. Los fieles de Ruzafa lo escuchaban con respeto. Alzó la copa de vino y consagró el pan de la eucaristía con las palabras latinas que no comprendían esas buenas gentes que lo reverenciaban. La iglesia rebosaba de fieles, como ningún otro día de precepto. La escena en la plaza del mercado había corrido de boca en boca y muchos querían ver aquel domingo al cura que se había atrevido a desafiar públicamente al matón del pueblo. Sí, el Tort ya no era el que fue y muchos de los católicos sintieron el mismo alivio al ver la caída de aquel coloso de barro y que en el púlpito se defendía la religión y la autoridad del rey, sin deseos de venganza.

El párroco habló en su sermón del perdón a los enemigos, de la bondad y misericordia de Dios hacia todos los hombres, fuera cual fuere su condición. E incluso del deber de amar a los no cristianos, o a los que hubieran renegado de la fe católica. «Dios es amor.» Aquellas palabras no eran precisamente las que debían difundirse en las misas, según los edictos y pastorales del arzobispado, que exigían la condena constante de los masones y de los liberales.

En los días siguientes a aquel domingo en que Record arrojó del templo del Señor al Tort, el párroco habló de reconciliación, de tender la mano a los que se

alejaron de la fe. «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Su mensaje de paz caló entre las gentes sencillas, que no entendían bien tanta insistencia en acabar con los liberales, al menos en su parroquia, donde todos se conocían. Se apaciguaron los ánimos contra los partidarios y simpatizantes de la causa liberal, que empezaron poco a poco a salir de sus casas sin miedo. Después de todo, tal y como transmitía el párroco en su pacífico mensaje, lo importante no eran las ideas, sino los actos, y al final de los tiempos los hombres serían juzgados por Dios. Ayudaba que los vecinos de Ruzafa eran gente de natural alegre, y sentían como extraña la guerra del arzobispo.

Jerome Châtelier era un hombre culto y refinado. Amigo de los caballos y de la caza, gran amante de los libros. Poseía el gesto marcial de quien había sido coronel del ejército, pues había sido militar desde los días de Luis XVI. Su vida había transitado por la monarquía, la revolución y el imperio, y en su madurez vivía retirado del mundo en la campiña de Bigorre, desengañado de la política y de las miserias del poder, encerrado en el *château* de su familia, a orillas del Garona, ante el horizonte azul de los Pirineos. Conocía bien mi benefactor la lengua española porque había sido y era un hombre ávido de saber. Como diplomático formó parte de la Corte de Bayona, al servicio de Talleyrand, que un día lo apartó de su lado. Junto a Alexandre Laborde, y José I, «el rey intruso» para los españoles, había participado en la redacción de la Constitución bonapartista, que pretendía modernizar el país ocupado, convertido por Napoleón en satélite de Francia. De aquella agitada época recordaba a españoles afrancesados como Jovellanos o el abate Marchena, de los que aprendió muchas cosas.

Su inmensa biblioteca se componía de volúmenes, códices y hasta incunables rescatados de los conventos durante la revolución. Las estanterías ocupaban varias salas de su pequeño castillo. Yo quitaba una mañana el polvo de una estantería cuando descubrí el *Candide, ou l'optimisme* de Voltaire. No pude resistir la tentación y abrí ese ejemplar prínceps de 1759. Recordaba ese libro en la biblioteca del señor Ferrer. Me lo había ofrecido don Albert y yo, timorato entonces, me había excusado de leerlo al tratarse de un libro condenado por la Iglesia. Me sorprendió mi amo enfrascado en la lectura. Volvía de caza antes de tiempo, pero, ante el abandono de mis deberes domésticos, lejos de reprenderme,

me dijo que me lo llevase a mi habitación y que lo leyera con calma. «*C'est un chef d'œuvre*», una obra maestra del ingenio, decía, y quizá cualquiera se podría ver reflejado en las aventuras del infeliz Cándido, discípulo del optimismo, que no creía en la maldad de los hombres, a pesar de ser una víctima constante de ella. Pasé momentos deliciosos leyendo en mis ratos libres las aventuras y desventuras del ingenuo héroe, su permanente amor por la bella, pero ligera, Cunegunde; sus viajes por el mundo, viviendo catástrofes, crueldades y guerras; su paso por Portugal y por España; su fuga de la Inquisición y su salto a América, donde descubrió el mundo feliz de El Dorado, con su fiel Cacambó, para regresar a Europa, a su mundo corrupto y depravado.

Cuando le devolví el libro, el señor Châtelier se explayó sobre las enseñanzas de Voltaire y sobre la luz de sus sátiras. Le encantaba encontrar a alguien con quien hablar, cuando no discutir, sobre libros. Me impuso el deber, dentro de mi trabajo, de conversar sobre el libro que cada semana me daba para leer. Apreciaba a las personas inquietas, y echaba de menos en su refugio campestre el apasionado mundo de las tertulias de París. Lector de la *Enciclopedia*, de la que había sido suscriptor su padre, conocía la vasta obra de Diderot y de D'Alambert, de Rousseau y de Montesquieu, pero, sobre todo, de Voltaire, por quien sentía una fe intelectual que, si no fuera contradictoria, rayaría en el fanatismo. Me confesó que en su juventud había sido amante y admirador de la mismísima Madame de Stäel, la más bella e inteligente dama de la aristocracia francesa. En sus tertulias conoció a los más brillantes intelectuales de Francia. Y como correspondía a una pasión amorosa, con ella se convirtió en republicano y revolucionario. En nuestras veladas me fue contando los azares de su vida. Había combatido en la guerra de la Independencia americana, a las órdenes de Lafayette, y vivido en París los sucesos de 1789 a 1793.

Amaba también la literatura española, en especial a Cervantes y a Quevedo.

—¿Acaso no era Candide una Quijote del optimismo? —me preguntó retando a mi imaginación—. Si el hidalgo manchego creía en su mundo de caballeros andantes, de mujeres ideales y perfectas como Dulcinea, Candide luchaba por su

idealismo, y recibía palizas y vejaciones, manteniendo su amor a toda costa por la infiel Cunegunde, su Dulcinea del Toboso.

Bebíamos té, cuando no coñac, y entre el humo de su pipa y los cigarros flotaban ideas y recuerdos. La biblioteca de Châtelier era su refugio. Allí olvidaba que Francia se desangraba en una guerra interminable. Él ya había dado a su patria el tributo de sus dos hijos varones; el primer muerto por la república, y el segundo, por Napoleón. Surgió la guerra de España.

—Ah, *les espagnols!* Sois una raza indomable y terca cuando se ofende vuestro orgullo, ¿cómo podéis luchar por vuestros Borbones? ¡Estirpe degenerada! No parecen descender de Enrique IV ni de los reyes de Francia. En Bayona conocí a vuestro Fernando, al que acompañé con Talleyrand hasta Valençay. Lo único a lo que aspira es a comer bien y a dormir cada noche con una cortesana. ¿Sabes que felicita a Napoleón cuando sus generales vencen a los españoles? Vive como un marajá en casa de Talleyrand. Yo recuerdo al pobre de Louis XVI también un tanto limitado, pero en comparación a vuestro rey era todo un genio. *A bon temps!*[111] ¿Y los curas que revoloteaban junto a él en Bayona? Les importaba poco que España fuera engullida por Francia mientras se perpetuase la Inquisición. Fernando el Bellaco, así lo llama Napoleón. Mientras morís por su trono, y él juega a la gallina ciega en Valençay, con *cocottes* de Talleyrand.

Sentía hacia España una mezcla de atracción y de rechazo. Yo callaba ante las opiniones de Châtelier, del que me sorprendían su origen noble y su pasado revolucionario y jacobino. Me dijo que Madame de Stäel había influido en él, como la logia del Gran Oriente de Burdeos, fuentes de donde había bebido el *vérine* de la libertad. «*Pour raison, je ne peux pas aujourd'hui adorer plus à Napoléon.*»[112] Había renunciado a los círculos bonapartistas, a sus prebendas.

—He dedicado mi vida a la libertad y al progreso de la humanidad, ideales que se han ido transformando en lo contrario de lo que fueron. Poco después de recibir la noticia de la muerte de nuestro segundo hijo en Jena, mi esposa, Madeleine, falleció de pena, me dediqué a la política. Participé en los enredos de

Talleyrand, fui agente suyo y bebí del cinismo de quien había sabido estar con Louis XVI, con la república, con el consulado y con Napoleón.

»Una vez, al atravesar el norte de España, tuve una extraña visión en un paraje del campo. Louis, mi primer hijo, estaba cerca. Yo sabía que había muerto en la guerra de la Convención, pero nunca me dijeron dónde estarían sus huesos. Ordené al cochero que detuviese la diligencia en el recodo de un camino, muy cerca de un bosque de hayas. Lo reconocí, sí, a mi querido hijo a quien no había visto en tantos años, y después se esfumó. Era un idealista, ¿sabes? Podría tener tu edad, más o menos. Yo fui el culpable de que creyese en la libertad, y que muriese por ella. Apareció entre las hojas amarillas y rojas de aquel monte de hayas y se esfumó. ¿A que parece increíble? Yo, el racional, el hombre ilustrado, tuve esa visión, tan clara para mí como te estoy viendo ahora. No sé, ni sabré jamás, dónde yacen mis hijos.

Yo escuchaba a Châtelier, y vi que sus ojos se perdían en un punto invisible. Hojeé comedias de Lope de Vega, poemas de Quevedo y de Calderón. Y un *Don Quixote* del siglo XVII, cuyas páginas él releía constantemente. Comprendí la amargura de mi protector y su inclinación por la ironía y el sarcasmo. Le agradecía su hospitalidad, pero yo quería volver a Valencia. «*La maudite guerre d'Espagne*» le escuché ante un vaso vacío. Las noticias de los periódicos bonapartistas hablaban de victorias en España, pero la guerra estaba en tablas. Ingleses y portugueses avanzaban por el oeste, los españoles resistían, los guerrilleros volvían locos a los invasores. Morían cientos de franceses en emboscadas. España era el infierno del sur. El antiguo revolucionario deseaba que acabase la locura de Napoleón y su afán de conquistas. A Francia le interesaba sellar la paz con Inglaterra, decía. Si Canadá se quedó para los ingleses, el futuro estaba en la India, donde las dos grandes potencias deberían unirse para imponer allí el comercio y la cultura europea. ¿Merecía la pena que se destrozasen los países civilizados?

En esas veladas el barón se burlaba de su yerno, el coronel de húsares. En la cena del 1 de enero del año de 1812, escuché noticias que me sobresaltaron. Se

jactaba el glorioso jinete de haber participado, a las órdenes de Soult, en la batalla de La Albuera, donde los húsares rompieron las líneas de ingleses y españoles. Él, al frente, con su caballo blanco, que más que un corcel de cuatro patas parecía un Pegaso volador. Luego, contó entre carcajadas cómo en el frente oriental el mariscal Suchet había vencido en Sagunto a Blake y lo había acorralado en Valencia, una ciudad a punto de caer gracias a la torpeza defensiva del español, al que ya habían derrotado en Belchite y en otros lugares de España. El botín sería inmenso. Al escuchar el nombre de Valencia y de Suchet se me cayó una bandeja, con un plato de *canard rôti*, sobre la alfombra. Me sentí como muerto.

Llegaron los idus de marzo de 1826. Se anunciaba ya la temprana primavera en el aire de la huerta, cargado de serenidad y de paz. Los días eran cada vez más largos y cálidos y la luz reverberaba en la extensa vega, que se mostraba más exuberante y lujuriosa que nunca. Aquel invierno la lluvia había sido abundante con la tierra. Las acequias rebosaban de agua limpia y fresca gracias a la caída del cielo y a la que se administraba por el milenario Tribunal de las Aguas. Los naranjos habían dado una buena cosecha y la flor del azahar de los futuros frutos comenzaba a brotar. Desde la muralla ocre de Valencia hasta los canales y sendas que conducían a la albufera, volaba la brisa primaveral hacia las dunas de El Saler y los pinos de la dehesa. La vida surgía en cada rincón; el verde de las hojas de las moreras competía en belleza con el follaje de las madreselvas y de los arbustos de las cunetas, salpicadas de geranios y de margaritas silvestres. Las barracas parecían seres vivos, animales blancos con el sombrero de sus tejados de paja y una cruz a cada extremo, que anunciaba la morada de cristianos viejos; criaturas de cara alba, con nariz y boca azul en su centro, según que la puerta estuviera cerrada o abierta y salieran de ella niños o viejas enlutadas. En los porches se sentaban las mujeres con las ruecas y los husos de hilanderas de seda y saludaban a los que pasaban, se cantaban alegres canciones y se rezaba el rosario. Las jóvenes casaderas cruzaban miradas con los contradizos mozos, invitándolos con sus ojos morunos al eterno juego de la seducción. Y el rito de la vida se perpetuaba en bodas y nacimientos que renovarían la tierra, como siempre había sido y sería.

Era imposible que el rencor triunfase en una tierra así, bendecida por Dios. Los partidarios del fanatismo se vieron cada vez menos secundados en sus

tropelías y se dejó temporalmente en paz a los sospechosos de ser contrarios al absolutismo. Nadie levantó la voz al padre Record, que predicaba la paz y la concordia entre sus feligreses. Se acercaba San José, y toda Ruzafa bullía con el trino de los jilgueros y por la luz que resaltaba los rojos y amarillos rosales y las buganvillas que trepaban por las fachadas blancas, junto a las margaritas. Llegó la mañana del día de San José. Mariana iba y venía de Valencia, donde trabajaba en casa de una condesa como criada. Había sido recomendada por el padre Record y, aunque se decía que su señora era la esposa de un conocido jefe liberal, emigrado a Inglaterra, llevaba una vida discreta y se había mantenido a salvo, como si se tratase de una viuda, de las persecuciones de los absolutistas. El único que no había ido a misa era Joanet, que había hecho de las suyas por las acequias. El Il·luminat se encontraba feliz en San Valero. En su refugio no musitaban las letanías y las oraciones que le habían hecho famoso como visionario en el pueblo. Algunas mujeres que apreciaban a Mariana, a pesar de la mala fama y de las murmuraciones, la saludaban al salir de misa y le deseaban que algún día la Virgen de los Desamparados obrase el milagro de que su padre recobrara la razón, perdida en la guerra por defender a su familia. La Gabino llevaba para las más pobres limosnas de parte de la condesa de Almodóvar, disfrutaba con su padre del paseo y le ordenaba la casa.

Mariana Gabino, Josep Vivó y sus respectivas familias iban a celebrar, con un caldero de arroz a la leña, el santo del anfitrión en su alquería cercana a la Fonteta de Sant Lluís. Apareció al mediodía el padre don Vicente Record, que venía de officiar sus misas y de bendecir el agua de la ermita de Monte Olivete. Saludó a Josep con un abrazo y también a su hijo mayor, del mismo nombre, y no se resistió demasiado a aceptar la invitación de la familia y de los amigos del agricultor a quedarse con ellos y compartir el caldero que el anfitrión estaba preparando, con verduras y carne de pato, y, como aficionado que era a animadas reuniones y a comilonas, se sentó a la sombra del emparrado y, aceptando el trago de vino de una bota que circulaba entre los invitados, se unió a la alegría general. Paquito, el hijo menor de Josep, antes de la comida comenzó a ensayar

con su dulzaina y hasta uno de los amigos de la familia se arrancó a cantar una jota valenciana, en honor del santo y de los presentes.

El Il·luminat comenzó a bailar en el centro del corrillo, y aunque a Mariana le molestaba que su padre pudiera ser objeto de burlas o chanzas, no sintió que los aplausos y las sonrisas fueran esa vez ofensivas hacia su padre. Estaban entre amigos, la vida era bella, aunque en el grupo faltase una persona que sufría en prisión. Se había dejado una silla de esparto vacía alrededor del caldero de arroz, con una casaca militar, el sombrero de ala ancha y unas botas de montar, atuendo con el que se le había visto tantas veces cabalgar por los marjales. Allí también se guardaba su sitio al maestro Ripoll. A él le gustaría sentir el aroma del arroz y el calor del sol primaveral en su rostro, pero nunca que su ausencia privase de un día de alegría a sus amigos. Ese era el mejor homenaje que podían hacerle. Su recuerdo estaba muy presente y, hasta los menos acostumbrados a los rezos, como Josep, se unieron al padre Record cuando antes de comenzar a comer les pidió a todos que elevasen al cielo una oración por el maestro. Todos hablarían al Señor de corazón, pensando en aquel hombre que sufría, expresando libremente lo que sintieran. Él rezaría un credo, como ministro de la Iglesia, pero cada uno era libre de rezar lo que quisiera, incluso aunque no fuera una oración cristiana.

—Que Dios esté con él, como Cristo estuvo con los perseguidos por la justicia.

Después de aquella heterodoxa oración y del silencio posterior, volvió a sonar la música del tabalet y la dulzaina y se entregaron todos a disfrutar de la comida y del vino, compartiendo con sus cucharones de madera el mismo caldero. Josep estaba contento de sentirse tan bien acompañado aquel día, junto a su familia y amigos. Lo único que sentía era que su mujer no pudiera estar con ellos. Le llevaría flores a su tumba, junto a sus hijos reunidos en la fiesta de su santo. Después de la comida, mientras algunos se dejaban llevar por el sopor de la siesta, se sentaron otros en sus taburetes de esparto. Josep felicitó al vicario por su valor contra el Tort y los voluntarios realistas. ¿Cuándo se daría cuenta el simple de Luis Salcedo de que su lugar no podía ser el de los fanáticos? El padre

Record se sentía orgulloso de haber plantado cara al matón del arzobispo, pero en su interior deseaba que todo volviese a su cauce y no se hablase más del tema. Se sabía mal visto por la Junta de Fe y le podía pasar como a José Frau, el párroco de Benaguasil condenado por la Junta por afinidad con los liberales, a quien el gobernador Andriani había enviado a pasar los próximos doce años en Ceuta. Cuando la mayoría de los invitados se retiró, se acercó a Mariana, que paseaba con su padre por una senda cercana.

—Entonces, la condesa te ha informado de lo de Guardamar, ¿no es así?

—Sí, dice que lo de Cayetano está muy complicado, que está perdido... O casi.

—¿Casi? ¿Le entregaste las últimas cartas para Londres?

—Sí, dice la señora condesa que gracias a un joven valiente, que va y viene a Gibraltar, recibe noticias de los que están allí... Me ha dado esta carta *pa usté*.

El párroco se colocó los anteojos, abrió el sobre y con unas gotas de limón reveló las letras ocultas y se hicieron visibles las negras grafías de un nombre, escrito al revés según el código de los mensajes cifrados. Leyó el papel contra el sol y exclamó: «¡Manuel Bertrán de Lis está vivo!» Mariana se había detenido ante los inundados *tancats* con expresión atónita. Todo era demasiado misterioso para ella, no solo la escritura en un papel, pues apenas sabía leer, sino todo aquel juego de mensajes ocultos y de cartas cifradas. Ella hacía de correo entre el padre Record y la condesa de Almodóvar, que enviaba cartas a los emigrados en Inglaterra y recibía las respuestas.

—Escucha bien, querida Mariana —le dijo el cura con su sonrosado rostro lleno de enérgica emoción—. Cayetano se puede salvar. Hay un hombre capaz de ayudarlo. Escucha bien su nombre: Manuel Bertrán de Lis. ¡Se salvó de Guardamar!

La mujer no entendió al párroco. Existía un plan para salvar al maestro. Bertrán de Lis se había salvado de la masacre, y con él parte del dinero traído de Inglaterra para ayudar a los liberales. Esas libras de oro serían las llaves de San Narciso. El futuro salvador de Cayetano permanecía escondido en un lugar

oculto, que no era posible revelar a nadie. Por eso no debía comentar nada; él no dudaba de su prudencia y de su discreción, pero todo tenía que ser como un secreto de confesión. Al menos por el momento, dijo mientras arrojaba a una acequia los jirones de papel de la carta despedazada y sacaba otro sobre lacrado de una de las mangas de su sotana.

—Toma, entrégale esta carta a la condesa. ¡Hay una posibilidad para Ripoll! Y me dice la condesa que en su salvación intervendrá tu padre. ¿Qué querrá decir con esto? El caso es que ahora, cuando vuelvas a Valencia, debes entregar a la señora mi carta y traerme la que le entregue Manuel Bertrán de Lis. ¡Ya está en marcha!

Don Ramón, que había permanecido en silencio, miró hacia el párroco con unos ojos que parecían comprenderlo todo, y sonrió. Había algo que le concernía de esa conversación. Pareció haber recuperado la razón en sus ojos vidriosos, que por un momento parecieron llenos de luz y de serenidad.

Al caer la tarde, el padre Record regresaba a su parroquia. Pudo ver en la plaza del mercado cómo los niños llevaban de las barracas y de los talleres sillas rotas y paja seca y apilaban trastos, entre los que había muebles viejos y tablones desechados, en el centro de la plaza.

A medianoche estarían listas las hogueras. Todos aprovechaban para librarse de lo viejo, celebrar la llegada de la primavera. Era esa una fiesta tremenda, pues volvía a los hombres niños. Padres e hijos se unían recogiendo la paja y el serrín que metían a empellones dentro de sacos hasta formar monigotes con forma humana, con escobas como brazos y piernas, y calabazas en sus cabezas, tocadas con sombreros de esparto, con narices de pepino rojo y ojos blancos de cáscaras de huevo. Esa noche era una alternativa al prohibido carnaval, en honor al santo patrón que daba rienda suelta a la reprimida alegría. Sonaría la música en honor del casto esposo de María y, gracias al vino y al baile, la fiesta de fuego parecería un aquelarre de brujas y de demonios. Las pequeñas hogueras ardieron como hijas de la fogata principal, formando un bosque de llamas como lenguas rojas hacia el cielo nocturno. Sonó el estruendo de la pólvora y se dispararon al

aire trabucos y carabinas. Los vecinos de Ruzafa y de toda la partida miraban ensimismados el resplandor de aquellas llamas purificadoras, que devoraban los objetos apilados y los monigotes de saco y de paja, y que se derrumbaban envueltos en el fuego, retorcidos sobre las brasas, como demonios caídos en las purificadoras lenguas rojas que los abrasaban.

El padre Record se colocó junto a unos niños, hipnotizado por el fuego. Entre las pavesas agitadas por el aire, reconoció una silueta al otro lado de las llamas. Conocía esa cabeza lisa y ese cuerpo espigado. Miguel Toranzo lo desafiaba detrás de la pira. Los niños le tiraban de la mano, forzándolo a acercarse a las brasas del suelo. Sintió el calor del fuego hasta que se apagó. No había nadie ya. Solo una visión, hija del milagro del fuego. ¿Qué haría un alto prelado en una fiesta? A lo mejor vigilaba lo dispuesto, la prohibición de la música dictada por el arzobispo. La sombra había desaparecido.

Tenía que regresar a su barraca, cerca de la muralla y de la acequia de Na Rovella. La noche estaba poblada de rumores. Los cañaverales agitados por el viento. Presintió en los ribazos danzarinos soldados emboscados. «Será el vino de esa tarde.» Escuchó sus pasos, el crepitar de las hojas secas y el murmullo de los matorrales. Otros pasos. Se detuvo para asegurarse. ¿Serían *roders*?, bandidos que robaban a los caminantes, o borrachos que volvían de la taberna tras celebrar la fiesta del santo patrón. Apretó el paso hacia su barraca, que se podía adivinar entre las sombras de los chopos. Echaba de menos el resplandor de las hogueras de aquella noche sin luna, bajo el inmenso cielo estrellado en el que las nubes se movían empujadas por la brisa. «Marzo ventoso, abril lluvioso, hacen de mayo florido y hermoso», dijo para sí el padre Record, que con aquel refrán estúpido intentaba aplacar el creciente terror que hacía que le temblaran los tobillos. Giró el rostro hacia atrás y sintió que lo acechaban las sombras negras, siluetas siniestras como las de unos lobos que iban hacia él. Apresuró el paso y perdió una de las alpargatas en un agujero de barro. Quiso recogerlo en la oscuridad, pero se levantó y comenzó a correr.

Estaba demasiado grueso. Se ahogaba. Tropezó en un bancal y cayó. La

angustia hizo que no sintiera el dolor de las espinillas. Las cuatro figuras encapuchadas lucían espadas, como las del arcángel san Miguel. Sus rostros estaban ocultos bajo capirotos con cruces de plata.

—¡Señor! ¡Tú tienes el poder de aplastar a los demonios!

Hablaba el jefe de los lobos.

—¡El Señor sea contigo! —pronunció el jefe de la cuadrilla.

—Y con tu espíritu —dijeron a coro los otros tres por respuesta.

—En nombre de nuestro Señor, por la señal de la Santa Cruz. Señor defensor dirige tu mirada piadosa y castiga a este hijo bastardo, a este traidor, con el poder de Cristo que sacará el espíritu de Belcebú de este Judas, de este falso servidor de Dios.

Don Vicente se incorporó, pero le dieron un golpe en la cabeza y cayó de nuevo. Sentía la humedad de la tierra en la nariz. Los podía escuchar con el rostro pegado a la hierba. Una focha saltó de los cañaverales, asustada por las siluetas negras.

—Es Dios mismo quien lo manda. Dios padre nos manda. Dios hijo nos lo manda. El Espíritu Santo lo manda. La sangre de los mártires lo manda.

Repitieron al unísono el mandato mientras acercaban la punta de las espadas hacia el pobre párroco, que se había incorporado hasta hincarse de rodillas.

—¡Tú, príncipe de los asesinos, *exorcisamus te!* Maldito entre la especie humana, *inmundus spiritus, omnis satanica potestas*. El señor juzgará a los vivos y a los muertos.

Don Vicente supo que estaba muerto. Había llegado el momento más temido. ¿Le asustaba la muerte? No, él no tenía nada que temer. La había visto muy de cerca; se había burlado de ella en su época de guerrillero y hombre valiente, y no de acomodado párroco de un pacífico arrabal de barracas y huerta.

—¡Sé quiénes sois! No me podéis derrotar... —dijo tosiendo Record y santiguándose. Se limpió el barro de la boca con romero—. ¡Os conozco a todos!

—¡Mira la cruz del Señor! —lo invocó el que mandaba con su cruz de plata alzada mientras le apuntaba con la espada—. Por los siglos de los siglos, amén.

Sabemos que eres un agente de los liberales. Una carta con destino a Inglaterra ha sido interceptada. El ángel Gabriel la captó en pleno vuelo. Y yo, Miguel Arcángel, el Ángel Exterminador, te voy a castigar por tu traición a Cristo.

Con un esfuerzo sobrehumano, el párroco se levantó. El encapuchado a su derecha no podía ser otro que el hijo de perra de su sacristán. De un manotazo le quitó la capucha, y arrebatándole la espada la empuñó y la puso en el pecho del sicario. Empezó a sollozar. Los otros se abalanzaron sobre el párroco. Lo derribaron. Boro, *el Tort*, se alzó del barro.

—*Deixeu-me aquest porquet tot per a mi.*[113]

—¡Alto! No lo matéis todavía... —exclamó el jefe de los negros lobos, el inquisidor Toranzo—. Nuestro padre renegado sabe cosas que tiene que confesar. ¡Sométete a las fuerzas que luchan contra Belcebú! Aún te puedes salvar, si nos cuentas la verdad, pequeño Record.

Sonaron risas afiladas. Las puntas de acero rozaban los hábitos del sacerdote, se le clavaban en las rollizas carnes.

—¡Señor! Perdona mis pecados sin límite.

—¡Bien dicho! Él te perdonará cuando nos digas lo que queremos saber —restallaron las hirientes voces de los hijos del ángel. De entre las chanzas surgió como una fiera herida la silueta del padre Record, erguida sobre sí mismo.

—¡Asesinos sin alma! No habléis en nombre de Cristo, malditos hipócritas. ¡Jamás os diré nada! —Y en un arranque de indómita fuerza, arrebató la capucha de Miguel Toranzo y le escupió a la cara—. ¡Hijo de Satanás! ¡Tú eres el diablo! Cristo mío, Jesús de los pobres, acógeme, bendice a los buenos y castiga a los malos...

Cuatro espadas se hundieron en su cuerpo enhiesto, sin que el bravo vicario agachase la cabeza ni exhalase un lamento.

Madame Lafitte no era ya la sumisa esposa de un oficial. Gastón de Lafitte se convertía en un bruto cada vez que bebía. La primera noche de 1812, su suegro sabía que estaría ya borracho gracias al Bergerac Blanc servido en la comida. Cuando el airado húsar desenvainó su sable curvo y se abalanzó sobre mí, dispuesto a rebanarme en pedazos por mi torpeza, al caérseme la bandeja con su *canard*, Madame de Lafitte se interpuso frente a sus tiosos mostachos con valentía, pidiéndole que se contuviera en su presencia, y Monsieur Châtelier tuvo que arrebatarse el sable de un manotazo, lo que le costó un corte en su palma abierta.

Por un momento creí que sería el último de mi vida, mientras recogía los restos del pato de la discordia. Tras la agitada cena y el embarazoso silencio posterior, la hija del barón subió a sus aposentos, quizá con el deseo de que su marido durmiese la borrachera en cualquier rincón, o que se desahogase como solía con alguna criada. La noche fue larga y, cuando el energúmeno esposo empujó la puerta de su habitación, tuve que derribarlo de un golpe en la cabeza para llevarlo, con la ayuda de otros criados, a otra habitación, donde pudo entregarse al más profundo de los sueños. Châtelier me agradeció la defensa de su hija, a la vez que me ponía al corriente de los secretos de la logia del Gran Oriente, de la que era el Gran Maestro el rey José de España. Suchet quería mostrarse magnánimo con Valencia si se rendía tras los bombardeos de enero.

Mi tristeza continuó los días siguientes. Estaba obsesionado con regresar a España, a Valencia, y ese deseo me dominaba con más fuerza que nunca. Rezaba a la Virgen y repasaba las cuentas de un rosario que guardaba, pidiendo por los míos. En el horizonte de la campiña de Tournai se divisaba la silueta nevada de

los Pirineos, una barrera que desde luego no podría atravesar. «Morirás congelado —me repetía el barón— si no te cazan los soldados que patrullan los senderos.»

Desde la ventana del *château* de mi protector se podía ver a una legua la silueta del castillo ruinoso de Mauvezin, el de los antiguos condes de Bigorre, señores de aquel reino de frontera. La torre del Homenaje y los muros de esa fortaleza con la que la Francia de los cruzados se defendió en la Edad Media de los musulmanes españoles. Y más allá de las piedras de los hombres, la inexpugnable barrera de los Pirineos, colosos azules y blancos que emergían entre la niebla. Lamentaba mi suerte de no haber podido acompañar a Dolz. «Están muertos.» Me desperté una noche de febrero. Mi terrible sueño me empujó a salir en medio de la noche, hasta quedar inconsciente en la nieve. Cuando desperté, temblaba y tosía mientras una criada del barón me colocaba un paño caliente. Le pedí permiso al barón para marcharme.

—Ni lo intentes. No hay ninguna posibilidad de cruzar los Pirineos en invierno, y de que puedas socorrer a tu familia. ¿No recuerdas que Francia ocupa Aragón y Cataluña? ¿Adónde crees que llegarás? Si sales de aquí, yo no podré protegerte más. No puedes hacer otra cosa que encomendarte a tus vírgenes y a tus reliquias. La nieve cubre los caminos y los valles, y no se marchará hasta marzo.

Châtelier me invitó al interior del *château* y me abrió las puertas de su biblioteca, el lugar donde se consolaba de sus penas, entretenía su espíritu y se aislaba del mundo. Allí se adivinaba el alma de su madre, una mujer bella e inteligente que le había inculcado el amor por los libros. Estos, junto al ajedrez, la caza, el paseo y las conversaciones con personas inteligentes eran la mejor medicina para el alma. Él conocía la naturaleza de mi angustia. La había sentido años atrás, cuando había visto marchar a sus hijos a luchar por la patria. El primogénito en nombre de la revolución, en 1793; el segundo había salido con la misma ilusión guerrera a luchar por Napoleón en 1804. Ninguno había regresado.

—Sé que los libros no pueden compensar por la soledad o por el dolor de una pérdida, pero yo te digo que ellos ocuparon mi mente en los días más aciagos de mi vida. Los libros han sido mi consuelo, y también mi maldición.

Yo estaba en el centro de la habitación y mis ojos se dirigieron hacia los lomos de los diecisiete volúmenes de *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts, et des métiers*, que ocupaban el quinto piso de las estanterías. El padre del barón había sido suscriptor de la *Enciclopedia*, el libro de los libros.

—Ah, *Dennis Diderot et Jean D'Alambert. Ils sont les coupables de tout!*^[114] —exclamó el barón mientras sacaba uno de los tomos y lo acariciaba como una reliquia religiosa—. ¡Si no fuera por esos condenados diablos nada habría cambiado! Mi vida habría sido la de un joven de buena familia, la propia de un noble de provincias ajeno a la Corte de París, a las revoluciones y a las agitaciones del poder. Habría transcurrido mi existencia plácida y sin alboroto, como agua de un río manso, en medio de la belleza de este lugar apartado del mundo. Cazaría corzos en la falda de los Pirineos, pescaría truchas en las orillas del Adour, y cabalgaría por la tarde por la campiña. Mis dos hijos varones vivirían y me visitarían los domingos, junto con mis nietos, para ir a misa a una ermita cercana. No estarían yaciendo en una fosa anónima, donde hubo un campo de batalla, y yo, un día moriría contemplando el paisaje, tras haberlos visto crecer felices, orgulloso de mi hacienda y de mis descendientes.

Callé mientras Châtelier contemplaba la nieve.

—Siempre que estoy triste, regreso a la biblioteca. Es como ir de caza, cada página puede esconder una sorpresa que descubrir.

Me recomendó lecturas amenas: libros de viajes y aventuras, las de un inglés que contaba la historia de un naufrago capaz de sobrevivir en una isla desierta, o las fantásticas aventuras de Gulliver, escritas por un irlandés llamado Jonathan Swift que contaba cómo naufragaba en una isla fantástica donde los hombres eran diminutos, y luego, en otro viaje, arribaba a otra isla de gigantes. «Si esos bastardos ingleses no fueran enemigos...», exclamaba. Y me mostró otros ejemplos de entretenimiento, como los de Richardson y de Laurence Sterne.

«¡Cuánto ingenio ha salido de la pérfida Albión!» Yo compaginaba mis servicios como criado en su casa y de los animales con los libros que me prestaba y cuya lectura era objeto de nuestras tertulias en el momento de la tarde en que el alma necesita recogerse junto al calor de una chimenea y charlar.

Al invitarme a la biblioteca me había abierto su corazón. Una tarde escogió un tomo de la *Encyclopédie* y me lo puso en las manos. Me insistió en que esperase al final de la guerra para intentar regresar. «El destino es imposible de alterar», decía. El mariscal Suchet había conquistado Valencia. El ahora duque de la Albufera había reconstruido los daños causados por sus bombardeos, inaugurado alamedas y paseos, y reabierto la universidad para demostrar que la voluntad de Francia era ayudar al pueblo ofreciéndole las maravillas de la cultura gala. Yo debía aceptar su protección hasta que acabase la guerra, o hacerme soldado de José Bonaparte, pero Châtelier sabía que yo era hombre de honor y que no lo haría por principios.

—Si fuera creyente, te diría que todo está en manos de Dios. Perdí la fe hace mucho tiempo, quizá por influencia de mi madre, una mujer excepcional, una autodidacta que aprendió sin ayuda de nadie matemáticas y filosofía. O tal vez, al morir el mayor de mis hijos, combatiendo contra los españoles en 1795, durante la guerra de la Convención. Él era un joven revolucionario, al que yo había dejado crecer en medio de estos libros.

—¿En la guerra del noventa y tres? ¿Cómo se llamaba su hijo... el primogénito?

—Se llamaba Louis. Nació poco antes de mi partida a Nueva Inglaterra con Lafayette para apoyar a los colonos americanos. Se trataba de tomarnos la revancha de la derrota de 1763 en la que los ingleses nos arrebataron Quebec, pero esa guerra se convirtió para nosotros en una escuela de revolución. Participé en la batalla de Yorktown y dimos a George Washington una buena ayuda para la victoria. Regresé a Francia en 1783 y traje conmigo la revolucionaria *Declaration of Independence* de Jefferson. Lo que no se imaginaba Louis XVI era que con aquella guerra, en la que Francia ni siquiera

recuperó Quebec, se levantó el armazón de la guillotina que le cortaría la cabeza. Demasiados impuestos se establecieron para salvar el reino de la bancarrota. Eso junto a los ideales de igualdad y de libertad aplicados en el Nuevo Mundo fueron la semilla de la revolución.

—¿Y su hijo se hizo revolucionario?

—En mi casa se respiraba un ambiente ilustrado. Compartía con él esta biblioteca, un tesoro que heredé de mis padres y que hice más grande. Louis renegó por mi culpa a su título nobiliario, se hizo jacobino y participó en los hechos de 1793. Cuando estalló la guerra de nuestra república contra la Europa monárquica, se alistó como voluntario para defender la revolución. A él le tocó luchar en el frente sur, contra vosotros los españoles.

—Y... ¿sabe qué fue de él? ¿Cómo murió?

—No lo sé... Lo hicieron prisionero y su rastro se perdió en el interior de España, a donde habían penetrado nuestras tropas... Seguramente lo fusilaron...

Abrí un tomo de la *Enciclopedia* por la palabra *azar*. Châtelier atribuyó mi silencio a la lectura. Lo que no imaginaba era que yo había matado a su hijo y el destino me sentaba en el sillón donde aprendió a leer. Por una extraña ley del universo, allí empezaba a purgar mi culpa. Usurpaba el afecto de su padre, manoseaba los libros que un día él le había mostrado, abriendo su mente. Yo me hallaba en su casa por un capricho del azar, o quizá de la Providencia divina. Entonces le pedí perdón y él me miró extrañado. ¿Perdón por qué? Se había recuperado su voz de la tristeza y, cambiando de tema, continuó hablándome de los libros y de su amor por ellos.

—Los libros son la causa de los bienes y de los males del mundo. En ellos se destila el veneno del saber, el pozo de la sabiduría, como también la angustia de la duda. Son la tentación de la serpiente a Adán y Eva, el fruto prohibido del bien y del mal que al probarlo provocó nuestra expulsión del paraíso de la inconsciencia. Y entre todos los libros, este *Diccionario Enciclopédico* representa la acumulación del saber, una avaricia espiritual, no material, de los hombres. ¿Notas cómo te hablan sus páginas?

Yo no podía levantar la mirada de las letras impresas. Me vi leyendo una definición, la de la palabra *democracia*. Me entregó el tomo con artículos sobre distintas formas políticas, como la *aristocracia*. Comencé a hojearlo, mientras el barón se levantó y sacó otros tomos de las estanterías, mientras él se recostaba en la alfombra.

—¡En la *Enciclopedia* está todo! Con el libro de los libros se abrió la caja de los truenos. Nada ha llevado a los hombres más cerca de la libertad, desde que los griegos inventaron la retórica y la dialéctica, como esta enciclopedia. ¡Y todo surgió de una rivalidad entre ingleses y franceses! Había que competir con una *Cyclopedia*, la de un masón llamado Ephraim Chambers. El inglés pidió a las logias del mundo que colaborasen en la nueva edición de todos los saberes, pero el librero Le Bretón, encargado de hacer la traducción de esta edición en Francia, propuso emprender la escritura de nuestra propia *Encyclopédie* francesa, proyecto que acabó en manos de Diderot y D’Alambert. Y tanto este filósofo como el científico emprendieron la gigantesca misión recabando la colaboración de expertos en todas las materias del saber de todos los tiempos, apoyados por nobles que deseaban ampliar sus conocimientos. Ah, y sobre todo gracias a Madame Pompadour, la favorita de Louis XV, que los protegió. En Francia habíamos tenido a Descartes y creído en la luz de la razón. Los dogmas de la Iglesia y de la Biblia no explican los enigmas de la naturaleza y las dudas del hombre. Por eso el sueño de los enciclopedistas se apoyaba en la máxima de Diderot: «*Le scepticisme est le premier pas vers à la vérité.*»^[115]

Sí, la verdad surgía del contraste entre personajes que dialogaban, se oponían entre sí y pulían sus ideas, como hizo Platón con sus «Diálogos». Allí, el contraste entre la visión del mundo de un cristiano, un ateo, un escéptico y un deísta servía para poner en duda las verdades establecidas. Le pregunté qué personaje era el deísta de Diderot, y qué religión era esa. Yo sabía de las creencias en el mundo, de la fe cristiana en sus múltiples formas, de los mahometanos, de los judíos, aunque fuera a través de la teología aprendida en el seminario de Solsona. También sabía algo sobre el ateísmo, pero nada del

deísmo. Châtelier me explicó que el deísmo no era una religión, sino una postura ante la religión y a favor de la idea natural de Dios. Todo partía de la razón humana y del deseo humano de creer en algo más que en la materia, de la creencia en la inmortalidad del alma, y a la vez del rechazo de la intolerancia de las religiones dogmáticas.

Châtelier me citó a Voltaire y me habló de Dios. El mordaz Voltaire no negaba su existencia, aunque defendía que su fe no debía imponerse mediante la revelación. El hombre iluminado sigue *une religion naturelle*,^[116] que excluye la revelación, la autoridad de la Iglesia, los prejuicios y la coacción, y discute los dogmas. La fe en un ser supremo se hallaba de forma natural en el corazón del hombre. El origen del deísmo se podía hallar en filósofos ingleses, en Herbert de Cherbury, que en el siglo XVI expuso por primera vez estas ideas, y en David Hume, cuya obra *The Natural History of Religion* me mostró, aunque como en otras cosas, pensaba que lo surgido en Inglaterra había sido perfeccionado en Francia. La naturaleza humana impulsa a creer en seres superiores: «*The belief of invisible, intelligent power has been very generally diffused over the human race, in all places and in all ages.*»^[117] La época del politeísmo y del monoteísmo había sido superada. La luz de la razón era lo importante frente a las sombras del fanatismo, y era necesario indagar para comprender —y amar— a ese ser supremo.

Rousseau, colaborador de Diderot en la *Enciclopedia*, situaba la razón como principal faro en materia religiosa, aunque vagamente aceptaba la existencia de un creador. Era deísta, como Voltaire; mientras que Diderot se declaró un ateo valiente y sin tapujos. Châtelier se identificaba con él. Abrió los *Pensées philosophiques*. En nombre del cristianismo se habían cometido los mayores crímenes: «*Jamais aucune religion ne fut aussi féconde en crimes que le christianisme; depuis la meurtre d'Abel jusqu'au supplice de Calas, pas une ligne de son histoire qui ne soit ensanglantée...*»^[118] Fe y razón son contradictorias. ¿Cómo explicar que Dios creó la luz antes que el Sol, que el mundo se creó en siete días, que el hombre surgió de la arcilla, y la mujer, de una

costilla del hombre; que el pecado original consistió en comer una manzana? La curiosidad trajo el pecado original y un castigo desmesurado, la expulsión del paraíso, el dolor y la muerte... No, un dios inflexible y vengativo no era bueno, condenaba al suplicio eterno, al infierno infinito. Como el peor de los hombres. Châtelier se exaltaba al leer a Diderot en voz alta: *«Cette religion est la plus inintelligible, la plus métaphysique, la plus sujette à divisions, sectes, hérésies...; la plus plate, la plus maussade, la plus gothique et la plus triste dans ses cérémonies; la plus puérile et la plus insociable dans sa morale considérée, non dans ce qui lui est commun avec la morale universelle, mais dans ce qui lui est propre...»*[119]

Yo escuchaba al viejo noble, convertido en su juventud a jacobino. Sí, me decía, había creído en la divinidad, pero por temor a la muerte, a la enfermedad, a lo desconocido. Junto a Madeleine, su esposa fallecida, había rezado para que sus hijos volviesen de la guerra. Renán, su segundo hijo varón, cayó en una de las batallas más gloriosas de Napoleón. Hasta había rezado a Dios, del que dudaba, para que interviniese por sus hijos. «Ah, el gran Napoleón, ¿Bonaparte el revolucionario o el emperador?»

¿Y había pasado mi vida luchando contra los franceses?, pensé. El progreso era un camino lleno de obstáculos. La única guerra válida era la del hombre contra la sinrazón.

Cuando llegó la primavera y se despejaron los caminos de nieve, mis sueños se desbordaron. Con el deshielo regresaron muchos combatientes que habían estado en España. El emperador había dispuesto la formación de un gran ejército para emprender la más grande empresa militar de todos los tiempos: la conquista de Rusia. El zar Alejandro lo había ofendido y roto su pacto de bloqueo contra los ingleses. Era una bofetada a su orgullo, y a su amistad, que merecía el mayor de los castigos.

El recién llegado dedicó la misa al padre Record. El funeral congregó a casi toda Ruzafa: hombres, mujeres, ancianos y niños abarrotaban la parroquia de San Valero Obispo y San Vicente Mártir, y desde la escalinata de la fachada principal se derramaba la multitud hacia la plaza del mercado. Un joven y apuesto sacerdote, antes vicario de las ermitas de Monte Olivete y de La Punta, había logrado ascender rápidamente a la parroquia mayor de Ruzafa. Era don Damián un curita treintañero, de estilizada figura, en contraste con la de su rollizo antecesor. Le quedaba bien el talle de su negra sotana, como levita cortada a medida, y frecuentaba ya la iglesia parroquial tocado con el alado sombrero de capellán, ligeramente entornado, a modo de cazador. Lucía un aire austero y elegante, a la vez que lo envolvía el halo lastimero de curita hipócrita; seductor de beatas y de clavarieras de toda clase y condición, a quien las hembras más deslenguadas llamaban ya *el ángel Gabriel*, casto y puro, pero capaz de fecundar con su aliento, como el Espíritu Santo. Se veía de lejos el azul intenso y claro de sus ojos, y de cerca, su frialdad marina. Era un hombre guapo, pero *que donaba por*,^[120] como decían ellas en los corrillos donde tejían, sentadas en sillas de mimbre, las alpargatas de esparto y los sombreros de palmito. Era el nuevo la imagen opuesta del cura al que se honraba. Se le conocía por pertenecer a la guardia de los nuevos cruzados, por ser apostólico, rígido predicador y martillo de herejes. Santo varón para unos; perro fiel del arzobispo para otros.

—Hijos de Ruzafa y de la Santa Madre Iglesia, la única y verdadera. La muerte de nuestro querido padre nos congrega hoy para rogar juntos por su alma, que goza ya, sin duda, de la gloria de Dios, pero su dolorosa pérdida no puede

hacernos ignorar que su martirio no ha sido fruto de la casualidad, sino de la maldad de los hombres.

Mariana asistía a la primera misa del padre Damián con el rostro y los ojos cubiertos por un velo negro. Joanet y un grupo de alumnos de la *escoleta* iban acompañados de sus madres y al inicio cantaron una rondalla en honor del padre. La mayoría de los vecinos de Ruzafa estaba sinceramente emocionada por esa triste despedida. Se había hablado días atrás de todo el bien hecho por el padre Record en la parroquia. Se recordaban sus virtudes, su caridad, su gran corazón y la mansedumbre de carácter. «¡Un santo!», se oyó. Lejos quedaban las dudas y las sospechas, nacidas de su tibieza y su comprensión con los pecadores.

—Porque no os quepa la menor duda, queridos hermanos: el padre Record ha sido un mártir de los enemigos de Cristo, una víctima cruel de los que han sembrado el desorden y el caos desde sus nidos de odio y de conspiración —y la voz, al principio amanerada, se hizo más grave en el púlpito, retumbando en la nave central de la parroquia— porque, queridos hermanos, ¿quiénes han sido los autores de este vil asesinato? ¿Quiénes sino los diabólicos masones y sus fuerzas secretas han asesinado a nuestro padre? ¡Los enemigos de la Iglesia! Nadie puede dudar de cuán miserable es el corazón criminal, que busca perturbar el orden divino, para instaurar leyes impías y libertinas.

El nuevo cura aunaba la retórica a una gestualidad estudiada. Exageraba el fingido dolor ante la grey que había perdido a su pastor. Llevaba tiempo esperando, desde que se convirtió en protegido del arzobispo Simón López, que veía con afecto a aquel joven dispuesto a defender la ortodoxia de la fe. Gracias a la delación a sus superiores, realizada violando el secreto de confesión, se había comenzado a investigar a Ripoll. Leyó el padre Damián, al final de la homilía, una carta del arzobispo, lamentando la irreparable pérdida. En el órgano sonó un réquiem.

—*¡Fills de puta!*

Josep se había levantado del banco donde estaba sentado, muy cerca del altar mayor, y tras cruzar como un rayo junto al honrado ataúd, al que besó

fugazmente, resonó su indignada voz en la larga nave, multiplicada por el eco, en medio del silencio de los atónitos fieles. Escupió sacrílego sobre la alfombra roja del pasillo y salió por la puerta principal, maldiciendo al cielo, gritando mientras daba la espalda a las parejas tallas de los santos Valero y Vicente Mártir, que contemplaban mudos la escena desde sus hornacinas, enclavadas en la parte alta del retablo central. Había estado conteniéndose, pero no podía soportar al remilgado curita de La Punta.

Se abrió paso entre la multitud, llegó en un suspiro a la plaza del mercado y se dirigió a la única taberna abierta, donde pidió un vaso de aguardiente. El tabernero se lo sirvió, y luego cayeron otros seis, mientras mascullaba blasfemias. La taberna estaba vacía, solo un borracho seguía fiel a su dueño, quieto como un mueble más de esa meca de carreteros y de vendedores del mercado. La pedanía entera se encontraba paralizada a causa del sentido funeral, como callada y muerta; como el cuerpo hinchado aparecido en una acequia, con el rostro desfigurado por las heridas y por las alimañas. Bebió hasta sentir que el licor le rebosaba por los poros y que le ardían la garganta y las entrañas. Invitó con generosidad al borracho del local y se cagó con él en todos los curas de Valencia, y hasta en el mismo Dios, tanto como se lo permitió su lengua de trapo. Abrió su bolsa y derramó en el banco los reales de vellón. Salió tambaleándose, bajo la ciega luz del mediodía. Se caló el pañuelo en la cabeza, y se encaminó a su alquería.

Atravesó el camino del Almenar y el de Melilla sin prestar atención a los que se apartaban de su trote errático. Después hizo una parada en la Fonteta de Sant Lluís para que abrevara *Sultán*. Lloró a su amada Rosa, que hacía años estaba muerta; pensó en todos los muertos que había despedido en su vida, en el hecho de estar vivo, y vivió el calvario de los que morían violentamente; pensó en la vida y en la muerte, en el vértigo del tiempo y descubrió las arrugas de su rostro cansado, manchado por el sol, reflejado en una charca; y entre los vapores del sueño y del alcohol adivinó la muralla lejana y vieja, y aspiró el olor del agua estancada.

En su mente giraba, como en una noria de agua, la imagen del funeral, y se alegró pensando en la madre que parió a don Vicente, en el *par de collons* que había demostrado el curita. Había sabido morir, sí, y lo encontró arriba, agitado por el viento, entre las ramas de un árbol. Escuchó las notas de un órgano y soñó con la imagen del cielo, con angelitos revoloteando entre nubes, junto a mártires de torsos retorcidos, como los de las hornacinas. Pensó en los nacidos para perder, por los siglos de los siglos; en los pobres que vinieron al mundo para morir trabajando; en los hombres muertos como perros. Se agolpó en su mente la multitud de la parroquia y de la plaza, vio sus rodillas manchadas de barro y reconoció a los descamisados campesinos, a los curtidos marineros y a los pescadores de anguilas, y se imaginó sus rostros en los arrozales, cubiertos de sanguijuelas y barro. Escuchó voces chillonas anunciando que la muerte aguardaba entre los cañaverales, con su hoz lista para la siega, y vio los blancos huesos de los muertos. Vivir era morir de pronto, mucha gente se había marchado de él sin despedirse. Vomitó en el ribazo de la acequia, se arrancó unas canas de la cabeza y de la barba, y escuchó unas campanadas, como latidos que batían dentro de él.

Se despertó de su sueño amarillo y turbio, de las imágenes que giraban como las ruedas de la noria, cubierto de hojas rojas, otras ocre, todas crujientes y secas. No existen hojas aisladas, todas se funden en una. Sintió que el amarillo se volvía blanco, que el sol lo deslumbraba desde lo alto y que le hería sin piedad los ojos. Se levantó del ribazo de la acequia como un fantasma, llegó hasta *Sultán*, que resoplaba entre relinchos, lo asió por las riendas e hizo un esfuerzo inhumano para montarlo a horcajadas. No hacía falta más que dejarse llevar. El animal sabía regresar al calor de la paja de su establo, como si tuviera una brújula en los pliegues de su belfo y, a ligero trote, tomó la senda que llevaba a la alquería de su amo.

«Nadie muere como los demás. Hay que morir como un hombre.» Al traspasar la verja del jardín se encontró con el Llautenent, que con otros dos voluntarios se había acomodado bajo un olivo.

—*Què feu açi?*

Creían esos hombres, con sus uniformes abotonados sin disciplina, que l'Arrosser seguía en Ruzafa, cumpliendo paso a paso lo previsto en el largo funeral. Recordó que llevaba su trabuco al lado de la silla y las alforjas y volvió hacia *Sultán* de un salto. Como siempre, estaba cargado. El primero de los voluntarios se había puesto a pocos pasos y cayó como un fardo en el suelo, alcanzado de pleno por el trabucazo. El segundo había disparado sin fortuna su arma y no tuvo tiempo sino de ser cosido a navajazos. El Llautenent cargaba su carabina asustado, le temblaban las manos mientras colocaba la bala en el cañón del arma e intentaba empuñarlo. Josep tenía ya su navaja, manchada con la sangre de su compañero, apoyada en el cuello de ese muchacho, al que había visto crecer desde pequeño. Se le cayó la carabina de las manos; había logrado encajar la bayoneta, cortándose la palma de sus manos por el terror. Ahora temblaba ante el que había sido amigo de su padre, el hombre para quien había trabajado algunas veces. Comenzó a ponerse en manos de la Virgen. «*El Tort, ha sigut el Tort.*» Y señaló la puerta profanada. Se veían los cristales rotos y la puerta desencajada. Luis pudo ver también cómo sus compañeros habían dejado de patear, y que se asomaban al cielo las sanguinolentas tripas de uno de ellos.

Josep apartó la navaja del cuello de aquel muchacho, convertido en hombre, que podía ser su hijo. Le perdonó la vida. Y entró en su alquería. Se encontró con la primera planta saqueada de nuevo, con los muebles rotos, los visillos arrancados y las cortinas hechas jirones, con la bella cerámica de los jarrones y los platos convertida en fragmentos de colores desperdigados por el suelo. Cargó de nuevo su trabuco y escuchó el ruido que venía de la planta superior. Un gemido familiar lo puso en alerta. ¡Roseta! Comenzó a subir los peldaños de madera mientras escuchaba el crujido de sus pisadas. El Tort ni siquiera había escuchado los disparos. Se vio a Josep. Roseta yacía desnuda entre las sábanas, con la mirada en el techo. La habitación estaba revuelta, con signos de una lucha desigual. Su hija respiraba, tenía los párpados amoratados. El Tort lo desafió con

una sonrisa sucia, como la de un lobo sorprendido en un corral, satisfecho de haber comido.

Tuvo tiempo de cargar su carabina y de disparar a Josep, aunque l'Arrosser no sintió la punzada del plomo. Miró al matón y le descerrajó un trabucazo en la entrepierna. Estaba el Tort en el suelo, retorcido en su dolor, pero con fuerzas para sacar la faca de su fajín y clavársela en la pantorrilla. Ajeno al dolor propio, el padre herido en cuerpo y alma tapó con una manta a su hija, la besó en la frente con ternura y se dirigió hacia el esbirro del Ángel Exterminador. Se arrodilló junto a él y comenzó a degollarlo lentamente, como a un puerco, mirándolo a los ojos mientras le salía la sangre a borbotones del cuello. Estaba tan extasiado observando cómo agonizaba el sicario del arzobispo que no escuchó los pasos subiendo por la escalera, ni sintió el hierro de la bayoneta que se le hundía en la espalda, atravesándolo hasta el pecho. Roseta miró a Salcedo desde el mundo mudo de su ausencia. Y el Llautenant la miró con sus ojos bovinos, sin decir una palabra.

París nos recibió envuelto en la bruma del Sena. Veníamos del mediodía, desde el cálido Montpellier, tras una parada en Lyon y otras breves en diferentes villas del centro del país. La nuestra había sido una especie de peregrinación secreta, desde que salimos de Tarbes hacia Toulouse, Narbona, Perpiñán, Carcasona, Marsella, Nimes, Arles, Aviñón. De ciudad en ciudad, intentábamos no llamar la atención ni provocar las suspicacias de las autoridades, puesto que teníamos salvoconductos válidos para atravesar el país. El barón no era persona sospechosa para la policía, y yo viajaba como secretario suyo. En Toulouse me presentó a los miembros de una logia condenada a la clandestinidad desde 1808. En Narbona tuve la fortuna, y a la vez la desgracia, de reencontrarme con el teniente Dolz, apresado en Valencia. Me contó detalles de la caída de la ciudad. No había sido saqueada ni destruida, pero durante el sitio los trenes de artillería franceses se situaron en la zona de Monte Olivete para cerrar la salida al puerto y bombardear la ciudad hasta hacerla capitular.

Le pregunté con impaciencia acerca de los míos, sobre si los había podido ver. Estaba tan exaltado que apenas escuchaba sus explicaciones. Sí, había intentado acercarse varias veces hasta la llamada partida del Perú, pero primero los españoles, que alegaban que nadie podía aproximarse a varias leguas del Lazareto y después los franceses, que habían tomado la franja marítima de Ruzafa, convertida en territorio estratégico para el general Harispe, no le habían permitido cumplir con la misión que le había encomendado. Me devolvió las cartas que yo le había entregado.

—Solo te puedo decir que he hecho lo que he podido, he intentado ponerme en contacto con los tuyos, pero tenía que cumplir con mis deberes como soldado.

No te voy a engañar: la desembocadura del Turia fue ocupada, sé que muchas barracas y alquerías fueron asaltadas por los dragones imperiales en busca de provisiones.

Me quedé mudo con las vagas explicaciones; no podía asegurarme nada, aunque lo mejor para mi familia habría sido que, al comienzo del sitio, hubieran huido hacia el interior de la muralla o hasta la ribera del Júcar. Yo sabía que Dolz quería consolarme, darme esperanza, aunque según adiviné no le quedaba ninguna.

—*Allez, allez, vite...*[121]

Los soldados que custodiaban a Dolz nos empujaron con sus bayonetas y nos alejaron del grupo de prisioneros. Muchos venían de las batallas de Sagunto y de Valencia, casi todo el ejército de Blake, veinte mil soldados, incluido su general a quien encerrarían en el Château de Vincennes. Esta vez no abandonarían a los soldados cerca de la frontera. Se habían producido demasiadas fugas y se los enviaría a *dépôts* lejos de España. No tuve tiempo de preguntar a Dolz sobre su destino. Los franceses ya no se fiaban de los prisioneros españoles y, según supe después, se había dispuesto desplazarlos al norte de Francia, a la frontera con Prusia y Bélgica. Los oficiales irían a París, al *château* de Vincennes, algunos también a Lyon, pero a la mayoría, como Dolz, se los confinaría cerca de Lille, casi en los Países Bajos.

Châtelier me alejó de los prisioneros, a los que se me había permitido acceder como intérprete. Insistió en que no fuera loco y que me alejase de allí antes de que me desenmascararan y dejaran de creer en mi condición de afrancesado confundiéndome con uno de los presos fugados de Toulouse el año anterior.

Mi protector insistió en que lo mejor que podía hacer era pensar en otras cosas, hasta que acabase la guerra y volviera a España. Para ello, me iba a venir bien su recorrido por Francia, hasta llegar a París. El país entero estaba siendo movilizado y la leva masiva hacía que los *Mairies*[122] estuvieran tomados por la Grande Armée. Se preparaba el mayor ejército de la historia para la más grande empresa militar de todos los tiempos.

—El pequeño corso y sus delirios de grandeza —me comentó con sorna Châtelier—. A pesar de que ha acabado con lo mejor de la juventud francesa, aún quiere conquistar para sí la inmensa Rusia, el mundo entero... Yo estuve en Moscú como diplomático, en tiempos de la zarina Catalina II, y solo de imaginar el viaje de las tropas por la estepa, sé que la campaña de España o las batallas contra Austria o Prusia no van a ser más que pequeñas escaramuzas en comparación con lo que sucederá en Rusia. Estos pobres muchachos imberbes, sacados de los campos y de las faldas de sus madres, no volverán... ¡Si Napoleón no tiene resuelto el frente español! Wellington avanza en la península, los españoles resisten y él, por una cuestión de honor, declara la guerra al zar, a su antiguo aliado, y se impone el reto de conquistar la tierra más inhóspita del mundo.

Al terminar la primavera, Châtelier me llevó por el Rosellón y por la Provenza. Al parecer, tenía la misión de establecer contactos y de transmitir mensajes entre diferentes logias. Dormíamos a veces en casa de amigos, confidentes y parientes de quienes solo conocíamos sus nombres en clave: Teseo, Acteón, o el Luminario Hermano, y nos hacíamos pasar por comerciantes de paños. Las conversaciones sobre el arte y la historia amenizaban nuestro viaje. En Aviñón, Châtelier me mostró el palacio de los Papas.

—Observa cómo durante más de un siglo el papado sirvió a los intereses de la corona francesa. En agradecimiento, los reyes les dieron de todo; ningún placer terrenal se les negó a sus doctas santidades: el vino, los banquetes, las mujeres, los niños... Lo único positivo era que, como divinos *Bon vivants*,^[123] su amor a la belleza y al lujo los condujo a dar de comer a los artistas, como también en la Roma de Alejandro VI y de los Borgia, depravados compatriotas tuyos, y en tiempos de Julio II financiaron San Pedro, la Capilla Sixtina, Miguel Ángel, Rafael... ¡Ah, sin oro no hay arte, ni viven los artistas! Y el arte religioso ha sido un fiel instrumento de culto, su mejor propaganda.

Una tarde mientras paseábamos por el Ródano me dijo:

—La religión siempre ha estado unida al poder y a la necesidad de control de

unos pocos sobre la mayoría de los que nacen en la suciedad, crecen sin alimento apenas y llevan una vida en la que lo más alegre son las fiestas religiosas, procrean y mueren sin derecho a que les sobreviva su nombre. Siempre ha sido así, desde los faraones hasta los tiempos que vivimos, el fanatismo, la destrucción y la guerra han caminado siempre de la mano. La raza humana no tiene perdón. Los hombres más listos crean, inventan a los dioses, infunden en el pueblo el temor a su ira, causante de la enfermedad y de los males de la naturaleza, para convencer a otros hombres de la necesidad de obedecer y someterse a la caprichosa voluntad de esos dioses.

»Como es imposible recibir directamente las órdenes de Dios —reflexionaba en voz alta Châtelier—, hace falta que el portavoz de la voluntad de Dios se exprese ante los humildes y que reciba su sometimiento. Por eso, cada vez que a lo largo de la historia se crea cualquiera de las religiones, se forma en torno a sus mitos y fábulas una casta de charlatanes intocables, disfrazados con ornato y galas, a los que el pueblo debe obedecer y mantener con diezmos y donativos. Pero todas esas patrañas no son más que supersticiones y ritos que nacen del miedo a la muerte, a la enfermedad, al dolor, a la irremediable pérdida de los seres queridos. Ahora, en Francia, el único dios al que hay que adorar es el emperador, y es por él por quien nuestros jóvenes tienen que morir, como nuevos cruzados de su fe. Sus más fieles generales son los sacerdotes y a ellos hay que entregar el tributo de la carne y la sangre de los jóvenes que mueren sin pena ni gloria. La heroica muerte, prometida en la batalla, se parece mucho a la gloria eterna de los cristianos. Quimeras útiles para que la vida de los desheredados tenga menos valor que su muerte, que es el fin de todo y de todos, para siempre jamás.

El barón se había radicalizado. Su proverbial serenidad se había transformado en ira contra la religión y contra el Estado. En el casi anciano testigo de la monarquía absoluta, de la revolución, de la convención, del directorio y del imperio de Napoleón, bullía, sin embargo, la sangre revolucionaria, el juvenil deseo de rebelarse que lo convirtió en un jacobino hacía veinticinco años. Se

había refugiado en los libros tras su retirada como coronel del ejército imperial, pero rebasada la década de los sesenta, su condición de discípulo de Voltaire, de Rousseau, de Madame de Stäel, y sobre todo de su idolatrado Diderot, lo impulsaba a rebelarse contra ese supuesto orden nuevo en el que hasta el mismo Papa había venido de Roma a Notre Dame para coronar al emperador, el mesías que aspiraba a ser el resucitado Carlomagno de Europa.

Me pareció inquietante el mundo de conspiración de mi protector. Consideraba a Bonaparte un ídolo caído que había destruido Francia, y todo lo conquistado con la revolución. Se estaba tramando algo peligroso en aquel viaje. Y yo quería saber, aunque tal vez no debía, los detalles de esa conspiración. Después de pasar unos días en Montpellier, en una fonda cercana a la plazuela de San Roque, y tras unos días en Lyon, donde pude conocer a un prisionero español de nombre Rafael del Riego, proseguimos nuestro camino hasta París. Cuando llegamos, nos instalamos en la casa de un general, en el número 75 de la calle Saints Pères, ausente entonces, que resultó ser el hombre clave de la conspiración. Durante esos días nos atendió un criado llamado Pascal, un mulato haitiano, esclavo liberto al que daba empleo la señora de la casa, una mujer muy amable, pero que ignoraba lo que se tramaba en sus habitaciones. El despierto mulato hablaba un perfecto español y me dijo que le habían puesto ese nombre al libertarlo, aunque él era un filósofo y a la vez un charlatán.

Monsieur de Châtelier, que dudaba entre tenerme al corriente o dejarme al margen de cuanto ocurría, me llevó una lluviosa noche de septiembre hasta una *maison de santé*^[124] entre la calle de Saint Denis y la de Saint Antoine. Me presentó a un hombre alto, de aspecto extravagante, llamado Malet, con barba y bigote canosos, general relegado por Napoleón, que en la logia de Sainte Caroline se hacía llamar Leónidas, porque estaba dispuesto a morir como el espartano, con un puñado de hombres. El general Claude-François de Malet tenía cincuenta y seis años. Alto y delgado, con barba y porte quijotesco, a usanza de los antiguos caballeros, había servido como mosquetero. Fue jacobino en su juventud, y no había hecho carrera entre los devotos de Napoleón, ni en la

época del consulado ni en la del imperio, a causa de su carácter rebelde e independiente.

La logia formaba parte de una sociedad secreta llamada Des Philadelphes, en honor de la ciudad donde se había redactado, en 1776, la Declaración de Independencia estadounidense. «*Filadelfio* significa en griego “Phil-adelph”: el que ama a su hermano», me explicaba Châtelier, y ese era el espíritu de los miembros de esa sociedad patriótica, resucitada en Narbona, dispuestos a derrocar al imperio sin restaurar la monarquía, contra la que también estaban en contra. Uno de sus hermanos era el general Desnoyers, que también había servido al emperador y que era senador. Se hacía llamar a sí mismo Bruto, el senador y amigo de Julio César, que se vio obligado a matar a su protector para salvar la traicionada república.

En las reuniones que se organizaron, Malet expuso con entusiasmo la necesidad de salvar a Francia de las garras de quien se presentó como el salvador de la república para ser un tirano como cualquiera de los reyes del mundo, mientras Madame Malet nos servía tazas de té y unos bizcochos. Tuve la impresión de que el jefe de la conspiración era un «iluminado» de la raza de los que creen que, con su entusiasmo, son capaces de transformar el mundo. Se declaraba un ardiente republicano, nostálgico de la revolución, incluso del denostado Robespierre. ¿Y si tuviera razón? Aunque también intuía que Malet buscaba no solo salvar a Francia, sino también cambiar su mediocre destino por el honor de escribir su olvidado nombre en la historia.

El pequeño grupo se congregó otra vez en una sala de oración, a la luz de unas velas, por un abad de origen español llamado Cáñamo, o algo parecido, y otro cura, el abad Laffón, junto a ciudadanos con levitas viejas, algunos con pinta de comerciantes arruinados, y un puñado de militares, heridos en antiguas batallas que venían del Hôtel des Invalides, junto con otros apartados de honores en su carrera por el círculo cerrado de Bonaparte. En la reunión en la capilla subterránea se habló de la ausencia de Napoleón, de cuya gloriosa campaña llegaban noticias cada vez más desalentadoras, incluso para sus incondicionales.

Malet rescató un discurso preparado para otra fallida conspiración. Sus palabras seguían vigentes en 1812:

—*Considérant que Bonaparte a trahi les intérêts du peuple français... Considérant qu'une guerre ruineuse, prolongé par la soif de l'or et la fureur des conquêtes serf d'aliment au délire ambitieux d'un seul homme...* [125]

Se trataba de derribar la agotada tiranía. Los Bonaparte controlaban El Gran Oriente, pero no todas las logias estaban dominadas por los agentes de Savarny. Era la ocasión de cambiar la historia. Napoleón estaba loco, sus delirios lo habían conducido a creerse el dueño del mundo y a llevar a la patria a una situación insostenible.

—*Citoyens et amis, soldats de la liberté, le tyran sera tombé sous les coups des vengeurs de l'humanité.*[126]

La mayoría de los jóvenes habían sido sacrificados para la guerra, las cosechas no se recogían, sino por díscolos prisioneros, los molinos no funcionaban y las postas carecían de monturas, puesto que habían sido requisadas por el ejército. Las mujeres debían servir en casas y en los talleres. Se producían motines y pequeñas rebeliones, promovidos a veces por desertores, en las villas donde solo quedaban soldados tullidos, como consecuencia de las campañas de casi veinte años.

—¿Y si el emperador hubiera muerto de verdad? ¿No sería un designio de Dios?

—De Dios o del diablo, no me importa. ¡Napoleón muerto en Rusia! —replicó el viejo jacobino Malet al abate Laffón, al que respetaba como anfitrión de la reunión.

Las noticias de *Le Molitor* hablaban de la victoria de Borodino, de la toma de Moscú y de su incendio, pero las escasas cartas que llegaban de los soldados revelaban otra realidad: carros atascados por el barro, hambre, tosferina y piojos. Los rusos contraatacaban, crueles cosacos asaltaban y degollaban a los que se detenían en la interminable marcha de regreso. Las penalidades eran inmensas, las mantas húmedas no daban calor sino escalofríos, y la fatiga del barro

congelado imposibilitaba avanzar apenas unas leguas al día. Y pronto, ya no habría cartas. Los reclutas iban muriendo como moscas en aquel otoño invernal, con las primeras nevadas, y hasta Napoleón tosía debajo de su capa cuando revisaba las tropas.

Malet, que hablaba con un entusiasmo cercano al desequilibrio mental, anunció sus propósitos el 10 de octubre. Anunciaría la muerte del emperador mediante afiches y proclamaría el final del imperio y de la guerra. Después, destituiría a los generales del alto mando, tomaría el Hôtel de Ville de París y otros puntos estratégicos, detendría a Savarny y nombraría a nuestro ministro de Policía... Se pretendía aprovechar la sorpresa. «Francia volverá a ser la patria de la libertad. *Vive la France! Vive la liberté!*» concluyó Malet.

Comprendí que escuchaba a un puñado de soñadores. Me preocupaba que Châtelier, para mí la sensatez y la encarnación de la ilustración, se pudiera embarcar en una empresa tan descabellada.

—Sé lo que estás pensando —me confesó la víspera de la acción—. Hay pocas posibilidades, pero no queda otra opción que acabar con esta locura. Dices que Malet se parece a Don Quixote. Quizá yo también necesite imitar al viejo hidalgo que quería derrotar con su espada a los gigantes y a los encantadores enemigos del bien. Necesito renovarme, luchar por algo, apostar por las causas imposibles. ¿Qué me queda por encontrar en la vida? Mis sueños de libertad han sido traicionados... Sí, quiero que Francia cambie antes de que todo se pierda. Lo hago por mí, y por mis hijos muertos.

«La herejía es el más grave delito contra la divinidad y el Estado.» La herejía, según definió en derecho canónico el papa Inocencio III en la bula de 1199 *Vergentis in Senium*, se equipara al delito de lesa majestad, es un delito de lesa majestad divina. Ello legitima toda clase de penas, que van desde la confiscación de sus bienes hasta la muerte, como corresponde a los viles fornicadores, pero más aún a los que atacan la esencia de la fe con su vida o con sus doctrinas, como los herejes obstinados, o sea, los que no quieren abjurar, como es este caso, e incluso los herejes relapsos o pertinaces, que se arrepintieron, pero volvieron al error. Citó el IV Concilio de Letrán, en 1215, y las disposiciones que el papa Gregorio IX dictó en 1229 en el Concilio de Tolosa. «La herejía es una rebelión contra la moral y contra la Iglesia, y también contra el Estado, y por eso las autoridades civiles deben cumplir con lo acordado por las eclesiásticas.» El proceso había sido un ejemplo de que, en 1826, como seiscientos años atrás, el procedimiento inquisitorial seguía vigente y era necesario para defender la fe.

El inquisidor adornó con citas su perorata final y pidió al secretario acta de la sentencia final del último hereje, equiparable a las de los condenados a la hoguera por la Inquisición. Tras meses de indolencia y de abulia, la Junta de Fe fallaba. Tal y como se había concedido a los defensores del maestro, se había solicitado, y al final recibido de Solsona, la partida de bautismo del maestro, uniéndola a la información sumaria relativa a las pruebas de su conducta herética. Ramo era ya su único defensor. Sostenía que era, a pesar de su falta de fe, un hombre de bien.

—¿Hombre de bien? Nunca es hombre de bien quien corrompe a los niños.

Lea, señor fiscal, la fe de bautismo en la catedral de Solsona, que consta en los autos y que acredita que es hereje, condición de quien reniega de su religión.

—«Yo, Joseph Vila, vicario, he bautizado a Cayetano, Ramón, Antoni, Miquel, *fill legítim y natural* de Miquel Ripoll y Teresa Pla cónyuges de Solsona: *foren padrins* Ramón Pla y Teresa Pla, todos de Solsona. *Avis paternos*: Miguel Ripoll y Magdalena, cónyuges; *maternos*: Ramón Pla Fuster y Teresa, cónyuges de la presente ciudad. Libro *littera manu propria subscriptas et subsignatas fídem lacio ego idem qui supra, vicarius perpetuu et requisitus, die septimo “mensis Julii, anii Domini mi llesimioctogentesimivigesimiseí ti, meumappono”*. —*Signum.*»

—Cayetano Ripoll Pla nació en Solsona el 22 de febrero de 1778 y fue bautizado según el rito romano —sentenció Toranzo—. Si no hubiera sido bautizado, no podría ser condenado como hereje. Puesto que ha nacido en el seno de la religión católica, de padres cristianos y fue bautizado, es hereje.

El inquisidor había vencido. Los argumentos eran irrefutables. La Iglesia lo declaraba hereje contumaz, y lo relajaba al brazo secular. Ramo de San Blas y su misión de catequesis habían fracasado, el maestro no se había retractado. La Junta no debía dejarse impresionar por su mansedumbre o por sus actos de caridad en Ruzafa o en la propia prisión. Según el *Manual de Inquisidores*, tal y como continuó leyendo Toranzo a los presentes, «los herejes son muy astutos para disimular sus errores, afectan santidad y vierten fingidas lágrimas para ablandar a los jueces más rigurosos». Se insistió en su falta de respeto al viático, puesto que ni se arrodillaba ante las imágenes de la Virgen o los santos. El maestro dejaba a los niños a la buena de Dios y predicaba el libre albedrío. Era un hereje porque fue bautizado.

—Afirmó que respetaba la fe, pero que estaba alejado de la Iglesia —sostuvo con tristeza Ramo en un último intento de apaciguar a Toranzo—. Considera que la Iglesia debe acercarse a Cristo, pero las manos de la Santa Institución están teñidas de sangre...

—¿Teñidas de sangre? —comentó horrorizado Miguel Toranzo.

—Sí, pero eso no es confesarse hereje. Manifiesta que cree en Dios, pero a su manera, según la naturaleza y según sus leyes, que inspiran al hombre en su fe.

—¿Acaso no es una confesión? ¿Acaso no ha confesado tácitamente su herejía, a pesar de vuestros piadosos esfuerzos?

Después de aquel debate, la Junta de Fe redactó su sentencia: «Que sea relajado Cayetano Ripoll, como hereje formal y contumaz, a la justicia ordinaria para que sea juzgado según las leyes, cuyo parecer ha sido confirmado por el excelentísimo arzobispo.» Cayetano Ripoll fue declarado hereje contumaz. El Tribunal de la Fe, tras la sentencia eclesiástica, dispuso que «fuese juzgado según las leyes». Se aceptó por el alcalde de la Sala del Crimen, juez de provincia y del cuartel del Mar, que se recibiese la información sumaria, en crédito de las propalaciones heréticas de Ripoll.

El 1 de junio de 1826, la Audiencia recibió los autos de la Junta de Fe. Según procedimiento, el alguacil, convertido en delator de oficio, presentó el testimonio de los testigos, que ratificaron los términos del auto de la Junta.

El día 22 pasaron los autos al relator en primera audiencia. La justicia divina descansaba en la justicia de los hombres.

El día 27 se dictó auto por el fiscal de la Sala del Crimen, que dio por probados los hechos valorados por la Junta de Fe y se convocó a la Sala del Crimen de la Audiencia. El fiscal Calabuig leyó en voz alta el auto remitido por la Junta y se comentó el curioso y singular proceso. ¿Era un criminal aquel hombre? Había cierta relajación en la sala donde se habían visto tantos procesos criminales. Resultaba jocoso el singular asunto llevado de la Junta de Fe. ¿Un hereje? El señor Fernando de Toledo, gobernador de la sala, señaló que el insólito caso debía tratarse como un asunto grave, aunque los magistrados don Antonio Aznar y don Ramón de Vicente se mostraron escépticos sobre el proceso. ¿Qué importaba? Ripoll era un enemigo del rey. Y, por otro lado, ¿cómo aplicar la pena capital?

—*Nulla pena sine lege previa* —señaló don Francisco de Paula Berga, cuya

erudición leguleya era conocida—. Pues habrá que articular debidamente este proceso, si se quiere conjuntar la ley con la voluntad.

¿Desde cuándo no se había condenado a nadie por una causa canónica? Mariano Herrero, el más antiguo de los jueces, no recordaba proceso religioso que terminase con la pena capital.

El gobernador de la sala, Fernando de Toledo, afirmó que la Santa Inquisición no había relajado a la justicia civil a ningún hereje condenado a muerte desde el siglo anterior. Según su amplia erudición jurídica, apuntó que no cabía en la legislación civil y criminal otra solución, puesto que no existía un decreto real sobre la Inquisición y sus procesos, que retomar la Partida VII de Alfonso X el Sabio. ¿Qué jurisconsulto podía negar la autoridad del más sabio de los reyes? Si era necesario resucitar esta norma medieval, era procedente tomar lo que en ella se establecía para los herejes: la muerte que «debía aplicarse tanto al cristiano que se tornase judío como al que se tornase hereje entendiéndose que debe ejecutarse en fuego de manera que muera». ¿La hoguera?

—¡Qué espectáculo! —exclamó en voz alta el magistrado Herrero—. En Valencia el pueblo es dado a celebrar el fuego como una fiesta.

El gobernador Toledo hizo un aspaviento. Sí, había además una larga tradición en la quema de herejes.

—Más de tres mil ardieron aquí, en otros tiempos —dijo el erudito.

—¿En el antiguo quemadero de la Inquisición, junto al jardín botánico? —preguntó Herrero.

—No sería propio del presente semejante espectáculo —objetó Toledo. Las ejecuciones tenían que ser menos cruentas en la edad moderna, aunque el populacho deseara oler la carne quemada de un hereje.

—¡El maestro en una pira purificadora! —comentaron jocosos entre ellos—. No conviene a la buena fama de nuestra patria. Los extranjeros, los comerciantes y los viajeros difamarían nuestra justicia, tachándola de bárbara y arcaica.

No, se debía dejar que un fuego de verdad quemase vivo al maestro, pero ¿se le debía quemar una vez muerto?

—Así se hizo en Sevilla con aquella vieja beata loca, en 1781 —ilustró Herrero—. Primero se le dio garrote vil y luego se quemó su cuerpo.

—Tampoco así —zanjó Toledo con autoridad—, su cremación sería figurada.

Se debatió el asunto. El alguacil llevó al salón unas limonadas para paliar la sed de los togados. Tras nueva sesión, donde no faltaron digresiones y chascarrillos burdos, los finísimos jueces dispusieron, en un gesto humanitario, que en ninguna nación de Europa se quemaba a nadie, al menos en llamas materiales. Se redactó un texto común entre los magistrados de la Sala del Crimen que decía así:

«La humanidad ha templado este rigor y otras muchas leyes cuya ejecución sería cruel y bárbara; y se han sustituido otras ceremonias que al paso que inspiran a los espectadores un justo horror al delito no excitan su compasión. Por todas estas consideraciones es de sentir que la sala debe condenar a Cayetano Ripoll a la pena de horca y a la de ser quemado como hereje pertinaz y acabado, y a la confiscación de todos los bienes; que la quema podrá figurarse pintando varias llamas en un cubo, que podrá colocarse por manos del ejecutor debajo del patíbulo ínterin permanezca en él el cuerpo del reo y colocarlo en el cubo después de sofocado el fuego, conduciéndose de este modo y enterrándose en lugar profano; y por cuanto se halla fuera de la comunión de la Iglesia católica no es necesario que se le den los tres días de preparación acostumbrados, bastará con que se ejecute dentro de las veinticuatro horas, y menos los auxilios religiosos y demás diligencias que se acostumbran entre los cristianos.»

Cuando el gobernador de la sala, el señor Toledo, leyó fallo tan singular, se le henchía el pecho de pedantesco orgullo. Aquel proceso pasaría a la historia, y todo el mundo admiraría su sabiduría y su justicia.

El día de la conspiración se acercaba. Durante varias noches trasladamos armas desde el antiguo cuartel de los mosqueteros negros, cercano a la derruida Bastilla, hasta una fonda junto al Hôpital de Dieu en la Île de la Cité. Bajo las torres de Notre Dame, arrebujados en las capas que nos protegían de la lluvia de octubre, el barón evocaba su juventud, y me contaba que vio a María Antonieta, con el pelo corto, saliendo en carro de la Conciergerie, camino de la guillotina entre los insultos de la chusma. Y también cómo había visto hacer el mismo camino a sus verdugos; a Danton, a Robespierre, a los propios jueces que condenaron a los Borbones.

—La revolución fue como Saturno —me contó—, el dios que devoró a sus hijos, pero los que luchábamos por los ideales de libertad y de emancipación de la tiranía nos sentíamos vibrar en las asambleas, escuchando discursos y siguiendo un día a un agitador y al siguiente al contrario. Es cierto que no se podía continuar con esa exaltación permanente, pero al menos todo se puso al revés por una vez en la historia. Después vino la Convención, el Directorio, el Consulado... A medida que nos hacíamos mayores sentíamos que llegaba la hora de restablecer el orden. Las ideas inspiran, pero las políticas prudentes transforman el mundo. Por eso Bonaparte fue nuestra esperanza de cambio sin anarquía.

»¡Pero ahora —me decía exaltado Châtelier—, después de quince años de guerra y despotismo! Hace falta otra revolución y derrocar a la nueva dinastía de tiranos.

Nos desplazamos a las casas de distintos hermanos, procurando no despertar sospechas, recorríamos mi maestro y yo las estrechas calles de la isla de San

Luis y la de la Cité, y el barón me mostraba los grandilocuentes edificios levantados para gloria de Napoleón, como mostraba la columna de la plaza de Vendôme, revestida con el bronce de los cañones fundidos de los austriacos y de los rusos; con las hazañas del emperador grabadas como en la columna de Trajano en Roma, o el arco de triunfo de la plaza Carrousel. «El poder y la gloria se le han subido a la cabeza; sus victorias han sido admirables, pero eso no basta. El clan de los Bonaparte y de sus generales más fieles se han repartido los palacios de los antiguos nobles; poseen grandes fortunas y grandes propiedades en la Île de France. ¡Son los nuevos intocables! ¿Dónde han quedado los sueños de libertad y de igualdad?»

En la elegante calle de Rivoli, dedicada a una de sus victorias en Italia, el barón de Châtelier me explicó cómo esa amplia vía se abrió tras el atentado con un carro de explosivos en diciembre de 1800 en la calle Nicaise. Se demolieron por orden de Napoleón las callejuelas cercanas para prevenir emboscadas en la ruta del emperador hacia las Tullerías. Todo se hace en París según sus deseos.

La moral de la población empezaba a desquebrajarse. Las crónicas hablaban de la toma y del incendio de Moscú. *Le Monitor* rebosaba de triunfalismo, pero la censura y la manipulación gubernamental no impedían que se comentase en las tabernas y en los hogares, adonde ya no llegaban las cartas de los soldados, el eco del desastre. Se hablaba en voz baja sobre la falta de uniformes y pertrechos para el frío, y de que Napoleón había permanecido demasiado tiempo en Moscú, contemplando las llamas de la ciudad y, lejos de emprender la retirada, había esperado el regreso del humillado zar y de sus generales. La angustia aumentaba. ¿Volverían los soldados? ¿Dónde estaba el emperador? Algunos repatriados hablaban del infierno del barro y de las primeras nieves, unido a las crueles *razzias* de los cosacos sobre los restos de la Grand Armée.

Para Malet y sus descontentos era el momento de actuar. No sería necesario matar a Napoleón, Francia se levantaría contra el déspota y su infinita guerra. Solo la república devolvería la libertad al pueblo.

La víspera del 23 de octubre de 1812, Châtelier me exigió quedarme al

margen de lo que iba a ocurrir. Le dije que no podía marcharme sin más. Me insistió en que no debía implicarme. Después de todo, yo era español, un prisionero fugado y, tuviera fortuna o no la conspiración, mi situación sería embarazosa. Me entregó un salvoconducto a nombre de un gascón de nombre Nicolás Moreau. Le dije que le obedecería en parte, y permanecería en París hasta que terminase todo.

Desde una buhardilla del *boulevard* de Bondi conocí, gracias al mulato Pascal, criado de Madame Malet, la suerte de los conspiradores.

En la madrugada del 23 de octubre se presentó en el cuartel de Popincourt ante el comandante Soulier con la noticia: «*L'empereur est mort, le sept d'octobre, devant Moscou.*»^[127]

El comandante, acatarrado, apenas pudo reaccionar ante el falso despacho. La noticia le causó un gran impacto, lo mismo que el uniforme del general que se le presentaba en esa intempestiva hora. Ofreció, entre estornudos y toses, una compañía a Malet.

El efecto sorpresa se había conseguido. El general Malet tenía dotes de actor y, como gesto de gracia hacia el enfermo comandante, le prometió un ascenso rápido, recomendándole paternalmente que volviese a su cama, para dirigirse acto seguido hacia la prisión de La Force con unos granaderos prestados por Soulier. «*L'empereur est mort*», repetía Malet constantemente, bajo una fina lluvia, poco antes del amanecer.

Acto seguido, Malet se presentó en la prisión y ordenó al alcaide la liberación de los generales Lahorie y Guidal, que, aunque ignoraban los pormenores, eran necesarios para sus planes. También fue liberado un joven corso llamado Boccheciampi, encerrado con la acusación de espionaje y conspiración contra Napoleón. Todos habían sido víctimas del siniestro Fouché, antiguo ministro de Policía, aunque había grandes diferencias entre ellos: el general Lahorie era un hombre de honor, mientras que Guidal era un canalla. No le importaba demasiado a Malet. Él era un elegido por el destino y todo marchaba bien hasta entonces. Malet apenas había tenido contacto con Lahorie, encerrado años en La

Force y a este le encomendó una misión demasiado difícil para un recién liberado: convencer al general Savary, ministro de Policía, de que el emperador estaba muerto.

En la sede de la Préfecture, en la calle de Jerusalem, Lahorie mostró a Savary el despacho con la fatal noticia de la muerte de su señor, fechado el 7 de octubre. Pensó que era imposible que él, ministro de Policía, no hubiera sido informado antes. Entonces recordó que tenía en su poder una carta del propio Napoleón del día 8, escrita en Moscú, en la que lo ponía al corriente de las operaciones militares. «*L'empereur n'est pas mort... J'ai là une lettre de lui, datée du huit d'octobre... Veux-tu la voir?*»^[128]

Mientras esto ocurría, Guidal estaba en una fonda celebrando su libertad. Borracho, se presentó en la prefectura, sable en mano, diciéndole a Savary que estaba arrestado o muerto. En el Hôtel de Ville, Malet dispuso la comunicación de la noticia al jefe de la primera división, Villemensens, y al conde de Fronchont, prefecto del Sena, ordenando su dimisión. El corso Boccheciampi se encontró con que de la prisión pasaba a ser nombrado por Malet prefecto del Sena. La guardia de París, a las siete de la mañana, fue entonces movilizada a las órdenes de Malet. Sus doce compañías se distribuyeron en los puntos neurálgicos de París: el Senado, la plaza de Vendôme, el Tesoro, el Palais Royal. La victoria de los revolucionarios estaba próxima, pero hacía falta además vencer también en las calles de París, convenciendo al pueblo.

Châtelier se dirigió al *Journal de Paris* para que sus páginas publicasen la noticia de la muerte del emperador y la toma del poder por un grupo de militares y civiles y el fin de la guerra.

Al escuchar el nombre de Châtelier hice ademán de salir a la calle, pero Pascal me detuvo en cuanto me puse las botas, apuntándome con una pistola.

—Siéntate y espera. No puedes salir, solo conseguirás que te maten y que yo falte a mi palabra de honor. Siéntate y escucha.

Los pormenores de la conspiración me fueron relatados entonces por el sabio

y charlatán Pascal, que se acomodó en un sillón, mientras yo me recostaba en la cama.

—Órdenes de mi señora, Madame de Malet, y de tu señor Châtelier. No tienes permitida la calle, hasta que cesen las detenciones. Estamos en un lugar seguro.

—¿Detenciones? Entonces, la conspiración... ¿ha fracasado?

—Por completo.

Entonces comprendí el giro trágico de la aventura. Por la tarde, durante la cena, Pascal prosiguió con el relato de los hechos, reconstruidos a partir de lo que le había contado en una fonda uno de los granaderos cedidos por Soulier a Malet cuando estaba de permiso.

Los acontecimientos habían descubierto la improvisación del plan. Pascal mostraba una mezcla de preocupación y de grotesca comicidad en su relato. La aparición del general Guidal en la sede de la Préfecture de Police añadía detalles tragicómicos al intento de golpe de mano.

Estaba Lahorie intentando aplacar la resistencia de Savary, utilizando el respeto que debía suponerse de un oficial de prestigio, y de esta forma proseguir con el engaño urdido por Malet, cuando la presencia de Guidal, sable en mano y oliendo a vino y a coñac, otorgó la máxima tensión a la escena de la detención del ministro de Policía. «*L'empereur est mort. Je même l'ai tué à Moscou.*»^[129]

Lahorie tenía dos opciones: detener al ministro o darle muerte en ese momento. Si salía de aquel despacho, todo iba a terminar, por lo que se debía detener al máximo jefe de la policía. Mientras Guidal lo retenía, se dirigió al Hôtel de Ville y reclamó más batallones de la guardia, exhibiendo un falso documento que le otorgaba poderes. La conspiración se inspiraba en una huida hacia delante. A las ocho de la mañana, aún no estaba perdido todo.

—¿Se puede imaginar a Malet de general, cargado de medallas y charreteras, atravesando la plaza de la Vendôme? Los primeros rayos apenas se asomaban bajo la fina lluvia que le mojaba la larga melena, crecida en los años de cautiverio, como su canosa barba, escoltado por un grupo de granaderos engañados, a las órdenes de un aturdido capitán de origen holandés, llamado

Steenhower, dirigiéndose todos hacia la cueva del dragón. Según me contó mi amigo, uno de esos soldados escogidos para la historia, Malet miró con desprecio la triunfal columna del centro de la plaza y el bronce de los cañones austriacos y prusianos de Austerlitz, convertido en épica representación de las glorias de Napoleón, y penetró con toda pompa en el Hôtel de Vendôme, anunciando la muerte del emperador y el advenimiento de un nuevo régimen.

La descripción del haitiano era preocupante. Admiraba y se burlaba, a la vez, del marido de su ama. Me invitó a un trago de coñac. «Un general medio loco, en la boca del lobo», lo definió. Había intentado derrocar con un puñado de soldados al dueño de Europa, con una cómica interpretación. Malet se abrió paso entre los rostros asombrados, hasta llegar al despacho del general Hulin, al que iba a dar la gran noticia y a destituirlo. «*L'empereur est mort*», repitió una vez más, y su letanía parecía el canto de un loco.

Y quizá Pierre-Augustin Hulin, antiguo revolucionario como Malet, veterano de la toma de la Bastilla y de numerosas batallas, sintiera una gran congoja inicial por la noticia, aunque también una gran duda al escuchar al extravagante emisario decir: «*Général, l'empereur est mort; le Sénat assemblé vient d'abolir le gouvernement Imperial. Je suis chargé d'une mission qui m'est pénible: vous êtes destitué, arrêté, je vous remplace; rendez-moi votre épée.*»^[130] *Allea jacta est*. La suerte estaba echada.

Hulin vaciló ante las exigencias del desconocido. «¿Qué extraño general era ese?», pensó. Un comentario de su mujer lo hizo reaccionar.

—¿Dónde está la orden por escrito de su destitución?

La sangre fría de Malet comenzó a arder.

—Estas son mis órdenes —dijo mientras sacaba su pistola.

Ante un gesto de Hulin de sacar la suya, se le disparó. Corrió entonces la sangre en lo que había sido un golpe incruento: una bala penetró en el cráneo de Hulin. En el Estado Mayor de la plaza de la Vendôme, el coronel Doucet reconoció al estrafalario Malet y lo señaló como un antiguo conspirador. En pocos minutos, Malet y Lahorie fueron reducidos por unos dragones y

granaderos. El general Guidal no llegó a tiempo, porque después de soltar a Savary siguió bebiendo coñac hasta caer de bruces. Imaginé a Malet al ser detenido, vapuleado por sus captores y pensé en nuestro «caballero de la triste figura». Los soldados de Soulin despertaron del engaño.

Châtelier estaba perdido. «Ahora todos niegan a Malet, como al mismo diablo —me comentó Pascal con sarcasmo—, pero ¿qué habría ocurrido si hubiera triunfado?» Monsieur Malet y Monsieur Lahorie habían sido capaces de poner bajo sus pies, aunque fuera por unas horas, a lo más granado del Estado Mayor. «Los tiene bien puestos el esposo de mi ama.» Pascal me anunció que teníamos que huir. La policía de Savary había allanado la mayoría de las casas del centro, y cientos de hombres y de mujeres habían sido detenidos como sospechosos de participar en la trama. Hasta Madame Malet, tan ingenua e ignorante, estaba presa e incomunicada en La Force.

A nosotros solo nos quedaba una opción: ocultarnos en las catacumbas de París. Me llevó el despierto mulato hasta una entrada secreta y nos perdimos por sus galerías. En la humedad de una sala, bajo la luz de unas velas y temblando de frío, pasamos los días siguientes. Las calaveras de las paredes y sus cuencas vacías eran nuestra compañía. Nos contemplaba la infinitud de muertos amontonados allí desde tiempos de los romanos, junto a los cráneos de guillotinado de tiempos de la revolución. Su compañía nos protegía de la muerte.

El 1 de noviembre vino el abate Laffón acompañado de Caamaño. Nos trajeron comida y agua, y la noticia de la ejecución de Malet, de Guidal, de Lahorie y de nueve militares más. Había sido una ceremonia grandiosa, napoleónica, con tres mil o cuatro mil soldados de la guardia. No habían tenido piedad con los aventureros de la conspiración, ni con los engañados por Malet, como el pobre comandante Soulin, apenas recuperado de su resfriado. *La sombre de Napoléon est très longue. Il est en train de rentrer à Paris...*[131] Ninguno sabía de Châtelier. Quería salir de mi escondite, pero ¿adónde ir?

—Eres un hombre libre —le dije al haitiano.

Me replicó que un hombre de su color no podría ir lejos, aunque no fuera un esclavo. Nos separamos una noche junto al puente de los Condenados. Yo llevaba la documentación del gascón Moreau. Me encaminé a la *maison de santé*, donde Malet había fraguado la conspiración.

Gracias a la bondad del doctor Guillé, conocedor de lo urdido en el *hospital*, pude encontrar a Châtelier. Estaba mi amigo apartado de otros enfermos, delirando. Tosía como si todos los escalofríos del Sena hubieran penetrado en él, según decía conmovido Guillé. Consumido y demacrado, el rostro amoratado por los golpes de los sabuesos de Savary, agonizaba en un lecho entre convulsiones.

—*Ah, Louis, tu es rentré de la guerre, tu es chez moi, donne-moi ta main...*
[132]

—No tuvieron piedad con él —me dijo Guillé en voz baja—. No respetaron su edad. Pero Monsieur Châtelier no denunció a nadie, a pesar de lo duro que le dieron...

Permanecí con él. Le puse en la frente un paño mojado que apenas pudo mitigar el calor que lo abrasaba. Hacia la medianoche concilió el sueño y yo me sentí aliviado de ver que no jadeaba. Me acerqué y entonces abrió los ojos.

—Amigo, tiene gracia —me dijo en perfecto español—. ¡A ver si Dios existe de verdad! Pero no te preocupes... no vendré de allá para contártelo... No vi morir a mis hijos, pero siento que los volveré a ver, dentro de muy poco...

Le dije que él no iba a morir, que aún tenía muchas cosas que hacer...

—Ah, mi fiel Sancho... Ahora te toca a ti... contra los gigantes... *Mon ami espagnol...*

Parecía dormido, pero de sus labios surgía un hilo de voz.
«*Le diable que m'emporte si je sais au fond que je suis*»[133] entendí.

Pasé el resto de la noche con él. Al amanecer, Châtelier expiró. Avisé a Madame Guillé y recogimos sus cosas; entre ellas había un libro de Diderot. Junto al Sena lo abrí al azar y leí en voz alta: «*L'enfant de la nature abhorre l'esclavage... Liberté, c'est son vœu; son cri, c'est Liberté.*»[134]

En el salón del Trono se disputaba una larga partida de billar. Estrenaba el rey mesa nueva, regalo de Luis XVIII, y gozaba de su afición favorita con Antonio de Ugarte. Habían jugado toda la mañana y parte de la tarde. Fernando se retiró hasta un sofá de estilo rococó. Se tendió y bostezando miró hacia los frescos del techo. Había dejado caer el taco de madera sobre la alfombra, aunque un criado lo había recogido con presteza, a la espera de sus órdenes. Fernando se sentía fatigado tras la larga sucesión de partidas. Puso su mirada en el fresco de la bóveda. Le habían explicado muchas veces que la pintura alegórica de Tiépolo representaba «la grandeza y poder de la monarquía española». El trono español aparecía custodiado por Apolo y Minerva, y cerca revoloteaban las diferentes Virtudes. Estaba contrariado porque había rasgado el terciopelo verde varias veces y no había hecho más que dos o tres carambolas. Se anunció por el ayudante de cámara la visita del embajador de la Gran Bretaña, lord Federico Cordero, tercer vizconde de Melbourne. Su audiencia había sido solicitada semanas atrás. El consejero real colocó muy cerca las dos bolas de marfil.

—¿Cordero? —preguntó riendo—. ¿Has oído, Antonio? ¡Si no es hora de comer!

Ugarte rio el chiste del rey. «Menudo fastidio, el embajador —pensó contrariado por la interrupción—. Ya no podemos hablar de la finca de Utrera.»

—El embajador es un llanito de Gibraltar —explicó. Las bolas estaban preparadas para la carambola—. Su majestad, jugad una última mano antes de vuestras obligaciones.

Fernando sujetó el taco como un fusil sobre la mesa. Apuntó a las gemelas bolas de marfil. Bastaba un ligero roce de la roja para la carambola. Los

diplomáticos estaban de pie en el centro del salón. Golpeó la esfera que voló hasta milord Bosanquet, encargado de negocios británico y le acertó en plenas narices. La sangre brotó. Se mascaba un grave incidente diplomático.

Corrieron los criados a atender al maltrecho funcionario, que murmuraba maldiciones en inglés. Antonio se acercó al representante de Jorge IV. «Dios mío, mal comenzaba la reunión con los hijos de la pérfida Albión», pensó el consejero.

El monarca soltó el taco y se fue al trono del centro de la sala. Se le escapó una risita al ver el rostro de Mister Bosanquet, atendido por varios criados, que reclamaban al médico de la Corte. Volvió al cabo de un rato con la nariz tapada por una roja venda.

Se podría iniciar, por fin, la retrasada audiencia real. Entre los temas de interés para las dos naciones, no demasiado amigas, pero tampoco enemigas en aquel momento, se planteó por los británicos la difícil situación de algunos de sus ciudadanos en España. Se quejaban los inversores de ellas en el norte y en los viñedos de Cádiz, de que no se les permitía practicar el culto protestante. Se expusieron problemas sobre las relaciones comerciales y sobre los emigrados de España en Londres para tratar después un tema delicado. Otro tema de interés para los británicos surgió entonces: según las crónicas de *The Times*, se tenía noticia del procesamiento de un maestro español, acusado de deísta, al que se le había sometido a un auto de fe, en la ciudad de Valencia. El que había sido cónsul británico en esa ciudad, el recientemente fallecido Mister Peter Tupper, había puesto al corriente a la legación de Madrid y remitido una misiva a Jorge IV en demanda de explicaciones diplomáticas. No pudo ver Mister Tupper, amigo de los Bertrán de Lis, que vivían actualmente en Londres, el éxito de sus gestiones y de su interés. «No es posible en los tiempos modernos, en una edad en la que la civilización avanza a la velocidad de la máquina de vapor, semejante barbarie», decía la póstuma carta del galés. ¿Cómo se permitía eso?

Con la ayuda de un traductor, el embajador expuso que se trataba de un humilde maestro de escuela, antiguo soldado y héroe de la independencia,

condenado a muerte, que iba a ser ejecutado, acusado de deísta, tras dos años de proceso. El procesamiento se haría en nombre de la Iglesia y de la Junta de Fe, que no era otra cosa que la terrible Inquisición, institución anacrónica que Fernando se había comprometido ante la Santa Alianza a no tolerar. Eran tantos británicos los que consideraban *the deism*, surgido en la isla un siglo atrás con Locke, como una filosofía legítima que la noticia del proceso había escandalizado tanto a los *tories* como a los *whigs*.

—*We are completely worried about this scandalous matter*^[135] —concluyó el embajador tras leer en voz alta la misiva de Jorge IV y del primer ministro, George Canning, ante el rostro impasible de Fernando VII, aburrido ante el enjuto embajador, que hablaba con un acento en el que se mezclaba el gracejo andaluz de Gibraltar con el estirado estilo de vizconde de Melbourne. El rey prometió transmitir la carta de protesta a su ministro de Gracia y Justicia, don Tadeo Calomarde. Ugarte prometió una investigación. El traductor se hizo un pequeño lío con la palabra inglesa *inquire* e *inquisition*, y aunque el rey apenas inmutó su expresión ausente, Ugarte, que por la vecindad natal de Gibraltar sabía algo de inglés, sonrió con picardía.

Ugarte expuso al representante de su graciosa majestad que se trataba de un asunto interno de España, y que no era cierto, en absoluto, que se hubiese restaurado el Santo Oficio en España, a pesar de la ardorosa unión del pueblo con sus obispos, partidarios de ello. Se habían formado en numerosas provincias, y en especial en la de Valencia, Juntas de Fe, pero era falsa la tolerancia de su actividad. Todo era una campaña de desprestigio contra España, urdido por la masonería.

Al embajador Cordero le disgustó la alusión a la masonería. En España no hacía falta un decreto real para tolerar la Inquisición. El poder de la Iglesia seguía siendo intocable. Lo había visto en Madrid y en provincias. A Cordero, por su origen, no le sorprendía el fervor de las procesiones para pedir lluvia o el fin de una epidemia o el culto a la Virgen y a los santos. No le resultaban extrañas las procesiones de Semana Santa o del Corpus. «La gente cree en los

curas más que en su madre. Muchos siglos de beatería e Inquisición no se borran de un plumazo.» Estaba escrito en la sangre española. No se podía cambiar al pueblo hispano. Un viajero americano, de nombre Washington Irving, le había pedido consejo antes de aventurarse por los caminos de España sobre las costumbres del país. Cordero tenía sangre azul británica y sangre española, amaba el calor de España más que las brumas de Londres.

Se presentó poco después en el salón del Trono Tadeo Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, acompañado del duque del Infantado. Cordero conocía a los ministros absolutistas de Fernando VII. Planteó con suavidad una amnistía a los liberales.

—La corona de España no puede admitir injerencias en sus asuntos internos.

Calomarde sabía que la protesta británica no iba a ir demasiado lejos. Lo importante era contar con los franceses. Se palpaba la tensión en el salón del Trono.

—¿Y cómo ha trascendido el campeonato de Londres? —preguntó el rey.

—¿Campeonato? *What kind of championship?* —preguntó atónito Cordero.

—¡El de billar! —Fernando VII estaba informado del primer campeonato oficial celebrado en Londres, unos meses atrás, lo había leído en *The Times*, el periódico que también hablaba del deísta.

El embajador comprendió que las relaciones hispano-británicas no tenían remedio. «América es lo importante», recordó en su fuero interno.

Las nuevas repúblicas de Latinoamérica se habían independizado, en parte, gracias al apoyo económico de Gran Bretaña. España había liquidado su imperio, mientras que el Reino Unido iniciaba su verdadera expansión imperial. Eliminada la amenaza francesa, enterrada la potencia hispánica, el león inglés se preparaba para conquistar territorios y mercados. Su industria, sus minas, sus talleres, su población crecían, pero como potencia llamada a regir el mundo debía poseer también el prestigio moral, ser ejemplo universal de civilización y de progreso. Por eso tenía que presentar su protesta contra el resurgimiento de la

negra Inquisición. Ugarte acompañó a la legación diplomática por el salón de Columnas.

—Señor Cordero, esté usía tranquilo. Transmita al señor Canning que aquí no tenemos Inquisición, ni quemamos brujas ni herejes, ¡ya están todos *quemaos, ozú!*

Una vez finalizadas sus obligaciones diplomáticas, Fernando se estiró en el sofá ante los ojos vigilantes de Minerva y de Apolo, y las figuras alegóricas del Gobierno, de la justicia y de la paz. Se durmió en unos instantes, como un bendito, mientras los ministros de su camarilla se fueron retirando.

Antonio de Ugarte regresó al salón y vio que el rey reposaba a pierna suelta. «Si alguno de los dioses *pintaos* en el techo de arriba se metiera en su cabeza... —pensó burlón—. Imposible», rio. Cerró las puertas y despachó a los criados. Se sentía dueño de todo en ese momento. Paseó a sus anchas por las distintas estancias, y se detuvo en la sala de Carlos III, contemplando el retrato del abuelo de Fernando. «Menudo canijo el tipo ese del pelucón.»

Fernando se estiraba en el sofá, entregado a los brazos de Morfeo. Una serenata de ronquidos invadió el lujoso salón, llamado también de Embajadores. Se asomó solícito un criado de librea, y Ugarte le impuso el silencio con el índice en los labios, no fuera a despertar a su rey.

Salí de la *Maison de Santé* embozado en la capa de Châtelier. El doctor Guillé me sugirió que huyera antes de que regresasen los sabuesos de Savary, a los que algún soplón había avisado de mis visitas a uno de los cómplices de Malet. No pude velar a mi maestro y el único recuerdo que me quedó de él fue el libro de Diderot, el filósofo que había inspirado el librepensamiento de quien consideraba ya como mi segundo padre.

Aunque no se había anunciado la fecha, estaba seguro de que Napoleón regresaría pronto, como el viento del norte. ¡El diablo nunca muere! Y, aunque la Grande Armée había sido diezmada, se daba por sentado que el emperador permanecería inmune. «Napoleón es el anticristo», decía el abad Laffón. Mi compatriota Caamaño me escondió en un sótano secreto de Saint Germain de Près. Bonaparte regresó, como se temía, e impuso su ley.

Todos los responsables, de la frustrada conspiración fueron purgados. Según me contó Laffón, Fouché, el antiguo ministro de Policía, se burlaba de la falta de inteligencia de su sucesor, y esperaba que con el regreso del emperador se le destituiría de forma fulminante. Más de uno pensó que Fouché era el instigador de la conspiración y que Malet y los suyos habían sido engañados por los agentes del exministro para provocar la caída de Savary. Como consecuencia de la manía persecutoria desatada, todo París fue vigilado por la policía secreta, que interrogaba hasta a los gatos.

Tiritaba de frío en el sótano. Pasó un día y otro y descubrí que había sido abandonado. Laffón y Caamaño habían huido sin avisar. Salí una noche de mi escondite, dispuesto a lo que fuera con tal de no morir de hambre y de frío. En noviembre, París se me antojó tenebroso y sórdido y yo me confundí entre sus

sombras. Seguramente, ya no recordaba al loco de Malet, ni a sus insignificantes cómplices.

Las noticias de Rusia no podían ocultarse más y ni siquiera *Le Monitor* se permitía añadir mentiras épicas a la terrible derrota. La Grande Armée había desaparecido bajo la nieve y la mayoría de los soldados no regresaría. Se adivinaba el fin del imperio, aunque nadie se atrevía aún a levantar la voz.

Para diciembre, yo era uno más de los ciudadanos pobres que huían de París antes de que llegasen los austriacos o los prusianos. Intenté embarcar en La Rochelle hacia América o hacia cualquier lugar lejano, pero la policía vigilaba a los desertores y a quienes intentaban huir. Lo mismo me ocurrió en Burdeos.

En mi vagabundeo robé cuanto pude en las granjas y comí hierbas camino de Tarbes. Cuando llegué al abandonado *château*, Caroline, me acogió. Lloramos la muerte de su padre. El coronel de húsares escoltaba a José I, que intentaba escapar de Madrid con un botín de oro y obras de arte. Me dio ropa, que había pertenecido al anciano, y algo de dinero con el que pude llegar hasta una Hendaya sumida en la desbandada de los imperiales. Recorrí los caminos de Aragón sin encontrar otra cosa que pueblos y campos devastados. Divisé por fin Valencia. La huerta de Ruzafa y La Punta estaban irreconocibles. El sitio y la ocupación habían arrasado los campos. Pregunté por la que había sido mi casa y solo hallé un montículo de arena, sobre el que se podía ver una capa de cenizas. Mis peores presagios, las peores pesadillas se habían cumplido. La barraca donde dejé felices a mi mujer y a mi hijo había desaparecido. En su lugar, solo quedaban unos restos de tierra negra. Me derrumbé sobre ellos y lloré hasta quedar exhausto. Sentía que ellos estaban allí, debajo de la arena negra. Escarbé con las uñas en busca de sus huesos, hasta encontrar entre los escombros un muñeco de trapo, sucio y roto. Reconocí uno de los juguetes de Miquel. Se lo había hecho con mis manos. Un pescador de Pinedo comenzó a contarme lo que había ocurrido, pero yo le pedí que no me diera ningún detalle. Pasé días y noches sin comer ni beber, entre cenizas frías.

No había sido capaz de volver a tiempo. Les había fallado. Confundidos con

el mar, escuché los gritos de socorro de Nuria y la voz de mi hijo. Sentí la culpa de seguir vivo. Hablaba solo, comía frutos de las abandonadas huertas, vagaba por las dunas y por los marjales sin rumbo. Me convertí en el loco de la Loseta. Se me acercó un hombre un día y me habló. Me ofreció vino y queso. Venía de hacer la guerra con Nebot. A pesar de su aspecto terrible, me habló con dulzura del amor de Dios y de las penalidades de la vida, pruebas que había que afrontar. Me consoló como pudo y me dijo que Cristo estaba conmigo. Venía dispuesto a ordenarse sacerdote y a ayudar a construir la paz. Había visto demasiadas barbaridades y sentía que Dios lo llamaba. Yo tenía que hacer lo mismo: buscar mi camino en la vida. «Levántate, amigo, dedícate a hacer el bien.» Me ofreció su casa en Ruzafa, pero le dije que yo tenía que partir. Carecía de sentido mi presencia en esa tierra donde había sido feliz. No quedaban más que las cenizas de mi vida. El guerrillero se llamaba Vicente Record, y no lo volví a ver hasta muchos años después.

En cuanto a la situación en España, el mariscal Suchet había evacuado Valencia. Retomé el camino del norte y me uní a las tropas del general Álava, mano derecha de Wellington, y participé en la batalla de Vitoria. Ese fue el fin de José Bonaparte, *el Intruso*, que tuvo que abdicar, y devolver la corona a Fernando VII. España ya no sería una parte del imperio de Bonaparte. El propio Álava me condecoró por la furia con la que combatí en aquella batalla. Lo que no sabía él era que yo no era ningún valiente. Lo único que deseaba era unirme a los míos

Curiosamente, el fin de la guerra trajo una sensación de vacío a mi vida. La paz regresó, pero cargada de miseria y de hambre. El país estaba devastado. Supe en Pamplona que el rey Fernando VII había regresado a España y había derogado la Constitución proclamada en Cádiz en 1812. Volví por unos meses a Valencia. Allí, Mariano Bertrán de Lis me contó que sus hermanos se habían implicado en la causa liberal, que incluso habían participado en la redacción de la Constitución, lo que les había valido el tener que escapar. Vicente había puesto a salvo parte de su fortuna en Gibraltar, aunque la inmediata persecución

contra los liberales por parte del general Elío obligó a que sus dos hermanos, junto con el brigadier Nebot, hubieran escapado a Inglaterra. Yo opté por volver a Francia, al país contra el que había combatido.

Visité la casa de Madame Lafitte, que volvía a ser Madame Châtelier tras la muerte de su esposo. Napoleón había sido derrocado y Luis XVIII recuperó la corona de los Borbones. En una maniobra de propaganda, concedió a los familiares de participantes en la conspiración de Malet pensiones vitalicias. Caroline se convirtió en una mujer libre, que disfrutaba de dos pensiones: una como viuda de un coronel de húsares y otra por la gracia real de ser hija de un partidario del general ejecutado por Napoleón, desterrado ahora en la isla de Elba. «Si Châtelier levantase la cabeza», pensé. El barón revolucionario, jacobino en su juventud, se echaría a reír, allá donde estuviera, al ver que su hija era colmada de honores por el Borbón restaurado. El propio Malet, ese loco que, por la república, era presentado como un defensor de la monarquía.

He de reconocer que mi corazón se unió por un tiempo a Caroline Châtelier. Se esforzó en consolarme de la pérdida de los míos. El *château* era un remanso de paz tras tanta guerra y pude disfrutar de su biblioteca, mausoleo intacto dedicado a su padre. Durante ese tiempo feliz estuve alejado del mundo en ese remanso de amor y de lectura. Pero el mundo me arrastraba a involucrarme en ellos.

El 1 de marzo de 1815, Napoleón, tras huir de Elba, desembarcó en Cannes. Acompañado por el entusiasmo popular, avanzó sin resistencia hasta París, donde entró el 21 de marzo. Luis XVIII escapó de las Tullerías y Europa entera volvió a aliarse contra el emperador plebeyo que la había puesto a sus pies. A pesar de las promesas de paz de Napoleón, Gran Bretaña, Prusia, Rusia y Austria no querían, por nada del mundo, tolerar a ese diablo. Estuve tentado de unirme a los ingleses, pero para entonces ya había visto lo hecho en España por Fernando VII y no pensaba que la tiranía de los Bonaparte fuera peor que la de los Borbones.

Después de la batalla de Waterloo llegó la definitiva paz para Europa. En el

plácido refugio de Tarbes se vivía lejos de aquellas turbulencias, pero algo en mí me impulsaba a salir de allí. Caroline me pidió un favor.

—Mi padre dejó atrás muchas cosas por hacer y me gustaría que me ayudases a cumplir con su voluntad.

Me explicó que su padre tenía dos amigos españoles, afrancesados de la Corte de José I, a los que quería ayudar. Me entregó una carta y un fardo con documentos y me indicó que tenía que buscar en Occitania al primero de ellos. Se trataba de un viaje no recomendable para una mujer y el envío no podía realizarse por el servicio de correos. De acuerdo con las señas de mi destinatario, me encaminé hasta Carcasona. En una posada encontré al hombre que buscaba. Se trataba de una amistad de Châtelier, que se remontaba a tiempos de la revolución. Según me había contado Caroline, se conocieron en una celda de la *conciergerie* de París. El abate Marchena en realidad no era abad, ni religioso, sino un librepensador huido de España que en 1789 se había unido a la revolución.

José Marchena[136] era un tipo pequeño, de pelo crespo y canoso, feo como una maldición, que me miró de arriba abajo en la posada. Cuando le ofrecí amplios detalles sobre mi protector y común amigo el barón y le hice entrega del paquete que me había transmitido su hija, se convenció de mis buenas intenciones.

—¡Ah, el viejo Châtelier! —exclamó mientras ojeaba los documentos—. No crea usted que nos conocimos en la cárcel. En realidad, fuimos presentados antes en los salones de Madame de Stäel, mujer culta y putísima a la vez que decía de mí en su tertulia que yo era «una falta de ortografía de la naturaleza». Si yo hubiera tenido otro cuerpo, la habría puesto en su sitio. La fortuna hizo que el barón y yo corriéramos la suerte de ser encarcelados en tiempos de Robespierre. No sé ni cómo nos libramos de la guillotina. Así que murió metido en una conspiración... ¡No me extraña!

El vino del Aude hizo que el curioso personaje que tenía ante mis ojos se volviera locuaz y dicharachero. Llorente pedía a Marchena en la carta que lo

ayudase en la investigación sobre los orígenes de la Inquisición. Acompañé al falso abad por la región del Aude, consultamos archivos y legajos de conventos cistercienses, y leímos las actas de los primeros procesos. El manuscrito era una *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne* que elaboraba junto con Juan Antonio Llorente, otro afrancesado.

—¿Sabes que Llorente fue secretario de la Inquisición?

¿Quién mejor que él para contar los secretos de la Inquisición? Propuso a sus superiores la reforma en un tribunal benigno e ilustrado, propuesta que recogió Jovellanos. Les costó a los dos la cárcel y el exilio. La invasión francesa favoreció poder colaborar con José Bonaparte, pero el pueblo español, y su hermano Napoleón, no lo dejaron gobernar.

—José I era un borracho, ¿no? —le pregunté—. ¿No lo llamaban «Pepe Botella»?

—José Bonaparte era abstemio. Lo único que es es un *bon vivant*, sobre todo en el amor. Un seductor nato y las mujeres fueron su debilidad. Las amaba sobre todas las cosas y él también gozaba de la amistad de muchas mujeres. Eso era algo que envidiaba Napoleón de su hermano mayor. Imagínate que él se había casado con una mujer mayor que él, desdentada y que le ponía los cuernos. Si Napoleón conquistaba naciones, su hermano José conquistaba mujeres. Al menos, era menos dañino que su hermano mayor. En fin, que como en todas las familias, en los Bonaparte había mucha mierda que sacudir...

—Entonces, usted fue un «colaborador» de los franceses...

—¡Sí, por supuesto! —me contestó con altivo sarcasmo—. No te arrepientas de decirlo en voz alta. Soy un afrancesado, y a mucha honra. Aquí tienes a un traidor a la patria, o a lo mejor un verdadero patriota, que detesta y ama a España.

He de reconocer que la inicial repulsión hacia Marchena se disipó a los pocos días de tratarlo y de disfrutar de su conversación. Como Châtelier, era un hombre culto, aunque nada refinado. En sus conversaciones le encantaba no dejar títere con cabeza.

—¡Si en España se hubiera cortado a tiempo la cabeza de un rey o de algún obispo!

El libro que Juan Antonio Llorente preparaba, podía ser un escándalo si llegaba a publicarse. Había que hacer un trabajo de campo, una investigación erudita que él pedía a Marchena. Los días siguientes viajé con él por las tierras donde floreció la herejía cátara.

—Los cátaros se llamaban a sí mismos *des bons hommes*. Su pecado fue aspirar a ser buenos cristianos, a recuperar las costumbres de los primeros cristianos. Aquí, en esta plaza, fue quemado vivo el último de ellos —me mostró en Villerouge Termenés.

—Así que los españoles no somos los únicos que quemamos a los herejes...

—¡Claro que no! En estas tierras, que presumen ahora de ser la patria de la libertad, nació la Santa Inquisición en la Edad Media. En el siglo XIII se establecieron los primeros tribunales por el papa Gregorio IX para acabar con los cátaros. En la bula *Excommunicamus*, se dictó prisión perpetua y hoguera para los «herejes contumaces», o sea los que no se retractaban, los impenitentes; y excomunión y destierro para los que se reiteraban en su herejía, o «relapsos». Solo cabía el perdón para los arrepentidos.

—Entonces —descubría asombrado—, en Francia también existe la Inquisición...

—Pues claro, no te dejes mirar por encima del hombro por un francés cuando te hable de la terrible Inquisición española. Claro que existió; es más, nació aquí, y creció junto al poder, como en España, fue legal y muy activa, aunque desapareció ya, gracias a la Ilustración. Nosotros tuvimos a Torquemada, que en el siglo XV persiguió a judíos, moriscos y conversos. Los franceses tuvieron mucho antes a Bernardo Gui, que persiguió con saña a inocentes cátaros y a supuestos brujos. En la Occitania ocupada surgió la bestia de intolerancia y crueldad que se llama el Santo Oficio, que solo permanece hoy en España y en los Estados Pontificios...

—A los españoles nos gustó tanto el Tribunal de la Fe que nos lo quedamos

para siempre. Es parte de nuestra mala fama —bromeé yo, apuntándome a su tono mordaz.

—Pues sí, los Reyes Católicos fundaron un Estado basado en la unidad de los reinos y en la intolerancia religiosa. Someterse a la Iglesia, ser leal a Alejandro VI, al papa Borgia implicaba la sumisión al poder real. Isabel y Fernando expulsaron a los judíos y procesaron a los falsos conversos, que eran los mejores médicos, letrados..., aunque también los primeros banqueros expertos en el arte de la usura. Con la expulsión, muchos se libraron de pagar sus deudas. Además de que lo que querían los reyes era confiscar sus propiedades. En aquel tiempo, en el que surgió la grandeza imperial de España, se pusieron los cimientos de nuestros errores históricos y de nuestro atraso.

El viaje por los caminos y las montañas del Languedoc, nuestras largas conversaciones y la contemplación del hermoso paisaje me llevaron a tomar afecto a ese hombre inteligente, mordaz e irónico, pero ante todo honesto, que pretendía denunciar con su investigación el fanatismo de la Inquisición. Su sarcasmo nacía de la amargura, la del hombre despreciado por su fealdad que logra superar esos desprecios con ingenio y con veneno. Su lengua y su cuerpo nada agraciado me recordaba al genial Quevedo.

En la abadía de Lagrasse, una de las principales etapas de su búsqueda de archivos y papeles viejos, me relató con detalle los *Anales Cistercienses* en los que se recogían numerosos procesos contra los albigenses y cátaros, de los que sacaba apuntes y tomaba notas.

—Por estas tierras predicó nuestro san Domingo de Guzmán, el santo español que pretendía convencer a los cátaros. Primero, venía el sermón del predicador para convertir a los herejes, luego llegaba la espada de los cruzados con sus argumentos. Y, al fracasar todos estos métodos de persuasión, el fuego purificador. ¡En esta tierra se encendió la primera hoguera de la Inquisición!

—¿No eran los cátaros adoradores del diablo? —le pregunté en otro de los conventos de nuestra ruta. Me había puesto a leer en uno de los pliegos las

acusaciones contra un vecino de Bram, un cátaro gentilhomme al que se acusaba de pactar con el maligno.

—¡Eso pretendían los obispos hacer creer a los simples! —me contestó con desdén intelectual—. Se los llamaba «cátaros» porque la Iglesia los acusó de luciferinos, del que los gatos, *chats*, eran su símbolo. Pero, en realidad, lo que pretendían era imitar a Cristo, predicaban el amor y la fraternidad entre los hombres, y repudiaban la violencia. Fueron conocidos como los «hombres buenos» y vivían en la pobreza solidaria. Lo compartían todo entre ellos, practicaban el amor y el perdón, de acuerdo con los verdaderos evangelios, y no con la propaganda que nos vende Roma desde tiempos de Constantino. Por eso se los consideró tan peligrosos, unos conspiradores que podían acabar con el gran negocio de la Iglesia oficial. Eran unos herejes, como lo fue Jesús para los fariseos y los sumos sacerdotes de Jerusalén. El Papa y el rey de Francia optaron por exterminar sin piedad hasta el último de ellos.

Ayudaba a Marchena en su tarea de desempolvar los archivos de las abadías y de los ayuntamientos. La colaboración de este hombre talentoso con su compatriota, también «afrancesado», Llorente consistía en reconstruir la historia del Santo Oficio desde sus orígenes en Francia hasta su enraizamiento en toda Europa, en especial en España. Me sentía involucrado en la labor de compilación de datos y de notas sobre la vida y las obras de los primeros herejes, y me sentía solidario con sus terribles sufrimientos. Los cátaros rechazaban la riqueza de la Iglesia, la corrupción y el lujo de los obispos y de los cardenales, la simonía, el comercio de cosas sagradas, en todas sus formas. Contraponían el mundo material, creado por Lucifer, al mundo espiritual, exclusivo de Dios. Jesucristo era un ser inmaterial y puro. Su moral se basaba en el cumplimiento de los mandamientos. El de «no matarás» lo aplicaban hasta con los animales, a los que no sacrificaban para comer. «Mi reino no es de este mundo» era la sentencia que ellos repetían en el curso de las torturas y ejecuciones. La Iglesia católica levantó la espada y prendió las primeras hogueras contra ellos, quizá porque aspiraban a una vida armoniosa con la naturaleza, sin violencia ni crueldad. Creían en un

único sacramento, en el llamado *consolament*, en lengua occitana, y rechazaban los rituales de la liturgia católica, las indulgencias por los pecados mortales a cambio de dinero, la gula, la lujuria y la avaricia de los altos prelados.

Una vez concluida nuestra investigación, acompañé a Marchena en su camino de regreso hacia Montpellier. Una noche de nuestra ruta nos detuvimos en Béziers.

—¿No escuchas los lamentos de los muertos? —me dijo al pasear bajo la luz de la luna, ante una de las puertas de la iglesia de Sainte Madeleine. Marchena parecía extasiado. Me tomó de una mano y me puso la palma extendida sobre la fachada—. Presta atención, escucha bien sus voces y sus lamentos: ancianos que suplican, niños que se aferran a sus madres, padres desesperados que interponen su cuerpo a las espadas. ¿No escuchas sus gritos?

El silbido del viento de mistral me hizo creer que surgían atormentadas voces del interior de las piedras, y que desde el más allá nos envolvían con sus gemidos.

—Se refugiaron los indefensos habitantes de Béziers en esta iglesia. Los cruzados de Simón de Monfort exigieron entrar y el abad les abrió las puertas. Había entre los refugiados cátaros y católicos. Se apiñaban en los bancos, en las pequeñas capillas, detrás de las columnas, familias enteras, campesinos humildes y también nobles y burgueses de la villa. Todos rezando al mismo Dios. Los cruzados, con las espadas en alto, preguntaron: «Dinos, abad, ¿quiénes son los herejes y quiénes los católicos? ¿Cómo podemos distinguir a los buenos de los malos?» ¿Y qué crees que contestó el representante de la Iglesia? —me dijo a la vez que ponía una mano sobre la misma piedra—. Escucha sus gritos de súplica. Escucha a los niños.

Me quedé mudo. Ladeé negativamente la cabeza.

—¿Qué contestó el representante de la Iglesia? —repitió sacudiendo mis hombros, con los ojos bien abiertos—. Pues dijo a los cruzados: «Matadlos a todos, no dejéis a ninguno vivo. No importa si son cátaros o católicos, el Señor conocerá a los suyos cuando se presenten ante él.» Cientos de muertos, la

mayoría mujeres y niños, fueron degollados en este lugar al grito de «Dios salve al Papa». Y después, los cruzados incendiaron la ciudad entera. Más de veinte mil muertos. Un buen escarmiento para los apóstatas, una lección para erradicar la herejía de Francia.

Marchena se apartó. La soledad me invitó a imaginarme aquella escena terrible.

Cuando en Montpellier concluyó nuestro viaje, Marchena me abrazó. Era el primer gesto de afecto que había visto en ese hombre castigado por la vida, cargado de indignación por la injusticia y por la crueldad de los hombres. Me entregó las notas que había estado compilando para ayudar a Llorente en su magna obra sobre la Inquisición.

—Caroline Châtelier las guardará —me explicó—, y otro mensajero de la logia llevará las notas a Llorente. El idiota de Luis XVIII no permite que se publique ningún libro que ponga en entredicho a la Iglesia. No estamos en España, pero la Francia de hoy no es la antorcha de libertad de otros tiempos. Espero que mi amigo pueda componer su obra hasta el final, y que algún día vea la luz la historia de la Inquisición y se abra el baúl de los trapos sucios de esa institución criminal, aunque sea en una imprenta clandestina de Bruselas o en nuestra amada, y a la vez odiada, Gran Bretaña. Allí, en esa isla de libertad y prosperidad, es donde tendremos que irnos a vivir todos nosotros, si no cambian las cosas.

Gran Bretaña, Inglaterra. Allí estaban la mayoría de los huidos de España por su fe en la libertad. A pesar de los ruegos de Caroline, que me pidió que me quedase con ella, me marché de su refugio de Bigorre y me embarqué en Calais hacia Londres. Allí me puse en contacto con miembros ingleses de la logia de Châtelier, los cuales me acogieron y me pusieron en contacto con otros españoles que habían emigrado también.

Un día de invierno de 1819 vi en los muelles de Plymouth a un hombre cuyo rostro me resultaba familiar. Se trataba del padre Rico, el olvidado héroe de 1808. En aquellas lejanas jornadas vestía hábito franciscano y lucía una tonsura

en la cabeza. Era un fraile, y ahora un *gentleman* de perilla y melena larga, vestido con levita y sombrero de copa.

—Lo recuerdo bien a usted, Cayetano, y a Manuel Beltrán de Lis —me dijo mientras me estrechaba calurosamente la mano—. Como ve, colgué los hábitos. Fue poco después de aquellos acontecimientos. Tuve el honor de participar en la redacción de nuestra amada Constitución, y me entregué a escribir en los diarios. Fui periodista en *El Tribuno del Pueblo Español*, hasta que, en 1814, tras el pronunciamiento de Elío, se me detuvo una noche y se me recluyó en un convento de Toledo. De aquella cárcel para religiosos escapé descolgándome por una ventana, a la que había aserrado los barrotes. Siguiendo el curso del Tajo, llegué hasta Lisboa. Y desde Portugal, vine hasta aquí.

¡Las vueltas que daba la vida, y las sorpresas que podían darnos los hombres y la rueda de la fortuna! No me sorprendían esas peripecias en un hombre tan valiente como había demostrado ser el antes padre Rico. Había descubierto las maravillas del Nuevo Mundo, la nueva república de hombres libres que se llamaba Estados Unidos de América.

—Un bergantín zarpa la semana que viene desde Bristol. En esa república se encuentra el futuro de la humanidad. A orillas del Misisipi me espera otro religioso que colgó también los hábitos, que me ha propuesto fundar una plantación de algodón o de viñedos. Ya tiene nombre nuestra sociedad: The Society of Vine and Olive. ¿Por qué no se viene con nosotros? Necesitamos hombres jóvenes y valientes como usted.

Escuché a Juan Rico las descripciones del Misisipi, un río mucho más grande que el Ebro, el Sena o cualquier otro río de Europa. Y me describió los barcos que, desde Nueva Orleans, remontaban sus aguas para comerciar con las pieles rojas, y me habló de las inmensas llanuras, de su proyecto de levantar en sus riberas una plantación de algodón o viñas. Me habló de que allí convivían descendientes de toda Europa, comunidades de cuáqueros y de mormones, católicos y protestantes. Que a nadie le importaba de dónde fuera uno, ni lo que pensase en política o en religión. Que los ciudadanos podían elegir a sus

gobernadores y a su presidente. Y lo más fuerte: me contó que se había enamorado de una luterana joven y hermosa, y que iba a casarse con ella en cuanto desembarcase.

Me sentí fascinado por el territorio virgen que me describía: un paraíso de libertad donde se podía prosperar trabajando duro. Pasé los días siguientes meditando su oferta. ¿Una nueva vida, más allá del océano? Siempre me atrajo la aventura y el cambio. Era quizás el paso que debía dar. Pero unos días después, a principios de enero de 1820, *The Times* publicó la noticia de que en España un regimiento de liberales, encabezados por el coronel Riego, se había rebelado contra el despotismo del rey Fernando para defender la Constitución de Cádiz, abolida por el Gobierno. Yo había visto morir a muchos por el derecho a pensar, y por el derecho a creer, o a no creer, en una religión. No podía quedarme indiferente. América era un sueño muy bello, un paraíso remoto al que tampoco quería renunciar. Un mundo nuevo sin ataduras del pasado, sin persecuciones ni trabas.

El barco donde viajaría Juan Rico, y sus sueños de exploración y de felicidad, zarpó sin mí. Me detuvo un último pensamiento. Vivir en un país libre y lejano no bastaba para mis anhelos. Tenía que regresar tarde o temprano a España y luchar allí por lo que yo creía. Vivos o muertos, los míos estaban esperándome en un rincón de dunas y huertas, de marjales junto al mar y ciudades decadentes. Allí había conocido a gente buena, oprimida por la tiranía y la ignorancia. Mi sueño era zarpar hacia América, pero mi deber me llevó a zarpar en otro bergantín que iba hasta La Rochelle. Y desde allí, tras recorrer media Francia y media España, regresar a Valencia.

Los hermanos Ramo de San Blas y Guillén le comunicaron la sentencia. La muerte lo aguardaba el 26 de julio, unas semanas después. No iba a ser quemado, merced a la piedad del tribunal, pero se lo colgaría en la horca, sobre un barril abierto pintado con llamas. Cabía aún el milagro. Dependía solo de él. Guillén tomó el memorial y se puso a leerlo. Se lo pasó a Ramo y, al cabo de un tiempo, se miraron entre sí con circunspección, ¿por qué no había hecho lo que le habían pedido? Se había puesto la soga en el cuello, era un irresponsable y un loco.

—Olvida este maldito manuscrito, que se quemen sus páginas.

Ni una palabra de arrepentimiento. Replicó que no estaba terminado.

—Quedan pocos días. Volveremos.

—No vive nadie su vida plenamente, si no está dispuesto a morir por sus principios —dijo mientras abandonaban la celda los decepcionados prelados.

Quizá no le escucharon. Se quedó solo las noches siguientes: «Si los astros detuvieran los relojes; si pudiera todo volver a empezar. Si viniera el diablo y se presentase con la llave de la celda. Si existiera la providencia, si Dios interviniese en el mundo. Si Dios existiera...»

El verano apretaba en su calor un poco más cada jornada. Se incorporó sobre el camastro una larga noche de insomnio. Había visto correr una rata hacia la letrina. La conocía bien, era su compañera de celda. Daría lo que fuera por escapar; por ser libre como ella y escurrirse por un agujero. Los frailes le habían dado detalles de su ejecución. Iría montado en una mula, vestido de negro, tapado el rostro con una hopa, hacia el cadalso. ¿Y si pudiera volver atrás? No bajaría la cabeza, no cerraría los ojos ante su destino. No se pondría de rodillas

ante Dios, que tenía que estar también en la celda, no le suplicaría perdón. El ser supremo de sus creencias conocía su caso. No había dado su brazo a torcer, era inocente. Y, además, el dios de los deístas como él no interfería en los asuntos de los hombres. Ya tenía suficiente con haber creado ese mundo injusto. Miraba al techo sin pestañear.

En su mazmorra se respiraba el final anunciado. Se despertaba en medio de la noche, envuelto en sudor. Podía imaginar el día de su muerte: a los labriegos mirándolo, su olor a campo y a acequia, los gritos de las mujeres y de los niños. Lo insultarían hasta desgañitarse, «asesino de Dios», «maestro del mal». El bullicio sería ensordecedor. Se tocó la garganta; presentía el esparto de la soga en el cuello. El verdugo tiraría la trampilla y caería como un muñeco frente a sus vecinos, ante las pupilas de sus alumnos, que corearían y le arrojarían piedras.

—Soy inocente. ¡No quiero morir!

El calor aumentaba. Se descubrió hablando consigo mismo en medio de la penumbra.

—*Che, collons, vols callar-te?*[137]

Se oyeron carcajadas fuera de la mazmorra.

—¡Duerme, maldito bastardo! Duerme o te desollamos.

—¡No tengo por qué morir! ¡Dejadme salir!

Vencido por el sueño, vio entre las sombras a Miguel Toranzo, que destacaba en la penumbra con su hábito blanco.

«—Cayetano, te di una oportunidad que no quisiste aceptar. Tú solo te apartaste del recto camino.

»Se levantó hacia la sombra. La atravesó sin tocarla.

»—Has seguido a Lucifer, que se rebeló contra la ley de Dios. Solo la misericordia de la Santa Madre Iglesia ha sustituido el fuego purificador por la horca.

»—Todo poder viene de Dios, aunque también todo mal y toda enfermedad — le replicó en voz alta.

»—¡Cállate! No hables de Dios, ni tomes su nombre en vano.

»—Son palabras de Rousseau —le apuntó el maestro.

»—¿Rousseau? Menudo filósofo de pacotilla. Así te va. Pide perdón por tus pecados.

»—¿Por mis pecados? Vosotros sois los pecadores.

»La sombra blanca se esfumó.»

Fuera, escuchaban los guardianes la voz del recluso.

—¡Loco! Déjanos dormir —le ordenaron tocando en la puerta—. ¡Cállate, sonado!

Una ronda de carcajadas acompañó la orden. Pasaron unos segundos y se abrió el portalón. Entraron tres guardianes jóvenes. Eran voluntarios realistas. Hacían el turno de noche y estaban aburridos.

—¿De qué ruso hablaba? —preguntó un guardián a su compañero.

—¿Ruso? *Parlarà* del zar —le contestó el otro.

Hicieron corro alrededor de él. Habían estado bebiendo aguardiente. Le colocaron uno de sus chacós en la cabeza.

—Yajuu, yajuu. ¡Te van a quemar!

—¡Los niños te van desplumar! ¡Y jugarán a la pelota con tu fea cabezota!

Se pasaban una botella de vino entre ellos. Lo zarandearon.

—*L'ull tindràs darrere i el cul tindràs davant. Ballaràs en la corda, mestre.*

[138]

—Pronto aprenderás, maestro, el baile del capón.

Le dieron vueltas sobre sí mismo, cayó sobre el suelo de la celda. Tenía sed, una sed infinita. Los guardias bailaban a su alrededor. «Me habéis quitado mis pertenencias; la pequeña casa, el huerto, el perro, el caballo y los libros. Me habéis alejado de los niños, de la gente que me quería, pero mi alma morirá libre. He visto morir a muchos, yo seré uno más, he tenido el privilegio de vivir más tiempo que muchos mejores que yo.»

—Un poco de agua, por favor.

Querían divertirse un poco. Se hacía eterna la noche de verano.

—*Mestre, mestre. Donan's la lliçó. Tens por? T'en recordes dels xiquets?*

—*Mestre fotut, ballaràs com un ninot, penjat com un pernil.*

—Tararí, tarará. Si rezas esta noche, mañana lloverá.

Al final se cansaron. Uno de los voluntarios le puso un cuenco de agua en los labios

—*Vinga, mestre. Beveu un poquet.*[139]

Escuchaba voces como ecos. Bebió hasta la última gota y tosió. La cabeza le giraba. Los guardias se cansaron y salieron de la celda.

—¡Demonio de hereje! ¡Duerme ya!

Si había sido capaz de resistir hasta entonces, podía continuar hasta el fin. ¿La muerte? Pronto se reuniría con su madre, abrazaría a Nuria, jugaría con su hijito Miquel. El alma es inmortal, de eso estaba seguro. Se volverían a encontrar, en el más allá. No podía esfumarse en el olvido la vida de un hombre. Más allá de la vida, conversaría con Châtelier, y con sus amigos de la logia Les Philadelphées. [140] No se retractaría. ¿Y si fuera un sueño? Pensó en Mariana, en su cuerpo que no volvería a abrazar, en su corazón valiente y generoso, en el cariño que no iba a disfrutar. ¿Y si se retractaba aún? La añoraba tanto. Recordó que había esperanza de indulto para él, pero las últimas semanas lo tenían aislado. Se descubrió de nuevo en el suelo. Vio cómo regresaba la silueta blanca.

«—Abjura y pide perdón a Dios. Ven conmigo hacia la claridad de su luz.

»—Tú no eres blanco, como tu hábito. No tienes luz, eres solo tiniebla.

»—La Iglesia ilumina a los hombres con su verdad. No se puede ir contra la Iglesia sin encolerizar a Dios. Piensa en el infierno que te espera. Reescribe tus memorias, redacta tu confesión. Fírmala

»—Moriré con dignidad.

»—¿Dignidad? Mírate bien, maestrillo. Eres una piltrafa. ¡No das más que lástima! Vas a morir.

»La sombra desapareció.»

Pronto iba a morir, eso era lo cierto. Lo iban a privar del placer de ver el sol, de sentir la brisa del mar, del tacto de una mano amiga. Miró de reojo hacia los papeles revueltos. Podía aún salvarse. Sus frailes amigos quizá volverían.

—¡El hombre nace y muere solo! —exclamó—. Pero pocos saben lo solos que están.

Ha llegado la hora de la verdad, mi última oportunidad. Es el momento de expresar el arrepentimiento y de suplicar el perdón por mis pecados. Solo así, redactando estas últimas páginas, con las que cierro el relato de mi vida que se me ha otorgado recordar, podré aspirar a vuestro generoso indulto. Os he contado que estuve a punto de embarcarme hacia América, de unirme a la aventura de Juan Rico. No tuve valor. Me quedé en Inglaterra, luego volví a Francia y después a España, como sabéis ya, en 1820. De lo acontecido desde entonces ya tenéis noticia. Mi vida desde entonces ha sido reconstruida por vuestros informadores hasta el menor detalle.

He vivido mucho, como he dejado escrito. Han existido muchas vidas en mí, y siento que han transcurrido dentro de mí más años de los de mi edad. Fui soldado en dos guerras y miliciano nacional, he luchado y he sido herido. He empuñado demasiadas veces las armas, y he visto morir a demasiados hombres. Algunos por mi mano. Es esa mi gran culpa. «El lobo es un lobo para el hombre», leí en un libro de un filósofo inglés cuyo nombre no importa. Yo puedo aseguraros que eso es algo bien cierto.

He sido ardiente y apasionado. Las mujeres me han atraído en exceso. Quizá fui lujurioso, y fornicador, según decís. Esa ha sido mi naturaleza. No he podido, ni muchas veces querido, contener mis pasiones. ¿Me arrepiento de ello? Confieso que en buena parte soy culpable. La pasión ha sido mi razón de ser y de vivir. El peor pecado que he cometido, como ya conocéis por mi relato, es el querer saber. Gracias a los hombres que he conocido en mi vida —al señor Albert, a Jerome Châtelier, a Mariano Cabrerizo, a José Marchena— y a los filósofos prohibidos, he puesto en duda mi fe. Los autores de la *Enciclopedia*,

que aspiraban al universal conocimiento, me han llevado a pensar por mí mismo, a cuestionarme las verdades aprendidas de la fe. Según ellos, gracias a la ciencia y a la filosofía el hombre puede mejorar.

Es el momento de disponer mi alma. Mis protectores han prometido que se me podrían administrar los últimos sacramentos, en caso de arrepentimiento. Tengo que limpiar mi corazón para salvar mi alma. La verdad: mi ánima es mi única compañera. Desearía contentar a los que quieren de buena voluntad salvarme, mas no puedo regresar a la fe ingenua de cuando era niño. Me he alejado de Dios, y ahora ya no puedo creer en los dogmas de ninguna Iglesia. No existen verdades indudables, ni preceptos a inculcar a golpe de martillo. Por eso mi fe, que no lucha contra la razón, se acercó a la idea de un ser supremo, inspirador del bien y de la conducta recta.

Y me acerqué a todos los filósofos que, mis «padres salvadores», consideran enemigos de la fe. Muchas veces he pensado en los cátaros, los primeros herejes, condenados a muerte por querer vivir según su elección. ¿Tan terrible era ese crimen? Mi delito mayor también es el de aspirar a ser un hombre libre. Quisiera creer que la religión hace mejor a los hombres, que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, pero mi razón dice que el hombre creó a Dios para consolarse de sus desgracias, para afrontar la enfermedad, el dolor y la muerte. He tenido fe, pero soy hijo del desengaño. Se adoraban y se adoran imágenes de oro, mientras el pueblo sufría y sufre de privaciones y hambre. En nombre de la religión he visto cometer grandes crueldades. Por la fe se ha luchado contra la luz del conocimiento. He conocido a cristianos, a judíos, a mahometanos que hacen buenas obras, inspiradas por su fe. Siempre he creído en las virtudes que enseñaban los curas, pero mis reflexiones me han convertido en hereje.

«Vive y deja vivir», esa es mi divisa. Mi corazón reclama la paz. Siempre quise vivir en la verdad, en la honrada verdad de los perdedores. Los sumos sacerdotes han corrompido la esencia de la fe, que debe ennoblecer a los hombres y no convertirlos en asesinos ni en borregos. Habéis transformado la fe en sumisión al poder. La ignorancia, la negación del pensamiento, siempre es

sumisión. Mis días se acercan al ocaso, soy un rebelde para los que no quieren pensar. He sido testigo de demasiado odio, de demasiado fanatismo. No me arrepiento de mi temperamento insumiso y terco. He intentado ser honesto. Me gustaría poseer la verdad, la seguridad de los que creen, su facilidad para evitar las dudas. Por eso reniego, como deísta, de las Iglesias del mundo, no acato sus dogmas cerrados o sus credos. Soy un hereje obstinado, vuestro hereje. Nadie puede imponer la religión propia a ningún otro. Solo tenemos derecho a convencerlo. Admito lo bueno que hay en muchas religiones, en sus valores, en la necesaria diferencia entre el bien y el mal. Soy culpable de amor al prójimo y de querer enseñar lo poco que sé. «Enseñar al que no sabe», aprendí como virtud cristiana de los escolapios cuando era niño. Y eso quise hacer: dar lecciones de vida, enseñar a pensar. ¿Dudar también? Pues claro, dudar es reflexionar. ¿Vendrá ese reino de los cielos? Espero que sí, o que al menos los hombres aprendan a ser libres. Soy culpable de pensar por mi cuenta, y de no creer en ningún dios vengativo.

Dios no necesita sacrificios humanos. Seré vuestro cordero en el altar. No creo en alcanzar la salvación por el sacrificio de la sangre. Es cierto, creo en un dios sin sangre ni dolor, que ofrece amor y filantropía. Me arrepiento de muchas cosas, pero ante el juicio final mi alma aguarda serena. Creo en la inmortalidad de las almas. En la infinitud de Dios reflejada en el universo, en la inmensidad de la naturaleza, en todo lo inexplicable para nuestra mente. Sé que no es lo que vosotros, queridos Ramo y Guillén, esperabais leer. Que el ser supremo, creador del universo, nos perdone a todos.

El 26 de julio de 1826, las campanas doblaron a la hora sexta. El preso había pasado la noche en vela, y solo al final había conciliado un fugaz sueño, lleno de sobresaltos. A través de los barrotes adivinó la visita de la última aurora de su vida, la luz del amanecer de esa jornada de estío, blanco y rojo, que descendía sobre la ciudad y que se llevaba la oscuridad de la noche. La luz lo hería sin verla, y pintaba en su imaginación de colores el laberinto ocre de las calles de adobe, las paredes y las ventanas de los invisibles vecinos, las torres de los campanarios y las puertas de las iglesias. Se imaginó la libertad imposible, más allá de los muros, y aguardó la llegada de la muerte. «¿Vendrá la negra dama, como era de esperar, con su guadaña, vestida de noche?»

Sintió que, muy cerca de la prisión, se apagaban los fanales nocturnos de las callejuelas y que con el nacimiento del amanecer podía ver, en los balcones de las casas cercanas, las alas negras y blancas de las golondrinas, e imaginó a esas aves revoloteando en la calle, entrando en sus nidos de barro y saliendo de ellos, anclados en los balcones. Tras el canto lejano del gallo, el aire quieto de la mazmorra se cortó con el chirrido de la llave, que retorció el cerrojo de la puerta. Sonaron entonces los cuartos de la hora sexta, acompasados en las campanas de la iglesia de San Salvador. Al final, iba a salir de la cárcel de San Narciso, para siempre. Habían pasado ya unos minutos de la cuenta atrás. Se abrió la puerta de golpe, entraron dos hombres para llevarlo al cadalso.

—¡Levántate! —le ordenó uno de ellos, cubierto con capucha. Sería el verdugo, quizá.

No había dormido apenas, pero había caído exhausto esa noche, tal vez solo había soñado en las últimas horas, o en los últimos minutos, de la duermevela.

Sentía ese mínimo lapsus como algo eterno e intenso. Eran vagas las imágenes, y las quería reconstruir. Recordaba que viajaba en una goleta, las velas desplegadas, y las olas aradas por la proa, y un golpe de mar. Había naufragado, su barco se había roto en las rocas y había una playa poblada de extraños seres. Vagaba en la zozobra de su recuerdo cuando el carcelero insistió en que se incorporara de una vez. Se entretuvo con más detalles del efímero sueño. Lo tenía que vivir. O revivir. Era lo último que le quedaba por hacer.

—Venga, maestro, le esperamos. —El nuevo guardián le quitó los grilletes.

«No puede ser que este sea el día de mi muerte», pensó.

Había meditado todos esos meses sobre el momento. El último día de su vida. Sus últimos pasos, sus últimos suspiros, los últimos latidos de su corazón, los últimos pensamientos antes de la muerte anunciada. El final del camino. Todos los hombres mueren un día. Todos los que han pasado por la tierra, y todos los que pasarán. Él había podido prepararse para morir, pero no estaba preparado. No aceptaba su muerte, no aceptaba el repentino final de su vida. No se sentía culpable, no creía tener pecados de los que arrepentirse. El pecado de ser hombre, eso sí. No vendría ningún sacerdote a hablarle de paraísos, purgatorios e infiernos. Estaba excluido de los últimos sacramentos. Se libraba así de oír unas cuantas mentiras, al darle la «extremaunción». Era un hereje sin derecho al perdón. Mejor, no quería pantomimas. Pero sintió vértigo. ¿Qué le esperaba en unas horas? ¿La nada?

Se había acostumbrado a malvivir encerrado en la celda, esas cuatro paredes que habían sido su casa tanto tiempo. Casi dos años esperando. Respiraba el aire viciado de la mazmorra como parte de su propio aliento. Y le daba miedo alejarse de esa jaula maloliente. Era como un pájaro sin alas. Sintió miedo de salir, de regresar al mundo, aunque fuera por unas breves horas, con el final previsto desde hacía tiempo, con todo el ceremonial de humillación que lo acechaba, con la gente que vendría, sin duda, a insultarlo. Mientras el desconocido aflojaba los grilletes, él seguía ausente.

De pronto, se le ocurrió que todo cuanto lo rodeaba era un sueño. Volvía a

trabajar en la *escoleta*, y tenía que pensar en la enseñanza del día. ¿Qué contaría a los muchachos? Podía inspirarse en el sueño, adornarlo con experiencias de su vida. Era una forma de atraer su atención. Mezclaría el sueño con la imaginación. Los entretendría con un hermoso cuento. Años atrás, había conocido a un marinero en el Lazareto. Se sospechaba que toda la tripulación de su barco había contraído unas fiebres en los trópicos. El marinero, en medio del delirio, le había contado una historia maravillosa: venía de los mares del sur y se había topado, tras naufragar en el mar de Aráfura, con una isla poblada de seres de dos cabezas, a los que llamaba con el nombre de *orbites*.

Tenía la mirada perdida en un punto invisible de la celda. Pensó que contaría a sus alumnos que el capitán dirigía una expedición que volvía del otro extremo del mundo. Una expedición ilustrada, como la del italiano Malaspina, al servicio de la corona española. El navío había naufragado en una isla hermosa y terrible. Nadie, salvo el capitán, había sobrevivido. Había conocido allí a esos seres maravillosos, a los *orbites* de dos cabezas, seres monstruosos que encarnaban el lado bueno y el malo de cada hombre. Las cabezas estaban enzarzadas en encarnizadas controversias: sobre el cuerpo y el alma, o sobre la libertad y el deber. Disputas que finalizaban con pugnas y dolores inútiles. El marinero era para los *orbites* un monstruo de una cabeza. Quería escapar de la isla, y deseaba la paz de esos desdichados bicéfalos.

—¡Hoy soplará levante! —soltó con expresión de enajenado—. Zarpemos ya.

—Sí, hoy soplará el levante, aunque a mí ese viento no me gusta —contestó uno de los carceleros al maestro. *De Llevant, que no vinga el vent, ni tampoc la gent.*[141]

—Nunca sopla el viento a gusto de todos. ¿Dónde está tu cabeza? —preguntó el reo—. Hablaré hoy de la tozudez. ¿Conoces la fábula de los galgos y de los podencos?

El enmascarado lo escuchaba con sorpresa. El otro seguía la corriente al reo.

—*Mestre*, no conozco más galgos que los que llevaba al monte para cazar conejos.

—Pues escucha tú: dos conejos discuten sobre los sabuesos que los persiguen. Al entretenerse los alcanzan: «Los que por cuestiones de poco momento / dejan lo que importa / llévense este ejemplo.»

—¡No estamos para fábulas! —cortó el encapuchado—. Salgamos cuanto antes.

Lo sacaron a empujones de la celda. Subieron por una escalinata de piedra y se asomó a un pequeño ventanuco enrejado. Vio una parte de la torre de la iglesia de la Trinidad, al otro lado del río. Se presentó en la escalinata el alcaide de la prisión, rodeado de unos alguaciles. Ordenó que le pusieran una capucha. No tenía que ver nada a partir de ese momento.

—No quiero morir. —El reo regresaba a empellones de su ensueño.

El hombre que lo había liberado de los grilletes murmuraba con el alcaide.

—¿Voy a morir? —preguntó el reo a través de su capucha—. ¿Nadie está conmigo?

—No vas a morir —le contestó el alcaide—. Al menos, en el día de hoy. Ha habido un giro inesperado de los acontecimientos. El arzobispo Simón, anciano prelado que iba a presidir el auto de fe, se encuentra indispuesto, al parecer por unas fiebres. Cosas del calor de estos días, y también de la edad del vejestorio. Tienes suerte, se te otorgan unos días más de vida. Además, mi querido y obstinado amigo, una señora ha venido a visitarte. La dama que te ha favorecido, y de paso también a mí, estos últimos meses. El que iba a ser el día de tu muerte se ha convertido en un día afortunado para ti.

—¿Una mujer ha venido? ¿De quién me hablas? ¿Mariana?

—¡No, imbécil! ¡He dicho una dama! —Cayetano sintió el aliento del alcaide en el oído—. No hablo de una vulgar huertana.

—¡Aleja tus manos de ella!

—Bueno, ya verás. De momento, tienes el privilegio de salir de tu celda, y de visitar mi despacho. Yo soy tu ángel de la guardia. Pero es mejor que te dejes llevar, en silencio. Vosotros —ordenó dirigiéndose a sus subordinados—. Es la

hora del paseo en el patio, id a vigilar. Nosotros tenemos unos trámites burocráticos que resolver. Fuera todos, me quedo solo con el maestro.

Los voluntarios realistas y los guardias de las celdas próximas le obedecieron. —Es algo que debemos hablar en secreto, sentados tú y yo, en mi despacho...

Cayetano conocía bien la vileza del alcaide. ¿Qué querría ahora? No esperaba nada bueno de ese misterioso trajinar, cegado por la capucha, por la cárcel de San Narciso. ¿Qué tramaba esa rata?

Ya en el despacho apareció una dama de mediana edad, vestida con elegancia. Ripoll seguía confuso. Le quitaron la hopa. El que parecía un guardián, también lo hizo, y descubrió su rostro. El enmascarado de la celda... ¡Era Manuel Bertrán de Lis!

—¡Querido Cayetano, tengo una gran noticia! —le dijo la aparecida dama al asombrado reo mientras le tendía la mano—. ¡Por fin eres un hombre libre!

—No entiendo nada. Dadme agua. No os burléis más de mí... —protestó sollozando—. Estoy loco, ¿verdad?

Le dieron agua. Vio por un instante a esa Beatriz que lo sacaba del infierno, y se avergonzó de su maltrecha figura, la del más miserable de los hombres. No podía entender. Quizás estaba muerto. Los sueños tienen la forma de una plácida muerte.

Bertrán de Lis lo abrazó. Había permanecido oculto desde que se produjo el desastre de Guardamar. Le presentó a su benefactora, doña Valeriola, la condesa de Almodóvar, que, mientras su marido permanecía en el exilio, había hecho cuanto había podido, durante esos años terribles, a favor de los liberales perseguidos.

—Hemos de ser cautos, hermano Cayetano —comenzó a explicarle Manuel al aturrido preso, que todavía sentía en los pies y en las manos las llagas de las cadenas—. Tu plan de fuga lleva varios años tejiéndose. A Londres llegó la noticia de tu proceso, y la noticia corrió como un reguero de pólvora. No podíamos los liberales permanecer con los brazos cruzados. Pedimos ayuda a nuestros amigos ingleses: lord Holland y su esposa reunieron un pequeño capital,

al que también contribuyó la logia de Londres, y el propio Wellington, quizá por su mala conciencia hacia sus amigos españoles. Incluso mi hermano Vicente, a pesar de lo tacaño que es, puso su parte, junto con los recursos de algunos emigrados, como Mariano Cabrerizo, que debe de estar moviéndose por Bélgica en estos momentos. Como quizá sepas, él logró escapar también de la Junta de Fe gracias a que había guardianes dispuestos a ser sobornados.

El alcaide esbozó una cínica sonrisa mientras encendía un puro habano, y fingía mirar por la ventana del despacho que daba hacia el patio, repleto de presos.

—He pasado grandes calamidades estos meses. He ocultado mi identidad bajo múltiples rostros, gracias también a mi hermano Mariano, pero logré salvar el capital destinado a tu libertad. La condesa de Almodóvar también ha hecho mucho por ti. Ella transmitió las cartas que nos informaban de tu estado a través de un espía, un masón de la logia de nombre Namor, que las llevaba a Londres a través de Gibraltar. Yo tengo mis reservas sobre este hombre, pero ella cree en su fidelidad. Tenemos que ser muy precavidos... El Ángel Exterminador se esconde por todas partes.

»La enfermedad del arzobispo Simón nos regala cinco días preciosos. La ejecución queda aplazada para el 31 de julio. Durante unos días permanecerás oculto en una casa de campo, alejada de Valencia, protegido por la logia. Transcurridos esos días, volverás a Valencia. Hay una fragata inglesa que te espera en el Grao, y serás trasladado hasta Londres. Piensa en tu nueva vida. Allí todos oirán tu historia.

—Hay otra persona que don Manuel olvida, clave en todo este plan —apostilló doña Valeriola, que había permanecido callada hasta entonces—. Se trata del párroco de Ruzafa, don Vicente Record; él redactó las cartas utilizando tinta invisible y puso al corriente a los miembros de la logia de cada paso de tu proceso. Un hombre bueno, sin duda. Se comprometió con nosotros hasta el final...

—¡Mi querido Vicente Record! ¿Metido a espía? No me lo imagino. ¡Cuántas

ganas tengo de volverlo a ver, y de abrazarlo, al condenado curita!

El comentario de Ripoll provocó el silencio en el despacho. El alcaide había salido a una pequeña terraza. Era mejor que no escuchase demasiados detalles. Algún día podía ser que se descubriera la trama, y él no estaría fuera de sospecha.

—¿Qué pasa? Supongo que también él podrá venirse conmigo a Inglaterra... Y por supuesto Mariana Gabino, Joanet y don Ramón, su padre. Y, si hace falta, Josep Vivó. El pobre también se encuentra en la lista negra de los absolutistas. Ellos son mi única familia, mis amigos. Todo lo que tengo. No quiero irme sin ellos...

—El padre Record, no sé cómo decírtelo, querido Cayetano... Ya no está con nosotros.

La condesa de Almodóvar intentaba darle la noticia con delicadeza. Bertrán de Lis optó por la franqueza.

—Fue asesinado por el Ángel Exterminador. Lo mismo que Josep Vivó. Solo puedo decirte que murieron como dos valientes.

—¿Muertos? ¿Por mi causa? Ellos no debieron... Yo no merezco eso...

—No murieron por tu causa. No solo por ti. Murieron por algo mucho más grande: la causa que nos une a todos los que luchamos por la libertad, desde la lejana Rusia hasta Portugal. Tu libertad hará que no sea en vano su sacrificio.

—¿Y Mariana? ¿Qué ha sido de ella y de los suyos?

La condesa sacó entonces su vena aristocrática en el tono de voz, algo que no podía disimular, a pesar de las ideas liberales de ella y de su esposo.

—Mariana se encuentra a mi servicio desde hace meses. Lo mismo que su hijo, Joanet. Ella también ha colaborado en la trama, se encargó de hacer de enlace entre el padre Record y mi persona. Yo, a su vez, oculté las cartas en fardos que, a través de Namor, fueron transportados a Gibraltar. Su padre, el pobre loco, está también bajo mi protección... Lo hemos trasladado a una institución benéfica, a mi cargo...

Manuel Bertrán de Lis miró con sorpresa a la condesa. Mentía en algo, había

algo que no le cuadraba en sus palabras. Pero no dijo nada. Lo importante era que Cayetano se preparase para su liberación.

—¡Quiero ver a Mariana! —exclamó con inesperada energía el maestro—. Quiero que venga conmigo, junto con su hijo, a Inglaterra, o a donde tengamos que ir. No me iré sin ella, y quiero verla ya. Me importan poco vuestros planes de fuga, si no es así.

Manuel Bertrán de Lis miró hacia la condesa. Había que contentar como fuera a Cayetano Ripoll. Tenía razón, él había estado sufriendo prisión durante casi dos años, no podía negársele ese derecho. Ningún hombre es él mismo si no está con los suyos.

La condesa se asomó al balcón y habló en voz baja con el alcaide.

—Eso no estaba en el precio. Tendréis que pagar un nuevo suplemento por mis servicios.

La condesa se enfureció, pero cedió ante el corrupto funcionario que iba a permitir la fuga del preso.

—Se os dará lo que pedís. Esta misma tarde tiene que venir a verlo la lavandera.

Regresó entonces al despacho.

—Todo está solucionado, Cayetano. Mariana vendrá junto con nosotros a Inglaterra, con su hijo. Su padre esperará un tiempo. Yo me ocuparé de todo.

Los ojos de Mariana lo estaban mirando, su mano le acariciaba las mejillas. Olía el lugar cerrado a incienso, a hierbas aromáticas, cuyo humo invisible acabó de despertarlo. Se había encargado ella de hacer acogedor ese encuentro. Estaba sentada en su camastro. Cayetano acercó la mano a aquel rostro añorado, acarició el pelo negro, rizado y largo, le tocó los brazos para asegurarse de que era la mujer de carne y hueso que echaba tanto de menos, la verdadera Mariana, la amiga y la amante perdidas, que volvía con él. Con el tacto de los dedos se convenció de que esa vez el sueño no le engañaba con quimeras, no se mofaba de él con el juego de las ilusiones.

—Entonces, es verdad... Eres tú.

—Sí, no soy ninguna aparición, ni ningún fantasma, he venido para llevarte conmigo. Para poder vivir juntos el resto de nuestra vida.

Fatigado tras las emociones y las sorpresas de la agitada mañana, aquella tarde se había quedado amodorrado en el camastro. No había escuchado el sonido del portalón al abrirse, ni tampoco había sentido el olor del fuego en las pequeñas velas aromáticas que mitigaban el cargado hedor de la celda.

El alcaide había cumplido con su parte en el trato. Y, además de tener preparada la fuga de Cayetano para esa misma noche, le había concedido el deseo de ver a su huertana esa tarde, como había pedido. Posiblemente podría retirarse pronto el servidor público y volver a Madrid, y a lo mejor comprarse una pequeña casa de campo en las afueras de la capital del reino. Después, claro está, de acallar las posibles bocas indiscretas con una parte de las ganancias y de regalar mejores destinos a varios cómplices y testigos de sus apañes con la condesa de Almodóvar.

«Estos liberales no son tan malos, siempre y cuando tengan oro y reales para echarles una mano», pensaba el antiguo soldado.

Su escasa conciencia estaba tranquila. Algún día podían ser ellos, los «negros», los que volvieran al poder, y sus servicios de antes serían para él una buena carta de presentación. Y, sobre todo, muy pronto ya no tendría que seguir en aquel lugar tan feo como la atestada cárcel de San Narciso, húmeda y maloliente, donde cada día se respiraba la enfermedad y la muerte en sus muros.

Cayetano se incorporó de pronto. ¡Era tanta la ausencia de cariño, de roce y caricias de su hembra la de aquellos largos meses! A instancias de la Junta se le habían cortado las visitas para forzarlo a firmar su arrepentimiento. Era una eternidad el tiempo en que no sentía el contacto de su piel, en la que reconoció el olor del jabón de aceite y de esencia, impregnado en las yemas de los dedos. Era infinita la necesidad de abrazarla, de besarla, de hundir la cabeza entre sus senos, de sentir su sudor mezclado con el de ella, de respirar el aliento de su boca, de besarla mordiéndole los labios, de beber la saliva donde sentía que sorbía la esencia de su vida. Mariana contenía dentro de ella todos los olores del mar y de la huerta, le traía el rumor del agua en las acequias, el sabor de los nísperos maduros, el perfume de las flores silvestres. Era la vida robada que volvía con ella. Lo rescataba de la muerte, para envolverlo en su seno.

Se desnudaron con la misma precipitación que la primera vez en la alberca. El cuerpo del otro era de pronto el propio cuerpo, tenía necesidad de fundirse con él, de confundirse entrelazados los brazos y las piernas, de entrar en el fondo del cuerpo apegado del otro con el que chocaba y se deslizaba, de dejar que los sexos se hundieran armoniosamente y de sentir que los dos troncos humanos se convertían en uno solo. Cayeron del camastro y rodaron por el suelo. Se siguieron amando hasta que la tarde declinó. No importaba el lugar, no importaba que no estuvieran en la cama de un palacio o en el lecho duro de una simple barraca. Se sentían plenos y felices, como hacía mucho no lo habían sentido.

Se vistieron con pereza, se rieron del pasado, que parecía remoto. La vida que

les esperaba acababa de empezar. Se recostaron en el camastro, abrazados. La pasión pedía una tregua que invitaba a las caricias tranquilas y a hablar de tantas cosas pendientes.

—¿Y cómo es Inglaterra? ¿De qué viviremos allí?

Las preguntas de Mariana se encontraban a medio camino entre la curiosidad y la inquietud. La verdad era que el mundo que había vivido se reducía al de quien no había salido apenas de la huerta de Ruzafa.

—¿Inglaterra? Lluve todos los días, o casi todos. El invierno y el otoño son largos, y hace bastante frío. El cielo es gris, casi siempre, pero la campiña es verde y hermosa. Seguramente viviremos en un barrio de Londres, donde se han refugiado muchos españoles. Es el país más próspero y libre de Europa. Yo buscaré trabajo de lo que sea, ojalá de maestro, saldremos adelante...

—¿Y qué pasará con Joanet? ¿Encontrará quién lo emplee? No me gusta eso de que haga tanto frío...

—Joanet tendrá que aprender, como todos los que viven allí, a hablar inglés. Yo le echaré una mano, aunque la verdad es que no es una lengua que conozca demasiado. Con lo despierto que es, seguro que se despabilará pronto. Allí hay talleres grandes, industrias que no te podrías imaginar. También me gustaría que estudiase, pero es pronto para hacer ningún proyecto. Él elegirá libremente su propia vida. Ya es casi un hombre. ¿Cuándo lo podré ver? No sé mucho de cómo está planeado todo. Lo que lamento es que no podamos llevarnos a tu padre. La condesa dijo que se encontraba acogido en una especie de institución benéfica, a cuenta de ella. Me gustaría despedirme de él. A lo mejor, hasta lo llevamos con nosotros...

El rostro de Mariana se transfiguró al escuchar hablar de su padre. Guardó silencio durante un tiempo. Parecía a punto de estallar en llanto. Giró la cabeza hacia la pared, quería ocultar su dolor. Cambió de tema de conversación.

—Me dijeron que te dieron la oportunidad de escribir algo, no sé, unos papeles sobre tu vida... Me encantaría leerlos, ya casi entiendo todas las letras, y las palabras enteras, que tú me enseñaste...

—La memoria de mi vida. Tenía que servir para que yo reflexionase sobre mis errores, y pidiera perdón.

Y sacó de debajo del camastro un fajo de páginas, algunas rotas, otras emborronadas de tinta, escritas de su puño y letra, atadas con un pobre cordel.

—Pero creo que no sirvieron para ese propósito. Eso sí, me ha entretenido la escritura estos largos meses, y me ha servido para pensar sobre mi vida, y aprender algo sobre quién soy. La soledad es lo más duro de estar metido en este agujero. Escribir ha sido mi única felicidad, sobre todo cuando ya no dejaron que vinieras a visitarme. A lo mejor, hasta ven la luz algún día... No importa, de todas formas. Yo soy un hombre cualquiera, un hijo de esta época. Diga lo que diga Bertrán de Lis o Cabrerizo, mi vida es como la de tantos otros que han vivido, sin pena ni gloria, y que no pasan nunca a la historia.

—No digas eso. Eres el mejor hombre que he conocido jamás. Ningún otro merece tanto como tú que lean sobre ti.

Estaba Mariana hojeando el manuscrito cuando rompió a llorar. Había leído algo sobre don Ramón, *el Il·luminat*.

—¡Mi padre! Soy una egoísta, una malvada... Que Dios me perdone...

—¡Oh, vamos, no llores, por favor! Tú eres una mujer fuerte. La condesa ha dicho que lo va a proteger. Y, si los doctores que lo tratan lo permiten, nos lo podemos llevar. Él nunca ha sido una carga para nosotros.

—¡La condesa! Menuda embustera la señora... No sabes nada... Nadie te ha dicho la verdad... Yo soy la culpable, le he traicionado... La condesa me convenció. Yo no quería.

—No entiendo nada —dijo tratando de consolarla.

—Soy una mala hija. Me merezco todo el castigo del mundo... Aunque mi excusa sea que te necesito, que te amo de verdad... La condesa, con buenas palabras, me convenció.

El cerrojo de la puerta se descorrió y apareció el rostro satisfecho del alcaide. La seguridad de que iba a ser acogido como una especie de salvador le hizo presentarse sin escolta. Detrás de él penetraron en la celda, como si hubieran

sido invocados por la pareja al hablar de ellos, Joanet y don Ramón. Cayetano se levantó y abrazó a Joanet, que era ya casi tan alto como él. Notó, sin embargo, que el hijo de Mariana no lo abrazaba y que agachaba como malhumorado la cabeza. Se acercó a don Ramón, sorprendido de verlo en ese lugar. Había un destello de tristeza en su mirada.

—¡Qué alegría! Entonces... Se viene con nosotros, ¿no? —preguntó a Mariana, que agachó la cabeza. Finalmente, levantó sus ojos llorosos hacia Cayetano.

—Mi padre no viene con nosotros. Se queda aquí, es una parte del trato.

—¿Cómo? No puede ser, quieres decir que van a... ejecutarlo... ¿por mí?

El alcaide intervino en la conversación. Tenían que apresurarse, fuera de la prisión esperaba la condesa en un carruaje. Tenía un tono jocoso su voz.

—Pues claro que sí, te creía un poco más listo, maestro. La fiesta de la ejecución está programada desde hace meses, aunque se haya aplazado unos días. La Junta de Fe no puede deshacer lo que ya está escrito. El pueblo necesita una lección de fe, ver cómo se castiga a un hereje en la plaza del mercado. Un hombre es igual a otro debajo de una hopa. Y, en el fondo, este pobre idiota no se va a enterar de nada. Esa era la única forma de conseguir que tú esta noche puedas escapar, tener un sustituto. En la vida, siempre hay chivos expiatorios, y para la mierda de existencia que tiene el viejo, es un final apoteósico.

Ripoll, a pesar de que había perdido peso y envergadura, conservaba buena parte de su fuerza. Se lanzó con rabia sobre el alcaide y le propino una lluvia de golpes en el rostro y en el cuerpo, fofa y regalado, del monarca de esa cárcel infecta. Lo había abatido en el suelo, y le apretaba con las manos desnudas el grueso cuello, hasta casi asfixiarlo.

—No lo hagas, por favor —le suplicó Mariana mientras intentaba sujetarlo por la espalda—. Se merece morir. Pero si lo matas moriremos todos, incluido Joanet.

Cayetano soltó su presa y se desmoronó apoyando la espalda en uno de los muros. El alcaide jadeaba en el suelo, como un pez fuera del agua, enrojecido

por la falta de oxígeno. Lloraba, gemía, balbució una palabra de súplica, ofreció dinero porque le dejaran vivir, intentó pedir ayuda, pero nadie podía escucharlo. La celda estaba cerrada, los alguaciles y los guardias, lejos. Los pensamientos comenzaron a fluir como un torrente en la cabeza del reo que iba a morir unos días después. «Así que todo es un engaño.» La conspiración no iba a evitar la ejecución de una víctima inocente. Pretendían solo salvar al maestro hereje para poder exhibirlo en Inglaterra entre los círculos deístas y en la logia de Londres. No importaba si un pobre hombre lo iba a sustituir en el patíbulo. Con la muerte de don Ramón, todos estarían contentos. La Junta de Fe triunfaría, Miguel Toranzo soltaría su discurso, sin tener quien le replicase. Y los liberales emigrados disfrutarían también de su gloria. El rescate sería una historia que ocuparía la primera página de *The Times*. Su vida, a costa de don Ramón, sería la de un perpetuo trofeo, y también un trampolín en la carrera política de los condes de Almodóvar y los Bertrán de Lis.

Bastó una mirada para que Mariana comprendiera sus pensamientos. Y los compartiera también.

—Era un bonito sueño, el de Inglaterra.

—Es verdad, pero los sueños no se pueden levantar sobre el remordimiento.

Don Ramón, ajeno a cuanto sucedía, estaba ojeando los papeles del manuscrito, sentado en el catre. Joanet miró a Cayetano con una nueva expresión. Antes, sentía la rabia del adolescente contra el adulto al que cree capaz de sacrificar por egoísmo a su abuelo. Ahora, sentía orgullo, como cuando fue su alumno, y lo admiraba en sus clases.

—Habrías sido el mejor padre para mi hijo. Pero no puedo reprocharte nada...

—No habiéramos podido vivir ese sueño de vida sin lamentar este comienzo el resto de nuestros días. Gente como nosotros no puede, ni podrá nunca, vivir así.

Comenzaron a irse los visitantes de la celda, mientras el alcaide sollozaba y pedía desde el suelo que le dieran el último plazo de su cohecho. Él había

cumplido, no tenía la culpa de que el maestro estuviera más loco que el pobre diablo que le iba a sustituir.

Antes de salir, Mariana besó a Cayetano. Fue un beso infinito y breve a la vez.

—Siempre te recordaré, mi querido maestro, ¡me has enseñado tantas cosas! Sobre todo a amar. ¿Qué harás estos días? ¿Te volverán a maltratar, amor mío?

El maestro le acarició con ternura el rostro y le atusó los hermosos cabellos.

—Yo seguiré contigo siempre, donde quiera que se encuentre mi alma. No te preocupes, mi amor. Sabré esperar estos días, ya estoy acostumbrado.

Antes del amanecer del 31 de julio, se cubrieron los retablos y las cruces de las calles. Ninguna imagen sagrada podía ser vista por un hereje contumaz, por lo que se taparon con mantones negros las cruces y las tallas de los santos de las calles por donde iba a transcurrir la comitiva. Los ojos de un hereje podían derribar las estatuas de los santos, incendiar los mantos de las vírgenes y hacer que manase sangre de los cristos. Hasta retiraron las dos cruces de madera de la horca de la plaza del mercado. «Los herejes mueren arrojando maldiciones.» Para que el reo no pudiese exhalar su pestilente aliento, ni dirigir sus diabólicos ojos a las iglesias, los diáconos con los sacristanes y otros hermanos de la fe alzarían los brazos a su paso y ocultarían las puertas de los templos. Una mirada fugaz de un apóstata era una maldición de Lucifer, un rayo del infierno, según habían predicado los párrocos en los púlpitos. Quien lo mirase de cerca, podría morir de forma fulminante.

El recorrido del séquito partió de la prisión de San Narciso y recorrió las calles de Serranos, San Bartolomé, Caballeros, Tros-alt, y Bolsería, la plaza del mercado, frente a la iglesia de los Santos Juanes, donde se alzaba el cadalso.

Se había dispuesto que todo se desarrollara según los cánones de un auto de fe, de acuerdo con la costumbre y reglas de la Santa Inquisición. Precedidos por campanilleros, abrían la procesión los miembros de la Junta de Fe, escoltados por oficiales del ejército, acompañados de un tamborilero que marcaba el paso de la procesión. Los seguía una cuadrilla de alguaciles de la cárcel, y formaba a ambos lados una patrulla con uniforme de gala de soldados de la ciudadela.

Detrás del reo se situaban los voluntarios realistas, encabezados por su jefe en Ruzafa, Luis Salcedo, luciendo charreteras y uniformes de gala, pues el mismo

día 31 de julio Fernando VII había ordenado publicar en el *Diario de Valencia* el nuevo reglamento que consagraba a los voluntarios como cuerpo de seguridad al servicio de la corona. Quizás estaba cerca la concesión de la Cruz de San Fernando, la máxima distinción otorgada por el rey a sus servidores y el Llautenent tenía una sonrisa que se abría de oreja a oreja mientras recibía los aplausos y los vítores de los suyos.

El hereje llevaba una hopa en el rostro, vestido con un sambenito negro, de los pies al cuello, lo que acentuaba su delgadez. Su cabeza se había cubierto con una coraza de color. Se le había maniatado con tal fuerza que se quejó de sus ataduras.

—Por tu dios y por el mío —suplicó al alguacil—, ¡no tan fuerte, hermano!

El hombre aflojó las manillas y le puso una mordaza para que no invocase en su camino al diablo ni pronunciase blasfemias, y se le montó en una mula, a modo de humilde caballería, como se había hecho siempre con los condenados por la Santa Inquisición.

Cuando salía de San Narciso, el alcaide miró por última vez al hombre que podía haberse salvado. Le pareció una sublime estupidez el acto de quedarse en prisión que había presenciado, el suicidio de un hombre que podía en esos momentos ser libre como un pájaro. Algo, sin embargo, se removió en su interior y su alma corrupta sintió una punzada de desprecio hacia sí mismo y de admiración hacia ese extraño hombre al que había abierto unos días antes las puertas de San Narciso. Desde los barrotes de una celda se escuchó que varios presos gritaban: «¡Matan a un santo! ¡Matan a un santo!»

El destinado a morir por sus pecados de satánica apostasía inició la travesía de las calles, tambaleándose encima de su montura, entre los insultos y las burlas de la chusma, enardecida por los clérigos convocados por sus superiores y hasta por las monjas de varios conventos, que para tan gran ocasión fueron autorizadas por el arzobispo para romper sus votos y salir del encierro de sus claustros «Hereje, *negre cabró, fill de puta. Vas a morir, diable maleit*», cantaban a coro.

Los niños, con el permiso de sus padres, arrojaban piedras y desperdicios a su

paso; cadáveres de ratas y de pájaros y boñigas secas de caballo. La figura enlutada atravesaba con digna resignación su vía crucis entre la muchedumbre, que parecía a punto de precipitarse sobre él y adelantar su muerte despedazándolo con sus manos. La figura del reo se mantuvo sin caer de su montura, a duras penas, erguida siempre la cabeza y estirada la espalda, insensible ante la lluvia de agravios y de objetos inmundos que caía sobre él.

Una turba de curiosos se agolpaba en el trayecto e intentaba hacerse un hueco para ver la procesión mientras las beatas se santiguaban y hacían aspavientos horrorizadas ante la viva silueta del demonio. Los artesanos abandonaron sus tareas, dejando sobre las mesas las herramientas en sus talleres, y dirigieron sus ojos hacia la insólita procesión. En las ventanas se agolpaban los vecinos que tenían la fortuna, o la desgracia, de tener una privilegiada visión de aquel paso. El condenado a muerte, montado en la vieja mula, guiada por un arriero, avanzó por las calles abarrotadas. Desde la fiesta del Corpus de junio, no se había celebrado un acto religioso tan imponente en Valencia.

Para Miguel Toranzo y Ceballos se escribía una página gloriosa de la historia de la Iglesia y él era el máximo artífice de semejante apoteosis de fe, más que el anciano arzobispo, que necesitaba apoyarse en el mofletudo Falcó para la caminata y que empezaba a chochear. El antiguo funcionario del Santo Oficio tenía el honor de estar al frente: desfilaba ataviado con la blanca túnica de los dominicos; la orden en la que había iniciado su abnegada carrera al servicio de Dios, y portaba, aferrado en sus fuertes manos, el estandarte con el escudo de la Santa Inquisición. Alrededor de la enseña se podía leer la inscripción *Exurge, Domine, iudica causam tuam*, y en su centro destacaba la Santa Cruz verde, la única que iba a estar presente durante todo el auto, y que iría siempre por delante de los ojos diabólicos del ajusticiado. El verde olivo simbolizaba la salvación eterna otorgada a los herejes arrepentidos, mientras que, en su lado derecho, debajo de la Santa Cruz, aparecía la «espada de la justicia», que, con el fondo negro del estandarte, aludía al fatal destino de los herejes contumaces.

Aquel podía ser el día más feliz de su vida. Por fin verían sus ojos un

verdadero auto de fe. Gracias a él, se perdería el miedo a celebrar otros semejantes, y el timorato y vacilante rey Fernando entendería que, con estos procesos, no solo se eliminaban enemigos de la Iglesia de Roma, sino también a los de su autoridad. Miguel Toranzo estaba convencido de su papel de cruzado, de caballero que había vencido, con la espada de su verbo, al mismo Belcebú. El espectáculo sacro sería una apoteosis de fe y un ejemplo para los humildes y sencillos. Merced a ese proceso, el Santo Oficio sería autorizado y bendecido por la corona, consagrado por decreto real, y sus bienes y su patrimonio serían restituidos. Se iba a librar la Iglesia de un deísta, y el rey también de un librepensador, como aquellos que lo humillaron durante los tres llamados «años de anarquía liberal». El altar y el trono volvían a caminar de la mano, como en los gloriosos tiempos de Felipe II. Miguel Toranzo y Ceballos, el hijo de un herrero, sería puesto al fin en su sitio y nombrado Gran Inquisidor.

A medida que el séquito se acercaba a la plaza del mercado, arreciaron los insultos hacia el renegado de la fe. A ambos lados de la mula y como escolta protectora ante la ira del pueblo, se situaron el carmelita Félix Guillén y el escolapio Lorenzo Ramo de San Blas, los teólogos fracasados en la conversión del terco maestro.

Ramo insistía en un último intento, susurrando oraciones a la coraza que ocultaba el rostro del reo, suplicándole que aprovecharse esa última oportunidad de salvar su alma.

—Hijo mío, arrepíentete, regresa al seno de la religión, que como tierna madre te acogerá en sus amorosos brazos.

Los seguía, a unos pasos, el novicio Gaspar Bono, testigo y futuro cronista del suceso.

El padre Ramo derramó sinceras lágrimas ante el silencio del reo.

Bajaron los alguaciles al hombre de negro, que estaba aún maniatado encima de la mula, y lo condujeron al pie del cadalso. Se le desató y se descubrió entonces su rostro. La entereza de aquel hombre y sus facciones armoniosas

dejaron asombrados a todos. No era el suyo el semblante imaginado de Belcebú, el señor de los demonios, sino que poseía el aura luminosa de los ángeles.

El pueblo quedó boquiabierto cuando contempló a aquel hombre al que se suponía vencido y agarrotado tras largos suplicios y privaciones que, sin embargo, se les presentaba sin agachar la cabeza, caminando con aire de gran dignidad ante la multitud, que comenzó a bajar la estridencia de su estúpida bulla. Y comenzó a subir peldaño a peldaño hasta la tarima del cadalso, avanzando sereno y distante ante la gravedad de lo que sucedía, ignorando los últimos gritos e insultos. Los congregados vieron a Cayetano Ripoll, el maestro hereje, pálido pero sereno, fatigado pero enérgico, que se exhibía sin miedo, luciendo su desordenada melena de león indomable, dispuesto a ser ejecutado, cara a cara ante la muerte, bajo el sol de julio que quemaba en la plaza.

Toranzo, el escuálido verdugo y el altivo reo quedaron solos sobre la tarima de madera del patíbulo. La multitud esperaba ver en el reo los rasgos más horrendos, la faz de Lucifer. En cambio, el maestro conservaba, a pesar de la delgadez, y de los meses de maltrato, la serenidad y el temple del primer día en que fue detenido y procesado. Pálido y altivo, el hombre que iba a morir miró de frente a cuantos lo rodeaban. El pequeño verdugo, oculto bajo su capucha, y Miguel Toranzo y Ceballos, que ansiaba protagonizar el glorioso final del auto de fe, y todos ellos frente al pueblo de Valencia. Los voluntarios realistas guardaban las bocacalles, en orden de pelotones, con las armas preparadas. Algunos ciudadanos, a los que repugnaba aquel odioso fasto, dispuesto por la Junta de Fe, se alejaron de la plaza. Los voluntarios realistas, dirigidos bajo la disciplinada batuta del Llautenant comenzaron a agitar a los suyos, congregados en un extremo, para que coreasen las consignas de siempre: «¡Viva el rey absoluto! ¡Viva la religión! ¡Muera la nación! ¡Mueran los masones! ¡Vivan las *caenas*! ¡Muera la Constitución y los malditos “negros”! ¡Viva la Santa Inquisición!»

La horca se alzaba cerca de la iglesia de los Santos Juanes y de la lonja de la Seda. Desde la fachada de esta catedral civil, consagrada al comercio, las

gárgolas, anidadas en las cornisas y ancladas en los voladizos, contemplaban la escena. Testigos cotidianos de la muerte, aquellos diablos medievales parecían divertirse ante el espectáculo de la barbarie que se desarrollaba a sus pies, arrojando al cielo sus hirientes carcajadas de piedra.

Junto a las escalinatas de su puerta principal, se alzaba la tarima con las poltronas reservadas a las autoridades civiles y religiosas. Allí estaba ya el arzobispo Simón López, que aguardaba babeante la culminación de la ceremonia, sujetando el báculo dorado de su dignidad con temblorosa mano. En el asiento contiguo se aposentaba el gobernador de la provincia, don Luis María de Andriani, que no quería perderse el grandioso espectáculo, y el gobernador eclesiástico, don José María Despujol.

En un segundo nivel, el doctor Juan Bautista Falcó conservaba el decoro, aunque se adivinaba en su rostro un mohín de contenido disgusto ante semejante acto de crueldad. «¡Si todo hubiera terminado como debía! —pensaba Falcó—. Todo con un público y solemne acto de contrición, después un aleluya general, con bendición del arzobispo y perdón al condenado por no tener fe.» Pero no había esperanza. Quedaba un hueco libre en el nivel segundo, el de don Miguel Toranzo y Ceballos, que había optado por propia voluntad dirigir unas palabras al reo y al pueblo congregado ante el suceso sacro que se celebraba.

Todo se iba a desarrollar de acuerdo con la tramoya adoptada por la Sala del Crimen de la Audiencia y la Junta de Fe.

Debajo del cadalso se podía ver la gran barrica de madera, pintada en sus duelas con las llamas del infierno y las figuras de diablos, ratas y culebras, retratados con la viveza y el color que los artesanos de Valencia sabían hacer con las manos. En el interior de aquel recipiente iba a caer el cadáver del impío. La superstición del vulgo daba por hecho que el propio cuerpo se incendiaría en una llama, tras ser descolgado, fruto de su maldad. La gente de toda clase y condición, venida de la ciudad y de los pueblos que, como Ruzafa, rodeaban la capital, los labradores y los comerciantes, ataviados cada uno con sus *zaragüelles*, sus fajines y sus pañuelos, incluso los señoritos de ciudad, vestidos

con levitones claros y tocados de sombreros blancos; todos los que llenaban cada día los puestos y los tenderetes del mercado, y que normalmente no mostraban gran interés por las ejecuciones, dada su frecuencia, parecían más excitados y alborotados que nunca. La ceremonia, recargada de boato y de ostentación, era la más solemne del año. «*Hi haurà foguera?*» «*No, el foc serà de mentires.*» «*Pues tindrien que cremar-lo de veritat!*»,^[142] murmuraban los corrillos.

No se trataba del ahorcamiento de un criminal cualquiera, sino del sacrificio público del propio anticristo.

El verdugo silbaba las notas de una canción bajo su capucha, y aguardaba las instrucciones. Revisaba el estado de la cuerda de esparto y el juego del nudo corredizo que tenía que ahogar y romper el cuello del condenado.

Ripoll seguía de pie, mirando a Toranzo con gallardía, a pesar del quebranto de su cuerpo magullado, tras dos años de encierro y de tortura. No cabía la menor duda de que era el Polserut en persona; el hombre que había luchado en mil batallas. No tenía miedo a la muerte, mantendría la cabeza bien alta. El sádico inquisidor lo miraba de arriba abajo, esperando hallar en él alguna flaqueza. Aún no se había puesto de rodillas. Se mantenía erguido, desafiante, como el toro que herido y humillado por la suerte de varas sigue en pie hasta su muerte. Se observaban, como dos actores de los que se retan con sus diálogos en las tablas de un teatro en aquellos sainetes que el arzobispo había prohibido por groseros e inmorales. El pueblo aguardaba el desarrollo de aquel drama.

—Cayetano Ripoll, maestro de primeras letras —declamó con gravedad el inquisidor—. Has sido condenado por nos, la Junta de Fe de Valencia, por contumaz hereje y por deísta. Y la Sala del Crimen te ha impuesto la pena de muerte. Gracias a la caridad de los jueces, en lugar de ser quemado en la hoguera vas a ser ahorcado, aunque tu cuerpo caerá en el barril donde se ven claramente las llamas del infierno que te espera. El bondadoso arzobispo, y toda la Junta de Fe, hemos querido salvar tu vida y tu alma, ofreciéndote el arrepentimiento que siempre has rechazado. Ha llegado la hora de rendir cuentas a Dios, pero antes,

quiero darte una última oportunidad. Arrodíllate y suplica perdón por tu desvío de la fe.

Se hizo el silencio en la plaza. Se podían escuchar las banderas y los toldos de las tiendas. A pesar de la canícula, sería un día nuboso y fresco, en contra de lo que anunciaba el *Diario de Valencia*.

—*Gloria patri, et filii, et spiritu sancti.*[143]

El reo seguía mudo ante el inquisidor, que sostenía una Biblia.

—Cayetano Ripoll, ¿crees en Dios, creador del cielo y de la tierra?

—Creo en un ser supremo.

Un murmullo recorrió los impacientes rostros de los congregados. Las mujeres de primera fila y los niños abrazados parecieron conmoverse ante aquellas palabras, pronunciadas con aplomo y serenidad. Aquel hombre no negaba a Dios, solo que no mencionaba la palabra «padre», ni repetía las palabras del inquisidor.

—¿Crees en la Santa Madre Iglesia, católica, apostólica y romana?

El maestro, que parecía aún más alto de lo que era, comenzó a hablar, ante el gesto disgustado de Miguel Toranzo.

—No creo en vuestra Iglesia. No merecéis atribuirlos llamaros santos, ni utilizar el nombre de Dios. No sois verdaderos cristianos. No tenéis caridad.

El pueblo quedó asombrado ante la elocuencia serena del maestro, que desafiaba a sus verdugos. Los únicos no sorprendidos en la plaza eran el fiscal Falcó y Ramo de San Blas. El novicio Gaspar Bono pensó que aquel hombre era como Sócrates. Un sabio impío pero constante, antes de morir, en sus principios.

—¿Crees en María, madre de Dios, en la Virgen de los Desamparados?

El maestro calló, y un velo de tristeza cubrió a la muchedumbre, que esperaba oír al maestro cantar las glorias de la Geperudeta. Toranzo sabía que iba a asestar un golpe definitivo al locuaz maestro. La devoción a la Virgen, en todas sus formas, era tocar el lado más sensible de los fieles. Insistió en aquel punto crucial.

—¿Crees en la Santísima Trinidad, en Dios padre, Hijo y Espíritu Santo?

—No, no creo más que en un dios único y verdadero.

—¿Crees en la transubstanciación de la eucaristía, en la consagración del pan y del vino, convertidos en carne y sangre de Cristo, *De Corpore et Sanguine Domini*?

—No creo. No puedo creer.

La impiedad del hereje provocó exclamaciones de reprobación.

—*Mort al diable. Qu'el cremen ja, com a un ninot!*[144]

—*A la forca amb el «negre»! Fill de puta!*[145]

Miguel Toranzo sonreía. El pueblo comprendía la necesidad de acabar con los malvados deístas, hijos de Satán, como aquel impío que no creía en la Virgen, madre de Dios. Todos los presentes, las autoridades y los miembros de la Audiencia, estaban siendo testigos de aquella ceremonia de exaltación de la fe cristiana.

—Así pues, te reafirmas hasta el final en tus actos y palabras impías.

—Me reafirmo en mi fe en la libertad. Creo en la libertad del hombre y en su valor absoluto. Creo en la infinita grandeza de Dios que dotó al hombre de razón para pensar y saber lo que es el bien y lo que es el mal. Creo en el ser supremo que enseñó a amar y a obrar justamente, y a respetar a los demás, como se debe hacer con los hermanos. El que cree en la verdad es libre. Y la libertad es el más grande don del hombre.

—No hables; terminaron ya tus clases y todas tus filosofías. Disparte a morir.

Entonces el reo se dirigió a la muchedumbre de la plaza.

—¡Escuchad todos! Este que hoy muere os quiere enseñar a vivir. Quiero que esta sea mi última lección como maestro.

El día en que saber no sea un delito, el día en que aprender sea un deber, entonces habrá justicia. El día en que la Iglesia vuelva a su humildad y cumpla con los evangelios, habrá paz entre los hombres. Dios nos dio los diez mandamientos, principios de justicia universal, y Jesucristo nos dio el más importante de todos: «Amarás al prójimo como a ti mismo.»

—Basta, hereje. No te consiento que hables más de Dios, ni de Jesucristo.

—Escuchadme todos. Yo luché un día con las armas, fui violento y lascivo, cometí errores. Me rendí ante la gloria y la soberbia, pero un buen día descubrí que todo hombre, por rudo que sea, lleva dentro de sí un corazón que late y en la cabeza una mente que busca la verdad. No os dejéis arrastrar por la violencia de los que quieren oprimiros y manipularos, de los que quieren manteneros en la ignorancia, para vivir a costa de vuestro esfuerzo y de vuestra sangre. No os dejéis embaucar por los fanáticos y por los nuevos fariseos. Os quieren pobres, sumisos y analfabetos. Llevad a vuestros hijos a la escuela para que aprendan y que con el saber empiecen a ser libres. Como dijo Jesús, solo la verdad nos hará libres.

Tras un silencio, se escucharon algunos aplausos.

—¡Maldito seas! ¡Cállate ya! ¡Muere de una vez!

Miguel Toranzo ordenó que se amordazase al reo. No podía tolerar que se atreviese a replicarle más en público. ¿Así iban a concluir las agotadoras jornadas de interrogatorio de los últimos dos años? Había llegado la hora de la muerte y de gloria para la Junta de Fe y ahora el maldito maestro le estaba rompiendo sus planes. Tenía que proseguir hasta el final el auto de fe.

Toranzo sentía que había perdido aquel juego dialéctico, enredado ante toda Valencia. Su afán de gloria y la vanidad lo habían traicionado. Los murmullos de la plebe variaban de rumbo, como el viento de la ira cambia el giro de la veleta. No tenía que haberse salido del *Manual de Inquisidores*.

—¡Muere, hereje contumaz! Cúmplase, pues, la sentencia —dijo mientras empujaba el cuerpo de Cayetano hacia los brazos del atónito verdugo.

El verdugo obedeció. El hombrecillo alargó los brazos para enlazar el cuello del condenado, entre las voces excitadas de la chusma y los murmullos de algunos pocos que pedían silencio.

Muy cerca del cadalso se encontraba Mariana, abrazada a Joanet y a su padre. Por un momento, se cruzaron sus ojos entre la multitud «Perdóname, amor mío, yo solo soy una mujer con un hijo sin padre.» El muchacho le había rogado estar presente, en la despedida de su maestro. Suspiraron los tres por aquel hombre

justo. Por un instante, don Ramón, *el Il·luminat*, pareció recobrar la razón. La alta estatura de Cayetano obligó al verdugo a pedirle que él mismo se ajustase el nudo de la cuerda al cuello.

—Cumple con tu deber —le dijo al hombrecillo, y se volvió por última vez hacia la gente de la plaza—. Muero reconciliado con Dios y con los hombres.

Resonó el redoble del tambor y se abrió la trampilla. Se mitigaron los insultos y los murmullos. El cuerpo cayó con fuerza, pendiendo de la soga. Durante unos segundos se balanceó en el hueco de la tarima. Una ola de silencio invadió la plaza. El cuerpo se convulsionó en sus últimos estertores, se retorció y, finalmente, quedó colgado y tenso por la cuerda, sobre sí mismo. Debajo lo esperaba la barrica, su último carruaje hacia el infinito. El verdugo se apoyó encima de sus hombros para facilitar con su peso la rotura del cuello. Definitivamente, tras un crujido, Cayetano expiró.

Lo iban a dejar expuesto para que todos se acercasen a verlo. Los ojos de Cayetano estaban abiertos. A lo mejor todavía vivía, o se encontraba en los últimos instantes en que su alma aún no se había marchado del todo. Quizás había visto los ojos claros de Nuria, y había abrazado el pequeño cuerpo de su hijo Miquel, y había recordado cuando llegaron a bordo de la goleta y divisaron la arena de Valencia por primera vez. Quizá vio el rostro de don Albert y de Châtelier, sus héroes particulares, que le abrían las páginas de la *Enciclopedia*, y también el de los villanos que había visto morir. Seguramente, tuvo también, por un momento, entre sus brazos a Mariana, su último amor, y acariciaba a esa mujer hermosa y fresca, llena de honradez y de valentía, con la que hubiera deseado acabar sus días en la huerta, ante el horizonte rojo del atardecer en los marjales. Tal vez revisó cuanto había hecho de bien y de mal, en ese instante entre la vida y la muerte. Sus ojos seguían abiertos como los de un hombre vivo. Los que se acercaron a ver su cadáver, no vieron los rasgos horrorosos del mal, anunciado por los párrocos en sus homilías. Vieron el rostro de un hombre que, incluso cuando había muerto, desprendía serenidad.

—Contempla, Joanet, cómo muere un hombre de verdad.

La voz era de don Ramón, *el Il·luminat*, que apretaba la mano de su nieto. Su voz se escuchó clara y serena, como la de un hombre cuerdo. Y Mariana comprendió las últimas palabras de Cayetano, que no podía tolerar la muerte de ningún inocente por su causa. Que no había ninguna vida más importante que otra.

—Era un buen hombre. *Quina barbaritat!*[146]

—¡Era Jesús mismo! ¡El Jesús de Ruzafa!

La esperada ejecución no despertó gran fervor contra el hereje. Toranzo decidió que la cremación no fuera figurada, sino real. Eso gustaba siempre.

—¡Mirad cómo terminan los herejes! —exclamó mientras profanaba el cadáver del ajusticiado, al que asía por el cabello—. ¿Queréis que arda? ¡Haremos una hoguera!

Con un cuchillo cortó la cuerda, y el ejecutado cayó de golpe en la barrica. Pero la invitación de Toranzo no fue secundada. Descubrió que lo que estaba a punto de arder no era aquella barrica pintada con las llamas del infierno, sino la plaza entera, con él en el centro. El único fuego que iba a desatarse era el de la ira del pueblo. Ese barril sería la última hoguera de la Inquisición. Una hoguera sin fuego.

Un grupo hostil se aproximó. Un tomate le alcanzó en la cara, entre las burlas de los mozalbetes. «*No volies sang?*» Su blanca túnica se manchó de carmesí y de marrón cuando recibió estiércol. «Asesinos», se oyó entre la muchedumbre, que pugnaba por derribar el cadalso. Los demás miembros de la Junta, encabezados por el arzobispo, se retiraron de sus poltronas cuando arreciaron los abucheos. Simón López emprendió su achacosa huida hacia el Palacio Arzobispal, pero el peso de su manto, recargado de diamantes y de joyas, lo hizo caer en la plaza de les Panses. Unos pilluelos le arrebataron la mitra y el collar de oro junto a su báculo.

—¡A mí la justicia! ¡Que vengan los soldados! Dad muerte a esta gentuza...

Sin la mitra ni el suntuoso manto, entre sus faldas enlodadas, el anciano semidesnudo provocó un espontáneo jolgorio al contemplar su cabeza de color

de cera, de pelo escaso y deshilachado, el rostro descompuesto y descarnado. Parecía una momia sacada de su sarcófago. «Es un sacrilegio», gritaba desde el suelo.

Miguel Toranzo se había refugiado tras la escolta de voluntarios realistas que le abría paso. Buscaba salir de la plaza, mientras que los regulares y los voluntarios realistas disparaban al aire, recibían empujones y alguno caía herido de los amotinados, en medio del alboroto general. Unos cuantos voluntarios consiguieron levantar del suelo la barrica, entre pedradas y empujones, izándola con el cuerpo caliente de Cayetano, colocándola encima de un carro. Rodeados por la multitud y presos de terror, azuzaron a los caballos para sacar el cuerpo de quien ya algunos proclamaban como santo.

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!

Ni las purgas ni las ejecuciones habían logrado acallar a los liberales, que se dejaban ver por la calle de la Linterna. Las autoridades temían una revolución y ordenaron la retirada, antes de que fuera demasiado tarde. Los dos bandos en que se había dividido el país luchaban cuerpo a cuerpo en la plaza del mercado. Luis María de Andriani, el gobernador civil y militar, comenzó a dar órdenes a los uniformados a su servicio.

—Disparen, pero con cuidado de no dar a los nuestros. Y tú, el del *Diario de Valencia*, no quiero ni una palabra en el periódico.

El reportero, que había ido a hacer la crónica, asintió servil con la cabeza.

—En el *Diario* aparecerán las «afecciones astronómicas del día», y algún evento particular, como el cumpleaños de una monja.

Cuando cayó la noche, los voluntarios realistas se llevaron el barril al puente de San José, como en tiempos gloriosos del Santo Oficio, cuando los quemados en los autos de fe eran arrojados al lugar llamado el crematorio o quemadero. El barril de madera se astilló sobre el ribazo del río. Los herejes como Ripoll no tenían derecho a un entierro digno, ni a una oración por su alma.

Los rostros se iluminaron bajo las estrellas. Mariana y los suyos se estrecharon en un abrazo, al tiempo que dejaban caer unos claveles sobre la improvisada tumba. Habían recuperado el cuerpo entre los cañaverales del río. Lo habían llevado por la noche hasta el lugar junto al mar donde Cayetano, cada tarde, se acercaba a recordar a los suyos, entre los matorrales y las dunas de La Punta. Aquel era el último acto de amor que debían a un amigo. Estrecharon los corazones, junto con las manos, y pusieron los ojos en el cielo. Estaba allí arriba, acogido por el ser supremo del mundo, ese dios para el que no valían los dogmas de ninguna Iglesia, ni ningún credo, sino la síntesis de todos. Rezaron cada uno a su manera. Hablaron hacia ese creador del universo, dotado de sabiduría y de bondad suprema, para que compartiera su luz con el alma inmortal del maestro, que había dado ejemplo de unos indestructibles principios.

Mariana se detuvo sobre una duna de la playa. A unas pocas leguas se distinguía la goleta que viajaba rumbo a Inglaterra. Allí viajaría la condesa, la aristócrata revolucionaria que había alcanzado el barco con Román, o sea Namor, su amante. Manuel Bertrán de Lis viajaba con ellos, y se lamentaba de no haber podido llevar consigo a Cayetano Ripoll. Nunca tendría la gloria de haber salvado su vida.

En lugar de Mariana y de su hijo, viajaba en el barco otra sirvienta que iba a serlo de la condesa. Bertrán de Lis había logrado contactar con ella cuando investigaba la vida de Miguel Toranzo, a quien buscaba darle muerte, una de las hazañas que tampoco logró. Se llamaba Fernanda, una pobre chiquilla de la huerta que había sido criada del inquisidor, y también su víctima. En venganza de su antiguo amo, había entregado a Manuel Bertrán de Lis un cofre en el que

aparecían documentos comprometedores para la secta del Ángel Exterminador. Uno de los agentes infiltrados en los círculos liberales se hacía llamar Namor. Era el responsable del chivatazo del desembarco de Guardamar, y también había puesto al corriente a Toranzo de todo lo referente a la conspiración para liberar a Cayetano.

No podría presumir de haber logrado su misión, pero al menos tenía la ocasión de acabar con ese traidor. La condesa buscó a Román una noche que no acudió a su camarote. Su amante no pudo terminar el largo viaje. Dicen que cayó por la borda la tercera noche de la travesía, víctima de un accidente en el puente de popa. Doña Valeriola tenía que lamentar muchas cosas en ese periplo por mar, además de parte de la fortuna familiar.

Mariana Gabino recordó, mientras veía alejarse el navío, que la «señora» le había propuesto ser su criada en Londres. Ella lo había rechazado con desdén. «Los nobles son todos iguales», pensó. Su limosna consistía en ofrecer a los pobres el ser sus sirvientes.

—Yo no nací para servir a ninguna señora... —dijo con los ojos llenos de mar.

Joanet, en esos años de cambios, se había convertido en un hombre. En su rostro se dibujaba la fina sombra de un incipiente bigote. En aquel momento decidió que sería soldado, o guerrillero liberal, y que pronto se marcharía lejos, muy lejos, tal vez a la isla lluviosa donde se agrupaban los emigrados por el terror absolutista. Volvería después, y haría justicia con la memoria del señor Ripoll. O tal vez se instruiría, como decía su madre, y se haría maestro como él. Ante la tumba de Cayetano, juró que dedicaría su vida a luchar por la libertad. Unos años después le llegaría la oportunidad de cumplir su promesa, y lo haría sirviendo de soldado al lado de los liberales, en la guerra de siete años contra los fanáticos del carlismo y del absolutismo.

De vuelta hacia su humilde barraca en Na Rovella, un estremecimiento sacudió las entrañas de Mariana Gabino. Sintió que el hombre que había amado había dejado dentro de ella una semilla de vida. Aquella sería, sin duda, una victoria contra la muerte. Al cabo de los años, sus hijos y sus nietos recordarían

la historia del maestro ejecutado, porque ella y los suyos se encargarían de hablar de él, de defender su memoria. Mariana lo había perdido todo otra vez, estaba sola, pero se sentía fuerte. Sería de nuevo una madre soltera. Se quedaría en Ruzafa y defendería siempre los principios de Cayetano.

—¡No se perdieron tus escritos! Ahora que sé leer, los guardaré siempre conmigo.

A partir de esa noche, cada 31 de julio, aparecieron en aquel montículo durante décadas flores dejadas por vecinos, quizás antiguos alumnos que sabían que allí reposaba el único hombre que los quiso librar de la ignorancia.

Cuando los tres estaban de regreso a la reconstruida barraca de don Vicente, muy cerca de la acequia y del molino, el rostro del Il·luminat mudó por completo.

Su mirada se había vuelto dulce y serena, y hasta parecía que en sus ojos hubiera desaparecido la maldición de la locura. Si alguien se hubiera acercado a sus labios, le habría escuchado unas palabras distintas de las que mascullaba en sus paseos solitarios por los caminos de Ruzafa. Ya no rezaba los misterios del rosario, ni repetía una letanía, sino que pronunciaba algo que comenzaba así:

«Yo nací en el corazón frío de Cataluña. Mi padre se llamaba Miquel Ripoll, y mi madre, Teresa Pla. Me bautizó el padre Josep en la catedral de Solsona, como buen cristiano, dándome el nombre de Cayetano...»

Epílogo

La reina Josefa Amalia falleció en mayo de 1829, sin dar descendencia al rey, cuya salud siguió deteriorándose. Como en su primer matrimonio, la muerte de la beata reina, incapaz de recibir el miembro viril del monarca, fue providencial. El rey necesitaba un hijo varón, o incluso una hembra. El infante don Carlos acechaba. Fernando se casó de nuevo con una sobrina suya, napolitana, María Cristina de Borbón, y engendró dos hijas antes de su muerte. Para que la primogénita Isabel pudiera ser heredera, publicó la Pragmática Sanción de Carlos IV, aprobada en 1789, que dejaba sin efecto el Reglamento de 10 de mayo de 1713, que excluía la sucesión femenina al trono, hasta agotar la descendencia masculina.

El rey Fernando VII, llamado el Deseado, luego apodado el Rey Felón, murió el 29 de septiembre de 1833, de una apoplejía, tras numerosos ataques de gota esperados por los partidarios del infante don Carlos, impaciente por llegar al poder. El reinado de Fernando fue tan nefasto que hasta su muerte trajo nuevas desgracias a España.

Debido a las vacilaciones de la llamada ley sálica, se crecieron en sus pretensiones los carlistas, que iniciaron en 1833 la primera de tres guerras civiles que devastaron el país a lo largo del siglo XIX, y dificultaron su progreso. La reina regente, María Cristina de Borbón, se inclinó por el apoyo de los liberales moderados desde la muerte de su marido, para defender la causa del derecho de sucesión de su hija Isabel.

Después de tantas vacilaciones legales, se produjo la definitiva abolición de la Santa Inquisición por decreto de 15 de julio de 1834, en plena regencia de María Cristina, y en plena guerra carlista. El decreto fue redactado por el ministro de

Gracia y Justicia Nicolás María Garelli y firmado por el presidente del Gobierno, el moderado Francisco Martínez de la Rosa, que había ocupado ese mismo puesto en tiempos del trienio liberal, y por la propia reina regente. Los seguidores de la Inquisición apostaron hasta el final por el bando carlista, que apoyaba la plena restauración del Santo Oficio en el siglo XIX.

Joanet se hizo soldado y luchó contra los carlistas. Facciosos como Ramón Cabrera, *el Tigre del Maestrazgo*, fueron combatidos por los liberales en las montañas. En Morella, uno de los prisioneros acusados de crímenes contra la población era apodado *el Inquisidor*, y militaba en la partida de Cabrera. Cuando el joven Ripoll lo conducía al paredón, el antiguo dominico arrojaba a todos maldiciones y anatemas, como un perro rabioso. Reconoció el rostro de Miguel Toranzo, a pesar de los años. No se le había borrado el recuerdo de ese hombre soberbio en la tarima de la plaza del mercado, ni cómo verificó el ahorcamiento del maestro, encendidos sus ojos por el brillo de la crueldad.

Disparó certero al pecho de Miguel Toranzo, que murió dando vivas a la Inquisición, al altar y al trono. El arzobispo Simón tuvo más suerte. Murió con demencia senil en 1831, vomitando excomuniones, consciente de la decadencia absolutista y de la inevitable supresión de la Santa Inquisición, para siempre.

Los hermanos Bertrán de Lis ascendieron en la época del reinado de Isabel II, esta vez de forma definitiva, aunque la fama de haber hecho grandes reformas, como la desamortización, se la llevó un antiguo empleado suyo, Mendizábal. Fueron ministros moderados, incluso Manuel, que tan fervoroso revolucionario había sido, y que desempeñó los cargos de diputado y de ministro, primero de Marina y luego de Hacienda. Nadie puede negar a los Bertrán de Lis, a pesar de su ambición, que creyeron en el liberalismo como vía de progreso de una sociedad rural, atrasada e inculta, como la española. Impulsaron la industria y la construcción de vías férreas. Subieron al poder, se hicieron ricos y poderosos, y emparentaron, como ricos burgueses, con la alta nobleza.

Lo que es historia y lo que es ficción

Se entiende por novela histórica aquella que, siendo una obra de ficción, recrea un periodo histórico preferentemente lejano y en la que forman parte de la acción personajes y eventos no ficticios. Debe distinguirse por tanto entre la novela histórica propiamente dicha, que cumple estas condiciones, y la novela de ambientación histórica, que presenta personajes y eventos ficticios ubicados en un pasado con frecuencia remoto. Puede establecerse una distinción más con la denominada «historia novelada», en que la historia es narrada con estrategias propias de la novela, aunque sin incluir elementos de ficción.

Si bien existen obras anteriores de tema histórico que con frecuencia se asocian al género, suele entenderse que la novela histórica nace en el siglo XIX, en el marco del Romanticismo, de la mano del escocés Walter Scott (1771-1832). Scott publicó una serie de novelas ambientadas en la Edad Media inglesa en cuyas páginas se incluían eventos y personajes de la época, de las cuales la primera fue *Waverley* (1814), y la más popular, *Ivanhoe* (1819), cuya acción transcurre en la Inglaterra del siglo XII, en la época de la dominación de los normandos.

Este tipo de novela, que obtuvo rápidamente una gran popularidad, respondía al deseo de nacionalismo y exaltación del pasado, propio del movimiento romántico. Durante este periodo gran cantidad de autores en Europa y América se lanzaron a la producción de novelas históricas. Así, puede hablarse de autores como el francés Victor Hugo, el italiano Alessandro Manzoni, el alemán Theodore Fontane, los rusos Aleksandre Pushkin y Lev Tolstoi, el estadounidense James Fenimore Cooper o el polaco Henryk Sienkiewicz, autor

de la célebre *Quo Vadis*, hoy quizá más conocida por su adaptación cinematográfica.

También el movimiento realista, que siguió al romántico, dio a la luz novelas históricas destacadas con autores como Gustave Flaubert. Posteriormente, el género ha pasado por periodos de mayor o menor fecundidad, gozando actualmente de una popularidad extraordinaria.

A lo largo del siglo xx, con momentos de esplendor y decadencia, la novela histórica se ha ido adaptando a la evolución narrativa del género novelístico, introduciendo todo tipo de novedades formales. En este siglo han surgido autores de verdaderos «clásicos» del género, tales como *Yo, Claudio*, de Robert Graves, o *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, por citar dos ejemplos inspirados en la Antigüedad clásica.

La Edad Media, por su parte, ha dado lugar a una prolífica producción, entre la que se cuentan *best sellers* de la talla de *Los pilares de la tierra*, de Ken Follet, y ejemplos más eruditos, como *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco.

El reto de novelar y ficcionar la vida y sobre todo la muerte de un personaje histórico y real, como lo fue Cayetano Ripoll, ofrece una serie de ventajas y de inconvenientes para el historiador y para el novelista.

Por una parte, Cayetano Ripoll sería alguien insignificante para la Historia, escrita con mayúsculas, de no ser por tener el triste honor de haber sido el último ejecutado por la Santa Inquisición. Su incompleta, y casi anónima, biografía formaría parte de la «intrahistoria», en términos unamunianos, o, como señala la *RAE*, del «decorado» de la historia más visible, al margen de la historia oficial. Sería por lo tanto un elemento humano, mínimo del concepto de «intrahistoria» de la profesora de la Universidad de Cádiz María Dolores Pérez Murillo, esto es, de «la historia de los colectivos marginados históricamente (las gentes sin Historia), complemento de las historiografías más oficiales».

De la vida del personaje «real», de carne y hueso, que se llamó Cayetano Ripoll, se dan por sentadas ciertas verdades, tales como recogen los historiadores más serios y documentados, como Josep Fontana, sin duda el más prestigioso

estudioso de la España liberal. Así, resultaría establecida como cierta la fecha de nacimiento (febrero de 1778) y la de su muerte (julio de 1826), aunque sobre si su ejecución en Valencia ocurrió el día 26 o 31 de julio han existido dudas, resueltas recientemente por el historiador de la ciudad Rafael Solaz. Procedería la fecha del 26 de julio de una fuente próxima a la vida y muerte del maestro Ripoll, la crónica de Vicente Boix, que sitúa la ejecución en el día 26 de julio y, además, no menciona al maestro de Ruzafa como Cayetano, sino como Antonio.

A lo largo de la investigación que he realizado durante ocho años respecto del personaje, en la biblioteca Nicolau Primitiu del monasterio de San Miguel de los Reyes, una de las cosas que más me sorprendieron fue que en ningún periódico del momento, en este caso en el *Diario de Valencia*, se hace mención alguna a su ejecución. Respecto de la fecha de su muerte, parece fijada por Rafael Solaz, historiador de la ciudad, en la del 31 de julio de 1826, según documentos descubiertos en el cementerio civil de Valencia. Según este estudioso, Cayetano fue enterrado en este cementerio. Yo me he permitido la licencia de jugar con otra posibilidad: el entierro del maestro cerca de donde tuvo su escuela, apoyado en numerosos relatos.

Este libro no es una biografía de Cayetano Ripoll, ni un libro de historia. Entre su nacimiento en Solsona y su muerte en Valencia hay acontecimientos que, siguiendo a Josep Fontana, serían los siguientes:[147] habría sido educado en su natal Solsona y en Barcelona, donde trabajó en una casa de comercio; fue soldado durante la guerra de la Independencia y hecho prisionero; pasó cierto tiempo en Francia, donde entraría en contacto con las ideas liberales y deístas, posiblemente a través de la masonería, y de regreso en España (fecha indeterminada) volvió a unirse al ejército y, hasta ser licenciado, «indefinido», pasando a desempeñar su puesto de maestro en el arrabal de Ruzafa. Un soldado liberal —posiblemente de la milicia nacional— que deja las armas y se hace maestro de escuela, lo que lo convierte en un personaje singular, por no decir que único y fascinante.

A partir de estos escasos datos biográficos y de la casi inexistente

documentación que se conserva, esta laguna para el narrador sirve para dar rienda suelta a la imaginación. ¿Qué pasó entre un acontecimiento y otro de su vida «real»? Si Cayetano Ripoll nació —como no hay duda— en la muy católica y casi fronteriza Solsona, y su infancia y adolescencia transcurrió allí, es fácil suponer por edad que participase en la Guerra Gran o guerra del Rosellón, entre la católica España y la revolucionaria Francia, que tanto involucró a la comarca del Solsonés.

El salto, finalizada la guerra, a Barcelona y la inmersión en su modernidad urbana también es un punto en el que la ficción puede rellenar los vacíos de la historiografía oficial. He de decir que, antes de leer los ensayos de Fontana, había imaginado al joven Ripoll envuelto en la bulliciosa ciudad mediterránea de finales del siglo XVIII, embriagado por la vitalidad de una ciudad en vertiginoso crecimiento, un puerto enriquecido por el comercio con América y por la exportación de las llamadas «telas indianas», surgidas de la primera revolución industrial en España; una ciudad que se desborda de sus viejas murallas en medio de grandes reformas urbanísticas en la que se dieron cita toda clase de pícaros, comerciantes, industriales, obreros, campesinos venidos de toda Cataluña, emigrantes en busca de pan, exiliados de Francia, afrancesados ilustrados, librepensadores y masones.

¿Cuándo se produce el salto a Valencia de nuestro personaje? Se supone que el comienzo de la guerra de la Independencia, o Guerra del Francés, lo sorprende en Barcelona. A partir de ahí, todo es posible, pero en todo caso es un *soldad* en tiempos de guerra. La aventura de sobrevivir en el peor conflicto de la historia de España, tanto por los años de guerra (seis) como por la destrucción causada por esta, tanto en muertos, heridos, epidemias como también en la economía y en las infraestructuras suponen un campo libre para el narrador, que sustituye la documentación por imaginación. Imagino a un Cayetano Ripoll que huye con su familia de la Barcelona ocupada y que llega a Valencia cuando están a punto de ocurrir los acontecimientos de mayo y junio de 1808.

Será en Valencia donde entrará en contacto con los principales actores del

momento. La familia Bertrán de Lis forma parte de la historia olvidada de Valencia y de España. Ellos fueron burgueses que aglutinaron la rebelión contra los franceses de 1808 a través del padre Rico, y que se vincularon a la causa liberal. Quizá por ello fueron relegados, a pesar de ser promotores y protagonistas de numerosos sucesos de la España de su tiempo. Revolucionarios y arribistas, colaboradores y enemigos de Fernando VII, fueron importantes financieros en la España liberal de Isabel II.

Una de mis intenciones de la investigación previa a la escritura de este libro ha sido reivindicar a algunos de estos personajes olvidados, reconocer su lugar en la historia. La relación de los Bertrán de Lis con Cayetano Ripoll me parece verosímil en una Valencia de solo cien mil habitantes, aunque esta vinculación sea ficción, lo mismo que las aventuras del maestro de Ruzafa en la guerra, en el trienio liberal, y en la represión durante la llamada «década ominosa».

La guerra trajo a Ripoll el cautiverio en Francia, fase de su vida en la que se produce una «conversión al deísmo rousseauiano y al librepensamiento», como le ocurrió a Rafael del Riego, y a su implicación en la causa de la libertad.

También he querido destacar la importancia de las logias masónicas, hilo conductor de muchas, quizá de todas, las revoluciones de los siglos XVIII y XIX, mundo fascinante repleto de misterios, de conspiraciones y de traiciones. En fin, pido perdón a los puristas de la historia por alguna que otra licencia literaria, e indulgencia a los lectores de novelas históricas más «divertidas» pero poco, o nada, documentadas. Nunca es posible agradar a todo el mundo.

Entre las ficciones sobre Cayetano Ripoll destacaría la primera, del siglo XIX, de Andrés Sánchez del Real, *A la hoguera con los negros*, novela apasionada, escrita por un periodista liberal, cincuenta años después de la muerte injusta del maestro de Ruzafa, interesante como panfleto, y bastante apartada de las fuentes documentales. Es de señalar que de esta novela apenas quedan ejemplares en el mundo (dos únicamente).

Respecto de otras más recientes, destacaría *Inquisitio*, de Alfred Bosch, centrada en el personaje del clérigo Llorenç, torturado por su condición de

colaborador con la Junta de Fe, en lucha con su conciencia ante la figura bondadosa del maestro procesado.

Poco después de comenzar a escribir mi novela en septiembre de 2006, en el marco de un taller de escritura de Barcelona (Escola d'Escritura de l'Ateneo), apareció en catalán la novela de Bosch (diciembre de 2006), lo que supuso inicialmente un motivo de bloqueo para mi escritura. La novela *Inquisitio* además es buena, y por lo tanto ponía alto el listón. Poco a poco fui retomando la idea, intentando que los antecedentes consultados, más que un modelo, fueran lo que son: versiones de la vida del personaje que no deseaba imitar.

En una tertulia literaria, organizada por el Colegio de Abogados de Valencia, en diciembre de 2009, invitado por el escritor Antonio Penadés, tuve la ocasión de sentarme con Alfred Bosch, al que felicité por su novela, a la vez que le manifesté lo difícil de construir una versión propia de un personaje casi desconocido, sin imitar a nadie. Alfred me dedicó su novela con un *Endavant amb Gaietà*, y me animó a proseguir con mi propio proyecto. Y en eso le doy la razón. Nadie tiene la propiedad de ningún personaje histórico, ni tampoco de la identidad de ningún pueblo, supongo. Cada cual puede aportar su propia interpretación respecto de los personajes y los hechos de la historia. Este es el terreno de la pura ficción, basada en un personaje real, al que pertenece esta obra.

Bibliografía histórica, geográfica y biográfica relacionada con *La última hoguera*

- ABELLA, Rafael, *La vida y la época de José Bonaparte*, Planeta, Barcelona, 1997.
- ABELLA, Rafael, y Javier NART, *Guerrilleros, el pueblo español en armas contra Napoleón (1808-1814)*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio, *Recuerdos de un anciano*, Crítica, Barcelona, 2009.
- ALDANA FERNÁNDEZ, Salvador, *Valencia, la ciudad amurallada*, Consell Valencià de Cultura, Valencia, 2006.
- ALEGRET, Adolfo, *Historia del sitio, defensa, y evacuación de Tarragona*, Imprenta de Vicente Martínez, Barcelona, 1911.
- ALFONSO X EL SABIO, *Antología, Las siete partidas* (partida VII, ley VII, sobre la pena que merece el cristiano que se tornase judío o hereje, págs.176-177), Club Internacional del Libro, Madrid, 1992.
- ANDRIANI, Luis María, *Defensa de Sagunto en 1811, memoria justificativa, en refutación de la reciente historia del Conde de Toreno*, Imprenta de don Eusebio Aguado, 1938.
- ANÓNIMO, *Historia verdadera del famoso guerrillero y bandido Jaime, el Barbut, o sea, el terror de la sierra de Crevillente*, Despacho de calle de Juanelo, núm.19, Madrid, 1876.
- APARICI IZQUIERDO, Ricardo, *Villa de Ruzafa, asistencia sanitaria, cría de plantel y cultivo de arroz fuera de coto, de 1820 a 1823 y de 1836 a 1877*, Denes, Paiporta (Valencia), 2013.
- ARAZO, María Ángeles, *El Carmen, Ruzafa, queridos barrios*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2011.
- ARDIT LUCAS, Manuel, *La Inquisició al País Valencià*, capítulo: L'abolició de la Inquisició, F.Sanchis i Cardona, Castelló, 1970, págs. 143-165. — *Revolución liberal y revuelta campesina*, Ariel, Barcelona, 1977. — (coord.) *Nuestra historia*, vol. VI, Aramo, Valencia, 1985.
- ARTOLA GALLEGRO, Rafael, *La España de Fernando VII*, Espasa Calpe, Barcelona, 1999.
— *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Alfaguara, Madrid, 1974.
- AYMES, Jean-René, *La deportation sous le premier empire. Les espagnols en France (1808-1814)*, Publications de La Sorbonne, París, 1983.
- AYMES, Jean-René, BITTOUN-DEBRUYNE (eds.) y Albert Jean Michel DE ROCCA (soldado de 1811), *Memorias sobre la guerra de los franceses en España*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 2011.
- AYUNTAMIENTO DE VALENCIA (ed.), *El maestro Ripoll*, Publicaciones del archivo municipal, Valencia, 1934.
- BARAUT, Cebrià, *Santa Maria del Miracle*, Tallers Gràfics Soler, S.A., Espluges de Llobregat, Barcelona, 2001.

- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Historia de la revolución española: desde la guerra de la Independencia a la Restauración en Sagunto: 1808-1874*, 1.ª ed.1894, la utilizada es de 1932, M. Guerricabeitia, Valencia.
- BOIX, Vicente, *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, Imprenta de Benito Monfort, Valencia, 1847.
- BONO, Gaspar, *Miscelánea religiosa, política y literaria*, Madrid, 1870.
- BURDIEL, Isabel y Manuel PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores*, Espasa, Barcelona, 2000 (Artículos sobre José Marchena, Torrijos, de Irene Castells, Eugenio de Avinareta).
- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles, *Los movimientos revolucionarios de 1820, 1830, y 1848, en sus documentos*, Ariel, Barcelona, 1998.
- CABRERIZO, Mariano, *Memorias de mis vicisitudes políticas, desde 1820 a 1836*, Imprenta de D.Mariano de Cabrerizo, Valencia, 1854.
- CARR, sir John, *Description Travels in the Southern and Eastern parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*, Sherwood, Neely and Jones, Londres, 1811.
- CASAS, Mariano, *Tupper i la guerra del francés a terres valencianes*, Consell Valencià de Cultura, Valencia, 2012.
- CERDÁ, Manuel (dir.) LEVANTE (Ed.), *Historia del pueblo valenciano*, t.I, Impresión Graficuatre S. L., Alzira, 1988.
- CHANTERANNE, David, *Le petit libre de Napoléon*, Chêne Édition, París, 2014.
- CODINA, Juan, *Descripción geográfica del reyno de Valencia, formada por corregimientos de don Josef Castelló, de la Real Academia de la Historia (1873)*, Diputación de Valencia, Valencia, 2000.
- CORBÍN, Juan Luis, *Ruzafa, la bien plantada*, Federico Doménech, S.A., Valencia, 1995.
- CRUZ, José Ignacio (ed.), *Masonería e Ilustración*, Guada Impresores, S.L., Universidad de Valencia, Valencia, 2011.
- CUMPLIDO, José Ramón, *Agitando el avispero. La expedición del mariscal Moncey contra Valencia (junio 1808)*.
- DE LA FUENTE, Vicente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas de España, y especialmente de la Francmasonería*, Imprenta de Soto Freire, editor, Lugo, 1870.
- DE LA TORRE DEL RÍO, Rosario, «El falso tratado secreto de Verona de 1822», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2011, vols.33, 277-293.
- DEL CORRAL, José, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX*, Librería, Madrid, 2001.
- DEDOPULOS, Tim, *Claves y secretos de la masonería. La Hermandad*, Robincook, Dubai, 2006.
- DIAZ-PLAJA, Fernando, *La España romántica. La vida cotidiana*, EDAF, Madrid, 1993.
- *La España de la Ilustración. La vida cotidiana*, EDAF, Madrid, 1997.
- *Historia de España en sus documentos. El siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 1983.
- DUFOUR, Gerard, *La guerra de la Independencia*, Alba Libros S.L., Madrid, 2006.
- DURÁN DE PORRAS, Elías, «Henry Crabb Robinson y la sección internacional de *The Times* a comienzos del siglo XIX» en *Historia y comunicación social*, 2009, n.º 14, págs.71-86.
- ESDAILE, Charles, *Las guerras de Napoleón, una historia internacional (1803-1815)*, Crítica, Madrid, 2009.
- ESLAVA GALÁN, Juan, *Historia de España contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 1995.
- EYMERICO, Nicolao (T. de José Marchena), *Manual de inquisidores de España y Portugal, o Compendio del*

- Directorio de inquisidores*, Imprenta de Feliz Aviñón, Montpellier, 1821.
- FONTANA, Josep, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*, Crítica, Barcelona, 2006.
- *La fi de l'Antic Règim i la industrialització (1787-1868)*, vol. V *Història de Catalunya* (dirigida por Pierre Vilar), Edicions 62, Barcelona, 1998.
- *La época del liberalismo*, vol. VI *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 2007 y 2015.
- FRASER, Ronald, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia*, Crítica, Barcelona, 2006.
- FUENTES I GASÓ, Manuel María, *Memoria del setge i ocupació de Tarragona. La Guerra del Francès en el fons documental de l'Arxiu Històric Arxidiocesà de Tarragona (1808-1814)*, Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 2012.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *El sueño de la nación indomable*, Temas de Hoy, Madrid, 2006.
- GAUBERT, Henri, *Conspirateurs au temps de Napoléon I*, Flammarion, París, 1962.
- GIL NOVALES, Alberto, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Fundación MAPFRE, Instituto de Cultura, Madrid, 2010.
- *El trienio liberal*, Siglo XXI, Madrid, 1980.
- *Rafael de Riego. La revolución de 1820 día a día*, Tecnos, Madrid, 1976.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique, *Fernando VII, el rey felón*, Oberón, Salamanca, 2006.
- GRIMAUD, Renée, *Paris et ses attentats au temps de Napoléon*, Parigramme/Compagnie parisienne du livre, París, 2006.
- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis y Juan ROMERO GONZÁLEZ, *Feudalidad, burguesía y campesinado en la huerta de Valencia*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1980.
- HUGUES, Robert, *Barcelona*, Anagrama, Barcelona, 1992.
- HUME, David, *Historia natural de la religión*, Trotta, Madrid, 2003.
- JUNTA SUPERIOR DEL REINO DE VALENCIA, *Manifiesto que hace la Junta Superior. De observación y defensa del reyno de Valencia en 1808-1809*, Valencia Librería, París, 1996.
- LABORDE, Alexandre, *Reino de Valencia. Itinerario descriptivo de las provincias de España*, Imprenta de Cabrerizo, Valencia, 1826.
- LAGUNA PLATERO, Antonio, *Historia del periodismo valenciano, 200 años en primera plana*, Publicaciones de la Generalitat Valenciana, Valencia, 1990 (págs.52 y sigs.).
- LA PARRA, Emilio y María Ángeles CASADO, *La inquisición en España, agonía y abolición*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013.
- LEBÉDEL, Claude, *Comprendre la tragédie des cathares*, Éditions Ouest-France, Rennes, 2010.
- LENTZ, Thierry, *La conspiration du général Malet (23 octobre 1812, Premier ébranlement du trône*, Perrin, París, 1812.
- LLORENS, Vicente, *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra*, Castalia, Madrid, 1979.
- LLORENTE, Juan Antonio, *Historia crítica de la Inquisición Española*, Juan Pons Editor, Barcelona, 1870.
- LÓPEZ GUERRA, Luis (introd.), *La constitución de 1812, edición conmemorativa del segundo centenario*, Tecnos, Madrid, 2012.
- MARRAST, Robert, *José de Espronceda y su tiempo*, Crítica, Barcelona, 1989.

- MARTÍ, Francisco de, Paula, *Poligrafía o arte de escribir en cifra, de diferentes modos*, Imprenta de la Sancha, Madrid, 1808.
- MARTÍNEZ COLOMER, Vicente, *Sucesos de Valencia, desde el día 23 de mayo al 28 de junio de 1808*, Imprenta de Salvador Faulí, Valencia, 1810.
- MASON, Haydn, *Voltaire (biografía)*, Salvat, Barcelona, 1985.
- MCNAB, Chris, *Ejércitos de las guerras napoleónicas. Una historia ilustrada (uniformes, técnicas, mapas, armamento)*, LIBSA, Madrid, 2011.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Librería Católica de San José, Madrid, 1880-1882.
- MOLINER PRADA, Antoni, *Catalunya contra Napoleó. La guerra del francés, 1808-1814*, Pagès Editors, Lleida, 2007.
- MORENO ALONSO, Manuel, «Lord Holland y los orígenes del liberalismo español» en *Revista de estudios Políticos (Nueva Época)*, n.º 36, noviembre-diciembre, 1983.
- NOGUERA LÓPEZ, Julio, *El maestro de Ruzafa. La última víctima de la Inquisición*, Quaderns de cultura, Valencia, 1932.
- OLÓZAGA, Salustiano, *Estudios sobre elocuencia, política, jurisprudencia, historia y moral*, «Un ahorcado en tiempos de Fernando VII, por sus opiniones religiosas», Madrid, 1864 reed. por Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1906.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *Milicia Nacional y revolución burguesa, el prototipo madrileño (1808-1874)*, CSIC, Madrid, 1978.
- PRESTON, Paul e Ismael SÁEZ, (eds.), *De la revolución liberal a la democracia parlamentaria*, Valencia (1808-1975).
- QUEIPO DE LLANO, José (conde de Toreno), *Guerra de la Independencia t.I-III*, Ferri, Ginebra, 1974.
- QUERALT, María Pilar, *La vida y la época de Fernando VII*, Planeta, Barcelona, 1997.
- RAMÍREZ, Pedro J., *La desventura de la libertad, José María Calatrava y la caída del régimen constitucional español en 1823*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
- RICO, Juan, *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, 1.ª ed. Cádiz, 1811, Ajuntament de València, 2011.
- RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, Antonio y Rosario RUIZ FRANCO (eds.), *1808, controversias historiográficas (Actas 2010)*, Madrid, 2010.
- ROUX-PERINO, Julie (ed., autoría conjunta Anne Brennon), *Los cátaros*, M.S.M., Toulouse, 2006.
- RUIZ TORRES, Pedro (ed.), *Historia del país valenciano*, vol.VI, Planeta, Barcelona, 1981, págs. 9-44.
- SÁNCHEZ DEL REAL, Andrés, *¡A la horca con los negros!*, Imprenta de Salvador Moreno, Barcelona, 1879.
- SANCHÍS GUARNER, Manuel, *La ciudad de Valencia*, Imprenta Palacios, S.L., Valencia, 1997.
- SMITH, Digby, *¡A la carga!*, Inédita, Barcelona, 2007.
- SOLAZ, Rafael, *Valencia 1800-1873, Imagen, usos y costumbres (Dietario de Pablo Carsí i Gil)*, Carena, Valencia, 2011.
- TAXIL, Leo, *Los misterios de la francmasonería*, Imprenta de la Inmaculada Concepción, Barcelona, 1887.
- TOSCA, Tomás Vicente, *El Plano de Valencia (1704)*, Área de Cultura del Ayuntamiento de Valencia,

- Valencia, 2003.
- VIDAL, César, *Los masones, la sociedad secreta más influyente de la historia*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 2007.
- VILAR, Pierre, *Historia de España*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996.
- VILLAR, Francisco, *La ciudad de los cafés (Barcelona 1750-1880)*, La Campana y Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2008.
- WALKER, Joseph Martin, *Historia de la Inquisición Española*, EDIMAT LIBROS, S. A., Madrid, 2004.

Bibliografía de filosofía, teología, referentes literarios y de ficción

- ARENAS, Ildelfonso, *Álava en Waterloo*, Narrativas hispánicas EDHASA, Barcelona, 2012.
- BAROJA, Pío, *Tomo I: Memorias de un hombre de acción. Novelas: El aprendiz de conspirador, El escuadrón de Brigante, Los caminos del mundo, Con la pluma y el sable, Los recursos de la astucia, La ruta del aventurero, Los contrastes de la vida*. Biblioteca Castro (Fundación José Antonio de Castro), Madrid, 2008.
- BENAVIDES, Jorge Eduardo, *El enigma del convento*, Alfaguara, Madrid, 2014.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Cuentos valencianos*, Plaza & Janés eds., Barcelona, 1987.
- *Cañas y barro*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- *Entre naranjos*, Cátedra, Madrid 1997.
- *La barraca*, Cátedra, Madrid, 1998.
- *Arroz y tartana*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- *La condenada*, Ayuntamiento de Valencia, 2001.
- *La catedral*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2001.
- *Por la patria (Romeu el guerrillero)*, 1.^a ed., Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2001.
- *Flor de mayo*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2006.
- BOSCH, Alfred, *Inquisitio*, Columna, Barcelona, 2006.
- CAYUELA, Aquilino, *¿Providencia o destino? Ética y razón universal en Tomás de Aquino, Erasmus, Vilafranca del Penedès*, 2008.
- CHATEAUBRIAND, François, *Memorias de ultratumba*, Acantilado, Quaderns Crema, Barcelona, 2007.
- CORRAL, José Luis, *Trafalgar*, Narrativas históricas EDHASA, Barcelona, 2001.
- *Independencia*, Narrativas históricas EDHASA, Barcelona, 2005.
- *El rey felón, de las cortes de Cádiz a Waterloo*, Narrativas históricas EDHASA, Barcelona, 2009.
- DIDEROT, Dennis, *Pensées philosophiques*, Éditions Garnier, París, 1875-1877.
- *Œuvres Politiques*, Éditions Garnier Frères, París, 1963.
- DIDEROT, Dennis y Jean D'ALAMBERT, *Artículos Políticos de la Enciclopedia*.
- ESTEBAN, José, *El himno de Riego*, Argos Vergara, Madrid, 1984.
- GUSDORF, G., *Les principes de la pensée au siècle des Lumières*, París, 1972.
- HUGO, Victor, *Les Misérables*, t. I y II, Librairie Général Française, París, 1985.
- HUME, David, *The Natural History of Religion/ Historia Natural de la Religión*, Trotta, Madrid, 2003.
- *Investigación sobre los principios de la moral* (traducción y ed. de Gerardo López Sastre), Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 2006.

LACUEVA, Amando, *La guerra del francés. La marca del traidor*, Citerior, Constantí, Tarragona, 2011.

LOTY, Laurent, *Esprit de Diderot, Choix de citations*, Hermann, París, 2013.

MASON, Haydn, *Voltaire*, Salvat, Barcelona, 1985.

MONTESQUIEU, Charles Louis de Secondat, baron de, *De l'esprit des lois*, Gallimard, París, 1951.

MORO, Javier, *El imperio eres tú*, Planeta, Barcelona, 2011.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Episodios Nacionales (T.I-IV) Novelas desde Trafalgar a Un faccioso más... y algunos frailes menos*, Ediciones Urbión, Editorial Hernando, S.A., Madrid, 1976.

PÉREZ REVERTE, Arturo, *La sombra del águila*, Grupo Santillana de Ediciones, Madrid, 1998.

— *El húsar*, Santillana Ediciones Generales, Madrid, 2004.

— *Un día de cólera*, Alfaguara, Madrid, 2007

— *El asedio*, Alfaguara, Madrid, 2010.

— *Hombres buenos*, Alfaguara, Madrid, 2015.

REMIGIO NOYDENS, Benito, *Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia*, Imprenta del Molino de la Rovella reed del siglo XV de 2002, París Valencia, Valencia, 2002.

ROUSSEAU, Jean Jacques, *Émile ou De l'éducation*, GarnierFlammarion, París, 1966.

— *Du Contrat Social*, Librairie Générale Française, París, 2011.

— *Les confessions*, Hachette Livre, París, 2002.

— *Les Rêveries du promeneur solitaire*, Éditions Garnier Frères, París, 1960.

— *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*.

— *Discours sur les sciences et les arts*, Garnier Flammarion, 1971, París.

SÁNCHEZ DEL REAL, Andrés, *¡A la horca con los negros!* (primera novela sobre Cayetano Ripoll y su ejecución), Imprenta de Salvador Moreno, Barcelona, 1879.

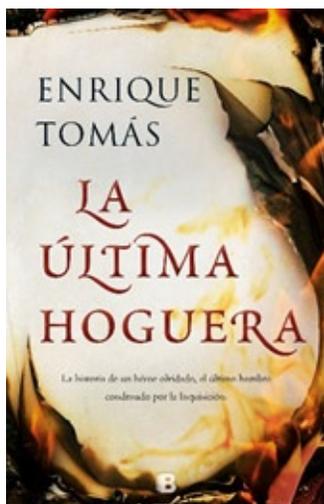
SÉNECA, Lucio Anneo, *El libro de oro*, Imprenta de Cabrerizo, Valencia, 1834.

TODOROV, Tzvetan, *El espíritu de la Ilustración*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2014.

VAN-HALEN, Juan, *Memoria secreta del hermano Leviatán*, Plaza y Janés, Barcelona, 1988.

VIDAL, César, *El último ajusticiado y otras víctimas de la Inquisición*, Belacqua, Barcelona, 2005.

El último auto de fe de la historia, la última hoguera de la Inquisición



¿Quién fue Cayetano Ripoll? Cuando fue capturado por la Junta de la Fe ejercía de maestro de escuela en un arrabal de Valencia. Nacido en Solsona en 1778, pasó por Barcelona, participó en la guerra de la Independencia, fue hecho prisionero por las tropas napoleónicas, y permaneció en Francia hasta el fin de la guerra donde, en el exilio, bebió de la copa de la libertad, conoció a masones, leyó a Rousseau y a Diderot. Regresó a España, como tantos prisioneros españoles, con la voluntad de defender los valores de libertad, igualdad y fraternidad,

pero Fernando VII no estaba dispuesto a que la Constitución de Cádiz limitase su poder absoluto.

Ripoll se asentó en Valencia. El trienio liberal (1820-1823) fue una época de ebullición ideológica, política y literaria, en que surgió la prensa moderna amparada por la libertad de imprenta, y florecieron las tertulias y los cafés, en los que se trataba de lo divino y de lo humano. Discípulo y amigo del librero liberal Mariano Cabrerizo, se empeñó en levantar una escuela en la huerta de Valencia, porque para él la educación de los niños era la mejor forma de revolución.

La biografía del último ejecutado por el Santo Oficio inspira esta novela de ficción histórica a partir de una vida real: la de un héroe injustamente olvidado por la historia.

Enrique Tomás es licenciado en Derecho y Filología Hispánica e Inglesa por la Universidad de Valencia, realizó su tesina doctoral sobre el escritor norteamericano Paul Auster. En 1995 fue accésit del premio Jaén de relatos y en 2006 fue premio Clarín de cuentos. Ha publicado también un libro de poesía, *Espejos*, y la novela *El Fotógrafo*, finalista de los premios de la Crítica Valenciana en 2005.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Enrique Tomás

© Símbolo masónico: in8finity/iStock

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6372-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] El actual poblado marítimo de Nazaret (por deformación fonética del *Llitzaret* o Lazareto) era el lugar dedicado a acoger a los marineros enfermos o en cuarentena, y prevenir así la extensión de posibles epidemias procedentes de ultramar.

[2] Esta partida del término municipal de Valencia, situada entre La Punta y Pinedo, actualmente no existe, al menos con dicho topónimo, en ninguno de los territorios que ocupaba la franja marítima del arrabal de Ruzafa.

[3] «¡Ni se arrodilla ante la madre de Dios! ¡Es el mismo diablo!»

[4] El Arrocero, personaje real, amigo de Cayetano Ripoll, recogido con este nombre por historiadores como Josep Fontana, lo mismo que la lavandera Mariana Gabino, los más próximos, sin duda, del maestro de Ruzafa en 1824.

[5] Carbonarios, o carboneros, sociedad secreta de ideas liberales y utópicas fundada en Nápoles como forma de resistencia primero frente a la tiranía de Joaquim Murat y luego contra el rey Fernando I de las dos Sicilias. Véase *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España (los carbonarios en España)* de Vicente de la Fuente, citada en la Bibliografía.

[6] Antes de la siembra del arroz en el terreno destinado a ello, se criaban los planteles o plantas jóvenes en un terreno cuadrado, con abundante agua, pisoteado por las bestias e incluso por los niños que hacían de esta tarea agrícola un juego.

[7] Muy cerrado. El catalán tiene una fonética cerrada para el valenciano de la huerta o *apitxat*.

[8] En el barranco del Carraixet, situado al noroeste de la ciudad, eran enterrados los ajusticiados, como ocurrió con los miembros de la conspiración del coronel Vidal, ejecutados dos años antes en el Pla del Remei por orden del general Elío.

[9] «Tan alto y gallardo que soy, / no me han puesto la cinta verde / ¿Eso es la Constitución? / ¿O es una mierda?»

[10] «Mi guerra de España», la intervención militar victoriosa fue siempre para el diplomático y escritor Chateaubriand un motivo de orgullo personal, un logro de su voluntad y un mérito que le hacía sentirse superior al propio Napoleón, «Cruzar de un salto las Españas, triunfar en el mismo suelo donde hacía poco los ejércitos del hombre fáustico que había sufrido reveses, hacer en seis meses lo que él no había podido lograr en siete años».

[11] «Pajarito».

[12] «No bestia, aún no ¿es que no sabes que valen dinero estos cerditos?»

- [13] «¡Muy bien, padre Arufat! Así es como se hace. Hay que ahorrar munición...»
- [14] En tiempos de los romanos la *damnatio memoriae*, o «condena de la memoria», significaba la desaparición de toda memoria del condenado a muerte, incluidos sus descendientes, bienes, libros, inscripciones, epitafios o estatuas.
- [15] *Memorias de ultratumba*, libro XXVIII, capítulo I.
- [16] Resulta significativa la fecha de la reedición de este manual medieval, en 1821, y su traducción al español. Consúltese la Bibliografía al final de esta novela.
- [17] «Tú lleva cuidado con las sanguijuelas. Sobre todo, si llevan sotana. Y no enseñes el pijo cerca de un río...»
- [18] «¡Madre! Buscan al maestro, están buscando al maestro.»
- [19] «¡Ni un movimiento más, está usted arrestado!»
- [20] «Extremada crueldad es dilatar el castigo.»
- [21] «Pajarito.»
- [22] «Madre de Dios del Claustro.»
- [23] «Infantes de Dios.»
- [24] «*Gozos de la Virgen*.»
- [25] «Con voz bien alta gritamos / viva la ciudad de Solsona, / viva nuestra patrona / la Virgen Madre de Dios...»
- [26] «Jugaremos a correr. ¿Quién correrá más? / Tú por la cuesta y yo por el camino llano. Tra-la-ra. Tra-la-ra-la-la.»
- [27] «El cuerpo de Nuestro Señor, en el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo.»
- [28] «Oh, la reina de la gloria / tiene una imagen muy gentil / que nuestra cortesía / nos la devuelve por mil.»
- [29] «Madre, ¿qué es la muerte?»
- [30] «La muerte, hijo mío, es solo el paso a la otra vida. Un paso hacia la gloria de Dios.»
- [31] *El Decamerón*, de Boccaccio.
- [32] «Gloria a Dios que está en los cielos.»
- [33] «Por la defensa de la patria.»
- [34] «En absoluto.»
- [35] «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.»
- [36] «Los hombres nacen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden basarse sino en la utilidad común.»
- [37] Actualmente llamado Lavapiés, por deformación fonética (véase *El diablo mundo*, de Espronceda).
- [38] «Estos españoles son terribles.»
- [39] «Herederero.»
- [40] «No te había visto nunca tan piadosa. ¿De qué quieres hablar con el párroco?»
- [41] «A ti eso no te importa. Quiero hablar con el padre. Quiero confesarme...»
- [42] «Ah, ya sé. Así que tienes muchos pecados. Sí, eso sí que lo sabía yo...»
- [43] «Murciélago.»
- [44] «¡Usted, padre de manteca, lo que no tiene es cojones!»

[45] «Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...»

[46] «¿Dónde estás, hijo mío? ¿Qué te han hecho esos demonios?»

[47] «¡Hijos de puta! Los voluntarios realistas... Ya sabes por qué iban tan contentos.»

[48] «No han dejado nada. El chico ha huido. Estará lejos, muy lejos, ahora mismo...»

[49] La Rambla se hizo en el siglo XVIII sobre un camino de agua que descendía a unas marismas situadas al final del actual Raval.

[50] «Lo siento, amigo, tenemos trabajo, pero no tenemos dinero.»

[51] «¡Oh, Dios mío! Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.»

[52] «Danos hoy nuestro pan de cada día.»

[53] «Imágenes pintorescas, juegos de seducción, de encantamiento y de delirio.»

[54] «Oh, no, pero eso ya no es posible.»

[55] «En absoluto. Es terrible.»

[56] «¡Es increíble!»

[57] «¡Nada de Inquisición!»

[58] «Barcelona es buena, si la bolsa suena.» Conocido refrán que apunta a la importancia de la economía en una ciudad como Barcelona, extensible a cualquier otro lugar del mundo.

[59] «Deteneos, señor. No quiero disparar, pero... «

[60] «Oh, Dios mío. ¡Atención a vuestra espalda!...»

[61] Burdel, prostíbulo. La prostitución alcanzó gran importancia en la Barcelona de finales del siglo XVII y principios del XIX y, como destaca el historiador Francisco Villar, tenía mucho de influencia francesa.

[62] «Mi bello amigo.»

[63] «¿Tu dinero?»

[64] «Padre, dígame ya, ¿dónde está el niño?»

[65] «¡Jodidos serviles! ¡Hijos de puta!»

[66] «Vete fuera de aquí...»

[67] «Casa cerrada.» Con este eufemismo eran designadas las casas de prostitución en Barcelona.

[68] «¿Por qué hace eso, maestro? Aquí todos roban, en vez de dar sus cosas.»

[69] «Está más perdido que un puerco en San Martín.»

[70] «Venga, hereje cabrón, arre que arre, que me has de arar el campo con los cojones.»

[71] «¡Fuera de esta casa! No vuelvas más por aquí...»

[72] Somers Town, región del norte de Londres, llamado así por la familia Somers, antigua dueña de la tierra, es un área de Londres, ubicada al sur de Camden Town. Históricamente, la localidad conocida como Somers Town era la parte triangular ubicada entre Hampstead, Pancras y Euston Roads. La Somers Town moderna se conoce generalmente como el área que se encuentra entre Easton Road, Eversholt Street, Crowndale Road, Pancras Road y la cercanía de la estación St. Pancras.

[73] «La guerra peninsular.» Este es el término con el que se designa en Gran Bretaña la campaña de Wellington en Portugal y en España, que aquí no es sino la guerra de la Independencia contra Napoleón.

[74] Cartas desde España.

[75] «Un pueblo glorioso vibró de nuevo / La antorcha de las naciones: La libertad / De corazón a corazón, de torre a torre, sobre España / Dispersando contagioso fuego en el cielo.» Extraigo este glorioso

poema *Oda a la libertad* de Percy B. Shelley del libro de Vicente Llorens *Liberales y Románticos* (página 12), citado en la bibliografía histórica.

[76] «¿Quién es ese bruto?»

[77] «La Inquisición. ¡Eso es típico de España!»

[78] «Mi hijo era castigado si no pronunciaba blasfemias contra la madre de Dios. Además, el maestro escupía a los santos y tenía en su casa un altar dedicado al diablo.»

[79] «Pimientos.»

[80] «A mí nunca me gustó el maestro. Siempre hablaba a los niños de cosas extrañas y de ideas revolucionarias. Quería que no fueran a misa ni los domingos y que fueran las niñas a la escuela. Todos juntos, niños y niñas. Qué inmoralidad.»

[81] «Le dará huevos de los grandes.»

[82] «¿Qué quiere decir *dedista*, padre?»

[83] «No sé, hijo mío. Que tiene dos dedos muy grandes. Adorador del diablo, eso creo.»

[84] «Escuchadme todos. Yo, un pobre artesano de la paja, declara la guerra a Napoleón. Muerte a los traidores.»

[85] «¡Piedad! ¡Salvad a mi hijo! Mi vida...»

[86] «Es usted un incompetente. No puedo creer que...»

[87] «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» «Bienaventurados los sufridos, porque heredarán la tierra.»

[88] «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nosotros Tu Reino.»

[89] «Danos el pan nuestro de cada día, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.»

[90] «Y no nos dejes caer en la tentación.»

[91] «¿Está muerto?»

[92] «Las botas son para mí. ¡Quédate con las polainas si las quieres!»

[93] «¡Hijos de puta!»

[94] «Es un desertor. Clávale la faca.»

[95] «¡Basta! No es un desertor. Los desertores son unos cobardes.»

[96] «¡Tú, ven aquí, soldado del rey! Tengo una misión para ti.»

[97] «Cayetano, no puede ser. ¿Eres tú realmente?»

[98] «¿Quién es este pájaro? Tiene cara de ser de la *brivalla*» (guerrilla a favor de Napoleón).

[99] «Con el viento de levante, siempre llega un gran mal.»

[100] «No tenga usted ninguna duda.»

[101] «No nos rendiremos nunca al francés. ¡Viva Tarragona!»

[102] «¡A degollar!»

[103] «¡Cerdos españoles!»

[104] Los depósitos fueron en cierta forma un antecedente de los campos de concentración de prisioneros del siglo XX.

[105] «Vamos, ven, sal, entra, ya, detente, rápido.»

[106] «Ah, ¡es un fugitivo español!»

- [107] «Llévalo afuera. ¡Dejadme! Yo me ocupo de él.»
- [108] «¿Por qué? Porque no me gusta Napoleón.»
- [109] «Padre, mi faca es un objeto sagrado. Dele la bendición, en el nombre de Dios.»
- [110] Dos notas en valenciano: «¡Por la sagrada navaja del Tort, que mata “negros” como si fueran puercos! ¡Pero no mata frailes porque les tiene mucho miedo!»
- [111] ¡A buena hora!
- [112] «Por esta razón, yo hoy no puedo adorar más a Napoleón.»
- [113] «Dejadme este puerquito todo para mí.»
- [114] «Ah, Dennis Diderot y Jean D’Alambert, ellos son los culpables de todo.»
- [115] «El escepticismo es el primer paso hacia la verdad», extraído de *Les Pensées philosophiques* (1749).
- [116] «Una religión natural.»
- [117] «La creencia en un poder invisible, inteligente, ha estado muy difundida entre la especie humana, en todo tiempo y lugar.»
- [118] «Ninguna religión ha sido más fecunda en crímenes que el cristianismo; desde el asesinato de Abel al suplicio de Calas, no hay una línea de su historia que no sea sangrienta.»
- [119] «Esta religión es la más ininteligible, la más metafísica, la más sujeta a divisiones, herejías, la más plana... la más huraña, la más gótica y triste en sus ceremonias; la más pueril y la más insociable dentro de su propia moral, no dentro de lo que sería común en una moral universal, sino dentro de lo que sería su propia moral...»
- [120] «Que daba miedo.»
- [121] «Vamos, vamos, deprisa...»
- [122] «Ayuntamientos.»
- [123] Vividores.
- [124] Sanatorio.
- [125] «Considerando que Napoleón Bonaparte ha traicionado los intereses del pueblo francés... Considerando que una guerra ruinosa, prolongada por la sed de oro y el furor de las conquistas, sirve de alimento al delirio ambicioso de un solo hombre...»
- [126] «Ciudadanos y amigos, soldados de la libertad, el tirano será derribado por los golpes de los vengadores de la humanidad.»
- [127] «El emperador ha muerto, frente a Moscú, el 7 de octubre.»
- [128] «El emperador no está muerto. Tengo allí una carta de él del 8 de octubre. ¿Quieres verla?»
- [129] «El emperador está muerto, yo mismo lo he matado en Moscú.»
- [130] «General, el emperador ha muerto; el Senado en asamblea acaba de abolir el gobierno imperial. Se me encomienda una misión penosa: estáis destituido, detenido, yo os reemplazo; entregadme vuestra espada.»
- [131] «La sombra de Napoleón es muy larga. Está a punto de regresar a París.»
- [132] «Ah, Luis, has vuelto de la guerra... Estás en casa, dame la mano...»
- [133] «Que me lleve el diablo si en el fondo sé lo que soy...» (Diderot, *Le neveu de Rameau*.)
- [134] «El hijo de la naturaleza aborrece la esclavitud... Libertad, ese es su deseo; su grito es la Libertad.»

Les furieux de la Liberté.

[135] «Estamos preocupados ante este escandaloso asunto.»

[136] José Marchena es uno de los personajes «malditos» de la literatura y del exilio español, cuya memoria comenzó a ser recuperada por Menéndez Pelayo, admirador de su obra, aunque enemigo político, y recientemente recuperado por Guillermo Díaz-Plaja. Véanse también trabajos universitarios, como la tesis doctoral de J. F. Fuentes, o el trabajo de doctorado de Laurence Tigé.

[137] «*Che*, cojones, ¿quieres callarte?»

[138] «El ojo tendrás detrás y el culo tendrás delante. Bailarás el baile de la cuerda, maestro.»

[139] «Venga, maestro. Beba un poquito.»

[140] Los filadelfios, caballeros de la libertad y la fraternidad.

[141] «De levante, que no venga el viento, ni tampoco la gente.»

[142] «¿Habrà hoguera?» «No, el fuego será de mentira.» «¡Pues tendrían que quemarlo de verdad!»

[143] «Gloria al padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.»

[144] «¡Muerte al diablo! ¡Que lo quemem como a un muñeco!»

[145] «¡A la horca con el «negro»! ¡Hijo de puta!»

[146] «¡Menuda barbaridad!»

[147] Josep Fontana, *De en medio del tiempo*, Crítica, 2006.

Índice

La última hoguera

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Segunda parte

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Tercera parte

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Cuarta parte

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Quinta parte

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Epílogo

Lo que es historia y lo que es ficción

Bibliografía

Bibliografía de filosofía, teología, referentes literarios y de ficción

Sobre este libro

Sobre Enrique Tomás

Créditos

Notas